

JORGE EDUARDO BENAVIDES

el collar de los balbases



La Huerta Grande
EDITORIAL

EL COLLAR DE LOS BALBASES

JORGE EDUARDO BENAVIDES



ESLES DE CAYÓN
2018

© De los textos: Jorge Eduardo Benavides

Madrid, 2018

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-10-5

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

DE CÓMO ENCONTRÉ LA HISTORIA QUE DIO ORIGEN A ESTA NOVELA

Ruego al lector paciencia para avanzar por estas primeras páginas esperando que al final su esfuerzo se vea suficientemente recompensado por los datos que aquí aporto para la mejor comprensión del relato cuya lectura está a punto de iniciar. Y es que muchas veces lo que separa la ficción de la realidad es apenas una difusa línea de sombra que escasamente nos deja distinguir en qué parte del territorio ponemos pie: si en el de las cosas verificables, exactas y tangibles o ya de lleno en el de la especulación, el engaño y lo apócrifo. Algo así me ha ocurrido con esta historia, con la que tropecé, literalmente, mientras trabajaba en una novela anterior, que transcurre entre un convento arequipeño —el monasterio de Santa Catalina— y el Madrid cortesano de principios del siglo xix.

Cuando un escritor investiga sobre el tiempo y el escenario en que va a transcurrir su narración suele encontrarse con anécdotas, personajes y peripecias que, aunque resulten apetecibles por lo pintoresco e interesante que son, es menester apartar de la trama sin remordimientos ni contemplaciones, so riesgo de conturbar esta y llevarla por caminos que no le son propios. Pero esa tarde de primavera en la Biblioteca Nacional de Madrid, al leer en el *ABC* del 8 de diciembre de 1956 la historia del collar de los Balbases, no pude menos que detenerme, paralizando mis fatigosas investigaciones conventuales, y quedar embrujado con este relato que, a grandes rasgos, dice así:

En cierta ocasión, la reina doña María Cristina de Austria, segunda mujer de Alfonso XII, queda prendada por el collar que luce la esposa del mayordomo real de palacio y gran personaje de finales del siglo xix, Pepe

Alcañices, duque de Sesto y marqués de los Balbases, título este último por el que le corresponde precisamente heredar dicha joya, motivo de deseo de la reina. Gran amigo y casi un padre del rey, Alcañices accede a hacer una copia del collar para satisfacer el capricho de doña María Cristina. El rey por su parte decide obsequiárselo a su esposa con una regia —y severa— condición: se lo entregará solo cuando ella le dé un primogénito que continúe la línea sucesoria española. Finalmente, cuando la reina se queda embarazada, Alfonso XII cae enfermo de la tisis que arrastró durante años y no se levantará ya más de su lecho. Días después del deceso, Pepe Alcañices cumple sin embargo con lo prometido y le entrega la copia del magnífico collar a la reina viuda.

Intrigado busqué en el catálogo de la biblioteca y en internet, pero no hallé nada más sobre esta historia, salvo escasos apuntes que repetían el hecho con variaciones insignificantes. La peripecia acabaría aquí sin mayor aureola que la tristeza que se desprende del relato referido, confinado por el tiempo a languidecer entre viejos papeles, de no ser porque poco después tropecé con una pequeña crónica en *La Vanguardia* de julio de 1972, firmada por Pablo Vila San-Juan, y que abundaba sobre el destino de aquel collar del que no se había sabido más, como si su trayectoria resultase tan inquilina y fugaz como equívoca. Será el rey Alfonso XIII —el hijo que no alcanzó a conocer a su padre— quien, según Vila San-Juan, encontrará nuevamente aquel collar. Y de la manera más azarosa. Todo ocurre durante el exilio real en París, probablemente en 1931 o 1932. Refiere el cronista que en el transcurso de una visita suya al Hotel Meurice, donde el rey se hallaba alojado, este le pide lo acompañe al Ritz para «terminar unas gestiones relacionadas con la estancia de la familia real en Fontainebleau». Como de allí a la plaza Vendôme no hay gran distancia, ambos deciden ir «democráticamente» a pie. Frente a los escaparates de una joyería de lujo, quizá la propia Cartier, Alfonso XIII se detuvo en seco: ahí, sobre una almohadilla de seda blanca aparecía un espléndido collar. Al cabo de un rato, echándose nuevamente a andar, el monarca confesó que aquel collar era idéntico al que tenía su madre y nunca se puso, porque «respetaba en él un recuerdo muy querido». Y muerta ella, su mujer la reina Victoria tuvo la delicadeza de no lucirlo jamás, a pesar de sus ruegos, añade Alfonso XIII, para terminar con esta melancólica pregunta: «¿Qué habrá sido de él?, ¿en

qué manos habría caído?».

Y quizá, ahora con el tiempo me doy cuenta, esa pregunta quedó alojada como una astilla incómoda en la fibra más recóndita de mi fantasía y especulación. Meses después partí para dictar clases a los Estados Unidos y creí olvidarme de todo ello. Porque aun siendo sugestiva, la anécdota del collar de los Balbases leída en sendas crónicas de la vieja prensa española fue relegada sin misericordia alguna al rincón de los elementos innecesarios, enojosos y perfectamente prescindibles. En ese momento yo trabajaba a marchas forzadas en el final de mi novela del convento en la universidad de Green Bay, sin distracción alguna que me perturbara.

Un par de semanas después de finalizar aquel borrador, ya sólo para darle algunos retoques y antes de regresar a España, decidí hacer una visita relámpago a la Biblioteca Pública de Nueva York para buscar cierta documentación que me faltaba y que había localizado allí, sin siquiera vislumbrar que aquel viaje un poco intempestivo me arrojaría ya sin contemplaciones a lo que ahora quiero contar, sacudido por la serie de pequeños accidentes y tropezones que fueron armando, sin que yo lo supiera, esta historia donde apenas agrego detalles y conjeturo desenlaces. ¿Qué fue lo que me zambulló por completo en esta trama de tintes novelescos?

Se trataba de un antiguo y algo descuadernado volumen firmado por Henry Benedict FitzRoy Somerset, duque de Beaufort, que se titulaba, algo escuetamente para el gusto de la época, *My memoirs. Visit to the Court of Madrid. 1835-1836*. Con pie de imprenta de John Murray, y fechado en Londres en 1886. Tomé aquel libro un poco al azar, buscando en sus páginas amarillentas esos pormenores más bien de índole doméstica que tanto ayudan a entender una época, y me sumergí en su lectura sin encontrar al principio nada que realmente me interesase pues, entre otras cosas, la novela del convento que yo estaba escribiendo transcurría entre 1808 y 1816 y lo que contaba el duque de Beaufort ocupaba más bien la década de 1830. De pronto algo captó de inmediato mi interés, desentendiéndome por completo de mis pesquisas iniciales, y ya no pude dejar de leer y tomar notas hasta que dieron las seis de la tarde, hora de cierre, y fui conminado a abandonar aquel volumen y volver, si así lo deseaba, a partir de las diez de la mañana del día siguiente. ¿Podía fotocopiar algunas páginas?, temblé con el libraco entre las manos. No, de ninguna manera, sonrió la bibliotecaria como frente a un loco,

era un ejemplar único.

—Venga mañana —insistió, seguramente al ver pintada en mi rostro la decepción.

—Claro —sonreí.

Y así lo hubiera hecho de no ser porque mi vuelo de American Airlines a Madrid estaba programado para diecisiete horas y quince minutos después de ese momento aciago en que yo recogía mi teléfono y mi cuaderno de notas para marcharme de la biblioteca. Ya no tendría más oportunidad de leer aquellas memorias en las que Henry Beaufort daba cuenta de sus aventuras madrileñas y me ponía así sobre la pista de una historia increíble, lo suficiente al menos como para desentenderme momentáneamente de mi novela del convento. Por fortuna, había leído y tomado notas en estado casi febril durante horas, bajo la luz tenue de la lamparilla en un rincón de la biblioteca, temeroso y neurótico, quizá anticipando lo que en verdad sucedió: que no volvería a ver ese volumen jamás. Pensé en el providencial *smartphone*, que me permitió fotografiar muchas páginas, un poco subrepticamente, antes de saber de aquella prohibición. Ya en la calle, nervioso y excitado, sentí que me sudaban las manos, como un infame *dealer* al pasar mínimas cantidades de cocaína ante los mismísimos controles aduaneros.

Pero bien valía la pena lo que había hecho, porque lo que se contaba allí era material altamente valioso para alimentar esa historia que empezaba a zumbar como un molesto abejorro dentro de mi cabeza..., y así lo corroboraría ya de regreso a Madrid, cuando busqué en librerías de viejo, en Amazon y en la poderosa red de bibliotecas universitarias norteamericanas un ejemplar de las memorias de Henry Beaufort. Sin ningún éxito.

¿Qué atrajo tanto mi interés? Básicamente, Beaufort narra allí sus aventuras de juventud, cuando con escasos veintipocos años decide visitar a sus primos, los duques de Osuna, en la Corte madrileña. El inglés cuenta con gran aparato descriptivo aquellos años que entendemos como marcas indelebles en su vida —a tenor de la añoranza que hay en sus párrafos— y lo mucho que significó para él la convivencia con Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Beaufort Spontin, xi duque de Osuna, grandeza de España amén de una larga treintena de títulos nobiliarios, poseedor de una de las mayores fortunas de la época, dueño de una voz de barítono prodigiosa, espadachín

temible, seductor y romántico, muerto de manera trágica siendo aún muy joven, a causa del amor profundo que sentía por una mujer casada con otro hombre, otro grande de España, Nicolás Osorio y Zayas, poseedor este último de varios títulos, entre los que destacaba el de marqués de Alcañices. Y el recientemente heredado por línea paterna: marqués de los Balbases.

¡Marqués de los Balbases! Creo que di un brinco al leer aquel título nobiliario. Sí, porque el marquesado parecía, en la prosa atildada de Beaufort, no sólo íntimamente ligado al collar, sino que este lo estaba a una suerte de maldición... Maldición de la que yo sabía el último episodio y que Henry Beaufort no había alcanzado a conocer, porque él había muerto en 1886, años antes de la escena ocurrida en París con el rey huérfano, Alfonso XIII, que era donde se perdía definitivamente la pista de aquel enigmático collar.

Yo tenía, pues, el último eslabón de ese collar histórico, por así decirlo, y que faltaba en el engarce misterioso que proponía el duque de Beaufort en las páginas de sus memorias, tan fortuitamente halladas en la Biblioteca Pública de Nueva York. Y es que no sólo volvía a encontrarme con aquella joya persistente, sino que Beaufort introducía con pulcritud de detective la constancia de sus investigaciones para afirmar que aquel collar estaba maldito. ¡Y por el que hasta su propio y admirado primo, el duque de Osuna, se había visto envuelto en un turbio lance de fatal desenlace! Lance que Beaufort contaba con sorna, inteligencia y lujo de detalles, y donde intervienen no pocos personajes de aquella época, como el célebre bandolero Luis Candelas o el viajero y políglota George Borrow; intelectuales como Larra, Ventura de la Vega y Espronceda, o políticos como Salustiano Olózaga, Francisco Istúriz y Álvarez Mendizábal, completando así la trayectoria que había vivido el collar de los Balbases desde que lo echara a rodar Ambrosio Spínola, varios siglos atrás.

Lo que encontré en las memorias de Beaufort fue un hecho histórico del que apenas hay noticias, y que da cuenta además de una época terriblemente convulsa de la historia española: la primera guerra carlista...

CAPÍTULO I

Gloucester Road, Londres, 1886

Entra una luz tan mortecina por el ventanal que da al jardincillo que diríase no es luz sino apenas un simulacro de tal, el telón que se cierra y anuncia el fin de la escena. Hace frío y mis dedos están entumecidos. Me cuesta encontrar una posición cómoda para escribir sin fatigarme demasiado. Estoy mejor, para qué negarlo, cuidando de mi rosal en el invernadero que aquí, en el despacho, con una manta sobre los débiles muslos, reducido a escombros desde la muerte de mi querida Clarice. Pero el joven Murray, sin la perspicacia de su padre, aunque con idéntica insistencia, me apura para que acabe estas memorias que empecé gozosamente devorado por las llamas del entusiasmo hace ya unos años, y que el tiempo sin embargo ha ido extinguiendo como la lluvia inesperada apaga un fuego demasiado inconsistente. O al menos eso es lo que creía hasta hace un par de días.

Hoy me he levantado muy temprano y he dispuesto todo para que nada me perturbe y pueda avanzar en la redacción de mis recuerdos, ahora que ya intuyo por dónde seguir, cómo guiarme por esta galería subterránea de mis sospechas e intuiciones y cuyas oquedades por tanto y tanto tiempo me han mantenido en una torva penumbra. Sabe Dios que no soy una persona supersticiosa, pero tampoco puedo negarme a ciertas evidencias que he ido recopilando a lo largo de los años en lo que se refiere al collar de los Balbases. ¿Que alguien pueda pensar, al leer estas memorias, que son las divagaciones de un viejo chocho al que se le va la cabeza? Muy bien, pero por lo mismo que ya, a mi edad, apenas nada me arredra, poco me puede importar lo que piensen algunos.

Escribo pues en este cuaderno con un empecinamiento en el que hay algo

de prisa y también de enervamiento, sobre todo desde que hace unos días recibiera inusual carta de mi buen Federico, quien lleva ya cuatro años repuesto como director del Museo del Prado, luego de casi veinte desde que fuera injustamente defenestrado por la llamada Revolución Gloriosa del 68..., una más en la larga historia de revoluciones y levantamientos de mi pobre y amada España. Su caligrafía algo tembleque y algunas frases donde parece remontar con esfuerzo el hilo de sus propias disquisiciones no enturbiaban sin embargo el tono amable de sus comentarios, que calentaron en algo la helada mañana de enero en que, hace apenas un par de días, Ambrose me trajo la correspondencia, cada vez más escasa, por otra parte.

Ya sabía yo de la muerte de su querida hija Luisa el año 84, pero nada me contó del cólico nefrítico que lo tuvo casi agonizando por las mismas fechas. Su salud, dice, contiene más herrumbre que la que se encuentra en los ocres de su gastada paleta. De manera que frente al ventanal que mira hacia Stanhope Gardens acomodé mis huesos ateridos, con los leños de la chimenea crepitando a mi diestra, bebiendo el té caliente que la vieja Mildred, cada día más sorda y cascarrabias, tuvo a bien disponer sobre la mesita de nogal donde había dejado un momento la carta de Federico. «¡Cuidado, diablos!», me vi obligado a increparle, porque a punto estuvo de volcar la tetera sobre los folios. Me miró ofendida, pero no dijo nada. En ellos, Madrazo me explicaba que ha testado a favor de sus hijos, pero también me habla de su contento, sus planes, sus renovadas ganas de pintar, después de haberse mantenido ajetreado y absorbido durante todo este largo tiempo por sus tareas al frente de un museo cada vez más potente y que empieza a hacer de Madrid una verdadera ciudad y no el poblachón que yo conocí en mis años mozos, años de los que guardo, no obstante, un recuerdo como de ensueño, tal que si mi corazón juvenil se preservase latiendo brioso bajo este cuerpo reseco y hastiado ya de todo. Federico Madrazo ha tenido también algunas palabras de recuerdo afectuoso para con mi primo Mariano, muerto ya hace más de tres años y cuyas extravagancias y derroches imperiales hubieran hecho empalidecer de envidia a un carruaje lleno de zares, durante las muchas décadas en que estremeció los salones más suntuosos de Europa con su arrogancia hierática, sus desplantes de califa, su munificencia de hidalgo desquiciado, que finalmente lo llevaron a naufragar en un océano de deudas, perseguido por implacables acreedores y alanceado por quiebras de

fábula, como si se hubiera propuesto cerrar una genealogía epopéyica, la de los Osuna, con una pólvora final que iluminara la noche europea por unos instantes, antes de desaparecer, convertida en cenizas y leyenda. ¡Pobre Mariano! Heredero del ducado de Osuna y de otros treinta títulos —cuando yo lo conocí era sólo marqués de Terranova—, de golpe quiso ser más que su hermano, más que los príncipes y reyes en cuyas cortes fue recibido magnánimamente. Abrumado de sí mismo hasta el desvarío, de pronto ya no pudo encontrar el camino de regreso a lo más íntimo de su ser y se extravió para siempre, dilapidando una fortuna de tamaño sideral en tan solo unos años...

Pero lo que en realidad me ha hecho saltar de la silla y me ha puesto en un estado de desasosiego que no me abandona del todo es lo que Federico me dice en su carta respecto a la muerte del joven rey Alfonso XII, a cuyas exequias asistió recientemente. De esto hará poco más de un mes y, sin embargo, ha tenido que ser mi buen amigo el que me hiciera llegar la noticia, ya que a mí me quedan pocas ganas de asomarme a los periódicos, que sólo traen desgracias, desórdenes y los vientos pestíferos de esta sociedad que parece abocarse a su destrucción, tiznada de hollín y emanaciones ponzoñosas que llegan incluso hasta este pacífico rincón de la ciudad. Debería haber hecho caso en su momento al viejo Richard Ford y regresar a Heavitree para evitar así el artero alcance de lo que muchos llaman petulantemente modernidad. O quizá sólo se trate de mi propia destrucción, que veo ya más cercana, lo que me hace rechazar todo lo que esta sociedad se empeña en arrostrarme en las narices como prueba de progreso y civilización. Al fin y al cabo, la medida de eso que llamamos *la inmortalidad* es nuestra propia finitud, ya lo sé.

El caso es que Federico ha deslizado en mi mente, socolor de referirse a este triste y regio deceso, la presencia del collar, aquella maldita joya que él tuvo el privilegio no solo de trasladar en un par de ocasiones a un lienzo, sino de admirarlo en un escote hermoso y joven muchas décadas antes de que la mujer de Pepe Alcañices —una rusa de fría inteligencia y arisca belleza esteparia, de nombre Sofía Troubetzkoy— llevara el collar que su marido recibiera en posesión al heredar, entre otros títulos, el marquesado de los Balbases. Exactamente como ocurrió cuarenta años atrás con su madre, cuando Nicolás Osorio y Zayas la desposara en una de las grandes bodas de

aquellos lejanos años de este siglo que ya se acaba... Sí, Madrazo ha despertado en mí no sólo los bellos recuerdos de mi estancia en Madrid, sino que ha removido, como la azada remueve la tierra después del barbecho, mi fundado temor a que, efectivamente, sobre ese collar gravite una maldición que por lejana no es o ha sido menos funesta para todo aquel que lo posee o se mueve en el perímetro de su embrujo. Porque lo que cuenta mi amigo en su carta es apenas la última de las historias que cierran un largo sendero alfombrado de muertes inesperadas y dramáticas que yo he ido investigando con paciencia y temeridad durante todos estos años. Baste con decir que la hija de la Troubetzkoy, María de Morny, murió en París y por su propia mano, según se rumorea, a causa del despecho que sufrió al no ser correspondida en su amor por el joven rey Alfonso, compañero suyo de juegos e infancia...

Y lo que me refiere Madrazo en su última carta es que, al parecer, la reina Cristina de Habsburgo-Lorena, la mujer del desaparecido Alfonso XII, quedó prendada de aquel collar nada más verlo relampaguear una noche, bellísimo y terrible, en el cuello de Sofía de Troubetzkoy, quien tanto la había ayudado en la Corte, razón por la cual Cristina siempre le guardó un rencor lleno de humillación. El caso es que la reina no paró hasta arrancarle la promesa a su marido de que le conseguiría una copia del mismo. Y el buenazo de Pepe Alcañices, alentador de correrías —y perrerías...— del rey, además de su mayordomo real, consintió en mandar a confeccionarle una copia. Se trata de un collar que ha pervivido desde muy antiguo y de generación en generación en la familia Osorio, por la rama de los Spínola, y por lo tanto de un valor incalculable.

Pero hete aquí que la desgracia que persigue al collar de los Balbases volvió a cebarse enfangando la vida de estos regios nuevos protagonistas en su dilatada historia de desgracias. Porque el rey ha muerto sin ver descendencia y Alcañices, fiel a su palabra, pretendió entregar la copia de la joya a la reina, embarazada pocos meses antes del deceso real. Esta la rechazó con unas tristes palabras: «Ya para qué, Pepe, ya para qué ahora...».

Otra muerte trágica pues, otra historia de retorcido dolor donde aparece este collar.

Nuevamente se ha levantado ese viento de infortunio que sopla desde lo más remoto del tiempo y que yo pensé conjurado cuando mi querido primo

Pedro, hermano mayor de Mariano, en un episodio lleno de zozobra, logró poner a salvo no sólo el collar, sino la honra de la mujer que amaba. Yo fui testigo de todo aquello y, si cierro los ojos, ahora casi siempre humedecidos por cualquier tontería, puedo verme con dolorosa nitidez en el palacio de mis primos, los Osuna, diez veces grandes de España.

¡Ah, quién pudiera ser joven otra vez! Me veo, sí. Un mozuelo despistado, lleno de sueños y pretensiones, algo flaco y de alborotada cabellera rubia. Digo *me veo* y decirlo resulta exacto. Es como si el tiempo me hubiera otorgado una benévola ubicuidad para contemplarme desde fuera y desde lejos, con esa liviana ternura que reservamos para los muchachos en agraz. Allí estoy yo, entrando en aquel palacio de escaleras de mármol que se bifurcan en sendas curvas elegantes hacia la primera planta, bañadas por la luz de arañas de cristal como no he visto en ningún otro palacio. Llevo una carta de mi padre en la mano. Y Pedro y Mariano están esperándome en la entrada del palacio de Leganitos. Alto y de largas guedejas rubias, de corbata negra y frac, calzado con bota hasta la rodilla el uno; prematuramente calvo, vestido con manto ducal de terciopelo azul turquí, medias de seda blanca y zapatos también de terciopelo, el otro. Salen a recibirme con un abrazo de hermanos, a preguntarme por mi padre, por el viaje, por mis expectativas durante mi estancia en Madrid...

—¿Cómo está mi querido tío?— pregunta Pedro cogiéndome del brazo mientras dos criados se ocupan de mis bultos.

Y hoy, cincuenta años después, siento nuevamente su brazo cálido enroscado al mío. La misma entregada confianza por ese futuro que era todo promesas.

La joyería de Pedro Sánchez Pescador es de lo mejorcito de Madrid, y también está más ricamente surtida que la del romano Ludovico Pasqualini —que, como se sabe, fue discípulo de Leonardo Chopinot, guardajoyas honorario de Carlos IV—, que llegó a Madrid por un feo asunto de faldas y un marido que había jurado matarlo si el desdichado caía en sus manos.

Pasqualini, enteco, sonrosado, de rubias caracolas, no ha perdido su entusiasmo por las mujeres y su elegancia natural algo afectada y traviesa, como tampoco su afición al bolero, la fiesta y la ópera, actividades todas estas en las que ha invertido ingentes fortunas. Pero, en cambio, se dice que sí

ha perdido reflejos a la hora de hacer negocios y mantener su prestigio de años. De cobrar mil doscientos reales por insignia a Fernando VII, ha pasado apenas a elaborar una que otra joya para la reina Cristina quien, aun siendo paisana, se ha decantado por la delicada orfebrería de Pedro Sánchez Pescador que, en estos últimos años y con la ayuda de su hijo Damián, viene trabajando la joyería con una pericia fabulosa que su clientela no deja de elogiar, sobre todo en lo tocante a pedrería. Bellísimas amatistas —que se cotizan a precio de diamante—, ágatas, cristal de roca, ya sea en cabujones o facetadas, brillantes de buenas aguas... Todo lo que producen sus diestras manos con entusiasmo e inspiración resulta bello y singular. Pulseras, collares, pendientes, presillas y camafeos deslumbran a quienes se acercan a su negocio de la calle de Fuencarral. Todo es bello, novedoso... y carísimo, como no podía ser de otra manera. Y allí acuden las aristócratas, las damas y las coquetas del reino para deslumbrarse con las joyas, los engastes, los alfileres, las perlas que las hacen suspirar. Y también, se dice, acuden los amantes que adquieren caprichos con total discreción para sus queridas, porque Sánchez Pescador es elegante no sólo en el vestir, como Pasqualini, sino también lo es con esa manera elusiva y más exigente de la elegancia que es la discreción. Vive en el principal a cuyos bajos se emplaza su prestigioso establecimiento y, a cualquier hora del día, desde las diez de la mañana hasta bien entrada la noche, y si fuese menester en plena madrugada, que alguna vez ha ocurrido..., él atiende a quien esté dispuesto a apoquinar quinientos reales por una presilla para el sombrero, mil quinientos por un aderezo de coral montado en oro o —ya que estamos— tres mil por un camafeo...

La tienda es un primor y está acondicionada a la moda parisina: gruesos tapices damasquinados, largos mostradores de madera robusta, oscura y fina, repujada con gusto. Hay aquí y allá modernas y doradas lámparas del doctor Quinquet que le otorgan un empaque de sofisticado lustre al ambiente. Y sillones y butacas cómodas, de buena piel de becerro, para que las damas se sienten a esperar ser atendidas, mientras se observan lánguidamente en los muchos espejos que el orfebre ha colocado no solo para dar una sensación de mayor profundidad a su establecimiento, sino para vigilar cualquier movimiento sospechoso de todo aquel que pudiese sufrir un momentáneo y afiebrado exceso de entusiasmo por alguna que otra joya de las que se exhiben en su escaparates amplios y acristalados. En el mostrador principal,

las perlas se disponen sobre un mullido lecho de terciopelo granate y se guardan en taleguillos numerados. Y los brillantes y piedras de color en cajas inventariadas según tamaño. Y ahí, detrás de ese expositor amplio y solemne, Pedro Sánchez Pescador atiende esa tarde de particular actividad, en la que, mientras muestra unas joyas a dos jóvenes damas que han venido del brazo, rozagantes y pizpiretas, escucha tintinear la campanilla de la puerta y hace su aparición un caballero algo entrado en años y carnes, que gasta cadena en el chaleco, pantalones color perla, fina casaca verde, pañuelo y polainas. Empuña un bastón de ostensible calidad y guantes caros, de cabritilla. Sánchez Pescador tiene el olfato y los ojos adiestrados por más de treinta años en el oficio, años que le han enseñado a calar, de un vistazo, quién tiene disponible, quién simplemente se da ínfulas, y quién pedirá crédito y traerá problemas. Pero con este elegante, el diamantista vacila, sin saber en qué categoría colocarlo. Casi al mismo momento entran dos hombres más, jóvenes, calaveras, uno flaco como el *polloque* aún es y que usa ese bigotillo tan de moda ahora, llamado de moco y que se resuelve en dos pequeñas pinceladas a ambos lados del labio. El otro es más bajo, pero también más cuajado, moreno, de patillas hirsutas y corbatón de varias vueltas. Los mozos ríen con fingida desenvoltura y se dirigen sin vacilación al mostrador vertical donde se exhiben pulseras y piedras sin engastar: estos son de los segundos, de los que se dan ínfulas, nada más, dictamina Sánchez Pescador. Observan, murmuran, esperan sin preocupación a ser atendidos. El orfebre se excusa pues con las damas, a quienes deja entretenidas con su hijo Damián, que les está mostrando un aderezo realmente singular: una esmeralda en forma de pera como collar y una diadema finísima, diríase confeccionada por ángeles, y se dirige al caballero.

—Desearía ver algunas perlas —ha solicitado este clavando su bastón en la alfombra, como poniendo un inapelable punto final a sus palabras.

—Cómo no, señor —dice Sánchez Pescador sin quitar ojo a los calaveras, que miran y sonríen a las jóvenes damas.

Ya se ha dado cuenta de todo, el joyero. Esos están aquí para pasar el rato, pues han venido siguiendo a las jóvenes que ahora observan el aderezo y se ríen sofocadas, miran de reojo a donde los *pollos*, fingen interesarse en las joyas, bah, ni las unas ni los otros van realmente a comprar. No le decepciona del todo a Sánchez Pescador, pues ocurre con cierta frecuencia. Su negocio se

ha convertido con los años en un lugar para ver y dejarse ver, para que algunos se den ínfulas y otros admiren los carruajes que se apostan a su entrada. Pero tal cosa no le hace daño al negocio, no señor, y por eso el comerciante se esmera por igual con estos y con aquellos, pues sabe que también eso actúa como un reclamo y lo mantiene como el lugar de moda, como el emplazamiento de la exclusividad y de las compras de los verdaderamente ricos, quienes entran a lo que entran y vienen a lo que vienen. ¿Un camafeo? Pues muestre usted algunos. ¿Unos zafiros?, quiero ver esos de allí. ¿Unas perlas? A eso vengo. Como al parecer este caballero, que no se ha dignado ni a mirar a las mujeres, guapas, jóvenes, elegantes, ni a las otros, a los *pollos* alborotadores. Ha venido este buen señor a por unas perlas porque eso quiere seguramente para su amante. Y parece tener prisa, a juzgar por la manera como se mueve, se quita y se pone los guantes, impaciente.

Sánchez Pescador saca entonces con sumo cuidado la larga caja, que es como un nicho donde en pequeños compartimentos guarda los taleguillos con las preciadas perlas. Las hay en verdad hermosas y él está secretamente orgulloso de todas y cada una de ellas, pues algunas rivalizarían con la mismísima Peregrina. Aquí fue precisamente donde el marqués de Alcañices, cuando heredó el marquesado de los Balbases, y siguiendo una tradición antiquísima de los Spínola, eligió la perla para el fastuoso collar que generación tras generación lucen las mujeres de dicha familia. Don Nicolás Osorio se decantó para el llamado Collar de los Balbases por una perla como no hay otra en el reino. Y fue precisamente en este negocio donde la encontró. Ello es uno de sus mayores orgullos, se dice el joyero, y por eso muestra con pausada reverencia su colección a este señor que tanto interés tiene por adquirir una. Las hay de sugerente belleza opalina, oscuras como si albergasen en su interior una tormenta, y de una redondez tan perfecta que resultan hipnóticas, otras de un rosado lleno de tibieza y, en fin, el caballero mira, elige, observa al trasluz, señala aquella, sí, la de la izquierda, no pregunta aún el precio de ninguna, sólo frunce el ceño, intimida un poco al orfebre pues, cuando este va a glosar cualquier característica de alguna de las perlas, el caballero hace un gesto como para evitar perder concentración y clava la contera de su bastón en el alfombrado del local.

Al cabo de unos quince o veinte minutos de mirar y remirar, parece

haberse inclinado por una de suaves tonos mates, llena de hermosa sensualidad, y se nota su buen gusto porque es de las más caras que Sánchez Pescador tiene en ese momento. Que por fin se haya decidido alivia al orfebre, pues los calaveras siguen con su juego de petimetres enamoradizos y luego de mirar de arriba abajo las estanterías se han acercado al mostrador, donde continúan las damas embobadas con unas pulseras. Ellos preguntan por una diadema, mientras las dos jóvenes insisten en mirar y remirar ahora el nuevo aderezo que les muestra su hijo Damián y también aquel otro, dice una señalando una joyita engastada de ágatas, pero en realidad siguen tonteando con los calaveras que ahora sonrían abiertamente, y ya han entrado dos personas más y hay demasiadas joyas en el mostrador. Y eso nunca es bueno. No, señor.

El caballero inquires por el precio de la perla, Sánchez Pescador dice una cifra y las dos jóvenes y los dos calaveras parecen también interesados de pronto en las perlas, quizá sólo para seguir con su maldito juego, piensa el diamantista, y piden ver algunas, que él muestra con evidente desgano —se acaban de ir los que entraron hace un momento— y le hace un gesto casi imperceptible al hijo para que vaya recogiendo las demás y las ponga en sus taleguillos de terciopelo..., y entonces ocurre.

—Falta una perla— dice Damián.

En realidad lo ha tartamudeado, por lo que el dueño del establecimiento entiende que ya su hijo ha contado y recontado. Conoce muy bien el negocio. Hay un momento de espeso silencio. Los calaveras han palidecido, llenos de confusión, y las damitas se han quedado calladas, como si de pronto no entendieran a qué se refiere el diamantista o como si Damián hubiese hablado en caldeo. El caballero más bien frunce el ceño, todavía con la perla de tonalidades mates en la mano. Parece que la cosa no fuera con él.

—Falta una perla —anuncia Sánchez Pescador, por si alguien no hubiera escuchado a su hijo. Lo dice con una sonrisa que contradice la severidad de su voz, como si en realidad estuviera diciendo que la broma ya estaba bien y que no le toquen más los reales cojones.

—¿Ha mirado bien? —dice uno de los calaveras, y se calla bruscamente porque la pregunta suena, además de retórica, estúpida. Ningún joyero anuncia ante su distinguida clientela algo así, tan ofensivo, si no tiene absoluta seguridad de lo que está diciendo.

—Pues aquí está la mía —dice el caballero, y deposita la perla en la mano atribulada del joven Damián, que no sabe qué hacer y mira a su padre con expresión alelada.

Sánchez Pescador, de habitual obsequioso y algo dulzón como exige el oficio, es también rápido de reflejos y frío de temperamento en circunstancias así. No ha logrado lo que ha logrado ni ha llegado a donde ha llegado siendo un pusilánime. De manera que retruca:

—Querrá decir la mía, señor. O más bien la última que usted ha visto.

El rostro del caballero muda de color y parece que va a soltar un bastonazo, ¿estaba insinuando que él había robado una perla?, se agrieta su voz, estrangulada por la indignación. ¿Le estaba diciendo que era un ladrón?, exclama, apoyándose en el mostrador como si quisiera levantarlo de los bordes o quebrarlo con la sola fuerza de sus manos, y acerca mucho su rostro al rostro impassible del joyero. Él no decía ni insinuaba nada, replica Sánchez Pescador, que ya no tiene dudas. Se cruza de brazos, no pestañea, está muy serio. Pero que faltaba una perla, faltaba una perla. Mil trescientos veinte reales. Y como los calaveras murmuran y las damas se sofocan y todos dan un paso atrás, Sánchez Pescador explica que de allí, lo sentía mucho, no salía nadie hasta que viniera la policía. Damián ya ha volado a la calle. Hay exclamaciones, reclamos, invocaciones, voces atropelladas, un revuelo que amenaza convertirse en un verdadero motín hasta que reaparece Damián, jadeante, con dos alguaciles. Milagroso, pues no ha tardado ni cinco minutos. Han cerrado las puertas y ha bajado la mujer de Sánchez Pescador, una matrona con cara de malas pulgas, para ser ella la que se encargue de revisar a las muchachas, que están lívidas y con los ojos llorosos. Sánchez Pescador lo siente por ellas, pues sabe que no son las ladronas, pero más lo siente por él y de allí no se mueve nadie hasta que aparezca la perla. Los policías tienen menos miramientos con los señores y todos son revisados de arriba abajo, como vulgares cacos: pantalones fuera, polainas, botas, sombreros, pañuelos, chalecos, camisas... Mientras los petimetres parecen atontados por el mazazo que supone aquella indigna situación, el caballero se agita, parece que le va a dar un ataque de apoplejía, los alguaciles dudan, lo desnudan casi a la fuerza, casi seguros de que tanta resistencia sólo lo compromete más. Pero al cabo de unos veinte minutos tan exhaustivos como humillantes se vuelven al joyero, un poco amoscados. Lo han revisado de arriba abajo, señor, al caballero y a

los demás, igual que ha hecho lo propio la señora con las damas. Y ni rastro de la perla. Y antes han revisado hasta la última pulgada de la tienda, cada palmo de alfombra, cada caja, estantería, cajón, lámpara, taleguillo, esquina y rincón. Y no hay nada. Los calaveras y las damas se van, unos ofendidos, murmurando amenazas y litigios, las otras llorosas, temblando, pese a que Sánchez Pescador se ha deshecho en disculpas, ha gorjeado ofreciendo unos regalitos, unas alhajillas que todos han rechazado casi sin querer mirar siquiera, esto es una ruina para el negocio, coño, se quiere tirar de los pelos el diamantista. Todos se han ido, pero el caballero se ha demorado en calzarse, acomodarse los faldones de la camisa, ponerse la casaca verde y recomponer nuevamente todo el empaque que trajo. Recién entonces, como si hubiese terminado su *toilette* habitual se ha vuelto despacio y ostensiblemente, para que los policías den fe de sus palabras, señala al joyero con su bastón, como si fuera un insecto al que es necesario aplastar, y exclama, con la voz temblando de frío desprecio:

—Este ultraje no va a quedar así, miserable. Tendrá noticias mías.

Sánchez Pescador sabe que él es el ladrón, lo sabe con toda la certeza de sus treinta años de oficio. Pero está demolido por la falta de pruebas. Y la policía parece darle la razón al otro. De manera que se queda lívido, incapaz de articular sonido alguno, y observa cómo el caballero se va de su tienda, ofendido y sin mirar atrás.

Los carruajes se detienen pesadamente antes de completar la vuelta en el patio de honor y de ellos va descendiendo una multitud elegante. Mujeres con echarpes y chales de cachemir, diademas deslumbrantes y lazos de caramba, atrincheradas tras sus abanicos de noche. Los caballeros gastan frac, chaleco, pantalón negro o gris perla y zapatos a juego, y se aprestan galantemente a ofrecer el brazo a las damas, cuidando de no tropezar a la hora de apearse de berlinas y calesas. Aquí brota una voz estentórea, allá el saludo efusivo de dos que se han reencontrado después de tiempo. La música destila desde el interior de la planta principal y alguien canturrea el estribillo de una canción de moda: «Me quisiste y me olvidaste / y me volviste a querer, / zapato que yo he deshecho / no me lo vuelvo a poner...», y dos lacayos parecen hacer guardia solemne en la entrada de la residencia con el uniforme de rayas amarillas y de mangas negras propio de la casa ducal, mientras otro se ocupa

de ofrecer el programa de esa noche. Flota en el aire de la primavera un perfume a lavanda y a espliego, a rosas y jazmines, son tantas y tantas las flores que se han mandado poner en el camino que conduce al palacio de Leganitos, allí mismo, nada más cruzar el riachuelo que desemboca en la plaza de San Marcial... ¡Que estos Osuna no tienen parangón!, afirman unos y otros, convencidos.

El fresco viento es almizclado sin embargo por el rudo sudor de los caballos. Allí, emperifollada y con un moño algo antiguo, la marquesa de Villagarcía; detrás de ella, perfumado y sonriente, larguirucho y lleno de requiebros, una mano desenfadada en el bolsillo del pantalón, el peruano Pepe Osma. En el vestíbulo alborotan, lozanos, jóvenes, siempre un punto calaveras, Ventura de la Vega, Pepe Espronceda y el arrebatado Larra, que despotrica a voz en cuello contra Juan Grimaldi, el empresario teatral. Don Pedro Girón, marqués de las Amarillas, conversa seguramente de alta política con el *ruso* Cea Bermúdez, que diríase padece en silencio una indigestión, a juzgar por su rostro bilioso y sus movimientos de autómeta: tal parece que no tuviera cuello, murmura alguien con malicia, y es verdad, de tan oculto que lo lleva bajo capas de pañuelo negro. ¿Y por qué está aquí, Cea?, pregunta otro, si ya no pinta en el Gobierno ni en ningún sitio al menos desde principios de año. Por medias tintas, por insistir en su dichoso manifiesto, en ese asunto del despotismo ilustrado que nadie se traga, pues para los conservadores sobra lo de ilustrado y para los liberales está demás lo del despotismo... Al parecer, el exministro está aquí por Pilarcita Camarasa, explica un tercero. ¿Quién? La tía de Osuna, a quien corteja. «Corteja a Camarasa pero no se casa», agrega un cuarto y todos romper a reír de la rima fácil, y van pasando, circulando por el recibidor, impresionados o divertidos con el oso blanco disecado que ahora hace de humilde lacayo portatarjetas; qué barbaridad, dice la condesa de Corres, y abre unos ojos expresivos y llenos de alarma...

Los invitados ingresan a la casa, suben por las escaleras gemelas de lujoso mármol hasta la antecámara donde se ha dispuesto la guardarropía. Allí las señoras van dejando sus echarpes y los caballeros sus lujosos gabanes o capas. Resultan dignos de admirar los escotes llenos de coquetería, los corpiños rosas, los encajes y las cintas de terciopelo, los pañolones vistosos y de toda clase, pero, sobre todo, los llamados *sofocantes* y también los *matamaridos*, que según se puede leer en *El Correo de las damas* es lo que se

lleva ahora en París.

Los caballeros se acercan a la cámara contigua al salón de baile, donde se dispone el delicado ambigú: quesitos helados, panecillos dulces y bollos de Toledo. Algunos señores cogen al vuelo copas de champaña y ellas agua de granadas y azucarillos, con este calor, dice una, y agita coqueta el abanico de finos dibujos chinescos.

Pero no hace calor, piensa el duque Pedro de Osuna, que pasea de un lado a otro saludando, estrechando manos, haciendo galantes inclinaciones, palmoteando espaldas, chocando los talones, mirando de vez en cuando a su mayordomo y fiel mano derecha de la casa, el maestro Peñuelas, para que maneje todo con la eficacia prusiana con que siempre se han llevado las fiestas de los Osuna... Al menos desde los tiempos de su querida abuela Josefa, bailes cuya fastuosidad aún se comentan en el reino. El duque pasea y saluda, de vez en cuando sin embargo parece desorientarse, esconderse, perseguir un fantasma que lo seduce y lo lleva hasta los ventanales donde apenas se distingue nada más que el reflejo de su propio rostro y las lámparas detrás de él. Nadie se preocupa de ello, algunos —los menos, es cierto— porque están acostumbrados a esa suerte de nube encallada con obstinación en el ánimo de Osuna desde hace mucho, otros porque no se percatan, no ven las señales de esa suerte de apatía o aburrimiento que destila, casi imperceptiblemente, el espíritu de Pedro Osuna. Quizá porque aquel dramatismo es propio de estos años de nota desesperada, terrible y fatalista, un tiempo propicio para los atormentados; joder, exclama Pepe Carvajal, duque de San Carlos, con su vozarrón amenazador, y le da un abrazo áspero y al mismo tiempo amable.

—Cómo estás, Pedro —gruñe Carvajal, y le coge de las mejillas como si Osuna fuese un crío.

El duque se zafa y devuelve el abrazo con calor, casi como para evitar seguir siendo víctima de los amables estrujones y pellizcos de San Carlos.

Pepe Carvajal es probablemente el único —no, no probablemente— a quien el duque de Osuna le permite tales familiaridades, vencido por el afecto montuno de su amigo de confidencias y correrías. Suelen practicar esgrima al menos una vez por semana y también comer juntos aquí mismo, en el palacio de Leganitos, en lo que entre ellos llaman con complicidad «la cámara alta». Participan de ella el quiteño Puñonrostro —que acaba de aparecer en la fiesta,

mírenlo ahí, estrechando manos—, el conde de Toreno, el de Oñate, el duque de Casasola y el marqués de Santiago, tan bromista este último, y otros amigos con quienes luego comparten tres o cuatro tertulias que se prolongan hasta bien entrada la noche en cualquier café madrileño, aunque de preferencia en el del Príncipe, el de San Luis, o en la ya vieja Fontana de Oro, por supuesto. Si es que no deciden cenar unos pichones en Genieys y de allí pasar al salón de *madame* Hortense en busca de otros placeres más refinados...

—Parece que no hubiéramos tenido suficiente con el cólera, que ahora nos hunde la peste del carlismo —gruñe Pepe Carvajal, y la anciana condesa de Cervellón escucha y se persigna, alejándose de ellos rumbo a la antecámara donde otras damas han creado un corrillo de cuchicheos, repentinos abanicazos y miradas furtivas hacia donde charlan los caballeros.

Carvajal se encoge de hombros y Osuna finge no haber visto el gesto réprobo de la condesa, a nadie le gusta hablar del cólera, y menos en una fiesta. Pero Madrid ha sido hasta hace poco un horror de cadáveres que se recogían a diario y que tuvieron a la población moribunda y enferma de miedo. Y piensa también que, efectivamente, parece que ni siquiera el cólera, que estuvo causando estragos de un extremo a otro del reino, y que se ha cebado particularmente en Andalucía y Madrid, fue suficiente para poner las cosas en su justo sitio. Quizá por ello la gente no se ha dado cuenta de que lo que resulta realmente peligroso, más que esa epidemia aún no erradicada, más aún que lo maltrecho de las finanzas nacionales, es el indiscutible avance del carlismo, ahora que se rumorea que el infante insumiso ha podido entrar clandestinamente a España. El ejército del norte no puede abatirlo del todo, mientras que el Gobierno se enzarza en luchas bizantinas que están dejando cada vez más indecisa a la reina regente de quien, por si fuera poco, todo el mundo comenta sus amores con Agustín Muñoz. ¿El guardia de corps?, ¿el de Tarancón? Sí, el mismo, y ahora marido de la reina..., como lo oyes.

El caso, explicaba la condesita de Vilches abriendo los bellos ojos con coquetería y escándalo, era que a Teresita Valcárcel, la modista de la reina, la habían desterrado a Bayona, y a su amante, a Jaca. Y al gentilhomme aquel..., ¿cómo se llamaba? ¡Carbonell! Sí, ese. Pues lo enviaron para Andalucía. El círculo de Cristina, afirmó didáctico el conde de las Navas con las manos tras la espalda, se había reducido al marqués de Herrera, a un

cleriguillo de apellido González, que vivía en el callejón de la Hita, y a un escribiente de consulado cuyo nombre no le venía ahora al magín. ¿Sería cierto que la reina desterró al editor de *La Crónica* por publicar que el *char avant* en el que salió a pasear iba conducido por un criado, refiriéndose a Muñoz? Sí, intervino Ventura de la Vega, aquello era cierto. Es más, desterró a Jiménez de Haro y también al redactor de la noticia, Ángel Iznardi, que era amigo suyo, dice Grimaldi. ¡Era una barbaridad, un verdadero desatino! ¿Por qué el desdichado Iznardi tendría que saber que Muñoz era amante o esposo secreto de la reina?, y se vuelve hacia otro: ¿Cómo diantre se llama ese matrimonio entre la reina y un plebeyo? Morganático, contesta el aludido, pero ya Grimaldi continúa, la voz silabeante y el rostro encendido —no se sabe si por el vino o por la indignación, murmura Larra a Ventura de la Vega —: Cristina le estaba haciendo un flaco favor a la corona, en estos tiempos difíciles, sí señor.

Como si esa idea recorriera la espina dorsal de la fiesta, confiriéndole vigor y movimiento, Osuna escucha decir a alguien que tanta frivolidad de la reina es peligrosa para la corona. ¡Vaya con la napolitana!, exclama otro y algunos consideran que se ha ido muy lejos en el chismorreo, porque le lanzan miradas censuradoras. Al fin y al cabo es nuestra reina, y quien no la quiere bien es un vil carlista. ¡Viva la reina Cristina!, ¡viva! El champaña ha encendido los corazones y ya Veguita, Espronceda y los otros están armando jaleo, haciendo bromas que todos ríen, incluso el constreñido Cea Bermúdez. ¿Sería cierto que Espronceda, Ventura de la Vega y Santos Álvarez se pasearon del brazo en un baile de máscaras vestidos con dominós negros y cosida a la espalda una enorme letra blanca y que juntos formaban la palabra «CEA»? ¿Y que recorrían el salón y se daban la vuelta para formar la palabra «CAE»? Sí, nadie sabía cómo se enteraron de la destitución del ministro tan rápidamente, yo no estuve en aquella ocasión, pero es sabido. Y efectivamente, la reina se deshizo de Cea. ¡Ja! Para poner luego al frente del Gobierno a *Rosita la pastelera...*, mira tú qué es lo que nos resultó peor, si Cea o Martínez de la Rosa. La verdad, a este último lo prefiero más como dramaturgo. Prefiero mil veces su *Conjuración de Venecia* que su estatuto real... Dicen que la primera está llena de realismo y la segunda, en cambio, de romanticismo... ¡Eso lo dijo Larra!, exclama otro, triunfal, buscando al escritor entre el gentío. Y todos rompen a reír de buena gana. Pero *Rosita*

tuvo desde el principio los días contados, afirmaban todos, y por eso fue recientemente sustituido por el conde de Toreno como ministro de la indecisa Cristina. Las frases, las charlas encendidas, las pullas y los requiebros de las damas, el esforzado galanteo de los señores, todo va colmando la noche, piensa Osuna, mecido por el runrún del sarao. Pero él quisiera estar a cien leguas de allí. «No va a venir, Pedro», escucha una voz, tan nítida, a sus espaldas que cree que es real. Pero no, sabe que no es así, que solo es esa voz que lo acosa y lo aturde cada vez que piensa en Inés. Y en su ausencia.

Gloucester Road, Londres, 1886

Eran tiempos difíciles para España, ya lo creo: la muerte del rey Fernando VII abrió la espita de las ambiciones más desaforadas. Su hermano el infante Carlos María Isidro —a la sazón enrocado en Portugal y después obligado a exiliarse en Londres— decidió ignorar la pragmática sanción que abolía la ley sálica y que lo dejaba fuera de la línea sucesoria, en detrimento de la hija del rey Fernando, la pequeña Isabel. La madre de esta, Cristina de Borbón Dos Sicilias, joven, hermosa, tan austera como perspicaz, pasó a ser pues la reina gobernadora en aquel tiempo tormentoso que le tocó en suerte. No sólo era la horrible guerra civil que estallaba bajo las arengas del que se creía usurpado en sus derechos sucesorios y se hacía llamar Carlos V, sino que dentro del propio Gobierno cristino —o isabelino, como preferían algunos puntillosos— hervía la pugna entre conservadores y liberales que maquinaban para que de una buena vez la reina diera el paso decisivo que convertiría a España en una nación moderna y liberal... O bien aboliera para siempre la Constitución de 1812, tan traída y llevada por nefastos intereses como si de un trapo sucio se tratase. No era pues sólo la guerra fratricida que luego se conoció como carlista, cuyas secuelas se padecen hasta hoy y que en su momento enfrentaron en sorda lucha a las potencias europeas, a los Estados modernos y liberales contra los Estados conservadores y monárquicos, no; fue además el tiempo de las sublevaciones contra la propia regente, a cuyas espaldas se bailaba una sinuosa danza de pactos, componendas, traiciones e insurgencias del más diverso e inesperado origen.

Tan pronto eran broncas rebeliones de sargentos como cobardes algaradas de la guardia real, pronunciamientos exaltados de políticos y aristócratas, conspiraciones de comuneros y masones, exilios y presidios, fusilamientos y linchamientos: Madrid, la España entera, se había convertido así en un cenagal donde florecían como negras orquídeas todas las desgracias y todos los vejámenes que han sedimentado en ese país un río de encono y agravio, donde abreva y se embriaga de furor cainita el español de toda condición, incluso aún hoy en día. Y mucho me temo que en años venideros...

Por si todo esto no hubiera sido suficiente para trazar el destino de la pobre España, aquel fue también el tiempo del cólera, que asoló el país como si el mismísimo Todopoderoso se hubiese hartado ya de ellos, de los españoles, decidiendo acabar con tanto despropósito. El cólera llegó de los remotos confines de Europa como una maldición bíblica, que diría el buen George Borrow, y no hubo modo alguno de atajarlo. Se introdujo por Vigo el año 33, muy probablemente a consecuencia de la utilización que hicieron de su puerto las flotas que libraban la Guerra de Sucesión en Portugal. Pero donde realmente se cebó fue en Andalucía, en el verano de ese mismo año, dejando un reguero pestífero de muerte y desolación a su paso. Aplacado por la llegada del invierno, la peste aquella despertó sin embargo con renovada furia durante el caluroso verano del 34, momento en que el ministro Martínez de la Rosa entregaba a las cortes el Estatuto Real —un verdadero esfuerzo de renovación política a la inglesa, mal comprendido y peor recibido— y casi al mismo tiempo de que Carlos de Borbón escapase esperpénticamente, con el cabello teñido y gastando bigotón inverosímil, del forzado exilio en Londres y entrara a España para liderar su odiosa guerra contra su cuñada Cristina y, por ende, contra su sobrina Isabel II, apenas una niña, en ese entonces. Diríase pues que aquella peste que tanto estrago produjo en España irrumpió con sus vapores mefíticos tras la estela de Carlos, el fanático religioso, el déspota intransigente.

Todo esta historia yo la conocía bastante bien y seguía desde el origen aquellos acontecimientos con verdadera pasión desde años atrás, pues mi padre, aristócrata y al mismo tiempo ferviente liberal, amigo de lord Palmerston, hizo buenas migas con muchos españoles que conspiraban en Londres al socaire del exilio al que los condenara el rey Fernando desde una década atrás, más o menos, y que fueron llegando en sucesivas oleadas

migratorias a partir de 1823. Así, poco a poco, en Camden y Belgravia, en Covent Garden y Regent's Street, aquellos orgullosos españoles fueron aprendiendo las maneras de un ejercicio político liberal y democrático que pronto les otorgaría réditos en la Corte. Y que, por lo demás, Inglaterra veía con buenos ojos, ganada por fin la arisca España para la causa anticonservadora.

Por Londres pasaron muchos de los que jugarían un papel importante en los entresijos de la Corte madrileña poco después, a mediados de los años treinta, cuando Cristina de Borbón, convertida ahora en viuda gobernadora, decidió con sagacidad ganarse a los exiliados para dar una imagen más transigente y, sobre todo, para presentar lucha cerrada contra los carlistas que campeaban por el norte del país, alentados por los curas absolutistas que veían en la Constitución y el democratismo algo así como el fin de los tiempos.

De manera pues que, en salones y tabernas y hasta en mi propia casa, donde mi padre los invitaba a menudo, conocí a muchos de aquellos exiliados, y aunque era aún muy joven como para comprender del todo el complicado ajedrez político que se jugaba, pronto me sentí hechizado por esos gallardos españoles que, incluso en situación de verdadero apuro y pobreza, conservaban una prestancia de hidalgos, una espontaneidad viril y llena de arrojo que encendía mis ideales juveniles. Cierro los ojos y los estoy viendo: al temperamental y altísimo Juan Álvarez Mendizábal, *Juan y medio*, que tan pronto hizo fortuna como la volatilizó en Londres; al gaditano Istúriz, gran amigo del primero y que hablaba un inglés lleno de tropezones y nunca dejaba de suspirar por su país; a los hermanos Calatrava, José María y Ramón, de rostros chupados ambos, vestidos con una austeridad casi calvinista y portadores sin embargo de rotundas ideas liberales... al elegante duque de Rivas, siempre de pañolón oscuro y capa larga; a Alcalá Galiano, de verbo encendido y voz de doncella, y al temperamental y aún casi imberbe Pepe Espronceda, que con el tiempo sería buen amigo mío. Y a otros, muchos otros. Escritores, juristas, advenedizos de primer momento, exaltados y lunáticos, aristócratas de orgullo feroz y poetas de lengua afilada, la gran mayoría de ellos instalados en el bullicioso Somers Town, barrio que rápidamente españolizaron con vino de Valdepeñas y chorizo de Arganda pues, pese a la cálida acogida que se les dio aquí —eran liberales, eran

enemigos de Napoleón—, nunca terminaron de adaptarse ni a la lengua, ni al clima, ni mucho menos a la flema inglesa.

Yo crecí pues escuchándoles, asaeteada ya en mi juvenil corazón la yesca libertaria, la indignación contra el absolutismo despótico que representaba el infante Borbón y el convencimiento de que mi destino estaba unido al de ellos, que partían ahora al llamado perentorio de la reina Cristina, a luchar contra el fanático iluminado Carlos, ¡abajo con él!, pero sobre todo para llevar los aires liberales respirados durante toda una década en Londres, a ver si enderezaban aquel país rústico y rezagado que era la España de ese entonces, como bien lo contaría, años después, Richard Ford en su *Manual para viajeros por España y lectores en casa* que tanto éxito obtendría aquí en Inglaterra.

Mi sangre inglesa y liberal me hizo tomar rápido e inequívoco partido a favor de la reina Cristina, pero, claro está, de manera apenas especular y retórica, pues yo era simplemente un jovenzuelo que nada pintaba en esa guerra lejana. Sin embargo, en aquel invierno de 1834, una serie de curiosas casualidades fueron gestando en mí la idea cada vez más rotunda de que debía partir sin demora, y que mi lugar estaba allí, en aquella España que mi corazón había resuelto —de la manera impetuosa en que los jóvenes decidimos nuestro destino— que era ya mi patria, el emplazamiento que forjaría a fuego mi personalidad.

Lo primero fue enterarme de manera más o menos casual de que mi primo, Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Beaufort Spontin, duque de Osuna, había tomado partido por la reina, y que su hermano menor, Mariano Francisco de Borja, a la sazón marqués de Terranova, más o menos de mi edad y ganado para la misma causa, se aprestaba a presentar lucha en el norte de España bajo el mando de un buen amigo de mi padre, el general Vicente Quesada, marqués de Moncayo, nombrado poco después virrey de Navarra. Imaginarme a Mariano, joven y temperamental como yo, batiéndose a sable descubierto por mis mismos ideales, me impulsó a tomar pluma y papel y a escribir a aquellos lejanos primos españoles. Esperé impaciente una respuesta y solo varias semanas después, con el nervio encabritado por la emoción, la obtuve: en tres extensos folios, con una letra primorosa y escrita en impecable inglés, Pedro me trataba como a un hermano, refería el orgullo de ser descendientes de la gallarda estirpe de los Fitzroy Somerset, es decir, del

ducado de Beaufort, orgullo que compartíamos por su vía materna; me decía también que su casa estaba siempre dispuesta para mí y que, no faltaría más, me recibirían con los brazos abiertos, tal como me lo merecía. Empero, que reflexionara un poco, agregaba cauteloso Pedro, con respecto a mi vocación guerrera, que quizá estaba precipitándome como lo había hecho «el impaciente Mariano, hermano mío a quien quiero con todo mi corazón y de quien no deseo tener que llorar el cadáver a tan temprana edad». Esto último me dejó un poco perplejo, pues dar la vida por los ideales me parecía lo mejor y más noble que alguien podía hacer. Y más confuso me dejó el enterarme después de que habiendo sido nombrado coronel de las Milicias Urbanas de Madrid, mi primo Pedro había declinado el cargo, pues alegaba no tener más méritos para servir a su reina que como simple soldado. Hoy sin embargo me parece el gesto más viril y digno que puede acometer un noble de tanto linaje como era él.

Pese a ese tonto resquemor, yo seguía prendado de la espontánea generosidad que mi primo demostraba en su carta. Aquella calidez tan repentina como entrañable —que no hube más que confirmar a mi llegada a Madrid— me mantuvo en un primer momento atónito y en un estado poco menos que de embriaguez emocional, pues yo era un joven aristócrata sí, pero de ninguna manera a la peculiar usanza española, ni mucho menos con los medios y la esplendidez de una familia, los Osuna, considerada como una de las más ricas y linajudas de Europa. ¡Viajaría a España, lucharía por la reina Cristina!, decidí en ese momento.

Mas no sabía cómo decírselo a mi padre, que por entonces me alentaba a continuar mis estudios de leyes en Oxford, como marcaba la tradición familiar y, amándolo como lo amaba, no quería decepcionarlo o causarle una mínima contrariedad. Todo esto me traía alicaído y cabizbajo, forzado a disimular ora mis ensueños, ora mi enfado, que desfogaba con largos paseos por los jardines de la finca familiar y aún más allá, por el bosquecillo que la rodeaba, sin saber qué hacer. Después de todo, pensaba por momentos, él me había inculcado aquellos ideales, aquel amor por el pueblo español y la justicia de su lucha liberal. Pero no me hubiera decidido a resolver mi viaje si no fuera, ya lo digo, por una casualidad más, que cambió sorpresivamente el curso de los acontecimientos.

Una tan inesperada como providencial visita decidió mi inmediata partida

y dio un vuelco a mi destino. Porque si aquellos fueron los terribles años de la espantosa guerra carlista, de las infames sublevaciones contra la reina, del desembarco atropellado del exilio liberal y de la malignidad del cólera, también fue el momento en que me tocó en suerte asistir de primera mano a la más apasionante historia de amor y la más encendida aventura que jamás había vivido. Ni he vuelto a vivir.

El hombre es ahora sólo una silueta dibujada sobre el muro alto en el que se ha encaramado. La luna lo troquela nítido contra el cielo nocturno. Su lechosa claridad comporta un riesgo, pero también será una ventaja a la hora de escapar. Corre un frío áspero, que se clava en las carnes como un puñal y él siente la piel erizada bajo la camisa ceñida y negra. Tiene ateridos los pies, que ha calzado con una suerte de escaarpines también negros, ligeros, confeccionados de manera especial para escalar el muro en cuya cima ahora se encuentra, sacudido por un enconado y mínimo temblor que le culebrea por la espalda, no sabe ya si es sólo a causa del viento que viene del río que discurre, escuálido, media legua al oeste. Palpa la bolsita de seda donde guarda todo lo necesario y por un segundo le asalta el pánico de haberla perdido. Luego aferra mejor la ballesta que lleva a la espalda —cómo pesa, la condenada— y respira hondo. Intenta ralentizar el ritmo de su corazón, rescatando así la reserva de sangre fría que requiere para llevar a cabo la operación. Antes de que pase nuevamente la pareja de alguaciles por esa calle estrecha en su desentendida ronda nocturna, cuenta con un par de minutos, a lo mucho tres, para ejecutar el salto que lo plantará —si no se revienta el cráneo contra el adoquinado del patio interior, claro...— justo donde debe caer: un alféizar que asomaseguro y ancho enfrente de él. Ha girado con cautela hasta colocarse de espaldas, pues el salto que va a realizar, maldita sea, así lo requiere, ya lo ha comprobado. Es un salto de volatinero, de acróbata de feria, que lo obliga a tensar y flexionar las piernas, cogiéndose sendos muslos con las manos, para darse el impulso necesario. Si este no es suficiente, no la cuenta. Si es demasiado potente puede estamparse de lleno contra el ventanal y para el caso es lo mismo. Del muro donde está ahora al alféizar hay once pies, y catorce hasta el suelo, lo menos. Abajo, fría piedra desnuda. Lo ha practicado hasta la extenuación, hasta el vértigo, hasta soñarlo. No allí, por supuesto, sino en un espacio de similares características

que, con paciencia y esmero, ha recreado de manera oculta y discreta para ensayar, una y otra vez, los movimientos necesarios hasta aprendérselos de memoria. Y sabe que no puede fallar.

Se acomoda y respira hondo varias veces, hasta notar cómo todo su cuerpo se convierte en un nervio, en una flecha a punto de ser lanzada hacia el corazón de su objetivo. Siente de pronto como una explosión, impelida por una orden perentoria que no emana del todo de su voluntad, y que activa el mecanismo bien engrasado que es su cuerpo. Los músculos del abdomen se constriñen, la sangre hincha sus brazos, la piel parece querer hacer estallar esas piernas poderosas, entrenadas durante meses para este exacto momento. «¡Ahora!», ruge una voz interior que lo sorprende a él mismo y, por una fracción de segundo, mientras vuela por los aires sintiendo vértigo, confusión y un placer casi doloroso, se aterra pensando si acaso ha lanzado aquella orden de viva voz.

Si alguien hubiera visto aquel salto impecable, dos volteretas rapidísimas sobre sí mismo, sincronizadas, escalofriantes, y que depositan a la silueta justo en el lugar preciso, con apenas un segundo de trastabilleo, hubiese pensado que se encontraba ante el mismísimo demonio. Pero nadie ha visto ni oído nada y eso lo hace respirar un poco más tranquilo. Ya está del otro lado, en el ala sur de aquel palacio de ventanales cerrados, sobre un alféizar que ahora se le antoja excesivamente estrecho. Una gota de sudor resbala por la breve cicatriz que culebrea y parte en dos su ceja izquierda. No tiene tiempo de detenerse, se dice. Con movimientos rápidos coloca la ballesta en el alféizar. Luego apoya ambos pies en el arco para tensar la cuerda y cruzar el garfio que correrá por el carril saetero lastrando consigo los ocho pies de sogas que ha calculado necesitará. Es una ballesta veneciana, de martinete, de manera que no tiene mayores problemas en cargarla con precisión y apuntar hacia la parte más baja del tejado de esa parte del palacio, la que da a la calle del ruinoso convento de los Capuchinos de la Paciencia. Se asegura de que la caja de la nuez no se mueva y acciona con precisión la llave. Apunta entrecerrando un ojo y vuela el garfio como una saeta, apenas acompañado por un chasquido metálico que se apaga en la oscuridad de la noche. Sabe que ahora tiene que resbalar hasta encajar en el saliente de piedra. Y ruega al Todopoderoso para que así sea mientras observa el vuelo de ese extraño pájaro de hierro que cae, rebota, se engancha en una de las chimeneas de la

casa y deja resbalar hasta sus pies la cuerda, que él tensa con brío un par de veces, asegurándose de que esté bien enganchada. Perfecto. Se calza un par de guantes negros, de suave piel de ternero. Trepa entonces con esfuerzo: siente que el rostro se le congestiona, que los músculos van a reventar la malla ligera que lo cubre. Ya está en el tejado. El aire frío le refresca el hervor de la piel. La liviandad de su calzado le permite sentir la aspereza de las tejas por donde avanza, sigiloso como un gato, hasta la pequeña claraboya protegida por cuatro gárgolas de piedra. La ha visto desde dentro del palacio, la ha estudiado, ha calculado la distancia, sabe que su perímetro permite el paso justo de un cuerpo como el suyo, la conoce de memoria. Deposita a su lado la bolsa de seda y de ella extrae una suerte de pequeña pero potente ventosa de caucho —realmente es un ingenio maravilloso y ligero— que fija al centro de la claraboya. Luego saca de la bolsa un cortador de diamante y hace una incisión limpia, circular, buscando el perímetro de la claraboya que sujeta con la ventosa adherida en el centro como una sanguijuela y levanta limpiamente el ventanuco esférico sin que este se quiebre ni se venga abajo en mil pedazos. Afianza el garfio contra una de las gárgolas, lanza la cuerda hacia el vacío, se cerciora de que está bien enganchada y finalmente se aferra a esta para zambullirse con todo el sigilo del mundo hasta la profunda negrura de ese pozo que él ha horadado entre la noche y el amplio salón donde las plantas de sus pies se posan ahora con la suavidad de una bailarina oriental. No se mueve ni un milímetro y acompasa su respiración hasta apenas percibirla. Sabe que aquella cámara completamente oscurecida por pesados cortinajes y mantas, y a la que la apertura de la claraboya no aporta luz suficiente, está colonizada por una vastísima colección de copas, jarrones, vasos, botellas..., todo del cristal más fino producido en Bohemia. Algunos de estos objetos están dispuestos sobre mesillas, reposapiés y taburetes: si da un paso en falso tropezaría y quebraría una copa, una jarrita, un vaso, armando un estrépito de los mil demonios. De manera que extrae de su bolsa de seda el tercer objeto que llevaba allí, el más preciado: es una pequeña arpa de plata, casi de juguete, cuya única cuerda él acciona con la delicadeza de un artesano primoroso. Espera unos segundos conteniendo la respiración y al cabo escucha una mínima, casi imperceptible vibración a su izquierda, diríase el aleteo de un hada, a la altura de su pecho, a apenas dos palmos de donde se encuentra. Detiene la cuerda del arpa para que la vibración que ha provocado en la copa se suspenda y avanza tres pasos. Vuelve a accionar el arpa y el aire

de pronto se llena nuevamente con aquel zumbido mínimo que pugna por subir de tono, como una protesta de cristal, hasta amenazar en convertirse en un verdadero enjambre, ahora enfrente de él. Detiene la cuerda del arpa otra vez y da dos pasos vacilantes en medio de la oscuridad y entiende mejor su posición. Desde la claraboya hasta su objetivo tiene que caminar once pasos y luego cuatro hacia el norte. Allí encontrará la puerta del gabinete a donde se dirige. Vuelve a accionar el arpa y el zumbido repentino del cristal nuevamente le indica dónde debe poner el pie. Así, pulsando el arpa y deteniendo su vibración una y otra vez, el hombre va sorteando la cristalería que la dueña de la casa ha colocado en el suelo de su salón como original sistema de seguridad. Nadie podría dar un paso en esa oscuridad sin tropezar en algún momento. Pero él, sí. Él sí puede zigzaguear a ciegas entre aquel laberinto de cristal, sólo pendiente de las vibraciones que provoca su pequeña arpa, extremando el cuidado y la atención que le confiere su prodigioso oído para no colocar el pie donde no debe.

Ya ha ganado la puerta que da a la antecámara y la entorna con extremo cuidado, procurando que no chirríe. Fin del campo de cristal, se dice con alivio. Cierra la puerta detrás de sí y se limpia nuevamente el sudor que corre por su frente. Siente la camisa húmeda adhiriéndose a su piel. Entreabre apenas un poco el cortinaje de la ventana y un haz de luz lunar se desparrama por la habitación, como un designio divino que despeja las sombras. Un solemne reloj de péndulo, varias mesillas pegadas a las paredes donde se vislumbran algunos frescos, la alfombra granate y ostentosa que cubre casi toda la habitación y amortigua sus pasos, un pianoforte en uno de los rincones, rodeado por tres o cuatro sillas, algunos cuadros de considerables dimensiones. Allí al fondo, confundido entre otros muebles inocentes, brilla la madera del bargueño cuyo ingenioso mecanismo oculta una cámara secreta. No le tomará mucho tiempo accionarlo. Sus manos palpan en los bordes, se mueven discretamente por debajo de la madera como arañas tejiendo afanasas; por fin, roza una imperceptible protuberancia que lo hace detenerse alerta. Sí, eso debe ser. A simple roce diríase que no es más que una imperfección en el pulcro diseño de la caja, pero en realidad es un muelle. Lo acciona y escucha un mínimo crujido: ya está abierto. Recoge rápidamente lo que ha estado buscando y lo mete en la bolsa junto con el arpa de plata. De pronto, un ruido a sus espaldas, que proviene del saloncito

contiguo, detiene el bombeo de su corazón, lo clava en su sitio, y él se queda estático, sin atreverse a dar la vuelta. Mira hacia la ventana que no ha abierto aún y maldice no haberlo hecho antes, en previsión de lo que pudiera pasar. Siente con nitidez cómo su corazón se agita, está a punto de jadear, pero no se mueve un milímetro, confiando en que las sombras lo oculten el tiempo necesario para escapar. Un gato se acerca a sus piernas y se frota a conciencia, ronroneando de placer. Él lo deja, respira hondo y le acaricia el lomo. Al cabo, el animal parece perder interés, se lame los bigotes y se aleja, silencioso y nocturno como el propio ladrón, que ahora se dirige despacio al alto ventanal. Allí se detiene un momento y, con absoluta tranquilidad, como si se dispusiera a acometer una inevitable tarea mecánica para la que es menester usar las manos limpias, se quita los guantes y deja uno sobre la mesilla más cercana. Sonríe satisfecho, como si admirara el inesperado valor estético que le confiere el guante a la madera brillante y repujada. Luego se encarama en el ventanal, salta ágilmente y desaparece en la noche como si nunca hubiera existido.

Siguen llegando invitados al palacio de Leganitos y entre ellos un grupo de militares —Zavala, Pezuela, Labastida...— que, como Mariano Terranova, van vestidos con el uniforme de corte: tricornio de galón, calzón corto, medias de seda y zapato de hebilla. Y se pavonean frente a las damas, al igual que cuando desfilan por el Paseo del Prado, aunque algunas rían discretamente porque no todos tienen piernas como para lucir, murmura la condesita de Vilches, la más joven y también la más coqueta. Los militares deslizan los pies por la lustrosa tarima de baile, cuidando de no enganchar con las espuelas algún volante; los enormes cucuruchos rojos que llevan embozados al cuello son repentinamente dorados por la luz de las velas que se derriten en las arañas...

Al otro extremo del salón, Pepe Carvajal levanta las cejas: ha descubierto a la guapa Dolores Montúfar. La marquesa de Selva Alegre sube con esa prestancia propia de las gaditanas por la escalera de mármol, deslizando el rodapié de su basquiña color corinto, y mira como de soslayo a San Carlos, pues este la corteja con disimulo lleno de constancia desde hace unos cuantos años. El marqués de Selva Alegre es un hombre achacoso, que sufre de gota al igual que sufrió el rey Fernando —de quien fue ayuda de cámara, además

— y que tiene descuidada a su mujer, aún joven, bella y algo arisca, según es fácil advertir, pues al disimulo ha acercado sus labios a la oreja del duque de San Carlos y allí debe haber dejado caer unas frases envenenadas o displicentes, algún reproche que hace palidecer y tartamudear apurado a Pepe Carvajal, y que Osuna no logra escuchar. Sonríe a la marquesa, que se aleja de su amigo haciendo revolotear su abanico, la saluda con afecto y le ruega que lo anote en su carnet de baile, si es que no estaba ya completo, por supuesto, y ella ríe con desenfado.

—Para ti siempre habrá espacio en esta agenda, querido Pedro— dice la marquesa y señala su carnet. De marfil, como corresponde a una mujer casada, eso sí.

En sus ojos oscuros brilla el cálculo y la codicia al repasar audazmente la estampa de Pedro Osuna. Pero este finge no darse cuenta y ya saluda a otros, hace el amago de besar una mano enguantada, un gesto de complicidad con aquel, sonrío al de más allá, aunque no deja de mirar una y otra vez, asomándose desde lo alto de la escalera, para vigilar el vestíbulo. Pero no, no ha venido. «Ni vendrá, Pedro», escucha nuevamente la voz tan nítida que cree que alguien se la ha susurrado al oído. No es así: es solo la voz atormentada que lo asalta una y otra vez, y de la que apenas consigue escapar cuando trota sobre su corcel preferido en El Capricho. Allí se olvida de todo. Allí quisiera refugiarse siempre. Y sin embargo, de vez en cuando, alentado por Mariano, convoca estas fiestas para la sociedad madrileña, con la secreta esperanza de verla, de acercarse y rozar sus dedos blancos, tibios, de una suavidad que lo estremece y con lo que él cree quedar satisfecho, aunque sabe que es mentira.

Como si hubiese adivinado en ese momento los pensamientos de Osuna, se acerca por detrás Encarnación Camarasa y le pone una mano en el hombro, una mano que se desliza por el antebrazo musculoso como calibrando lo que se siente al ser estrechada por ese hombre que ahora le mira a los ojos y le sonrío: Cómo estás, prima querida. Ella enrojece y entreabre confundida sus labios como si las palabras que va a pronunciar fueran una fruta golosa de la que le cuesta deshacerse:

—Mejor, desde aquella vez...

El duque de Osuna ha estado esperando esta ocasión desde hace ya tiempo y va a responder alguna galantería pero ella se ha apresurado a poner

un dedo fino en sus labios, que callara, era pésimo mintiendo, dice, mejor lo olvidaban todo, ¿de acuerdo? Los ojos del aristócrata parecen velados por una nube, baja la cabeza y asiente: De acuerdo. Y es que con su prima ha tenido hace cierto tiempo un escarceo al borde mismo de la lujuria. Fue el día en que al tarambana de Santiago le dio por tomarle el pelo a un lord recién acreditado en la embajada inglesa, y que venía con el propio embajador, don Jorge Villiers. Ocurrió en casa de la abuela Josefa —tan delgada y ya achacosa, la pobre—, en el palacio que queda cerca de la Puerta de La Vega. El asunto fue más o menos así, recuerda Osuna: el pobre inglés, con los colores del vino en las mejillas, quedó prendado de la hija de la condesa de Corres —la preferida del cuerpo diplomático— y, sin saber a quién dirigirse en medio del alboroto, pues la fiesta estaba en su punto más alto, le pidió al marqués de Santiago que por favor le sugiriera una galantería. *In spanish, please*. Este pareció pensárselo mucho y se la dijo al oído al lord, que inclinó el torso muy envarado, dio media vuelta, fue de inmediato donde la duquesita y le soltó: «Es un usted muy cigüeña». La que se armó aquella vez... casi crea un conflicto diplomático, Santiago. Pero él y Encarnación, que habían estado coqueteando y bebiendo toda la noche, aprovecharon para escaparse a una cámara algo apartada, en lo más profundo del palacio, donde él le besó el cuello y, al sentir el ardor de su respuesta, recordando quizá que alguna vez fueron novios, adivinó que su prima estaba a punto de ceder. Pero desde eso ya había corrido agua, y ambos supieron desde el principio que no cuajaría aquel romance. Tal vez por eso Encarnación lo apartó de su lado con cierta brusquedad, como buscando el alivio de un ventanal. Desde entonces no ha visto a su prima más que en fugaces ocasiones y en todas ellas ha lamentado no haberse podido disculpar. Hasta hoy.

—He venido acompañada por este caballero peruano —dice Encarnación y recién entonces el duque se percata de la presencia de un hombre de barbita rubia y angelical, de gafas doradas y corbatón *à la mode*, el rostro pálido de polvos, un pisaverde de postín o, como dicen ahora, un verdadero dandy que saluda con una profunda reverencia y la voz de falsete de los americanos:

—Un placer conocerle, señor duque, he oído cosas muy gratas de su excelencia.

—Encantado, señor...

—Luis Álvarez de Cobos. A sus pies.

Osuna siente unos inexplicables celos al ver a aquel melifluo hombre aferrado con familiaridad del brazo de su prima que, debe admitirlo, está realmente bella, con sus ojos de avellanas verdes, el escote espléndido, terso y perfumado, el cabello muy liso, negro y recogido, que deja admirar la delicada miniatura de sus orejas y el cuello largo y suave que apetece acariciar... o morder.

Osuna va a replicar con alguna formalidad antes de proponer que pasen todos al salón de baile, donde ya se preparan los músicos, cuando escucha cerca de donde está:

—Se dice que es un simple murcigallero, vamos, un ladrón de prima noche...

Entonces se dio la vuelta al escuchar tal comentario y se encontró con el duque de Gor y el abogado Laínez de la Hoz, que departían animadamente, bebiendo del inacabable champaña que los sirvientes hacían circular. Supo inmediatamente de quién estaban hablando. Se disculpó con el petimetre peruano y con su prima. Puso una mano jovial en los hombros de ambos señores y pregunta:

—¿Estáis hablando de Candelas, por casualidad?

—Sí, sí, hijo mío —carraspea el de Gor adoptando una postura marcial—. Le decía a nuestro amigo Laínez que ese tal Candelas es un ladronzuelo de poca monta.

—Y yo coincido con él. Aunque no deberíamos dejar de reconocerle cierta, digamos, audacia, cuando —y aquí baja la voz Laínez— robó en el palacio de la condesa de Cervellón. Dicen que entró por una claraboya, descendió por una cuerda y pudo sortear, sabe Dios cómo, la cristalería que puso la anciana a modo de apañado mecanismo de seguridad.

—Pues de nada le sirvió a la condesa tanta precaución —intervino Encarna Camarasa—. Al parecer, el tal Candelas se llevó limpiamente un dineral en joyas.

—¡Y en esta ocasión dejó un guante negro a modo de firma!

—¡Un soberbio! —se indignó alguien allí atrás—. ¡Merece ser colgado!

—Fue sin duda un golpe temerario —dijo Osuna, los ojos chispeándole divertidos.

—Qué va —se ofuscó el duque de Gor, y sufrió un acceso de tos—. Pamplinas, allí simplemente hubo connivencia con un desleal, con un

serviente que ha dado ya con sus huesos en la cárcel. La semana pasada lo llevaron a dormir bajo las alas del ángel.

—Y de la cárcel el desgraciado logró escapar a los dos días, gracias a providencial ayuda externa. El comisario San Martín está que echa rayos —dijo Laínez de la Hoz.

—Y ahora afirman que ese mismo criado desleal es Candelas —despreció el duque de Gor—. Lo que yo os digo: un ladronzuelo de poca monta.

—¿Y el robo del año pasado, donde el joyero ese de la calle Fuencarral? —preguntó Osuna—. No digáis que no fue un alarde de ingenio...

—¡Tonterías!

—¿De quién hablan los caballeros, si me permiten la intromisión? —El melifluo Álvarez de Cobos asomó la punta de la empolvada nariz a la charla.

—De un ratero pícaro que la policía no termina de cazar...

—Entonces habrá que ir con cuidado por Madrid. He oído que está llena de maleantes, y ahora este...

—No es para tanto, señor mío. —El duque de Osuna no pudo evitar mirar de arriba abajo a Álvarez de Cobos—. No tema usted, nada le pasará. Encarnación le clavó una mirada furiosa e iba a decir algo, pero Osuna aprovechó ese momento en que todo queda entregado a las tinieblas mientras un enjambre de criados reemplaza las velas derretidas ya en los candelabros y arañas, ese momento en que todo se vuelve murmullo, confidencia o expectativa, y dio unas palmadas vigorosas mirando hacia los músicos. De inmediato empezó una sonatina de Haydn, una reverberación de violines casi de ultratumba en la oscuridad que poco a poco, vela a vela, cedía terreno a la luz, nuevamente: ¿Qué tal si pasaban al salón?, propuso con una sonrisa. El baile pronto daría inicio.

CAPÍTULO II

Gloucester Road, Londres, 1886

Partí de Southampton rumbo al puerto de Vigo un jueves de principios de febrero a las cuatro de la mañana, aterido, impaciente e ilusionado, todavía incrédulo respecto a este viaje que, si bien no se ajustaba del todo a mis expectativas, me permitiría conocer de primera mano lo que ocurría en España y ser además testigo privilegiado de una misión diplomática arriesgada y de difícil arreglo, como se vería después: intentar que el general Zumalacárregui, a la cabeza de las huestes carlistas, firmara un acuerdo con Vicente Genaro Quesada, en ese momento comandante de las tropas cristinas, a fin de que la batalla que se libraba entre ambos ejércitos no desbordase, como hasta entonces venía ocurriendo, el noble campo de la guerra para convertirse en una orgía de asesinatos, carnicerías y fusilamientos indiscriminados por parte de los dos bandos, que se enfrentaban con un encono terrible y diríase cultivado durante siglos.

Ya estaba nuevamente en contacto con Mariano, que esperaba impaciente ponerse al servicio del brigadier Restán, en el 4º escuadrón del ejército del norte, y con Pedro, que encabezaba el grupo de jóvenes aristócratas en el llamado Estamento de Próceres, algo así como nuestra Cámara de los Lores, y recién estrenado en España un año atrás. Ambos me decían lo felices que les haría yo con mi visita, y pasaban a recordar el firme vínculo sanguíneo que desde tiempos remotos nos había hermanado. Fueron unos meses de intensa correspondencia que llenaba mis días hasta que por fin fui por mi pasaporte a Downing Street —¡y por el que apoquiné nada menos que dos libras y siete chelines!— y luego a la legación española para obtener el visado, tal como me había recomendado mi mentor, explayándose en toda

clase de detalles sobre cómo cuidar este importante documento, evitando su deterioro o desgaste y añadiéndole cierto número de páginas en blanco para las innumerables firmas y visados que hacen en este punto bastante enojoso el viaje por España. Desde la regencia de Fernando VII la policía indígena había descubierto su valor como instrumento de control, sobre todo con los extranjeros, que se ven obligados a mostrarlo cada vez que la autoridad local o la policía así lo requiere.

Quien de tal guisa me aleccionaba con detalles como este y un sinnúmero más que no describiré aquí para no fatigar inútilmente al lector, era ese alguien providencial que había intervenido decididamente en que aquel viaje se llevase a cabo. Y este no era otro que el —en ese entonces— futuro conde de Clarendon, George Frederick Villiers, que llevaba cosa de año y medio como embajador en la Corte madrileña, sucediendo a Henry Unwin Addington en tan delicada misión. Villiers era un hombre de cejas rubicundas e hirsutas y una mirada tan penetrante que intimidaba a quien se atreviera a sostenerla. Sí, aquella era la mirada de un halcón y, quizá influido uno por esa sugestiva idea, terminaba por observar que todo en él, sus gestos, sus facciones afiladas, el rápido movimiento de su cabeza y de sus manos alertas, insistía en hacernos pensar en un ave rapaz dispuesta a lanzarse sobre su presa y despedazarla con sus afiladas garras; mas luego uno caía en cuenta de que en realidad el embajador era pura afabilidad, brillante ironía y genuino interés por lo que decía su interlocutor de turno. Aunque este fuera un jovenzuelo algo arrogante e impetuoso como lo era yo en aquel entonces. Era también —lo supe con el tiempo— un sagaz estadista y un finísimo conocedor de la situación española. Había entrado al servicio diplomático en 1820, como agregado en la legación de San Petersburgo, y de allí se había trasladado a Irlanda y, posteriormente, a Francia. A sus treinta y cinco años, cuando yo lo conocí, era ya una pieza estratégica en el intrincado tablero de ajedrez de la política internacional y la mano derecha de lord Palmerston, el correoso encargado de los asuntos exteriores británicos por aquellos días. Precisamente por este último, amigo de mi padre como creo ya he dicho, es que George Villiers acudió a nuestro *cottage* de Heavitree para preguntarle por una curiosa variedad de rosal, pues Villiers era aficionado, más bien apasionado, como también lo era mi padre, al cultivo de tan hermosas y delicadas flores. Y así es que me lo encontré en el despacho de mi padre, un

buen día en que regresaba de mis melancólicos paseos a caballo por el bosquecillo cercano a la finca familiar. Villiers apoyaba la leonina cabeza en un puño pensativo, las piernas largas e indolentemente cruzadas, todo su cuerpo relajado, como si estuviera en un estado de ensueño o sumido en una reflexiva meditación por lo que le venía diciendo mi padre quien, al verme entrar precipitadamente al despacho, hizo las presentaciones del caso.

—Mr. Villiers es el ministro plenipotenciario en Madrid, hijo mío —explicó mi padre—. Y está en la isla por razones de Estado. Lo que no ha sido óbice para permitirse un respiro en sus obligaciones y acercarse a saludarme, cosa que agradezco profundamente.

—Más bien le agradezco yo a usted, Beaufort, que se diera tiempo para atender mis ruegos y recibirme prácticamente sin anunciarme —dijo Villiers con modestia. Y luego estrechó mi mano, inclinando ceremoniosamente la rubia cabeza.

Me quedé atónito y apenas atiné a formular unos garabatos de cortesía para sentarme con ellos, que disfrutaban de una copa de jerez y pasaban de las rosas a la política española de manera natural, habida cuenta del mutuo interés que los dos sentían por ambos campos. Durante un buen rato, me limité a escucharlos conversar sobre la extrema delicadeza de la Petite Justine, una variedad de rosa damascena cuyo cultivo causaba al parecer arduo trabajo a Mr. Villiers. Pero de allí este pasó a comentar algo sobre una rosa negra que había visto en los magníficos jardines madrileños de don Pedro Téllez-Girón, marqués de Javalquinto y príncipe de Anglona.

Vi en aquel comentario un designio de la Providencia, ya que pude meter baza de manera más bien casual e interesarme por si acaso conocía personalmente a tal señor y a su familia, pues nosotros, le dije, estábamos emparentados con unos Téllez-Girón.

Mi padre me miró con curiosidad, pero nada dijo. Los ojos de Villiers relampaguearon fugazmente.

—Una de las familias más importantes del reino, la de los Girones—afirmó, volviéndose a mí con una sonrisa luminosa—. Don Pedro es un bravo militar que demostró sobrado arrojo en la batalla de Bailén, combatiendo a los franceses. Pero además es pintor y fue director del Museo del Prado. Creo que regresó del exilio italiano hace tres o cuatro años...

—Sí, y siempre fue fervoroso partidario de la causa liberal —dije—.

Como también lo son sus sobrinos, mis primos.

De esa manera fui deslizado aquí y allá comentarios y preguntas que poco a poco captaron el interés —creo yo que genuino— del embajador, sorprendido de mis conocimientos respecto a lo que acontecía en la España, sobre todo en lo tocante a temas de la alta política. Mi padre observaba la situación entre complacido y curioso de ver a su joven hijo explicar sus posturas y razonar sus argumentos sobre un tema que, a decir verdad, a nadie que no estuviera realmente implicado le importaba un rábano en Inglaterra. En un momento de inspiración o imprudencia, quizá impelido por unos sorbos de jerez, pasé a explicarle al ministro mis ardientes deseos de incorporarme al servicio de la reina Cristina. ¡Aún recuerdo la súbita transformación que experimentó el rostro de natural apacible de mi padre al escucharme hablar con tanto apasionamiento! Porque antes de que ninguno de los dos pudiera decir una sola palabra, yo continué elaborando una bien tejida argumentación sobre los ideales que se incardinan en nuestra personalidad y la correspondencia de estos en las acciones para evitar que se conviertan en odiosos y vacuos preceptos de humo; de mi deber, como digno súbdito británico, de apoyar la causa por la que el Gobierno trabajaba con indesmayable diligencia y en cuyo ejercicio se afanaba el propio señor Villiers, quien...

En este punto, el ministro, que escuchaba sin despegar los labios y clavando sus ojos de halcón en los míos, las manos aferradas a sus huesudas rodillas, soltó una breve carcajada.

—No vaya tan rápido en sus expectativas, mi joven y querido amigo. —Y meneó la cabeza como deshaciendo una liviana nube—. Como digno súbdito de su majestad es probable que lo necesitemos más bien continuando sus estudios en Oxford que en un inmundo campo de batalla perdido en un país que se despedaza a sí mismo. No olvide que toda guerra de por sí es peligrosa y, sobre todo, que los españoles son como niños jugando con aparatos químicos sin saber de su carga destructiva... No le recomiendo a nadie tal experiencia, no señor.

Después de esto dio un sorbo a su copita, palmoteó sus rodillas como dando por finalizado el pequeño entremés que alivia una obra mayor, cambió la conversación y volvió a ser mi padre el centro de sus atenciones, como si mi impetuoso *speech* no hubiera sido más que un arrebató pueril al que

apenas es menester darle importancia. Mi padre seguía la conversación de Villiers con toda la atención del mundo, pero de vez en cuando se giraba discretamente a mirarme, estudiando el efecto que las palabras del embajador habían obrado en mí. Yo estaba aniquilado, como si hubiese recibido un mazazo, y sólo atinaba a sonreír algo bobaliconamente a lo que decían.

Y pese a ello, antes de retirarse y luego de agradecerle a mi padre sus consejos y su grata conversación floral, creyéndolo yo casi olvidado de mí y sumido por ello en el peor de los desánimos, se volvió para sorprenderme:

—No obstante lo que le he dicho, querido amigo, le propongo que no se pierda una visita a sus primos de usted, los señores de Osuna. Y si así lo desea, puedo organizar que acompañe usted a Mr. Elliot, que tiene una misión de alto nivel con los bandos enfrentados. —En este punto se volvió a mi padre, los ojos velados por la prudencia—. Naturalmente, si su progenitor no se opone a ello. Aunque se trate de una misión diplomática, siempre hay riesgos...

Creo que todo aquello tomó con la guardia baja a mi padre, que tartamudeó frases confusas, tiró de su rojiza perilla y dijo finalmente que sí, que acaso aquella experiencia fuera provechosa para mi educación.

Mr. Villiers miró el reloj holandés que llevaba en el chaleco oscuro y arqueó las cejas en un gesto de impostada incredulidad, debía marcharse, dijo pesaroso. El trayecto a Plymouth era largo y pesado.

—Espere mis instrucciones, querido amigo —dijo estrechándome la mano y, a continuación, me guiñó un ojo con picardía. Después se volvió a mi padre, hizo chocar sus talones y compuso una ligera inclinación del torso.

De manera que al cabo de tres meses de correspondencia y preparativos yo me encontraba zarpando, una madrugada fría y herida por la llovizna costeña, rumbo a Vigo. Allí me esperaba un carruaje que mi primo Pedro había enviado para que no sufriera —decía— con los rigores del viaje en coche de postas. Un par de criados de impecable librea se me acercaron nada más bajar yo del *Princess Channel*. Uno de ellos, con ayuda de dos porteadores, se ocupó de mi equipaje y el otro me condujo reverencial y eficaz hasta donde me esperaba el señor cónsul inglés, don Leopold Méndez, quien tenía instrucciones de facilitarme el papeleo burocrático. Este no duró ni cinco minutos.

—Que tenga usted una feliz estancia en España— me dijo aquel señor

cincuentón y de blancos patillones, estrechándome la mano con vigor y deshaciéndose en mil reverencias que congestionaban su rubicundo rostro. ¡Reverencias a mí, que apenas era un mozalbete sin mayor experiencia ni mundo! A leguas se notaba pues lo que era una recomendación de Villiers...

El criado que esperaba como una estatua a que Mr. Méndez terminara de presentarme sus respetos me guio desde el consulado, que quedaba en una fea calle cercana al puerto por donde revoloteaban gaviotas cuyos chillidos se mezclaban con los gritos de estibadores y patrones, y me condujo hasta donde esperaba el carruaje.

Iba pensando yo en la buena suerte que había tenido con Mr. Villiers y sus recomendaciones cuando al dar la vuelta a una esquina me detuve en seco, incapaz de relacionar mis viejos baúles con aquel carro que tiraban dos caballos blancos y enjaezados con tal deslumbrante aparato que había un corro de paisanos admirándolo, como si fuese una aparición. En efecto, flanqueada por dos coches negros con hombres armados, aquella berlina de color membrillo, con el áureo escudo del ducado de Osuna brillando en las portezuelas, era lo más cercano a una aparición que yo había visto. El mayoral y el zagal me presentaron sus respetos y prácticamente me subieron en volandas al lujoso interior del vehículo, tapizado en piel color borgoña y con remaches de oro. La lujosa capota estaba forrada en su interior con seda azul oscura de una calidad exquisita, y a mis pies llevaba dos finas mantas inglesas con las armas de mi primo bordadas en hilo de oro. No podía articular palabra de lo impresionado que estaba. Cuál sería mi expresión que el mayoral se acercó confuso, casi avergonzado, como si yo hubiese advertido algo enojoso e imperdonable del que asumía la plena responsabilidad y me dijo con la voz contrita:

—El señor duque lamenta el haber tenido que enviar este austero coche y no su propio vehículo, pues está siendo reparado. Pero no se preocupe, usía, que el viaje en este carro será seguro y placentero.

Y no se equivocó.

Dejó el volumen en la mesa y se sirvió un poco de curasao, contemplando hipnotizado el fuego que crepitaba en la chimenea. Peñuelas, de espaldas a él, distribuía, paciente y concentrado, algunos libros en las estanterías. Y ese clima tibio, dorado y sedante de su biblioteca le sosiega y le resulta propicio

para pensar, para estudiar o simplemente para sostener alguna charla más o menos de interés con el maestro. Aunque este se encuentre en los últimos tiempos algo esquivo y mortificado. Y pensar que todo aquel interés por el ladrón empezó aquí, se dice el duque sorbiendo el licor dulzón que resbala por su garganta con la aspereza mínima de una leve contrariedad.

En efecto, cuando en Madrid no se hablaba más que de los golpes del tal Candelas, él mostró primero una aristocrática displicencia por aquellas noticias y el maestro Peñuelas apenas hizo caso de las mismas. Al fin y al cabo, la capital del reino borboteaba de pillos, ladrones, bandoleros, rufos, timadores, murcigalleros y criminales de toda laya que daban burdos golpes, asaltaban diligencias, entraban en las casas y acuchillaban, rompían dientes y brazos, desventraban a desgraciados que tenían la mala fortuna de encontrarse con la fatalidad en alguna calleja oscura donde perdían unos reales y acaso también la vida, si se oponían con mucho ahínco a aflojar la bolsa. ¿Por qué, pues, llamaba la atención Luis Candelas, el ladrón de Lavapiés? Porque sus golpes tenían una cierta vistosidad, un alarde y una puesta en escena que incluía engañifas bien urdidas y escamoteos de ilusionista. Sin embargo, pese a los encendidos elogios que se hacían del bribón en salones y tertulias, Osuna pensaba cada vez más convencido que aquellos eran apenas lances golfos, más producto de la ingenuidad y ramplonería de las víctimas que del ingenio del ladrón. Él escuchaba hablar de tales *palos* con un escepticismo alimentado a partes iguales por el desdén y la curiosidad, sin explicarse muy claramente por qué aquellos toscos pero efectivos asaltos eran magnificados en boca de unos y otros, como los lances de una farsa jocosa que entretiene a un público poco exigente y con ganas de que lo diviertan sin mucha elucubración filosófica. ¿Por qué pues, los tenía arrobados a unos y a otros? A las mujeres, sin importar edad o condición, se les encendían los colores cuando alguien mencionaba a Candelas, como si temieran y quisieran —a confusas partes iguales— que apareciera el ladrón intempestivamente en la sala donde se encontraban. O quizá, a juzgar por el brillo de las miradas, en el recogimiento de sus alcobas. Había cierto consenso respecto a que era guapo, sí, pero Osuna sospechaba que tal retrato estaba pintado con los ingenuos brochazos de la imaginación más que con la reflexiva pincelada de la realidad. Los hombres fumaban displicentes ante los sofocos del mujerío, pero no perdían oportunidad de hablar de aquellos robos

en cualquier tertulia, animada rápidamente más por la glosa de un episodio que tuviera que ver con Candelas que por los muchos claretos que acompañaban la charla.

Quizá lo que tanto atraía del ladrón, especulaba Pedro Osuna cuando daba largos paseos por El Capricho, se debía a que en aquellos delitos nunca había sangre de por medio. Y a esta improbable caballerosidad se le agregaba una vaga noción patriótica, como cuando, después de asaltar la diligencia del embajador francés, algunos años atrás, Candelas hizo llegar a palacio unos documentos hurtados al diplomático y que se consideraron entonces de interés nacional... En ese momento era ministro de Justicia el pérfido Calomarde, y lo primero que hizo este, azuzada su inquina de rencoroso y conspirador, fue redoblar la búsqueda de Candelas por toda la Villa y Corte, al parecer humillado hasta el vértigo por aquel apoyo patriótico proveniente nada menos que de un ladrón. Y para humillaciones, el ministro ya había tenido bastante con las sonoras bofetadas que recibió de Luisa Carlota, la temperamental hermana de la reina, cuando Fernando agonizaba en su lecho real... Los esfuerzos de Calomarde y de quienes le sucedieron en el cargo nunca dieron resultado alguno, porque los robos continuaron ajenos a los torpes empeños de la policía: cincuenta mil reales en una fonda cerca de Fuencarral, donde se hizo pasar por mozo de cuerda, la estafa a un usurero de la calle de Atocha...

—Hurtos ramplones, nada del otro mundo, Peñuelas.

—Pero audaces, señor. Nada de sangre y mucho ingenio.

—Bah. Fruslerías.

De esta forma y poco a poco, Osuna fue interesándose cada vez más en todo lo concerniente a aquellos robos que mantenían a la ciudad entre la acechanza del temor y el picante de la diversión, como él mismo, por su necesidad de evadirse tanto de la enajenación amorosa que sufría por Inés como del horror que se vivía en el reino. Y es que cuando empezó a germinar todo aquel interés ducal por el rufo, se padecían en Madrid los aciagos meses del cólera morbo que asolaba el país entero y ya la amenaza del carlismo era un hecho irrefutable, la tormenta que aparece en el horizonte. También por ese entonces el duque vivía sabiendo que Alcañices apenas prestaba atención a Inés, y ni los largos y solitarios paseos a caballo, ni la esgrima, ni las fiestas lo distraían de la ofuscación de saber a la mujer que él amaba en el redil

imposible del otro, ese otro que siendo su esposo la ignoraba, que no sabía quererla. Atrás había quedado el tiempo en que estuvo a punto de hacerla ceder a sus requerimientos, allí en el paseo cercano al Manzanares. Todavía conservaba el guante color verde musgo que ella olvidó entre sus manos al huir rumbo al calesín donde la esperaba la tía Isabel...

De manera pues que mientras se entrenaba a fondo en el arte de la esgrima o practicaba sus ejercicios en el *Gymnasium*, comentar sobre Candelas y sus hurtos se fue convirtiendo en un liviano pasatiempo al que ellos agregaban la discusión acerca de las muchas variantes que el pícaro había desdeñado en sus golpes, y que a ambos, a Peñuelas y al duque, se les antojaban plenos de posibilidades marchitas. Y cada uno fantaseaba con ello en la intimidad de esta misma biblioteca donde ahora bebe Osuna y se afana con los libros el maestro Peñuelas, como cuando debatían de cuestiones filosóficas o de estrategias de esgrima. Elucubraban largamente sobre aquellos atracos, aquellos ardidés simpáticos pero en el fondo simples, como aquel en que el ladrón timó a un comerciante dándole bollos duros en pago de un abrigo finísimo o ese otro en que se hizo pasar por despistado labriego para robarle mercadería a un comerciante de la calle Postas... Todo transcurrió por un buen tiempo así, como un mero divertimento especulativo entre él y Peñuelas, que no perdían ocasión para enzarzarse en discusiones acerca de la relevancia o no de los hechos.

Sin embargo, un buen día tuvieron que admitir que fueron seducidos por desentrañar el golpe que consideraron —este sí— maestro. Pleno de astucia y temple, aquel palo fue conocido en Madrid como *el robo de la perla*. Durante meses no se comentó otra cosa y los pormenores inauditos de aquella fechoría acicateaban la imaginación de unos y otros. Nadie podía explicarse cómo había ocurrido, pues resultó del todo imposible probar aquel hurto y, sin embargo, el joyero víctima del golpe insistía en que el ladrón estaba allí, frente a sus narices. Que no tuviera la perla que acaba de escamotear no probaba que no acabara de robarla, explicaba con un punto de enajenación o insensatez, al decir de algunos. Fue un asunto sonado que corrió por los mentideros y salones de la Villa por una larga temporada. Hasta hoy, de vez en cuando se traía a cuento. De inmediato se dijo que el ladrón no era otro que Luis Candelas. A Osuna y al maestro aquello realmente les intrigó y durante mucho tiempo no hallaron explicación al latrocinio.

Por fin, cansado de dar vueltas sobre un asunto que parecía irresoluble, el duque quiso hablarlo con el propio desconsolado joyero, a ver si de esta guisa conseguía arrojar un poco de luz en el enigmático asunto. Fue así que una tarde, acompañado de Peñuelas, se acercó al establecimiento del conocidísimo Pedro Sánchez Pescador con la excusa de adquirir unas joyas. Preguntó al principio por esta perla y por aquel broche. Finalmente indagó con cautela acerca del robo. Lo preguntó mientras examinaba con interés una esmeralda preciosa, en forma de pera. Y en vista de que el otro sólo parecía haber esperado la oportunidad de explayarse acerca de lo que consideraba un ultraje —«¡la policía incluso insinuó que era una mentira mía!»—, no le fue necesario insistir mucho para que el diamantista contara y respondiera a las incisivas preguntas del maestro Peñuelas, que puso mucha atención cuando Sánchez Pescador dijo que a los dos días de aquel desdichado y flagrante robo el hombre tuvo la osadía de regresar a su establecimiento.

Entonces, acercando mucho su rostro al del joyero y apoyando fieramente las manos en el mostrador, exactamente como había hecho la primera vez, le exigió, delante de toda su clientela, públicas disculpas.

—¿Hizo el mismo gesto, el mismo movimiento? —interrumpió Peñuelas la atribulada narración—. ¿Así? —E hizo el ademán de aferrarse al mostrador, acercando mucho su chupado rostro castellano al de Sánchez Pescador.

—Sí, sí —respondió el otro confundido, sin saber muy bien por qué el anciano ponía tanto interés en ese detalle que, salvo por amenazante y ofensivo, parecía nimio en todo aquel enigma. ¿Qué importancia podía tener?

—Mucha mayor de la que usted cree —agregó el duque, intercambiando una mirada de entendimiento con el maestro. Y luego se volvió al joyero otra vez—: ¿Sería usted tan amable de darme una perla? No se preocupe, se la devolveré.

—Y un poco de melaza —agregó Peñuelas.

Osuna recordaba muy bien la cara de absoluta perplejidad del desconsolado Sánchez Pescador quien, si no recuperar la perla, al menos quería salvar su reputación, pues también se había esparcido la especie de que todo aquello fue una mentira suya para cubrir sabía Dios qué deudas.

Sí, se dijo Osuna bebiendo otro sorbo azul de curasao, arrullado por el crepitar de los leños en la chimenea, con la sigilosa presencia del maestro

acomodando libros, un poco más allá. En ese momento empezó todo para ellos, el verdadero interés. Lo cierto es que aquel día, en el comercio de Sánchez Pescador, ambos se tuvieron que rendir ante el ingenio demostrado por Candelas. Porque estaban seguros de que era él, de que aquel caballero «entrado en años y carnes» era otro más de los muchos transformismos en los que se amparaba Candelas para cometer sus pillajes y no ser descubierto sino cuando ya era demasiado tarde y andaba muy lejos.

Una vez que el orfebre le diera la perla, no sin cierta suspicacia, el maestro Peñuelas la untó delicadamente de melaza y, aferrándose con ella escondida entre los dedos, la pegó en el reborde inferior del mostrador, inclinando su cuerpo y su rostro amenazante ante el joyero, que retrocedió sorprendido.

—Sí, así lo hizo —concluyó convencido Osuna dirigiéndose a Peñuelas, ajeno al rostro desencajado de Sánchez Pescador.

—¿Entonces...? —balbuceó este, todavía sin entender.

Peñuelas se pellizcó la barbilla antes de hablar.

—Cuando usted le mostró las perlas, el caballero escondió una y la pegó en este reborde del mostrador. Por eso la policía nunca la encontró. Él no se la llevó. Siempre estuvo aquí. Contaba con que era prácticamente imposible que a ustedes se les hubiera ocurrido mirar allí.

—Por eso volvió a los pocos días —continuó el razonamiento el duque haciendo idéntico gesto que antes Peñuelas, aferrándose al mostrador; y después, como si de un mago se tratara, mostró la perla—. Vino para llevársela. No para que usted le presentara sus disculpas, claro...

En efecto, se sobresalta el duque de Osuna, porque el recuerdo de ese momento en que Peñuelas y él se miraron a los ojos, rendidos ante el ingenio de Candelas, es tan nítido que parece revivirlo. Y se siente fascinado.

Gloucester Road, Londres, 1886

Me apresuro a releer lo que he escrito hasta el momento y no puedo dejar de experimentar esa sensación de benevolente indulgencia respecto al

muchachito que era yo en aquel tiempo. Me puedo ver con solo entrecerrar los ojos, ya digo, como si fuera otro, ajeno y distante al igual que la figura que ofrece una linterna mágica: delgado, pálido, de bucles rubios y mirada atónita, zangoloteando dentro de aquella berlina color membrillo, cruzando el árido y helado paisaje de Castilla, incendiado en lontananza por los últimos colores del atardecer invernal, escoltado por los otros dos coches, negros como la pez, como si fuese yo un príncipe de la Arabia y no un joven aristócrata inglés de no muy grande fortuna ni mundo. ¡Pero qué fortuna no era simple calderilla frente al esplendor que pronto habría de conocer!

Sí, recuerdo ese viaje y mi estancia toda en Madrid con una nitidez casi física, y por lo tanto dolorosa, pues todo aquello ha quedado desde mucho tiempo atrás convertido en polvo, no obstante la lozanía y juventud de que gozaba por esos años. Qué jóvenes éramos todos, en realidad, pues Mariano tenía apenas veintiún años y Pedro raspaba los veinticuatro cuando los conocí, y aunque alto y de buena planta, de barba y bigotillo color azafrán, era apenas un mozo, un hombre en la plenitud de su vida, dueño de una renta anual de ocho millones de reales y poseedor de tal cantidad de palacios y propiedades que, según se decía, bien podía cruzar España de un extremo a otro sin jamás pisar un palmo de terreno que no fuera de su propiedad.

Había cumplido diez años cuando obtuvo el ducado que heredara a la temprana muerte de su padre, en 1820, incorporando este título de antigua hidalguía y con Grandeza de España a sus muchos ducados —entre ellos, el de Béjar y el de Benavente...—, a sus decena larga de marquesados —de Peñafiel y Santillana, entre otros—, a los ocho condados y el vizcondado de la Puebla de Alcocer. Recuerdo la memoria prodigiosa que demostraría Mariano más tarde, al heredar tan prematura como inesperadamente todos estos títulos y aprendérselos de memoria para recitarlos, sin pestañear y en orden jerárquico, ante la incredulidad de quien le escuchaba. De hecho, hubo un tiempo en que se empeñó, como contaba Juanito Valera, en que todos y cada uno de sus títulos figuraran en su pasaporte. Lo contaba en unas *Cartas desde Rusia* que gozaron de gran lectoría, aunque al parecer fueron publicadas sin el consentimiento del diplomático español, me explicaba Madrazo en una carta anterior.

Para cuando murió sin descendencia su tío Pedro Álvarez de Toledo —triste sino el de los Osuna...—, mi querido primo Pedro vio multiplicada su

herencia con innumerables títulos, fincas y palacios; entre ellos, el magnífico de Las Vistillas, que era comparable a cualquier palacio real, con patio de honor, custodiado por estatuas de viriles guerreros, heraldos insignes y fastuosos portaestandartes al estilo del *faubourg* Saint-Germain, según le oí explicar a un periodista o literato de aquel entonces, Ramón Mesonero.

El tal Mesonero —con quien yo disputaría el corazón de una dama, como contaré después— había vivido en la Francia cerca de un año, y pese a que de ello, al momento de conocerlo, habían pasado muchos meses, parecía aún deslumbrado. Era ligeramente mofletudo y gastaba unos quevedos anticuados que le daban un aire abstraído, pese a su carácter expansivo de infatigable charlador. Siempre se estaba quejando de la inmundicia que había en Madrid; de que, por ejemplo, la alcantarilla de la Fuente Castellana, en medio de la calle Alcalá, estuviese vergonzosamente destruida, o que el contorno del convento del Buen Suceso fuera un infame mingitorio público y que, en fin, la pobre Villa necesitaba un repaso de arriba abajo si quería estar a la altura de las grandes capitales. «Menos mal que Pontejos es un sagaz corregidor que enmendará esto», remataba. Perteneía al grupo de amigos de Pedro que, sin ser de la nobleza ni tener mayor abolengo que sus luces e intelecto, compartían, además del deseo de una España más moderna, la pasión por la música y las letras...

Mas nada de esto sabía el entonces mozuelo que era yo y que miraba embobado aquel paisaje en extremo reseco, en donde de vez en cuando aparecían unas casuchas con gente cetrina y aterida de frío, extremadamente pobre, igual que la que encontraba en los pequeños pueblos que cruzamos a toda carrera, como si nos fuera la vida en ello, pese a que más de una vez le pedí al mayoral que no condujese tan deprisa, costumbre o vicio que después sabría harto frecuente entre los cocheros españoles, más bárbaros en este aspecto que cualquiera que te lleve por las calles del West End. Pero yo estaba demasiado absorto tanto en el viaje como en las notas que empecé a tomar febrilmente en un cuaderno que hasta hoy conservo y que consulto para la redacción de estos folios, temeroso de que mi mente acomode con demasiada liviandad y antojo mis recuerdos. Y descubro con nostalgia que esa alegría y ese asombro siguen intactos como cuando fueron registrados por la letra algo *snob* de mi juventud al describir el viaje: el trote infatigable de los caballos, los pueblos mínimos y como derrelictos en aquella llanura

inmensa y árida, y la llegada a Madrid, que se me reveló más bien pequeña y de aire ensimismado. Debo en este punto confesar que en un primer momento me pareció decepcionante esa estampa depauperada y algo cochambrosa que tuve nada más traspasar la llamada Puerta de San Vicente, que es donde desemboca la carretera de La Coruña, por donde vinimos en nuestro último tramo y a cuya sombra se arracimaban nubes de pedigüños y chiquillos harapientos, coches de postas y diligencias cuyos postillones se impacientaban en ser atendidos por los funcionarios que inspeccionaban que los pasaportes de los viajeros estuvieran en regla. También pululaban por allí aguadores que pregonaban su mercancía dando voces. Y en verdad que apetecía un trago de agua para quitarse algo del polvo tragado en el camino, agua fresca de la que llevan estos sujetos en una alcarraza porosa con un pequeño grifo y que vería más tarde multiplicados por las calles madrileñas, tanto en el estío como en el crudo invierno, aunque en este caso se ofrece caliente, y que los madrileños beben más que el vino o que la casi inexistente cerveza.

Estaba yo muy excitado por llegar al palacio de mi primo, después de las casi cien leguas recorridas desde que saliéramos de Vigo, a todo correr y con los caballos a punto de reventar. Había venido practicando mi español con más mala que buena fortuna, primero porque no entendía lo que hablaban los gallegos y segundo porque el mayoral se incomodaba de que yo le dirigiera la palabra con desenfado, y en verdad me trataba como si fuese yo un príncipe. Incluso en las fondas donde iríamos parando durante los cuatro días de viaje, intentaba yo practicar mi español, idioma en el que me defiendo bastante bien pero que apenas pude ejercitar con los lugareños, que miraban la berlina con sendos escudos de oro a las puertas y se encogían apocados y mohínos.

No tuve que enseñar el pasaporte en la aduana madrileña pues el conductor, que se había mostrado reservado durante todo el viaje, se envaró en el pescante como un húsar a punto de soltar un latigazo y señaló al funcionario que se acercaba el escudo de la casa ducal a la que servía. Lo hizo sin dignarse mirarlo a los ojos. El hombre inclinó la cabeza y nos abrió paso entre los coches y los caballos que esperaban arremolinados a la puerta de la ciudad.

Rápidamente serpenteamos entre carretelas, berlinas, calesas, simones y mil vehículos más hasta llegar al puente de Leganitos, que tiene a un extremo

la plazuela del mismo nombre y enfrente la bella plaza de San Marcial y, enfrente de esta, el cuartel de San Gil. Ya era el atardecer y el cielo de Madrid, tan azul e intenso como una revelación divina, iba lentamente cediendo a una tonalidad más y más oscura, pero sin embargo mucho más limpia y alegre que la de los atardeceres de Londres. Con ser esta, por aquellos años, una ciudad de más de ochocientos mil habitantes y Madrid pasara serios apuros para contabilizar los doscientos mil, a pesar de que la primera le llevara años de ventaja en cuanto a habitabilidad urbanística y orden, y a pesar también de esta inicial imagen en la puerta de San Vicente, Madrid me fue embelesando, se me iría metiendo en el corazón, con sus callejuelas estrechas y sus muchos edificios apiñados en difícil equilibrio; con sus pequeñas plazuelas hirvientes de vecinos a todas horas, y las mil fondas donde guitarreaban gitanos y manolos; con los muchísimos cafés donde se prodigaban tertulias de todo tono; pero principalmente con el paso de esas mujeres de aire oriental y misterioso que se detenían a admirar la berlina color membrillo y luego, lentamente, levantaban la vista y clavaban sus ojos negrísimo en los míos, provocándome un vuelco de corazón, como si yo hubiese sido descubierto en mis más íntimas fantasías. También hay que decir que, con el paso del tiempo, pude modificar aquella primera impresión de las españolas, pues hay muchas rubias y de piel muy blanca. Pero en general son pequeñas, lindas y de agradable figura. Y mucho menos pacatas y religiosas que la imagen que de ellas se tiene en Inglaterra.

Todo aquello me fascinó, como los mismos acontecimientos históricos que me tocaría vivir. Pero sobre todo quedaría encandilado por la historia fantástica de un célebre ladrón de aquellos años y cuyos osados golpes — porque no me imagino nombrándolos de otra manera— hacían olvidar a los madrileños de toda condición la guerra en el norte sublevado, las rebeliones, el cólera y hasta la recién estrenada *Don Álvaro o la fuerza del sino*, que tuve a gala ver en el Teatro del Príncipe al mes de mi llegada, acompañando a mis primos, buenos amigos del autor, el duque de Rivas, y que causó tremenda sensación en el ambiente dramático de la Corte. Pues bien, hasta aquella obra quedó eclipsada por el tal Candelas, que con el tiempo se convertiría en una leyenda. Nada de esto podía yo esperar ni soñaba siquiera cuando la berlina cruzó la plaza de San Marcial hasta llegar a lo alto de la calle Leganitos, donde se encontraba el palacio familiar de mis primos y cuyo

extremo se daba de bruces con la plazuela de los Afligidos, apacible y silenciosa por estar allí situado, según sabría después, el convento de San Joaquín, hoy en día me parece que tristemente desaparecido.

Resonó la recia piedra bajo el casco de los caballos, que piafaron como reconociendo el hogar. Dimos vuelta a una suerte de patio de honor hasta la escalinata de mármol donde me esperaba una figura esbelta, rubia, el cuello envuelto por la corbata negra, cruzado el pecho de cordones y bandas, calzado con unas botas casi hasta la rodilla y el andar algo patizambo de quien acostumbra a montar. A su lado, más bajito, o quizá simplemente menos garboso —¡quién podía no serlo al lado de Pedro!—, pero de mirada arrogante y bigotillo bien cuidado, Mariano, marqués de Terranova. No tuve duda alguna en reconocerlos cuando descendí de la berlina, exhausto y feliz para fundirme en un abrazo, como si fuéramos de verdad hermanos. Y por ese breve tiempo que duró mi estancia en Madrid, lo fuimos con el inmenso calor que albergan los corazones cuando son todavía jóvenes y nobles. Para todo lo bueno que nos ocurrió, pero también para lo malo. Porque la maldición de un collar se cernía sobre el aparentemente brillante horizonte de mi querido primo Pedro. Yo aún no sabía nada, claro.

Reparé entonces en un hombre mayor, casi un anciano, de cabellos blancos y facciones afiladas, enteco de figura y pequeños ojos azules, en quien yo no me fijé en un primer momento y que estaba al lado de mis primos. Por un momento pensé que se trataba de algún familiar de los Téllez-Girón. Pero me equivocaba. Era el maestro Jacobo Peñuelas, antiguo preceptor de Pedro y ahora mayordomo de palacio, de quien pronto oiría hablar.

—Sea usted bienvenido a esta casa, señor —me dijo una vez que mis primos me hubiesen saludado. Y en su voz suave y al mismo tiempo velada había un toque profundamente humano que, no sé por qué, me conmovió.

El hacendado Luis Álvarez de Cobos se inclinó con un requiebro elegante para dejar un beso en el envés de la mano —pequeñita, pecosa, algo ajada ya — que le ofrecía la condesa de Arcos. Pese a sus años, la condesa conservaba una mirada llena de desafío y cierta turbiedad libertina que encendía aún a algunos quienes, seguramente, no podían dejar de pensar en el espléndido retrato que le compusiera Goya hace ya mucho tiempo, tendida gatunamente

en un lujoso canapé como hiciera con la marquesa de Santa Cruz en su momento. Dicen que el marido, celoso y altivo, estuvo a punto de matar al pintor y mandó hacer quemar el cuadro.

La condesa, pues, recibió con aprobación el gesto galante del peruano, que llevaba una barbita rubia y unas gafas doradas que le conferían a su aspecto bien cuidado cierto aire de inocencia y fragilidad que muchas encontraban arrebatador. Luego miró a la guapa Encarnita Camarasa, como sopesando si arrebatarse al dandy que paseaba del brazo por cuanta fiesta o tertulia se celebraba en la ciudad o conformarse con suspirar un poco por él pero sin mostrar las uñas. Después de todo, la condesa de Arcos se sentía últimamente un tanto fatigada, quizá harta, de una vida llena de aventuras galantes y de saraos, bailes y tertulias. Decidió acudir a la que ofrecía el duque de San Carlos porque este, a su vez, había conseguido para el escaso y selecto número de invitados que Pedro Osuna cantase algunas piezas. Y en verdad, el duque no sólo era un hombre de buena planta, sino que tenía una voz portentosa. Cogieron todos copas de borgoña brindando, a instancias de Luis Fernández de Córdova, por la reina gobernadora, por la salud de la pequeña infanta Isabel y por la pronta victoria de las tropas cristinas. Era un horror lo que estaba ocurriendo en el norte, se lamentaba Fernández de Córdova paseándose por el salón donde se había dispuesto el órgano, ajeno a los corrillos formados aquí y allá. Patricio Escosura, el atildado Larra y Ventura de la Vega junto a la ventana; El marqués de Mariño, el de Santiago y el de Puñonrostro, más allá, escuchando al joven Baltasar Saldoni hablar de una ópera que estaba componiendo y cuyo título podría ser *Ipermestra*, según explicaba entusiasmado. Fernández de Córdova se detuvo finalmente en el grupito del que formaba parte el duque de Gor, la condesa de Arcos, la guapa Encarnación Camarasa y un joven lechuguino a quien no conocía. De las Américas, a juzgar por su cantarina entonación.

—He oído que está usted en Madrid por cuestiones de negocios... — decía en ese momento el duque de Gor mirando al dandy americano.

Luis Álvarez de Cobos se encogió imperceptiblemente de hombros y arrugó la nariz como si le molestase hablar de esas cosas en presencia de las damas.

—Un poco sí, excelencia, pero también para visitar la tierra de mi señor padre— dijo el peruano enigmáticamente, bebiendo un sorbo de vino, más

bien observando a la condesa de Arcos como un gato que calcula un salto.

Luego miró a Encarna y le guiñó un ojo, como haciéndola cómplice de aquella situación. Y ella sintió un repentino calor en las mejillas, el corazón latirle algo desordenadamente. Era realmente agradable el peruano, reflexionó abanicándose un poco.

Lo había conocido gracias a Salustiano, a la salida del teatro, y desde el primer momento el hacendado le pareció de rápida inteligencia, a la manera algo tempestuosa de los americanos, era cierto, pero también seductor y galante. Y con un punto conmovedor, menos prepotente que los españoles, tan dados a presumir de virilidad y rudeza. Sin embargo, en Luis Álvarez de Cobos había además algo que se le escapaba a Encarnación, algo que espejeaba de cuando en cuando en su mirada, un arroyo canalla y peligroso que discurría en la habitual candidez de su mirada y que sólo ella parecía advertir, o quizá imaginar, pero en todo caso era algo que la divertía y le hacía olvidar los desplantes de su primo Pedro, de quien, debía admitirlo, estuvo enamorada con la pasión, la inocencia y el empecinamiento de toda su juventud. Porque desde que eran apenas unos niños y jugaban en el palacio de Leganitos, para solaz de la abuela Josefa, Encarnación había demostrado una devoción incondicional y perruna por su primo. Pero este, después de un fugaz romance que le hizo sentirse a ella especial, se desentendió por completo, dejándola extraviada en un laberinto de confusión y dolor del que sólo salió porque había heredado el orgullo y la terca obstinación de los Pimentel, y gracias al brutal consejo de su abuela Josefa: «Ese hombre, tu primo, no es para ti. Más te vale olvidarlo de una vez, querida».

Aquellas frases le parecieron a Encarnación de una terrible crueldad, cosa que tampoco le extrañaba demasiado, porque la abuela Josefa era capaz de los gestos más amables pero también de los más refinadamente crueles, como si estos fueran una de las muchas formas en que se ofrece la severa educación familiar. Pero era cierto, porque al poco tiempo, el voluble e indiferente Pedro se enamoró intensamente de otra prima, Inés Silva Bazán y Téllez-Girón, una de las jóvenes más hermosas de la España entera, hija del marqués de Santa Cruz y la condesa de Osilo. Esta le llevaba a Pedro unos pocos años, pero aquello al de Osuna parecía no importarle porque la galanteó con celo y ardor, obnubilado por la coquetería de su prima Inés...

El duque de San Carlos se acercó y le puso una mano afectuosa en el

hombro, ¿todo bien, querida?, y Encarnación enrojeció como sorprendida en una grave incorrección, sí, claro, todo bien, querido Pepe. Aceptó la copa que un criado le ofreció y se encaminó hacia un corrillo de invitados donde fingió atender la charla liviana a la que se entregaban estos, pero en el fondo incapaz de pensar en otra cosa que en aquel romance dañado entre Pedro y la prima Inés. Sí, sí, dañado. Porque esta terminó casándose con otro, con el adusto Nicolás Osorio, marqués de Alcañices y de los Balbases, bastante mayor que ella pero de incontestable fortuna. Y es que se rumoreaba la mala situación del padre de Inés, que estaba en la ruina, que había tenido que vender unas tierras en Andalucía, que no levantaba cabeza, que de seguir en tal posición se vería obligado a desmigajar el marquesado. ¿Fue eso lo que decidió la boda? ¡Quién lo sabía! En todo caso, se dijo Encarnación, lo que ensombreció de manera horrible el enlace fue la espantosa muerte de la hermana pequeña de Inés, Joaquina Francisca, poco antes de la boda.

No, Encarnación no quería ni pensar en lo que aquello significó para Inés y su familia. Desde aquel espantoso suceso, el temperamento más bien alegre y festivo de la prima Inés se tornó taciturno y sombrío. El color desapareció de su rostro como su presencia de las fiestas y convites de los que era hasta ese momento asidua. Estuvo, se decía, a punto de disolver el compromiso, cosa que sus padres no permitieron. Y la boda, planificada llena de boato y magnificencia como ninguna desde los esponsales de Fernando y Cristina, terminó realizándose más bien en una austera y luctuosa intimidad.

Su marido hizo sin embargo de todo para levantarle el ánimo, con agasajos y viajes, con joyas y excursiones, con médicos y rezos, mas todo fue en vano. Y así el uno se refugió en la cacería y la otra en su palacio. Lo único que pareció invulnerable en todo ese tiempo fue el devoto amor que le profesaba empecinadamente Pedro. Como si su cariño fuera una llama inextinguible, una gota empeñada en horadar la más dura roca.

Encarnación sorprendió la mirada de Luis Álvarez de Cobos como auscultando sus sentimientos, levantando su copa hacia ella, y luego el gesto divertido y teatral de quien se aburre soberanamente escuchando frivolidades. Le gustaba aquel peruano elegante, claro, pero muy dentro de sí, Encarnación se decía que nunca despertaría similar pasión a la que sintió por Pedro, de la misma manera que la de este no hallaba ni hallaría correspondencia en los sentimientos de Inés, dolida, sombría, casada y triste. Por eso seguía

sorprendiéndole la paciencia, la tozudez con la que Pedro se empeñaba en cortejar a su prima, con cauta discreción pero sin pausa. Y si había aceptado cantar con ella, con Encarnación, aquí en el palacio de su viejo amigo San Carlos, era —lo sabía bien— porque Inés había prometido asistir.

En ese momento, Pepe Carvajal se acercaba a los convidados para comentar afligido que la marquesa de Alcañices y los Balbases no podría asistir, acababa de recibir excusas suyas. Y si todos estaban a gusto, todavía esperaban a algunos invitados más, explicó, y principalmente a Pedro Osuna, claro, el invitado de honor quien, junto con Encarnita, haría dúo. Iban a cantar el primer acto de *El pirata*, de Bellini, ¿verdad?, se frotó las manos Carvajal con anticipado regocijo. Osuna haría de Ernesto, el duque de Caldora, y la hermosa Encarnita interpretaría a Imogene, su mujer.

Las mejillas de Encarnación Camarasa acusaron un leve rubor al escuchar la explicación del duque de San Carlos, pero ya los demás se atropellaban para hablar y nadie pareció notar nada.

—¿Ha tenido usted el placer de escucharlo cantar? —preguntó el de Gor, no se sabía muy bien si a la condesa de Arcos o a Álvarez de Cobos, pues el duque tenía la costumbre de hablar con sus interlocutores siempre en escorzo, como si no admitiera que lo observaran de frente, ofreciendo su perfil numismático al hipotético artista que inmortalizaría sus gestos marciales.

Encarnación volvió a mirar a Álvarez de Cobos y se dijo que sí, que aquel hacendado peruano, con sus maneras galantes y ese inexplicable punto de turbiedad que aleteaba en la mirada, le empezaba a gustar más de lo que en un principio se imaginó, cuando aceptó su compañía y sus requiebros al salir del Teatro del Príncipe, a donde ella había acudido con su madre a ver cantar a la Salvini. Y Salustiano Olózaga y otros amigos hicieron las presentaciones. Alguien propuso tomar unas horchatas, otros más bien un poco de vino. Y Álvarez de Cobos que por qué no a cenar en Genieys, ¿eh?, él invitaba, dijo mirando a los ojos de Encarna con un sonrisa llena de encanto y un punto de interés más allá de lo estrictamente permitido. Desde entonces, Álvarez de Cobos ha sido constante en sus pretensiones galantes, aunque también exquisito y nada apresurado. Mejor así, se dijo Encarnación. Mejor así.

—Y usted, amigo mío —ahora sí, Gor se dirigió a Álvarez de Cobos—. ¿Ya ha escuchado cantar a Pedro Osuna?

La calesa se detuvo con un chirriar de muelles y unos perros se apartaron recelosos para evitar ser atropellados. Luego volvieron a olisquear las ruedas para echarse de nuevo a dormir a la puerta de la tienda de Isidoro Romero, que miró de arriba abajo el carruaje, el escudo eclesiástico dibujado en la portezuela. Bajaron primero dos mozos de servicio y luego Romero pudo ver las patillas anchas, el fajín rosado, los ojos oscuros del criado o mozo de espuelas que se apeó del coche de un salto antes de ayudar a descender a otro hombre. Alcanzó a distinguir entonces, fugazmente, el rostro abotargado, la sotana y el alzacuello. También el anillo, que refulgió bajo el sol candente del mediodía.

Ambos hombres, el lacayo patilludo y el religioso, entraron a la tienda de Romero que, según se decía, era la mejor abastecida de Madrid en lo referente a vestimenta litúrgica.

El tendero se apresuró a besar el anillo, un anillo de oro grueso coronado por una bella amatista, por lo que dedujo inmediatamente que su cliente era obispo, pues los cardenales se decantaban siempre por el rubí. Acaso por el zafiro, pero nunca por una amatista, era cosa sabida. Sonrió con satisfacción cuando el criado se dirigió a él confirmándole el cargo de su eminencia.

—Su ilustrísima, monseñor José María Barbolla de la Quintana, de la archidiócesis de Méjico, viene a usted porque le han recomendado este establecimiento. Dicen que el género es el mejor...

Y miró un poco por encima, casi con desconfianza, los anaqueles con rollos de sedas y brocados, las casullas, los mantos, los colobios provistos de amplias mangas y capuchón, las correas y cíngulos, las tunicelas y manteletes, todo dispuesto con pulcritud episcopal detrás del mostrador, en compartimentos y cajones. Más allá, los hábitos pianos y las capas magnas, acomodadas primorosamente en sus colgadores.

Isidoro Romero infló pecho, sostuvo la mirada del criado porque percibió en ella cierta impertinencia, pero de inmediato se lo pensó mejor. Entonces se dirigió al obispo, que mantenía la vista baja y las manos cruzadas en el abdomen prominente, como sumido en asuntos menos terrenales que los que le preocupaban a él. Había sido un mes flojo tirando a malo, sobre todo porque desde la espantosa matanza de los frailes, los religiosos apenas asomaban las narices por la tienda. Si seguía así, tendría que cerrar, agobiado por las deudas. Pero hizo de tripas corazón y engolando la voz empezó a

decir, casi declamando como un pregonero:

—Por supuesto que tenemos el mejor género, excelencia, y la ropa eclesiástica más rica y mejor surtida de...

El criado lo interrumpió, mirando de reojo al prelado y luego al tendero:

—Monseñor no sólo es un hombre pío y modesto, al que le perturban profundamente las cuestiones pedestres. Está fatigado por el excesivo viaje y debe preparar sin demora el siguiente, a Roma, donde lo espera su santidad, Gregorio XVI. —Aquí pareció vacilar y apoyó un codo confianzudo en el mostrador, acercándose a Romero—. Además es algo sordo, de manera que mejor entiéndase conmigo.

—Por supuesto —tartamudeó impresionado el comerciante, acariciando con fruición un corte de seda que había extendido sobre el mostrador momentos antes de que llegaran sus nuevos clientes.

—Bien. Queremos comprar ropa para monseñor y también avituallarnos para algunas parroquias y conventos de la archidiócesis.

Romero tragó saliva, miró al obispo, que se había alejado a admirar un manto primorosamente bordado. El lacayo se dirigió a él.

—¿Le parece, excelencia, que vaya eligiendo géneros mientras usted descansa un poco?

No había terminado de hablar el sirviente y ya Romero había hecho aparecer de la nada una silla que colocó junto a la ventana y le rogó al obispo que le hiciera el favor de sentarse, y si acaso quería que fueran por un poco de agua o un azucarillo. ¿Quizá una rica taza de chocolate? Se lo traían de Cádiz y...

—No, no —volvió a interrumpir el criado, meneando la cabeza con cierta exasperación—. Apenas tenemos tiempo. ¿Verdad, excelencia?

—Por supuesto, por supuesto —dijo este haciendo un ademán negligente con la mano, sin mirar a los dos hombres que estaban pendientes de lo que decía. El lacayo se encogió de hombros.

—Lo que le digo —chasqueó la lengua y susurró a Romero, nuevamente confidencial—: Si hasta le abruma tener que hablar de estas cuestiones. Pero es necesario que tengamos todo a punto. Ojalá no nos interrumpa la clientela de usted, de seguro constante y mucha a estas horas.

—No se preocupe usted por eso —gorjeó Isidoro Romero—. Cierro la puerta y los atiende a ustedes con la exclusividad que sus dignidades se

merecen.

—No, de ninguna manera —se alarmó el criado, acomodándose las patillas—. A monseñor le perturbaría mucho saberse favorecido así. Si acaso volvemos otro día...

—No, no —protestó, casi suplicó con furia Romero, los pequeños ojos alarmados—. Si monseñor ni siquiera se va enterar, mírelo allí, arrobado. Déjeme cerrar la puerta para que pueda atenderles como se merecen.

El sirviente del obispo volvió a acariciarse las patillas, caviloso, grave, presa al parecer de una duda de orden moral. Pero al fin, viendo al obispo sumido en sus asuntos, se dijo en voz alta que sí, que estaba bien, así acabarían antes y podrían continuar con las muchas obligaciones de monseñor. Y sacó de la elegante bolsa con el escudo de la archidiócesis una lista larga que Romero miró por encima. Tuvo que contener las ganas, literales, de frotarse las manos.

A continuación, y durante casi una hora, eligieron sedas moradas para las liturgias de Cuaresma, azules para la solemnidad de la Inmaculada Concepción y negras para las misas de difuntos; acariciaron mantos talares y casullas, valorando la conveniencia de llevar cinco o más, de cada una; eligieron bonetes, solideos, mucetas de terciopelo ribeteado, «de lo mejor que pueda encontrar en todo el reino, se lo aseguro», capas pluviales y fajines de seda, «fíjese en el primor de la confección», y ornamentos, sandalias, encajes y una buena provisión de albas. Algunas prendas eran particularmente caras y Romero, movido por un prurito de honestidad o de alarma, se veía en la obligación de expresarlo, pero el sirviente no decía nada, como si acaso, contagiado por el mismo espíritu ultraterreno del obispo, no tuviera deseos de hablar de dineros y vacuidades así.

—Me va a dejar sin género para los demás compradores— protestó jovialmente el tendero, mareado ante la abundancia de aquella compra.

Sabía o había oído que la América, pese a sus muchas revueltas, era tierra de riquezas fabulosas y dispendios como ya no existían en el reino desde los tiempos de Carlos III, al menos.

El obispo, entretanto, había cruzado los dedos sobre el vientre y de vez en cuando jugueteaba, ¿rezaba?, con su rosario, apenas arrancado de su sopor metafísico por las preguntas que de tanto en tanto le hacía el sirviente sobre tal o cual prenda, a lo que siempre respondía con vaguedades, «por supuesto,

por supuesto», como si realmente le molestara ser arrancado, aunque sea momentáneamente, de su devoto cavilar. Entonces el criado volvía a hacer un gesto cómplice a Romero y continuaban eligiendo prendas y telas.

—Bueno —suspiró finalmente el lacayo—. Creo que eso es todo. Aunque no descarte usted que volvamos por si luego vemos que nos ha faltado algo. Ya ve lo difícil que resulta arrancarle palabra a monseñor en lo tocante a estas cuestiones. Y, sin embargo, si viera usted qué labia, que destreza argumental y encendido verbo cuando se trata de cuestiones de Dios...

Isidoro Romero miró al obispo y creyó percibir que este se turbaba un poco al oír las palabras de su sirviente. En verdad, había hombres así, alejados por completo de lo terrenal, dedicados con prístino gozo al servicio de Dios. Pero él, pese a ser un creyente devoto, monárquico y absolutista, no era de esos. Su reino sí era de este mundo, el de las prendas eclesiásticas y los adornos litúrgicos. ¿No era acaso una manera de servir también al Señor Todopoderoso? Por supuesto que sí, se dijo, íntimamente conmovido por descubrir en él cierta veta especulativa y teológica. Quizá el Señor estaba recompensando su manifiesta vocación católica y devota, su fervor por el levantamiento del infante Carlos de Borbón, quien representaba sin lugar a dudas la defensa de los valores más profundamente cristianos, loado fuera.

—Si se puede dar prisa en empaquetar todo esto...

—Faltaría más. —El comerciante despertó de su tibio ensueño, dobló, embaló y dispuso los artículos en un santiamén, justo cuando entraban a la tienda los mozos de servicio que habían esperado en la puerta.

—Id llevando todo esto al coche —dijo el lacayo con autoridad y señalando las mantas, casullas, los rollos de seda, los adornos y los solideos.

Luego al ver la torpeza y la desgana con la que los dos criados llevaban las cosas decidió remangarse y ayudarlos a cargar la calesa, había que llevar todo cuanto antes al Palacio Episcopal, donde se hospedaba monseñor.

—Prepáreme la cuenta para cuando regrese a por su ilustrísima. Yo vuelvo a recogerlo en lo que tarden estos holgazanes en descargar. Y así el pobre aprovecha para descansar un poco aquí.

En los ojos de Romero aleteó fugaz una sombra, pero viendo al obispo que emitía un leve suspiro adormilado pensó que estaba bien. El lacayo ladró un par de órdenes para apresurar a los mozos y trepó en la calesa. Esta partió de inmediato, sorteando las carrozas, simones y calesines que a esa hora

congestionaban las inmediaciones de Sol. Sentado en su silla, el obispo americano roncaba con placidez.

Luis Álvarez de Cobos se quitó las gafas doradas y las limpió con el pañuelo. Todos quedaron expectantes de su respuesta. Era evidente que el duque de Gor quería saber quién era, qué tiempo llevaba en la Villa y a quién conocía el peruano. De allí que preguntara si había oído o no cantar al duque de Osuna, cuya presencia todos esperaban.

—No, no —contestó el americano al fin, despacio, como quien admite un imperdonable desliz—. Pero desde que he llegado a Madrid no he oído nada más que encendidísimos elogios. Hace poco tuve la fortuna de conocerlo en la fiesta que ofreció en su espléndido palacio. Y su bellísima prima no lo desmerece. Pasaremos una estupenda velada musical, eso es seguro.

Y miró a Encarnación, buscando nuevamente su complicidad.

—Es, ciertamente, un prodigio —intervino Mariano Terranova, que acababa de llegar a la reunión y entregaba con desenfado su capa de armiño a un criado—. Mi hermano podría haberse dedicado profesionalmente al bel canto, sin duda alguna. Y si no, que lo diga el profesor Saldoni, aquí presente.

El catalán, al oír mencionar su nombre, hizo una leve inclinación de cabeza y levantó su copa hacia el marqués de Terranova.

Sirvieron más vino y champaña, se acercaron algunas fuentes con delicados entremeses y humeantes pastelillos, fresco melón de Añoover y tocinos de cielo. Seguían llegando los más rezagados, el abogado Olózaga y el marqués de Santiago, Alicia de Cisneros y el Vizconde de la Ensenada, a quienes Pepe Carvajal conducía al salón él mismo, pasad, pasad, por aquí, amigos, sed bienvenidos, y daba abrazos y estrechaba manos con esa impetuosa jovialidad que le era característica.

—Será un verdadero privilegio oírles cantar a usted, Encarnación, y al duque —se extasió el marqués de Mariño, anticipándose al placer que vendría—. Un dúo como pocos, ya se lo digo yo.

Su mujer, una rubia delgada y de grandes ojos gatunos, intervino dirigiéndose a Álvarez de Cobos:

—Pues créame que va a tener el placer de escuchar a un maravilloso barítono que nos hará olvidar, aunque sea momentáneamente, todos los horrores que vivimos.

Encarnación Camarasa no pudo dejar de advertir el exceso de entusiasmo con que habló la marquesa y se frotó repentinamente un antebrazo, atacada por una comezón que tuvo que atribuir, a regañadientes, a los celos. Pero era una tontería, pues ¿qué mujer de la Corte, y aun del reino entero, no estaba enamorada de Pedro? Aferró discretamente el brazo de Luis sin importarle la reprobación que chispeó en la mirada de la marquesa, tan pacata como siempre.

—Ni siquiera el duque y su portentosa voz, querida —dijo sombríamente Fernández de Córdova—, nos pueden hacer olvidar del todo los horrores de la guerra. Más aún desde que el infante Carlos rompiera su promesa y escapara de Londres para entrar al país y dirigir él mismo a sus tropas adictas.

El duque de Gor carraspeó incómodo y engulló un pastelillo. No es que él fuera defensor de Carlos de Borbón, ya sabían, pero tampoco le gustaba la manera en que la reina Cristina coqueteaba con los liberales más exaltados. ¡Hay que ver! Nombrar nada menos que al conde de Toreno como ministro, un exaltado... Y levantó su copa de champaña para apurarla de un trago y exigir que le sirvieran más. Se acercó un criado como aparecido de la nada y rellenó las copas de todos.

—¿Exaltado Queipo de Llano? —En el tono de Fernández de Córdova había un resabio de ironía, un retintín de desprecio—. Si al igual que Martínez de la Rosa, y no por gusto lo llaman *Rosita la pastelera*, el conde de Toreno no hace más que pastelear con unos y con otros, enfangado en pactos y componendas...

—Ciertamente las cosas están muy movidas aquí en el reino—dijo Álvarez de Cobos, y limpió nuevamente sus gafas con mucha pulcritud, como ganando tiempo para hablar—. Es doloroso observar cómo parece desmigajarse esta España que...

—Y gran parte de culpa la tienen los americanos, qué duda cabe.

El duque de Gor se volvió un poco, apenas ofreciendo su perfil de moneda, antes de inculparlo con el cigarro puro que acababa de encender. El hacendado peruano alzó unas cejas estupefactas, como si hubiese recibido una estocada poco elegante.

—Siempre he sido leal a la corona, señor mío... —empezó a decir con su tono de falsete y sus eses silbadas el hacendado.

—Vamos, don Mauricio —interviene Pepe Carvajal con una sonrisa

lobuna—. ¿Olvida usted que mi padre era americano, limeño, para más señas?

El duque de Gor parpadeó confundido, se estiró las mangas de la camisa, él no había querido insinuar ni por un momento, empezó a decir, pero Pepe Carvajal le puso una mano ruda en el hombro y chasqueó la lengua, ya lo sabía, ya lo sabía, no había sido esa su intención... Luego miró a Álvarez de Cobos e hizo un gesto con la cabeza.

—Sí, sí —dijo, y sus ojos parecieron divertidos—. Mi padre era natural de Lima, aunque español como el que más.

—Yo mismo me siento así —dijo el peruano—. Por eso mismo no veo de recibo... Encarnación Camarasa, que como las demás mujeres había seguido aquella conversación con liviano interés, decidió que era momento de cambiar de tema, caballeros, que nada en limpio sacarían de todo ello si empezaban a discutir precisamente entre quienes se declaraban, como seguramente todos los presentes allí, partidarios de la reina Cristina y de darle una cierta modernidad a esta España amada, si no querían que cediera más protagonismo del que ya había perdido en los últimos treinta años, ¿verdad?

—Más bien —agregó con entusiasmo infantil, aferrándose a Álvarez de Cobos—, ¿por qué nadie le comentaba algo acerca del último golpe de Candelas?

Álvarez de Cobos entornó los ojos y lanzó un profundo y teatral suspiro que hizo sonreír a Encarnación. Otra vez ese malhechor, dijo, como celoso o harto de aquel ladrón. ¡Cómo no lo encerraban ya! Lo cierto era que ahora decían que el rufo había cometido un hurto sacrílego, ¿verdad?, preguntó Mariano Terranova pasándose delicadamente una mano por la cabeza, como constatando que aún tenía algo de pelo. ¡Cómo!, el duque de Gor se estiró las patillas y enrojeció violentamente, dejó la copa en el aire, y un criado pasó con una bandeja a recogerla antes de que se hiciera trizas en el suelo. Cómo era posible que ese miserable ladronzuelo..., empezó a balbucear, atropellada su serenidad por la cólera, pero Encarnación lo pacificó con un gesto tierno, de nieta: que no era precisamente así, don Mauricio. Había robado en la tienda de Isidoro Romero, no en una iglesia...

—Un golpe lleno de ingenio, es menester reconocerlo —agregó el marqués de Mariño, acomodando las puntas del chaleco de piqué.

Decían que se presentó allí como el lacayo de un obispo americano y se

llevó cuanto pudo con la promesa de regresar con el dinero y a recoger al sacerdote, que se había quedado dormido mientras el supuesto criado se encargaba de la transacción. Amoscado, porque mucho tardaba en volver, el comerciante se decidió a despertar al religioso, para descubrir con pavor que este no era un obispo, sino tan solo un pobre tonto, un memo, un alma de cántaro al que habían vestido como prelado, y que al llegar la policía apenas si sabía babear y decir «por supuesto, por supuesto», como si fuese una cotorra.

—Y lo dejaron marchar, claro —sospechó Mariano cruzando las manos tras la espalda, como un maestro a punto de escuchar la obviedad de un colegial.

—Al parecer, lo magistral de todo —siguió explicando el marqués de Mariño, que advertía con delectación el brillo en los ojos de Encarnita Camarasa—, el verdadero golpe de audacia fue que el falso criado, el que se llevó todo con la promesa de volver para pagar y recoger al obispo, no era Candelas, sino un compinche suyo.

—¿Y Candelas, entonces? —preguntó Fernández de Córdova, ya del todo interesado por el desenlace de la historia.

—¿Candelas? ¡Pues era el bobo!, el tonto que la policía tuvo en sus manos y que dejó marchar, babeando y diciendo incongruencias...

¡Había que ver qué sangre fría!, se entusiasmó Encarnación, y la marquesa de Mariño se abanicó con violencia, era el colmo, realmente, que la policía no pudiera detener y colgar a ese miserable. ¿No le había robado acaso a la pobre condesa de Cervellón?, preguntó la de Arcos, con una sonrisa divertida. Lo que a nadie le quedaba del todo claro era que unas veces dejaba un guante negro, una suerte de firma, decían algunos, un desplante soberbio y maligno, mientras que en otras ocasiones no dejaba nada. ¿Y en este último robo? No, nada. Pero sí que lo había *olvidado* en casa de la de Cervellón, cuando sorteó aquel laberinto de cristalería dispuesto por el piso a modo de alarma. Dejó el guante sobre una mesilla, apoyado en un jarrón, muy visible. ¡Pobre condesa! Bien merecido lo tenía, por carlista, murmuró casi para su copa Fernández de Córdova, pero la marquesa de Mariño seguía entregada a su filípica incendiaria, y solo fue interrumpida por la aparición de un hombre rubio y muy alto en la puerta del salón.

—A ver si lo adivino: estáis hablando de Candelas.

Todos se volvieron para contemplar al duque de Osuna, que sonreía desde la puerta, como enternecido por la puerilidad de aquellos sus contertulios y amigos. Llevaba el sombrero de copa en la mano y vestía un frac impecable, de botonadura de acero y solapas de seda. Le esperaban con impaciencia, Pedro: Pepe Carvajal alzó los brazos para recibirlo con su efusión habitual.

Osuna besó con liviandad la mano de las damas y estrechó enérgicamente la de los caballeros hasta que llegó a Álvarez de Cobos. Un placer volver a verlo, dijo, pero sus ojos se enfriaron casi al punto de congelación al hacerlo. Pellizó las mejillas de su prima y le murmuró un par de requiebros, antes de deslizar, como al descuido, que era la segunda vez que la veía con el peruano, querida. «Parece que no pudieras asistir ya a nada sin él». Encarnación sintió una repentina y aguda lanceta en el pecho, pero sin dejar de sonreír se acercó al oído de su primo, mientras todos se sentaban en torno al órgano: «Quien no parece que vaya a venir es Inés. Otra vez se ha disculpado». Nada más decirlo y observar cómo se desencajaba el semblante rubio de Pedro se arrepintió en el acto. Había sido un golpe bajo que su primo no se merecía. Pero ya San Carlos proponía un nuevo brindis por ella y por Pedro...

CAPÍTULO III

Gloucester Road, Londres, 1886

Nunca me había sentido tan deslumbrado, tan frágil de emoción, tan sensiblemente expuesto a las exquisiteces de un lugar, de aquel palacio suntuoso, construido al parecer al estilo del que tuvieron cuando el abuelo de mis primos, el ix duque de Osuna, fue embajador en Viena. Tenían además aquellos Téllez-Girón una residencia en París, y el estilo del palacio de Leganitos estaba inspirado en ambas residencias, según supe, pero sobre todo en la parisina. De hecho, se le encargó al célebre Louis Mandar, arquitecto de la nobleza y las familias francesas de postín en aquellos tiempos.

Pero sus días estaban contados, pues mis primos, desde la muerte de la querida abuela Josefa el año anterior, habían decidido mudarse pronto al palacio del Infantado, en Las Vistillas, mucho más grande que este, bello y afrancesado, como seguía siendo el gusto de la aristocracia española, pese a las guerras y las invasiones. Hoy no sé en manos de quién estará aquel palacete de Leganitos, después del triste deceso de Mariano, que volatilizó la inmensa fortuna familiar en menos de cuarenta años de dispendio, extravagancia y boato sin fin. Mi desdichado primo, como al parecer dijo el famoso abogado madrileño Francisco Silvela en el recurso de casación interpuesto a nombre de sus acreedores, fue «pródigo por anemia de voluntad».

Pero qué lejos quedaba todavía ese triste destino para aquellos dos jóvenes —aunque, claro está, para mí eran dos hombres hechos y derechos— que me recibieron con efusividad y me colmaron de atenciones en su casa, afectuosos y gentiles.

Aquella primera vez, mientras mi equipaje desaparecía en manos de

invisibles lacayos comandados por aquel hombre flaco y nervudo, de espumosa cabellera blanca, me detuve a intercambiar saluciones con mis primos, admirando el palacio, que era en verdad impresionante. En el recibidor, de sedante suelo de mármol, había un Tintoretto, según pude apreciar con pasmo. Y a su vera, un gigantesco oso blanco disecado, de al menos nueve pies de envergadura y en actitud temible, como lo muestran los grabados que hay de estas feroces bestias boreales, de no ser porque en las zarpas llevaba una pueril bandeja para las tarjetas de visita. «Una extravagancia de Mariano», se encogió de hombros Pedro mientras me indicaba, risueño, las escaleras que ascendían en suave y elegante curva, separadas una de otra por una impresionante Venus de bronce de tamaño natural. Una vez arriba, era difícil sustraerse a la tentación de inclinarse en el balaustre y rozar con los dedos una araña de vidrio tan cristalino que le confería cualidades especiales de claridad, resonancia y suavidad a aquella antecámara de paredes tapizadas en tela color aguamarina.

Observando, asombrándome a cada momento, yo no dejaba sin embargo de conversar con ellos, excitado y feliz, brincando de un tema a otro, lo mismo que del español al inglés. Tan pronto Pedro o Mariano inquirían por la salud de mi padre —a quien habían frecuentado de pequeños y de quien guardaban grata memoria— como yo por conocidos y amigos, trufando mis preguntas con observaciones variopintas sobre la ciudad y el viaje, reflexiones sobre el infame carlismo, la salud de la reina, los cambios en un Londres cada vez más enojosamente vasto, y que a mí se me antojaba en ese momento como parte de un pasado remoto y poco relacionado conmigo, pues tales son las inesperadas consecuencias de la emoción a esa edad todavía tierna e impresionable.

Por doquier colgaban tapices flamencos, y lo mismo esquivábamos recias consolas exquisitamente talladas, sillas y mesitas de coqueto diseño francés, como solemnes esculturas de bronce, estilizados jades traídos de la remota China, colecciones de armas de toda clase y adornos deliciosos y sin cuento. Llegamos, después de cruzar dos salones y una antecámara, al *ballroom* de pulida madera que invitaba a deslizarse por ella, olvidados de todo agobio, al son de una música alegre y refrescante. En la esquina más alejada, al amparo de un ventanal inmenso, se distinguía la silueta negra de un piano, como a la espera de quien arrancara alguna melodía a sus teclas. En una silla cercana

reposaba un violín y, recostada contra la pared, una viola de las llamadas *da gamba*. Y es que Pedro, el grande de España, no sólo era un eximio jinete y un espadachín de depurada técnica, sino que cantaba con una agraciada voz de barítono, cultivada por el maestro más famoso de su época: Valldemosa. De su garganta, bajo el esmerado asedio de sus primorosas corbatas, brotaban notas de terciopelo, de belleza pura y de perfecta técnica. Y su elegancia y su generosidad eran tales que cuando el famoso Giovanni Battista Rubini paseó su arte por un Madrid que quedó subyugado por su interpretación de *La sonámbula*, fue mi primo quien lo hospedó en su palacio y le dio un tratamiento regio y sin igual.

Pero eso ocurriría mucho después de que yo me hubiera ya marchado de España, cuando mi primo, vuelto de su breve exilio en París y luego de un tiempo aciago del que ya daré oportuna cuenta, se prodigaba en generosos mecenazgos y patrocinios de artistas por todo el reino, especialmente en el ámbito de la música, pues él mismo llevaba un divo dentro de sí, un verdadero amante del *bel canto* que sin embargo se debía a su posición aunque esta fuera, en algunos momentos, una suerte de cárcel dorada de la que le resultaba imposible escapar. «Con ser todo lo que soy, jamás he conseguido nada que no haya tenido que solicitarlo», me escribiría muchos años después, en una carta perfumada de amargura. Pero aún así, la música y las artes fueron siempre sus placeres más intensos, por lo que no dudó en auspiciar y actuar de mecenas con muchos artistas de su época, entre ellos mi querido Federico Madrazo, a quien le encargaría un par de retratos: uno suyo y otro de su amada, aunque este sólo pudo realizarse muchos años después, como contaré más adelante. Y estoy seguro de que sin sus generosos aportes la vida cultural y artística de España hubiese sido más anémica aún de lo que ha sido hasta hoy. Sería él quien fundara el Liceo Artístico y Literario de la calle de Atocha, y quien convenciera a suspicaces banqueros como Remisa y Salamanca para que lo subvencionaran...

Pero, volviendo a su voz: ¡Qué placer, qué delicia escucharlo! ¡Qué hermoso colorido y qué estremecimientos confería a cada frase de la pieza que ejecutaba, qué manera de interpretar a sus personajes! Y es que lo que al parecer alimentaba la combustión de su arte era, lo supe pronto, un dolor terrible, una pasión desafortunada que mi primo escondía con celo...

Aquel magnífico salón de baile estaba decorado con pinturas al fresco de

Corrado Giaquinto, Tiépolo y Bayeu, según me iban explicando Pedro y Mariano. Más allá, en la sala contigua, admiramos rubicundas bellezas de Rubens, escenas turbulentas de Goya, Caravaggios de un realismo inenarrable, delicados paisajes de Turner, tan de moda en aquel momento. Pasamos luego a una pequeña recámara de damasco carmesí profusamente decorada con preciosas tallas de madera y una mesa de billar a los pies de una curiosa estampería de caza y carreras de caballos, formada por aguafuertes y acuarelas de Blachard, Harris y Hunt, según creí identificar. Pero lo que había por doquier eran espléndidos cuadros, de todos los tamaños, técnicas y épocas, que invitaban a pensar si acaso la vocación secreta de aquel palacio fuese la de convertirse en un museo.

Era en este hotel todo duplicado, según el capricho y designio de los abuelos de mis primos, quienes fueron los que lo mandaron construir a la manera de las más elegantes residencias parisinas y, según las malas lenguas, sólo para eclipsar a la residencia de la casa de Alba, con cuya duquesa, María Teresa, la abuela Josefa mantenía una cordial competencia, aunque fueran tan opuestas: esta última afrancesada, y la otra muy castiza, aquella intelectual, la otra amiga de toreros, según me enteraría más tarde, paseando por los jardines de aquel palacio que empezaba a descubrir con pasmo y verdadero gozo.

Los grandes ventanales daban a un patio solemne, orientado hacia la montaña del Príncipe Pío, con unos jardines esmeradamente trabajados y un cenador de aire oriental en el centro del mismo. Más allá se divisaba la armería, las estancias de los criados, un extravagante salón de ejercicios físicos que mi primo llamaba *Gymnasium* y las caballerizas con cuadras para unos cien caballos, dada la inmensa afición de los Osuna por estos nobles animales. En las cocheras encontraban cobijo berlinas esmaltadas, lujosas calesas, tálburis de finas formas y faetones robustos que un regimiento de criados mantenían relucientes y siempre a punto, diríase que preparados para formar ellos solos un deslumbrante desfile imperial o eclipsar con su sola presencia la entrada a una fiesta de grandes vuelos.

Hacia el otro extremo, el que mira hacia la plazuela de los Afligidos, por donde hacía poco yo había llegado, se encontraba la biblioteca que habían reunido durante siglos los veinte duques de Osuna y del Infantado, y que mi primo Pedro mimaba y cuidaba con esmero de bibliófilo. Estaba compuesta,

según sabría después, de unos treinta y cinco mil volúmenes. Era este hotel un verdadero palacio del llamado estilo Directorio, a caballo entre el último Luis XVI y el naciente estilo Imperio, que pronto se impondría en las grandes casas europeas. Contaba además con capilla para orquesta de música, cantores y nueve capellanes, como descubrí en los días siguientes; teatro, innumerables salones de recibo y hasta una sección para despachos administrativos por donde era fácil extraviarse, pues durante mi estancia allí no dejé de ver nunca un verdadero enjambre de servidumbre: lacayos de comedor con fraques carmesíes, diligentes criados y pajes de casaquillas verdes, atildados porteros de estrado de botas altas y corbatas con vuelos de encaje, rudos mozos de cuadra y un sinfín de empleados de oficina de pelucas blancas y encañonadas que ocupaban dependencias de archivo, contaduría o tesorería, y que uno podía identificar por su vestimenta, pues tan pronto veía desde severas levitas, libreas o calzones y medias de seda, hasta el chaleco rayado de amarillo y de mangas negras que gastaban los mozos de caballos en aquella casa.

Todos eran conducidos con habilidad, esmero y discreción por el omnisciente maestro Peñuelas, aquel hombre de blanca cabellera que había visto a mi llegada y a quien Pedro trataba con afecto especial, como si de un padre se tratase. Presentado como mayordomo principal de la casa, pronto descubrí que sus obligaciones se multiplicaban en mil labores y diligencias, como si en realidad fuese el alma que insuflaba de vida y dotaba de razón de ser a aquel palacio.

Resultaba todo ese primer paseo en verdad mareante y difícil de digerir de una sentada, más aún en el estado de excitación casi febril en el que yo me hallaba en tales momentos. El propio Pedro fue consciente de mi agotamiento, porque interrumpiendo repentinamente la visita por las infinitas dependencias del palacio me acompañó a mis aposentos: una lujosa estancia con antecámara, recibidor y saloncito de baño, con miles de artilugios de tocador, polvos de la Sociedad Higiénica, elixires odontálgicos del Doctor Pelletier, jabones, perfumes y esencias traídas de Londres y de París.

—Te han preparado un baño, querido Henry —dijo mi primo dándome un abrazo—. Cenamos en una hora en el comedor de diario.

Y yo, asombrado y algo perplejo por aquel exceso oriental, no atiné más que a desnudarme un poco sonámbulo. Pero me metí con cuidado en aquella

bañera de pórvido rojo, a la manera romana, y que mucho después se popularizaría aquí en la Inglaterra y aún más, en la Europa entera. Me zambullí pues sin poder menos que disfrutar de la tibieza voluptuosa del agua, como pronto disfrutaría de todo lo que para mis primos resultaba natural y cotidiano. Aquel Madrid pronto me cautivaría con la fuerza de un vendaval y sin que yo, justo es decirlo, pusiera nada de mi parte para enfrentarlo. Chapoteé como un niño y me dejé adormecer en aquel inusitado deleite acuático un breve momento, pensando para mis adentros en la carta que debería escribirle sin demora a mi amado padre y hacerle así partícipe de estas nuevas experiencias.

Los álamos de El Capricho habían sido adornados con guirnaldas de colores y el cuidado sendero que conducía al palacete situado al final de aquel bosque de opereta estaba flanqueado por lacayos que lucían el clásico uniforme amarillo y de mangas negras. Burbujeaba en el aire frío del mediodía un perfume delicado de jazmines y las aguas del estanque eran surcadas por una familia de patos silvestres, que de pronto alzaban vuelo entre graznidos, alarmados por alguna amenaza invisible. Petirrojos y herrerillos, mirlos y ruiseñores buscaban refugio en lo profundo de lilos y majuelos, o bien en lo alto de robles y castaños de indias que se cimbreaban airosos, remontando pendientes y descendiendo colinillas cubiertas de hojarasca y musgo.

—Con cuidado, por favor. —Extendió una diestra firme Pedro de Osuna para evitar que su prima Encarnación resbalase.

La tomó de la mano y ya no la soltó. Caminaron así, a campo traviesa, evitando el delicado parterre por donde transitaban los demás invitados, charlando y riendo. Después de haberse servido un tentempié en el palacio, iban todos al casino de baile recién construido en el otro extremo de la finca, entusiasmados por aquel pulquísimo bosquecillo artificial, diseñado con tanta delicadeza y buen gusto que realmente quitaba el aliento, decían quienes lo visitaban por primera vez y se quedaban extasiados frente a su perfil hecho de suaves lomas, orgullosos pinos y añosos robles. No era el caso de Encarnación, que prácticamente había crecido allí con sus primos, bajo el cuidado de la abuela Josefa, y conocía cada rincón de El Capricho, desde su precioso invernadero a un extremo, al fortín y a su recoleta ermita, en el otro.

Allí cerca de la Gruta de las ranas, en el Laberinto, había jugado de pequeña, y disfrutó de sus primeros bailes en los lujosos salones del palacete emplazado en el extremo oeste de la finca, antes de que se construyera el casino, a donde ahora se dirigía acompañada de Pedro.

Quizá buscando retomar esa complicidad de niños, e intentando aliviar el momentáneo enfado que los había distanciado desde la vez que cantaron juntos en el palacio del duque de San Carlos, era que habían acordado, tácitamente, cruzar el parque a solas. Pedro caminaba ensimismado, cuidando de sortear el emplasto de musgo y hojas que alfombraba el sendero. En un momento dado el murmullo de voces y risas de los demás invitados quedó atrás y sólo estuvieron ellos dos, a medio camino entre la ermita y el estanque, arrullados por el croar de las ranas y el gorjeo de los pájaros, en un ambiente como de tibio ensueño. Encarnación contempló el perfil sombrío de Pedro, que se detuvo sin decir palabra frente al estanque. Estudió sus ojos azules, oscurecidos ahora hasta parecer de azogue, el bigotillo de azafrán y el cabello largo y rubio atado en una original coleta a la moda marinera inglesa.

—¿Esta vez tampoco vendrá, verdad? —dijo el duque, y en su voz repicó el metal del despecho.

Encarnación se mordió los labios sin saber qué decir. ¿Que Inés no vendría al baile? Bien lo sabía Pedro. Era el primero que organizaban los Téllez-Girón ese año en El Capricho, donde se habían apresurado en levantar una exedra allí mismo, en la llamada Plaza de los Emperadores, a la memoria de la abuela Josefa, muerta apenas un año atrás. También acondicionaron el casino de baile que ahora inauguraban con una fiesta que se anunciaba de admirable esplendor. No había más que ver la larga fila de carruajes apostados en la entrada, el brillo de las medallas en los pechos varoniles, las joyas que adornaban cuellos y manos femeninas, el torrente de champaña y vinos franceses que corría sin descanso, los músicos traídos especialmente para la ocasión, entre los que se contaban la mismísima María Malibrán y Gilbert Duprez, con quienes el propio Pedro interpretaría algunas piezas de Rossini. Decían que había pagado una fortuna a aquellos dos cantantes, que eran la sensación del continente entero y que venían de estrenar con éxito absoluto en Nápoles la ópera *Inés de Castro*.

Había pues una gran expectación por escuchar al duque medirse con tales portentos. Y Pedro desplegaría su talento, el caudal potentísimo de su voz de

barítono, todo un complejo registro de veladuras dramáticas pensando en Inés, la bellísima Inés Silva, la prima Inés, la mujer de Nicolás Osorio, marqués de Alcañices y los Balbases, duque de Sesto y representante también de la casa de Albuquerque.

—No, Pedro, sabes que no vendrá.

—Es igual. —Se encogió de hombros el de Osuna, como si tuviera esa respuesta ya preparada.

Cogió una piedrecilla y la arrojó contra el sotobosque más allá del estanque. Al momento, un estallido de aves se esparció por el cielo del atardecer entre graznidos de protesta.

—Deberías olvidarla, Pedro —dijo Encarnación, poniendo una mano en el antebrazo de su primo.

Sintió como este se tensaba, pero no pronunció palabra. Se quedaron así, en un silencio profundo, él; apenas conteniendo la respiración, ella. Sin saber qué más decir.

—Vamos, prima querida, nos estarán esperando...

Osuna le ofreció un brazo galante a Encarnación y sonrió con gentileza, ya sin sombra alguna enturbiando su semblante. Eran pues fugaces ataques de melancolía y desesperación, dedujo ella caminando a su lado, no era la primera vez que le ocurría, ese tránsito inmediato de la negra pesadumbre a la risa alegre y los comentarios chispeantes. Aquella zozobra lo acompañaba desde hacía mucho, cuando se fijó en la prima Inés, tres años mayor que él y casada tiempo atrás con Nicolás Osorio, con apenas los dieciséis cumplidos... Parecía solo un encaprichamiento de chiquillo, pero el tiempo había demostrado que no era así, y que Pedro, pese al estado de Inés, a su matrimonio con Nicolás Osorio, seguía enamorado.

Atravesaron una zona salpicada de rosales y salieron por fin frente al casino, cercado por otra exedra para que se sentaran quienes quisieran hacerlo, y a donde empezaban a llegar los invitados. Allí estaba ya Frías, Santiago y Pontejos, éste último recientemente regresado de Londres y nombrado ya Corregidor de la Villa, charlando animadamente. Más allá, esos divertidos calaveras de Vega, Espronceda y el dramaturgo aquel de nombre alemán que Encarnación no recordaba nunca... y las señoras, todo un cerco de abanicos que ocultaban naricillas, ojos profundos y provocativos, sonrisas voluptuosas... Había siempre en las fiestas de los Téllez-Girón un *laissez*

faireque no se daba en otros bailes, y todos los invitados resultaban más relajados y divertidos, como contagiados del cosmopolitismo de Pedro y la alegre superficialidad de Mariano. Llevados pues por ese clima distendido y propicio para el abandono corrían los rumores y las habladurías, diríase que descorchados, traídos y llevados en la propia espuma del abundante champaña que allí se disfrutaba. Muchas eran las historias risueñas o picantes que se contaban en aquellos saraos, pero últimamente también se hablaba de la nefasta guerra civil, de cuyos ecos se hacían cargo todos, pues más de uno pronto pelearía allí; del cólera que coleteaba aún y ahuyentaba de Madrid a tantos; de las intrigas de palacio y de los embarazos de la reina gobernadora... ¡Y pensar que cuando llegó esta Cristina napolitana a Madrid se ganó a todas las señoras de la Corte que empezaron a llevar una cinta azul celeste en los vestidos! «Azul Cristina» lo llamaron..., color que hoy nadie se digna usar, para escarnio de la regenta. Y todo por ese espurio romance con el guardia de corps que la sociedad madrileña no le perdonaba, pese a que siendo joven y bella había tenido que cargar con el envejecido, zafio y cruel Fernando hasta el mismo día de su muerte. Incluso el gabinete de Gobierno se había reunido para discutir la cuestión del romance de la reina y nadie se atrevía a ser quien le pusiera el cascabel al gato. Unos dijeron que Zarco del Valle, militar proclive al dandismo y la galanura, era quien con mayor habilidad podía llevar cuestión tan delicada; otros, que Garelli, por insinuante y además jesuítico. Y otros propusieron al duque de Rivas, que podría darle a la reconvención real cierto toque lírico y folletinesco. Pero nadie hasta ahora se animaba a tocar de frente tan espinoso asunto...

Junto a la puerta del casino estaba el duque de San Carlos. Se reía con Mariano Terranova, que iba vestido de gala y se pavoneaba hasta la exageración, como encantado de conocerse, mirando de reojo a las señoras que circulaban lentamente de aquí para allá, un leve revuelo de encajes y blondas... Pobre primo, pensó la Camarasa. Pobre Mariano, sí: siempre oscilando entre la devoción y la envidia con respecto a su hermano mayor, que no necesitaba más que su frac de diario o su ropa de montar para ser un elegante sin discusión. Lo mismo que Pepe Carvajal. Más rudo y tostado el duque de San Carlos, sí, pero también de hidalgo porte. Era un espectáculo contemplarlos conducir ellos mismos sus carruajes por Madrid, ante el asombro de la gente al ver a los lacayos de brazos cruzados, muy serios,

llevados de aquí para allá por sus señores que van dando bote prontos divertidos, ágiles caracoleos, corcovos y repentinos *sprints* que, agitando borlas y flecos de las jáquimas de seda, les permiten sortear con facilidad el atestado tráfico de berlinas y calesas que a su paso parecen zafios coches de colleras, vulgares simones de alquiler. Aquellos son de los pocos momentos en que su primo Pedro no parece siempre fugitivo de sí mismo, ausente, obsesionado con Inés Silva, la marquesa de Alcañices y los Balbases. Y no, constata Encarnación y siente lástima. No está entre las muchas mujeres de toda edad que esperan impacientes entrar al baile del brazo de sus acompañantes. Hace mucho que Inés no se deja ver por las fiestas o bailes de la Corte. Y Pedro, que de un tiempo a esta parte organiza muchos, asedia con sus preguntas a Encarnación.

—¿Y tu pretendiente peruano? —dijo de pronto con guasa su primo sabiendo que eso picaba a Encarnación.

Sin embargo, al ver la nube de contrariedad que empañó sus ojos, se arrepintió de aquella ligereza. Porque, al parecer, su prima Encarnación sentía por aquel petimetre americano algo más que un simple capricho. ¿Sería? Osuna se quedó callado, esperando que Encarnación dijera algo; algo, por ejemplo, acerca de las inexplicables ausencias del peruano. O más bien explicables, sí. Y comprensibles, pero no por ello menos dolorosas. A veces tenía que alejarse de Madrid por los asuntos que le habían traído a España. Y aunque al volver de esos viajes —a Valencia, a Toledo, a Badajoz— lo hacía lleno de zalamerías y contento, con flores y perfumes, Encarnación no podía dejar de pensar qué tipo de relación era aquella, pues el peruano no se decidía a confesarle claramente sus sentimientos. Pero nada de esto dijo y más bien volvió el rostro desolado hacia su primo.

Gloucester Road, Londres, 1886

La tarde llegaba a su fin. Luego del baño y mis abluciones, algo más descansado y con ropa limpia, crucé aquellas innumerables cámaras rumbo al comedor donde mis primos esperaban bebiendo champaña. Como en anteriores ocasiones, la mesa que habían dispuesto estaba exquisitamente

vestida con mantel de hilo y la cubertería lanzaba prístinos destellos bajo la luz de una de esas magníficas arañas a las que ya me iría acostumbrando, y que doraban el espacio confiriéndole un plus de intimidad y sosiego.

—¿Reconfortado por el baño?— preguntó Mariano, mientras indicaba con un gesto al copero que me sirviera un poco de champaña.

En apenas una semana de estancia en aquel deslumbrante palacio había tenido yo oportunidad de apreciar cuán aficionados eran mis primos al acicalamiento y a su aseo personal, ¡e incluso al baño diario!, cosa que a mí me parecía en ese entonces una cosa algo exagerada y propia más bien de las extravagancias de Brummel y otros dandys de la época, pero que, justo es reconocer, empecé a disfrutar con un vago sentimiento de libertina concupiscencia.

—Estupendo, me siento estupendo —admití yo, que en verdad me sentía fresco y relajado, como la primera vez que dispusieron para mí aquella bañera de pretensiones romanas.

—Pues entonces cenemos, que estoy hambriento como un lobo. —Se frotó las manos Pedro en un gesto de mundana campechanía destinado seguramente a vencer alguna hipotética inhibición de mi parte.

En efecto, no había dejado de pasar desapercibido para mí que, conscientes de mi mucha juventud, mis primos se esmeraban en mimarme y cuidarme como quien se afana con un hermano menor. Seguro también estaban al tanto de que mi vida había transcurrido más en el campo que en la ciudad y que nunca hasta entonces había ido más allá de Londres. Durante aquellos días, mis primos se habían dedicado a agasajarme ofreciendo un baile, presentándome a algunos de los notables más conspicuos y amigos suyos, y sobre todo poniéndome al día en lo referente a la guerra, que parecía eternizarse en escaramuzas salvajes que sembraban el terror en las provincias del norte. Pero ya digo, todo ello no fue óbice para que dejaran de deslumbrarme con la magnificencia de sus fiestas y la elegancia de sus maneras, que con toda seguridad eclipsarían a los de cualquier príncipe.

Creo que no resulta ocioso ni exagerado afirmar que, comparados con los Osuna, cualquier mortal, incluso viniendo de los ambientes más cosmopolitas de la Europa toda y aún habiendo cruzado el mundo desde Boston hasta San Petersburgo, se hubiera sentido aunque sea un punto intimidado frente a aquel lujosísimo tren de vida, lleno además de costumbres, rutinas, modas y

aficiones que sólo muchos años después serían comunes entre nosotros, como tendría ocasión de comprobar en las semanas y meses siguientes. Porque, sin lugar a dudas, aquel par de aristócratas españoles eran unos adelantados en muchos aspectos, no sólo en su carácter acentuadamente liberal — especialmente Pedro—, sino en la afición a ciertas actividades más bien extravagantes y a gustos de exigencia inusual. Y en eso, iría averiguando con el tiempo, tenía mucho que ver el tal maestro Peñuelas.

Nos sentamos pues a la larga mesa, alumbrada por unos candelabros y perfumada por un centro de porcelana eclosionado de flores frescas. Continuamos la ligera conversación sobre mi padre y nuestros conocidos que habíamos iniciado por la mañana, primero en las cuadras, a donde fuimos a inspeccionar una yegua árabe y soberbia que Pedro había adquirido recientemente, y después en su deslumbrante biblioteca, donde me mostró grabados bellísimos y tratados sobre todo lo concerniente al caballo, mientras bebíamos un curasao al que era muy aficionado mi primo cuando se sentaba allí a leer. Pero pronto, como en anteriores ocasiones, volvió a llamar mi atención el lienzo espléndido que colgaba de una de las paredes del comedor. Se trataba de un cuadro ejecutado con una maestría inobjetable y de tal vigor descriptivo que por fuerza debía de ser obra de un gran maestro, pensé la primera vez que lo vi. Sin embargo, había algo en la manera en cómo lo miraba Pedro que me inhibió de preguntarle nada al respecto.

Además, Mariano estaba hablando ahora acerca de El Capricho, la residencia campestre de la familia, a pocas lenguas al noreste de la ciudad, y donde pensaban organizar en breve una carrera de caballos. De hecho, habían ofrecido allí una fiesta espléndida unas semanas antes de mi llegada, fiesta que fue un sonado éxito en la Villa. No quise interrumpir su discurso, ni el entusiasmo que imprimía al mismo y que era compartido por Pedro, que mencionaba a los amigos y conocidos que participarían en el evento hípico, pues sería el primero de tal clase en darse en el reino. El mayordomo de blancos cabellos hizo algo solemnemente su aparición e indicó que empezarían a servir los platos, si sus excelencias así lo querían. Mariano hizo un vago gesto con la mano y al momento se activo una diligente aunque discreta actividad en torno a nosotros.

El servicio allí siempre era *a la rusa*, como se estila ahora en todas partes y que en ese entonces, en la retrasada España de ese entonces, apenas si lo

usaban los más elegantes y arrojados, desplazando la anticuada moda francesa de servir los platos todos a la vez. Como en anteriores ocasiones, nos fueron ofreciendo diversas y exquisitas sopas y guisos de caza, tanto de pelo como de pluma, luego un delicado trincherero con pichones de nido y otro de mollejas con sustancia, buen vino de Burdeos para acompañarlos y después frutas y pasteles, que fueron llegando siempre a punto gracias al montaplatos preparado en el antecomedor y que dos criados atendían con eficacia. Llamó mi atención un plato a base de jamón picado, bechamel empanada y frita en forma de bolas. Al parecer era muy gustosa en Francia y mis primos la habían adoptado como un *relevé* indispensable en su mesa, para regocijo de sus invitados, que hablaban maravillas de aquellas *croquetas*, que así se llamaban.

Bebimos un poco más de champaña y brindamos por el futuro, por nosotros y por la reina Cristina. Mariano tenía el rostro ligeramente encendido y yo me sentí algo mareado, pues no acostumbraba a beber en demasía. El único que parecía imperturbable pese a las bebidas, incluso diría que constantemente velado por una preocupación o un dolor, era Pedro. Antes de pasar al salón para fumar y tomar café, haciendo acopio de valor — el licor, sin duda...— le pregunté por aquel cuadro que había llamado poderosamente mi atención.

—*La rendición de Breda* —explicó Pedro con un suspiro, picoteando desganado el *purée*—. Es ciertamente un Velázquez magnífico, ¿verdad? — Y luego sonrió—: Pero no, no es el original, que está a buen recaudo en el Museo del Prado, del que mi tío, el príncipe de Anglona, fuera su director hará unos diez años. ¡Ya quisiera tenerlo yo! Mas es imposible. Aún así, la copia es inmejorable...

Estaba yo hechizado por aquella composición en la que, como pasó a explicarme mi primo, Ambrosio Spínola, valiente genovés al mando de los tercios de Flandes, recibe del gobernador Justino de Nassau las llaves de Breda, rendida tras un inclemente asedio.

—Este es el primer marqués de los Balbases —explicó Pedro—, quien da origen a una tradición que tiene que ver con un collar tan espléndido como siniestro, cuya maldición ha cruzado de generación en generación hasta nuestros días.

—No exageres, querido hermano —dijo Mariano dándole una palmada en

el hombro.

Pero Pedro no replicó nada y, momentáneamente desentendido de nosotros, se quedó contemplando el cuadro en silencio, como si quisiera encontrar en él alguna clave escondida. Yo nunca había oído hablar hasta entonces nada de aquel dichoso collar y no le di mayor importancia al tinte dramático que le imprimió mi pariente a sus palabras, quizá porque en aquellos años, bajo el influjo de Byron, de D'Orsay y en general del espíritu romántico que atravesaba el segundo tercio de siglo, todos los continentales eran un poco así, atormentados y dados a la tragedia que se resolvía con duelos, suicidios, apasionadas cartas de amor y una inveterada tendencia a creer que el destino ya viene marcado a fuego en la palma de nuestra mano. ¡Más me hubiera valido entender aquella frase en toda su pavorosa certidumbre, a juzgar por lo que ocurriría después! Pero, bien mirado, ¿qué hubiera podido hacer? ¿Qué podía haber hecho un joven como yo para cambiar el destino que llegaba a todo galope, tan poderoso y ciego como una de esas locomotoras que surcan ahora la tierra de aquí para allá, imposibles de oponerles resistencia?

Cuando pasamos a la pequeña cámara acondicionada para fumar, Pedro hizo un esfuerzo por ofrecer la jovialidad que me había mostrado hasta momentos antes de mi, ahora lo sabía, inoportuna observación, y el propio Mariano se esforzaba por simular que nuestra charla avanzaba por el mismo liviano y alegre cauce por donde hasta entonces había discurrido. Pero yo me di cuenta de que algo cenagoso se había empozado entre los hermanos, algo que les resultaba incómodo ventilar en mi presencia. Nos sirvieron un café de moka, realmente exquisito, y Pedro ofreció sus cigarritos turcos mientras me instruía sobre los usos y costumbres de Madrid, pero sobre todo acerca de la más que agitada agenda social que teníamos por delante. Luego conversamos otro poco sobre la situación de España y las suspicacias con las que se observaba en la Inglaterra la contienda contra los carlistas levantiscos, y después surgió un tema al parecer inevitable desde un tiempo atrás: los robos de un delincuente natural del barrio de Lavapiés al que la policía no podía atrapar y cuyos golpes resultaban tan temerarios como ingeniosos. Pero sobre todo llamaba la atención que en algunos casos dejara un guante negro y en otros casos nada, apenas el desconcierto pintado en los ojos de sus víctimas, decía Mariano. ¿Quién era pues Candelas? ¿Actuaba solo o con una banda?

Pedro pareció animarse un poco al describirme algunos de estos asaltos, pero su entusiasmo se desinfló muy pronto. Al cabo juzgué prudente anunciar que me retiraba a descansar. Los dos se levantaron con rapidez y apagaron sus cigarros.

—Mañana haremos una nueva excursión por la ciudad, querido Henry — dijo Mariano guiñándome un ojo—. Para que vayas conociendo un poco...

Me despedí de ambos con efusión y al instante apareció Marcelino, el joven paje de cámara que habían destinado a mi servicio personal y que me acompañó a mis aposentos, situados en el ala este de aquel palacio solemne, muy cerca del comedor de diario donde colgaba aquel cuadro copia del de Velázquez que tanto enturbiara el ánimo de Pedro sin que yo entendiera la razón. Ya en la tibia cama tardé todavía un rato en conciliar el sueño, agitado y un poco confuso por todo lo vivido en tan poco tiempo.

Sí, aquella fue la primera vez que oí hablar del ladrón Candelas. Y del collar de los Balbases. Y desde entonces nunca he dejado de pensar en el mismo, y menos ahora que Madrazo, en la carta de hace unos días, me confirma, con su noticia de la muerte de Alfonso XII, que el dicho collar sigue refulgiendo con todo su poder temible. La muerte del rey Alfonso XII sin el consuelo de haber podido conocer a su retoño así lo confirma. ¡Desdichados quienes ahora lo posean! Antes de ser vencido por el sueño profundo que trae consigo el cansancio, aún creí escuchar pasos en el comedor. Los pasos de alguien que va y vuelve y se detiene y se queda finalmente largo rato sin moverse. Quizá contemplando.

Los mozos de cuerda se detuvieron en la esquina, jadeando por el esfuerzo de llevar a pelo aquellos costales de azúcar, jamón y otras viandas para las monjas mercedarias, y el patrón gruñó soezmente: no les pagaba por descansar, gañanes, y que debían cumplir con el encargo muy pronto, antes de que oscureciera del todo. Lo dijo por decir, porque él no iba a soltar ni un ochavo para aquella labor. Pero también estaba cansado y de mal genio, pues casi a última hora y cuando ya se disponía a cerrar su negocio e irse a casa, había recibido el intempestivo encargo de llevar todo aquello a las mercedarias del convento de don Juan de Alarcón, una dádiva ofrecida por un noble piadoso para que las monjas no se quedaran sin víveres, que últimamente sufrían no pocas estrecheces. Con lo revuelto que andaba todo

en el reino, los avances imparables del carlismo y la fragilidad del Gobierno, religiosas y frailes, conventos y claustros también habían sido alcanzados por la escasez y ahora pasaban innumerables privaciones. Era cosa sabida, pensó el patrón ayudando a descargar él también la carretela con que habían llegado hasta allí, ya tocados por la primera oscuridad. Y además otro contratiempo, que lo hizo maldecir sin tapujos durante un buen rato. Que la calle estuviera encharcada de tal forma que hubiese sido una temeridad seguir avanzando con la carretela y el jamelgo que tiraba de ella hasta acercarse a la puerta misma del convento, la que daba a la calle de Valverde. De manera que por eso debieron transportar los víveres a pulso y ahora se encontraban acezantes, descansado un momento. Pero nada más que unos minutos, coño, así que manos a la obra, insistió el patrón pensando en que, después de todo, sacaría unos buenos cuartos de aquella inesperada venta por la que había pedido el precio que le vino en gana y que le habían pagado sin chistar: por quince libras de manteca, veinte de garbanzos, varios jamones, algunas azumbres de vino, chocolate, un par quintales de carne de vaca y unas arrobas de azúcar y aceite para que las monjitas tuvieran el estómago caliente en estos tiempos de locura y carestía. Y todo pagado con dinero contante y sonante por un criado que además ofreció, de parte de su señor, a aquellos tres mozos para que ayudaran al comerciante en el transporte de las mercancías sin demora, que se celebraba la festividad de la beata María Ana de Jesús y las religiosas no tendrían ni un mendrugo de pan que llevarse a la boca. De manera que el comerciante aceptó la ayuda de aquellos hombres de recias espaldas. Y caras de poco espabilados, que también. Pero eso a él qué le importaba, mientras cargaran como lo estaban haciendo.

—Apurad, que no tenemos todo el día —voceó el patrón viendo a uno de los mozos de cuerda que se detenía, con expresión alelada, frente al convento, para persignarse con unción, rodilla en tierra. *Otro devoto de la beata María Ana, a fe mía*, pensó. Decían que gracias a su divina intercesión el arduo litigio que sostuvo el convento con los nobles propietarios del palacete vecino a causa de unas huertas y unas lindes lo habían ganado las religiosas una y otra vez, pese a que la linajuda familia hubo empleado a fondo todas sus influencias y dineros a lo largo de muchos años y al menos durante un par de generaciones, que el asunto se remontaba a los tiempos del rey Carlos IV. Y es que en el convento se conservaba el cuerpo incorrupto de la milagrosa

beata, desde que se exclaustara del viejo convento de Santa Bárbara, cuando la guerra con los gabachos. Se decía que Felipe IV era gran devoto suyo y que cuando abrieron la sepultura de la beata, los fieles se encontraron con el pasmo de ver su cuerpo intacto, fresco, flexible, y exhalando un tenue aroma a rosas. Desde entonces se mostraba al público sólo una vez al año y cada día ganaba más fervorosos devotos por la cantidad de milagros que se le atribuían. ¿Quién pues se atrevería a meterse con el convento que albergaba su cuerpo, que era casi como decir meterse con ella misma?, razonaba el patrón, riendo entre dientes.

Llamaron. Unas donadas abrieron las puertas y, al explicar ellos de aquel inesperado presente, se apresuraron a dejarlos pasar entre exclamaciones de júbilo y los condujeron por un pasadizo de ladrillos, estrecho y húmedo, por aquí, por aquí, venid, que desembocaba en una amplia despensa en verdad lánguida y magra donde, entre aperos y cacharros de cocina, apenas colgaban unos chorizos resacos y se amontonaban algunos costales roídos por los ratones. Allí, con las manos muy juntas y expresión de íntimo gozo les esperaba una anciana religiosa, probablemente la superiora. Al querer esta averiguar quién era el magnánimo benefactor que tan piadosamente se acordaba de ellas, el comerciante se rascó el cogote meneando apesadumbrado su cabezota. Tenía órdenes de no decir el nombre, madre. Nombre que, por lo demás, él tampoco sabía.

—Uno de los muchos designios inescrutables del Altísimo. —La religiosa extendió sus delgados brazos como si quisiera elevar su agradecimiento al cielo y sonrió con dulzura.

Indicó dónde poner los costalillos y las botijas, la manteca y la carne, y extendió la mano para que el mozo que tanto fervor había mostrado persignándose en la entrada del convento se la besara, ¿podía, madre? Claro que sí, hijo mío. Al verla tan delicada y apacible, pensó el patrón mientras ordenaba que los hombres depositaran las cosas donde se les iba indicando, a uno le costaba creer que aquellas monjas hubiesen resultado tan correosas y difíciles de vencer durante aquel feo asunto judicial en el que, según se decía, tuvieron tan pocas posibilidades de ganar. Pero vaya si lo hicieron.

Sí, aquel litigio fue una historia que mantuvo en efervescencia los mentideros de la Villa y dio origen a no pocas sátiras, ovillejos y versos de afilada burla. Incluso un sainete, que estuvo muy en boga cuando todavía no

había sido devorado por las llamas el viejo Teatro de los Caños del Peral, daba cuenta de las batallas, argucias y estratagemas legales mantenidas entre las monjas y sus empingorotados y tozudos vecinos...

Salieron por fin del convento, menos el mozo aquel, que solicitó con fervor quedarse a orar al pie de la tumba de la beata Mariana, gracia que la superiora le concedió con no poca satisfacción. Pronto, por la noche, se iniciaría una liturgia llena de salmos y alabanzas en la que participarían muchos fieles, que se uniera a ellos, hijo mío, si ese era su deseo. El patrón se encogió de hombros, el mozo ya había terminado su trabajo y por él como si quería quedarse de fraile campanero. Una vez fuera, respirando el aire más limpio y fresco de la noche madrileña, contempló aquel vetusto caserón que parecía arrimarse al convento como si en realidad quisiera echarlo abajo. A simple vista se trataba de un edificio no muy ostentoso, de frías paredes de piedra tiznadas por el hollín del tiempo, y del que en los últimos años se especulaba que sería tirado abajo por su orgulloso propietario, para buscar un emplazamiento mejor donde construir un palacio que devolviera el perdido lustre a su familia de larga prosapia.

Encajonado como se hallaba entre el viejo convento de las Mercedarias y la estrecha calle de La Puebla, muy cerca de donde había estado el convento de los Basillos, el edificio había ido creciendo en las últimas décadas a duras penas y como impelido más por la furia que por la sensatez, desparramando nuevas alas y pabellones angostos, empecinado en una suntuosidad que parecía venirle grande, arañando todo el espacio que podía y devorando el trozo de huertecillo que le correspondió al perderse el litigio con las monjas. Pero aquella fachada austera y como construida para ponerse a salvo de miradas indiscretas era más bien engañosa pues en sus muchos salones, que avanzaban por su interior uniendo las diversas partes del edificio como los paneles de una industriosa colmena —el patrón lo sabía bien, había servido víveres a aquella casa más de una vez— se albergaba una rica y variada pinacoteca de lienzos espléndidos, tapices traídos de la lejana Rusia y de la Constantinopla, y muebles exquisitos, estatuillas de jade, alfombras espesas del remoto Teherán y aparatosas arañas de Bohemia que daban fe más que de su pasado esplendor de cierta inclinación pomposa y grandilocuente. Allí, su actual propietario, un aristócrata taciturno, algo gruñón y lleno de suspicacia para con los vientos nuevos de la política, daba últimamente multitudinarias

fiestas, quizá intentando rivalizar con sus vecinos los Matallana, liberales decididamente cristinos, que en su palacio de la calle de San Mateo ofrecían saraos y recepciones de mucho lustre y que nadie en Madrid se quería perder.

Al menos esa era la información que se recogía aquí y allá. Y algunos detalles más, sobre el edificio tanto como sobre el dueño, el aristócrata taciturno, a saber: en cuanto al primero, además de su enajenado crecimiento, que lo hacía multiplicarse en salones y cámaras de variado tamaño, altura y disposición, había conseguido escarbar, literalmente, la pared que limitaba con la despensa del convento, a donde ellos habían llevado los costales y botijas, resoplando y gruñendo por el esfuerzo. Hasta allí había llegado la enconada rivalidad entre las religiosas y aquellos nobles. De tal suerte que, según decían, se organizaba en aquella frontera de estuco y ladrillo una batahola de ruidos y de voces, de canturreos o de improperios que se dirigían criados de unas y otros cuando recalaban en aquellas estancias colindantes. Tan pronto era un barullo de cacerolas por la mañana muy temprano como el bullicio que se metía en horas más propicias para el reposo o la oración, según el caso. Y que incluso el señor de la casa, sabedor —¡e instigador!, reclamaban las monjas— de esta suerte de guerra acústica, se había agenciado una bandada de gansos que graznaban a la mínima ocasión, se supone que para ahuyentar a los ladrones, que sabido es que estos animales resultan mejores guardianes que los propios perros. Pero las cosas habían resultado tan desproporcionadas ya, que las mercedarias fueron con las quejas a las autoridades. Y el asunto de aquellasocas chillonas y pependencieras amenazaba con convertirse en un nuevo litigio.

¿Sería aquello verdad? Nadie sabía nada a ciencia cierta, pero el rumor que corría por la ciudad desde hacía unos meses parecía indicar que sí. Y en cuanto al propietario, se trataba del heredero de un ducado concedido por Carlos IV a un mariscal de campo de los ejércitos reales, título que ahora ostentaba su hijo, de quien todo el mundo sabía que era más que liberal, monárquico, y más que monárquico, carlista. ¡Bah! Como muchos en este Madrid advenedizo y pronto a acomodarse a como mejor soplara el viento, qué diablos, se dijo el patrón pasándose el pañuelo por el rostro, enfangado y sudoroso, trepando a su carretela satisfecho por el buen negocio que acababa de rematar. Cuando alcanzaba ya la esquina más alejada del palacio, escuchó los exaltados tañidos de las campanas mercedarias que convocaban a los

fieles a las devociones por la beata María Ana de Jesús. Y sí, casi de inmediato, creyó oír el alborotado graznido de unos gansos, como respondiendo altaneramente a aquella provocación.

Los ojos de Encarnación brillaron contrariados. Tenía unos labios apetecibles y siempre húmedos, observó el duque, y el rubor que teñía sus mejillas cada vez que se azoraba le daba un aspecto delicado, vagamente melancólico. Como ahora, cuando finalmente contestó al comentario mordaz de Pedro.

—No, no sé nada de Luis. —Su voz pretendió ser liviana pero la joven advirtió al instante que no lo había conseguido—. Tal parece que al peruanito se lo ha tragado la tierra. Nuevamente.

Pedro se llevó una mano a la barbilla. Observó de reojo el perfil entristecido y afilado de Encarnación, los tirabuzones que caían por sus mejillas.

—No me da buena espina ese hombre —soltó sin poder evitarlo, Osuna—. Me parece un poco pusilánime. ¿Quién es, realmente?

Encarnación iba a responder que a su lado todos parecían pusilánimes pero prefirió callarse. No quería volver a discutir con Pedro y además estaba triste, porque era verdad que Álvarez de Cobos había desaparecido otra vez. Pero en esta oportunidad sin decir palabra ni anunciar su partida, como tenía a bien hacer en algunas ocasiones.

—Es un rico hacendado del Perú, ya lo sabes bien. Y está en Madrid por cuestiones de negocios, que lo llevan de aquí por allá...

Pero era cierto, se dijo Encarnación. ¿Qué más sabía ella de aquel hombre? Nada. Apenas lo que le acababa de confesar a su primo. La composición fugaz y por ello inexacta, parcial, inconclusa, de un hombre del que sólo reconocía que, poco a poco y cada vez con mayor fuerza, le hacía estremecer de delicia con su sola presencia. Resignada como estaba a no tener jamás a Pedro, Encarnación se dejó llevar con la mansedumbre de una niña por aquel divertido jardín de zalamerías y piropos que cultivaba el peruano para ella. Álvarez de Cobos había aparecido tan inesperadamente en su vida, con sus galanteos y sus esmeros de enamorado, con sus flores y su acento dulce, con ese punto bribón que al parecer sólo ella percibía, que no pudo menos que ceder blandamente a sus requiebros y rondas sin pensar

mucho en ello. Desde la primera vez que lo vio, en el Teatro del Príncipe, y luego en casa de Salustiano, supo que aquel hombre jugaría algún papel en su vida. Era divertido, decididamente amable, algo candoroso, bastante guapo y de una elegancia desenfadada. El cosquilleo en el estómago que necesitaba para olvidar definitivamente a Pedro. De manera que ella aceptó con alegría y gusto la presencia del peruano y sus requiebros, quien poco a poco se fue convirtiendo en un habitual de fiestas y bailes a donde Encarnación acudía gozosa bien fuera porque sabía que lo iba a encontrar allí —gafas doradas, bastón, sonrisa muy blanca y barbita—, bien fuera porque Álvarez de Cobos la invitaba a acompañarlo, ahora que ya era un conocido del *tout* Madrid y su presencia se esperaba con regocijo, quizá porque el otro americano de la Corte, Pepe Osma, más jovencillo pero un elegante al fin, aprontaba ya el regreso a su Perú natal.

Lo que no pudo sospechar era que el sudamericano la haría vivir en esta zozobra. ¿Por qué desaparecía así de su vida? Encarnación no se sentía con derecho alguno para recriminarle, pero al mismo tiempo le era imposible no disimular la contrariedad que experimentaba cuando volvía a verlo. Entonces el hacendado, perfectamente consciente de todo ello, redoblaba sus esmeros por agasajarla, en reconocimiento tácito de la falta que había en sus imperdonables deserciones. Y eso la hacía sentir peor, hundida, a salto de mata. Total, que aquello era un sinvivir, cuando en un principio sólo debió ser un coqueteo sin importancia.

—¿Te gusta de verdad?

La pregunta de Osuna cogió con la guardia baja a Encarnación, que no supo qué contestar. Podría haber replicado que un caballero jamás inquiera algo así de brutal a una señora, pero con su primo esas distancias y formalidades habían quedado abolidas hacía mucho tiempo. Incluso han ido más lejos de lo que jamás hubiera permitido con otro. Pensó en esto y sintió el rostro ardiendo al recordar aquella escena en el palacio de la abuela Josefa, cerca de Las Vistillas. Hacía ya un buen tiempo. Pero calló. Ya llegaban a donde los demás invitados, que bebían arremolinados junto a la exedra.

Fue Mariano quien la sacó del apuro, acercándose a darle un beso de hermano, a cubrirla de elogios, prima querida, estaba guapísima. Y pareció arrebatársela a Pedro, como si ella fuera una muñeca en la disputa infantil de dos críos.

—Estás guapísima —dijo Terranova un poco cansinamente, como si no existieran más adjetivos ni elogios.

Le ofreció el otro brazo y ella acometió así los peldaños de mármol que daban al casino, custodiada por los hermanos, ante la admiración y envidia de muchas. Allí Pedro se excusó plantando un beso en la mano de su prima. Debía atender a los invitados..., la dejaba en manos de este gañán, y dio un pescozón cariñoso a su hermano.

—Sé que eres aficionada a estas historias, por eso te lo cuento —dijo Mariano Terranova una vez que Pedro se hubo ido y mientras las parejas se iban disponiendo para la gran marcha con la que daba inicio el baile—: Parece que Candelas ha dado otro golpe.

En pareja, mujeres y hombres se tomaron de las manos precedidos por ellos dos, que presidían el baile. Pedro observaba la escena desde una esquina del amplio salón, como el atildado director de un *ballet* pasando revista a sus figuras.

—¿Otro golpe? —preguntó finalmente Encarnación.

Mejor así, mejor no pensar más en el peruano. Dieron dos vueltas de impostada ceremonia y más bien festivas, bajo la luz de las majestuosas arañas. Luego se fueron cruzando con donaire hasta volverse a encontrar para volver a enlazarse y desfilar así, llenos de garbo, por debajo de las parejas que iban uniendo sus manos levantadas: un túnel de brazos que se disolvía conforme pasaban las parejas.

La orquesta se dispuso a atacar la pieza de Liszt que inauguraría la fiesta. Se miraban unos a otros sonrientes.

—Pero otra vez se ha dejado un guante —murmuró Mariano sin dejar de sonreír—. Y no te imaginas en casa de quién...

El piano arrancó con un alegre tintineo que ascendía como una efervescencia y Encarnación flexionó ágilmente las rodillas, lista para empezar la danza, un galop muy de moda.

—No. ¿Quién ha sido la víctima esta vez?

—El duque de Gor. Casi le da un infarto. Lo menos ochocientos cincuenta mil reales en joyas y napoleones.

Mariano se movía con destreza, casi de puntillas, al ritmo rapidísimo que imprimía el piano y que los invitados ejecutaban con mayor o menor fortuna. Acabada la pieza, todos aplaudieron y las parejas se fueron dispersando. Las

damas se sentaron en las sillas dispuestas en torno al salón de suelos impecables, los caballeros se quedaron de pie, formando corrillos, apurando un cigarro o charlando.

—Decían —prosiguió Mariano, aceptando una copa que le ofreció un criado— que nadie sabía cómo, pero que había dormido a los gansos...

—¿Gansos?, ¿qué gansos? —preguntó incrédula Encarnación, mirando a su primo. Mariano rió levemente.

—Sí, gansos. Son unos buenos guardianes. Por lo general, claro. Pues este Candelas —continuó el de Terranova, sorbiendo su vino— se las ingenió para acabar con los gansos que tiene Gor en su palacio. Se piensa que los envenenó. Y al parecer entró nada menos que por el mismísimo convento de las Mercedarias, imagínate. Nadie tiene idea de cómo lo hizo, pero al día siguiente se encontró horadada la frágil pared que separa la despensa del convento del palacio del duque. Ya sabrás tú acerca de ese enervante litigio entre Gor y las mercedarias...

Mariano miró hacia el techo, como buscando inspiración para seguir contando. Ahora bien, ¿cómo sabía Candelas dónde guardaba sus dineros y joyas el duque? Ese es otro enigma. Porque fue un visto y no visto. Al día siguiente encontraron unos ladrillos desencajados por donde se supone que hubo entrado, desde el convento. Gor echa la culpa a las monjas y parece que hasta las ha amenazado con nuevos litigios. Pero no hará nada.

Mariano sorbió suavemente su vino y chasqueó la lengua satisfecho. Lo que encendía las conversaciones respecto a este reciente golpe era que, como le había dicho, nuevamente dejaba como firma de su robo un guante negro. ¿Por qué no en otros hurtos? Nadie lo sabía a ciencia cierta pero algunos empezaron a creer, a sospechar más bien, que Candelas era un cristino, uno que robaba ahora a los aristócratas, y de entre estos a los favorables al carlismo. De allí que en determinados golpes como este dejara un guante negro y no en los otros, más bien hurtos burdos, destinados a confundir. ¿Ella qué creía? Pero ya la música volvía a convocar a los invitados...

CAPÍTULO IV

Candelas —camisa de Holanda, chaleco de terciopelo negro, faja de raso morada— se sirvió despacio una copa de vino y la bebió de un trago, sin mirar todavía a Paco, que seguía de pie, en una aparente posición de docilidad, el sombrero calañés apretujado por sus toscas manos, la mirada huidiza de un perro manso. Pero Candelas no se engañaba: Paco Villena, apodado *el Sastre*, era el mala bestia de siempre, un cabrón de colmillo retorcido y capaz de cualquier atrocidad por unas monedas. Y si había aceptado a Candelas como jefe, fue simplemente porque no quería enfrentarse a los Cusó, al gallego Juan Mérida, a Leandro Postigo o a Mariano Balseiro. Ni muchos menos al Cuclillo, que aparte de regentar la taberna en la que se reunían, profesaba una devoción fuera de toda duda por Candelas: este había salvado a su hija Manolilla de que fuera violada por dos hijos de puta allí mismo, en la puerta de la taberna, en esa curva llena de meados y basuras hediondas que es la lóbrega calle Imperial...

Por eso Candelas también finge que no se da cuenta de nada, que cree en la contrición que se empeña en demostrar Paco *el Sastre*, pero sobre todo lucha contra las ganas que tiene de estrangularlo y arrojar su cuerpo a los chuchos que rondan por los cercanos portales de la plaza Mayor.

—Habíamos quedado en que nada de sangre, Paco, coño.

—El hijoputa sacó una navaja de este porte, Luis. Qué querías que hiciera, era él o yo.

Candelas lo mira con severidad y advierte que Antonio Cusó se tensa como arco unos metros más allá, donde simula conversar y jugar a las cartas con su hermano Ramón, el gallego Mérida, Postigo, el Mañas y Balseiro, como si la charla de Candelas y Paco no fuera ya cosa suya.

—Pero si era un infeliz que probablemente se hubiese hecho daño él antes

de rasguñarte a ti. Y lo sabes bien, no jodas.

Villena baja la cabeza, nuevamente fingiendo abatimiento, el muy cabrón. Porque sabe perfectamente que no tenía por qué matar a aquel infeliz para robarle los cuartos, que era un asunto fácil y sobre todo limpio, lo habían hablado y preparado con minucia durante semanas. En realidad, y bien mirado, aquel negocio les había caído del cielo. Una señoritinga malagueña, algo liviana de cascos, que en complicidad con su amante había decidido robarle a un tío suyo que venía de Barcelona con el dinero de las donaciones para la logia de los Escoceses. Diez mil duros. Nada menos. Una vez perpetrado el atraco, este buen señor ni siquiera podría acudir a la policía, porque tendría que explicar algunas cosas y las logias seguían siendo blanco de las iras reales, ya se sabía. Y era mentira que El ángel exterminador, la sociedad secreta que fundara el marqués de Viluma para dar palizas y perseguir a los masones, hubiese acabado por disolverse ahora que el intendente de policía era Martínez de San Martín y no el brutal y rencoroso Viluma. Qué va, era mentira, porque el propio Paco *el Sastrepertenecía* a ella, como le había confesado en una borrachera a Candelas.

El caso es que aquellos amantes habían planificado todo con meticulosidad y el robo sería lo más aséptico posible. Sacarían una buena tajada, se relamía la malagueña, retozando en la cama con su *monta*, soñando con los muchos cuartos que obtendrían, una vez que ella primero le contara el asunto al galán y lo convenciera, después, para robarle a su tío de Barcelona. Y hubiera sido así de no ser porque el amante pensaba darle esquinazo a aquella señorita de postín. Una alhaja, la dama, mejor no seguir con ella... ¿Cómo sabía todo esto Candelas? Fácil, el amante no era otro que Antonio Cusó, alto, ojiverde, de soberbia planta, seductor y vividor de las mujeres, una flor en medio de aquella gallofa madrileña. Guaperas, sí, pero también peligroso.

Cusó le tenía muchas ganas a Paco Villena, pero era fiel y respetuoso con lo que mandaba Candelas desde que lo eligieran jefe de la banda, de manera que las ganas te las guardas, Antonio, que el Sastre nos sirve más vivo que muerto, le había exigido en más de una ocasión Candelas. El equívoco fue aceptar que el compinche a la hora de acercarse a la posada donde cometerían el robo fuese precisamente Villena, que se empeñó en ello. La malagueña citaría al tío en el Café de Platerías y, aprovechando esa salida, Cusó iba a

entrar de caleta a la Posada del León, fingiendo cita con el tal señor barcelonés. Paco *el Sastre* estaría apostado de lince en la esquina, por si este volvía. Pero a último momento Villena se empeñó en subir con Cusó y este, para no seguir discutiendo en plena calle y llamando así la atención, lo dejó acompañarlo. Con tan mala suerte que el catalán volvió a la posada porque se había olvidado algo, seguramente. Un error de principiantes, que era lo que más le dolía a Cusó.

Por desgracia, Candelas tenía la cabeza en otras cosas, y relajó sus precauciones. Antonio Cusó no dijo nada, pero cuando el buen señor opuso resistencia al descubrir a los ladrones en la habitación, al animal de Villena no se le ocurrió nada mejor que clavarle la *chaira* en el estómago. «Qué has hecho, imbécil», parece que le espetó Antonio, mientras el viejo los miraba con los ojos desorbitados por la sorpresa y trataba de contenerse los intestinos con las manos. El Sastre se revolvió siniestramente contra Cusó: «Vuelve a decirme eso y te juro que te atravieso a ti también, que ganas no me faltan». Salieron por patas.

—Una más, Paco, solo una más y te juro que estás acabado aquí en Madrid. —La voz de Candelas se oscureció peligrosamente y en los ojos de Paco *el Sastre* relampagueó el rencor.

Pero no dijo nada y se marchó de la taberna murmurando soecidades y arrepentimientos, mirando de reojo a la mesa contigua, donde Cusó y los otros fingían jugar al tresillo como si no se hubieran enterado de nada. El Cuclillo secaba unos vasos con un trapo sucio, el ojo sano parpadeando a causa del humo de la tagarnina que se consumía en sus labios. Enorme, tuerto, amenazante como un cíclope, ni siquiera lo miró.

Candelas se quedó un momento pensativo, sentado a la mesa del rincón, acariciando sus patillas de hacha, sin ganas de hablar con nadie. No, si estaba todo chafado, coño. Ahora tendrían a los alguaciles hasta en la sopa y a la Secreta merodeando por todo Madrid, porque se la tenían jurada a Candelas y no pararían hasta dar con él y meterlo nuevamente en la cárcel. Sus días allí no habían sido particularmente agradables, claro, pero fue fácil escapar gracias a que la banda se portó con lealtad y dejaron resbalar unos duros aquí y allá para que los alguaciles hicieran la vista gorda y él pudiera escalar el muro y saltar al carruaje que lo esperaba en la calle. Y en otra ocasión, cuando ayudó al tal Olózaga a fugarse de la cárcel, también obtuvo

recompensa. Pocas semanas después de que el joven conspirador se escabullera gracias a su oportuna intervención —«Te debo una, Candelas», cuentan que le dijo el abogado, muy pálido y serio antes de escapar a la carrera—, Candelas recibió ayuda, dineros para sobornos, contactos, ropa para su disfraz, y pudo salir con total tranquilidad y a plena luz del día, fingiéndose un pensionista que iba a visitar a su hijo. Benito Moreno lo escondió en la Farmacia de la Reina Madre y de allí, por aquellos pasadizos secretos que hay bajo el establecimiento, el boticario liberal le permitió escabullirse y ponerse a salvo. El asunto se supo hasta en el último rincón de Madrid y si bien el prestigio de Candelas entre la gallofa se incrementó, la policía tenía desde entonces un único y ferviente deseo: que los dos reales que pagara todo aquel que fuera a verlo ahorcar en la plazuela de la Cebada fuera dinero bien invertido.

Osuna se cubrió el rostro con la careta, flexionó con agilidad la pierna derecha y tensó el brazo que empuñaba el sable. La otra mano ascendió hasta quedar casi pendiendo como un farolillo por encima de la cabeza. En posición de guardia. El duque de San Carlos articuló el cuerpo de la misma manera, como si fuera la imagen en el espejo de su oponente, todos los músculos en estado de alerta. El maestro Peñuelas, delgado y fibroso como un junco, vestido con chaleco gris e impecable camisa blanca de mangas anchas, hizo una imperceptible y casi etérea señal con el pañuelo y se retiró unos pasos. Al instante, como catapultados por un muelle, ambos hombres se lanzaron uno hacia el otro produciendo un inmediato y bravo estruendo de metales. Las hojas dibujaron peligrosas y rápidas filigranas en el aire mientras los cuerpos iban midiendo distancias, tan pronto evitando ponerse al alcance del adversario como intentado sorprenderlo por los flancos débiles o dejados al descuido. Dos animales al acecho. San Carlos ensayó de pronto salir de distancia y luego, inesperadamente, como si hubiese cambiado de idea, marchó a toda velocidad, elevando la punta del pie y con el talón a ras del suelo, dispuesto a encontrar el punto vulnerable de Osuna, que a duras penas pudo evitar ser tocado. Fueron milímetros. Volvieron a sus posiciones iniciales y cruzaron algunos golpes de tanteo, amagando con alguna que otra ballesta, antes de que Osuna tomara la iniciativa con una falsa marcha, aventurada y difícil, pero que le permitió pasar de línea a posición de ataque.

¡Voy! Creyó atisbar, por entre la rejilla que protegía el rostro de San Carlos, el desconcierto que cimbrió en su mirada. Ambos eran excelentes espadachines y se entregaban a este ejercicio una vez por semana, para mantenerse en forma y también porque había entre ellos una sorda aunque amistosa rivalidad que dirimían con las espadas o los floretes, según terciara.

Intercambiaron rápidos golpes y contragolpes con celeridad, avanzando y retrocediendo, buscando desorientar y cansar al oponente, distraerlo con falsos rompimientos, lanzándose en flecha y cruzando toques vertiginosos.

A los pocos minutos de iniciado el combate ambos estaban cubiertos en sudor, las miradas brillantes de astucia y cálculo. En un momento dado, Osuna se plantó con la guardia en ángulo recto y desconcertó a San Carlos, que buscó atacar con una rapidísima primera. Un movimiento que requiere decisión y arrojo, pues hay que rodear el arma del adversario por el lado de la punta, en lugar de por el lado de la mano. Osuna se escoró entonces hacia su izquierda y el contrafilo de su sable contraatacó enroscándose sibilinamente en la de San Carlos, haciéndole perder estabilidad. Metió entonces una inmediata segunda por debajo de la espada contrincante y alcanzó el corazón de su oponente, que saltó hacia atrás soltando un rugido y caminando luego como borracho, incapaz de entender cómo había ocurrido todo.

El maestro Peñuelas hizo un gesto rápido y ambos se volvieron con la misma celeridad, se quitaron las caretas y las apoyaron en la cadera antes de hacer el saludo de rigor.

—No esperaba ese movimiento, joder. —El duque de San Carlos mostró su dentadura de un blanco agresivo y abrazó deportivamente a Pedro de Osuna—. Eres un cabrón con reflejos.

—Yo en cambio esperaba lo que hiciste, Pepe, eres muy previsible...

Ambos soltaron una carcajada y miraron al flemático Peñuelas que, muy tieso, con las manos tras la espalda, parecía ajeno al bullicio estruendoso de los dos hombres, como si estuviera en cualquier otro lugar menos allí.

—Creo que va a ser todo por ahora, maestro —dijo Osuna, algo intimidado por la frialdad que Peñuelas demostraba. No era para menos, se dijo, presa de un incómodo remordimiento.

El maestro Peñuelas se envaró un poco más y luego hizo una breve genuflexión, antes de salir del amplio salón de gimnasia que había acondicionado detrás de las caballerizas. Allí, tres veces por semana se

entrenaba Osuna gracias a una idea innovadora que había tenido el inefable maestro luego de su breve visita por Prusia, que hervía de sociedades gimnásticas desde hacía casi diez años atrás. En lugar de practicar al aire libre, que también era necesario, explicó Peñuelas cuando le propuso crear aquel recinto, ciertos ejercicios requerían instrumentos y máquinas —diseñadas por él mismo, si su excelencia se lo permitía— que bien podían caber en un ambiente guarecido de las inclemencias del tiempo. Y de miradas indiscretas... Osuna estuvo de acuerdo con las explicaciones de Peñuelas y dio carta blanca para que contratara ebanistas y carpinteros, herreros y otros menestrales a fin de que trabajaran en aquel recinto. Bajo su atenta dirección se acondicionó pues aquel galpón abandonado detrás de las caballerizas en el plazo de tres meses, al cabo de los cuales invitó a Osuna a que lo viera. Este, nada más traspasar el umbral, no pudo evitar abrir la boca. El *Gymnasium*, como se empeñó en bautizarlo Peñuelas, resultaba un lugar como Osuna no había visto nunca ni había tenido noticia, con aquel suelo de madera tan pulida —mejor que la del salón de baile, sin lugar a dudas— que se podía correr descalzo por él sin temor a astillarse, y aquellos largos espejos que se extendían a media pared permitiendo así observar mejor los movimientos que se ejecutaban tanto practicando esgrima como ejercitándose en aquellas barras altas y bajas y demás artilugios de argollas y banquetas cuyo diseño Peñuelas había recogido de su provechoso paso por Prusia. Y de su encuentro con *Herr Professor* Friederich Jahn, de quien el maestro vino hablando maravillas. Osuna estaba pues encantado.

—¿Irás al estreno de la obra de Rivas? —San Carlos enfundó su espada y se pasó una toalla por el rostro aún congestionado.

—Cómo no ir, si además quiero invitar a mi primo Henry.

—Por cierto, ¿cómo está?

Pedro se sentó en un banca acomodada al fondo del salón. ¿Cómo estaba? Pues muy bien. Se adaptaba estupendamente a Madrid. En estos días ha quedado en ir con Mariano a visitar a un inglés algo estrambótico que venía de paso y que tenía unas referencias suyas. Un tal George Borrow, que andaba con los gitanos. Y que, sin llevar ni un par de meses en la Villa, ya conocía las principales tertulias de la capital.

—Le has cogido cariño al muchacho, ¿verdad?

—Es un *pollo* simpático y de buen corazón. —Sonrió tenuemente Osuna,

frotándose el rostro con la toalla—. Su padre es un caballero escrupuloso, digno y liberal. Un buen hombre. Sé que pasan por algunos apuros económicos y pensé que sería una buena idea, cuando me escribió confiándome que su hijo quería luchar contra los facciosos de Carlos, que pasara una temporada aquí. Luego quiero pagarle un viaje a Italia, Francia y Suiza. Ya sabes, el *Grand tour* de los ingleses bien educados... Ya le escribí al padre manifestándole mis intenciones. Pero no sé cómo se lo tomará Henry. Es muy orgulloso.

—Y eso que no es Téllez-Girón sino Beaufort... —sonrió el duque de San Carlos.

Osuna calló algo bruscamente, como contrariado por haber dicho tanto. Pero San Carlos le puso una mano franca en el hombro, estaba bien que se ayudara a la familia, coño. Además, se veía que era un joven inteligente y de buen fondo. Osuna asintió con la cabeza.

—Y ama tanto los caballos que he pensado regalarle uno. Todavía no sé cuál. Quizá lo decidamos el día de la carrera.

¡Era cierto!, se palmeó los muslos con entusiasmo San Carlos. Esa carrera marcaría un antes y un después en la historia de España. Pedro y Mariano habían ocupado mucho tiempo diseñando y acondicionando el trazado como los expertos *gentlemen riders* que eran. Allí en El Capricho instalaron la yeguada, con palafreneros y caballerizos vestidos a la usanza británica, y pasaban muchos días entrenándose. Mariano jugaba con la ventaja natural de ser más pequeño y liviano, pero Pedro suplía aquello con destreza y una habilidad portentosa para dominar a los animales. Y competirían también el marqués de Santiago, alto y esmirriado, el conde de Veragua y el marqués de Santa Cruz, todos excelentes jinetes, como lo era él mismo. Y quizá se animara Nicolás Osorio, ¿no creía? Siempre había sido excelente jinete y...

Al oír mencionar al marqués de Alcañices y los Balbases, Osuna volvió su rostro contrariado hacia San Carlos, que se mordió los labios, joder. Pero era imposible no mencionarlo en algún momento, habida cuenta de quién era, vamos. Aunque estuviera casado con Inés y por lo tanto Pedro lo considerara —algo absurdamente— un rival. Era cierto que el discreto cortejo que desplegaba Pedro en torno a su prima no llamaba demasiado la atención, y menos en los últimos tiempos en que Inés había dejado de acudir a fiestas y bailes, probablemente porque su matrimonio no atravesaba por los mejores

momentos, con el marqués de cacería semana tras semana. O quizá porque era cierto que, desde que se suicidara su hermana, Inés Silva no había levantado cabeza. Sea como fuera, pensó San Carlos, aquella relación, desde todo punto de vista imposible entre el duque de Osuna y su prima Inés, era algo que apenas se podía sacar como conversación con Pedro, que se replegaba arisco, como ahora, que se quita las botas con gesto reconcentrado.

—Por cierto— dijo San Carlos intentando encontrar un pasadizo que lo llevara por otros derroteros—. Supongo que conoces el argumento de la obra.

—¿De qué obra?

—De la del duque de Rivas, hombre, de la que vas a ver con tu primo. Nadie deja de hablar de ella y en el Café del Príncipe se ha filtrado ya el argumento...

Pedro lo miró interrogante y San Carlos se llevó una mano al cogote, para rascarse furiosamente.

—Trata de un misterioso indiano que enamora a una joven aristocrática, la hija del marqués de Calatrava, Leonor. Y este considera al indiano un vulgar aventurero. ¿No te suena la historia?

El duque de Osuna se quitó la camisa de batista finalmente, antes de acercarse al barreño dispuesto por Peñuelas en un rincón y sumergir allí la cabeza un par de segundos para sacudirla después con violencia, dejando que sus cabellos cayeran en flecos rubios sobre la espalda. San Carlos hizo lo mismo y ambos se miraron empapados.

—Ese tal Álvarez de Cobos y Encarnación, sí —admitió al fin, Osuna, sombríamente.

—Bueno, también podría ser la historia de mi padre, ¿no? —San Carlos soltó una carcajada rotunda y casi agresiva—. Un limeño en la Corte de Fernando.

Y era cierto, sí. Pero había algo en aquel peruano de aspecto pusilánime que no terminaba de gustarle a Pedro Osuna y que el duque de San Carlos había advertido. De hecho, en algún momento lo habían conversado mientras paseaban por el Salón del Prado, donde acudían con frecuencia. Y es que Encarnación Camarasa parecía haberse encaprichado de aquel americano del que nadie sabía nada a ciencia cierta pero que no dejaba de asistir a cuanta recepción ofrecieran los notables de Madrid, donde al parecer caía con mucha gracia. Tendrías que averiguar más acerca de él, Pedro, se dijo el duque y

empezó a pensar vagamente en que debería hablar con Lobo.

Una vez que se hubo marchado el Sastre, Candelas le hizo un gesto al Cuclillo y este se acercó con un nuevo porrón de vino y le dio lumbre para encender el cigarro. Los otros seguían en su partida de cartas, pero Antonio Cusó no se perdía palabra.

—Si quieres que me haga cargo, Luis... —dijo Cuclillo.

—No, no —Candelas chupó de su tabaco un par de veces—. Dejémoslo estar.

El Cuclillo se encogió de hombros, como si Candelas hubiera declinado que le espantase unas moscas de la mesa donde ahora bebía. Pero todos sabían que él no quería sangre en sus manos, que estaba estrictamente prohibido el uso de armas, salvo caso extremo, como el esgrimido por Paco Villena, aunque nadie se creyera que hubiese estado ni por un segundo en peligro. Todos sus atracos y robos eran elaboradas estrategias, picardías, engaños, realmente piezas maestras del latrocinio, se enorgulleció Luis Candelas quizá algo ablandado por el Valdepeñas. Y daban para mujeres, para vino, para juergas y comilonas, pero sobre todo para no tener que trabajar a las órdenes de nadie que no fuera él mismo. Pensó en sus padres, pensó en sus hermanos, y espantó aquellos recuerdos, ensombrecido. Pensó en Manuela, a quien abandonó en Zamora, harto de aquella vida monótona, ¿por qué cojones se tuvo que casar?, como harto antes en Santander y en Alicante. No, él no era como su familia, qué le iba a hacer. A él le gustaba su vida tal como venía dada. Aunque se metiera en toda clase de líos, sobre todo a causa de las mujeres.

Antonio Cusó y los otros decidieron finalmente acercarse a la mesa de Candelas y pidieron al tabernero que les trajera más queso y un poco de vino para remojarlo, Cuclillo.

—Ese Sastre es un animal que nos va a traer sólo desgracias, Luis —dijo Antonio, parpadeando a causa del humo—. Vamos a tener a la *pestañí* respirándonos en el cogote todo el tiempo.

—Cusó está en lo cierto —dijo Pablo Luengo, *el Mañas*—. Vamos a acabar todos en la horca por ese bestia asesino. Ayer estuve en la taberna del tío Macaco y no se hablaba de otra cosa. La policía ha puesto espías en todos lados y mejor será que no vayamos a donde Jerónimo Morco por un tiempo.

—Morco será amigo de Paco pero es un tipo leal y además mi cuñado — dijo Balseiro algo ofendido, porque no le gustaba que se hablara así de su gente.

—Igual yo no iría por ahora a esa taberna. —El gallego Mérida meneó la cabeza pesaroso—. Es donde tarde o temprano van a recalar en busca de Villena, porque tiene mal vino y se le va la lengua. Él sólo terminará inculpándose, ya lo verán.

Candelas chupo su cigarro pensativo, callado, sabedor de que todos esperaban alguna respuesta.

—Señores, me retiro. Mañana nos encontramos aquí a la misma hora y hablamos de este asunto porque ahora los ánimos están caldeados y eso no es bueno para tomar decisiones.

Nadie dijo ni una palabra mientras veían a Candelas ponerse el sombrero y salir de la taberna, como tampoco nadie se había atrevido a reprocharle nada en los últimos tiempos, pero era notoria la incomodidad entre los miembros de la banda. ¿Estaría perdiendo reflejos?, se dijo Antonio Cusó aceptando el vaso de vino que le puso delante el Cuculillo. Por si fuera poco, Luis desaparecía repentinamente y era como si se lo hubiera tragado la tierra. Ni siquiera Lola *la Naranjera* sabía nada de él y también se quedaba amoscada por esas idas y venidas de su amante, que tan pronto aparecía con dulces, zalamerías e invitaciones, como se quedaba tal que ahora, pensativo, ensombrecido y reconcentrado. Entonces era que se esfumaba.

Cusó y los demás también lo sabían, y aunque al principio lo atribuyeron a la tristeza por la muerte de su madre, a la necesidad de estar solo, con el tiempo esas bruscas deserciones los tenían a todos preocupados, porque parecía que descuidaba a la banda. Entonces cada uno tenía que buscarse la vida como mejor supiera, esperando el regreso de Candelas, su organización minuciosa, el plan asombroso e impecable para un siguiente atraco. Uno de las más recientes —dejando de lado esta chapuza del catalán, claro— fue en la tienda de Isidoro Romero. Candelas estuvo magistral disfrazado de obispo y fingiendo que era un bobo..., ¡qué sangre fría demostró ante las mismísimas narices de los alguaciles! Al final se tragaron el cuento y lo dejaron marchar cuando ellos, su hermano Ramón, Balseiro, Postigo y él mismo, que hizo de criado del obispo, ya estaban lejos.

El problema era que estos atracos eran cada vez más audaces, lo que las

primeras veces alegró a la banda, pues había más a repartir, pero poco a poco empezaron a temer las consecuencias. Una cosa era robar a un tendero o a un comerciante y otra asaltar la diligencia del embajador francés, nada menos. Cusó lo recordaba bien. Fue casi llegando a Olmedo. Ni un tiro, ni un grito. Extremadamente delicados. Excelencia, por favor, excelencia, deposite su reloj aquí, excelencia, tenga usted buenos días. Pero el embajador se quedó sin unos buenos napoleones y jurando en arameo. Esa misma noche, en la taberna de Traganiños, allí en la calle de los Leones, donde se citaron para festejar el atraco, Candelas tuvo el detalle de regalarle a Lola el elegante sombrero de la embajadora y ella se lo puso, se rió mucho, al final lo tiró a la calle y se quedó con las plumas del mismo para adornar un vestido.

Y mientras tanto la policía redobló la búsqueda, porque, según decían en los mentideros de la Villa, la reina Cristina abroncó de tal manera a don Nicolás Garelli que este estuvo a punto de presentar su dimisión como ministro de Gracia y Justicia. Casi se arma una crisis en el flamante gabinete de Martínez de la Rosa, que lo defendía a capa y espada. Razón suficiente para que los opositores a este, con Istúriz a la cabeza, aprovecharan para exigir la renuncia de ambos y acusaban pérfidamente a Garelli de jesuitón y timorato, de abogaducho sin pleitos y que había defendido el feudalismo... «Vaya follón has creado en el Gobierno, Candelas», le decía, entre admirativa y guasona, la Lola, que era amante de algunos políticos, razón por la cual ellos se enteraban de todo lo que ocurría en las Cortes.

Pero aquello fue el principio. Porque después vino ese robo espectacular y en solitario en casa de una marquesa, y luego en el palacio del duque de Gor. Nadie había tocado el tema porque la banda no exigía exclusividad de acción y durante los meses en que Candelas desaparecía algunos se iban con Francho *el Moro* para urdir pequeños robos y otros volvían a sus hurtos habituales, a sus oficios como bajamanos, cortabolsas o incluso almiforeros, que robar mulas no era tan peligroso y daba sus buenos cuartos, decía el gallego Mérida. Y a tomar viento, que cada cual con sus cosas era muy reservado. Por eso tampoco le preguntaban nada a Candelas, aunque sus robos últimos eran eso, espectaculares. Y al parecer actuaba solo. Pero Cusó y los otros lo habían conversado ya, al principio con cierta reticencia y después más abiertamente. Aquella vez estuvieron todos, menos el Sastre. Mariano Balseiro, aunque cabezota como siempre, terminó por entender que

no se trataba de una conspiración contra Candelas, sino de estar alerta por lo que pudiera ocurrir. A Luis lo respetaban por su arrojo, su elegancia y su gran inteligencia para planear golpes brillantes, que dejaban pingües ganancias para todos, pero últimamente esas deserciones, ese desapego a las cuestiones de la banda empezaban a poner en peligro no sólo la continuidad de esta, sino el cuello de todos. ¿Era o no era cierto?, preguntó Antonio Cusó aquella vez que se citaron en la taberna de La Paloma, allí en la calle Preciados. Y una vez más todos tuvieron que coincidir en que sí, que le tenían mucho respeto pero que así no podían seguir. Por eso acordaron que alguien se ocupara de seguir y espiar a Luis cuando desapareciera. Y de común acuerdo decidieron que fuera el propio Antonio Cusó quien se encargara de ello. Era el que mejores maneras tenía, el más elegantemente vestido, el que más desapercibido pasaba en esos ambientes en que todos sospechaban que se movía Luis cuando no estaba con ellos. Por eso Antonio Cusó había empezado a seguirlo. Candelas tenía un endiablado sexto sentido y parecía intuir que era espiado, de manera que no fue fácil, contó Antonio esa última noche en la taberna del Cuclillo, una vez que Paco *el Sastre* y después el propio Luis se hubiesen marchado, el uno maldiciendo, el otro pensativo. Todos escuchaban atentos mientras la llama que acercaba el guaperas a su cigarro le llenaba de luces y sombras el rostro.

—Y sí, hay una mujer —dijo Cusó haciendo unas volutas de humo—. Pero eso no tiene nada de raro, ya saben cómo se las gasta Luis en materia de féminas. Lo increíble es lo que os voy a contar. Y tenéis que perdonarme el que no lo haya hecho antes, pero mis razones tenía. Acercaos. ¡Cuclillo! Que nadie entre.

Gloucester Road, Londres, 1886

Como ya he dicho, durante aquella estancia en la Villa y Corte mis primos fueron extremadamente gentiles conmigo y me abrumaban con paseos, excursiones, fiestas y correrías sin fin, que me permitieron conocer de primera mano la vida opulenta y muelle de la aristocracia española. Asistíamos a bailes de un boato como no había visto hasta entonces y sólo se

me ocurría compararlo con lo que me contaban que eran las suntuosas fiestas londinenses, eventos sociales en los que yo hasta ese momento no había puesto pie. Pero también acudíamos por las tardes al llamado Salón del Prado, un paseo de coches donde se daban cita los elegantes de la Corte, y era todo un espectáculo ver aquel lánguido y garboso desfile de caballos de donosa figura, berlinas descubiertas, calesines de rojas ruedas, ocupadas por caballeros de sombreros de copa, botas de lustrosa piel, levitas y pañuelos de seda; de damas cuyos vestidos lujosos, joyas, aderezos y tocados deslumbraban a la gente común que se apostaba en los flancos para disfrutar con aquella increíble gala. Asistir al rumor de las charlas a media voz, contemplar las saluciones, los requiebros, el discreto galanteo, los abanicos, el pañuelo que caía de la lánguida mano de alguna señora y que algún elegante se apresuraba a recoger era sin duda una diversión para el pueblo, que asistía deslumbrado al paseo, tarde tras tarde, olvidándose un poco de la guerra y sus partes contradictorios —«¡Ha muerto Zumalacárregui!» «No, solo han herido al viejo tío Tomás, sigue dando batalla en el norte...»—. Allí, en el Salón del Prado, tan pronto cruzaba, orgulloso y erguido sobre su cabalgadura, todo un regimiento de dragones empenachados, como tan pronto se abría paso el landó oscuro y quejumbroso de algún ministro que desea observar sin ser observado...

La vida social de mis primos era pues realmente agitada: los miércoles, Pedro abría las puertas de su palacio a los amigos más íntimos para compartir mesa y mantel. En realidad, estas eran dos. Una, llamada «la cámara alta», donde se sentaba él, su gran amigo el duque de San Carlos, a quien todos conocían como Pepe Carvajal; su tío Pedro Téllez, príncipe de Anglona, famoso por su constante malhumor; el marqués de Cumbres Altas, sobrio y de gran bigote bruno; el sordo y envarado duque de Frías, cuyo arte, según el malicioso Ventura de la Vega, siempre consistió en disimular lo mucho que sabía; el chispeante conde de Puñonrostro; el conde de Toreno, y el gallardo Luis Fernández de Córdoba, que entretenía a todos con anécdotas galantes y lances de juego, y además nos mantenía al tanto de lo que sucedía en la lucha sin cuartel enrocada en el norte contra los facciosos. Los ajusticiamientos indiscriminados, las matanzas que sembraban los campos de cadáveres... Envalentonado por los triunfos en Salvatierra y Alegría, Zumalacárregui por fin rompió el cerco de la Ribera de Navarra, en la confluencia del Arga, el

Ega y el Aragón, atacando con crudeza guarniciones y villas. Aquello era un desastre...

En la mesa llamada «cámara baja», que presidía Mariano, nos sentábamos los más jóvenes: el duque de Parsent, el conde de Navarrés, el duque de Casasola y el hermano menor de Cumbres Altas, los alborotadores hijos de Anglona, Perico y Antonio Santiago, y otros cuyos nombres no me vienen ahora a la memoria. Luego nos servían el café y nos ofrecían cigarros y un licor de menta que mi primo Pedro mandaba traer expresamente de Constantinopla, y charlábamos allí mismo o acudíamos después a alguna de las muchas tertulias que se organizaban en los cafés de la capital.

Pero no sólo hice vida palaciega, pues mientras esperaba el llamado de Mr. Elliot para ir al norte en la misión diplomática de la que ya hablé, me interesaba mucho conocer el Madrid de la gente común, confundirme con el pueblo que deambulaba de aquí para allá por ese núcleo de la vida citadina que es la Puerta del Sol. Por allí desfilaban, en medio del retumbar de los coches y el griterío de ciegos y aguadores que pregonaban su mercancía, esportilleros que traían y llevaban sus encomiendas, comerciantes apurados, escolares alborotadores, señores de cigarro y levita que acudían al café, grupos de mujeres que paseaban del brazo riendo y que miraban con un desplante capaz de sacarle los colores a cualquiera; vendedores de periódicos, ociosos y políticos que acudían al llamado Mentidero de la Villa, una miriada de covachuelas situadas al principio de la calle Mayor, y beatas y devotos que visitaban la iglesia del Buen Suceso, muy querida por los madrileños por todo lo que representó cuando la invasión francesa de 1808. Yo tomaba nota de lo que veía y de vez en cuando hacía dibujos, rápidas composiciones de aquella riquísima fauna madrileña, ante la divertida mirada de Mariano, que no comprendía mi interés por todo ello y aguardaba en su tálburi color membrillo o condescendía a acompañarme un momento. Pero además tuve la inmensa fortuna de conocer la vida algo canalla y libertina de los poetas y dramaturgos que se reunían en el dédalo de cafés que atestaban las principales calles de Madrid, muchos de los cuales se encontraban muy cerca de la Puerta del Sol, como el famoso de Lorencini, donde se consumía una exquisita leche de almendras. No sólo a este. Asistíamos, y con cierta frecuencia, al Café de la Cruz de Malta, situado en la calle Alcalá, y a la Fontana de Oro, emplazado en la carrera de San Jerónimo. Este último

ocupaba los bajos de la posada del mismo nombre y de un gabinete de lectura cuyo dueño, Casimir Monnier, tiempo después lo compró, y creo que inmortalizó hace unos años un joven escritor de apellido Baldós o Galdós. También recorríamos algunos otros cafés muy famosos de aquel tiempo, como el del Ángel, la antigua Fonda de San Sebastián, cerca ya de la calle de Atocha, o el recién inaugurado Café de San Andrés en la calle de Barrionuevo, que introdujo la moda de agasajar con música a sus parroquianos, sin pagar por ello un real más. Este café era sin embargo tristemente recordado, pues el mismo día de su inauguración fue también uno de los más terribles que se sufriera en Madrid a causa de la epidemia del cólera, cuyos coletazos aún se vivían cuando yo llegué a la ciudad.

Asistíamos divertidos a la tertulia del Café Sólito, de cuyo rótulo Larra solía eliminar el esdrújulo... Pero sobre todo acudíamos a las del café llamado del Príncipe, que también era conocido como El Parnasillo, aunque no recuerdo si ya se llamaba así en la época en que lo frecuenté o adquirió ese nombre después, dada la importancia que cobraron muchos de sus tertulianos en los años siguientes, convertidos en escritores y dramaturgos de renombre. Este local quedaba en los bajos de la casa contigua al Teatro del Príncipe y de allí su nombre. Eran austeros y más bien sucios, pobremente iluminados y con toscas sillas incómodas, donde uno no dejaba de lagrimear a causa del humo de los cigarros —¡esa inveterada pasión española por el tabaco!—. Sin embargo eran inevitables puntos de reunión, ya digo, de escritores, músicos, poetas, políticos y personajes célebres que, en torno a una taza de café o un vaso de vino, se enzarzaban hasta muy tardías horas en discusiones sobre cualquier tema que acicateara la española costumbre de debatir a gritos. Allí, en esas tertulias, tuve oportunidad de conocer a un joven de mejillas pálidas y verbo finísimo, cuyas frases eran verdaderos estoques de inteligencia y rapidez. «Ventura de la Vega», me presentó Mariano, que gustaba más que Pedro de acudir a aquellas tertulias. El tal Vega, a quien todos llamaban Veguita, era un rioplatense llegado muy joven a Madrid y que aún conservaba cierto acento cantarín propio de la América española y que a mí se me hacía muchas veces difícil de entender. Este era muy amigo de otros dos calaveras, frecuentes en las fiestas de mi primo. Uno de ellos era Pepe Espronceda, a quien conocí en Londres, pues allí estuvo exiliado un tiempo. Cuando yo lo frecuenté en Madrid había sido echado de la Guardia Real por

culpa de unos versos indiscretos y batallaba con una obra que se iba a titular *Sancho Saldaña*, según recuerdo. Y venía roto por un amor imposible, con raptos de la amada incluido. El otro pisaverde era Patricio de Escosura, también exiliado tiempo atrás y cuya madre era inglesa, por lo que hablaba un inglés sin amaneramientos ni tropiezos. Fue más tarde amigo de Mariano porque ambos pelearían poco después bajo el mando de Luis Fernández de Córdova, el atildado general que compartía «cámara alta» con mi primo Pedro. Entre estos tres se llamaban, algo livianamente, miembros de la Partida del Trueno, de la que además me hicieron socio honorario en una ceremonia divertida y de aparatosos elementos masónicos que todos se tomaban medio en guasa, medio en serio, especialmente Romero Larrañaga y Santos Álvarez, vaya par... Y es que todos estos calaveras, en cuanto se bebían unos claretos rasposos, eran capaces de cualquier trapisonda, o de enredarse compitiendo en recitar latinajos y en hablar en endecasílabos, deslumbrando a quien les escuchara y antes de partir a cualquier tabernucha de Ramales o San Nicolás, donde encontraban siempre agradable compañía femenina. En alguna ocasión me tocó la suerte de unírmeles en aquellas correrías, donde aprendí más del carácter español que en cien volúmenes sobre el tema, y donde mi corazón joven quedó prendado de alguna de aquellas hoscas beldades con las que bebíamos y reíamos hasta que el alba pintaba una línea fría en el horizonte. Entonces volvía a palacio, exhausto y vencido por la extrañeza de observarme como si en realidad fuera otro.

Con aquellas mujeres descubrí el dulce placer del escarceo y el romance libertino al que eran tan proclives aquellos locos españoles, pero fue con una mujer en especial con quien conocí la maravillosa embriaguez del amor, ese golpe inesperado que remece nuestro corazón sin que sepamos cómo atajar tal embate. No falto a la verdad si digo que aquella mujer era poseedora de una belleza luminosa y fresca, pero también estaba premunida de una inteligencia sutil y seductora como el más coqueto de los requiebros femeninos.

Si recuerdo el Madrid de aquellos años tan breves como intensos es también porque ella está allí, invitándome a seguirla. Pero no quiero hablar de eso ahora. Por el momento resulta suficiente decir que la conocí en la carrera de caballos que mis primos organizaron en su finca de El Capricho. Baste decir eso por ahora. Estoy cansado y la melancolía no es buena consejera

para intentar poner en orden nuestros recuerdos más íntimos. Mejor seguir con el liviano inventario de los cafés madrileños, en especial el del Príncipe y su pulso disoluto, donde tanto conocí de la vida madrileña, pero sobre todo porque pronto aparecería en sus salones uno de los personajes más singulares que tuve en suerte frecuentar durante aquellos años. Era inglés, como yo, y llevaba poco tiempo en Madrid. Era alto, canoso, de piel sonrosada, casi de doncella. Y tendría un papel decisivo en esta historia que no ha llegado — ¡aún hoy, tantos años después!— a su punto final. La historia del collar de los Balbases y su terrible maldición.

Al principio Cusó tuvo que extremar cuidado para no ser descubierto por Candelas, que se abría paso entre la gente que arreglaba precios de jamones, hortalizas y otros productos a la puerta de las muchas posadas de la Cava Baja: La de las Ánimas, la de Vulcano, la del Pavo Real más allá, la de San Pedro, en la otra acera, la del León de Oro, justo enfrente, la de la Soledad... Cusó podría cruzar con los ojos cerrados por ahí sin equivocarse el emplazamiento de cada una de ellas, porque era del barrio de San Pedro y además había realizado algunos *trabajos* en muchas de estas, donde también se apostan los coches de colleras que saldrán muy temprano para San Martín de Valdeiglesias, El Pardo o Guadalajara, y que se cruzan con los que vienen cargados con maduros melocotones de Murcia y perfumadas naranjas valencianas. Hay un hedor a excremento fresco de caballo, a alfalfa recién rumiada y a col hervida, al esparto de las cordelerías y demás negocios que florecen en torno a las posadas y que le dan a la calle una actividad febril hasta el caer de la tarde y un poco más, pese a que no es de las arterias que se han beneficiado del reciente alumbrado de gas, como Montera, Mayor o la carrera de San Jerónimo, de manera que cada vecino mantiene su farol cuidando de que esté bien provisto de parafina, y así, los pocos que se han ido encendiendo doran con un resplandor fantasmagórico la larga y sinuosa calle donde vibra el rasgueo melancólico de una vihuela.

Candelas alcanza el barrizal de la plazuela de Puerta Cerrada y cruza por Latoneros, donde algunos manolos conversan en grupos o toman unos claretos en las innumerables fondas que respuntan la corta calle, seguramente hablando del cólera y los muertos que aún se recogen día sí y día no. Cusó lo sigue a unos cincuenta pasos de distancia y, en un momento en que Luis se ha

dado la vuelta justo al llegar a la calle Toledo, como presintiendo que lo seguían, Antonio ha tenido tiempo a duras penas de girarse bruscamente. Sacando eslabón y piedra, ha empezado a echar chispas para encender la tagarnina que tenía entre los labios. Lo hace vuelto contra un rincón de la calle, como si le molestara el inexistente viento. Pasados unos segundos y sin perder de vista a Candelas, se hundió la parpusa hasta las orejas, procurando que la viserilla le cubriera los ojos y siguió detrás de Luis, que parecía tener prisa porque alcanzó en un santiamén la plaza Mayor y la cruzó cuando empezaban a cernirse las primeras oscuridades de la noche. Aquí y allá, los faroleros se acercan a faroles y candelabros para encenderlos y arrojar un poco de luz en las inmediaciones de Sol y hasta la carrera de San Jerónimo. Pero Candelas cruza sin distracciones la plaza y se mete en el callejón del Infierno, donde tiene su covachuela el perista que reduce las joyas y objetos de valor que de vez en cuando le llevan allí los de la bribia madrileña. Abraham Toledano tiene ojillos pequeños y cejas hirsutas, arrastra con pesadez esa suerte de coturnos que calza día y noche, y resulta remolón y quejica. Siempre regatea con tozudez y celo hasta el último maravedí, de manera que uno termina por claudicar a los precios que ofrece porque el otro alega siempre que corre muchos riesgos y que colocar la joya nuevamente en el mercado es labor peligrosa y difícil. «Un ladrón, eso es lo que es», se indignan todos, cosa que a Cusó le produce cierta gracia, pero terminan aceptando las condiciones del perista luego de un arduo batallar. Por eso en esta ocasión, semioculto por las sombras del callejón maloliente, Cusó advirtió intrigado que Candelas apenas intercambiara unas palabras con Toledano y se marchase de ahí, nuevamente con prisa. Salió hacia Platerías, densa a esas horas de carruajes que iban rumbo a Sol, y desde allí bajó por la plazuela de la Caza hasta la calle de las Fuentes, dejando atrás la Puerta de Guadalajara y las discretas mancebías y comercios que completan esta arteria empinada que desemboca en Arenal. Cusó está cada vez más confuso porque esa no suele ser la zona por donde habitualmente se mueve Candelas, acostumbrado al rotundo color de Lavapiés, de donde es él, aunque como todos haya correteado de chaval por Las Vistillas. Las dos primeras veces que lo siguió fue precisamente por las calles de Lavapiés. Iba de pindongueo. Una noche se estuvo donde el tío Macaco hasta muy entrada la madrugada y de allí salió dando traspiés y bien agarrado de una moza que cloqueaba feliz con la mano de Candelas metida entre sus enaguas. Ambos desaparecieron en una

casa de vecinos en la cercana calle del Oso. Antonio decidió que allí se acababa la pesquisa. Todo parecía normal.

Al día siguiente más de lo mismo, aunque en esta ocasión fue en el Café de la Alegría, donde unos gitanos tenían armada una juerga a lo grande, con baile, palmas, zapateo, guitarras y mucho Valdepeñas. Lo único extraño para Cusó, que se había quedado remolonamente en la puerta de la fonda, era la incongruente figura de un tipo alto y a todas luces extranjero, de cabellos blancos y piel sonrosada y tersa, como de doncella, que conversaba con los gitanos tal si fuera amigo de ellos de toda la vida. Antonio vio cómo uno de estos presentaba al forastero a Luis, y que de inmediato parecieron entenderse en una charla animada. Pero aquella noche no pasó más que la juerga siguió su curso natural y excesivo hasta muy tarde. A eso de la una, Candelas salió de allí con una gitanilla de cabellos renegridos y ojos como ascuas. No tendría ni dieciséis años. «A ver si los primos le van a dar *mulé*», pensó Antonio, constatando que llevaba la navaja cabriterera en el fajín. Pero no ocurrió nada, excepto que la parejita se restregó contra un muro y luego, a tropezones, ambos entraron a una casa muy cerca de allí, en la calle de la Ternera, a pocos metros de donde vivió el gran Daoíz, por el que Cusó, que se declaraba feota —es decir, ferviente fernandino—, siempre sintió una gran admiración. Pero aparte de ese dato más bien de orden íntimo, se dijo Antonio maldiciendo la hora y la rasca de la madrugada, nada de nada. A eso de las cinco decidió que mejor se marchaba. Y a Candelas y a la banda que les dieran.

—Con perdón, pero eso fue lo que pensé en ese momento...

—Tú sigue —dijo Mariano Balseiro bebiendo un buche de vino.

Y más o menos lo mismo las siguientes veces, hasta el aburrimiento. Luis se dedicaba a gastar a espuertas en comilonas, en vino y mozas guapas, como siempre, pero ahora parecía completamente olvidado de la banda y de las reuniones en la taberna del Cuclillo, donde Manolilla suspiraba por sus huesos lo mismo que Lola, que se pasaba por ahí como quien no quería la cosa y se iba refunfuñando. Incluso la mujer del Sastre, la Josefa, que ya no podía disimular el interés que le despertaba Luis, preguntaba a cada momento por él, aprovechando que su marido también había desaparecido. Y ellos, los Cusó, Leandro Postigo, el Mañas, el gallego Mérida, Balseiro, preocupados porque se acababa el dinero y necesitaban de los planes brillantes de

Candelas para llenar la bolsa de duros. Porque Luis, aparte de ser un tomador del dos de los más finos que Cusó hubiera conocido —metía sus dos dedos como una pinza en la bolsa del despistado de turno, que resultaba una maravilla verlo—, era listo como el hambre y planificaba sus golpes con intrepidez pero sobre todo con una astucia y una sangre fría que todos ellos no podían más que quedarse boquiabiertos. Además era un tipo de buenas maneras y hasta elegante, y las mujeres de cualquier edad se lo rifaban. Por eso Antonio, secretamente, lo imitaba, y cuando había dinero también se encargaba los trajes donde el maestro Borrel o el sastre Utrilla —que tenía su tienda en la carrera de San Jerónimo, esquina Ancha de los Peligros, y pasaba por la mejorcita de Madrid— y le copiaba un poco los ademanes y la manera de fumar y el gusto por ciertos licores. ¿Y esos golpes en solitario de los que ni siquiera quería hablar? Una maravilla, había que reconocerlo, aunque otros desconfiaran: aquel no era Luis, no señor. ¿A santo de qué dejar un guante negro? Vale, pero entonces ¿quién? ¿Algún listillo que iba por libre?, ¡bah!

Ahora Candelas, luego de cruzar la larga, enojosa y oscura Jacometrezo, ha ganado la calle de Tudescos, a cuyas espaldas se abre el callejón del mismo nombre y que tiene tanto que ver con la calle como el día respecto a la noche, pese a estar comunicadas. Mientras que la primera es pacífica vía vecinal, con edificios de balconadas donde revientan geranios y otras flores, amén de boticas surtidas que frecuentan los elegantes, el segundo es un escupidero hediondo en cuyos recovecos se apostan individuos de recia catadura, peligrosos ladrones y sollastres de todo pelaje esperando a algún incauto. También ramonean por allí prostitutas borrachas que son como los saldos de las reales hembras que se pasean por la calle de la Cueva, y que espantan entre tumbos a los chiquillos que las atormentan. Se ofrecen por unas pocas monedas a los viandantes que se aventuran por allí. Luis Candelas entra por el callejón. ¿A buscar prostitutas? Imposible, Luis no se gastaría ni un maravedí con aquellos deshechos. Y efectivamente, Candelas no hace caso del paisanaje y cruza hasta alcanzar la calle de la Justa, casi esquina con el cementerio de la Buena Dicha, y entra en un edificio angosto, de fachada lóbrega, al que se accede por una puertecilla o postigo impregnado de óxido y suciedad. Cusó lo sigue cauteloso hasta el rellano, escucha sus pisadas, el accionar enmohecido de una llave. Luego baja y se aposta en la esquina donde enciende otro cigarrito y escucha las campanadas del convento de

Portacoeli de los clérigos menores, en la cercana calle del Desengaño, dando las ocho, y él se cercioró consultando su hermoso reloj de oro. Hoy ha decidido esperar lo que haga falta porque le intriga esta innovación en la rutina golfa de Candelas y, sobre todo, porque no ha ido ni una sola vez a su casa de Lavapiés, pero en cambio en esta ha entrado con familiaridad, de manera que todo resulta bastante extraño. Si Candelas lo descubre, y en varias ocasiones ha estado a punto de ocurrir, se va a la puñeta todo. Incluso peligraría su buena relación personal con él. Ambos se respetan y aunque no son lo que se dice amigos, pues Candelas no lo es de nadie, sí que comparten un entendimiento cordial con gestos que se acercan a lo que otros llaman amistad. Pero Cusó siente por Candelas sobre todo admiración. Aún recuerda, y cuenta a todo aquel que quiera oírlo, la vez que conoció a Luis. ¡Qué grande!, piensa, cada vez que le viene a la memoria aquel episodio.

El antiguo reloj de pared de la antecámara dejó caer las once. Osuna encendió uno de sus cigarrillos egipcios con la pavesa que le alcanzó el maestro Peñuelas antes de irse a dormir y miró la brasa diminuta que entraba en lenta combustión. Luego se dirigió a la cámara contigua al comedor, donde un criado dispuso un candelabro y, junto a este, la botella de curasao. El brillo azul e intenso del licor destelló momentáneamente a la luz de la vela, como una pincelada rabiosa y repentina en la oscuridad. Cogió el candelabro y lo levantó a la altura de sus ojos para contemplar el cuadro de Velázquez: La noble dignidad del vencido, que se inclina para entregar las llaves de la ciudad al bravo general Ambrosio Spínola. Este acepta con una sonrisa amable, sin la torpe soberbia de otros militares, el gesto de su contendiente en aquella batalla de la que solo sabemos porque Velázquez ofrece, con su rotundo trazo, un humeante fondo. A la izquierda, los flamencos. A la derecha, los españoles. Es, sin duda alguna, un cuadro singular, no sólo por la potencia y la maestría de la mano de Velázquez, sino por ese gesto inusual que dota a toda la escena de una civilidad inverosímil. Hay en el ademán del general Ambrosio Spínola, el primer marqués de los Balbases, una benevolencia que parece llenar la composición de una extraña paz que, sin embargo, en su propia biografía resulta imposible de encontrar. Es quien tiene la primera perla que pondrá en aquel collar que, generación tras generación, adornará el cuello de las sucesivas marquesas de los

Balbases. Un collar excepcional, con una historia aciaga, sin duda. Desde entonces, desde que lo vio por primera y única vez brillando en el fresco y frutal escote de Inés, al duque no ha dejado de hipnotizarle su sombría leyenda, bien es cierto que por pocos conocida en profundidad. Más le hubiera valido a él, piensa Osuna, no intentar averiguar nada sobre la joya, porque sus investigaciones y lecturas han contaminado mortalmente todo lo que se refiere a su prima y a él mismo.

La primera vez que Inés se lo puso fue en su boda con Nicolás Osorio, pues siendo este como era vii marqués de los Balbases, le correspondía a su mujer llevarlo. Eso dictaba la tradición impuesta por Ambrosio Spínola desde fines del siglo xvi. ¿Sabría Nicolás de aquella nefasta suerte que se decía lastraba el bello collar?, ¿creería en la maldición? Quizá no. Quizá la conocía, pero siendo como era, un hombre descreído y suspicaz, apenas le habría hecho caso. Pero desde que ocurriera lo de su joven cuñada, Joaquina Francisca, poco antes de la boda, le resultaría imposible sustraerse a pensar en aquella leyenda. ¿Por qué no se pospuso el enlace? Rumoreaban que Inés incluso quiso anular la boda, sepultarse para siempre en un convento, huir del mundo y de su enajenación, pero que sus padres le suplicaron, la intentaron convencer, la obligaron, por último, a que entrara en razón. Todos estaban consternados por el dolor, pero la vida debía seguir su curso inexorable y ella estaba destinada a ser la marquesa de Alcañices y los Balbases. La muerte de su hermana fue un zarpazo que pareció arrancar el corazón de la desgraciada Inés, se dijo el duque contemplado el cuadro de Velázquez, sirviéndose una copita de curasao, pensativo.

Aquello fue un golpe terrible, por inesperado y artero, y desde entonces la bella marquesa sufría frecuentes ataques de bilis negra que le podían durar semanas y hasta meses sin que nadie lograra paliar su desfallecimiento, rescatarla del mutismo lánguido que afiebraba su rostro y entristecía sus ojos, enrojecidos siempre de tanto llorar. Ni siquiera el marqués, que en un principio se volcó con su joven esposa y mandó traer médicos, sangradores, sacerdotes y ordenó misas y rogativas e hizo cuanto estaba en su mano para salvarla de las miasmas de la tristeza y que ahora, hastiado ya de todo aquello, parecía descuidarla cada vez más. Vaya amor el que le profesa, pensó Osuna sin poder evitar un rictus y mirando su vaso, como si en lugar de curasao fuera acíbar lo que estuviera bebiendo. ¡Vaya amor más endeble y

superficial! Él, por el contrario, se hubiera entregado por completo a paliar la desdicha de su amada, no habría cedido jamás al desánimo que doblegó tan rápidamente a Osorio pues a los pocos meses de la boda, nada más regresar de su viaje a Italia, y viendo que ni médicos, sangradores o beatas podían disipar la melancolía de Inés, pronto se desentendió de ella. Emprendía entonces largas excursiones de montería por sus extensas y feraces tierras toledanas, y no era extraño ver a Inés, las pocas veces en que se animaba a salir del palacio de la calle Alcalá, mustia, pálida, con unas ojeras violáceas. El mismo rostro demacrado y ceniciento que el de su tía Isabel, quien la acompañaba como una sombra a todos lados. Las dos muy envaradas, como un par de religiosas renacentistas, de negro, zangoloteando en el carruaje que usaban para sus escasos desplazamientos por la ciudad. Más que una sombra, la tía Isabel rondaba a Inés con la fidelidad sin indulgencias de un fiel mastín, un perro merinero que endurecía el gesto si algún hombre se le acercaba más de lo debido. Ni siquiera él, como primo de Inés, parecía poder escalar esa muralla de silencios y desplantes con que defendía la tía a su sobrina, como si hubiese querido resguardarla de cualquier nuevo dolor.

Aún así, la vehemente obstinación del duque le permitió encontrar la manera de acercarse, rondarla, hacerse el encontradizo en el Paseo del Prado donde, quizá aprovechando la proximidad de su palacio, Inés solía dejarse ver en un discreto calesín muy de tarde en tarde. Probablemente porque era algunos años más joven que ella, Inés lo aceptó sin recelo. En aquellos paseos, recordaba Osuna, su prima parecía, más que una recién casada, una joven y atribulada viuda. Su rostro fino y esmerilado por la angustia irradiaba un halo de tristeza y melancolía que atraía a los hombres como un enjambre de abejorros es atraído en torno a una flor. Sabedores todos en la Corte que el marqués de Alcañices y los Balbases dejaba largas temporadas a su bella mujer en la más completa soledad —rodeada de un ejército de criados y doncellas, claro está—, apenas acompañada de su tía Isabel, se le acercaban con galanterías y requiebros, con insinuaciones y piropos que a veces rayaban el mal gusto.

Osuna, no. Osuna, más joven que todos ellos pero sin duda más astuto, esperó con vigilante paciencia, aunque ardiera por dentro cada vez que la veía en su calesín negro y de ruedas rojas cruzando por el Prado como una silueta enigmática: un sobresalto del corazón, una tensión inmediata, Pedro. Así era,

así es aún, se dice el duque bebiendo un largo y ardiente trago de su copa. Entonces se acercaba amistoso, prima querida, y colocaba su caballo para trotar garbosamente al lado del calesín descubierto. Él con sombrero de copa, frac de botonadura plateada y pantalón gris; ella no de luto, pero casi: ya había transcurrido un par de años desde la muerte de Joaquina Francisca. Intercambiaban al principio algunas frases livianas, como trazadas por la mano limpia de la cordialidad. Luego los comentarios se volvieron más amables y distendidos, como si Osuna fuera un emisario de esa vida bulliciosa que Inés se negaba. Bailes, fiestas, amistades comunes, el esbozo de la campaña en el norte, las obras y recitales más recientes, ¡No podía perderse *Los hijos de Eduardo*, que Bretón había traducido del francés! La estrenaban en el Príncipe. Y también le comentaba, cómo no, las novedades que se podían encontrar en la librería de M. Monnier, o en la de Boix, tan bien surtida esta última como la primera. Un día le dejó un volumen de poesía que Inés agradeció con una sonrisa tan hermosa que parecía recién inventada. Sin embargo, el duque nunca se permitió el desatino de tensar más aquella frágil cuerda. Luego de unos minutos de charla se descubría con cortés desenfado, saludaba a la tía Isabel y se marchaba por donde había venido, como si su galantería tuviera un punto de obligación hidalga, la indispensable atención de un pariente que se acerca a saludar al familiar afligido. Así ocurrió durante algunos meses, Pedro, sin saber qué más debías hacer, por dónde seguir tejiendo esa frágil telaraña en torno a Inés.

Una tarde, sin embargo, se abrió el cielo para Osuna, pues sorprendió el calesín lejos de su recorrido habitual, casi extraviado en las inmediaciones del Manzanares, cruzando por aquel canal que discurre unas cuantas leguas junto al río y que, empezado por Carlos III, sigue a día de hoy sin concluirse. Pese a ello —o quizá por eso mismo...—, rodeado de árboles y visitado por una fresca brisa, es uno de los más amenos y recoletos paseos de la ciudad. El duque compró unas naranjas a una joven vendedora apostada cerca, trotó hasta alcanzar el calesín y cuando estuvo a su lado pudo advertir la luz de la complacencia iluminando los ojos de Inés. Ofreció la fruta, que su prima aceptó con deleite infantil, y cuando este le propuso, como quien hace una trivial observación sobre el tiempo, si le apetecía caminar por entre el sendero de hojas crepitantes que el otoño había dejado, como una elegante alfombra rojiza y ocre, la marquesa no se lo pensó mucho. El semblante tenso de la tía

Isabel parecía una máscara cuando Inés le rogó que siguiese en el calesín, por favor, que ella pasearía un poco con su primo Pedro. Y enroscó su brazo en el brazo fuerte del duque. A partir de ese momento sus encuentros fueron menos espaciados y también menos casuales. Osuna se cuidó mucho de manifestarle su amor ni espantarla con alguna insinuación o galantería que traspasara los límites frágiles de esa amistad naciente. Se ceñían a hablar de familiares y conocidos, de lo agradable que resultaba aquel paseo —pues desde ese primer encuentro tácitamente lo eligieron como lugar de sus citas vespertinas—, de las fiestas a las que acudía Osuna y cuyos detalles él sabía salpimentar de pullas ligeras a tal o cual personaje, observaciones ingeniosas, anécdotas y festejos encendidos que parecían entretener a una cada vez menos triste Inés. Una de esas tardes, la marquesa, colgada como siempre fraternalmente de su brazo, preguntó si acaso él estaba enamorado ya de algunas de esas bellas jóvenes que acudían a aquellas fiestas al parecer tan divertidas. Y en sus ojos claros Osuna descubrió el relámpago de cierta coquetería. Entonces enmudeció un momento como contrariado por una impertinencia y antes de que Inés empezara a ensayar una disculpa se volvió a ella y le dijo que sí, los ojos clavados en la boca dulce de su prima. «Estoy enamorado de una mujer, pero no creo que me corresponda», sonó su voz súbitamente enronquecida. «¿Cómo así? ¿Quién es esa niña tonta que no sabe ver las virtudes de mi primo?», alcanzó a decir ella antes de que Osuna, sin ser muy dueño de sus actos murmurara: «Eres tú». Luego puso dos dedos en la barbilla femenina y la besó. Estaban a un escaso centenar de varas del calesín y Osuna ciñó por la cintura a su sorprendida prima para esconderse detrás de un árbol donde ella le devolvió los besos con inesperada urgencia. Sí, así fue, Pedro...

El duque volvió a llenar su copa. Sintió la ignición del licor en su pecho. Las velas del candelabro parecían incendiar de dorados el cuadro de Velázquez cuyo paisaje ahora se le antojaba el mismo campo humeante donde Inés rindió el corazón a sus requerimientos. Momentáneamente. Porque al instante se zafó con brusquedad, apártate, por favor, Pedro, y se encaminó apresurada y con ojos alucinados hacia donde aguardaba su tía. Pasaron varias semanas o quizá un mes —los árboles ya estaban pelados del todo, corría un viento frío y desalentador— antes de que el duque la volviera a ver en aquel paseo. Él cabalgaba con San Carlos y otros amigos comentando los acontecimientos de la guerra cuando divisó el calesín. En

contra de lo que temía —toda su estrategia enamorada sobrevenida por una imprudencia—, su prima Inés agitó con alegría una mano liviana al divisarlo. Osuna se acercó confundido al carruaje para saludarla. «Mi tía Isabel y yo nos preguntábamos qué sería de ti, querido Pedro», dijo ella con la naricilla enrojecida por el frío. Osuna carraspeó, saludó a ambas mujeres e invitó a caminar a su prima. Antes de bajar, la tía Isabel le dio un mantón y sus guantes de cabritilla color verde musgo. «Ya tenemos el invierno encima, Inés, abrígate», le dijo con su voz sombría, como si en lugar del tiempo anunciara una desgracia.

Inés bajó pues del calesín arrebujaada en aquel mantón oscuro y con los guantes en una mano. Caminaron un momento comentando trivialidades, como si nada hubiera pasado entre ellos, hasta que el calesín se adelantó un centenar de varas. Entonces el duque quiso besarla nuevamente, pero Inés le puso una alarmada mano en los labios y lo miró con una tristeza profunda. Esta vez fue ella quien lo llevó al resguardo de un árbol, quizá el mismo de aquella primera vez. «Sabes que es imposible, mi amado Pedro —susurró—. Es del todo imposible. Sólo quería decirte que tu dulzura, tu caballerosidad y tu amor me han confortado durante estos últimos meses como nada ni nadie lo había hecho antes y no quisiera que eso, que es lo más preciado que tengo, se disolviera por un malentendido...» «Mi amor no es un malentendido», protestó Osuna, ofuscado, tratando de retenerla de las manos para que ella lo escuchara, para que lo dejara explicarse. Inés negó despacio con la cabeza y acarició la mejilla del duque, como quien consuela a un afligido. «Mi dulce primo», murmuró. Si quería que se volvieran a ver, por favor, que no insistiera, dijo. Y se zafó del apremio de Osuna que, perdido ya el control, quiso retenerla a su lado. Vio como Inés se alejaba por el sendero seco y áspero hasta el calesín donde esperaba su tía, seguramente al tanto de todo. Tardó un momento en darse cuenta de que se había quedado con uno de los guantes. Miró las iniciales como si allí pudiese hallar una clave. *I. S. B.*

Es el guante que aún conserva como una reliquia y que se le antoja un poco una burla o un fatal aviso de que su relación con Inés no tiene ningún futuro. Desde entonces, la marquesa se hacía la escurridiza.

En el reloj de la antecámara tañeron doce campanadas y el duque apuró su copa. Sabe que más tarde o más temprano deberá devolver el cuadro al Museo del Prado. No, no era una copia como le había dicho a Henry. Era el

original. La copia, gracias a una brillante estrategia suya, había quedado en la pared que le correspondía desde que lo llevaran del Palacio Real en 1819. El duque de Híjar, actual director del museo, no parecía más perspicaz que su antecesor en el cargo para descubrir el cambiazo. Era cierto que la réplica no desmerecía en nada, a simple vista. ¿Pero de qué le sirve a él tener aquel lienzo barroco adornando una pared a donde acude casi siempre en soledad y sombríamente?

CAPÍTULO V

Gloucester Road, Londres, 1886

De todos los cafés que frecuenté por aquellos años, mi preferido fue sin duda aquel llamado del Príncipe, donde bebíamos vino o chocolate en trebejos de cristal o lozas desportilladas. Recuerdo que debajo del hueco de la escalera estaba el mostrador y dos mesitas, casi siempre ocupadas por diplomáticos o señores de cierta gravedad. Poco a poco iban llegando —y cito de memoria— conspicuos noctámbulos como el dramaturgo don José María Carnerero y el escritor Mesonero Romanos, a quien los del Trueno solían tomarle el pelo casi siempre y al que al final aceptaron como un miembro más de la partida; el empresario teatral Grimaldi; el atormentado e infatigable Larra, que por ese entonces se disponía a marchar a Portugal y quien se pegaría un tiro un par de años después a causa de un amor contrariado; el tuerto Bretón de los Herreros, dramaturgo y poeta y que por esas fechas estaba enemistado a muerte con el primero; un delgadísimo y pálido joven vallisoletano que había huido del hogar paterno y acababa de instalarse en Madrid, donde pasaba muchas privaciones por ese entonces, de nombre Pepe Zorrilla; el caraqueño Ros de Olano, y su íntimo amigo Espronceda, quienes por ese entonces estrenaron *Ni el tío ni el sobrino*, una obrilla muy divertida. Espronceda, probablemente el mejor y más completo poeta de todos ellos, muchos de los cuales se batirían en la infausta guerra contra los facciosos. Entre estos, el malagueño Serafín Estévanez, que además pelearía bravamente con el general Zarco del Valle y por eso mismo fue nombrado auditor de guerra. Buen poeta, afirmaban quienes lo habían leído, aunque excesivamente relamido, según el enfermizo Romero de Larrañaga (de quien, a su vez, Estévanez explicaba con cierta maledicencia

que era un regular imitador de Pepe Espronceda), que acudía por aquel café con sus papelotes y contaba fatigado, a quien tuviese ganas de escucharlo, sobre los pesares de su trabajo como oficial de la Biblioteca Nacional. También aparecía por allí un abogado joven y apuesto, que poseía una deslumbrante memoria, de nombre Salustiano Olózaga, famoso ya por sus alegatos forenses y por la brillante defensa que había hecho unos años atrás de un albañil inclusero condenado por robar dos libras de tocino. De este elegante jurista sabría más adelante muchas cosas, incluso alguna que hubiese preferido no conocer...

Y también frecuentaba aquella tertulia el pintor Federico Madrazo, al que vi por primera vez allí, bebiendo un café algo apartado de los demás, y con quien cultivé una amistad que dura hasta hoy, lo mismo que con la bella María Buschental, hermosísima joven que causó conmoción en el Madrid de aquellos años y con quien me mantengo unido a través de las esporádicas cartas que nos escribimos. En ellas nos confiamos las cuitas de nuestras respectivas vejeces, la mía sin lugar a dudas más estragada e indigna, a tenor de lo que me cuentan, que María sigue siendo una bella mujer a pesar de los muchos infortunios que le tocara vivir desde el fallecimiento de su marido. Pero allí sigue, inteligente e incombustible, animosa y leal, como lo fue conmigo en un lance del que oportunamente daré cuenta...

De manera que mis días en Madrid no tenían descanso, pues a estas actividades sociales había que sumar las excursiones a El Capricho, la finca familiar situada a pocas leguas de Madrid donde, al poco tiempo de instalarme con ellos, mis parientes organizaron una carrera de caballos, algo al parecer nunca visto en España, competición de la que aún hoy en día parece que se habla, nimbada su narración por una aura de leyenda. Resultó sin duda alguna un espectáculo memorable. Los más eximios jinetes fueron convocados en la impresionante finca de los Osuna, donde se había dispuesto un circuito jaloneado por banderines negroamarillos que flameaban al socaire del viento arisco de esa mañana. Entre aquellos deportivos contendientes se contaban, además de Mariano y Pedro, el joven y espigado duque de Casasola y su hermano, el de Cumbres Altas. Algo afectados, de patillones negros y bigotillos de moco, como se estilaba entonces, ambos hermanos eran también afectuosos amigos de mis primos, elegantes y un punto calaveras, que amaban los caballos con la pasión sin rodeos de quien ha crecido con

ellos. Conversaban bebiendo un humeante chocolate, un poco separados del resto de los contrincantes.

Más allá, haciendo caracolear orgullosos a sus caballos, los hijos del príncipe de Anglona, Antonio y Perico Santiago, a quienes, como ya he mencionado, yo conocía de las opíparas comidas de los miércoles en casa de mis primos. Al poco tiempo, y como sabedor de la expectativa que causaría su presencia, apareció, sobre un corcel de estampa rotunda, el duque de San Carlos, Pepe Carvajal. Iba vestido con un atuendo que casi era un uniforme, de no ser por los pantalones estrechos, color azul, y las botas altas de húsar que espejeaban bajo el frío sol de la mañana. Estos y otros nobles, que paseaban con sus caballos sujetos de las bridas por unos pajes, pronto fueron reunidos por el maestro Peñuelas, que daba indicaciones sobre las características de aquella prueba de velocidad al más puro «estilo inglés». Se trataba, pues, por lo que pude colegir acercándome junto con los otros invitados, de una verdadera *flat racing* como las famosas de Ascot Heath, que se celebran desde hace más de un siglo y medio en nuestra bien amada Inglaterra. Como digo, la tal competición había convocado, además de a los participantes, que ya habían reconocido el terreno en otras ocasiones, a una gran cantidad de curiosos que no querían perderse por nada del mundo la extraña prueba hípica y que habían asistido al evento como quien acude a una bulliciosa y alegre verbena. Sabedores de ello, mis primos dispusieron de un pequeño retén de criados que iban y venían con sus bien provistas bandejas, a cuyo calor se agolpaban los más hambrientos a beber caldo o comer bizcotelas de Mendaro, estranquinos de crema a la *chantilly* y otras delicadezas que no había probado hasta entonces. Yo vagaba de aquí para allá, curioseando cada detalle de aquella suerte de gala de la nobleza española, tan jubilosa y gritona como nunca se ha visto en la Inglaterra y, si bien al principio aquel desenfado fosco y verbenero me chocó un poco, pronto me hube integrado en corrillos y charlas animadas donde era recibido con grandes muestras de regocijo por parte de los caballeros y miradas furtivas y coquetas por parte de las señoras. A algunos de ellos ya los conocía, claro, de los tumultuosos convites en el palacio de Leganitos y de mis incursiones por los cafés madrileños, pero con respecto a los que no había sido aún presentado, resultaba imposible sustraerse de su curiosidad, pues de inmediato preguntaban por mi persona y mis relaciones. Y al saber

que estaba emparentado con los Osuna nadie, y eso puedo jurarlo, disimulaba su asombro, aquiescencia o beneplácito. Entre envanecido y agotado, en algún momento me retiré un poco, para merodear a mis anchas y en soledad descubriendo las fascinantes tipologías matritenses, la hidalguía de los caballeros, la compostura de las mujeres, ocultas bajo sus abanicos, desde donde vigilaban con esos ojos moriscos de los que resultaba difícil no enamorarse. Me fijaba también en el nervioso y envarado movimiento de los participantes en la carrera, que iban de un lado a otro, contagiando con su excitación a los caballos que, llevados de las bridas por los pajes, pifiaban y temblaban, los músculos perfectamente marcados bajo las pieles lustrosas.

Entre aquellos *riders* españoles me llamó de pronto la atención uno en especial. Era algo mayor que los demás, de mostachos bien cuidados, cabellos grises y abundantes, que hizo su aparición un poco tarde. Más incluso que el efectista Pepe Carvajal. Este hombre, a quien como explico yo jamás había visto antes, hizo su ingreso a la finca trotando despacio y muy erguido sobre un magnífico lipizzano de cuello largo y musculoso y bello pelaje color ceniza. El tal caballero se fue acercando a los demás con graves inclinaciones de cabeza a un lado y a otro. Y juraría que ese sólo gesto, su porte, las maneras tan resueltas de que hacía gala, obraron el efecto de acallar poco a poco el jolgorio y las voces, las risas. Como si en lugar de un simple participante más de aquella festiva carrera fuese un general que pasa revista a sus tropas ante la inminencia de una batalla decisiva. Había algo amedrentador en la forma en que fruncía el ceño sin mirar a nadie, como cautivo de una decisión terrible que demandaba ser tomada sin dilaciones y hacia la que se encaminaba mientras los demás le abrían paso, respetuosamente.

Se detuvo al fin. Lo hizo a pocos pasos de donde se encontraba mi primo Pedro, como si lo hubiera estado buscando, como si él fuera la respuesta a su grave demanda. Y quedaron entrambos mirándose unos segundos en silencio, mientras yo seguía la escena extrañado y vagamente inquieto. En realidad, todos contemplaban el cuadro sin decir palabra. Incluso los criados parecieron detener su afanoso ir y venir con bandejas y botellas, sin atreverse siquiera a respirar. Entonces Pedro hizo caracolear a *Capitán*, su negro corcel árabe, muy cerca de su adversario. Como exhibiendo su apostura y poderío. *La invulnerable fortaleza de la juventud*, pensé, ya no recuerdo si en ese

momento o muchos años después, recordando aquella escena extraña y cuyo hondo significado sólo cobraría para mí algún sentido años más tarde. La fortaleza juvenil de mi primo, su garbo sujetando las bridas de su magnífico animal, sin embargo, no parecieron arredrar a aquel caballero de patricio porte, ancho de espaldas y algo ventrudo. «El marqués de Alcañices», murmuró alguien detrás de mí.

Finalmente aquellos dos intercambiaron algunas formalidades que no alcancé a oír y sonrieron forzadamente antes de alejarse rumbo a sus posiciones, pues de pronto Peñuelas reclamaba la atención de los participantes, como deseoso de romper aquel momento cuajado de turbio hechizo. No sé si mi recuerdo es del todo exacto o está contaminado por la niebla del tiempo, que oscurece e ilumina, ya sabemos, a su antojo. No sé si todos realmente fueron conscientes de aquel sutil desafío que relampagueó en los ojos de ambos aristócratas, pues había tal hormigueo de gente como en un día de feria y quizá, ya digo, es mi recuerdo tan viejo el que me trae aquella imagen así, azufrada de magia y oscuros augurios. Todo ocurrió muy rápido, en realidad, y ahora damas ricamente vestidas y caballeros de frac se apostaban rodeando el perímetro del acondicionado circuito, y volvían a ser atendidos por el diligente cardumen de criados que circulaba entre ellos despachando bebidas calientes, vino y pastelillos azucarados.

Era una mañana fría, límpida y casi diríase que cristalina, sin una sola nube que interrumpiera el perfecto lienzo azul del cielo madrileño, tan azul que diríase más bien la fervorosa reivindicación del Hacedor sobre su obra. Los jinetes y sus cabalgaduras esperaban nerviosos, llenos de expectación, a que se diera la orden de salida. No se escuchaba más que el relincho de alguna bestia, el ruido de los cascos y algunos murmullos entusiasmados del público.

Sentía que alguien carraspeaba cerca de mí, me giré y descubrí a una mujer joven, quizá unos años mayor que yo. No muchos. A su lado parloteaba incansable un hombre mofletudo de quevedos zangoloteantes y sonrisa perpetua a quien yo conocía de una de las fiestas del palacio y de las tertulias del Café del Príncipe. Su nombre me vino de inmediato a la cabeza: Ramón de Mesonero. Al cabo de intercambiar salutations, el escritor se volvió hacia su acompañante, que tenía las mejillas como arrebatadas después del amor, la delicada naricilla alígera y los ojos negros encendidos de

curiosidad. O eso me pareció.

—Señor de Beaufort —dijo Mesonero—. Le presento a Alicia de Cisneros. Buena amiga mía y de sus primos de usted.

Juntando los talones, besé la mano delicada que me extendió aquella hermosa mujer de ojos gatunos y cabellera rizada. Lo hice algo nervioso y quizá de manera precipitada, porque en el rostro de Alicia aparecieron dos preciosos hoyuelos que acentuaron su sonrisa. Una sonrisa divertida y juguetona. Luego sus ojos como ascuas se cruzaron con los míos y hubo tal intensidad, tanta promesa en aquella mirada que eso fue suficiente para que me sintiera desfallecer.

Por fortuna, en aquel mismo momento el maestro Peñuelas, vestido con un chaleco amarillo y unos pantalones negros, empuñando una pistola en la diestra, cruzó con parsimonia la pista y consultó su reloj de leontina brevemente. El silencio se hizo aún más profundo. A continuación levantó el cachorrillo hacia el hermoso cielo matutino y efectuó el disparo de rigor que inauguraba no sólo la loca estampida de los caballos que salieron en brioso galope, sino toda una época en aquella España convulsa y atrasada, carcomida por la guerra y las conspiraciones, pero en la que todavía era posible encontrar ciertos oasis de civilizada diversión, de goce puro y elemental.

Sin embargo, advertí a mis espaldas un rumor turbio, remoto, un cuchicheo que iba pasando de boca en boca entre los señores de graves levitas, entre las damas que componían gestos alarmados y que provocaba réprobos meneos de cabeza de los caballeros, alguna que otra exclamación sofocada, un abanicazo nervioso. ¿Qué había ocurrido, qué pasaba?, estiré el cuello, desentendido yo también de la carrera y fue Alicia quien acercando con familiaridad su boca a mi oreja me aclaró lo ocurrido.

—Un nuevo robo de Candelas.

Mesonero Romanos, sin dejar de mirar el galope furioso de los caballos que ya se perdían en la curva más alejada, preguntó con un bufido de hartazgo:

—¿Esta vez ha dejado un guante? Está resultando demasiado previsible este caco.

La diligencia avanza traqueteando a toda prisa por la carretera que ha

cogido después de dejar atrás Valdemoro y ahora enrumba hacia Ocaña, a nueve leguas de Madrid. Aunque antes tendrían que detenerse más tiempo de lo debido en Aranjuez, qué contratiempo.

—... Sí, todavía nos quedan unas buenas cincuenta leguas hasta Valencia, una vez llegados a Ocaña, claro —anunció, didáctico y satisfecho don Benigno. Y empezó a recitar las ventas y pueblos por donde discurrirían: Pinar, Minaya, La Roda, Quintanar de la Orden, donde deberían pernoctar, La Gineta, Albacete, Pozo de la Peña, Almansa...

Gordo, de grandes patillones blancos, sonrosado como un lechón y muy entretenido con el manual de viaje que abrió nada más subir en Getafe, el comerciante prácticamente no ha despegado los ojos de las páginas del libraco, salvo para constatar que, efectivamente, cruzan por donde dice este... Y desde hace ya un buen rato, animado por el silencio aburrido de sus compañeros de viaje, decidió regalarles con la lectura de ciertos pasajes, descripciones de los pueblos y caseríos por donde atravesaba la diligencia como alma que llevara el diablo, ajena al ladrido furioso de los perros que salen a perseguirla, y a las quejas de los viajeros, que en medio del fragor piden al mayoral que vaya un poco más despacio, por Dios, que van a llegar con los huesos molidos. O peor aún, se van a desbarrancar en cualquiera de esas curvas en las que sólo se escucha el implacable chasquido del látigo azuzando a las bestias. Pero es en vano. Los que viajan en berlina no sufren tanto, claro, como los que se acomodan en cabriolet (ni qué decir los desafortunados que hacen el viaje en rotonda), pero aún así, es una incomodidad terrible ante la que el mayoral se encoge de hombros: llevan retraso desde que abandonaron Valdemoro y, al cruzar por el puente sobre el Tajo, hubieron de esperar casi hora tres cuartos a causa de un carromato detenido en medio. Se le había roto una pata a una de sus mulas, que piafaba malamente y tenía los ojos vidriosos. Había que ver la cara de consternación de los pasajeros. Pero ellos iban completos y el mayoral sólo pudo ofrecer a aquellos desdichados dar aviso en Aranjuez, donde había casa de postas y parada de diligencia, a escasas dos leguas de allí, nada más dejar atrás la Cuesta de la Reina.

«Mal asunto quedarse en un sitio como ese», chasqueó la lengua el capitán Lorente Marín mirando por la ventanilla. Pero nadie dijo nada más, todos vencidos por el cansancio y el tedio, que se hacía más difícil de

remontar a medida que discurre el tiempo y ahora, doblegada del todo la tarde, el trote rapidísimo y áspero de las mulas parece ser seguido por una luna redonda y espía que aparece y desaparece tras los nubarrones que oscurecen allí al fondo el horizonte, fijaos, como si fuera un mal presagio, se persigna la señora Domenech que va sentada delante, con una niña pequeña adormecida en su regazo. Nadie abre la boca y sólo se escucha el zumbar del látigo que el caporal hace restallar sobre los lomos de las ocho recias mulas, acompañado de las maldiciones del postillón que lo acompaña, premunido apenas de un viejo tabuco. «De poco servirá si realmente nos quieren asaltar», vuelve a mascullar el capitán Lorente Marín y don Benigno lo mira con reprobación, pero nada dice, quizá porque él también ya metió la pata con sus primeros comentarios, nada más subir a la diligencia y contar aquella conversación que sostuvo con el carlista Apellániz. Tampoco hacen ningún comentario ni la señorita Martínez —soltera, institutriz en casa de los condes de Beragua, en viaje de visita a sus viejos padres, que viven en Valencia— ni el señor Elías Salcedo, pasante en un bufete de abogados de la calle Fuencarral. El tío de este último, adiposo, de papada temblona y cabellos ralos, duerme apoyando la cabeza en el hombro de su sobrino, sin que a este pareciera importarle: antes bien, le ha puesto su capote por encima y vigila que nada perturbe el sueño del buen hombre. La señorita Martínez de vez en cuando lanza miradas de soslayo al señor Salcedo porque no se le escapa que este tiene un aplomo rotundo de caballero, ojos seductores y maneras muy viriles. Y no obstante es capaz de esa tierna solicitud con su tío, que desde que partieron de Valdemoro, luego de un merecido descanso, ha roncado haciendo más ruido que un aserradero y nada parece alterar la placidez de su sueño mientras los demás —Elías Salcedo, el capitán Lorente Marín, don Benigno y ella misma— han jugado a los naipes o conversado lacónicamente, simplemente para evitar pensamientos sombríos. La señora Domenech daba una cabezada en el asiento de adelante, con la pequeña en el regazo. Había repartido unas naranjas y todos comieron con desgana: ¡Valencia!, suspira la señorita Martínez. Es cierto que mientras menos queda para terminar el viaje más es la impaciencia que asalta al viajero, razona la señorita Martínez. Pero en este caso es al revés, porque apenas han iniciado el trayecto y a don Benigno no parece cansarle recitar cada venta y cada pueblo por donde atraviesan, cada legua que han recorrido y cada legua que falta. Ya el capitán Lorente Marín ha resoplado en un par de ocasiones, pero el buen señor no

parece enterarse.

Recién los viajeros se animaron a conversar cuando subió en Getafe don Benigno Gimeno, de profesión comerciante, y luego de presentarse, contó agitadísimo que los Reales Sitios, a donde ahora se dirigían, estaban a punto de caer bajo la bota carlista. Según este señor, un teniente de nombre Apellániz, del 2º Batallón de Voluntarios Realistas de Logroño, y que había participado en el bloqueo de Alegría de Álava y en la batalla de Arquijas, le había aventurado aquel pronóstico después de que don Benigno, cristino convencido, le hiciera creer al calor de unos cuantos vasos de Valdepeñas que era de la partida del infante rebelde, don Carlos de Borbón. Y eso al parecer bastó para que el otro le contara prácticamente con pelos y señales cómo era que caería Aranjuez y cómo de allí avanzarían sin mayor tropiezo hasta Madrid, desguarnecida por completo y con el grueso del ejército cristino retirado al sur del Ebro. ¿No habían quedado a merced del enemigo las estratégicas guarniciones de Elisondo, Alsasua y otras? Y en Valencia las cosas estaban aún peor, al parecer, aunque de ello nada se decía. El maldito Ramón Cabrera, a quien apodaban el Tigre del Maestrazgo, seguía haciendo de las suyas, destripando enemigos como si fueran perros...

Todos lo escucharon en silencio, incómodos o asustados por aquella abrupta interrupción en el, hasta ese momento, pacífico viaje. El capitán Lorente Marín se revolvió de inmediato. ¿No veía, estimado señor, que estaba alterando a las damas con aquellas nefastas noticias? Recién entonces don Benigno pareció descubrir a la señora Domenech y a la señorita Martínez y su rostro adquirió súbitamente color. Les rogaba le disculparan, balbuceó, pero no había sido su intención, antes bien...

—Déjese de disculpas y antes de hablar preste atención a lo que va a decir —gruñó el tío de don Elías Salcedo, que hasta el momento apenas había dicho palabra, limitándose a mirar por la ventanilla, ceñudo y reconcentrado.

Don Elías le puso una mano en el brazo, apaciguador. Luego se dedicó a conversar con él casi en murmullos, sin que la señorita Martínez pudiera escuchar lo que se decían tío y sobrino y más bien se resignó a prestar atención a la charla de la señora Domenech, que no dejaba de darle consejos como si ella fuera una huérfana. De vez en cuando metía baza el capitán Lorente Marín a quien, según observó la señorita Martínez, le faltaban dos dedos de la mano derecha. Pero ella, no sabía por qué, seguía tan interesada

en tío y sobrino. O bueno, sí sabía por qué estaba interesada en uno de ellos en particular, pero prefería empujar esa certidumbre a lo más recóndito de su intimidad.

En realidad, piensa la señorita Martínez, desde que Salcedo y su tío subieron en Madrid, junto con ella, el capitán Lorente Marín y la señora Domenech, apenas se dirigieron la palabra hasta pasado Getafe, como si en realidad fueran dos extraños. Pero comieron juntos en la fonda de Valdemoro. Lo hicieron aparte de los demás, como si no les interesara la compañía de los otros viajeros... A ella, la comida, además de cara —¡doce reales!— le había caído un poco pesada, por abundante y grasa, y también descabezó un sueñecito hasta que la despertaron los juramentos del mayoral, los comentarios de los pasajeros al llegar al puente sobre el Tajo, donde aquella mula se había roto la pata dejando a los viajeros de la otra diligencia a merced de los ladrones. Era también de la compañía Carsi Ferrer, como la de ellos. ¡Ojalá llegaran pronto a Aranjuez y así poder avisar, como había prometido el mayoral, para que enviasen ayuda! La señorita Martínez se persignó y a su cristiano gesto el señor Salcedo le devolvió una sonrisa.

—Esperemos que no les ocurra nada a aquellos viajeros —dijo—. Confiamos en la Providencia.

Lorente Marín, que ya no sabía cómo acomodarse en su asiento, gruñó algo sobre la precariedad de los caminos, infestados de bandoleros y de partidas de carlistas que, socolor de la guerra, esquilaban a los pacíficos viajeros con total impunidad.

—Más peligrosos aún son los pícaros que se aprovechan de la inocencia y la bondad de la gente —afirmó Salcedo encendiendo un puro e invitando al capitán, que aceptó agradecido.

Don Benigno seguía a lo suyo, leyendo su manual e ignorante de lo que ocurría a su alrededor, mientras la caravana corría levantando nubes de polvo. El tío roncaba con una potencia alarmante y la señorita Martínez prestó toda la atención del mundo a lo que empezaba a explicar el señor Salcedo: qué le iban a contar a él, si se lo tenía dicho a su amado tío no una sino cien veces. Que tuviera mucho cuidado con los pícaros. De hecho, hace unas horas, mientras comían aparte en la posada de Valdemoro, se había permitido reconvenirle sobre la ligereza con la que llevaba sus dineros, como si tal cosa.

La señorita Martínez suspiró satisfecha. Entonces no había sido desdén

hacia sus compañeros de viaje lo que había llevado a una mesa aparte al tío y al sobrino, sino el interés y la bondadosa solicitud —una vez más— de este último para con el primero. Y pensarlo le dio un calorcillo, un contento que la hizo sonreír, animando al señor Salcedo a que siguiera elucubrando.

El señor Salcedo chasqueó la lengua, sopló con delicadeza la punta de su puro y continuó:

—Mi tío es de esas personas de bien que creen que todos lo son...

—Y no es así, no señor. A fe mía —dijo Lorente Marín chupando de su cigarro y mirando con un gesto agrio por la ventanilla.

—Usted, capitán, debe saberlo muy bien, pues no me cabe la menor duda de que es de los que se han dejado la piel —y aquí miró fugazmente la mano mutilada— para defender los valores que sustentan nuestra amada patria.

—Bien lo dice usted, caballero, bien lo dice usted.

—Pero como le comento, no siempre es así ni todos son tan íntegros. Y por eso me preocupa la ligereza de mi tío. Observad cómo duerme. ¡Si parece un niño!

Los ojos tiernos de Salcedo se posaron en el tío, que dormía con la boca abierta y pegaba unos ronquidos estremecedores. Y que miraran, agregó Salcedo introduciendo una mano celeré en el bolsillo interior de la casaca de su pariente: hizo aparecer ante ellos una cartera repleta de billetes de banco. ¿Veían? Si era más fácil que robarle un dulce a un crío. A eso, a eso precisamente se refería. Y meneó la cabeza apesadumbrado. La señorita Martínez también movió enérgicamente su cabecita llena de tirabuzones para dar a entender que se hacía cargo perfectamente de la situación, ¡lo que había que ver!, se asombró el capitán Lorente Marín, e iba a agregar algo pero la diligencia se detuvo y el mayoral anunció: ¡Aranjuez! Y apresuró a los viajeros que quisieran hacerlo a estirar las piernas o a buscar alivio del cuerpo. Él tenía que avisar en el despacho de la diligencia averiada en el puente. Y partirían a la mayor brevedad posible para alcanzar Ocaña sin que les cayera la noche encima.

—Yo le acompaño —ofreció el señor Salcedo con decisión y ambos, mayoral y pasajero, se pusieron en marcha.

Los viajeros que iban en coupé y en cabriolet también bajaron a estirar las piernas, a buscar algún rincón donde vaciar la vejiga y comentar el retraso, los peligros de la ruta, lo agotador que resultaba el viaje. Algunos fumaban y

otros bebían agua o intercambiaban dulces o tajadas de chorizo y pan. Al cabo de un buen rato regresó el mayoral, apresurado, molesto realmente por tanta tardanza, y pidiendo a los viajeros que subieran de una vez y ocuparan sus asientos, dio dos latigazos y partió a todo galope. La señorita Martínez, por sobre el estruendo de las ruedas y el galope de los mulos, se hizo escuchar por el cochero: Oiga, no había subido el señor que lo acompañó al despacho de diligencias...

—¿Ese? ¡Ese se quedó en Aranjuez!

—Pero si su tío sigue aquí —se alarmó la señorita Martínez volviendo unos ojos preocupados hacia sus compañeros de viaje.

—¡Ah! Eso no lo sé —rezongó el cochero y chasqueó nuevamente el látigo.

Don Benigno, la señora Domenech, la señorita Martínez y el capitán Lorente Marín se miraron en silencio largo rato, incapaces de decir nada. Finalmente, este último, siguiendo un impulso, sacudió al tío, que seguía profundamente dormido, ajeno a todo.

—Oiga, oiga, su sobrino de usted se ha bajado antes, oiga, despierte.

Por fin el hombre abrió los ojos, aún turbios de sueño, se pasó la lengua por los labios resecaos y miró alrededor parpadeando confuso, como si le costase entender dónde estaba.

—¿Qué sobrino? ¡Yo no tengo ningún sobrino!

Y se llevó una mano al corazón. O al sitio donde estaba su cartera. La señorita Martínez tardó un buen rato en entender lo que había sucedido.

Gloucester Road, Londres, 1886

Yo solía emplear las mañanas en pasear por los alrededores del palacio de Leganitos, que lindaba con unas huertas ubérrimas y ondulantes, alimentadas por un arroyo que era casi el límite de la ciudad y que por el otro lado ascendía hasta el portillo de San Bernardino y la montaña del Príncipe Pío, donde tuvieron lugar los execrables fusilamientos de cuarenta paisanos madrileños por las enfurecidas tropas francesas, al día siguiente de que el

pueblo se levantara contra la opresión napoleónica. Y sus cadáveres fueron dejados insepultos allí mismo, como brutal e impío escarnio. Como me informó Mr. Villiers, que había vuelto de su breve estancia en la Inglaterra para ocuparse de su ministerio en Madrid, la noticia de la ferocidad francesa y la heroica resistencia española recorrió la Europa entera a la velocidad del rayo y sólo sirvió para que la despótica y cruel figura de Napoleón quedara aún más envilecida, alentando el peor de los rechazos para con su persona. Yo había visto ya el cuadro pintado por el genial y sombrío Goya a propósito de aquel hecho, y en verdad resultaba impactante el movimiento que su pincel imprimía a las figuras, a los rostros impotentes, a la furia del invasor que tomaba así venganza por aquel levantamiento que daría lugar a una resistencia valerosa culminada en la expulsión de las huestes napoleónicas del país. El cuadro era estremecedor, insisto, aunque años después, Madrazo, siendo ya director del Museo del Prado, insistiera en que aquella pintura no era obra de Francisco de Goya... Sea como fuere, el lienzo daba cuenta con brillantez e inaudita fuerza expresiva de ese hecho horrible que había ocurrido allí mismo, por donde yo en esos momentos solía pasear, pensando en aquella otra guerra, esta vez fratricida, que amenazaba con catapultar a la pobre España a uno de esos pozos de sinrazón y odio en el que cae de tanto en tanto. Y pensando también, a qué negarlo, en la bella Alicia de Cisneros, a quien tuve oportunidad de ver poco después de aquella carrera de caballos, en otra fiesta ofrecida por mis primos en el palacio de Leganitos.

Daba pues largos paseos a caballo o bien me entretenía en los establos, donde una diligente cuadrilla de criados se encargaba de tener a los animales bien alimentados y limpios. A veces, me sumergía en la lectura de alguno de los muchos volúmenes que albergaba la biblioteca de mi primo, donde el maestro Peñuelas me conducía con gentileza, indicándome o sugiriéndome algún libro que él estimaba interesante o provechoso. Había allí volúmenes en español, inglés, francés e italiano, sobre todo. Pero también bellos grabados, curiosos ejemplares venidos de la lejana Rusia, grandes tomos en latín, forrados en suave piel de becerro, y se notaba el esmero con el que se atendía y cuidaba aquel edificio que albergaba tanto y tanto conocimiento, pues uno podía encontrar allí reflexiones metafísicas y políticas, desde Herodoto a Voltaire; tratados de alquimia de Paracelso, John Dee o el rabino Nicolas Flame, y también de teología, desde san Agustín y santo Tomás hasta

Jonathan Edwards, nada sospechoso de catolicismo y más bien calvinista y puritano de gran predicamento en el mundo anglosajón, lo que demostraba el carácter abierto y novedoso de los Osuna. Pero también se encontraban en sus estanterías novelas, obras dramáticas y todo tipo de ensayos como para hacer las delicias de alguien que viviera por y para los libros. Y la joya de la corona, si se puede llamar así: *L'Encyclopédie*, la obra magna del pensamiento reunido allí por los sabios franceses del siglo pasado en diecisiete volúmenes de texto y once de láminas. Decían que en España apenas si había dos o tres colecciones originales. El propio Peñuelas solía acercarse a aquella biblioteca para invertir parte del tiempo que le dejaban sus numerosas ocupaciones, como me confió alguna vez. Y a menudo lo encontraba allí, aplicado como un viejo profesor en sus notas y sus catalogaciones, pues todos los meses llegaban nuevos ejemplares que era menester acomodar y registrar. Allí ocupaba yo mis mañanas más fecundas, leyendo la prensa a la que estaban suscritos en palacio: *La Abeja*, *El Español* e incluso *El Eco del Comercio*, poco querido por unos y otros, en ese momento en que la enajenación del país insuflaba vida a periódicos y pasquines de toda tendencia y catadura. Pero también me dedicaba a leer a los clásicos, descubriendo el pensamiento de Rousseau y Montesquieu de los que hasta ese momento no había leído nada y que, en aquella España fervorosa y fanática, me parece que aún estaban prohibidos. Sí, allí pasaba las largas horas de la mañana mientras Pedro y Mariano dormían los excesos de la noche anterior.

Y es que mis primos, como la mayoría de los españoles de alcurnia y rango, practicaban la indolente costumbre de desayunar en la cama y levantarse muy tarde para pasear vestidos a la *négligé* un buen rato, arrebatados de holganza e hidalgo hastío. Luego dedicaban mucho tiempo a una esmerada *toilette* que les dejaba fuera de sus aposentos, perfumados y elegantes, a eso del mediodía, dispuestos ya a salir a dar un paseo y buscar uno de los tantos cafés donde se discutía sobre lo divino y lo humano, para después regresar a comer muy tarde, hacer una siesta prolongada y volver a cambiarse y acudir a cualquier tertulia en casa de algún poeta o político, o bien organizar la reunión en la propia vivienda, como solía ser el caso de Pedro y Mariano, que tenían casi siempre invitados bebiendo champaña y disfrutando de agudas conversaciones en los salones del palacio, o bien

solazándose con la música que interpretaba para ellos un orquestilla siempre dispuesta, a toda hora, para amenizar las veladas que se prolongaban hasta muy tarde, entre risas y brindis. A veces el propio Pedro se animaba a regalarnos unos momentos de solaz interpretando algunas piezas bien conocidas de ese entonces, y juro que no supe de nadie que pudiera evitar caer bajo el embrujo de su deslumbrante y conmovedora voz. Otras veces, la fiesta continuaba sin que él estuviera presente, pues se retiraba con discreción a sus habitaciones o a la misma biblioteca, donde era frecuente encontrarlo leyendo a la luz de un candil, bebiendo unos sorbos de ese licor antillano al que era tan aficionado. Y en alguna ocasión, simplemente nadie sabía dónde se había metido, pues desaparecía como un fantasma sigiloso... y volvía a aparecer al despuntar el alba.

Al principio aquello me desconcertaba e intrigaba profundamente, pero pronto entendí que sus amigos sabían muy bien de aquellos cambios de humor y de las celadas de melancolía que acechaban a mi querido primo, por lo que nadie se sentía ofendido a causa de su repentina deserción de la tertulia o fiesta que él mismo organizaba. Mientras, corría el champaña con la abundancia con que corren las aguas por el río Erídano, del que se nos da cumplida cuenta en la *Eneida*: así de abundante y turbadora.

Por las tardes, pues, lo habitual era salir a frecuentar amigos a alguna de las muchas tertulias que prosperaban en los cafés madrileños, donde se juntaban los nobles con los plebeyos, los poetas con los políticos y los masones con los conservadores. Mariano era quien más disfrutaba de estos recorridos y fue él quien decidió llevarme, durante esos primeros días, a conocer algunos de los más conspicuos cafés de la ciudad, como ya he comentado. Precisamente una de esas tardes tuvimos la oportunidad de acudir al Café de la Alegría, en la calle de la Abada, si no me equivoco, medio escondido entre mancebías, casas de préstamos y salones de peinar, y que tenía poco que ver con su nombre, pues allí no había tertulia ni discusión política, por lo que era el preferido de los extranjeros que recalaban por Madrid. De mobiliario austero, compuesto de veladores chapados de caoba y banquetas de tosca madera forradas con tela roja, a este café se acercaban comerciantes de paso y de cuando en cuando manolos y gitanos que se reunían para cerrar negocios. En esa ocasión y para sorpresa nuestra nos encontramos a Eugenio Hartzenbusch, un poeta amigo de Mariano y de Pedro

y con quien se citaban habitualmente en el Café del Príncipe. Hartzenbusch era dramaturgo, pero sobre todo ebanista, como su padre, un alemán arruinado durante la Guerra de Independencia, de manera que el joven artista pasaba por apuros económicos y prefería comer allí, donde los platos tenían precios muy bien arreglados. Creo que aquella vez se azoró de que su amigo el marqués de Terranova lo encontraría en ese modesto café. Se levantó precipitadamente de la mesa invitándonos a compartirla. Pero Mariano, que era algo soberbio aunque de buen corazón declinó la oferta con sencillez: Veníamos porque yo había sido citado allí por un caballero británico de paso por Madrid que tenía referencias mías. Al escuchar esto, a Hartzenbusch se le iluminó el rostro.

—Claro —dijo—. Ese debe de ser George Borrow. Es aquel que está allí.

Y nos señaló una mesa al fondo del local. No nos fue difícil distinguir al tal Borrow, entre aquella gente de piel cetrina y grandes patillas, que vestían fajín carmesí y camisa blanca, y usaban viejos sombreros de los llamados calañeses. Aquellos gitanos conversaban con el inglés haciendo gala de una naturalidad y un desenfado sorprendentes, pues los españoles del pueblo llano suelen ser muy desconfiados con los extranjeros y rara vez se abren con ellos. No era el caso. Como creo ya haber dicho, Borrow era un tipo de casi seis pies de altura —es decir, tan alto como mi primo Pedro—, tez sonrosada, cabellera esponjosa y nívea, pese a su relativa juventud, y ávidos ojos, diminutos y apasionados. Y sin embargo parecía hallarse entre aquellos rudos españoles de aspecto amenazante como si fuera uno más.

Inmediatamente se presentó en inglés, saludó con cortesía a Mariano y pasando al español probablemente por deferencia a mi primo, me confió sin más preámbulo que por un amigo suyo sabía de mi pronta partida al norte del país, como miembro de la misión diplomática de Mr. Elliot. Me lo dijo sin ambages: quería saber si yo podía interceder para acompañarnos a dicha misión, pues el viaje al norte le podía resultar en extremo peligroso y si caía en manos de aquellos «miserables facciosos carlistas» —aquí Mariano sonrió con beneplácito— su vida no valdría un ochavo. Pero estaba dispuesto a ir rumbo a Bilbao, pese a todo. Zumalacárregui, al mando de las tropas carlistas, había pulverizado a las huestes de Espoz y Mina en Larremiar y el ejército del norte se preparaba para un contraataque feroz, sobre todo porque Mina había quemado de manera vil la pequeña aldea de Lercoraz, en

represalia a las acciones del general carlista. Decían que aquel incendio iluminó tres noches los cielos de Baztán. Y apenas un mes después de esto, el ministro de la Guerra, el general Valdés, había decidido trasladarse al norte y hacerse cargo en persona de aquella nefasta campaña. Eso al menos era lo que yo sabía, pues como ya he dicho, Mariano mismo esperaba impaciente a incorporarse al ejército comandado por Fernández de Córdova. Al escuchar esto, Borrow miró con renovado interés a mi primo, como si en un principio le hubiera costado imaginarlo con una espada en la mano, y luego se volvió a mí, clavando sus ojos inquisidores en los míos. Yo no podía prometer nada, pero haría el intento, afirmé, hablaría con Mr. Villiers en cuanto hubiera oportunidad. Eso pareció suficiente para dejar satisfecho a Borrow y pasamos a conversar de otros temas en los que, por primera y única vez, mi primo Mariano Terranova no llevaba la voz cantante, pues tal era la fuerza gravitatoria de Borrow que discursaba con contundencia y casi sin admitir objeciones. Aún así era simpático y estaba lleno de anécdotas interesantísimas de sus muchos viajes por el mundo. Sí, aquella fue la primera vez que vi a George Borrow, quien se había instalado, luego de alquilar una habitación horrenda en la calle de la Zarza, en una pensión de la calle de Santiago de la que sólo lamentaba el mal estado de las escaleras —un día de estos *me sacaré la crisma*, juraba— y que regentaba una mujer de nombre María Díaz, que tenía una hija, una mozuela de unos diez u once años, delgada y tímida, pero de gran corazón y muy servicial. Con ambas, con madre e hija, sostuvo Borrow una relación cordial y llena de entendimiento que habría de ayudarlo en un momento particularmente difícil de esta su primera estancia en Madrid y de la que daré cumplida cuenta más adelante. El caso es que al poco de llegar ya todos lo conocían como «don Jorgito el inglés», por el desenfado con el que se relacionaba con la gente del pueblo. Hablaba un castellano estupendo y regado copiosamente de frases y refranes castizos —amén de treinta y cinco lenguas más, como supimos después...— y venía enviado como colportor de la Sociedad Bíblica Británica para traducir un Evangelio de Lucas al caló e imprimir el Nuevo Testamento en una traducción del padre Felipe Scío de San Miguel, si la memoria no me falla. Todo esto le acarrearía más de un problema que, sin embargo, no arredraría en nada a mi amigo. Borrow fue sin duda uno de los personajes más interesantes que me tocó en suerte conocer, pero en aquel momento resultó decisivo, pues además era corresponsal del *Morning Herald* y estaba

interesado en la historia de los misteriosos atracos que últimamente se producían en Madrid. El último había sido un golpe típico del ladrón de Lavapiés, un engaño bien urdido para el que era necesario tener nervios de acero, decían. En una diligencia. Se había llevado una pequeña fortuna en billetes de banco, este condenado ladrón. ¡Y a la vista de todos!

—Ya. Supongo que habla del tal Candelas —dijo Mariano con cierto desdén.

Borrow le dirigió una de esas miradas penetrantes suyas y sonrió como si poseyera un secreto. Tamborileó en la mesa con suficiencia.

—¿Usted cree, amigo mío, que todos los robos son obra de ese Candelas?

—Es algo fuera de toda duda —retrucó Mariano con el rostro repentinamente adusto.

—Pues permítame, excelencia, que le diga que está usted equivocado. *De cabo a rabo*.

Eugenio Hartzenbusch, que se había unido a nuestra mesa después de despachar su frugal almuerzo, me miró de reojo, intranquilo. Mariano se puso pálido, como si hubiese recibido una bofetada, pues no estaba acostumbrado a que nadie le hablara de tal modo.

—Y el señor sabe mucho del asunto porque lleva en Madrid... —dijo mi primo con una sonrisa que hizo casi desaparecer sus labios.

—¡Tres meses y medio! —Borrow levantó un índice imperativo—. *Pero más sabe el diablo por viejo que por diablo*. Y he tenido oportunidad de estudiar estos, llamémosles, casos. Y le prometo que algunos robos son del tal Candelas. Pero otros no. Y tengo una teoría al respecto.

Mariano y Hartzenbusch lo miraban estupefactos, arrolladas sus voluntades por aquel osado inglés que se permitía explicarles a ellos la cuestión de los robos en Madrid. Yo, en cambio, que apenas nada sabía del tal Candelas, me dispuse a escuchar con atención aquella historia y la descabellada teoría de don Jorgito el inglés.

Apostado en la esquina, esperando a ver si sale Luis de aquella casa, Cusó entrecierra los ojos, aplasta la tagarnina para luego pisarla minuciosamente, como si fuese una alimaña o un mal presagio, y recuerda la ocasión en que conoció a Luis.

Había estado hasta muy tarde con Mariano Balseiro, bebiendo

Valdepeñas en la taberna de Traganiños. Balseiro, guasón y mala leche como era, se estaba burlando del reloj que llevaba Cusó, que atrasaba un cuarto de hora, y ya Cusó estaba pensando seriamente en partirle la jeta cuando llegó Candelas, que se conocía con Balseiro de toda la vida.

El caso es que se dan grandes abrazos y hay presentaciones y tal. Más choteo con el asunto del reloj, que Candelas miró sin mucha atención. Luego de algunos vinos que se echaron al colete, decidieron continuar la juerga en una mancebía de la calle de Huertas. Cusó se avino a acompañarlos y al pasar por la puerta del Café de Sólito, a la vuelta del Teatro del Príncipe, Balseiro picó a Candelas diciéndole que no era capaz de robar a alguno de esos elegantes. «En menos de veinte minutos», replicó Luis sin inmutarse, y Cusó se dijo que era el vino el que hablaba, que aquel recio manolo, por mucho aplomo que demostrara, no tenía las hechuras de un avispon. Pero no fue así. Luego de mirar un buen rato con ojo conocedor el local, les pidió a los dos que buscaran una mesa libre. «Aquella», y él se dirigió a otra cercana, ocupada por un vejete de redingote azul y corbata de varias vueltas, que bebía tranquilo, a sorbitos, un café. Luis se acercó, hizo una suerte de reverencia, pidió permiso para sentarse ya que todo estaba ocupado y luego de presentarse con una nueva inclinación del torso —«Lucio Cagigal, para servirle a usted»—, se quedó allí, obligando al otro a corresponder una salutación llena de empaque: «Fermín Alcántara Villancico, un placer». A continuación, Candelas dijo que su cara le sonaba. Se había sentado frente al vejete con familiaridad y jugueteaba con su reloj. ¿No sería vecino por casualidad del barrio del Hospicio? No, sonrió el viejo dejando a un lado su taza y limpiándose los labios con un pañuelo, él vivía en la calle de la Cruz. Luis palmoteó la mesa con asombro, él había vivido allí de pequeño. ¿De veras? Sí, en el siete. ¡Toma! Él vive en el cinco. ¡Qué casualidad! Pues sí, qué casualidad, hay que ver. Cusó y el otro pidieron unos claretos y fingieron charlar despreocupados, a lo suyo, vamos, pero en realidad no se perdían detalle de la conversación que Luis iba tejiendo con esmero, empujándola poco a poco al tema que le convenía, sonsacando, preguntando sin preguntar, hasta que al fin chasqueó la lengua contrariado: ¿Le podría decir la hora? Su reloj adelantaba mucho, dijo molesto y el viejo mostró uno de plata que llevaba con una cadenita en el chaleco, precioso, que Luis admiró con sinceridad cogiéndolo y poniéndolo al lado del suyo. Alcántara Villancico,

esponjado de orgullo, afirmó que tenía uno mucho mejor, de oro, que dejaba en su casa y que sólo sacaba los jueves cuando iba a jugar al ecarté a la casa del buen amigo que se lo regaló. ¿Ese tal don Celestino del que me ha hablado?, preguntó Luis mientras ponía en hora su reloj, muy concentrado en la labor. No, no, dijo el viejo frunciendo el ceño, meneando la cabeza confundido, don Eugenio Ostolaza, el médico, no creía haberlo mencionado, ¿o sí? Luis devolvió el reloj del viejo sin hacer caso de las últimas palabras que este había dicho: Ese otro de oro..., debía tenerlo muy bien guardado, ¿verdad?, especuló Candelas tras un sorbo de café. Una joya así... Bueno, en la mesilla de noche, a su lado de la cama, guiñó un ojo el viejo. Allí nadie se lo podía coger sin que él se enterase. Que guardaba un trabuco, también, con tanto ladrón suelto, era una vergüenza, Madrid. Lo era, sí. Una vergüenza.

Eso fue suficiente. La conversación no pareció dar para mucho más. Luis salió educadamente después de dejar unas monedas por las dos consumiciones e intercambiar formalidades con el vejete, estrechándole la mano con vigor y dándole unas palmadas en el hombro, había sido un placer conocerlo. Lo mismo decía, amigo, lo mismo decía. Al pasar junto a ellos, Candelas hizo una seña discreta para que lo siguieran. Ya en la calle mostró el reloj de aquel infeliz —¿sabe Dios en qué momento se lo había birlado que ni ellos se dieron cuenta!— y antes de que pudieran exclamar nada, Candelas los atajó muy serio: «Primera parte. Ahora vamos a por el remate». Y se dirigió muy seguro pero sin pérdida de tiempo a la cercana calle de la Cruz. Ellos lo siguieron en silencio. Allí Luis buscó el número cinco y subió decidido las escaleras hasta el principal, con Cusó y Balseiro, que esperaron a una orden suya agazapados en el rellano. Desde allí lo escucharon explicar ante una señora que abrió la puerta que don Fermín le había encargado por favor que le llevara el reloj de oro, ese que guarda en la mesilla de noche de su lado. Es que, ¿sabe usted?, se ha adelantado la partida donde don Eugenio y no quería ir sin el reloj que le había regalado este. Aquí traía el reloj de plata para que se lo guardara. ¿Él era amigo, entonces?, preguntó la señora, sonriendo. ¡Del ecarté de todos los jueves en casa de don Eugenio, ya le digo!, sonrió Candelas como si no creyese que le preguntaran algo así y entregó el reloj de plata. Al momento, volvió la señora con el reloj de oro y Candelas intercambió cortesías con la mujer un par de minutos, al cabo de los cuales suspiró y dijo que debía irse ya pues don Fermín estaría impaciente. Y

se marchó apresurado con Balseiro y Cusó detrás de él, ambos con la boca abierta, sin poder creer lo que habían presenciado. «Este seguro que no atrasa como el tuyo», dijo Candelas abriendo la mano de Antonio y cerrándola después de dejar allí el finísimo reloj.

Qué grande, Candelas, se dijo Cusó como cada vez que recordaba aquel episodio, acariciando su reloj. Y por eso, desde que decidiera seguirlo para ver qué estaba ocurriendo, se encontraba un poco miserable, un poco traidor.

A él también le entraban esas ganas de huir de sí mismo que había registrado en Luis, de rebelarse contra su vida. Le ocurre desde que apenas levantaba un palmo del suelo, luego de que a su madre se la llevara sin contemplaciones la hambruna del año doce y su padre los abandonara con una vieja tía, a él y a Ramón, antes de regresarse para Leganés. A decir verdad, Cusó ya estaba un poco cansado de vivir a salto de mata, como el tontolaba de su hermano, siempre salvándose por los pelos de no volver a la cárcel. Cualquiera día de estos acababan bajo las alas del Ángel y después en la horca, joder. Eso mismo pensó mientras fumaba en su cama, la otra noche. Pero qué se le iba a hacer, uno nace para lo que nace, aunque de vez en cuando se extrañe otra vida, se dijo encendiendo la tagarnina, como emboscado por una vaga melancolía. Quizá era eso lo que le pasaba a Candelas, pensó, estirando las piernas, porque ya llevaba unas cuantas horas esperando ver salir a Luis de aquella casa hasta donde lo había seguido. Y nada, el callejón de la Justa continuaba desierto y algunos pordioseros dormían acurrucados unos contra otros en el duro suelo, olisqueados por los perros que aparecían por las noches para hartarse de la basura que tiraban los vecinos. A Cusó le divertían los aspavientos de asco que hacían quienes se acercaban por Madrid y reclamaban contra la fetidez de sus calles. Pero él no olía nada extraño ni asqueroso. En realidad, pensó, ningún madrileño del que tuviera noticia, patrón o criado, aristócrata o funcionario, chispero o rufo, parecía oler lo que los de fuera, ¡vaya memez!

De pronto el ruido confuso de unos pasos lo puso nuevamente en guardia, pero no en el lado de esa calleja oscura donde había visto desaparecer a Luis, sino en el de la contigua calle de la Estrella. Se acercó con sigilo a curiosear. Nada, chasqueó la lengua y contuvo un juramento, se trataba de un currutaco, un dandy de chaleco de seda, pantalones verdes y polainas, un elegante de aspecto bien cuidado y guantes, que salía seguro a su tertulia en algún café,

engolosinado con su bastón. Nada más pisar esta la calle, como convocado por su sola presencia, apareció un carruaje negro y el sujeto subió a él con familiaridad. Antonio Cusó buscó el amparo de un portal. En la esquina más alejada de la calle lo distrajo un sujeto de escasa alzada y embozado en una capa oscura como un mal presagio que, al darse cuenta de que Cusó había sorprendido su figura, dio media vuelta y se internó por una callejuela a toda prisa. Y en ese instante Cusó se dijo que durante sus discretos seguimientos, él mismo se había sentido espiado. Pensar en ello, darse cuenta de ello, lo distrajo apenas un segundo, pero fue suficiente para que le sorprendiera el paso del carruaje casi rozándole y reventando charcos de agua y meados que lo hicieron saltar hacia atrás maldiciendo. Aún así, Antonio Cusó pudo distinguir entre las cortinillas de la cabina una escena fugaz que lo dejó más boquiabierto que cuando el episodio del reloj que tanto le gustaba contar.

El duque vio desde el ventanal de su recámara detenerse la berlina roja y negra con el escudo de la casa de Alcañices, e incongruentemente se fijó en las ruedas que dejaban su huella honda en el barro al derrapar levemente en la gravilla, como si se tratase de un fascinante enigma cuyas claves se le escapaban. «Allí está», se dijo, sólo para constatar que el pulso se le aceleraba. «Ha venido. Ha venido tal como me dijo Encarnación».

Otros carruajes iban llegando y daban la vuelta en la rotonda del patio de honor, saltaban los conductores y se apresuraban los palafreneros a tender manos y a aferrar bridas, a socorrer a los invitados, quienes descendían con lentitud y esfuerzo o con juvenil rapidez y afectación, todos estirando los severos faldones del frac antes de ofrecer la mano a las damas, que recogían levemente los rodapiés de delicada seda y observaban a un lado y a otro, atentas a las miradas y gestos que suscitaban su aparición: el leve juego cortesano nuevamente en marcha.

Los primeros invitados se demoraban en entrar, saludándose al descender de sus coches. Allí estaba el pícnico conde de Brunetti, de bucles rojizos y rostro apopléjico, antiguo embajador de Austria y marido de su prima Josefa, la hermana mayor de Encarnación; junto a él, el general Goyeneche, ensimismado y del brazo de su sobrina la condesa de Baguer, Mercedes Aguerrevere, a quienes hacía mucho no venía Osuna y por los que guardaba un cariño grande. El marqués de Santiago y el duque de Casasola, elegantes y

ofensivamente jóvenes, también hacían su aparición y ya en la puerta misma el parlanchín Ramón Mesonero, con coqueto pañuelo a lo D'Orsay, ofreciendo galante el brazo a la guapa Alicia de Cisneros, algo agresiva en su belleza montaraz; allí Pepe Carvajal, de cejas y barbas hirsutas, deslizado zalamerías infatigables en el oído de la marquesa de Selva Alegre, que otra vez había venido sin su marido y descendía con garbo de su calesín color aceituna; su prima Encarnación, que reía feliz con alguna lisonja del tal Álvarez de Cobos, quien la llevaba del brazo como si ella fuese de su propiedad. Encarnación parecía haber olvidado pronto las bruscas deserciones del peruano, su desafecto y su falta de elegancia para abandonarla sin explicaciones, ¡y ahora sonreía embobada junto a semejante mequetrefe...!

Un poco más allá, el duque de Rivas recibía calurosas felicitaciones y abrazos sin poder disimular el mareo gozoso de la vanidad y se empinaba sobre las puntas de los botines como si así lograra crecer unas pulgadas más, pues todos no hacían otra cosa que hablar del éxito de *Don Álvaro o la fuerza del sino...* Y acababa de aparecer el financista Buschental y su bellísima mujer, elegante como pocas, tan joven y sin embargo dueña de un aplomo que había revolucionado el Madrid galante y cortesano desde que se instalara hacía poco con su marido en la Villa. Decían que había inaugurado tertulia con mucho éxito y asistencia en su casa de la carrera de San Jerónimo..., pero en realidad Osuna no tenía en ese momento más ojos que para el carruaje rojinegro con el escudo de los dos castillos y el león rampante, el blasón de la casa de Alcañices. Vio descender algo demoradamente, como si supiese que era observada, a Inés de Silva Bazán. Allí su pie pequeño y fugaz calzado con un zapato de raso que besarías con devoción y sin vacilar, Pedro; el vestido azul oscuro, que se desbordó del carruaje como una crepitante marea de encajes y sedas, el corpiño bordado que ensalzaba aún más la figura femenina, el dulce cuello donde relampagueó, atrayendo de golpe todas las miradas, un hermoso collar de perlas y diamantes. Pero no, no era el collar de los Balbases, observó Osuna, porque no recordaba que su prima lo luciera prácticamente nunca. Inés levantó la vista de pronto hacia el amplio ventanal de la planta principal y sus bellísimos ojos llenos de inteligencia se encontraron con los de Osuna, que apoyó una mano urgente en el cristal de la ventana. Se dio vuelta para observarse en el espejo: el impecable frac inglés

de solapas de seda, la corbata de varias vueltas, el peinado a lo *Montrésor*, el pantalón gris perla, la bota Wellington, marcial y elegante. Era el momento de bajar a recibir a los invitados.

Cruzó las engalanadas cámaras, aspirando el aire levemente perfumado por el espliego y la lavanda que estallaban en jarrones dispuestos aquí y allá. Durante todo el día, un afanoso retén de lacayos se había empleado en bruñir hasta la enajenación los bronce y la plata, en varear tapices y dejar los suelos de mármol immaculados. Ahora se repartían esos mismos criados por los vericuetos del palacio de Leganitos bajo una estricta supervisión que tenía en el maestro Peñuelas a su jefe supremo e indiscutible. Flemático, silencioso, delgado y nervudo como un sarmiento, de cabellera inolvidablemente blanca, Peñuelas había dado instrucciones precisas al nuevo portero de sala —un zamorano algo duro de entendederas pero bien dispuesto— sobre la jerarquía de los invitados y la manera de presentarlos; después al caballero mayor para que sus mozos de espuelas se encargaran con celeridad de berlinas y calesas y llevaran con prontitud a abrevar a los caballos; a los pajes de hacha para que cuidaran del alumbrado dispuesto en cada antecámara, cámara y salón, procurando que la parafina estuviese limpia y no diese humo... Ya había hablado temprano con Rodrigo Centeno, el atento maestresala, quien coordinó con el cocinero mayor a fin de disponer de las viandas propias para el delicado ambigú que se ofrecería antes del baile y los entremeses que circularían piezas de por medio. Los músicos tenían preparados sus instrumentos y se incorporaron velozmente cuando el duque cruzó como una exhalación por la sala de baile, respondiendo con una mano atolondrada al saludo respetuoso que estos le ofrecieron.

Osuna se acercó agitado a Peñuelas, que pareció que no lo había visto, hasta que sintió su mano aprensiva en el antebrazo. El maestro Peñuelas todavía dio unas atentas indicaciones a un paje de escoba, como si fuera más bien un concienzudo profesor de música ordenando que el delicado instrumento que atacaba su bisoño alumno sonara una octava más bajo.

—Jacobo.

—¿Sí, excelencia?—dijo al fin Peñuelas, inclinándose ceremoniosamente ante el duque, pero de tal manera que apenas hubo contacto visual entre ellos.

—Ha venido —dijo. Su voz fue un resuello.

—Lo sé, excelencia. —El maestro Peñuelas sonrió con levedad oriental.

Pero Osuna no pudo, no supo, no fue capaz de decir nada más. Se quedó mirando a su preceptor y hombre para todo, sin atreverse a continuar. Y es que desde el día anterior, muy temprano, nada más recibir la misiva de su prima Encarna, el corazón se le desbocó incontenible. Con apresurada caligrafía, su prima le confiaba que Inés, después de mil vacilaciones y reticencias sin cuento, asistiría a la fiesta. El marqués de Alcañices y los Balbases había aceptado a última hora una invitación para ir de cacería a Villanueva de los Infantes, quizá para enjuagarse el mal sabor de boca que le habría dejado el perder, precisamente contra Osuna, en aquella maldita carrera de caballos de hacía unas semanas... Y esa nueva deserción, al parecer, inclinó la balanza para que su mujer decidiera acudir a la fiesta que se ofrecía en el palacio de Leganitos. Se lo había anunciado a Encarnación con los ojos llenos de furia y despecho. Por eso, desde que leyera la carta, el duque de Osuna se encontraba en un estado tal de agitación que apenas atendió la charla animada de su primo Henry, que tan pronto le hablaba de Candelas y de ese singular inglés que había conocido en el Café de la Alegría, y al que Mariano se refería con helado desdén, como se impacientaba esperando la carta de lord Elliot para acudir al norte, al corazón de la guerra y elucubraba sobre lo que ocurriría allí. No, Osuna apenas lo escuchó. ¿Hacía cuánto que no veías a Inés, Pedro? Mucho, tanto como para poner en un estado de alerta continua a su corazón, ofuscándolo hasta el agotamiento y la zozobra. De un tiempo a esta parte, la marquesa de Alcañices y los Balbases se había replegado como un molusco en su concha, borrando así todo rastro de vida social en su agenda, hasta el punto de desatar las más infundadas habladurías, placer de vicio esmerado al que se entregan los madrileños con alborozo: que si se había enclaustrado en un convento cuyo nombre se mantenía en estricta reserva; que si había enloquecido y su esposo el marqués la tenía encerrada en el palacio, a salvo de miradas indiscretas; que si había huido al Portugal sin que hasta el momento nada se supiera sobre su paradero exacto... Bah, habladurías, maledicencias cortesanas que no se tenían en pie ni un segundo y que nadie tomaba realmente en serio, pero que sin embargo postraban a Osuna en un estado de tal aturdimiento que ya no sabía qué hacer. Al principio, el duque pensó, apaciguado por la sensatez, que Inés se recluía en la hondura de su inmenso palacio, que hacía esquina entre el Salón del Prado y la calle Alcalá, para evitar ser víctima del cólera morbo, como muchos también hicieron,

espantados por la visión de los cadáveres que todos los días fueron recogiendo los carromatos sanitarios durante el tiempo que duró aquella plaga. O por lo peligrosa que se había vuelto la ciudad después de que el año pasado una turba enardecida acabara con más de setenta frailes, acusándolos de ser ellos quienes envenenaban las aguas de las fuentes y causaran así la epidemia de cólera. Un horror que las autoridades no supieron, o no quisieron, detener a tiempo. Al poco de aquellos hechos, el duque de Gor, el gobernador civil a la sazón, fue destituido. Y los madrileños, temerosos de los desórdenes y los saqueos, de la brutal sevicia con la que la plebe se desquitaba de la frustración de no poder hacer nada contra la peste aquella, huían a los pueblos cercanos o se encerraban en sus palacios a cal y canto.

Así, cuando el cólera empezó a remitir y el nuevo gobernador civil, el conde de Vallehermoso, instaurara nuevamente el orden en las calles, Osuna supuso vagamente que las infames noticias de la guerra habían hecho decaer el ánimo de Inés, sabiendo que era casi seguro que su marido partiría pronto hacia el norte, a combatir a los facciosos de Carlos asentados al oeste del Bidasoa. Pero después lo pensó mejor y se dijo que, de ser ciertas las noticias de aquel endeble matrimonio, Inés no tendría mucho apuro en que su marido el marqués partiera o no a la guerra, teniendo en cuenta las muchas veces que faltaba en el hogar a causa de sus innumerables excursiones cinegéticas. Y ello lo llevó a considerar, no sin cierta confusa vanagloria, que quizá se tratase de él mismo, de la vulnerabilidad que Inés disimulaba cada vez que le hacía la corte...

Pero en realidad, luego de dejarse engatusar el ánimo por estas especulaciones más bien febles y acicateadas por la desesperación de no verla, Osuna era, poco a poco y a regañadientes, ganado por el convencimiento de que la negativa de Inés a dejarse ver en los salones madrileños, con toda probabilidad, encontraba su origen en la melancolía que de cuando en cuando la alcanzaba como un zarpazo súbito, desde lo ocurrido con Joaquina Francisca. ¡Qué dolor más terrible el de perder a su hermana de una manera tan espantosa y a tan poco tiempo de su boda!

Pero en ese momento todas aquellas especulaciones se evaporaban con rapidez, se alejaban como un rebaño de nubes disipado por el viento fresco de la noche: Lo que realmente le importaba era que Inés por fin estaba allí, en su palacio, se dijo el duque. La marquesa se abría paso entre los demás

invitados, que charlaban y reían, ajenos a la emoción que lo hacía a él temblar como una hoja.

Inés llevaba el cabello recogido y lustroso, con suaves ondas romanas que embellecían su frente, los ojos pequeños y melancólicos, los labios ahítos de frescura, el cuello largo y blanquísimo que remataba su escote voluptuoso, ofreciéndole una sonrisa por la que cualquiera hubiese matado. Osuna irguió el torso hasta sentir sus músculos tensos y descendió al trotecillo el serpenteo de las escaleras sin ver ya a nadie más, sin escuchar el rumor confuso de voces, murmullos, salutations y gestos de disimulado asombro de los que se apartaban para asistir a la efusión con que el duque saludaba a la marquesa de Alcañices. A su lado, discreta y de una austeridad monacal, con el cabello recogido en un rodete, estaba su tía Isabel, que no quitaba ojo de la efusiva actitud del duque.

Durante un buen tiempo no supo muy bien qué hacer, Antonio Cusó. Desde el episodio en que creyó ver —pues ya no estaba seguro de nada, coño— a Luis en un coche, vestido como un señoritingo, besando a una mujer, entendió que todo aquello tenía que rumiarlo mucho y muy despacio antes de ir a donde los demás para contarles lo que ocurría.

—Entenderéis mis dudas, espero.

—Claro que sí —dijo su hermano Ramón—. Tú sigue contando, Antonio.

Y eso lo mantuvo por varios días sin saber cómo actuar, confundido y lleno de dudas, sabedor de que cualquier cosa que dijera a los demás terminaría por decidir el futuro de la banda. Y quizá el del propio Candelas. Sobre todo porque Paco *el Sastre* no ocultaba su impaciencia por convertirse en el nuevo jefe y, aunque bruto y salvaje, era indudable que contaba con más gente a su favor: tahúres, bajamanos y timadores que orbitaban como un enjambre de moscas en torno a la banda descabezada para urdir golpes que les dieran a todos trabajo y muchos cuartos. La maldita guerra entre cristinos y carlistas había supuesto un cierto alivio para ellos, pues alguaciles y milicia urbana estaban más pendientes de su inevitable acuartelamiento que de lo que ocurría en las calles de Madrid. El ejército no sabía ya cómo contener a las huestes carlistas y en Madrid todo era descontento, escasez y hartazgo, temor a volver a ver cientos de cadáveres apilándose en los carromatos sanitarios todas las madrugadas, como hasta hacía poco. Aunque el cólera parecía

finalmente desaparecido, todos temían otro acceso de furia ciega como la que dio lugar a la matanza de los frailes. Y él, Antonio, sin saber qué paso dar. Porque era cierto que para que la banda volviese a funcionar necesitaban más que nunca de Candelas.

De manera que así estuvo Cusó más de una semana antes de animarse al fin a contarle todo —esa noche, después de que Candelas abroncara tibiamente a Paco *el Sastre* y se marchara tan tranquilo— inventando excusas para no acudir a sus citas con los otros, viviendo un poco de pequeños hurtos, pero sobre todo de Vicenta Mormín, la nueva costurera de la reina, a quien se beneficiaba desde hacía unos meses. La muy zorra era además la querida de un guardia de corps, de apellido Franco, y este, muy amigo del Muñoz que era el marido secreto de la reina Cristina. De manera que menudas juntas, Antonio, se dijo. Pero eso era lo que había, y mientras Vicenta soltará el *parné*, él podía correr riesgos, que de eso conocía un rato largo.

Fuese en el jergón de su cama, en la covachuela del Alamillo que le alquilaba a una vieja medio loca, o bien entre las frescas sábanas de la guapa costurera, Antonio pensaba una y otra vez qué era lo que se traía entre manos su compinche Candelas, pues luego de aquella visión fugaz en la calle de la Estrella este había desaparecido y fue en vano que Cusó se apostara en el piso de Lavapiés o incluso en la propia calle de la Justa donde lo vio sumergirse en un edificio oscuro. Porque ya no estaba seguro de nada. ¿Realmente era Luis el que se besaba con aquella mujer en un carruaje? Buscó también infructuosamente entre el tumulto vocinglero de carros que atestaban la carrera de San Jerónimo al caer la tarde; acudió a cafés como el de Lorencini o el del Príncipe, donde sabía que le gustaba recalar muy de vez en cuando; merodeó por las tabernas y fondas que frecuentaban los chisperos de Maravillas o en tascas y tiendas de vinos que atraían a los manolos de Lavapiés, y de los que sabía que Candelas era asiduo; dio alguna vuelta por las tertulias de Sol, se asomó al llamado Mentidero de la Villa, merodeó por la calle de Tudescos, donde Luis tuvo casa tiempo atrás, también por las travesías cercanas a la calle de la Estrella, sobre todo por las colindantes del Pozo y de la Cueva, donde ramoneaban putas de todo precio y en general la bribia más oscura de la ciudad. Pero nadie sabía nada de Candelas, salvo que estaba en boca de todos, admirado y temido, invencible y fugaz, propicio para una cierta leyenda que fascinaba a ricos y pobres, a menestrales y

aristócratas, a hombres y mujeres por igual, como pudo comprobar en esos días Antonio.

En Lavapiés, donde Luis era venerado, las versiones eran tan fantasiosas como contradictorias: que los alguaciles lo habían pillado en faena y lo tenían en la cárcel de Corte, a la espera de la orden para llevarlo a la plazuela de la Cebada y darle garrote vil; que se había vuelto a Zamora, con Manuelita Sánchez, para abjurar de su vida golfa de una puñetera vez por todas y respetar el matrimonio con aquella zamorana con la que se casó siendo muy joven y a quien había abandonado a los pocos meses; que estaba en Valencia organizando emboscadas con la banda de Pascual Alcaraz, e incluso que lo habían matado de un tiro en la cabeza cuando quiso escapar de la cárcel, pese a los afanes del señor Hinojosa, aquel relator primero de la Audiencia, con quien Luis había hecho buenas migas desde hacía ya unos cuantos años, y con el que compartía además los favores de la Naranjera. Tonterías, Antonio, se decía él, chupando de su tagarnina, consultando impaciente la hora en su reloj de oro, buscando las calles solitarias para pensar un poco y sin atreverse aún a volver a la taberna del Cuclillo donde seguramente los otros esperarían impacientes noticias frescas de Candelas.

—Y tanto que esperamos —dijo Mérida bebiendo de un golpe su vaso de vino—. ¡Cuclillo!

El caso es que a la semana de haber merodeado infructuosamente por todo Madrid, siguiendo los cotilleos de Lola, Antonio Cusó empezó a frecuentar el Salón del Prado. Pero no por las tardes, cuando los carruajes suntuosos paseaban dejándose admirar y practicando unos y otros el lujoso juego de la seducción, no; en esta ocasión Cusó eligió la noche para acercarse a curiosear por los palacios que dan a la calle del Sordo esquina con la del Turco, y también por los que se abren en la calle de la Greda, cercana a ambas. Sabe por la enfurecida Naranjera que Candelas mantiene amores con una doncella de alguno de esos palacios, que la frecuenta vestido de señorito.

Y allí se apostó, sin tener muy claro dónde debería vigilar, paseando de arriba a bajo, con la tagarnina en los labios. Pero su obstinación dio resultados: a los pocos días vio a Luis entrar sigilosamente al palacete de al lado de la Casa de los Alfileres, esa que decían que era para dote de la duquesa de Abrantes y que un tiempo fue la casa del embajador ruso. Con un leve escalofrío, Cusó se detuvo enfrente.

Por allí se alzaban también los palacios de Maceda, del viejo conde de Monterrey, y la que fuera del marqués de Auñón, ahora bastante deteriorado. Y un poco más atrás, según se viene del Paseo del Prado, está el inmenso palacio de los duques de Villahermosa. Y también el del marqués de Alcañices, ya lindando con la calle de Alcalá. A Cusó esos datos no se le escapan, los conoce desde niño, como cualquier madrileño, aunque jamás se imaginó que alguien se atreviera a pegar un palo por allí. Y sí, confirmó Antonio poco después, haciéndose pasar por un recadero, en el palacete había una criadita guapa, una zaragozana de mejillas rojizas y hermosos ojos de almendra verde, muy salada ella, que esperaba todas las noches a Candelas. ¿La estaba seduciendo para dar un golpe o sólo eran amoríos sin interés económico? Cusó no lo creía. Menos aún cuando sus averiguaciones avanzaron con los criados del vecindario. Allí vivía un gabacho, le confió un vejete manco que pasaba el día sentado a la puerta del convento contiguo, un banquero o financista de apellido Ouward, que había venido hacía diez años atrás, cuando el duque de Angulema y sus cien mil hijos de San Luis acudieron al reino para apoyar al rey Fernando contra los constitucionalistas. El gabacho salía mucho de viaje, agregó el criado de una duquesa que vivía cerca, y al parecer la doncella hacía entonces de las suyas, le confió una camarista gallega a la que Cusó empezó a enamorar poco después. ¿De las suyas? La otra rió con picardía: como meter en su casa y entre sus sábanas a sus amantes. De manera que sí, se dijo Cusó, ese sería el próximo golpe de Candelas.

Días después decidió acercarse nuevamente a la calle de la Estrella. Esta vez no pensaba vigilarla, no. Eso ya lo había hecho los tres primeros días, sin resultado alguno. Si nadie había entrado o salido de allí en todo ese tiempo, quizá era una simple tapadera. O un equívoco, que también. Pero no había otra forma de averiguarlo, se inclinó después de rumiar la idea entrampado entre el temor y la fidelidad a Candelas. De manera que esperó a que oscureciera un poco y cuando la calle quedó desierta subió sigilosamente las escaleras del edificio del cual creyó ver salir a Luis. Flotaba un olor denso a garbanzo y ajo en el rellano, y él fue pegando la oreja a una puerta y a otra, de donde escapaba un bullicio mínimo y cotidiano que le fue dando la pista de que el supuesto piso que buscaba era, como sospechaba, el principal. Allí se agazapó un momento sin escuchar ni un sólo ruido. No le fue difícil entrar

con una ganzúa y lo hizo con brutal impunidad, casi excitado, como cuando tumbaba en la cama a la Mormín y le arrancaba la ropa entre jadeos e imprecaciones soeces. Por poco se le cae el cigarro de la boca al encender un candil: estaba en un salón espacioso, sobriamente decorado y de muebles castellanos de buen aspecto, diríase que nuevos. Enfrente a estos, una mullida otomana de seda color vino y unos cuantos canapés cercando una mesita de estilo francés. Muy elegante todo. Sobre la mesa, unas gafas delicadas, un libro. Antonio se dirigió hacia el comedor: una mesa oval de recio cedro, bajo una araña algo aparatosa, varias rinconeras y una vitrina con primorosa vajilla. Tapices y cuadros adornaban las paredes como en las casas de los ricos, mejor que en la propia casa de la Mormín, joder, y una alfombra grande y granate cubría el suelo con una voluptuosidad oriental que Cusó apreció al tacto, inclinándose incrédulo. Cruzó luego hacia el gabinete y encontró, casi oculto por unos densos cortinajes jaspeados, un ventanuco. Y justo debajo del mismo, una puerta que daba a un jardín. Al final de este, descuidado y lleno de basuras, hierbajos y arbustos resecos, otra puerta, un postigo más bien, que daba a la calle de la Justa, por donde había desaparecido Luis la primera vez que lo siguió. Casi sonrió por lo simple de todo: ahora lo entendía, ahora lo veía claro. Viniendo de dicha calle, sólo se trataba de franquear el postigo, cruzar el jardincillo y alcanzar la puerta trasera de esta casa más bien noble. Y para escapar de allí no hacía falta otra cosa que la gruesa cuerda enrollada y anclada a la pared junto a la ventana que la mano de Cusó palpaba en ese momento.

Se dirigió nuevamente al pequeño gabinete que daba entrada a la recámara en la que su dueño no había escatimado en gastos, como ocurría en toda la casa. En el centro, una cama amplia y robusta cuyo dosel sostenían torneadas columnas; en la esquina, junto a un baúl, el palanganero y la jofaina de loza. Cruzando esta habitación, el despacho, o lo que debería ser tal, pues Antonio Cusó únicamente había visto estos fugazmente, ya que poco trato tenía con abogados o señores de rango. Aquí había más arcones y muebles de delicado entalle, una lámina de la Virgen de la Paloma, una mesa con una escribanía de plata, algunas plumas y otros utensilios de escritura. Y una de esas lámparas modernas llamadas del doctor Quinquet. Antonio se quedó perplejo, fascinado, incapaz de asociar aquella casa de señorito o de notario con quien sospechaba que era el verdadero inquilino. Se detuvo a

admirar una bella colección de puñales que el dueño de casa tenía expuesta en una vitrina. Refulge un puñalito de inscripciones orientales y en cuya empuñadura de marfil se distingue un ibis rosa. A su lado, una daga florentina, de gabilán rizado, con una bella esmeralda, y un rubí en forma de estrella de mar. Más allá otro puñal, al parecer también italiano, completamente negro. Una belleza. Y sabe Antonio que la debilidad de Luis son los puñales y las navajas. Como la suya misma. Siguiendo una inspiración, Cusó se dirigió a la estantería de libros y papeles que había apoyada en la pared y hurgó allí hasta encontrar lo que quería: una suerte de trampilla disimulada en la propia pared y dentro un cofre pequeño, sin mayores adornos, sólido como un roble. Casi todos los ricos tenían uno. Y al parecer el inquilino de esta casa no iba a ser menos. No tuvo tiempo ni de intentar abrir aquel cofre. El crujido de la llave en la puerta le aceleró brutalmente el corazón y por un momento pensó que se quedaba sin aire. «Estás perdido, Antonio», se dijo con la primera intención de buscar, desesperado, la salida.

El duque de Osuna se alisó el bien peinado cabello, infló el pecho y se acercó de dos trancos hasta donde estaba la marquesa.

—Inés —exclamó al fin, casi sin resuello, desvanecidas de su cabeza todas las frases, las fórmulas, los alegatos llenos de fuego que había pensado para el momento en que por fin la marquesa aceptase su invitación.

—Primo querido —dijo esta ofreciendo una mano lánguida que el duque se apresuró a besar con vehemencia, ajeno a las miradas que los demás dirigían sin disimulo a la pareja.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi.

No pudo evitar Osuna que en su voz se avinagrara un reproche. Y miró de reojo a la tía Isabel, que seguía al lado de Inés como una estatua. O más bien como el ángel vengador de la virtud de su sobrina...

—Querida Isabel —dijo Inés con suavidad, como si hubiese leído en la mente de su primo—. ¿Podrías traerme un poco de agua de limón, por favor?

La tía Isabel no tendría más de treinta y pocos años, y era pulcra, de piel muy blanca. Vestía con la austeridad una monja y casi siempre mostraba un rictus de disconformidad y censura que envejecía prematuramente un rostro más bien agraciado, formando arruguitas de permanente suspicacia en torno a

unos ojos grandes, vivaces y del color del azogue. La boca, esfumada y desdeñosa, se fruncía siempre en un rictus perpetuo de animadversión o descontento. Era una familiar lejana de los Silva Bazán, que al quedar huérfana siendo casi una niña en su Valladolid natal, se refugió con aquellos tíos suyos que vivían suntuosamente en Madrid. Y ocupó de manera ambigua y también remota el puesto de aya de Joaquina Francisca, la hermana de Inés que se hubo quitado la vida de manera tan dramática. Isabel, que la quería como a una hija, también pareció morir de dolor. Al poco tiempo, no se sabe si a instancia propia o de la recién desposada Inés, se fue a vivir con ella al palacio de Alcañices. Probablemente para darse apoyo y aliento, sostén y confianza, dada la relación de ambas. Era pues una suerte de dama de compañía más que una simple doncella para Inés. Alguien de su entera confianza.

—Por supuesto —dijo la tía Isabel con voz glacial. Y haciendo una breve reverencia, se alejó de ambos.

Osuna tomó entonces de las manos a Inés, alejándose un poco, como quien necesita otra luz para admirar mejor un lienzo.

Era la mujer más bella de la Corte, sin duda, como todos afirmaban. Sus ojos pardos y ligeramente almendrados le conferían un matiz exótico a su rostro de *madonna* y su boca pequeña y carnosa, como trazada por un inspirado Durero, se fruncía un poco al hablar, hipnotizando a quien la escuchara, esperando ver el regalo de sus dientes muy blancos entre los que caracoleaba una lengua húmeda y traviesa. Osuna hubiese querido besar el cuello que ella movía lánguidamente, como si Inés se supiera la presa trágicamente dispuesta a recibir un mordisco mortal.

—No exageres —rio ella con desenfado—. Nos vimos en el baile de los duques de Alba y también en el Paseo del Prado, y...

—Mucho tiempo, querida Inés. —Estrujó sus manos Osuna llevándola luego a un rincón menos transitado—. Y sabes que yo...

—Por favor, Pedro, te ruego que no sigas por ahí.

Inés se escabullía agitada cada vez que Osuna empezaba su cerco enamorado, su galanteo lleno de encomio y al mismo tiempo de cautela, y del que apenas sabían unos cuantos.

Pero era cierto, la última ocasión en que se vieron a solas fue en el Salón del Prado. ¡Qué recuerdos! Ese día, como viniendo de la Fuente de la

Alcachofa hacia la de Apolo, el duque vio cruzar el calesín de su prima. Con sólo encoger los hombros, el vestido gris de talle alto que llevaba se hubiese deslizado deliciosamente, pensó él, enfebrecido. Inés iba apenas abrigada en ese último encuentro con una dulleta de seda, orlada de pieles, y coronaba sus cabellos con una peineta alta de chapones. ¡Cómo olvidar esa imagen! El duque trotó entonces al lado del calesín que recorría, moroso, el fresco paseo bajo los árboles. Estaba igual de bella que ahora, fantaseó. Y también: es una fiebre, una maldición, quítatela de la cabeza, Pedro. Pero sabía que aquello era imposible. Amaba a Inés desde siempre, desde que la vio por primera vez, cuando apenas era un jovencillo que acababa de perder a su padre. El espléndido collar volvió a espejear en su escote. ¿Por qué nunca se ponía el collar de los Balbases? ¿sabría de la maldición?

Inés se deshizo suavemente de las manos de su primo y enarcó una ceja señalando hacia la entrada del palacio. Tenía que atender a los invitados, susurró pegando los labios a la oreja de Osuna, como quien reconviene a un párvulo. Ya su hermano Mariano esperaba en la puerta, esmirriado, pecoso, de grandes entradas que daban a su cabeza un aire de César olvidado por la Historia.

—Primo querido —saludó Encarnación acercándose a ellos.

Luego miró coqueta y cómplice a Inés, antes de ofrecer su mano pequeña y muy liviana al duque. Osuna se volvió a ella parpadeando atónito, confuso, e hizo el amago de besar aquella diestra enguantada. Luego estrechó con desgaire la que le ofrecía Álvarez de Cobos, que había aparecido como desde las sombras y aguardaba su turno para saludar, callado y quieto, como un cuervo al acecho.

—Estimado duque —dijo al fin el peruano haciendo una reverencia profunda—. Un honor volver a ser invitado a una fiesta suya.

—El honor es mío.

Pedro Osuna tuvo que hacer un esfuerzo de naturaleza casi física para no darle la espalda a aquel melifluo americano y esfumarlo así de su presencia. ¿Qué era lo que realmente le caía mal de aquel rubio currutaco?, se preguntó oscuramente, perdido en fórmulas hacia el peruano, antes de volverse, solícito, a los demás invitados que iban entrando a palacio. Pronto fue un desfile de gente que, como en anteriores ocasiones, se servía copas de champaña y de vino, de azucarillos y pasteles que los criados iban haciendo

circular entre la gente que subía a la antecámara del salón de baile, deslumbrante bajo la luz de las arañas. Ya Peñuelas había dado la orden de que la orquesta atacara una alegre composición de Vicente del Pópulo, y las voces se elevaban entre comentarios, risas y saludos. Su primo Henry, juvenil, rubio, desenfadado, conversaba con Alicia de Cisneros, en cuyos ojos aleteaba una cierto cálculo libertino que no dejó de observar el duque de Osuna, y Mesonero Romanos metía baza, quizá consciente del atractivo que despertaba el joven inglés en su acompañante, que desenfundó su abanico con mucho donaire y también un poquito de coquetería. Tal vez por eso, para disipar el leve perfume de flirteo que flotaba en el ambiente, el escritor decidió sacar a colación el tema que, invariablemente, llenaba las tertulias, bailes y cafés de Madrid en aquel momento.

—... ¿Y dice usted que su amigo Borrow cree que se trata de dos ladrones y no sólo de uno, de Candelas?

Henry, que ensayaba fórmulas galantes en español con una encantada Alicia, se volvió a contemplar las gafitas redondas, el rostro intrigado de Mesonero.

—Pues sí, eso afirma, caballero. Y creo...

—Que es una tontería de ese señor que se da demasiadas ínfulas — intervino Mariano con cierta prepotencia que no dejó de advertir su hermano.

Osuna aferró discretamente la diestra de Inés para que no se le perdiera entre los demás invitados, más entretenidos en el champaña y el vino de Borgoña que en otra cosa. Encarnación por su parte arrastró a Luis Álvarez de Cobos a la charla que empezaba a gestarse, mirando alternativamente a Pedro y a Inés.

—Ya están otra vez con ese tal Candelas. —Entornó los ojos el peruano con sorna teatral y miró a Encarnación con aquella complicidad que Osuna tanto detestaba.

Como llamado por aquel comentario vació, se acercó a ellos Pepe Carvajal, una copa en la mano y el brazo enlazado en el de la marquesa de Selva Alegre.

—Ese Candelas es un tunante, un pillo que es menester colgar —dijo el duque de San Carlos sin mucha convicción, simplemente por participar en la charla.

Hubo un runrún de asentimiento entre los que escuchaban, pues al

improvisado corrillo se habían unido Puñonrostro, el gruñón príncipe de Anglona, el marqués de Aranda y otros más.

—El caso —dijo Henry Beaufort que confusamente sintió que debía salir en defensa de su paisano— es que el otro día, un compatriota mío, George Borrow, formuló la sugestiva idea de que en realidad esos robos que asuelan Madrid son producto de dos ladrones, uno de ellos Candelas, indudablemente, y otro más atrevido y sagaz, que aprovecha la estela de este para robar a... los carlistas.

—¿Y en qué se basa para hacer tal afirmación tu compatriota, querido primo? —intervino por primera vez Pedro, con cierta diversión en la voz y acallando así los murmullos de asombro e incredulidad que el comentario de Beaufort habían levantado entre los presentes.

Inés seguía con displicencia la charla y de pronto desenlazó sus dedos de los de Osuna. A su lado, la tía Isabel se mantenía muy quieta, mirando de reojo a Pedro, que incómodo, fingió prestar toda su atención a las palabras de su pariente inglés.

—Muy sencillo, Pedro —dijo Henry, como si él mismo fuese el de la idea—. Hay robos que son picardías, ingeniosas engañifas de escasa producción. En cambio, hay otros que requieren una inteligencia y una osadía mayor. Conocer minuciosamente las casas donde se da el golpe exige un —*forgive my redundancy*— conocimiento de la misma y de su entorno, y una sofisticación que no es apta para alguien de... su clase. Candelas es un simple ladrón de poco alcance. El otro es alguien mucho más inteligente, taimado y audaz. Además...

—¿Y no podría ser, querido Henry —interrumpió el duque de San Carlos acomodándose la corbata como si le apretara excesivamente el cuello—, que Candelas juega precisamente a esa tosca confusión para que ingenuos como ese amigo inglés tuyo desperdigen por ahí la especie de que se trata en realidad de dos, cuando verdaderamente son uno?

—Es una coartada perfecta, a fe mía —intervino Álvarez de Cobos mirando con arrobo a San Carlos.

—Pues mire usted por dónde —dijo Pedro de Osuna volviéndose al peruano— que estoy tentado a creerle a ese inglés, porque ciertamente los robos perpetrados hasta el momento son claramente distintos, como bien alega mi primo Henry. Y no parecen obra de uno mismo.

—Está además la cuestión del guante... —reflexionó en voz alta San Carlos, llevándose una mano a la barbilla, al parecer ahora disconforme con su propia opinión.

—¡Paparruchas! —protestó Álvarez de Cobos algo destempladamente, frotando sus gafitas doradas con un pañuelo mínimo y coqueto.

—No lo creo —dijo Osuna.

Y devolvió una mirada de frío desdén a Álvarez de Cobos. Pero antes de que este dijera algo más, zanjó la cuestión, elevando su bien timbrada voz:

—Caballeros, las damas deben estar ansiosas por empezar el baile y no dedicarse a escuchar estas banalidades. —Luego le ofreció el brazo a Inés—: ¿Me acompañas, querida?

La torva sonrisa de Álvarez de Cobos no pasó desapercibida a Osuna, pero nada dijo. Se limitó a mirar al peruano cuando este le ofrecía el brazo a Encarnación. Es cuestión de tiempo, pensó el duque. No, definitivamente no le caía bien aquel peruano amanerado y melifluo.

CAPÍTULO VI

Gloucester Road, Londres, 1886

Ciertamente, George Borrow era un personaje singular. Su trabajo infatigable como agente de la Sociedad Bíblica lo había llevado primero a Portugal, donde se metió en innumerables problemas, como creo que era su natural inclinación, y de allí hizo un viaje por Córdoba y Sevilla, para recalar en la capital del reino, no sin sortear grandes peligros, pues los caminos desde el sur estaban infestados de ladrones y de seguidores del pretendiente al trono. Como buen inglés, Borrow amaba y sabía apreciar los caballos como el mejor, y poseía uno de imponderable estampa, tal que de media alzada, color bayo claro, de briosos remos elegantes, que todos admiraban y que más de uno quiso comprarle. Pero don Jorgito por nada del mundo quería desprenderse de su jaca, de estirpe cordobesa, según me explicó. Si acaso, se la dejaría a su buen amigo, Benedicto Mol, cuando sus labores como agente de la Sociedad Bíblica terminaran en España, precisaba. Él la necesitaría más que nadie. ¿Quién era dicho caballero? Pronto lo supe: un suizo de Lucerna, tan alto, canoso y flaco como el propio Borrow —de lejos o con escasa luz podían ser confundidos— y con quien este trabó cordial amistad un día que disfrutaba de un paseo por la ribera del Manzanares. El suizo había servido en la guardia walona en tiempos remotos. Cuarenta y cinco años atrás había llegado a España, pero cuando le licenciaron de la guardia, partió a Menorca donde olvidó el castellano, decía, sin aprender bien el catalán. Hablaba pues una alarmante mezcla de ambos idiomas. Personaje singular este pobre suizo, que vivía ahora medio enajenado, vendiendo pastillas de jabón y soñando con encontrar un tesoro que, afirmaba, estaba enterrado cerca de cierta iglesia de Santiago de Compostela. Con ese tesoro, explicaba, llegaría hasta su país

natal para vivir como un *Herzog*, es decir, como todo un duque. El problema era que, por el momento, y mientras no encontrara manera de reunir el dinero para viajar hasta Santiago, pasaba grandes apuros. Pero don Jorgito le había tomado verdadero afecto y lo ayudaba cuanto podía sin hacer notar ni un ápice su misericordia para no ofender al suizo que, aunque pobre, se tenía por hidalgo. Y Benedicto Mol daría a su debido tiempo sobradas muestras de que ese afecto y lealtad eran recíprocos. Pero, discúlpeme el lector, pues me estoy adelantando a los acontecimientos, impaciente por contar la serie de peripecias que viviría poco después.

Decía antes de mi *ex cursus* sobre Mol, que Borrow y yo nos volvimos a ver poco después de aquella primera cita en el Café de la Alegría, y mi paisano no disimulaba su impaciencia por que yo apelara a mis «contactos» para conseguirle un permiso y poder viajar al norte, donde se libraban las cruentas batallas entre los fieles a la reina gobernadora y la guerrilla favorable al infante Carlos, por quien Borrow sentía un cordial desprecio que por ratos divertía y por ratos desconcertaba a mi primo Mariano y a los amigos de la tertulia donde solíamos recalar, muy cerca del Teatro del Príncipe. Como la respuesta a mis cartas solicitando anuencia para que Borrow se nos uniera en el viaje se iba dilatando más de lo deseable, después de mirar aquí y allá, el inglés había decidido permanecer por más tiempo en la calle de Santiago, pese a que Mariano insistiera en ofrecerle hospedaje en el palacio de Leganitos, también subyugado —aunque a regañadientes— por el ímpetu del inglés, su enciclopédico saber de un aluvión de lenguas, las muchas aventuras que había vivido en distintos lugares del mundo y la poderosa fuerza vital que emanaba y que, sospecho ahora, mi primo envidiaba secretamente pues, hasta ese momento, era simplemente el segundón de la familia, el marqués de Terranova, y lejos estaba de ser lo que con el tiempo lograría ser: el xii duque de Osuna, heredero de una treintena larga de títulos y blasones que sepultaron su espíritu confundiéndolo para siempre en el extravío de la grandeza inesperada. Estoy seguro de que Borrow lo advirtió desde el primer momento, aquella tarde en el Café de la Alegría, y por eso también el ligero desdén con que lo trataba, a diferencia de los demás, que se desvivían por atender a Mariano Terranova, quien sería dandy sin igual en la Corte y aún en la Europa toda, como ya he referido oportunamente.

Pero mi compatriota parecía siempre dispuesto a no concederle ningún atributo a Mariano por su mera condición de Grande de España. Tal como ocurrió en la primera ocasión en que nos citamos, Borrow siguió empeinado en sus desplantes, siempre al filo mismo del desdén. Para un hombre como él, viajado desde Londres hasta la lejana Manchuria, y desde Petersburgo a la Berbería, siempre metido en lances de los que inexplicablemente salvaba el pellejo, con una especial inclinación por trashumantes como los gitanos — por los que sentía una debilidad tan fervorosa como correspondida—, el valor de un hombre no se medía por los títulos que ostentaba, pues la heredad de los mismos, decía, apenas eran pálida luz lunar, luz refleja de quienes en verdad ganaron esos blasones esforzadamente. Lo único que salvaba a Mariano de lo que de otra manera hubiese sido un olímpico y genuino desinterés, era su condición de militar dispuesto a combatir como uno más por la reina Cristina y por la causa liberal. Y Borrow, que únicamente soltaba pestes de los carlistas y los conservadores en general, veía así en Mariano Terranova no solo a un aliado, sino a un leal a la causa moderna, liberal y, en definitiva, pro inglesa. Saber que éramos parientes lo dejó un poco confuso, porque por mucho que se empeñara en afirmar que gustaba de España y sus gentes, en el fondo, al igual que Richard Ford, sentía Borrow una especie de benévola indulgencia por los españoles, por esos «semiorientales desidiosos», que es como los llama Ford en su *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, publicado diez años después de lo que ahora narro. De allí que saber que por las venas de Mariano corría también unas gotas de sangre inglesa lo desconcertara.

Pero don Jorgito el inglés, además de ocuparse de su traducción al caló del Evangelio de San Lucas y de buscar afanosamente imprenta para su Biblia protestante, pasaba gran parte de su tiempo elucubrando sobre un tema que, sin que nadie supiera muy bien la razón, le obsesionaba desde que llegó a la Villa y Corte. A saber: los robos espectaculares que se cometían en Madrid y que eran atribuidos a un truhán que a mí mucho se me parecía a nuestro legendario Dick Turpin. Supe yo después el motivo de tanto interés, cuando recibí carta de padre, en respuesta a una reciente mía donde le contaba del curioso paisano que había conocido en Madrid. Refería mi padre que diez años atrás, Borrow, mientras se ganaba la vida modestamente traduciendo algunos fragmentos de leyendas danesas para una revista, había

publicado unos volúmenes titulados *Causas célebres (Celebrated Trails and Remarkable Cases of Criminal Jurisprudence*, lo tengo todavía por ahí refundido entre otros libros suyos...). ¡Por eso resultaba tan vivamente interesado por Candelas! Y tan endiabladamente conocedor de la vida y milagros de personajes como Turpin.

—Pero Turpin era lo que aquí se llama un almiforero —precisó don Jorgito el día que le comenté algo apresuradamente mi pueril analogía.

Como me quedé con cara de no comprender, Borrow, que estaba organizando sus apuntes y libros en la mesita donde trabajaba (yo había ido a visitarlo a su pensión de la calle de Santiago), cerró con fuerza su cuaderno y se volvió a mí con la impaciencia de un viejo profesor algo cascarrabias.

—Ha de saber, mi joven amigo, que un almiforero es uno que roba mulas. O caballos, como era el caso de nuestro vulgar delincuente de Essex. Y, además, Turpin cometió homicidios. Por eso lo ahorcaron nada más apresarlos en York, como usted bien debe saber. Y Candelas no ha cometido, que se sepa, ni un sólo delito de sangre. Ni uno sólo. Es un verdadero *gentleman*. ¿No ha sabido acaso del robo en la tienda de aquel diamantista zalamero y cazurro de nombre Sánchez Pescador? Una verdadera obra maestra de picardía con la que hizo desaparecer, literalmente esfumar —y aquí Borrow chasqueó los dedos—, una maravillosa perla de las mismas narices del mercader. Un engaño soberbio, verdaderamente.

Pero yo, que me esmeraba en mejorar mi español, apenas escuché su afanosa argumentación y me quedé con aquella palabra zumbando en el magín. Almiforero. ¿Dónde diantre la había aprendido él, que tenía tan poco tiempo en Madrid? Borrow no pudo evitar que su sonrisa se tiñera de vanidad. Repetí la palabreja con dificultad e insistí: ¿Dónde la había escuchado él?

—Sencillo. La gente con la que yo me relaciono no es la misma que la que usted gusta para sus ratos de entretenimiento.

Enrojecí de contrariedad, pero nada dije, porque Borrow cruzó las piernas y enlazó pedagógicamente las manos en la rodilla, dispuesto, como yo ya había advertido cada vez que hacía eso, a regalar una clase magistral.

—Sepa usted, querido señor Beaufort, que para sumergirse realmente en una sociedad es necesario conocer no sólo sus códigos y costumbres, sino también su argot, que fundamenta la manera en cómo se relacionan los

individuos que la componen. Y como a usted no se le oculta mi interés por el caso Candelas, tampoco le extrañará que este servidor se haya zambullido en tabernas y fondas donde ninguno de sus amigos se atrevería a entrar. —Me señaló con el dedo, incluyéndome así de paso en su réproba categorización—. Madrid hierve de pillos y truhanes, de delincuentes y ladrones que se reparten el apetitoso pastel del latrocinio, la estafa y el asalto ante las mismísimas narices de la inepta policía local, a menudo sobornable por unos pocos duros. Y todos ellos conocen a Candelas. Le admiran y le respetan. ¿Quiere saber algo de esos oficios y cómo se denominan? Preste atención.

Sin esperar respuesta, Borrow me deslumbró con una verdadera conferencia acerca de los bajos fondos madrileños y su argot inexpugnable del que gracias a mis apuradas notas no todo se ha extraviado para siempre en mi precaria memoria.

—Entre la gallofa madrileña —empezó con aire docto—, muchos se disfrazan de elegantes, y según su categoría pueden ser avispones altos, avispones y palanquines. Estos últimos alquilan casas de cierto empaque para dar una imagen de prestigio ante sus potenciales víctimas. Suelen robar a sus vecinos y para ello utilizan los impagables servicios de los topistas, que descerrajan sin piedad las cerraduras más firmes, o de los guzpatareros, es decir, de quienes se especializan en horadar paredes.

—Guzpata...

—Pero estos no funcionarían —continuó Borrow ajeno a mis dudas lingüísticas— si antes no entraran a las casas elegidas por los caletas, que a su vez disponen de linces, buzos o columbrones, que como puede usted imaginar son los que hacen de vigías y advierten de que no haya *moros en la costa*, como se dice por aquí. *The coast is clear*. Usted me entiende. De manera que estos, que hacen la jiba —y se llevó al decir esta palabreja dos dedos ágiles a los ojos—, están en compromiso con los palanquines, quienes luego trasladan el botín o bulto a la atarazana, el lugar donde se guarda lo robado hasta que sea oportuno deshacerse de él, para lo cual se entrega el botín a los aliviadores, quienes a su vez, si se trata de joyas, contactan con los peristas, verdaderos tasadores del mundo del hampa.

Estos últimos tenían además lucrativo e inmejorable trato con los comendadores de bola, que deambulan por las ferias *aliviando* lo robado, y se solían reunir en las mancebías de la calle Toledo. Allí al parecer se daban cita

todos, tarde o temprano: los murcigalleros, ladrones prima noche, los alcatiferos, que se especializan en sustraer seda, los rufos o rufianes, los tahúres, los coimeros, los murcios y los bajamanos, los cicateruelos o cortabolsas, los tomadores del dos —y aquí Borrow llevó dos dedos como pinzas a mi casaca para demostrar cómo se extraía con precisión la bolsa de un despistado—, los sollastres, los mandiles y los jaques, que se juntan con las trotonas y las carcaveras, que seducen y emborrachan a los incautos para llevarlos probablemente donde los brecheros, que son los albanagueros cuando no solo juegan, sino que tienen «debilidad» por meter dados falsos, o a donde los jugadores de naipe, llamados sages o sages dobles, según el juego de baraja. Hay en Madrid garitos y casas de juego donde el incauto puede salir desplumado en menos de lo que canta un gallo.

Todo esto lo dijo casi sin respirar, mirándome de arriba abajo, muy serio, como calibrando si yo era digno de recibir tal lección.

Iba a decir algo, pero Borrow se volvió hacia sus cuadernos, como desentendido de mi presencia.

—Y todos, no lo olvide —agregó afilando su pluma—, huyen de la *pestañí* como alma que lleva el diablo. Sí, sí, lo ha adivinado, amigo mío: la policía.

Salí de allí mareado y fascinado por la deslumbrante lección de don Jorgito, incapaz de asimilar aquella cantidad de oficios tan clandestinos como ilegales, y juro que desde ese momento paseé por Madrid como por otra ciudad, más torva y peligrosa, crepuscular y amenazante, y que nada tenía que ver con las elegantes fiestas, los bailes y las encendidas tertulias a las que eran tan proclives mis parientes y su círculo de amistades. Allí el nombre de Candelas entretenía las charlas ociosas con toda suerte de especulaciones sobre sus golpes, que de un tiempo a aquí sembraban a partes iguales de terror y fascinación a los madrileños de todas las clases sociales y ponían a la *pestañí* en entredicho. Sí, el sólo nombre de Luis Candelas soliviantaba a los caballeros y encendía de deseo y temor los ojos de las damas, que lo imaginaban galante y seductor, intrépido y hasta heroico. Se llegó a decir que repartía el producto de sus latrocinios entre los más desafortunados y que hacía especial escarnio en los aristócratas carlistas, pues para que no cupiese duda dejaba un guante negro en el escenario de aquellas fechorías que tenían como víctimas a estos. Y solo en esos casos. Pero... ¿qué había de cierto en

todo ello? No tardaría en averiguarlo.

«Piensa, Antonio, piensa», se dijo Cusó presa del pánico, al escuchar el rumor de pasos y voces que se acercaban hasta donde estaba agazapado. Seguir a Candelas se había convertido en una prioridad para él y después de tantas pesquisas y afanes por fin había dado con Luis, en una casa de señorito que nadie le conocía, en la tranquila calle de la Estrella, una zona poco frecuentada —hasta donde él sabía— por el hábil ladrón de Lavapiés. Y ahora se encontraba allí, atrapado como una alimaña, sin posibilidad de encontrar salida alguna.

Porque, en aquel despacho, el único escape posible pasaba por saltar a la calle desde la ventana o bien deshacer el camino que lo llevó hasta allí: primero el gabinete, luego el dormitorio, la cocina, el comedor y finalmente el salón amplio, de donde precisamente ahora provenía la voz un poco ronca, como un fuelle, de Luis. Su voz resultaba inconfundible, aunque supiera modularla, adelgazarla como la de un mancebo, hacerla rasposa como la de un anciano o soberbia como la de un hidalgo, pues la asombrosa capacidad de Luis para convertirse en el personaje que se le antojara incluía esa voz rica y de volubles matices con la que daba vida a sus rotundas representaciones.

Casi en puntas de pie, Antonio se deslizó hacia la puerta que comunicaba con el dormitorio y que había dejado entornada. Se adhirió a la pared, con el pulso acelerado y un repentino sudor brotando en minúsculas gotas y humedeciendo su cogote. «Tranquilo, joder», rabió con impaciencia. Intentando descifrar la dirección de los pasos, los ruidos, le llegó, repentina, la otra voz que estalló en una carcajada también algo ronca, preñada de desenfado. Una mujer. ¿La doncella zaragozana, la criada del banquero francés? Cusó cerró los ojos aguzando el oído, intentado organizar el confuso rumor de los cuerpos, como si por el jaleo montado pudiese verlos avanzar por el salón, tropezando —quizá estaban algo bebidos—, al abrazarse pesadamente. Luego el silencio denso de los besos, el frufrú del vestido seguramente levantado por las manos aviesas de Candelas. ¿Pero era o no era Candelas? Cusó no lo podía ver, pero en cambio casi podría jurar que aquella era su voz. Oyó unas breves risas, el chirriar de un mueble, murmullos masculinos y ronroneos de la mujer, que en la mente de Cusó rechazaba, se resistía con liviandad y astucia, acicateando el deseo de su amante. Poco a

poco iba conformándose en la cabeza de Antonio aquella escena, similar a muchas que él mismo había vivido y que, a tenor de esa experiencia, sabía perfectamente cómo acabaría. «Piensa, Antonio, piensa», se dijo, ahora sí, alarmado. El ruido de aquel par le indicaba que estaban cada vez más cerca, que llegaban ya al dormitorio, apenas a unos pasos de donde se hallaba él, acurrucado, detrás de la puerta del despacho, descubriéndose sin mucha sorpresa con la mano en la *chaira* que escondía en el fajín.

Advirtió los pasos rudos, las pisadas más leves a su vera, los suspiros y jadeos, nuevamente el silencio y la cama que protestó cuando cayeron los cuerpos, enredándose fogosamente. Cusó podía ver, desde el resquicio de la puerta entornada, las sombras de aquel hombre y de la mujer arrancándose la ropa, arrodillados en la cama, jadeando de deseo, uno enfrente del otro. Vislumbró un torso desnudo y viril, oscuro y compacto como una amenaza, el fogonazo de luz de unos pechos femeninos, redondos y succulentos, donde el hombre enterró el rostro antes de derribar con violencia a la mujer y cabalgarla como a una jaca hasta que ella explotó en jadeos y gemidos. Allí se quedó Antonio, la diestra tensa en la navaja, esperando el chillido de alarma, la irrupción del dueño de casa —¿era o no era, Antonio?— alertado por la mujer si esta alcanzaba a descubrirlo. No supo cuánto tiempo estuvo así. Pero al cabo sólo escuchaba respiraciones que se iban sosegando, luego murmullos, un borbotón de murmullos, seguramente las palabras que se dedicaban los amantes exhaustos en la oscuridad, después del amor.

—Es muy fácil —se dulcificó la mujer de pronto, como emergiendo del laberinto de bisbiseos que tenía en alerta a Cusó quien, agarrotado, continuaba detrás de la puerta del despacho sin atreverse ni a pestañear.

—Es muy fácil, es muy fácil... —se escuchó la voz repentinamente amoscada de Candelas—. Muy fácil, joder, y después al que ahorcan es a mí.

—Para ello sería necesario que te atraparan... y eso no va a ocurrir. —Se escuchó el acomodarse inquieto de un cuerpo en la cama—. Ya lo hemos repasado todo: la puerta, la señal, la disposición de la casa..., ¿qué más necesitas? Los criados duermen en el otro lado del palacio...

—Necesito entrar antes y verlo yo mismo.

—¡Eso es imposible!

—Pues no hay trato.

—Cobarde.

Cusó escuchó el estallido brutal de una bofetada y al instante un grito sofocado.

—Mira, mi alma, mejor cuidas tu lengua, que me tienes hasta los cojones con tus aires de reina.

Otro silencio.

—Está bien —se oyó al fin la voz femenina con un acento en el que, por debajo de la claudicación latía otra cosa, más dura y amenazante—. Intentaré colarte en el palacio. Pero tenemos que buscar una manera de hacerlo. No podemos correr riesgos.

—Pues busquemos la manera. Más riesgos corro yo si no me hago una idea exacta de a dónde dirigirme cuando llegue el momento.

—De acuerdo. Aunque eso nos retrasará un poco todo. Convenceré a mi señora para que ofrezca una fiesta en palacio. Se ha resistido a ello mucho tiempo, pero la convenceré, verás. Cuando todo esté listo y se anuncie el baile, te encargarás de asistir y yo me ocuparé de llevarte a donde corresponde, con el debido sigilo. Pero debemos de tener paciencia. No quisiera precipitarme y que sospeche algo.

—Tú convéncela de que organice ese sarao y yo asistiré.

Luego unas risas, un silencio caldeado de movimientos, y nuevamente el trasiego de los cuerpos, los jadeos y el rumor apagado de las voces. Al fin decidieron irse de allí, pero sólo hasta que Cusó pudo oír el retumbar de las ruedas del coche en que se marcharon, no se aventuró a salir de la casa...

—Y eso es todo lo que he averiguado, señores.

—Que no es poco y sí preocupante —dijo Balseiro haciéndole una seña al Cuclillo para que les trajera otra jarra de vino.

—Bueno, aquí cada uno va a su aire, así hemos quedado desde siempre, ¿verdad? —contemporizó el gallego Mérida, y el Mañas asintió pensativo.

Y aunque tenía razón, el largo abandono de la capitánía de la banda por parte de Candelas los estaba poniendo en una situación confusa, difícil y de poca solución. Quizá debían hablar directamente con Luis y hacerle saber lo que habían descubierto, «aunque no todo y mucho menos el modo, claro», agregó Balseiro tranquilizando a Antonio Cusó, que se revolvió en la silla al escuchar esto. Simplemente le pedirían que se decidiera entre sus propios negocios y los de la banda. Y si quería seguir a su aire ellos lo aceptarían sin resentimientos. Cada uno por su camino y santas pascuas, fue armando el

argumento Ramón Cusó, mirando de tanto en tanto a su hermano y a los demás. ¿Qué les parecía? Quizá Candelas se aviniera a entrar en razones. Porque, después de todo, la banda siempre era una garantía de soporte y ayuda en las malas rachas. El propio Candelas lo había organizado de esa manera, separando parte de las ganancias para el compañero que caía en manos de la *pestañí* o que era herido y quedaba en malas condiciones para seguir trabajando. Y el mismo Candelas no estaba libre de que esto no le ocurriera, ¿verdad?

—Pues no, claro.

Entonces quizá a Luis se le pasaría la calentura. Porque Ramón Cusó estaba seguro de que todo ello, el repentino alejamiento y eso, se debía sobre todo a una mujer, a aquella con quien lo había pillado su hermano Antonio. De hecho, la mayoría de líos en los que se metía Candelas tenían que ver con mujeres: desde que abandonara a Manuelita en Zamora, a los pocos meses de casados, y se regresara a Madrid, Candelas había hilado conquista tras conquista. Primero con Lola, que aunque era la hembra del Frasco —el más bravo banderillero de la cuadrilla de Juan León— no dejaba de frecuentar a ricachones y aristócratas. E incluso tuvo sus amoríos con el rey Fernando y el de Alagón. ¡Hay que joderse! Y no contento con la Lola, que movió Roma con Santiago para sacarlo de la cárcel las dos veces que lo atraparon, el rufo no tuvo impedimento en amancebarse con Paquita, la mejor amiga de la Naranjera, aprovechando que esta ya no pasaba por su piso en Lavapiés, sino que se había instalado en la plazuela del Biombo, donde le ha puesto cuarto galante el marqués de San Telmo, pusilánime boquirrubio que la ama de manera sofocante y algo cándida. Y hay más, claro. La propia Josefa, la mujer del Sastre, que ni siquiera disimula sus ardores y se frota como al descuido cuando llega Luis a lo del Cuclillo, que es donde Josefa pasa más tiempo que en su casa, bebiendo a porrillo Valdepeñas y chismorreando con Manuelilla, otra que tal, pues aunque apenas ha cumplido los quince ya mira soñadoramente a Luis. Y la Colasa, que regenta un puesto de casquería y desperdicios en la plazuela de la Cebada y que a punto estuvo de clavarle el cuchillo de faenar a una que llaman la Rosario y con quien se tiró de los pelos por culpa de Luis. Y otras muchas, sin mayores distingos, eso sí. Mancebas de la calle mayor, mozas lavanderas, cigarreras, señoritas de alcurnia, cantantes de ópera y hasta se decía que una señora hembra de la nobleza,

casada y con hijos, asunto menor, al parecer, cuando se trataba de encamarse con Candelas. Pero todas tienen algo en común, naturalmente. Son mujeres guapas, féminas de tronío, rompe y rasga. No había pues nada que hacer.

Quedaron entonces el gallego Mérida, el Mañas, los Cusó y Balseiro que esperarían un poco a que nuevamente apareciera Candelas y que, con mucho tino y juicio, le dirían todo aquello que habían rumiado. Luis entendería, se dijeron más para tranquilizarse que por otra cosa: se avendría a razones. Que mirara si no la chapuza por la que había tenido que abroncar al cabronazo de Villena, cuando otros seguramente le hubiesen dado *mulé* sin contemplaciones. Y se marchaba tan cachazudo, Candelas. A ver si aparecía pronto porque así no podían seguir. Y continuaron todavía un buen rato discutiendo, proponiendo fórmulas, maneras de abordar a Luis y resolver así el asunto que les traía desasosiego y preocupación.

Ya era muy tarde cuando Antonio Cusó, alegando cansancio después de tanto madrugón y amanecida, se despidió de los demás. No estaba nada tranquilo cuando se alejó de la taberna del Cuclillo despacio, con el calañés bien calado hasta las cejas. Remontó aquel corto tramo de la calle Imperial hacia la calle de Toledo, de cuyos zaguanes escapaba el rumor de las voces de la vecindad. Quiso distraerse un poco y tal vez encontrar compañía femenina. Pensó en acudir a donde el tío Macaco, pero al instante se desalentó, ganado por una malsana desazón. Y es que no había contado todo a sus compinches, Cusó. Porque después de aquel episodio en la casa de la calle de la Estrella donde se ocultaba Candelas, él había decidido seguir con la pesquisa. Y luego de darle muchas vueltas al asunto, convino que lo mejor era seguir a la criada zaragozana con la que Candelas planeaba aquel atraco del que pocas frases se había dicho. Sí señor, eso haría. Y esta misma noche, además.

Gloucester Road, Londres, 1886

Llegado a este punto de mi narración, me es imposible avanzar escamoteando uno de los episodios más duros que me ha tocado en suerte vivir y que, insensatamente, había deseado experimentar con todas mis

fuerzas. Mal haría en pasar de puntillas por él, impedido por un excesivo celo respecto a la sensibilidad del lector. Me refiero a la nefasta guerra entre los liberales cristinos y los facciosos adeptos al infante Carlos de Borbón.

Por fin una tarde, a mediados de abril, mientras se dilataba mi estancia en el palacio de Leganitos (y era alanceado por misivas impacientes de Borrow...), recibí carta de lord Elliot, encargado de una misión diplomática del más alto rango, conminándome a partir sin demora hacia el norte de la península, donde él se entrevistaría con los jefes del ejército de la reina Cristina y los de la guerrilla carlista, que comandaba por ese entonces el implacable Zumalacárregui. Yo asistiría a aquella convención en la que el representante inglés y su secretario, el coronel John Gurwood, intentarían por todos los medios si no una conciliación, al menos una tregua.

Llegó el día de partir. Pese al bien pertrechado regimiento con el que emprendimos la marcha rumbo a mi cita con lord Elliot, el viaje resultó en extremo peligroso. Pero peor aún las secuelas de lo que vi y que hoy, muchos años después, aún me despiertan con sobresaltos, dejándome desvelado, intranquilo y mustio.

Como ya he referido, mi presencia, completamente prescindible en aquel momento histórico, se debía a los afanes y gestiones del embajador Villiers a quien, como también ya se ha contado, conocí gracias a mi padre. Elliot, un hombre joven, de vestimentas sencillas y sin adornos, sagaz y profundo conocedor de la situación española, ya se había entrevistado con el infante Carlos de Borbón en Segura, quien lo derivó desdeñosamente al cuartel de Zumalacárregui —apodado *el tío Tomás* por sus tropas, que lo querían y admiraban— para acordar los términos del convenio. Y nosotros debíamos encontrarnos con ellos en un punto que nos aclararían a medida que nos acercábamos a nuestro destino, pues los caminos estaban infestados de guerrilleros y de los susceptibles hombres del ejército del norte, exasperados por la aplastante derrota sufrida hacía muy poco en un lugar llamado Artaza. Aquello fue un desastre táctico del general al mando de las tropas isabelinas, explicaría años después Fernández de Córdova, y que le costó la vida a cientos de bravos, «sacrificados en la aspereza y lobreguez de aquellas sierras por sus propios hermanos de armas», como explica en sus memorias. No era pues el mejor momento para viajar, pero partí con Mariano y con el propio Borrow rumbo a ese encuentro que mi espíritu juvenil esperaba con ardor.

Aunque no fuese a luchar, sería un espectador realmente privilegiado de las maniobras diplomáticas de mi país para darle a aquella guerra algún viso de humanidad. Es necesario insistir en que la guerra española despertaba el repudio y concitaba el horror en Europa por la crueldad y la sevicia con la que ambos bandos se ensañaban con el enemigo. Tan pronto eran fusilamientos indiscriminados contra la población, como se organizaban juicios sumarísimos con los rehenes o se perpetraban salvajadas dignas de los indios norteamericanos. Incluso los propios soldados de la *British Legion* tanto como los *peseteros*, es decir, las tropas francas liberales, eran degollados sin demora cuando caían en manos enemigas. Los caminos estaban literalmente sembrados de cadáveres putrefactos de los contendientes, cuyo mareante hedor se anunciaba leguas antes de alcanzar aquellos agujeros infernales. Los pueblos humeaban destrozados al paso mortífero de unos y otros, dejando una desolación de ajusticiamientos que no disculpaban ni a los niños ni a las mujeres, cuyos cuerpos abiertos en flor convocaban enjambres de moscas y hambrientas aves de rapiña que, ahítas en aquel festín de oprobio, ni se inmutaban a nuestro paso. Aquella experiencia marcó hondamente mi espíritu sí, pero no como yo inocentemente había imaginado. ¿La guerra? Una macabra fiesta de sinrazón y odio, asomarse al abismo más negro del alma humana, eso es la guerra. No quiero cansar ni conturbar el ánimo del lector con la descripción de aquellos horrores para los que un hombre jamás, ¡jamás!, está del todo preparado. Solo añadiré que el convenio, finalmente, luego de marchas y contramarchas, se llegó a firmar y en algo suavizó una contienda fratricida que no obstante se prolongaría por muchos años y de la que aún quedan secuelas que tardarán en cicatrizar..., si alguna vez lo hacen.

Todo el camino de regreso resultó en extremo penoso para mí, que disimulaba como podía mi impresión, sobre todo ante Mariano y don Jorgito. El primero se hallaba cómodo guerreando y despachaba con eficacia asuntos de estrategias con los generales, pues no tardó en dejarnos atrás para unirse a una partida que buscaba aniquilar a los facciosos que reparaban fuerzas, según supimos, a unas leguas de donde estábamos, camino de Eulate. Nos dimos un abrazo sin decir palabra y mi primo salió al galope con un contingente de pocos hombres a su mando. Borrow, por su parte, no podía ocultar su orgullo de que la firma del convenio hubiese servido, por lo pronto,

para salvar la vida de veintisiete presos tomados días antes en Artaza y que iban a ser fusilados sumariamente al día siguiente de nuestra llegada a Asarta. Y así lo consignaba en su despacho para el *Morning Herald*.

Hubo menos peligro en este trayecto, pues fuimos acompañados por Zumalacárregui hasta Estella, donde esperábamos reunirnos con el general Valdés para que rubricara el convenio. Este era el ministro de Guerra de aquel entonces y, harto de que ni Quesada, ni Rodil ni Espoz y Mina hubieran podido acabar con la guerra hasta ese momento, decidió trasladarse él mismo al norte y hacerse cargo de la campaña sin intermediarios. Por desgracia, gran parte de culpa del desastre ocurrido en Artaza, y que dejó el camino expedito para que Zumalacárregui conquistara el país de los vascongados, fue suya. No estaba el general en aquel pueblo donde se suponía debíamos darle el alcance y tuvimos que ir a Logroño, donde nos indicaron que lo encontraríamos, como así fue.

Me llamaba la atención la frialdad y el temple guerrero de Zumalacárregui, quien cabalgaba al lado de lord Elliot comentando animadamente las acciones y parecía de buen humor, ajeno a las lacónicas respuestas del comisionado inglés, que le había llevado como presente un antejo de campaña que, según supe, había pertenecido al gran Wellington, lo que satisfizo sobremanera al general carlista. Este sugirió en un momento de aquel trayecto que parásemos en el convento de Irache, donde «unas monjas muy guapas preparaban el mejor chocolate de la región». ¡Como si estuviéramos de feliz paseo por el campo! ¡Como si no nos rodeara el hambre y la muerte por todos lados! Yo comía con desgano y no con el apetito voraz de los otros. Borrow debió notar lo alicaído de mi ánimo porque gran parte del camino adelantaba su cabalgadura hasta situarla al lado de la mía para dedicarse a contarme muchas de sus aventuras con los gitanos, que lo respetaban e incluso lo creían no un *busné*, como a los demás, sino uno de los suyos, debido a lo bien que se manejaba mi amigo en el idioma de esta etnia de origen egipcio. También nos había llamado a todos la atención, recién iniciada nuestra expedición en aquel país, cuando se dirigió a una mujer para que nos ofreciera algo de comer y, ante la desconfianza y rechazo de la aldeana, Borrow dijo algunas frases en vascuence, lo que cambió de inmediato el semblante y la mala predisposición de la dicha mujer, que nos regaló con torreznos, huevos y unas azumbres de leche con los que aliviamos

nuestra hambre. Creo que desde ese momento barruntaba don Jorgito una traducción del Evangelio a ese idioma endemoniado que ni los propios españoles de otras regiones entendían. «Ciertamente, usted sería más valioso a las órdenes de nuestra majestad que al servicio de esa Sociedad Bíblica para la que trabaja», le comentó el coronel Gurwood, que al parecer no tenía mucha confianza en dicha entidad, a saber por qué. Borrow apenas lo miró al contestar que era un leal súbdito de su majestad, pero sobre todo lo era de Dios, y que su verdadera labor consistía en salvar almas de las garras papistas. Y señaló con un dedo todo cuanto veíamos, como indicando los cadáveres, las aldeas humeantes, los hombres fusilados, los niños y mujeres muertos de inanición con que tropezábamos a cada paso.

De manera que a mi regreso a Madrid me sentí desazonadamente enfermo, sucio, asqueado, lleno de confusión y remordimientos que hacían castañetear mis dientes por las noches. Pedro debió notarlo así, pues aunque no dijo nada, se esmeró con más cariño que nunca en que me distrajera. Por lo pronto, decidió que encargaría mi instrucción en las habilidades de la esgrima a manos del maestro Peñuelas, promovió paseos por su bella finca de El Capricho, organizó nuevos y más elegantes bailes en el palacio de Leganitos y me presentó a sus más conspicuos amigos, entre ellos a algunos de quienes guardo los mejores recuerdos, como Federico Madrazo o su prima Encarnación Camarasa, de labios y ojos siempre embravecidos por una marea de emociones cuyo afluyente principal era en esos días el singular hacendado peruano Álvarez de Cobos cuya presencia, dicho sea de paso, levantaba el sarpullido de la desconfianza en la quisquillosa piel de mi primo. No faltábamos tampoco a otros bailes de máscaras, en aquel Madrid para el que la guerra en el norte era cosa remota, un Madrid frívolo y empeñosamente festivo, pues desde Santa Catalina a la Cuaresma, estas fiestas se sucedían sin descanso. Asistí a las famosas y cosmopolitas de los Mariategui, a las muy lucidas de los Aristizábal y a las rumbosas de Commoto; a las de la bella sobrina del duque de Arión, cuya anciana madre tenía como extravagante mascota a un loro de nombre *Pericles*; a las fastuosas recepciones del embajador ruso D'uvril y su mujer, llamada por sus amigos Catiche. Y a las del sinuoso embajador sardo, el conde Solaro, ameno, culto e intrigante como un cardenal del Renacimiento. Acudía además a las numerosas tertulias que tanto gustaban a Mariano, especialmente a las del afable aunque algo

atolondrado Patricio Escosura, en la calle de Amor de Dios; a la de Campo Alange, más ligera, y a la de una jovencísima brasileña sobre la que es necesario detenerse un momento, pues años después jugaría un papel tan decisivo como discreto en la vida política española. Mi buena amiga María Buschental estaba casada con un financiero de Estrasburgo, aunque de nacionalidad uruguaya, y pronto sería el centro de atención de todos quienes caían seducidos por su belleza y su encanto. Era discreta pero no pacata, sagaz como pocas mujeres de ese entonces, y su cabecita de rizos azabaches bullía de ideas modernas que a menudo no resultaban bien comprendidas, incluso entre los liberales de aquella España recién constitucional. Pero aún así, andando el tiempo, su casa se convirtió en uno de los salones más visitados —y deseados— por políticos, nobles y escritores.

Por ese entonces María era muy joven, ya digo, y sé que poco después hizo buenas migas con la marquesa de Alcañices. Nada más conocernos en el palacio de Leganitos, saltó entre nosotros una chispa de mutua y cordial inteligencia que, andando el tiempo, se convertiría en una relación de fraterna amistad. María tuvo ocasión de demostrármelo en un trance particularmente difícil que viví durante aquellos años intensos, como se contará oportunamente y rogando nuevamente paciencia al lector, que verá todos estos cabos que he ido soltando aquí y allá unirse, entramarse, en una aventura bastante singular, por decir lo menos.

Asistí además a otras muchas casas particulares donde también, a qué negarlo, por esos años y gracias a mi primo el marqués de Terranova, junto con el duque de Casasola y el de Santiago, me solacé en los secretos más dulces del amor galante con las camaristas y azafatas de algunas fiestas más encendidas y algo libertinas. Todo lo cual terminó por distraerme de los horrores vividos en el norte, pero también por acercarme más y más al meollo de una historia confusa y terrible que tenía que ver con el propio Pedro y su amada Inés. Mi primo encendió así, sin saberlo, la llama de una pesquisa que ha durado hasta hoy. La historia de una poderosa familia, los Spínola, y la maldición que pesaba sobre ellos desde siglos atrás, por culpa de un collar de belleza inconmensurable y que atraía todos los males a sus poseedores, como averigüé después, y entre los cuales se encontraba la hermosa Inés de Silva Bazán como última depositaria de aquella joya fastuosa que pocos alcanzaran a ver brillando en su cuello.

Pero mejor vayamos poco a poco. He pasado muchas horas aquí, con la luz débil de mi candil alumbrando estos folios que escribo con apuro, y las sombras de la noche ya avanzan detrás de mis ventanas. Estoy cansado. Y viejo. Pero si cierro los ojos, recuerdo la belleza lustral y algo atormentada de Inés y entiendo fácilmente por qué mi primo se enamoró de ella.

Encogido en una mesa al fondo de aquella taberna con olor a col recalentada y pies sucios, anestesiado por la jarra de vino que ha vaciado de dos tragos, ajeno al bullicio de los manolos que hablan a gritos y se calientan con las trotonas que beben con ellos, Cusó intenta ordenar sus pensamientos. Su presencia no pasó inadvertida a los parroquianos, de manera que se vio obligado a aceptar a regañadientes la compañía que le ofreció la Chicharrona, quien lo saludó efusivamente al verlo entrar, disputándose de inmediato sus atenciones con Marita Galante, porque ambas saben que cuando Antonio viene a divertirse es pródigo en vino, comida... y duros. Pero también ambas se dieron cuenta al momento de sentarse en sus rodillas y hacerle carantoñas que el barbilucio no estaba esa noche de humor y, cuando eso era así, mejor lo dejaban sólo. Porque Cusó, con su porte de señorito y sus maneras distinguidas, podía confundir a cualquiera: en el fondo era un mala bestia capaz de romperle una jarra en la cabeza al que osara meterse con él y, si veía que era menester, manejaría la *chaira* sin el menor remordimiento. Por eso también ninguno de los hombres que beben y cantan en las mesas cercanas ha dejado de mirarlo de reojo, calculando cuántos cuartillos de vino se va tomando el rufo y si es necesario marcharse con donaire y prudencia antes de que se le despierte la oscura entraña que late en su interior. Ya ha sucedido en alguna otra ocasión y el socio de Luis Candelas es de temer, coinciden todos. Pero Cusó no está hoy de humor ni para zalamerías ni para pependencias. Sólo quiere pensar con calma en lo que ha decidido hacer esta noche: seguir a la misteriosa mujer del calesín, a la doncella zaragozana con la que, a juzgar por lo oído la otra noche, Candelas está conchabado. Ya no le cabía duda alguna.

Y es que no se había quedado en absoluto tranquilo desde aquella vez en que estuvo a punto de ser pillado por el propio Luis en su casa. Cusó no está seguro al ciento por ciento de que aquel hombre fuese Luis, claro. No le pudo ver el rostro, pero oyó su voz. Y con eso le basta. Esa era su casa, una de la que nadie había tenido noticia hasta que él contó de sus pesquisas en la

taberna del Cuclillo. Fantaseó: ¿Qué hubiera sido de tu vida si te descubren, agazapado como un ladronzuelo tras la puerta que comunicaba dormitorio con despacho? Ahora no valdría ni un maravedí. Gracias seguramente a la providencial Virgen de Atocha, de la que él era fiel devoto, no había pasado nada y más bien pudo aclarar algo de lo que ocurría con Candelas, con sus misteriosas idas y venidas, con sus súbitas deserciones durante semanas y que habían culminado con aquel episodio en el que, por culpa del hijo de puta de Villena, todos habían perdido la oportunidad de llevarse unos buenos cuartos. Y de la manera más fácil.

Desde un principio, Cusó estuvo de acuerdo con Luis —todos lo estuvieron— en que la banda atracaba, robaba y asaltaba, pero si se podía evitar sangre se evitaba. Desde entonces había sido así y a ellos, venidos de la truculencia más sórdida de Madrid y alrededores, aquello que en un primer momento los amoscó, luego terminó por convencerlos o incluso hacerles entender que les confería a sus golpes un donaire y un lustre diferente, una chulería de buen tono al que las otras bandas de Madrid —y del reino entero— no podían aspirar ni en sus más remotos sueños. Porque la banda que con el tiempo había formado Candelas no tenía parangón, no señor. Ni los más viejos, como el tío Macaco, ya retirado de golpes y asaltos, o el propio Cuclillo, recordaban cosa similar. Y así, de manera natural, Luis se había ganado por una parte el respeto de todos aquellos que pedían formar parte de su organización; por otra, la furia de la policía que no cesaba de buscarlo, y por otra más la envidia de los que, como Villena, se creían injustamente desplazados a los extramuros del prestigio por la fuerza magnética de Candelas quien, por si fuera poco, perfumaba las tertulias elegantes de todo Madrid con el fulgor de su nombre, desplazando muchas veces del interés de la gente incluso a la maldita guerra que se libraba en el norte y que amenazaba con llegar a Madrid de un momento a otro. De acuerdo, pues, nada de sangre. Pero al Sastre le tenían que haber dado muerte en represalia por el cobarde asesinato de aquel infeliz catalán que intentó defenderse cuando los sorprendió en su cuarto de la pensión, rebuscando entre sus cosas. El pobre se quedó helado, apoyado en el quicio de la puerta, pero al segundo enrojció, abalanzándose contra ellos desmañadamente, bufando y rugiendo, y Cusó se hizo a un lado con cálculo y frialdad. Un par de bofetones hubieran sido suficientes para aplacar al tío, Antonio lo sabía de sobra. Sin embargo,

Paco sacó la faca y se la clavó con furia en el abdomen. Él pudo distinguir en los ojos el placer de matar que invadió a Villena en ese instante. Ese tipo les acarrearía desgracias, Luis, le había dicho a Candelas una vez que se citaron en la taberna del Cuclillo, después de salir a la estampida y sin el dinero. Nos va a desgraciar, insistió, porque se hartaba de Valdepeñas y se iba de la lengua. Era peligroso tenerlo con ellos. Era peligroso tenerlo vivo. Pero Luis nada hizo, más que darle una reprimenda como si el Sastre fuese un simple pícaro de esos que pululaban por los alrededores de Sol pidiendo limosna y bolsiqueando a los desprevenidos.

Cusó ordenó otra jarra de vino y encargó una para la mesa donde ahora la Chicharrona y Marita se sentaban con un par de capigorriones. Le guiñaron un ojo, levantaron las jarras, él hizo lo mismo y siguió remando, recuerdos adentro, para intentar descifrar ese enigma que era Luis Candelas. Y es que cada vez estaba más sorprendido de todo lo que en este tiempo había averiguado acerca de la otra vida de Luis, se dijo, encendiendo la tagarnina y chupando con avidez hasta quedar envuelto en una nube de humo. Cada vez que tenía ocasión, Luis iba de señorito, de *lyon*, de galán de mujeres de alcurnia y de damas de sociedad. Era cierto pues, lo que comentara Lola tiempo atrás, que creía haberlo visto en el Paseo del Prado, cuando ella iba acompañando a un marqués quintañón y enamorado, y se cruzó su calesa con la de un pisaverde en la que sin embargo descubrió o creyó descubrir a Candelas muy bien vestido de petimetre. Después de todo, era verosímil. Candelas había demostrado una inaudita capacidad para la metamorfosis: no sólo cuando se hizo el bobo disfrazado de obispo —y el propio Antonio fungió de ayudante—. También cuando se transformaba para sus golpes en Elías Salcedo, pasante de un bufete de abogados (aunque a veces mancebo de platero), o de Ricardo Oliveros, funcionario de Patrimonio Nacional, o de Luis Lucio Cagigal, covachuelista en la calle Mayor... No, no era de extrañar. Pero aquellos disfraces eran para cuestiones oportunas, papeles fugaces que cumplían con acierto su función y desaparecían para quedar como una obra ligera, apenas unos ropajes y unas maneras engullidas por las aguas del pasado. Y sin embargo, este disfraz de currutaco no es disfraz, cree entender Cusó. Es la otra personalidad de Candelas, aquello que en realidad siempre ha deseado para sí: ser un aristócrata, un cortesano, un calavera con clase. Cusó supo del dolor y la humillación de Luis cuando de muy joven

pretendió entrar como oficial a la milicia y se le rieron en la cara. A lo más que podía aspirar él, simple hijo de carpintero de Lavapiés, era a soldado, le dijeron. El mismo Candelas lo contaba cuando se le iba la mano con el vino, los ojos entrecerrados por el rencor, el puño apretado con fuerza, como si estrangulara el pescuezo de su destino. Porque lo cierto es que Luis era inteligente como ninguno, dueño de un aplomo y unos modales que ya quisieran para ellos muchos *pollos* de esos que colman las tertulias de moda. Escribía con fluidez y había leído unos buenos libros, de eso Cusó estaba tan seguro como de que con ellos, con la banda, disimulaba tan extravagante afición. Le gustaba la música y el buen teatro, al que Cusó empezó a aficionarse por acompañarlo de vez en cuando a las funciones del Príncipe, precisamente, donde vieron algunas obras como *El rapto*, *La pata de cabra*, *La conjuración de Venecia* o *La viuda de Padilla*, que a él le gustó mucho. Y qué decir de aquellas hermosas actrices cuyos nombres Cusó recordaba con una punzada de rencor y envidia, pues Candelas solía llevarse a la cama a muchas de ellas, inalcanzables estrellas para ti, Antonio: la Mariana Castillo, María Goce, Dolores Lamadrid o Matilde Saavedra...

Pero Candelas tenía, a qué dudarlo, una violenta inclinación al mundo donde ellos se movían. Y desde muy pequeño, además. Cusó fue sabiendo de aquello por frases sueltas, comentarios de quienes lo conocían desde hacía mucho, como Balseiro, que había sido el líder de una banda enemiga de la que comandaba Luis, cuando apenas eran todos unos rapaces y se enzarzaban en violentas batallas allí por la pradera de Las Vistillas. Balseiro contaba el valor de Luis para retarlo a pelear con *chaira*, a él que le sacaba una cabeza y ya había visitado la cárcel de Corte, mientras que Luis para esos menesteres era virgen, apenas un chaval de inexplicable mala leche y peores juntas, que hacía sufrir a la madre y decepcionaba al padre. ¿Quién era en realidad Candelas?, se preguntaba Cusó sin alcanzar una respuesta que lo satisficiera del todo. De manera que a los pocos días del espinoso episodio en el que casi se vio descubierto en casa de Luis, se puso manos a la obra para seguirle la pista a la criada del banquero francés. Y había decidido que este era el momento indicado. Miró con disimulo su reloj. Estaba seguro de que esta noche por fin averiguaría el secreto de Candelas. Últimamente la criada hacía muchas visitas a la casa de la calle de la Estrella. Reclamó un último cuartillo de vino esperando la hora de salir en pos de aquella joven.

Gloucester Road, Londres, 1886

Con ese conocimiento enciclopédico del hampa española que me había demostrado, no era pues extraña la confianza con la que Borrow hablaba de aquellos robos atribuidos a Candelas, el ladrón que era el terror de Madrid, el quebradero de cabeza de la policía y el fuego que alimentaba las tertulias de esos años.

Al parecer, el ladrón de Lavapiés no tenía reparos en robar a plena luz del día, en tiendas o casas de comerciantes o funcionarios con posibles. Hurtos, estafas, latrocinios de poca monta, picardía pura que parecía destinada a aliviar con unos pocos cuartos el hambre de esos días en que la guerra, las rebeliones de guardias y las conspiraciones constantes contra la reina Cristina desabastecían Madrid y sólo quedaban a salvo de tales contingencias los ricos, para quienes jamás faltaba ni buen vino ni delicadezas venidas de los cuatro extremos del Reino. Y, por supuesto, de más allá, de París, Londres, Estambul o Venecia. En cambio, el pueblo, la gente común, pasaba serios apuros para conseguir un porrillo de vino o un poco de hortalizas, no se diga ya carne, y tenían que contentarse con frutas pasadas, menestras y casquería, bofes y huesos de jamón, según escuchaba yo comentar a los criados en casa de mis primos y por lo que me confiaba Marcelino, el joven que me habían destinado como paje de cámara. De manera que tales robos eran apenas alivios que se permitían los miembros de eso que Borrow llamaba, entre admirativo y condescendiente, la gallofa madrileña, reunida en fondas y tabernuchas de mala muerte. Y que mi amigo parecía frecuentar con más asiduidad que yo las elegantes tertulias del Príncipe, Sólito o Lorencini. Don Jorgito aparecía por estas últimas muy de tarde en tarde, una vez que acababa sus exigentes jornadas enviando despachos para el *Morning Herald*, traduciendo el Nuevo Testamento al idioma de los gitanos, o bien al regreso de esas correrías que lo llevaban donde su amigo Benedicto Mol o a las fondas donde los gitanos le convidaban a Valdepeñas, fascinados por ese inglés que parecía un auténtico *caloré* como ellos y no un maldito *busné*, como según supe nos llamaban a todos los demás. Allí Borrow hablaba con

desenfado y aprendía el idioma de esos singulares amigos suyos. Pero además, siendo el lugar de los gitanos merodeado por bandoleros, asesinos y estafadores de toda laya, se hablaba acerca del gran Candelas, al que muchos afirmaban conocer. Y también entre ellos surgía ahora la duda respecto a la autoría de aquellos robos tan distintos a los habituales, en los que Candelas actuaba con su banda. Porque de pronto los golpes se tornaban más arrojados y llenos de intrincado talento, según supe durante mis amenas caminatas madrileñas con George Borrow. Pues bien, para mi amigo las víctimas eran invariablemente señorones de ringo rango, comerciantes acaudalados, viudas ricas que vegetaban en palacios inmensos y aristócratas con una legión de lacayos y gente a su servicio. Todos carlistas o entusiastas de aquel pérfido Borbón. ¿Cómo podía ser?

Por eso mismo, amigo, insistía Borrow mientras dábamos uno de esos paseos que casi siempre rematábamos tomando una horchata en Lorencini, por eso mismo: se trataba sin duda de dos ladrones y no solamente de Candelas, de quien don Jorgito llegó a afirmar, quizá algo temerariamente, que *creía* haberlo conocido personalmente, como afirmaban también otros, aunque con más ligereza, creo yo, simplemente para darse cierto empaque de hombres de mundo, de conocedores de la *bribia* madrileña, con el tan comprensible como inconfesable deseo de ver estremecerse de delicioso miedo a las señoras y acaparar así su atención aunque fuera por un momento, sentir las temblar y buscar con esta excusa el brazo protector del galán. Como si, no sé si me explico bien, la fugaz presencia de Candelas en la vida de estos melifluos caballeros que ocupaban su tiempo en tales fruslerías les concediera una parte alícuota de su marginalidad y peligro. Ventura de la Vega y el joven, y algo pasmado, marqués de San Telmo, el *marquesito*, como lo conocían en la Corte, también insinuaban que habían trabado relación con el rufo. El uno en circunstancias de envite y hombría, y el otro por interpósita amante, que según afirmaba —sin que nadie le creyera— tenía por tal a la que también lo fuera de Fernando VII, una tal Lola *la Naranjera*, que además se veía con el susodicho Candelas. Pero a diferencia de aquellos, Borrow no parecía ni exagerar ni mentir.

Recuerdo claramente cuándo le oí por primera vez aseverar esto de que había conocido personalmente al caco más buscado del reino. Fue en el Café del Príncipe, bebiendo a sorbitos el jerez que alguien había puesto en sus

manos, y todos los convocados allí —Espronceda, Vega, Grimaldi, Ros de Olano, Hartzenbusch, el propio Mariano, Federico Madrazo y otros que no recuerdo, quizá Escosura, tal vez Carnerero— no pudieron menos que intercambiar miradas de recelo y hasta de contenida sorna. Don Jorgito, que se daba perfecta cuenta del efecto que causaban sus palabras, ni se inmutó. Antes bien, pareció sentirse más cómodo entre tanta desconfianza, como si aquello extrañamente cimentara mejor la argamasa de sus argumentos.

Había compartido unos Valdepeñas con él, estaba seguro. Las descripciones que de Candelas se hacían y se multiplicaban en plazas y tertulias eran las mismas que él descubrió en el rostro de ese madrileño de patillones de hacha, fajín morado, perfecta dentadura y ojos oscuros que los gitanos le presentaron en el Café de la Alegría, ya unos meses atrás, casi cuando mi amigo recién llegó a Madrid proveniente de Portugal. Un fino e inteligente conversador, afirmó de Candelas. Para ser un mozo de Lavapiés, a ver si nos entendíamos, aclaró. De voz rotunda y maneras casi casi refinadas. Y un aura de peligro que no disimulaban sus modos de dandy. Pero esa no era la cuestión, señores, se desdecía, como restando importancia al hecho singular de que lo hubiese conocido.

Y es que para Borrow estaba claro que mientras Candelas robaba en comercios y asaltaba caminos —llegando incluso a robarle al embajador francés, *monsieur* de Colincourt, y a su mujer, sin derramar una gota de sangre—, el otro ladrón se encargaba de desvalijar casas de aristócratas, dijo mirándonos a todos desafiante, como buscando al púgil que quisiera batirse con él (la metáfora viene al caso porque George Borrow era además un buen boxeador). Y estos aristócratas, añadió al ver que todos callaban esperando sus palabras, tenían una particularidad en común: eran abierta o encubiertamente carlistas.

Aquello soliviantó aún más los ánimos de la tertulia, pues la guerra recrudecía en esos momentos con saña: poco antes, el tío Tomás y sus leales estuvieron a punto de romper la defensa de Bilbao, y casi toman dicha plaza, como habían tomado tiempo atrás los pueblos cercanos de Deusto y Abando. Y así hubiera ocurrido de no ser porque la Providencia estuvo, una vez más, del lado de los cristinos: el bravo militar al mando de los facciosos recibió un balazo en la pierna. La herida parecía no revestir gravedad, pero días después se le complicó, derivando en una septicemia que finalmente le causó la

muerte, acaecida poco más tarde. Pero si el norte parecía ya asunto relativamente fácil de resolver con Zumalacárregui muerto y sus tropas desmoralizadas, en el resto del país no parecía todo tan sencillo. Una vez fusilado el general carlista Manuel Carnicer, Ramón Cabrera, el llamado Tigre del Maestrazgo, se había constituido hacía muy poco en el comandante general interino del Bajo Aragón, y organizaba con nuevos bríos las fuerzas de la facción, perseguidas con especial celo por el ejército cristino. De manera que el tema estaba en boca de todos, y no había tertulia en la que no se especulara acerca del dramático acontecer de la guerra. Que Borrow especiera aquel guiso contundente con un nuevo aliño podía ser tomado como una ligereza o incluso como una temeridad, más aún viniendo de un extranjero que llevaba poco tiempo en la Villa y Corte. Pero el inglés, imperturbable, tozudo, insistía en su fluido español lleno de sentencias y proverbios, que había una serie de «pistas» que hacían pensar que se trataba de dos ladrones, y no de uno, los que traían de cabeza a la simplona aunque brutal policía madrileña.

—No tiene mucho sentido que en algunos casos deje un guante, curiosamente en casa de los aristócratas a los que desmantela sin piedad, y en otros sus latrocinios sean simplemente hurtos inteligentes pero sin mayores vuelos, más propios de eso que aquí se denomina «la gallofa». Además, según dicen algunos testigos, en este último tipo de robos siempre va acompañado de unos cuantos compinches. Algún columbrón, alguien que hace de caleta... Ya saben.

Todos guardaron brusco silencio al escuchar recitar a Borrow aquellas germanías, y pude advertir en los ojos de algunos el espejeo de la incredulidad.

—Lo hace para despistar, es inteligente —retrucó Ventura de la Vega, quien no podía ocultar cierta simpatía romántica por Candelas, con quien, como he explicado, afirmaba haberse batido en duelo a primera sangre en cierta ocasión. Era bastante diestro el caco y casi lo adelanta con una estocada, se señaló vagamente el brazo mirándonos a todos, como queriendo sorprender la suspicacia en nuestro semblante. Supo que era Candelas, agregó encogiéndose de hombros, sólo cuando este había partido con sus padrinos...

Pero todos sabían que Veguita, como lo conocían sus amigos, era bastante fantasioso y dado a la especulación delirante.

—Esos datos son contradictorios. —Escosura, tan pálido siempre que parecía aficionado a beber vinagre, miró a los demás—. No le vamos a exigir mucho a los alguaciles, que deben ver en cada robo la mano temible del tal Candelas. Y esa mano les da de bofetadas sin que nunca sepan de dónde vienen.

Todos rieron.

—Es cierto que no hay que pedirle peras al olmo —admitió Borrow inasequible al desenfado que se pretendió filtrar en la charla—, pero es innegable que hay una pauta muy distinta en cada atraco. ¿Primero comerciantes de género y luego palacios? ¿En un momento simples baúles de viajeros y después joyas por un monto de varios cientos de miles de reales? Lo siento, señores, no me lo trago. ¡A otro perro con ese hueso!

Debo confesar que a mí me fascinaba el lenguaje moderno y preciso que usaba Borrow, ya dueño de toda la atención del Parnasillo, y que a veces me costaba seguir con seguridad. Era cierto, tenían que admitir de buena o mala gana, unos y otros, que Candelas a veces no parecía Candelas. ¿Y si era verdad que había dos ladrones? ¿Y si en lugar de dos fueran tres o más? Poco a poco fueron sumándose otros a la teoría de don Jorgito el inglés, y la conversación terminó en un lío de voces, especulaciones y chanzas de las que pronto Borrow se desentendió, como si las aguas de la charla, sazónada con clarete y vino peleón, hubiese descendido a un nivel al que no condescendería jamás ni para remojar el más trivial de sus argumentos. Mi amigo sabía muchas cosas, pero también daba la impresión de callar otras tantas. Porque en su mutismo y en sus elipsis, en la forma en cómo súbitamente se desentendía de la charla que él mismo había provocado siempre latía la inquietante sensación de que era dueño de un conocimiento sobre Candelas mucho mayor del que daba cuenta ante los demás. Tal pasó en aquella oportunidad que refiero.

A mí, ya digo, me subyugaba la historia del tal Candelas, y no dejaba de darle vueltas, fascinado por ciertos golpes realmente intrépidos. Pero quizá esté siendo algo inexacto al decir que mi interés de aquellos días tenía que ver con Candelas y sus robos. No, no es del todo cierto, porque en realidad el total de mis afanes, mi curiosidad entera y mi alegría más profunda empezaban a escorarse poco a poco hacia un único propósito: conocer mejor a la deliciosa Alicia de Cisneros, a quien empecé a merodear con el

encendido arrebato de mi juventud, a ratos ensombrecido por su repentina deserción de mis requiebros y a ratos lleno de euforia por la sonrisa coqueta que condescendía a regalarme. Alicia: Cómo olvidar que tras ese andamiaje de seguridad y aplomo palpitaba el más delicado y femenino de los corazones; que debajo de aquella piel suave y que se me antojaba sabrosa y dulce como un melocotón, vibraba un alma intrépida y al mismo tiempo fragilísima. Tiempo tendría de conocerla mejor, cuando juntos vivimos una aventura de la que precisamente Borrow fue el protagonista. No. Los años no han borrado su recuerdo del todo.

El duque de San Carlos se pasó el dorso de la recia mano por la frente, dibujó una veloz reverencia y dejó la espada en manos de un paje. Osuna hizo lo mismo. Ambos amigos quedaron un momento mirándose en silencio y luego se turnaron para refrescarse en el barreño que se había dispuesto en una esquina del *Gymnasium*.

—Estás muy descentrado, Pedro —gruñó Pepe Carvajal, quitándose la camisa empapada en sudor y secándose con una toalla.

Osuna hizo un esfuerzo por sonreír. Pero era cierto. No había aguantado ni dos asaltos, pese a que Carvajal estaba en baja forma y en más de una ocasión ofreció los flancos desguarnecidos para que él pudiera meter por allí el estoque veloz, como tantas otras veces. Pero en esta oportunidad, por mucho empeño que quiso poner, le fue imposible concentrarse. Su cabeza estaba a leguas de allí. Incluso el maestro Peñuelas le sugirió que cancelara la cita de aquel miércoles, pero Osuna prefirió no hacerlo. «Sería muy malo que resultase herido, excelencia», advirtió Peñuelas antes de irse de la biblioteca, la noche anterior, dejando a Osuna a solas con sus pensamientos, la barbilla hundida en el pecho, un índice apoyado sin convicción entre las páginas de un libro.

—No es nada, Pepe —dijo sin mucho interés en fingir—. Creo que tengo algo de fiebre, eso es todo.

San Carlos empezaba a desatarse el calzado y lo miró de reojo con estudiada indiferencia. Estuvo a punto de decir algo, pero pareció pensárselo mejor, porque apenas abrió la boca para soltar un bufido. Luego de aliviarse con el agua del barreño y secarse a conciencia, bebieron un poco de champaña y tomaron unos melocotones que un criado les dejó en una

bandeja, comentando sin mucho interés las noticias de la guerra que llegaban casi siempre tardías y confusas. Pero agotaron pronto aquel tema, temerosos de enfangarse para siempre allí, en ese laberinto de horror y pólvora, como al parecer sucedía con las tropas cristinas, incapaces de desbaratar las sorprendidas acciones de la guerrilla facciosa, que poco a poco avanzaba hacia la capital del reino. Hablaron entonces de la reciente insubordinación de la Milicia Urbana, asunto que tuvo que resolver el general Quesada a sablazos, pero que dejó a todos con muy mal sabor de boca, porque era evidente que se avecinaba una crisis de las gordas y el Gobierno de la reina no podría resistir mucho tiempo tales remezones de inconformismo y destemplanza. «Menuda panda de golfos tenemos en el Gobierno», tronó San Carlos, y miró de reojo a Osuna. Pero este se limitó a asentir mientras bebía un sorbo de su bebida.

Carvajal advirtió también —así conocía a su amigo— que había dos temas de los que Pedro Osuna no iba a decir nada, al menos por ahora: Inés era uno de ellos. Desde hacía tiempo, el duque se había ido volviendo más y más reticente a hablar de la marquesa de Alcañices, y ni en las muchas fiestas y tertulias a las que iba parecía aliviarse en algo de esa melancólica desazón que apocaba su rostro. El otro tema vedado tenía que ver con el peruano aquel al que le había cogido verdadera ojeriza. «No es para tanto, Pedro», empezó a decir Carvajal la otra tarde, cuando bebían café después de la copiosa comida semanal que los reunía aquí mismo, en el palacio de Leganitos, y Osuna alzó una mano tan perentoria que dejó descolocado a San Carlos. No quería decir una palabra sobre el asunto, Pepe. Su voz sonó cortante como un pedernal y los demás comensales carraspearon incómodos. Carvajal lo miró con la perplejidad reflejada en sus ojos, pero rápidamente entendió que no debía continuar por aquel desfiladero de palabras, de manera que trinchó un trozo de pichón estofado, se sirvió un poco de vino y brindó por la amistad. Y es que pocas veces Osuna, de natural amable y apaciguador, usaba aquel tono con nadie. Y mucho menos con su buen amigo San Carlos. Continuaron bebiendo y charlando de otras cosas: la inevitable guerra, las trifulcas entre exaltados y moderados, la más reciente tertulia de la bellísima María Buschental, pero para todos los comensales resultaba claro que la alegre embarcación que era aquella «cámara alta», de habitual distendida y proclive al jolgorio, encalló en un roquerío de incomodidad. Era evidente. Ni siquiera Santiago, tan dado a llevar las cosas al terreno de la

chanza, quiso en esa oportunidad buscarle un ángulo fácil a la frase de Osuna y se limitó a mover el bigotillo de un lado a otro, como cada vez que algo lo incomodaba, y a alzar su copa para brindar.

Carvajal pensó entonces que estando los dos solos todo sería distinto. Y acaso más fácil que Pedro abriera la espita de sus confidencias, pero ahora entendía que esta vez se equivocaba. Sentados en una banca corrida, mordisqueando los dulces melocotones y bebiendo champaña frío, el duque de San Carlos decidió pasar como de puntillas por todo aquello. Era evidente que Pedro estaba en otra parte, claro, pero Carvajal sabía que en esos casos era mejor dejarlo un poco a su aire. Se encogió de hombros, encendió un cigarro y hablaron entonces de las novedades teatrales, de las reposiciones que Grimaldi estaba empeñado en hacer de su *Pata de cabra*, y de *Clotilde*; de esa bella y talentosa Bárbara Lamadrid que había irrumpido pocos años atrás en las tablas madrileñas causando una pequeña conmoción entre los aficionados al teatro la noche que interpretó *La huérfana de Bruselas*.

—Tendrías que ver entonces a la hermana pequeña. Teodora, creo que se llama. Tiene quince años, pero es exquisita —dijo Carvajal entornando los ojos.

Comentaron luego los libretos que escribían Larra, Espronceda y Vega, quienes no dudaban en recitar fragmentos de los mismos en cuanta tertulia y sarao se les dispusiera para tal fin. Hablaron de las lindas camaristas que se daban algún que otro garbeo por Las Delicias; coincidieron en que, como salón de baile, este resultaba mucho más divertido que el Vensano, claro. Hablaron finalmente de Henry y sus afanes para con Alicia, que se esmeraba en jugar con él como lo había hecho antes con Ramón Mesonero y con tantos otros: Hartzenbusch, el duque de Rivas..., incluso el arisco Cea había quedado enredado en sus coqueterías. Hasta que encontró a Salustiano, claro. Así era. El inglesito tendría que aprender a lidiar con una mujer así, dijo San Carlos dando un bocado agresivo a su fruta. Sería cuestión de llevarlo a retozar un poco en la calle de la Fresa, donde Paloma y la Pepita.

—Si el clerigón ese que tiene por amigo, el tal Borrow, no se escandaliza —agregó con guasa.

Al final se rieron un poco y, cuando Carvajal partió, Osuna decidió que lo que le apetecía realmente era un baño suntuoso, largo y tibio, de califa. Sí, eso era. Sumergirse en su tina romana y no pensar más, arrancarse esa

especie de suciedad que era chapotear todo el día en la ciénaga de su abatimiento. Pero sabías que era inútil, Pedro, sabías que cuando ya creías cercana a Inés, esta se alejaba nuevamente de ti. Como un tormentoso espejismo para el sediento. Sí, pero ¿qué podía ocurrir en el caso de que, como se inclinaba a sospechar, Inés también lo amara? ¿Proponerle huir a los confines del mundo para vivir su amor sin que nadie los juzgase? ¿Existía tal lugar, Pedro? Más pronto que tarde, todo lo que construyeran, el delicado edificio de su amor se vendría abajo.

Después de aquella ya lejana última cita cerca del Manzanares, cuando Inés le pidió que no la buscara más, el duque se replegó lleno de dolor y también de acechanza. Él tampoco se dejó ver más por las fiestas y tertulias de las que siempre había sido partícipe cotidiano, risueño y amable. En lugar de aquello prefirió la soledad de los paseos por El Capricho, donde calmaba su dolor montando a caballo. Pero al poco tiempo comprendió que no le era posible alejarse así de Inés y del mundo todo sin levantar sospechas, murmuraciones, habladurías que tarde o temprano irían a desaguar en la reputación de su prima. Madrid era un hervidero de chismes y más de uno había sido testigo de los encuentros del joven duque con su prima Inés. En el Salón del Prado, primero, y en el canal cercano al Manzanares, después. Y pese a que él se cuidara de que aquellos encuentros fueran lo suficientemente expuestos para no levantar sospechas, tarde o temprano alguien miraría más detenidamente sus acercamientos, repararía en su discreto galanteo. Si es que ya no ocurría en ese mismo momento. Así se lo hubo advertido el maestro, así se lo dejaron saber Pepe Carvajal y Encarnación, los únicos que estaban al tanto de sus verdaderos afanes, de la fiebre que lo consumía.

Por otro lado, su propia hacienda le reclamaba una administración más celosa y atenta. Y aunque Peñuelas era quien prácticamente se encargaba de que toda aquella complicada maquinaria que era cuidar que el patrimonio funcionase sin fisuras, el duque sentía que estaba faltando a esa desmesurada herencia que resultaba —así lo sentía él— más una enorme responsabilidad que un privilegio. Ser un Osuna era eso exactamente, una gravosa responsabilidad y no una mera fuente de solaz y placer, como ingenuamente pensaba Mariano. Ser un Osuna era deberse, de manera indesmayable y siempre digna, al apellido y su legado.

Por otro parte, se dijo el duque, sabía que le era imposible enamorarse de

ninguna mujer, e intentar cortejar a cualquier otra sólo sería como aplicar una tosca cataplasma a una herida demasiado profunda. Sin contar, claro, con el dolor que causaría él a quien no lo merecía en modo alguno. Largo tiempo lo meditó. Las tardes en El Capricho le ayudaron a entenderlo así. De manera que retomó su vida y encontró en sus fiestas y tertulias más que una distracción, un feliz aturdimiento, como cuando se beben unas cuantas copas de champaña: quizá porque albergaba desde entonces la secretísima esperanza de que un día Inés abandonara ese luto que la tenía enclaustrada en su palacio y se aviniera a retomar aquella vida social que parecía por el momento no echar de menos. Gracias a Encarnación, el duque estaba al tanto de las esporádicas salidas de su prima: visitas a amigas, alguna que otra función de teatro o al Real Museo, tan aficionada como era a las artes... Y, gracias también a su linda prima Camarasa, podía enviarle breves e inocentes recados, mensajes amistosos, invitaciones para que acudiera a alguna de las brillantes fiestas que él organizaba en su palacio. Al principio, ella, quizá recordando el último episodio en aquel paseo por el Manzanares, se negó a aceptar ninguna invitación a los convites. Osuna comprendió entonces que la única manera de recuperar la confianza de la marquesa era volver a replegarse en una estudiada y amable indiferencia. Dejó de enviarle mensajes, billetes, cartas, aún cuando estas fueran por demás inofensivas. Pero Encarnación siguió hablando de las fiestas que organizaban los Osuna en su palacio de Leganitos y en El Capricho, sabedora de que Inés las extrañaba. Así, poco a poco, esporádicamente, y con cierto recelo, Inés había vuelto a dejarse ver en aquellos saraos a los que acudía todo Madrid. Una de las primeras veces en que acudió a Leganitos intentó ser firme con su primo y le pidió que no siguiera con sus afanes. Pero en su voz y en el repentino incendio de sus mejillas Osuna advirtió el titubeo de quien está a punto de ceder y, en lugar de insistir, sin saber por qué, se replegó, malhumorado y confuso. Inés, al final, como en tantas otras ocasiones, no asistió a la última fiesta que dio él.

Un criado le anunció que ya tenía listo su baño, excelencia, y Osuna se encaminó a su recámara de aseo. Allí, bien dispuestos en repisas descansaban multitud de frascos de sales, elixires y perfumes que harían aún más placentero su baño, más fugitivo ese momento. El placer voluptuoso del agua le hizo abandonarse y cerrar los ojos, al sentir cómo sus músculos parecían

desentumecerse, aliviados. Un día de estos tendría que poner un baño árabe como el que tiene Alcañices en su palacio, pensó vagamente, un auténtico baño de sultán con azulejos, piscinas sedantes y concavidades propicias para relajarse en soledad, como le habían dicho que el marido de Inés disfrutaba. ¿Buscando alejarse así de su mujer, Pedro?

Pero no quería pensar más en ella. Ahora tenía que concentrarse en otras cosas, no más importantes, aunque sí más perentorias, se dijo cerrando los ojos mientras el criado vertía otro poco de agua caliente en la tina. Pero aún así sintió un estremecimiento recorrerle la espalda.

Cierto, se dijo Cusó entregado al vino y al recuerdo, Luis Candelas era un tipo especial, que tenía un lado turbio y oscuro como el más peligroso callejón de Lavapiés, y otro luminoso como un día en la pradera de San Isidro. Y tan pronto esa vida de majo truculento y licencioso, con cuchillo envainado en la faja y patillas anchas, le gustaba tanto como los suaves guantes de cabritilla y el pantalón color mahón a juego con la corbata. Era capaz de trasegar Valdepeñas áspero y a porrón acompañado de queso un poco rancio antes de fumarse una simple tagarnina, tanto como de encargar los pichones estofados más exquisitos a Genieys para culminarlos con miel de la Alcarria y queso de Villalón. Y regarlos, como hizo una vez, con un borgoña superior. Y rematar todo aquello con licores finos y unos cigarrillos turcos de gran calidad que sirvieron para que a la admiración de Cusó se le acercara la pavesa de la envidia: un espléndido y torvo fuego que alimentó su silencio la noche entera, mientras los demás se limitaban a disfrutar de tales extravagancias de su jefe sin preguntarse el porqué de todo aquello. Se conformaban con darle palmadas en el hombro, ¡qué grande, Candelas!, y a mirarlo con una admiración más bien perruna. Postigo, Balseiro, el Sastre, Mérida, el Mañas y los demás hubiesen disfrutado de aquella comilona igual que si hubiese sido el humilde puchero que preparaba la hija del Cuclillo, que no estaba nada mal, pero vamos. Y los detalles de su atuendo, ¿eh, qué me dices, Antonio? Las botas de fina piel con las que a veces aparecía, la camisa de liviana batista, la saboneta holandesa que pendía del chaleco y en la que él consultaba con gesto elegante la hora... Detalles, esbozos, pequeñas fugas que remataban el dibujo complejo de Candelas, habitualmente vestido como ellos, pero capaz de bajarle los humos a cualquiera con el frío glacial de su

mirada, de batirse sin que se alterase el semblante lo mismo usando una faca que una espada: Ya había ocurrido. El año pasado, por San Antón, recordó Antonio bebiendo otro sorbo de vino, ajeno al bullicio de la taberna. El asunto fue con un señorito que se había acercado con los amigos a rematar una juerga donde Traganiños, muy cerca de Jacometrezo.

Allí mismo ellos bebían vino y jugaban a los naipes. Entonces, el calavera golpeó aparentemente sin querer a Candelas y le hizo derramar, nada, unas gotas de vino, pero por las que no se dignó ni a mirar ni mucho menos a pedir disculpas. Candelas se volvió y lo reconvino con afabilidad, como se le habla a un amigo algo inoportuno, pero Cusó y los otros advirtieron ese siseo como de serpiente que envenenaba la voz de Luis sin que los extraños lo advirtieran... Como no lo advirtió aquel infeliz en cuya cabeza reventó, al no contestar a la reconvención de Candelas más que con un encogerse de hombros indiferente y malencarado, el recio jarrón de vino, que de inmediato se mezcló con la sangre y la sorpresa de los otros, todos súbitamente de pie, unos la mano en la faca y otros en el cachorrillo ya cargado: carajo con los *pollos*. Pero no hizo falta. Antes de que uno de los acompañantes del desmayado se llevara la mano al arma, ya Candelas le había cruzado la cara con la punta de su cabritería. E impelido por el mismo movimiento terminó por clavarla en la mano de otro, que aulló de pasmo y dolor, soltando el cachorrillo, que se disparó, alarmando a los parroquianos. En los ojos de Candelas había una calma que ponía los pelos de punta, recordaba Cusó. Los lechuguinos se fueron de allí en medio de un reguero de sangre y voces de alarma, juramentos, insultos. Candelas dejó unos cuartos de más al patrón, «por las molestias», y anunció que se iba, le habían chafado la noche, se ciscaba en Cristo. Cusó pudo advertir en ese instante lo mucho que Luis deseaba domeñar a la fiera que había escapado de dentro de él, como si esa parte bestial lo desconcertara.

No tuvo tiempo para mucho arrepentimiento. A los dos días se acercó uno de aquellos calaveras, el semblante adusto, la barbilla insolente y una mano vendada: venía como emisario del amigo herido para retar a Candelas. Que se presentara con sus padrinos a primera luz del próximo martes, día de San Antón, en el puente de Segovia, si no tenía inconveniente. No, claro que no, faltaría más. Y si pistolas o espadas, agregó sin escuchar la displicente respuesta de Luis. Dio media vuelta y se fue. Candelas se encogió de

hombros, recogió la esquila que el otro le dejó sobre la mesa y siguió bebiendo vino como si tal cosa. Pero todos habían tomado buena nota de la ofensa que significaba el que el retador no hubiese aparecido en persona, señalando así que no consideraba a Candelas un caballero de su clase. El día citado, Luis acudió al despuntar el alba, con Mariano Balseiro y el gallego Mérida como padrinos, donde lo esperaba el otro, un mozo pálido y de levita que temblaba de frío o de indignación, dando pasitos nerviosos al inicio del puente de Segovia, acompañado por sus padrinos y el médico que es habitual en estos trances. Nadie más fue y por lo tanto nadie más fue testigo de lo que ocurrió ese amanecer de enero barrido por el viento rabioso y helado que soplaba del Guadarrama, pero lo que contaron al regresar Mérida y Balseiro estaba teñido no sólo con la sangre de aquel insolente, sino con la admiración con la que ambos contaron el episodio del duelo. No sabían que Luis fuera tan buen espadachín, ¡rediós! Pese a que Candelas propuso batirse a primera sangre, el otro se engolfó en que el duelo debía ser a muerte. Era pálido, vivaz, muy flaco. Quizá peruano, por el acento y sus maneras afectadas, recordó Balseiro. O de por ahí. Luis se encogió de hombros como resignado a las intemperancias de un demente y a los tres minutos de combate ya había herido a su contrincante en un brazo y en el abdomen. Pero el *pollo* no se rendía. Reiniciada la pelea, ambos dieron vueltas y vueltas buscando el flanco débil del oponente, mirando uno con furia y fiebre, el otro con helada displicencia. Finalmente, Candelas arrinconó al calavera de tres estocadas vertiginosas y sorprendidas, le hizo tropezar y caer de espaldas y finalmente se lanzó para clavar el estoque en el cuello mortalmente expuesto de aquel desgraciado. Pero dicen que a medio movimiento se detuvo, como si de pronto hubiese perdido todo interés en el duelo. Se marcharon de aquel lugar dejando al infeliz y a sus padrinos confundidos, más pálidos aún, exhaustos de miedo. No acabó allí la cosa: una semana después recibieron en la taberna una misiva dirigida a Candelas. El retador expresaba floridamente su agradecimiento y manifestaba su respeto por la bravura y caballerosidad demostrada por Candelas. Y firmaba don Buenaventura José María de la Vega y Cárdenas, conocido por los suyos como Ventura de la Vega, que quedaba a su disposición para lo que fuese menester.

Sí, se dijo Cusó apurando otro sorbo de vino, ese también era Luis: alguien capaz de sacarse de la manga un recurso, un saber, una inusitada

habilidad que nadie esperaba.

El caso es que esa noche en que estuvo a punto de ser descubierto en la casa de la calle de la Estrella, Cusó entendió algo importante: saber que Candelas tenía una doble vida no era apenas algo digno de mención. De hecho, al notificarlo en la taberna ninguno de sus secuaces pareció del todo sorprendido, pues más les preocupaba la desertión de Luis —sin cuyas estrategias se iban al garete sin remedio— que el lado fantasmal y operístico de su jefe. También era cierto que toda aquella bribia que Luis capitaneaba con la hidalguía de un general apenas podía presumir de imaginación o, menos aún, fantasía. Y eso, Antonio, a ti te sobraba. Por desgracia. Lo que faltaba saber era qué le reportaba verdaderamente esa otra vida. Cusó estaba cada vez más seguro de que había algo mayor allí, algo más que un deseo por experimentar de manera vicaria la vida que se le había negado por ser un simple mozo de Lavapiés. Y quería averiguarlo. Por eso se decidió a seguir a la mujer. ¿Aquella criada zaragozana? Cusó no estaba ciento por ciento seguro, pero todo parecía indicar que sí. Debía seguirla y confirmarlo. Además, continuar tras Candelas empezaba a tensar demasiado esa cuerda invisible con la que había lazado a Luis en sus andanzas por la ciudad: un riesgo que Cusó no quería correr. Porque desde un tiempo a esta parte le rondaba un mal presagio, una mezcla de arrepentimiento y aprehensión que apenas lo dejaba dormir.

De manera que volvió a consultar su reloj, dejó unas monedas sobre la mesa, se ajustó el calañés y salió de la taberna. Una hora más tarde estaba apostado en una esquina de la calle de la Estrella. Pero no iba a pie. Días antes le había pedido a un amigo de la Cava Baja que le alquilara por unos pocos cuartos un simón de los que empleaba para llevar a los comerciantes de un lado a otro de la ciudad. Total, él no lo usaría por las noches, que era cuando Cusó precisamente lo iba a necesitar.

Arreglado el precio con el caporal y sabiendo que debía armarse de paciencia, se dedicó a esperar y a que se le esfumaran los vapores del mucho vino bebido. Embozado en una capa gruesa, fumando sin tregua, fantaseando con esa vida oscura de Luis Candelas, Antonio entretuvo unas cuantas horas hasta que por fin, por la esquina más alejada de la calle y cuando en el cercano convento de Portacoeli de los clérigos menores dieron las diez, vio aparecer, como invocado por el tañido lúgubre de las campanadas, el calesín

rojinegro y lustroso que llevaba y recogía a la misteriosa señora de casa de Candelas. La vio salir, apresurada como un mal presentimiento, embozada en una dulleta oscura y larga como una levita. Y la siguió con discreción una vez que el coche pasó raudo a su lado, sin fijarse en él, que fingió dormir como un cochero esperando a su amo. Azuzó al escuálido jamelgo, dio media vuelta en la calle y traqueteó detrás del calesín sin señas distintivas.

CAPÍTULO VII

Contempló con detenimiento el cuadro una vez que los criados lo colgaran en la pared elegida y se esfumaran de la sala, dejándolo a solas: el toro empitonando con furia ciega a un despavorido caballo mientras el matador se inclina en una torsión imposible, con una mezcla de espanto y rencor que tensa sus músculos hasta alancear al bruto enajenado. En la secuencia siguiente, la que no se ve, pero que uno puede imaginar, se desparramarán las tripas del caballo, ¿un caballo cordobés?, y se dará la posterior caída del rejoneador, despavorido, frente a la multitud que aúlla y jalea, ya no se sabe si al hombre o al animal. Es un grabado hermoso, empapado de vida en la medida en que lo está de muerte, de asco y barbarie. *Toro bravo* es la imagen perfecta de la secuencia en la que un toro destripa a Pepe Hillo, zarandeándolo con el cuerno derecho como a un monigote antes de dejarlo en la arena despanzurrado, agónico, frente a una multitud que ruge en éxtasis.

Osuna odia las corridas de toros —quizá tanto como el abogado Olózaga, con el que no comparte mucho más—. Le parecen todo lo alejado que se pueda de la civilización, la barbarie de un país que es el suyo y que ama y que detesta con la misma intensidad. Pero los grabados del sordo este, del temperamental Goya, le fascinan sin remedio. Quizá porque le recuerdan de manera estremecedoramente cercana lo que ahora mismo están viviendo a unos cientos de leguas de allí los combatientes del bando cristino y los facciosos liderados por Zumalacárregui, que persistió hasta su muerte en su feroz asedio a Bilbao, en ese norte arisco y sórdido donde la gente se está matando con una violencia sin parangón, según quienes vuelven asqueados y enfermos, como el propio Henry, demasiado joven —e inglés, para mayores señas—, y entre los que se cuenta el buen Fernández de Córdova, militar fogueado en mil batallas, que el otro día, aquí mismo, al ser preguntado por la

resistencia del ejército cristino ante las tropas carlistas, se quedó callado, bebiendo un sorbo de champaña como quien se enjuaga un asco profundo. Y todo eso a él le hace dudar sobre las buenas intenciones de los liberales, a cuya causa sin duda se adscribe. Por añadidura, el Gobierno, una vez destituido Martínez de la Rosa —qué hombre más vacuo, por Dios—, ahora estaba en manos del conde de Toreno, y aunque Osuna le tenía en estima, porque Queipo de Llano era valeroso y de seguro menos dócil que *Rosita la pastelera*, se estaba echando encima a todos los exaltados, a todos esos políticos empantanados por su zafia furia y ensordecidos por su atroz ruido. Los progresistas no le perdonan a Toreno que, habiendo sido cuñado de Rafael del Riego, tras su paso por el exilio en Londres, París y Berlín, hubiese vuelto convertido en un moderado. Y ahora presidente del Consejo de Ministros, nada menos. ¡Pobre el viejo conde! Decían en el Estamento que no iba a durar mucho en el puesto.

El caso era que de no ponerse de acuerdo todos los liberales, la guerra estaría perdida. Porque ni la Francia ni la Inglaterra querían arriesgar un sólo real en apoyar a la causa isabelina, pese a que veían con horror el regreso del absolutismo de la mano del infante Carlos. Prusia, Rusia y Austria se frotaban las manos encantadas, como tres viejas arpías, aunque *Herr Raymond*, el nuevo embajador de esta última potencia en Madrid, jurara y perjurara que ellos querían y respetaban el Gobierno de Cristina y la próxima entronización de la pequeña Isabel...

Y la reina Cristina en medio de todo aquello, más preocupada por ese romance absurdo con el guardia de corps..., ¿sería cierto que en realidad se habían casado en total secreto? Aquella noticia le cayó a Osuna como un cubo de agua fría. Una cosa era el romance clandestino y otro el matrimonio con aquel hijo de un estanquero: ¿Ahora el escudo de los Borbones llevaría además de lirios las cajetillas de tabaco de los Muñoces? ¿Quién se lo comentó? Encarnación, claro, el otro día en *El Capricho*.

La tarde había transcurrido sombría, y su prima iba sentada junto a él, en la delicada carretela tirada por cuatro dóciles ponis. Ya habían recorrido todos los paseos: el de los enebros, el de los olmos, el de los álamos. El viento traía el leve aroma dulzón de las lilas —las flores preferidas de la abuela Josefa— que crecían aquí y allá. Habían perdido de vista a Henry y a Alicia de Cisneros, que cabalgaban juntos, con indisimulables ganas de estar

a solas, y ellos finalmente se detuvieron frente al pequeño lago donde tanto les gustaba perderse de pequeños. Y de no tan pequeños, también... Encarnación había estado hablando sin parar, las mejillas levemente encendidas, rozando sus manos como al descuido. Y él intentaba por todos los medios no pensar en Inés, en lo poco que había podido retenerla a su lado hace unas semanas, en el baile que ofreció en palacio, por cuyas habitaciones y cámaras la persiguió disimuladamente, buscando un momento de intimidad, temblando de deseo, disfrutando con el rubor que coloreaba delicadamente las mejillas de Inés al alejarse, al tomar una copa de champaña y volverse a hablar con otras mujeres, en la tensión de su espalda cuando él deslizó su mano por la delicada piel desnuda en algún momento, en el leve olor a rosas que desprendía su cuello empolvado, en sus labios, que él apenas pudo rozar en un momento, encajonándola contra la pared de un salón alejado del bullicio, apretando su inflamada hombría contra el cuerpo femenino antes de que ella se escabullera... Y probablemente por todo eso, en el último momento, ella había decidido no asistir a este paseo que él propuso, con Henry, Alicia y su prima Encarnación. Fue precisamente entonces cuando esta, que no paraba de hablar mientras Osuna conducía reconcentrado y sin mucho humor, se refirió a aquel romance entre la reina y su guardia de corps, ese tal Agustín Muñoz, con quien al parecer había contraído matrimonio. Ya algo había oído Osuna, de boca de la condesa del Campo de Alange. Pero Manuelita Negrete, todos lo sabían, era una mujer de lengua afilada y mala uva, y cuando dijo aquello de que «Cristina era una mujer casada en secreto y públicamente embarazada», nadie la tomó en serio.

—¿Casados? ¿Y tú cómo lo sabes, quién te lo dijo?—preguntó el duque. Encarnación siguió mostrando su sonrisa fresca y alegre, que dulcificaba su rostro de natural más anguloso.

—¿Quién me lo dijo? Pues Luis. No sé cómo hace para enterarse y...

—¿Álvarez de Cobos? ¿El peruano ese? —Osuna dio un brusco tirón a las bridas y los ponis se encabritaron un poco antes de reanudar su trotecillo ágil y nervioso.

El duque pudo ver cómo Encarnación se aferraba instintivamente para no caer, ante el movimiento de la carretela.

—Al principio pensaba que estabas celoso, Pedro —dijo ella al fin y su rostro volvió a ser algo duro y agrio, esfumada la placidez que había

mostrado hasta ese momento—. Y, la verdad, he de confesarte que me encantaba esa idea. Pero veo que no es así, que simplemente te cae fatal; que no lo tragas, como se dice.

Osuna tuvo la visión fugaz de dos siluetas descabalgando contra el sol que se ponía entre los árboles. *Alicia y Henry*. Iba a contestar con una formalidad, pero decidió decantarse por la verdad.

—Tienes razón, Encarna. Hay algo que no me convence en ese hombre. Me gustaría que no lo vieses más. No hubo terminado de pronunciar la última palabra y ya se había arrepentido, Osuna. Encogió los hombros, como para aguantar un repentino chaparrón. El rostro de su prima se crispó violentamente. Le temblaba un poco la barbilla cuando habló:

—¿Y quién eres tú para decirme a quién debo ver y a quién no? ¿Crees acaso que soy una de tus malditas posesiones?

La mano de Encarnación buscó ásperamente las del duque, obligándolo a tirar de las bridas.

—Querida...

—Déjame bajar, Pedro, prefiero ir andando.

Encarnación descendió no sin dificultad del coche, pues ella, a diferencia de Alicia de Cisneros, jamás se hubiese atrevido a vestir pantalones de amazona. De manera que, levantando con ambas manos el ruedo de su voluminosa falda, se encaminó decidida hacia el palacete, al final de aquel sendero.

—Encarna...

—¿Por qué crees que no lo he invitado a acompañarme? —interrumpió ella con furia, volviendo su rostro enrojecido, intentando al mismo tiempo no tropezar con los arbustos.

—No me hagas imaginar la razón, querida. —El duque de Osuna bajó de un salto de la carretela y se acercó hasta su prima.

Ella continuó esquivando charcos y piedras con Osuna unos pasos detrás, replegado y confuso, pidiéndole disculpas encarecidas. Por fin Encarnación se detuvo, todavía sin mirarlo, bufando del esfuerzo que imprimió a aquella breve caminata. Los tirabuzones de su cabello se habían pegado a las húmedas mejillas. Él se acercó cauteloso, observando los hombros femeninos, pensando de inmediato en Inés, y esa imagen hizo que fuera alcanzado con la fuerza de una pedrada por la repentina rabia y al mismo

tiempo por la pena de saber de la imposibilidad de su amor. Un desasosiego inmenso latía en su pecho, un asco le colmaba la boca. Mírate, Pedro, incapaz de aceptar que Inés no te ama y que aún si pudiera sería imposible. Y tú estropeándole el momento a Encarna, que sólo te da ánimo y confort, su amistad y su dulzura...

El caso es que después de mil ruegos y zalamerías logró que su prima le perdonase el exabrupto y se aviniera a subir a la carretela para proseguir el paseo, aunque algo decididamente se había estropeado. Cuando llegaron al palacete que se alzaba al final de aquel sendero de columnas con fontanas y bustos de mármol, hizo que un criado les sirviera un poco de champaña frío y llevó a Encarnación hasta un saloncito de sillones recamados. Allí pudo conversar con ella, explicarse, o al menos intentarlo. No era que le cayera mal el caballero peruano, querida mía, mintió Osuna, simplemente quería cerciorarse de que tuviera honestas intenciones para con ella.

—¿Como las tuyas con Inés? —se revolvió Encarnación, y el duque la miró sin parpadear, sombríamente.

—No sé qué tiene que ver Inés en esto —dijo el duque con vacilación, mirando su copa antes de volver a escanciar champaña y sin poder evitar que se le derramara un poco.

—Tiene que ver: nadie te dice que lo que haces no está bien, que asedias y acosas a una mujer casada. —Encarnación lo miró severamente y alzó una mano enérgica—. No he terminado. Sé muy bien lo mucho que la amas. Y creo que ella también. Pero está casada. Es lo que hay. Sin embargo, nunca te he reprochado tu conducta. Antes bien, te he ayudado en lo que he podido, me he portado incluso como, como... ¡la vieja Celestina entre Calisto y Melibea!

Osuna recordó la obra aquella y no pudo dejar de sonreír para sus adentros por la comparación de su prima. Sin embargo protestó:

—No seas tan dura contigo, Encarna.

—Entonces permíteme serlo contigo. —Los ojos de Encarnación chispearon como las burbujas en su copa—. He estado a tu lado y te he apoyado en esta empresa loca que consiste en querer a Inés para ti. Y cuando aparece un hombre en mi vida, lo apartas y lo retiras de tu posible afecto sin darle ninguna posibilidad de hacerse merecedor de él. Lo desprecias —y aquí se le quebró la voz—, que es como despreciarme a mí.

Al oír esto último, Osuna cayó de rodillas ante su prima y buscó las manos femeninas, ahora preocupadas en limpiarse torpemente las lágrimas.

—He sido un verdadero necio, amada Encarnación, y te pido de rodillas, te suplico que me perdones tan fea y poco afectuosa conducta. Verás que haré lo posible para distender la situación con el americano. Lo prometo.

Un esbozo de sonrisa se dibujó entonces en los labios de Encarnación, pues Osuna sabía muy bien que entre las muchas virtudes de su prima una de las primeras era la ausencia total de rencor.

—¿Me lo prometes? ¿Me prometes que al menos intentarás verlo de otra manera?

—En la próxima oportunidad que se presente. Te doy mi palabra.

Encarnación lo miró con picardía y puso una mano en la rubia cabellera del duque, como si fuera un mozuelo. Venga, que se levantara de una vez, susurró. La discusión parecía ya cosa lejana y olvidada, olvidada como debería estar la pena que le afligía el alma a Encarnación Camarasa por la súbita y enigmática desaparición de Luis. ¿Dónde estaba?, se preguntaba, ¿sería cierto lo de su intempestivo viaje a Valencia por cuestiones de negocios que la guerra y los constantes asedios carlistas no permitían desbrozar, como aseguraba el peruano? Pero nada dijo de esto y se esforzó en conversar de manera natural con su primo.

Allí los encontraron Alicia y Henry, momentos después. Se hacía tarde y debían partir de regreso. Ya Osuna había ordenado a los palafreneros que les prepararan el *charabanc* tirado por cuatro caballos ingleses para recorrer el largo camino que cruzaba el pueblo de Canillejas, rumbo a Madrid...

Durante unos días Pedro quiso convencerse de que debía arrancar de su alma aquel sentimiento oscuro para con el peruano, y que brotaba como de un pozo turbio e incontenible que estaba anegando la estupenda relación que siempre había tenido con su querida Encarna.

Pero ahora, mientras contempla los lienzos sombríos y brutales de Goya que tiene en la cámara destinada a sus mejores cuadros y piensa en todo ello, por fin sabe a qué atenerse. Sintió un mínimo carraspeo que lo arrancó de su contemplación de los Goyas y de sus pensamientos. En la puerta de la cámara, a contraluz, convertido en una silueta, alguien esperaba, como temeroso de romper un hechizo.

—Señor duque— dijo el maestro Peñuelas saliendo de la oscuridad—.

Nuestro informante ha trabajado con extrema eficacia, según parece. Y tiene noticias. Me he permitido decirle que espere en vuestro despacho.

Osuna palmoteó con familiaridad el hombro de Peñuelas y se dirigió a vivo paso hacia la puerta de aquella cámara. Allí, sentado junto a la ventana, esperaba Jacinto Lobo, su informante. Al ver al duque, este se puso de pie de un salto. Era un hombre pequeño, casi enclenque, de ojillos oscuros y minuciosos y maneras torvas de amanuense.

—Tengo muchas noticias, señor duque —graznó, la voz llena de asperezas.

—Te escucho.

Gloucester Road, Londres, 1886

No exageraban pues quienes afirmaban que Inés era una de las mujeres más bellas de Madrid. Pero también era una mujer inteligente y algo granítica, de la que, ahora que ha pasado el tiempo, no dudo que jugaba — quizá con inconsciencia— a entreverar los profundos sentimientos de Pedro, quien no podía ocultar su amor por ella, pese a saber que estaba casada con otro, el marqués de Alcañices, don Nicolás Osorio y Zayas, un hombre algo mayor, amante de los caballos y de la cacería, actividad esta última a la que dedicaba gran parte de su tiempo, dejando a Inés largas temporadas a solas y muy probablemente, aburrída como una ostra: Aquel aristócrata de bigotazos y aspecto severo que había participado —con no muy propicia fortuna— en la carrera de caballos organizada por los Osuna en El Capricho... Pero volviendo a Inés: quizá ella misma, bella, solitaria y vulnerable, también luchaba por no naufragar en el agitado oleaje que despertaban sus propios sentimientos hacia Pedro y de allí sus *sí pero no*, sus huidas y regresos, su enervado coqueteo y su replegada virtud. Mi primo era de una innegable y viril apostura, ya lo he comentado, unos años menor, alto, bravo y elegante como ninguno y, por si fuera poco, vivía profundamente atormentado de amor por ella, como sólo podía estarlo un verdadero romántico de aquellos años algo extravagantes a los que mi querida María Buschental ha llamado, en alguna carta, con un evidente punto de nostalgia por la juventud ya

fenecida, *los locos años treinta*.

Un tarde, en una de aquellas excursiones a caballo por El Capricho que organizaba mi primo para distraerme, me enteré por Alicia que Inés, la bella Inés de Silva Bazán y Téllez-Girón, no había podido superar la terrible muerte de su hermana pequeña, que se suicidó con fósforo. ¿Los motivos? Nadie realmente los conoció, me explicó mi amiga aquel día en que montábamos juntos por el hermoso sendero. La conversación, que empezó liviana y llena de coqueteo, pues yo me empeñaba en galantear y seducir a Alicia, fue emponzoñada de pronto por el turbio matiz de la muerte.

—Se dice que había un amor oculto e imposible —susurró Alicia, como si alguien pudiera escucharnos en aquel paraje solitario. Sólo Pedro y la prima Encarnación paseaban con nosotros, pero hacía rato que habíamos perdido de vista la curiosa carretela en la que viajaban ellos, tirada por unos ponis.

—¿Un amor imposible?—inquirí con cautela.

—Sí —se impacientó Alicia—. Pero no es del todo seguro, pues la familia ha guardado desde entonces un gran hermetismo y no se admite que se hable de ello bajo ninguna circunstancia. Ya sabes que los Téllez-Girón son una especie de voraz enredadera que se enrosca en los blasones de una veintena de familias ilustres. Tú mismo eres uno de ellos.

—Soy Beaufort, sí, pero poco tengo que ver con la Corte —me apresuré a objetar, al ver en los ojos de Alicia avivarse un inesperado recelo.

Cabalgamos todavía un momento más, sin decir palabra, por el bosquecillo de opereta y surcado de senderos primorosos que constituía la finca de mis primos. Al cabo, fue la propia Alicia quien retomó la narración de aquellos terribles hechos: Al parecer, fue su tía Isabel quien la encontró a los pies de la cama, dijo repentinamente y por un momento no supe a quién se refería.

—Desfallecida y convulsa, el aliento a ajo y la piel erupcionada de manchas rojas.

La tía, lejana familiar de los Silva Bazán, quería a aquella niña como si de una hija se tratase y enloquecida de dolor intentó salvarle la vida, pero todo fue en vano. Decían que Inés cayó fulminada al saber de la noticia, que se esparció por Madrid con una rapidez flamígera, levantado en la Villa toda clase de morbosas especulaciones sobre los motivos de tan espantosa

decisión. A Joaquina Francisca no se le conocían pretendientes en ese momento, pero en el inventario confuso de los hechos no faltó quien señalara que a la joven se le veía cada vez más mustia, algo pálida y desatenta, incapaz de entusiasmarse con los preparativos que tenían a su madre, hermanas y primas alborotando todo el día en torno a una radiante Inés, próxima a desposarse con el de Alcañices. Pero nadie prestaba atención a la melancolía de la hermana menor, embebidos como estaban en la organización de la boda, que era uno de aquellos enlaces destinados a marcar época y a la que acudiría el *tout* Madrid. El convite sería moderno y suntuoso como ninguno, según se rumoreaba en tertulias y conciertos: traerían a *monsieur* Jean-Baptiste Leblanc, discípulo del gran Carême, que había sido cocinero de Napoleón, para que se encargara del banquete; una verdadera explosión de rosas, jazmines y violetas señalaría el camino por donde pasaría el engalanado carruaje de los recién casados, después de recibir la bendición nupcial en la hermosa iglesia de San Cayetano; la novia, decían, había encargado un maravilloso vestido de seda en dorados y rojos como no se había visto nada igual a la exclusiva modista Mme. Ninette, quien años atrás confeccionara el vestido nupcial de la mismísima reina Cristina... Nicolás Osario, el marqués de Alcañices, era uno de los mejores partidos de España; sin lugar a dudas, y aunque unos quince años mayor que la bella Inés, estaba profundamente enamorado de quien sería su mujer, a la que había cortejado con empeño, pese a que otros, más jóvenes y apuestos, no habían dejado de hacer saber su interés matrimonial por ella. ¿Por qué se decidió Inés, o más bien su padre, por Alcañices? Porque Nicolás Osario representaba no sólo la madurez, sino también una fortuna de considerables proporciones que aliviaría en algo los apuros económicos por los que —se rumoreaba— pasaban el marqués de Santa Cruz y la condesa de Osilo, los padres de Inés. O quizá porque no querían que ningún apellido opacara el suyo...

—Sea el motivo que fuese —resumió Alicia—, cuando Nicolás Osario le propuso matrimonio a Inés, los padres de esta aceptaron sin objeciones entregarle la mano de su hija.

Con el tiempo, el aún muy joven Pedro de Osuna se enamoró de su prima Inés y, si al principio ella apenas prestaba atención a aquellas zalamerías de *pollo*, terminó por flaquear ante los galanteos del cada vez más apuesto duque de Osuna, quien encontró en la displicencia de Osario, más interesado en sus

excursiones de cacería que en su futura mujer, el resquicio por donde continuar filtrando sus requiebros y suspiros, sus confesiones más encendidas, las declaraciones de un amor que se había propuesto conquistar el más difícil torreón en el castillo, hasta el momento inexpugnable, que era la virtud de su prima. Y todo estuvo a punto de decantarse a favor de Osuna cuando el desgraciado suicidio de Joaquina Francisca hizo que la boda se pospusiera primero y que se tambaleara después, al sopesar Inés la idea de recluirse en el convento de las Salesas Reales.

—¿Y nadie supo entonces la razón del suicidio de su hermana? —insistí.

—Ya te digo que no. —Alicia se mordió el labio inferior en un gesto que yo empezaba a entender de duda y aprensión—. Quizá, como dicen algunos, tiene que ver con la maldición del collar de los Balbases...

La miré de reojo por si me estaba tomando el pelo, pero ella seguía muy seria, sujetando firme y pensativa las bridas de su caballo.

—¿Qué maldición? —me animé a preguntar al fin.

Las aletas de su naricilla vibraron contrariadas y me dirigió una mirada suspicaz.

—¿No sabes nada? ¿Pedro nunca te ha hablado de ese collar?

Recordé aquella copia magnífica de un Velázquez —*La rendición de Breda*— ante la que mi primo pasaba largas e hipnóticas horas en el palacio de Leganitos y de la que me comentó que el tal general Spínola que allí aparecía era el iniciador de la tradición de engastar una perla en el collar que generación tras generación adornaría los cuellos de las mujeres de los Spínola. Recordé también aquella charla fugaz en la que mis primos mencionaron la supuesta maldición del collar que, después de muchas generaciones, había recaído en las manos de Inés, la mujer de Nicolás Osorio, y por lo tanto la más reciente marquesa de los Balbases. Pero no entendía qué tenía que ver la muerte de Joaquina Francisca con esa superstición, más propia de criados que de señores. Naturalmente me guardé mucho de añadir este último comentario.

—Bueno —respondió Alicia—. Se comenta que antes de la boda Inés se probó el collar... y a los pocos días su hermana se suicidó —luego insistió, suspicaz—: ¿En serio no sabes nada de la historia de esta joya?

—En absoluto.

Montó nuevamente, hizo caracolear su caballo y se alejó de mí. Pero

antes de hacerlo me dijo, no sé si con sorna y coquetería, algo bruscamente:

—Entonces averígualo.

La verdad, no me interesaba indagar sobre la supuesta maldición de un collar, como si fuera un crío, de manera que nada respondí a su propuesta, puse mi caballo a la altura del suyo y seguimos cabalgando un momento en silencio antes de que Alicia volviera a hablar, a explicar que, al parecer, hubo quien afirmaba que el suicidio de la desdichada Joaquina Francisca fue motivado por un asunto de jaez amorosa. Se habló de un hombre que la había seducido prometiéndole matrimonio, oferta que no cumplió. Aquello habría desmenuzado de congoja el corazón de una jovencita enamoradiza como era Joaquina Francisca. Finalmente la boda de Inés se realizó, aunque de una manera muy discreta, sin el boato que hubiera querido Alcañices para tal acontecimiento. Al mudarse al palacio de su marido, Inés decidió que la tía Isabel, la que encontró a la agonizante joven, fuera a vivir con ella, quizá para tener el recuerdo de su amada Joaquina siempre presente, quizá para que, dada la familiaridad que las unía, le ayudase a paliar la soledad a la que se vio confinada en el palacio de Alcañices, de quien se afirmaba que al poco de vivir juntos, doblegado por la imposibilidad de levantar el ánimo de su mujer, a la que llevó de viaje por Francia e Italia, se refugió en su gran pasión, la caza, y luego en excursiones que lo alejaban de Madrid por largas temporadas. Y que Pedro, pese a que Inés ya era una mujer casada, no había cejado en su empeño, cada vez menos discreto, de cortejar a su prima. ¿Si aquello le importaba a Nicolás Osorio?, Alicia se encogió de hombros, ¡quién lo sabría!

Nada más dijimos de aquello esa tarde, pero yo no pude dejar de quedarme desasosegado por la historia del suicidio de la joven hermana de Inés y, desde entonces, las pocas veces que la vi me fue imposible no advertir un cierto halo crepuscular que se cernía sobre su belleza, como el melancólico velo que oculta el rostro de una joven viuda. Pero más aún me sorprendía esa mujer aún no mayor, delgada, de atractivo porte, pero vestida siempre como una monja, que la seguía a todas partes, como si temiera que el destino también le arrebatase la vida de su sobrina Inés: la tía Isabel.

El calesín rodaba ágilmente por las callejuelas de la parroquia de San Martín, y después de meterse por la calle de la Justa, pronto estuvo en

Jacometrezo, internándose luego por el sinuoso postigo de San Martín, eclosionado de mancebías de donde surgían voces y risas ásperas, miradas torvas que siguen el paso de cualquier carro que se aventure por allí, a esas horas en que los cafés y fondas empezaban a cerrar: los facciosos carlistas que conspiraban al abrigo de callejones y tabernas, los masones haciendo lo propio y buscando casas amigas para diseñar sus planes..., la noche encendida como un jardín de intrigas. Cusó, el calañés bajado hasta casi cubrirle el rostro, el fajín granate de manolo bien colocado para disimular la faca, mantenía una distancia prudente con respecto al coche de la mujer, observando cómo este zangoloteaba a causa del deplorable estado de la calzada. Siempre intentando parecer un simple cochero que lleva a un pasajero tardío a su destino, Antonio Cusó azuzaba desgano al caballo. Las escasas farolas que quedaban aún encendidas arrojaban un resplandor macilento a la plaza de San Martín hasta alcanzar la que algunos viejos madrileños aún siguen llamando Bodega de San Martín, y que al cruzar Arenal recobra su nombre actual: Hileras. Estaba desierta, claro, y los adoquines brillaban como gemas descubiertas en el lecho de un río. La noche, como casi siempre, estaba limpia y brillaban miríadas de estrellas. En la plazuela de Herradores, donde todavía hoy por las mañanas se apostan criados y lacayos sin acomodo para que les vayan a buscar quienes los necesitasen, tampoco quedaban muchos paisanos a esa hora, resguardados todos del frío ya en sus casas o prolongando la tertulia en alguno de los escasos cafés que continuaban ofreciendo servicio bien entrada la noche. Detrás del traqueteante calesín negro, Cusó pensaba que era bastante extraño que una mujer circulara sola a aquellas horas por la ciudad, pero él tenía aún más interés en saber de quién se trataba realmente, para averiguar acaso así cuál era el papel de Luis en todo aquello. ¿Un simple amante? No, por supuesto. La conversación, o el retazo de esta que había oído en la casa de la calle de la Estrella la otra noche, no dejaba dudas respecto a la naturaleza de aquella relación o, al menos, a parte de la misma: estaban pues conchabados para un robo. Y a tenor de lo visto y sabido, aquel palo tenía que ser de los grandes, de aquellos de los cuales últimamente se hablaba en todas partes, tanto en las fonduchas de Lavapiés como en los salones de los encopetados, como bien sabía Cusó por Lola, que venía cada noche a donde ellos para contar, entre deslumbrada y resentida, que en aquellos salones elegantes se hablaba más que de la guerra y de las mil conspiraciones contra el Gobierno

de la reina Cristina, de los golpes intrépidos de ese misterioso ladrón que dejaba un guante y que todos coincidían en señalar que no era otro que Candelas. ¿Sería cierto entonces que se trataba de Luis? Quién si no, se reafirmaba Cusó con una sonrisa despectiva, porque sabía muy bien de lo que era capaz su jefe. ¡Y tanto! Ya había dado sobradas muestras de su ingenio y su rapidez para conseguir lo que deseara, a veces por simple travesura.

Recordaba, por ejemplo, la vez que lo acompañó a una tienda de paños muy cerca de Mayor, en la calle de los Tintes, donde había echado el ojo a un capote del que al parecer se había encaprichado y cuyo precio era un poco alto. «Será mío», afirmó con convencimiento, después de probárselo pese a que el dueño, al verlo vestido malamente, lo mirase un poco de arriba abajo, como dudando de que le debiese dejar acomodarse —frente a un espejo— aquella prenda lujosa al gañán que con tanto desparpajo lo solicitaba. Una semana después, cuando Cusó ya se había olvidado de aquel antojo de Luis, este volvió a la carga y le pidió que lo acompañara. Vestía ahora con elegancia un redingote *a la peregrina* con botones de acero, pantalón de gamuza, bota alta con espolines y pañuelo color borgoña en cascada de tres vueltas. Vamos, un *lyon* de esos con los que tanto le gustaba mimetizarse, entiende más cabalmente Antonio Cusó mientras sigue de cerca el carruaje de la amante de Luis, que alcanza ahora Platerías, muy cerca precisamente de donde ocurrió el episodio que viene recordando. Antes de llegar a la tienda donde Candelas se encaprichó con aquel capote, se metieron en la pastelería que había enfrente. Allí pidió unos bollos al mancebo que atendía. Pero de los que le hubieran sobrado de ayer, puntualizó: todos. Y aún más, si tenía. Claro que tenía, vaciló el panadero limpiándose la harina de las manos, pero estarían duros como piedras, señor. Precisamente, insistió enigmático Candelas, precisamente. Ni el propio Cusó entendía nada y, ante la extrañeza de ambos, Luis explicó guiñándole un ojo cómplice al mozo: «Es para gastarle una broma a un amigo». El hombre rió un poco bobaliconamente pues con toda probabilidad no alcanzaba a entender la naturaleza de la chanza, pero celebraba que a alguien se le tomase el pelo y que, aunque sea de manera tangencial, él también sería partícipe del ardid. De manera que Luis pagó como si fueran frescos cuarenta y dos bollos. Luego le dijo a Cusó que lo siguiera y al dependiente que esperase, que ya regresaba a por los panecillos, no era necesario que los trajese ahora mismo, oiga. Antes de salir,

le advierte: «Cuando venga a por ellos demórate un poco en entregármelos». Se dirigieron entonces a la tienda de paños y al entrar el patrón los miró de arriba abajo, calibrando a sus eventuales clientes. Los ademanes y gestos de Luis son soberbios, desenfadados, de gran señor. El dueño de la tienda no puede reconocer en él al palurdo que el otro día pasó preguntando por el capote y que el dependiente poco menos que echó de allí. Luis se probó la prenda que el otro había puesto delicadamente sobre sus hombros y se quedó encantado al enfrentar su imagen al espejo; se miró en escorzo, se espizó de lado, gruñó satisfecho y se volvió al dueño con una tranquilidad pasmosa para preguntarle el precio. Este dijo una cifra. Al escucharla, Luis se rascó la cabeza pensativo y comentó a Cusó que era un poco caro. Pero ante la expresión de visible desencanto del tendero, le explicó que no había problema, en la panadería de enfrente le debían un dinero, ¿por qué no lo acompañaba y así le pagaba de inmediato? El otro vaciló, se rascó la calva y arrugó el entrecejo un poco, pero temeroso de perder una venta segura finalmente se avino a ello, sea. De manera que los tres cruzaron la calle y, una vez en la panadería, Luis le guiñó un ojo al mancebo y que por favor le diera los cuarenta duros que le adeudaba. El hombre también sonrió, feliz en su pequeño papel de burlador y dijo engoladamente que al momento. Antes de bajar a por los bollos, Luis agregó, apoyado en el mostrador: «Y agrega dos duros más, de propina». El tendero se deshizo en agradecimientos y se frotó las manos. Al cabo de unos minutos, Luis consultó su reloj y dijo que en fin, caballero, él se tenía que marchar, ya lo dejaba allí para que se cobrara los cuarenta duros del capote y los dos de propina. Se estrecharon las manos con vigor, el tendero comentó lo bien que le quedaba la prenda —«finísima», agregó tocándola como si le diera pena desprenderse de ella— y Luis lo agradeció con una sonrisa envanecida. Al llegar a la esquina apretaron el paso. Y no volvieron a saber nada de todo aquello, pero Cusó, que no podía dejar de reír ni admirarse de aquella audacia, siempre fantaseaba pensando en la cara que pondría el tendero al encontrarse con cuarenta y dos bollos rancieros en sus manos...

El calesín oscuro y reluciente seguía ágil, internándose por las calles desiertas de Madrid, como una puñalada en las entrañas de la noche. ¿A dónde diantre se dirige?, se preguntó Antonio.

Gloucester Road, Londres, 1886

El maestro Jacobo Peñuelas era ciertamente un personaje singular al que iría descubriendo paulatinamente, tan pronto seducido por sus maneras reposadas y al mismo tiempo precisas, como deslumbrado por la exquisita elegancia y esmero con el que dirigía aquel palacio vasto, complejo y sutil, entrampado de laboriosos reclamos. Estos iban desde los asuntos pueriles de intendencia hasta manejar con pericia el pequeño ejército de criados, lacayos, sirvientes, recaderos, contables y administradores que constituían, en largo centenar, la soterrada vida del *hotel* de Leganitos y que circulaban por las dependencias más recónditas, por salones y galerías de despachos con una diligencia febril de ministerio público. Ellos serían pues quienes muchos meses más tarde prepararían al detalle la desmesurada mudanza que mis primos habían decidido acometer para instalarse en su palacio de Las Vistillas, quizá agobiados de vivir en medio de tantos dolorosos recuerdos.

El caso es que el maestro Peñuelas estaba al servicio de los Osuna prácticamente desde que Pedro contaba con uno o dos años, nada más llegar de su Cádiz natal, y había mantenido con la abuela de mis primos, María Josefa Alonso Pimentel, duquesa de Benavente, un trato afectuosísimo y lleno de amable empatía, pues la duquesa, culta y algo extravagante, delgadísima a causa de un espíritu en exceso nervioso y activo, encontraba en el tutor que tomó para su nieto Pedro a un hombre de elevados intereses culturales, además de práctico y resolutivo, virtudes todas que le resultaban más que necesarias cuando asumió plenamente la tarea de educar a los últimos vástagos de una familia poderosa como la suya, a la que quizá —y solo quizá— apenas le podía hacer sombra en títulos y poder, en dineros y prosapia, la casa de Alba. Y todo ello después de que fallecieran su esposo, el ix duque de Osuna, y luego su hijo Francisco de Borja. Abuelo y padre respectivamente de mis queridos primos. Este último murió cuando Pedro apenas contaba con diez años. Y diez años después, a causa de una larga enfermedad que la mantuvo en cama mucho tiempo, expiraría en este palacio la madre de mis primos, mi tía, María Francisca Beaufort y Toledo, dejando huérfanos a Pedro y Mariano. Así pues, con tantas muertes cercanas, la

abuela Josefa dedicó su vida a cuidar, proteger y educar a Pedro y, en menor medida, a Mariano, quien, como segundón de una familia con tal linaje, nunca fue tomado en cuenta ni preparado por tanto para estar a la altura de lo que sus innumerables títulos le exigían, luego de la sorpresiva muerte de mi primo Pedro, en circunstancias por demás dramáticas, como oportunamente explicaré.

La abuela Josefa era, al decir de muchos, la más encopetada dama de España y una de las de más rango en Europa, célebre en la Corte por sus tertulias intelectuales y por sus salones literarios, que tanta influencia ejercieron en el Madrid de aquellos años. Fue además la mecenas y protectora del dramaturgo Ramón de la Cruz, del diestro Romero y del famoso pintor Francisco de Goya, muchos de cuyos sombríos cuadros contemplé extasiado en el palacio de Leganitos. También es necesario agregar que fue una mujer de desplantes soberbios y algo excesivos, como cuando, según me cuentan, insatisfecha con el retrato que le hiciera el gran Agustín Esteve, retratista de la Corona española por aquellos años, le propinó cuatro puñaladas al lienzo; o cuando Dimitri Tatishchev, el embajador ruso de aquellos años, ofreció una fiesta en la que se acabó inesperadamente el champaña, desluciendo un sarao que se anunciaba magnífico y que por tal desliz fue la comidilla del Madrid más frívolo durante un buen tiempo. Ni corta ni perezosa, la duquesa organizó al poco tiempo otra fiesta —a la que fue invitado el poco previsor ministro ruso— y, ante la estupefacción de todos los asistentes, los criados hicieron abrevar champaña a los caballos, tan pronto iban llegando los suntuosos coches al palacio que posee la familia en la Cuesta de la Vega. O como en aquella otra oportunidad en que se jugaba una partida de cartas en su salón y a algún infeliz se le cayó una moneda —quizá un napoleón de oro— y tuvo la imperdonable ocurrencia de agacharse a buscarlo. La duquesa, fastidiada por aquella interrupción en el juego, hizo que encendieran una pira con billetes de banco para que rápidamente se encontrara aquella inoportuna moneda. Sabiendo de esta y otras anécdotas así de extravagantes no me extraña pues que mi primo Mariano haya sido autor o partícipe de asuntos de no menor soberbia y desvarío, como si fuera esa la única y nefasta herencia que le dejara la abuela Josefa, además de su inveterada debilidad por *se faire blanchir à Londres...*, pues siempre estaba al tanto de las novedades indumentarias que de allí se traían. No obstante, Mariano sabía ser generoso,

pues al resultar nombrado cadete efectivo del Real Cuerpo de Guardias de la Real Persona, donó al Cuerpo de Enfermería todos los haberes que le pudieran corresponder. Y jamás aceptó dieta o pensión alguna. Sin embargo, llevaba a tal extremo aquellos alardes de riqueza que pagó de su bolsillo sumas exorbitantes cada vez que fue requerido para representar a España, muchos años después, en la coronación de nuestra amada reina Victoria, como embajador en París y durante los años que estuvo de ministro extraordinario en San Petersburgo. Toda Europa comentaba sus libérrimas cuentas, aquellas fiestas que ensombrecían a las ofrecidas por el propio zar. ¡Pobre Mariano, que murió en la ruina más completa!

Pero no es el caso de Pedro, quien —sin desmerecer su prodigalidad y la preocupación por sus atuendos— más bien heredó de aquella singular abuela la pasión por asuntos de índole más profunda como los libros y la música. Y en esto estoy seguro de que, además de la impronta familiar, tuvo mucho que ver el maestro Peñuelas.

Durante mi estancia madrileña, aquel servicial, ameno y docto maestro —pues Pedro lo llamaba así y lo trataba con una deferencia realmente exquisita— tuvo no pocas y más que grandes amabilidades conmigo. Por las mañanas me dejaba una surtida provisión de libros, habiendo notado que yo prefería las horas más tempranas para visitar las cuadras y después leer en la cómoda biblioteca donde en invierno siempre ardía un buen fuego y los candelabros doraban los cantos de los volúmenes, ordenados en largas y altísimas estanterías de nogal, a cuyos pies había una magníficamente tallada escalera móvil que había pertenecido a Clemente XII, aquel papa erudito que quedó ciego al poco de iniciar su pontificado. Allí, en aquella sobria y bien provista biblioteca encontraba yo al maestro, a veces sumergido en unos cuadernos de notas o tomando diligentes apuntes de sus innumerables lecturas. Ese par de horas matutinas parecían ser la única licencia que se tomaba Peñuelas en medio de sus muchas actividades relacionadas con el palacio. Despachaba regularmente con mi primo Pedro, por lo general poco antes del almuerzo, pero también cuando se presentaba alguna urgencia o contratiempo —y estos no eran pocos en un palacio de tal actividad—, revisaba en persona las compras de hortalizas, carnes y demás viandas que llegaban todos los martes en aludes a palacio, discutía los asuntos de intendencia y otros detalles con los administradores, exigía informes prolijos de los contables y tan pronto

revisaba que la altura de los manteles fuera la exacta en una mesa de gala (siempre llevaba una vara de medir con él) como asistía al parto de un potrillo junto a los veterinarios de la casa ducal. Pero además pasaba ciertas horas de la semana encerrado con Pedro en el llamado *Gymnasium*, aquella galería extraña donde mi primo se entrenaba en el arte de la esgrima y en ciertos ejercicios físicos para los que era menester utilizar unos artefactos que yo nunca había visto, con poleas, travesaños, cuerdas y argollas que diríase sacados de alguna mazmorra de la Santa Inquisición, abolida recién el año anterior a mi visita a Madrid, pero que en realidad habían sido traídos por el propio Peñuelas desde la lejana Prusia, que en esos años bullía de escuelas de tal índole. Una tarde, mientras esperaba a Mariano para acudir a la tertulia del Café del Príncipe, me acerqué a merodear por las cuadras, porque pasear entre aquellos magníficos ejemplares que mis primos cuidaban con celo me relajaba. Estando yo allí, entre aquellas nobles bestias, fui atraído por el ruido de los sables batiéndose en el *Gymnasium*. Me acerqué confiadamente para saludar y fui recibido con un fugaz brillo de recelo o perplejidad que pude advertir en los ojos de Pedro. Y también del maestro Peñuelas. Enrojecí con la intensa sensación de quien interrumpe un encuentro privado, balbuceé unas disculpas y me disponía ya a salir de aquel salón espléndido y extraño —era la primera vez que lo veía por dentro— cuando Pedro se puso a mi lado de dos saltos, me pasó el brazo por los hombros y me invitó a quedarme.

—No tardo mucho, querido Henry —dijo recobrando la naturalidad habitual—. Después os acompañaré a ti y a Mariano al café. Hace mucho que no voy.

Y me quedé viendo la destreza con la que se enfrentaban Osuna y el maestro, que resultó sorprendentemente ágil y vigoroso, de una gran elegancia a la hora de batirse con el sable, poniendo en más de un aprieto a mi primo, mucho más joven, alto y potente. Terminado el breve asalto, Peñuelas vendó las manos de mi primo y lo ayudó a impulsarse y aferrarse así a unas argollas donde este hizo unas cuantas maromas sorprendentes. Tenía el rostro congestionado por el esfuerzo, y su estado físico me resultó excepcional, pues a aquellos extraños ejercicios le sucedieron otros en unas barras donde ejecutó saltos, giros y cabriolas que me dejaron fascinado.

A mí me intrigó sobremanera la disciplinada diligencia de mi primo para con aquellas sesiones de ejercicio físico y al finalizar le pregunté, no sin

guasa, si había considerado la posibilidad de incorporarse a una *troupe* de zíngaros o volatineros pues ciertamente, al verlo encaramado como un mono en aquellas barras, los músculos a punto de reventar por el esfuerzo, no podía imaginar qué otro propósito podía perseguir.

—Un buen jinete debe tener el mejor estado físico, querido Henry — replicó escuetamente, aseándose en un barreño lleno de agua.

El maestro Peñuelas nada agregó, de manera que pasamos a comentar asuntos más mundanos, pues yo quería sonsacarle alguna información concerniente a Alicia de Cisneros, a quien no veía desde aquella cita en El Capricho. Intrigado además por todo el asunto del collar de los Balbases, no encontraba manera de indagar por la una sin sacar a colación al otro, sobre todo tratándose de mi primo.

—Es ciertamente un asunto singular —me dijo don Jorgito pocos días después, cuando fui a visitarlo a su pensión—. Usted sabe, mi querido Henry, que los españoles son gente supersticiosa y poco cultivada, de manera que esa leyenda sobre aquel collar, de la que ya he oído anteriormente, sólo me intriga en lo tocante a la rica historia que hay detrás.

—Me resisto a pensar que mi primo crea en esa absurda leyenda — repliqué sintiéndome tangencialmente aludido por el desdén de mi amigo. Al fin y al cabo, los Osuna eran de mi familia.

—Quizá no, pero pasa horas contemplando aquel cuadro donde aparece el primero de los Spínola.

Recuerdo que habíamos salido *a estirar los remos*, como le gustaba decir a él, y paseábamos por la calle del Arenal cuando Borrow hizo aquel comentario sobre el lienzo de Velázquez.

—Sí, pero eso no tiene nada..., ¡un momento! —Me detuve en seco y lo miré con indisimulable intriga—. ¿Cómo sabe usted de ese cuadro si nunca ha estado en el palacio de mis primos ni yo le he dicho nada al respecto hasta este instante?

Borrow siguió caminando con ese aire ensimismado y doctoral, como si no me hubiera escuchado o como si lo que hubiera escuchado era el cuestionamiento de un loco. Llegábamos a la altura de la plaza de Celenque.

—¡Quién no sabe de la existencia de ese cuadro en Madrid! —dijo al fin.

Me quedé un momento aturdido por la naturalidad con que Borrow respondió a mi pregunta. En verdad, aquel alto y canoso agente de la

Sociedad Bíblica estaba enterado de las cosas más sorprendentes que ocurrían en la Villa. E incluso en la intimidad misma de los nobles. ¿Cómo era posible? ¿Acaso tenía un lacayo que le informaba de todo lo que ocurría en el palacio de Leganitos? Sin embargo, consideré oportuno no decir nada más en ese momento, pero desde aquel instante empecé a encajar piezas respecto a los saberes de George Borrow. Y aún así, no podía llegar a ninguna conclusión que me satisficiera realmente. ¿Era un miembro de la Sociedad Bíblica o más bien un espía al servicio del Imperio, como a veces oí comentar en alguna tertulia? ¿Ocultaba algo mi amigo? ¿Y ese algo... tendría que ver con Candelas?

Sin embargo, ahora, pese a que Antonio Cusó ha vuelto a recordar el episodio aquel de los bollos duros, no está de humor para reírse. Muy al contrario, cada minuto que pasa detrás del calesín siente que crece en él un malhumor pantanoso del que no sabe cómo salir. Algo en todo lo que ocurre en la vida de Luis le incomoda como una afrenta personal, y le enturbia el ánimo no sabe bien por qué. Pero, al mismo tiempo, cada noche que llega a su cuarto en la calle del Alamillo, tumbado en el camastro duro, fumando sin cesar, piensa con incomodidad en que no está actuando de una manera legal con Candelas, no señor. Todo este asunto se le empezaba a ir de las manos y ya seguir al carruaje este le comienza a dar mal fario. Y quiere acabar con todo aquello antes de que se descubra su acechanza.

Por lo pronto se concentra y afana en no perder de vista el calesín negro que ahora se desliza raudo, zigzagueante como un áspid entre viejas carretelas y toscos simones, el farolillo del pescante parpadeando a causa del movimiento, pues ha cruzado como una exhalación dejando atrás la Puerta de Guadalajara y Platerías para alcanzar la plaza Mayor, donde se apostan coches de punto y transitan todavía carros y berlinas. Bruscamente, el liviano carruaje se detiene cerca del callejón del Infierno y la mujer desciende con sorprendente agilidad, dejando ver la tibia sensualidad de un coqueto botín de dorada botonadura. Cusó tiene que hacer una maniobra también brusca que le hace ganarse los improperios de otros cocheros, recuerdos a su madre que en otro momento hubiese limpiado a navajazos pero que ahora mismo prefiere olvidar, concentrado como está en seguir a la mujer. De manera que aparca el simón entre otros coches de punto en los que roncan despatarrados los

cocheros y salta del vehículo para seguir con sigilo a la mujer: teme perderla y se encuentra desorientado porque no le cabe en la cabeza qué diantre puede hacer por allí una fémina a esas horas, en pleno callejón del Infierno, Antonio. Pero no tiene que caminar mucho más, Cusó. La amante de Candelas ha tocado discretamente en la puerta de Abraham Toledano y esta se ha abierto para engullirla en un visto y no visto. ¡De manera que el asunto tiene que ver con joyas! Antonio se cala más el calañés, enciende su tagarnina y queda a la espera, cubierto en una nube de humo áspero. Al cabo de un cuarto de hora la puerta del perista chirría y se abre, la mujer sale y pasa a su lado, tan cerca que él ha podido oler su perfume de espliego y atisbar su perfil muy blanco, el cabello recogido, sus ojos como ascuas, el negro rebaño de pensamientos que cruza por la frente femenina. No, ¡no es la criadita zaragozana del gabacho! Esta es una mujer de elegante estampa, y tan concentrada va que ni siquiera repara en él. Cusó musitó unas disculpas automáticas al sentir el roce de la mujer, una cortesía incongruente y extraña en ese estrecho callejón que hiede a orines y fermentos, a vísceras descompuestas, y cuya lobreguez no invita a caminar por ahí a nadie, y menos con la desenvoltura con la que lo hace esa dama extraña, algo mayor pero aún guapa, seria, por la que Antonio siente un ramalazo de deseo y también un encono que sabe que en el fondo está dirigido a Luis, a su capacidad de llevarse a la cama reales hembras de tanta clase como esta. Lo que no encaja, precisamente, se dice Cusó esperando que la mujer suba de nuevo a su coche para él volver al suyo y continuar su seguimiento, es que tiene aspecto fino, en apariencia decente, sin duda alguna elegante... y está liada con Candelas. Pero entonces, ¿esta era la mujer que estuvo la otra noche con Luis o fue la criadita zaragozana? La conversación que sostuvieron aquella vez no le dejó dudas a Antonio, que de estas charlas, silencios y sobrentendidos sabe un rato. Pero ahora no podría decir con quién habló Luis, si con esta mujer o con otra. Y cae en cuenta de que nunca ha podido ver su rostro más que fugazmente. Monta en el simón, encendido a partes iguales de rabia, curiosidad y deseo, y azuza al caballo para que trote nuevamente detrás del calesín negro, que ahora se desliza como un pez a contracorriente entre otros coches y llega a la Puerta del Sol a buena velocidad, obligándolo a él a acicatear a su jamelgo flaco y desgano para poder alcanzarlo, siguiendo los guiños de su farol, que bailotea como en la mano de un náufrago. Cruza frente a la iglesia del Buen Suceso y avanza por la carrera de San Jerónimo.

Momentos después pasa frente al oscuro convento de la Victoria, que Candelas detesta porque en este el intransigente padre Carrillo, que ejercía hasta hace no mucho la censura de dramas y novelas, prohibió una inocente representación teatral por el simple hecho de que aparecían allí unos versitos que decían «aborrezco y detesto la victoria / manchada con la sangre del hermano». Y el buen cura decidió que era una alusión a su convento..., vaya con los clérigos, joder. El convento estaba tan añoso y en mal estado que seguro lo derruirían pronto, se decía en los mentideros de la Villa. «Y ojalá con el clérigo dentro», agregaba Candelas.

El calesín sigue su rumbo ya solitario frente a los suntuosos palacios que se alzan a un lado y otro de la larga corredera: el del duque de Tamames, el del atrabiliario duque de Valdegena, la botillería de Canosa, la tienda de Utrilla, ya llegando a la esquina con la calle Ancha de Peligros..., para alcanzar el último tramo de San Jerónimo, donde se sitúa el viejo Hospital de los Italianos, el apolillado palacio del duque de Híjar y el convento del Espíritu Santo, donde desde el año pasado se reúne el Estamento de Procuradores, y a cuyas puertas, cada vez que hay sesión, se forma una cola entusiasta y madrugadora que no quiere perderse la novedad de las sesiones, los gritos de los exaltados, las imprecaciones de los progresistas capitaneados por Mendizábal, la elocuencia algo pomposa de los oradores, en especial del tal Argüelles, a quienes todos llaman *el Divino*..., asunto que Cusó apenas entiende porque a él, feota como siempre ha sido, últimamente todos allí le parecen una panda de mangantes: doceañistas o exaltados, daba igual. Lo piensa y hace restallar innecesariamente el látigo sobre el lomo del caballejo que respinga y trota con súbita alarma. El oscuro coche pasa frente al convento, entra en la plazuela de las Cortes, deja atrás la calle del Florín y remonta por la calle del Sordo para hacer una ese y entrar a la del Turco — apenas un centenar de pasos— con Cusó detrás, escuchando el eco de los cascos equinos, desgastados y rítmicos, intentando no acercarse demasiado. Vuelve a girar el calesín con ligereza, como si hubiera cambiado de opinión, para entrar en la estrecha calle de la Greda, rediós, pero entonces... Cusó ya no sabe qué pensar, si acaso esta mujer tiene algo que ver con el palo al gabacho del palacete colindante a la Casa de los Alfileres, a donde con toda seguridad se dirige, ¿a dónde si no?, zambulléndose rápidamente en la oscuridad como lo haría un cisne negro en un pantano. Cusó ha esperado un

momento antes de girar también, porque tiene duda de a dónde se dirige y no quiere ser descubierto. Trota despacio por ese tramo de la calle del Turco y mira a un lado y a otro, pero no ve nada. El calesín parece haber desaparecido, tragado por las sombras. Y ni rastro de su farolillo. Observa el espléndido jardín de la mansión ducal de Villahermosa y el palacio de Valmediano, un poco más allá. Se detiene en medio de la calle desierta. Es imposible: el carruaje no puede haber desaparecido sin que a él se le escapase. ¿Dónde se ha metido? Está a punto de pensar en historias de aparecidos y ánimas insomnes cuando enciende un cigarro para reflexionar con calma. Aguza la vista pero nada distingue. Seguro que en alguno de esos palacios han estado esperando la llegada del coche y este ha desaparecido de inmediato. Continúa por la calle del Turco y enrumba hasta Alcalá, pasando con lentitud frente a la Casa de los Alfileres y al palacete contiguo, donde no ve ni una luz ni tampoco rastro alguno del carruaje. Da la vuelta y regresa a la calle de la Greda, aún no del todo convencido de que la mujer se haya apeado allí. ¿Pero entonces dónde, Antonio?, ¿en otro palacio? Vale, ¿pero en cuál? Hay muchos allí, aunque no le terminan de salir las cuentas. Todo es muy confuso y el rufo trata de pensar con tranquilidad. O bien la mujer ha advertido que era seguida y al llegar a la esquina de la calle del Turco, cuando él hacia tiempo para no ser descubierto, ha entrado a toda velocidad en las cocheras de alguna mansión. De ser así se trataría de una tercera cómplice, coludida con Candelas y la criadita. Quizá ella es la amante del banquero francés, pues tiene porte de señora. ¿Y las dos mujeres comparten a Luis como amante? Eso ya es más raro. O bien su destino era algún otro palacio en la calle de la Greda y por eso él no ha podido ver dónde se ha metido, nada más girar desde la plazuela de las Cortes.

No entiende ya ni un ápice, Cusó, y se apea para mirar mejor. No, no está seguro de nada, en realidad. Pero tampoco lo estará ya más. El puñal se lo han clavado limpiamente por la espalda y él suelta un grito empapado en sangre. Se da la vuelta y mira con turbiedad hacia su agresor, pero las piernas se le aflojan y bruscamente cae al suelo. Por un segundo piensa que el rostro muy pálido que le observa es el de la muerte, pero en realidad no distingue nada. Quiere mascullar una obscenidad y de su boca sólo sale una burbuja de aire y sangre. Allí se quedó, ofuscado, pataleando con inútil rebeldía, preguntándose el porqué de esta muerte tan absurda como inesperada,

Antonio. Antes de cerrar los ojos, apenas alcanza a ver un delicado botín femenino, de botonadura dorada. Y pensó que con la caída seguro que se había estropeado su bonito reloj de oro. Una lástima.

El salón de baile estaba primorosamente iluminado y por los amplios ventanales se adentraba el impetuoso rumor de los árboles, la fresca brisa nocturna. *Será un alivio dejar este palacio que me trae tantos recuerdos*, pensó vagamente Pedro Osuna, pero ese tibio acceso de melancolía se disolvió de inmediato al ver aparecer en la puerta del salón, escoltada por Peñuelas, a su prima Encarna, quien ensayó una sonrisa que suavizó aún más su rostro, delicado y de huesos frágiles, dándole un aspecto ligeramente infantil, quizá porque en los últimos días la tranquilidad le había devuelto el alegre desenfado de siempre. Mírala, pensó oscurecido el duque de Osuna al acercarse para saludarla con calidez, no hay en ella la menor sombra que mortifique su inocente entrega, su confiado abandono...

A su lado, el peruano de barbita rubia y gafas doradas la tomaba del brazo. Osuna tuvo que hacer un esfuerzo portentoso para que no se notara su repulsa, su desagrado, al saludar al melifluo Álvarez de Cobos. Este hizo una reverencia en la que Osuna creyó encontrar un punto excesivo y por lo tanto burlón, y pronunció algunas frases que al duque se le antojaron ripiosas. Llevaba una capa ligera, de forro rojo, perfumada con agua de lavanda. Osuna lo miró con intensidad, perplejo, algo divertido también, tuvo que admitirlo, y cualquiera se hubiese sorprendido de adivinar, detrás de su sonrisa amable, las emociones contradictorias que lo asaltaban en ese momento.

—Sed bienvenidos —dijo mientras ponía sus labios en la mano de Encarnación y juntaba marcialmente los tacones de sus botas Wellington.

—Será un placer volver a escucharlo cantar —gorjeó el peruano, estrechando aparatosamente la mano de Osuna. Detrás de las gafas doradas sus ojos fríos lo estudiaban con interés.

Llevaba del brazo con una familiaridad algo ostentosa a Encarnación y solo la soltó para coger dos copas de champaña que un lacayo les ofrecía. Osuna izó la suya hacia ellos y se remojó los labios sin dejar de sostener la mirada de Álvarez de Cobos. ¿Lo sabría, Pedro? ¿Sabría que lo habías hecho seguir?

La verdad, admitió a regañadientes el duque, cuando su informante, Jacinto Lobo, le explicó de sus laboriosas pesquisas y todo lo que había averiguado del peruano en estas últimas semanas, tuvo que rendirse ante la evidencia de que no le sorprendía tanto como en un principio le hubiera parecido. Que Álvarez de Cobos fuera un cazafortunas resultaba bastante previsible y vulgar, y hasta cierto punto entendible dado el linaje, la riqueza y la belleza de la mujer que rondaba. O de las mujeres que rondaba, rectificó, pues había más, según el diligente Lobo: una joven de nombre Clarita, que vivía en la calle del Colmillo esquina con Hortaleza y cuyo padre además de oidor era próspero comerciante de paños y poseía vastas tierras en Jaén. Álvarez de Cobos la asediaba con diligencia y ternezas, con paciencia y discreción, colmándola de estampas, dulces y ostentosos ramos de flores, había dicho Lobo consultando aplicadamente sus notas en aquella oportunidad.

Pero además, y esto era lo increíble, el boquirrubio cortejaba algo más livianamente a la Salvini, la cantante principal del Teatro del Príncipe, a quien el hacendado peruano acude a ver muchas noches en la que la *prima donna* canta —sin importarle los sesenta reales que apoquina por el palco... — y luego galantea con gardenias y perfumes en su camerino.

—Inés vendrá, no debes temer nada, querido Pedro. —La mano de Encarnación apretó levemente su brazo mientras se dirigía con su acompañante hacia el grupo de invitados que charlaba animadamente en el otro extremo del salón.

Osuna entendió que su prima estaba agradecida por la fiesta, que había desplegado toda su artillería para convencer a la siempre reticente Inés para que participara del ágape, y sabe Dios que Pedro se lo agradecía en el alma. Por eso su espíritu oscilaba en ese instante entre la gratitud y la mala conciencia.

—¿Cantarás conmigo, verdad?

—Con mucho gusto —dulcificó la voz Encarnación.

Osuna terminó su copa de un trago, recordando: El perfil que emerge de las investigaciones de Lobo es el de un Álvarez de Cobos inquieto y rimbombante, seductor de mujeres, quisquilloso, sutil y de aparente largueza. Y también de malos prontos. Hace poco ha entrado en la Logia de los Escoceses, nada menos, y con el sobrenombre de Temístocles. A Lobo no le

ha costado mucho averiguarlo porque tiene un primo que pertenece a aquella logia situada en la calle del Biombo y de la que es partícipe también el marqués de Villamediano, Eugenio Aviraneta y el abogado Olózaga. Vive como un dandy y tiene un criado gallego al que en el barrio del Rubio, donde está la casa del peruano, conocen por el sobrenombre de Saeta. Un tipo efectivo este Saeta, que atiende con esmero a su patrón y le ayuda con su *toilette*, le prepara sus guisos favoritos, le tiene siempre limpia y a punto la casaca de gamuza, brillantes las botas, impecables los guantes a los que el americano es muy aficionado, al igual que a los bastones y, en fin, a todo aquello que manifiesta su elegancia, resalta sus maneras de pisaverde y postula sus ademanes de *fashionable* y calavera derrochador. Pero es más bien un derrochador de estuco y mampostería, porque al criado gallego hace tiempo que no le paga y este ya se ha quejado varias veces del feo asunto. Es más, todo esto lo estuvo soltando por ahí, en las tabernas de la calle del Pez que frecuenta de tanto en tanto y donde el informante de Osuna ha tomado buena nota. Incluso parece haberlo abandonado en las últimas semanas con la excusa de visitar a su familia en Orense. ¿Realmente a qué se dedica Álvarez de Cobos? Diantres, allí hay un vacío, un negro agujero que Lobo no ha sabido explicar y así se lo tuvo que admitir al duque la otra tarde, con azoro y enfado profesional, cuando se acercó al palacio para rendir cuenta de sus arduas pesquisas. Porque Jacinto Lobo ha estado noche y día siguiendo los pasos del hacendado con celo de perro de presa... y poco más ha podido averiguar. Álvarez de Cobos es nocturno, taimado, sigiloso y ha hecho un par de viajes a Valencia. Así se lo ha confirmado un cochero de la Cava Baja, por unos pocos cuartos, cuando Lobo se ha acercado para indagar por el caballero que coge ese simón. Otras veces, en cambio..., ha sido como si la tierra se lo tragara. Se esfumaba sin dejar rastro, para desesperación de Lobo, que se precia de ser un buen sabueso.

Por eso indudablemente hay más, se obstina Osuna acercándose a donde el duque de San Carlos reía estruendosamente en el corrillo formado por Casasola, Santiago, Mariano y Henry, aunque este último parecía algo apático o atribulado, pese a que también hacía esfuerzos por parecer partícipe del espíritu festivo de la noche. La marquesa de Selva Alegre hizo su aparición y también la condesa de Baguer, Mercedes Aguerrevere, viuda desde hace unos años y aún bella, pese a que debe frisar la cuarentena. Osuna

se acercó a ella para preguntarle por el general Goyeneche, su tío, y la condesa le dijo que andaba algo pachucho, con pocas ganas de salir de su casa de la calle de Atocha, donde se recoge largas temporadas sin asomar ni la nariz, enfrascado en tan largas como solitarias partidas de ajedrez. Dicen que la condesa, cuando soltera, poco después de la invasión napoleónica, realizó un temerario viaje a un remoto convento del Perú con el objetivo de rescatar unos documentos vitales para su tío, que es peruano de origen. ¿Sería cierto?, se preguntan todos. Ha corrido mucha agua desde entonces y desde hace unos pocos años, enviudada del conde de Baguer, Mercedes Aguerrevere ha vivido prácticamente retirada de las veleidades de Madrid, enclaustrada en el modesto palacete que los de Baguer poseen en la calle ancha de San Bernardo. Pero Osuna también ha averiguado sobre ella y sabe positivamente, y sin lugar a dudas, que sí, que la condesa estuvo en el Perú. Aparte de Pepe Osma, el duque no conoce a ningún otro peruano. Pero el joven Osma se ha excusado de acudir a esta cita en el palacio de Leganitos alegando otro compromiso. «Uno más bien galante», agregó en su nota. Por eso Osuna cogió del brazo a la condesa y la llevó a donde Encarna y Álvarez de Cobos charlaban animadamente con Fernández de Córdova y Casasola. Hizo las presentaciones y Encarna, que sabe del cariño que Osuna siempre ha tenido por Mercedes —era muy amiga de su abuela Josefa—, quiso entender que se trataba de una deferencia de su primo hacia el peruano.

—Condesa: Don Luis Álvarez de Cobos, hacendado del Perú —dijo Osuna.

A la viuda le brillaron los ojos momentáneamente.

—¿Del Perú? —preguntó.

—Efectivamente, del Perú. Encantado de conocerla, condesa. —El peruano besó la pequeña diestra de Mercedes Aguerrevere.

Osuna esperó anhelante que la condesa avanzara alguna otra frase en el camino que había abierto aquella pregunta apenas poco más que retórica. Pero no fue así y Mercedes volvió a sumergirse en ese leve mutismo en el que habitaba.

Fernández de Córdova se dirigió a ella con una sonrisa y después de besarle la mano le preguntó por el general Goyeneche. Ella explicó nuevamente lo que le había dicho momentos antes a Osuna, que su querido tío se encontraba un poco mal pero que confiaba en que se tratase de algo

pasajero.

—Un hombre de gran valor, don José Manuel, sí señor. Lo hemos olvidado injustamente, pese a todo lo que hizo en aquellos años difíciles. — Fernández de Córdoba se irguió marcialmente—. ¡Si tuviéramos solo dos como él acabábamos de un plumazo con los malditos facciosos!

No terminó Fernández de Córdoba de pronunciar aquellas palabras cuando hizo su aparición Alicia de Cisneros, que llevaba un vestido turquesa y elegante, de talle estrecho y escote apenas cubierto de muselina, muy a la moda, y los ojos de Henry, acostumbrados a verla vestida más como una amazona, se iluminaron al observar toda aquella seda que dejaba al descubierto los hombros delicados de la joven y permitía adivinar las curvas firmes de su cuerpo. A Osuna le conmovió la indisimulable alegría de Henry, el fervor de sus ojos al contemplar a la guapa Alicia, antes de dirigirse a ella resueltamente. *Tan poco tiempo en Madrid y ya enredado en asuntos de amor*, pensó Osuna con una sonrisa. Pero enredado en más cosas, a decir verdad: De vez en cuando su primo pasaba algunas tardes con el tal George Borrow, más aún desde que volviera del norte, se dijo el duque, quizá una manera de no sentirse lejos de su país, de no extrañar del todo a su frío y lluvioso Londres. Pero lo que resultaba conmovedor en él era su manera algo inocente de cortejar a la Cisneros, que había prescindido de asistir a la fiesta con Mesonero o con Olózaga, de quien se decía que era —o había sido...— su amante.

¿Cómo sabe todo esto Osuna? El informante Lobo daba siempre cumplida cuenta de todo aquello que el duque quería saber de su entorno y rara vez dejaba flecos enojosos en la investigación. Por eso mismo se había ido la otra tarde tan contrariado... En fin, Lobo se marchó de allí prometiendo averiguar algo más al respecto, que su excelencia no se preocupara. Y así quedaron.

Una lástima, se lamentó Osuna mirando a Álvarez de Cobos, que conversa y ríe con los demás, y que de vez en cuando desliza seguramente alguna zalamería en el oído de Encarnación. Mujeriego, masón, dandy, de origen peruano, se dice el duque de Osuna como intentando encajar todas aquellas piezas para hacerse una composición más cabal del hacendado americano. Pero sabe que no basta, que si el buen olfato de Lobo no ha encontrado mucho más es porque Álvarez de Cobos resulta en extremo

astuto. Mucho más de lo que a simple vista parece.

Como invocado por estos pensamientos, el maestro Peñuelas se acercó hasta el duque he hizo una breve reverencia. Pese a sus ademanes pausados, Osuna no puede dejar de advertir cierta consternación en su voz cuando le dijo:

—Excelencia. El señor Lobo otra vez. Dice que tiene nueva información sobre... ese asunto que tanto le interesa. Y le ruega lo atienda.

—¿Dónde está?

—Me he permitido hacerlo pasar al salón de fumar. Allí lo espera.

El duque de Osuna ha pedido que la pequeña orquesta empiece a tocar algo ligero y festivo y que los criados descorchen más champaña. Luego se dirige con paso rápido hacia aquella cámara.

Encogido hasta lo inverosímil en aquel armario, apenas sin poder respirar, escuchó con alivio la primera de las campanadas de la cercana iglesia de San Nicolás y sintió cómo todo su cuerpo se ponía nuevamente en alerta, como una suerte de flor mortífera abriéndose al sol de la mañana, activándose después de esa especie de modorra en la que ha estado sumido todo este tiempo, gracias a que ha sido adiestrado para controlar el movimiento de su diafragma hasta entrar en un estado de sopor larval, muy cercano a la hibernación de algunos animales. Aún así, tiene que reconocer que lograr aquello le ha costado un esfuerzo titánico, pese a que lleva mucho tiempo preparándose, y en algún momento ha sentido las tenazas del pánico estrangular lentamente su voluntad, mientras escuchaba a su alrededor los comentarios admirativos del marqués de Acosta y las exclamaciones de la marquesa, primero; las perdularias voces de los criados que pasaban junto al armario, después. Alguno le ha pegado una patada maldiciendo el esfuerzo que ha tenido que acometer para llevar aquel armatoste hasta allí. Finalmente, el trasiego de la casa se ha ido apagando poco a poco. Suerte que los marqueses no tienen hijos y viven solos en el palacio. Recién entonces, sabiendo que debía esperar todavía unas buenas horas para salir de su escondrijo, recomenzó esa lenta concentración que pautaba su respiración y lo iba sumiendo en aquella ataraxia oriental, convertido en sólo fluir de conciencia, una mente que flotaba dentro de la oscuridad opresiva del mueble. Poco a poco sus funciones vitales fueron ralentizándose y él fue

advirtiéndolo el nítido compás de su corazón hipnotizado, al igual que su pulso, lo que le permitió aguantar en aquella posición terrible sin desmayarse o enloquecer y de la que fue reactivado por la primera campanada de la iglesia vecina. Las doce de la noche. La hora esperada.

Ahora que se ha disuelto ya el eco del primer tañido, tiene once campanadas para desenroscar los cuatro tornillos —todos toscos e irregulares— que sujetan la cubierta de madera que lo camufla en el falso fondo de aquel armario esmeradamente construido bajo sus estrictas indicaciones. Lo había encargado a unos ebanistas toledanos, famosos por su arte y precisión. Sin embargo, y pese a sus afanes, no fue posible articular el mecanismo para que el doble fondo se accionara con un muelle, de manera que tuvo que conformarse con aquella improvisada solución, la de colocar seis tornillos que sujetaran la tapa del falso fondo. Eso dificultaba mucho sus maniobras. Así y todo, el mueble es una maravilla con profusión de arabescos, repujados y figuras talladas. Una de ellas muy especial, que el marqués de Acosta sabrá apreciar, metuculoso como es...

Calculó atentamente la llegada del segundo tañido y aprontó el pequeño berbiquí acondicionado para aquellos tornillos, aprovechando para disimular el ruido que pudiera hacer con el golpe rotundo del badajo contra la copa y cuyo efecto resultaba en verdad ensordecedor como el retumbar de un trueno. De ahí que en Madrid se dijera que si el viejo marqués de Acosta, que además de ultraconservador, católico y fervoroso partidario del infante Carlos, era algo *teniente*, es decir, algo sordo, lo fuera por culpa de habersele antojado construir su palacio justo enfrente de la iglesia de San Nicolás de Bari, del cual eran devotos él y la marquesa. Esto no era del todo cierto, porque el marqués vivía allí, en la calle del Biombo, desde mucho antes de que la congregación de la orden de las Servitas restaurara y acondicionara el templo en 1825, veinte años después de que fuera abandonado al perder su rango de parroquia en favor de la vecina de El Salvador. Pero para el caso era lo mismo, a los partidarios de la reina Cristina les gusta esta historia y la adornan, la comentan, la engordan hasta convertirla en un escarnio que prospera malicioso en salones y tertulias, con magníficas imitaciones del gesto del marqués al llevarse una mano a la oreja cuando habla —el histriónico Ventura de la Vega lo borda— y toda suerte de alusiones y remedos propios de un sainete.

El estampido de las campanas ciertamente hace retremblar con vigor el vidrio de los ventanales y sólo con una gran dosis de resignación cristiana se podía uno acostumbrar al fragor campanero, cosa que ahora él aprovecha para maniobrar a toda velocidad el berbiquí, esperando acabar justo cuando terminase de reverberar en el ambiente el último tañido, que volverá a dejar la casa completamente en silencio, si acaso quebrado por el crujido de alguna madera añosa o el suspiro del viento buscando colarse por los resquicios de las ventanas de aquel palacio un poco dejado de la mano de Dios, no obstante la singular fortuna de los marqueses, especialmente por parte de ella, cuya familia tiene ricas tierras en Extremadura y Andalucía, y que reportan grandes rentas. Aún así, los marqueses apenas hacen vida social y son célebres por su, digamos, proverbial austeridad. Tampoco es que se prodiguen con la caridad o la filantropía, pero son fieles devotos que observan los mandamientos con severidad y acuden a misa a diario, según sabe todo el mundo. Al verlos pasar en un carruaje de los tiempos de Carlos IV, una especie de catafalco con ruedas, es difícil no pensar en el estricto cuidado que hacen de su dinero. Quizá, al decir de algunos escépticos, la fortuna de la que tanto se habla no es tal, hecha humo, como la de muchos nobles, durante los duros años de la guerra contra los franceses. O tal vez, sugerían otros, es mucho mucho mayor de lo que se piensa. Y aquí cada quien aportaba datos verídicos o falsos, distorsionados o simplemente fantasiosos, para apoyar sus elucubraciones.

Él ha escuchado esa inextinguible discusión una y otra vez, en cafés y salones, en paseos y excursiones, y que ha ido alimentando la leyenda del marqués sordo y meapilas. En todo caso, lo que le interesa son las joyas. Y la marquesa, mujer al fin y al cabo, es poseedora de una colección más que apetecible de broches, camafeos, alfileres, collares, aljófares y piedras preciosas que no ha dudado en mostrar en los escasos momentos en que se ha dejado ver en algún *Te Deum* o funeral, pues es poco amiga de fiestas, bailes y carnavales. Además, sabe muy bien por algunos contactos que el marqués ha destinado fuertes sumas para la causa carlista, la última de ellas interceptada a un correo particular y negligente que tenía como destinatario al conde de Abárzuza, otro carlista, radicado en Navarra desde hace años. El correo se fue de la lengua con unos pocos vinos y se esperó con paciencia un siguiente envío. Recién entonces fue interceptado y expoliado. De ello hacía

muy poco. El marqués de Acosta no sabe pues que su dinero no llegó nunca a destino. Pese al contratiempo, ha recibido una carta de agradecimiento enviada por Abárzuza, o al menos así lo ha creído, donde este elogia su esplendidez para con la causa.

Otra campanada. Trabaja a toda prisa, completamente a oscuras, sin perder la concentración, palpando la cabeza de aquellos toscos tornillos de cobre que se disimulan al fondo del armario. Cuando termina la operación y la cubierta queda floja, le da una patada liberadora cuyo estruendo queda solapado por el sonido de la última campanada, que truena en ese preciso instante como la vibrante nota final de un concierto colmado de dramatismo. Espera unos segundos a gatas, jadeando por el esfuerzo y la tensión, sintiendo las piernas horriblemente acalambradas, mareado por el aire turbio que ha tenido que respirar durante casi diez horas escondido, exhausto y sudado. Ahora sólo le queda abrir desde dentro y muy despacio las dos puertas del armario. Sabe que no están cerradas con llave, no hay ningún problema, los marqueses no han tenido tiempo más que de celebrar este espléndido mueble, regalo con toda probabilidad del conde de Abárzuza. ¿De quién si no?, ha razonado el marqués al recibirlo.

Y es que este, al ser sorprendido a primera hora de la tarde por los operarios que traían aquel solemne mueble de preciosas formas, sin remitente —«¿cómo?, ¿un regalo anónimo?»—, se quedó un instante perplejo, mirándolo de arriba abajo como si la sola contemplación del mueble pudiera darle la pista de su origen. Y en efecto, sintiéndose seguramente satisfecho de su sagacidad, encontró en la exhaustiva revisión del mueble la clave reveladora. Una sonrisa iluminó su rostro cuando entre los adornos de estilo grecorromano que embellecían aquel armario descubrió la imagen de la Virgen Dolorosa. ¡La gloriosa enseña carlista! De no fijarse bien, tan pequeña y escondida, otro que no fuera él no habría advertido aquel santo y seña que le enviaba su amigo. No había pues duda, se dijo el marqués satisfecho, de que se trataba de un regalo especial: Era Abárzuza y no otro quien agradecía así los buenos dineros que él había aportado al carlismo y su entrega total a la causa del infante rebelde, a quien sus seguidores llamaban ya Carlos V.

Hizo subir el armario a los criados. E indicó que lo colocaran en la antecámara del salón de música. O mejor aquí, en esta otra cámara, mirad, quedará mucho mejor, se desdijo al instante. Y esta vez fue la marquesa la

que decidió que no, mejor en este otro rincón, colocadlo aquí, vamos. Y allí lo trasladaron los criados, obedientes, reconcentrados, abandonándolo a su suerte antes de que todos se fueran a dormir. La casa pues está ahora en absoluto silencio, como si los sirvientes de los marqueses, a fuerza de vivir allí, también hubieran desarrollado la sordera necesaria para no enloquecer con las campanas de San Nicolás de Bari. Los densos cortinajes de aquella cámara, que da a una callejuela estrecha por donde se encajona el aire arteramente, están entreabiertas y por allí mana de tanto en tanto un chorro de tenue luz nocturna, suficiente para que él pueda caminar sin miedo a tropezar con nada. Salta gatunamente al suelo y contempla el armario con admiración. En verdad es un armatoste que parece pesado pero en realidad no lo es. Está hecho con abeto, muy ligero y más bien de color claro, pero tratado para que parezca un robusto mueble de buen cedro. Esa extrema ligereza compensaba su propio peso dentro del mueble. Mañana, cuando vuelvan a moverlo los marqueses, se darán cuenta de la superchería. Pero entonces ya será tarde. Se encamina al camarín donde sabe que la marquesa guarda sus joyas. Se hace con ellas con prontitud y las mete en una bolsa de terciopelo que ha traído consigo y se dispone a marcharse. Pero antes se quita cuidadosamente uno de los guantes —negro, de piel finísima— y lo deja junto al armario. En ese momento, de súbito, la puerta de la cámara contigua se abre de par en par y él observa la silueta que se dibuja a contraluz, el asombro desorbitando los ojos del marqués, con gorro de dormir, camisón largo y un candil en la mano. Detrás de él han aparecido dos hombres, criados seguramente.

Siente con claridad cómo se le humedece la pechera de la camisa y mira hacia el ventanal más cercano: Llegar antes de que aquellos hombres se abalancen contra él es casi imposible. Pero tiene que intentarlo.

Gloucester Road, Londres, 1886

El maestro Jacobo Peñuelas tendría con toda seguridad más de sesenta años pero menos de setenta, unos ojos azules vivaces y juveniles, alumbrados por una llamita de bondadosa inteligencia, como si siempre fuera un paso por delante de su interlocutor y no obstante se esforzara por no hacerlo visible

con el menor alarde de prepotencia. O indulgencia. Era, pues, cómodo hablar con él y creo que uno se sentía inmediatamente inclinado a confiarle cualquier cuita o preguntarle por lo que fuera necesario saber sobre los temas más diversos sin sentirse de menos, como me sucedió a mí.

Su conocimiento de mil y un materias era arduo y sorprendente, probablemente mayor que el de mi querido Borrow, aunque siempre me cuidé de confesarle a este último mis deducciones. Además, si en mi paisano había un prurito de exasperación o petulancia, ya digo, en Peñuelas todo ese conocimiento se incardinaba en una suerte de estado amable y servicial. Decían que había tenido un hermano, muerto hacía muy pocos años atrás, de parecido físico asombroso y similar talento, pero jamás pregunté por él.

Subvencionado por el duque abuelo de mis primos, que lo guardaba en altísima estima, había viajado por toda Europa cuando joven. Luego se embarcó rumbo a la América española donde pasó unos cuantos años, algunos de ellos viviendo con aborígenes de la intrincada selva amazónica, según decían, y de la que trajo, además de un inverosímil saber de plantas y cocimientos, la cicatriz que le dejó la picadura casi mortal de una serpiente y unas fiebres que muy de cuando en cuando lo tumbaban en cama varios días, tiempo en el que mi primo Pedro se encargaba de que no le faltara atención las veinticuatro hora hasta que estuviera completamente recuperado y para lo cual contaba con un famoso galeno, de cuidada barba blanca y ojos melancólicos, considerado lo más brillante del país: el doctor Argumosa.

Peñuelas hizo también el mismo recorrido que Ruy de Clavijo cuando este fuera embajador de Enrique III en la Corte de Tamorlán y en aquella empresa empleó otros tantos años hasta que volvió a Madrid, requerido por la abuela de mis primos quien, al quedar estos huérfanos de padre y madre, le encomendó la educación de Pedro. Peñuelas no dudó en dejar su afán de sabiduría para ponerse nuevamente al servicio de la familia que le había permitido acumular tal cantidad de conocimientos y experiencia. Y con ellos estaba desde entonces. Para cuando volvió de ese viaje a la remotísima Asia central frisaría los cuarenta años y seguramente ya florecía en él el hombre sabio, sosegado y profundo que me recibió cuando yo era apenas un muchacho. Este sosiego que nos transmitía a todos tenía que ver con algo que pude observar en cierta ocasión, cuando lo sorprendí en el *Gymnasium*. Sentado en una esterilla, a la manera de esos santones de la India que había

visto yo en algunos grabados, el maestro permanecía quieto, como flotando en una suerte de meditación de la que pareció emerger renovado y lleno de beatitud. En realidad pareció *volver* de algún lugar indefinido. No sabría cómo explicarlo mejor. «Alguna vez lo practicaremos juntos, señor», me propuso aquella vez. «Su primo de usted es demasiado impaciente para ello —añadió con una tibia sonrisa—. De manera que lo he dejado por imposible».

Peñuelas tenía además tal agilidad con el florete o el sable que sorprendería a muchos, como me sorprendió a mí cuando Pedro, al notar seguramente el cariño y la corriente de mutuo afecto que había saltado entre el maestro y yo, le encargase mi educación en esgrima, bastante floja, por no decir nula, en realidad, cuestión imperdonable en aquella alta sociedad española.

Después de muchos imprevistos, dilaciones y contratiempos, como aquel aciago viaje al corazón de la guerra que tanto me perturbaría, me apresté a aquellas magistrales clases, muy temprano, al día siguiente de una pequeña fiesta que estuvo pautada por algunos hechos extraños. Más que una fiesta, se trataba de un *thé dansant*, casi un ligero desvío en la trayectoria mareante de saraos y bailes de máscaras, que se organizaba en palacio y que convocaban entre quinientos y seiscientos invitados, algo habitual en aquel Madrid en que brillaban los más renombrados aristócratas del reino —mis primos, naturalmente, pero también los Alba, la marquesa de Miraflores o los duques de Puñonrostro, por citar sólo a algunos— y donde se bailaban mazurcas, galops, valeses y cotillones con un entusiasmo que nunca más he visto en ninguna otra capital europea.

Entre los invitados naturalmente se encontraba el duque de San Carlos, Pepe Carvajal, su gran compinche, Fernández de Córdoba, Casasola, Federico Madrazo, a quien mi primo tenía intención de encargarle un retrato, y otros pocos más, como la prima Encarnación y Alicia de Cisneros, por la que yo empezaba a profesar una pasión obstinada y embriagadora. Bueno, más bien diré que fue un inicio fallido el de mis clases de esgrima, como explicaré a continuación. El caso es que a aquella fiesta también asistió la prima Inés y su monacal tía Isabel, que la acompañaba a todas partes como una sombra vigilante o una fiel escudera. Igualmente acudieron a dicha reunión la condesa viuda de Beguer, doña Mercedes Aguerrevere, y el

partenaire ya habitual de Encarnación Camarasa, el peruano Álvarez de Cobos.

Si menciono esta alegre cita de amigos reunidos para disfrutar de la voz de Pedro y Encarnación —que hacían un *duetto* primoroso e inteligentemente avenido— es porque, a diferencia de otras reuniones similares, algo ocurrió allí que me pareció extraño. Creo que ya he mencionado que saltaba a la vista el encono indisimulable de Pedro para con Álvarez de Cobos, a quien sólo aceptaba en su casa porque su querida prima, la linda Encarnación Camarasa, bebía los vientos por él. Y, según supe por Mariano, Pedro quería con aquella reunión de íntimos desagaviar a Encarnación, con quien andaba un poco distanciado a causa, precisamente, del desdén manifiesto que demostraba mi querido primo hacia el peruano.

Era este un individuo muy de esa época, de maneras elegantes y preocupado por la moda. Usaba guantes, empleaba un inseparable bastón y siempre acomodaba su corbata de lazo a *la rusa* o a *lo Byron*, gastaba botas de buena piel y enormes cuellos de cucurucho que alcanzaban a ocultar parte de las rubias patillas rizadas; pantalones color mahón o gris perla. Pese a ese alarde tan de aquellos tiempos y a su presencia casi omnipresente en cuanta tertulia, tómbola, fiesta artística o baile se ofreciera en los salones más exclusivos de Madrid, aquel individuo resultaba un punto misterioso, pues nadie sabía mucho más de su persona, su origen y su paso por el reino más allá de lo que él mismo afirmaba, siempre muy sinuosamente y como al desgaire. Y aún así era, ya digo, invitado a cuanto baile de máscara, sarao o tertulia ofrecieran nobles y personajes de lustre de la capital.

Parecía este caballero un poco melifluo de tan excesivo que resultaba su atildamiento y no sé si era eso lo que sacaba de quicio a Pedro, pues yo en ese entonces no prestaba demasiada atención a aquellos mínimos detalles del buen estar o el buen vestir. La moda inglesa, marcada por Brummel, Alfred D'Orsay —quien conducía un tómbola cuyo caballo gastaba una piel de tigre a modo de gualdrapa— tenía encandilada a la sociedad europea que en el italiano Baptista Montresor y el endiablado y desdeñoso lord Byron encontró a sus más conspicuos representantes. Madrid bullía pues de petimetres, de hombres que se empolvaban el rostro o bebían vinagre para adquirir la palidez enfermiza que el romanticismo se encargó de poner de moda; vestían con exquisito cuidado y siempre vivían pendientes de lo que se usaba en

Londres. Los fraques se llevaban ya sin cartera, con faldones más bien cortos, y los cuellos de la misma forma que las levitas; se multiplicaban por doquier las botas, los frondosos pañuelos y sus lazos complicados, los corbatones y las botonaduras doradas; las corbatas de raso corto, llamadas de *Joinville*, eran las preferidas, pero no desmerecían a las de cachemir y las de dibujos fuertes, que de todas ellas proveía a los elegantes don Narciso Burguera en su comercio de la calle del Carmen, y abundaban los folletos y los manuales destinados al «perfecto caballero» que se vendían en todas las librerías por pocos reales. En fin, que los señores se preocupaban más de su atuendo que las propias damas en ese tiempo que ya empezaba a conocerse como *del romanticismo*. Y de entre estos, aquel hacendado venido de la América española resultaba especialmente destacado. Creo que fue de los primeros en gastar una levita color *Conde Orsay* —un simple verde oscuro—, que por entonces hacía furor en mi tierra y en Madrid apenas se conocía. Fue moda que trajo el famoso sastre Utrilla, que tenía su lujoso *atelier* en la carrera de San Jerónimo y donde alguna vez fui, a instancias de mis primos, para que me confeccionaran algunas prendas y un precioso *surtout* color barquillo, muy elegante. Decían que tenía siempre tres oficiales cortando y un centenar de operarios: él era como un maestro de ceremonias que tomaba medidas y daba charla a sus clientes...

Pero volviendo al peruano: quizá era que, pensaba yo en aquel entonces, Pedro simplemente no soportaba, con esos celos posesivos que a veces nos obnubilan a los hombres, que el hacendado cortejara a su prima Encarnación, a quien además de una hermosa amistad le unía un pasado un poco más íntimo, pues descubrí por esos días que fueron novios algún tiempo atrás.

El caso es que, en un momento dado de aquella fiesta, mientras yo no perdía palabra de lo que contaba Fernández de Córdova respecto a las últimas acciones contra los facciosos carlistas —enrocados en el Bajo Aragón bajo el mando del temible Tigre del Maestrazgo— y sintiendo en mi brazo una caricia discreta (y como casual) de Alicia de Cisneros vi, por el rabillo del ojo, que el maestro Peñuelas se acercaba a mi primo y le murmuraba unas palabras al oído. Al escucharlo, el semblante de Pedro mudó de color y se tornó rojizo, como cuando le acometía alguna contrariedad. Hizo un gesto a la orquesta que esperaba sus órdenes y esta atacó en seguida una pieza liviana y alegre que distrajo de pronto a todos de las charlas que en corrillos

animaban la velada. Luego desapareció a buen paso por el interior del palacio. Vi también claramente cómo el maestro Peñuelas levantaba los ojos al techo, como quien inicia una plegaria o ruega la Divina intercesión en busca de paciencia, y dando media vuelta seguía a mi primo. Este no tardó en volver, caminando con el mismo decidido ímpetu que lo alejó de allí minutos antes y, pese a que Alicia acaparaba toda mi atención, pude observar cómo Pedro se dirigía de manera directa a donde se encontraba Álvarez de Cobos y Fernández de Córdova, conversando y riendo con Encarnación e Inés.

No, no pasó nada. O al menos no a simple vista. Y eso es lo extraño, pues algo empezó a flotar como un humo denso y tóxico en torno a aquellos dos durante el resto de la velada. Miradas frías, frases displicentes, justo en el límite mismo del agravio o la puya mordaz, siempre y cuando la linda Encarnación no se encontrase cerca. En un momento dado mi primo, al escuchar el elogio que hacía Álvarez de Cobos a la bella espada tizona que llevaba el duque de San Carlos —quien, como su padre, el limeño conde de Castillejos, había abrazado la carrera militar—, no pudo evitar una mirada acerada, que acompañó con su sonrisa llena de frío desprecio, «¿sabe usted mucho de armas, amigo mío?». «Algo», se encogió de hombros el otro. Y siguieron por esa especie de desfiladero de palabras ásperas y cortantes. La charla, yo lo intuía, no era en absoluto inocente. Pero se me escapaba la razón, el motivo de tanto encono, ahora mutuo y que sólo parecía disiparse, ya digo, cuando se acercaba Encarnación. Aunque tampoco, debo confesarlo, le di más vueltas. La hermosa Alicia me había ofrecido su mano para bailar, sin esperar que yo hiciera el ademán caballeresco que requería la etiqueta, amparada quizá por el hecho de que por muy nobles y aristócratas que fueran todos los allí presentes, eran también de íntima amistad y, sin faltar en exceso al decoro, tampoco se preocupaban mucho de respetar un protocolo puntilloso. La cogí pues de las manos —tenía unas manos turbadoramente suaves, de dedos frágiles y apetecibles— e iniciamos una danza vagamente gitana o flamenca, llena de pasos sensuales que tan pronto me la atraían como me la alejaban, y ella fruncía sus labios en una sonrisa prometedora, acercando su rostro al mío y haciendo que de mi ánimo se esfumara la guerra y de mi cabeza las suspicacias que me producía aquella secreta batalla que había sorprendido entre mi primo y el peruano, y en general de todo lo que no tuviera que ver con aquella tan hermosa como resuelta mujer. Sé que nos

encaramamos a la cresta de espuma del mucho champaña que bebimos, recostados en un canapé al que ella me condujo —en algún momento que no recuerdo— por el laberíntico palacio, y a donde me dejé guiar con la docilidad de un niño. Sé que en un momento de audacia, mientras me dejaba arrullar por su voz, toqué sus hermosísimos cabellos y uno de mis dedos descendió por su mejilla como si fuera el pincel de un aprendiz bosquejando un perfil de ensueño. Quise entonces besarla y ella puso una mano en mis labios sonriendo: «Vas muy aprisa, mi querido inglesito». Lo susurró a mi oído y aquello me enervó aún más. Lo que sucedió después, apenas lo rescato de entre brumas y veladuras, pero en el fondo de todo ese recuerdo late la descarnada sensación de que le expuse mi amor ora en un balbuceante español, ora en un torrencial inglés que le hacía reír.

Cuando al día siguiente me acerqué, somnoliento, con la lengua estropajosa y una terrible jaqueca, al *Gymnasium* donde ya me esperaba el maestro Peñuelas, yo no podía quitarme de la cabeza todo lo sucedido durante la noche anterior. Pese al dolor de cabeza y a la resaca horrible, en mi corazón parecía haberse encendido una antorcha de insólita combustión, como nunca me había ocurrido antes. Hubiese querido hablar con Pedro, pero esa mañana, muy temprano, había salido a montar.

Todo esto iba pensando rumbo al pabellón de ejercicios cuando un alboroto de voces en las cuadras distrajo mi atención. Me acerqué a indagar qué ocurría y un mozo joven, visiblemente excitado, me contó: excelencia, ¡han atrapado a Candelas! ¿Cómo? Sí, ¡el ladrón más famoso de Madrid había sido por fin atrapado por la policía!

CAPÍTULO VIII

Nada, se lo había tragado la tierra. Desde al menos un par de semanas que nadie era capaz de dar seña alguna de Antonio Cusó, porque no había vuelto a ninguna de las tabernas y fondas donde ellos solían encontrarse al menos una vez a la semana. Su hermano Ramón traía el semblante ceniciento y la voz estrangulada cuando llegó a la taberna de Cuclillo con la noticia de que Antonio no había ido a dormir al cuartucho que alquilaba en el Alamillo. Si bien era cierto que Antonio entraba y salía cuando se le antojaba, pues no tenía perro que le ladrara, a los cuatro días de no saber nada de él, Ramón preguntó aquí y allá, se dio una vuelta por Lavapiés y también por Maravillas e incluso por entre los chisperos de la calle Barquillo, donde su hermano pequeño había tenido tiempo atrás un enredo sentimental con una maja muy guapa y casada que le dejó un revuelo un poco más profundo que otros amoríos. Pero nada, todas sus pesquisas fueron estériles. Finalmente fue donde Cuclillo para preguntar a los miembros de la banda si sabían algo, aunque hubiese sido lógico pensar que ellos serían los primeros a los que acudiría. Sus razones tendría Ramón Cusó, pero así lo hizo.

Esa misma noche Candelas había aparecido después de casi un mes sin saberse de él. Lo hizo como si tal cosa, con un desenfado tan natural que a los otros les resultó imposible siquiera poner mala cara. Reclamó vino, encendió un cigarro, pidió a Cuclillo que les abriera el reservado, se atusó las patillas y convocó a su mesa a los de la banda para organizar un nuevo golpe. Estaba chupado, les dijo con su voz áspera y, una vez que todos estuvieron sentados a la mesa, empezó a explicar los pormenores del asunto. Un robo en casa de un banquero, un gabacho, para más señas. Un palacio que se abriría sin problemas desde adentro, ya tenían a una doncella en el bote... Fue en ese momento en que apareció Ramón en la puerta, los ojos opacos, la camisa

desarreglada, el pelo revuelto como por una mala noche.

—A Antonio se lo ha tragado la tierra, Luis. Necesito ayuda.

Y vació de un trago un vaso de vino, sin preguntar de quién era. Las manos le temblaban. Balseiro, Paco *el Sastre* y Mérida lo miraron sin comprender.

—¿Cómo que desaparecido? —La voz de Candelas se llenó de oscuridad.

Ramón les puso al tanto de todo y alguno, quizá Mérida, le dio una palmada amistosa, que seguro que no era para tanto, que con toda probabilidad andaba enredado en las faldas de una moza, pero Ramón, que era más bien de talante pacífico y reservado, se zafó de la mano del gallego y, mirando sin pestañear a Villena, quien seguía con aire indolente sus palabras, repantigado en la silla de anea y con los fofos brazos cruzados, dijo que le daba muy mala espina, que le creyeran, joder, que lo sentía en el corazón, y se dio dos golpes en el pecho, como si tuviese un hueso de pollo atragantado: A su hermano le había ocurrido algo malo, tembló su voz al igual que la diestra que llevó al vaso que alguien había vuelto a llenarle de vino, y juraba por sus muertos que mataría al que le hubiera tocado un pelo. Por la Virgen de Atocha lo juraba. Todo lo dijo mirando al Sastre, y se hizo un par de segundos de incomodidad y escarcha.

Entonces, agraviado por aquel silencio que nadie quiso o nadie supo disipar, Paco Villena se levantó bruscamente, derramando su vaso, que cayó al suelo con estrépito.

—Si estás insinuando algo, Cusó, mejor te vas con cuidado y te metes tus amenazas por donde mejor te quepan.

Casi no terminó de decir esto último, porque la mano de Ramón Cusó voló hacia su cuello con la celeridad de una flecha y allí sus dedos se cerraron como las siniestras tenazas del herrero que había sido. Entre todos intentaron separar a los dos hombres que rodaron por el suelo entre juramentos y escupitajos, procurando cada uno sacar la faca y clavársela en el pescuezo al otro hasta que sintieron el estallido de un balazo que desportilló el techo haciendo caer sobre ellos una nube de cascotes. Al momento apareció el dueño de la fonda en la puerta del reservado, con semblante hosco.

—Cuclillo, cierra la maldita puerta.

Candelas tenía una pistola en las manos y ahora apuntaba a uno y a otro, con una mirada glacial. Había dicho que nada de sangre en su banda y él era

el primero en respetar tal consigna, cojones, pero tampoco le dolerían prendas en no cumplirla con el que continuara aquella pelea. Tenían a la policía tras sus pasos desde hacía tiempo y lo que menos necesitaban ahora mismo era llamar la atención con peleas absurdas entre ellos. Villena fue el primero en levantarse, limpiándose la sangre que corría aparatosa por su frente.

—Vete a que Manolita te cure, solo es un arañazo —dijo Candelas.

Luego se levantó Ramón, sacudiéndose el yeso de la camisa y de la cabeza. Lo sentía, Luis, dijo con un gesto desvalido, como incapaz de comprender cómo se había portado así, cómo había perdido la cabeza de aquel modo. Los cabellos revueltos, los faldones de la camisa fuera del fajín, los ojos alucinados le daban el aspecto de un pordiosero: lo sentía de veras, insistió, porque, en los muchos años que conocía a Candelas, había sido Ramón fiel y más bien discreto, poco amigo de la violencia a la que eran tan proclives los demás, incluyendo a su hermano Antonio cuando se pasaba con el vino. Pero todos, aunque no dijeran nada, lo comprendían de sobra, pues la pésima relación entre su hermano Antonio y el mala bestia de Paco Villena venía de lejos, y estaba sazonada con veladas amenazas, maldiciones y broncas promesas, sobre todo desde el feo asunto aquel con el catalán a quien no pudieron robar y que el Sastre despachó con pasmosa frialdad de una cuchillada en la tripa. Los de la banda habían convenido que, nada más regresar Luis, todos le habrían de preguntar si continuaban juntos o no, porque era un hecho que sin él no había golpes importantes, apenas escaramuzas toscas y de mucho riesgo que, por si fuera poco, dejaban una miseria a repartir. Pero también era cierto que Candelas los necesitaba a ellos para las maestrísimas ejecuciones donde había mucha escenificación y se requería de la participación de varios compinches. De manera que los unos andaban descabezados sin el otro y este no tenía mucho margen de acción sin ellos, se decían. Aunque, de ser cierto lo de esos golpes solitarios de los que se hablaba en los mentideros de Madrid, estaban realmente jodidos, pues significaba que el rufo se las podía apañar perfectamente sin la banda, cosa que más de uno temía porque nadie los comandaba como Luis Candelas, ni ninguno tenía su arrojo, su sangre fría, pero sobre todo su ingenio cabrón para urdir timos, robos, asaltos y desvalijos como nadie en el mundo de la gallofa.

Su fama excedía con mucho los límites de Madrid, y en la Villa y Corte todos hablaban de los robos del ya célebre ladrón de la capital. Y allí sí que

ninguno podía reclamar nada. ¿Que Candelas perpetraba golpes cada vez más osados y en solitario, dejando además un guante negro como particular firma? Parecía ser cierto, a juzgar por las indagaciones a las que se había entregado Antonio en las últimas semanas. Pero nadie pudo decir nada, porque Antonio Cusó, efectivamente, se había evaporado de la faz de la tierra desde la noche en que les contara sobre sus pesquisas y seguimientos. Muchos días ya sin aparecer por allí, sin dejar un recado, ni una palabra, ni una miserable nota. Todos andaban escamados con el asunto, pero ninguno dijo nada hasta que apareció Ramón y soltó ante ellos que su hermano había desaparecido. La noticia les cayó como el disparo de un maldito cañón carlista. Porque confirmaba sus temores. Pero, ¿y si se había liado con la misteriosa dama a quien, según les dijo, pensaba seguir? Ya conocían de qué pie cojeaba Antonio y, si a todos les gustaban las hembras, a Cusó más que a nadie, quizá también por imitar a Candelas... A estas horas quién sabe dónde podría estar retozando, como hizo con la costurera de la reina, la viuda esa de la calle del Carmen... Juntas peligrosas las de Antoñito Cusó, que quería imitar en todo a Candelas y, aunque guaperas como el otro, le faltaba cierto continente, esa brutal seguridad que tenía Luis, unos modales bien aprendidos sabe Dios dónde porque era de Lavapiés, como casi todos ellos, de la calle del Ave María para ser precisos. Aunque otros porfiaran que no, que era de la parroquia de San Sebastián, de la calle de Santa María, para ser exactos, esa que va de la calle del León hasta la plaza de San Juan, coño, ¡es de ahí! Y aunque había hecho algo de estudios en el instituto de San Isidro, su mal genio terminó de ahuyentarlo de una vida proba, tal como deseaban sus padres: dos bofetones dicen que le dio con apenas once años al dómine de latín que se atrevió a zarandearlo de una oreja. Pero esa inquietud estancia en la escuela le abrió las apetencias de saberes y conocimientos, de libros y de músicas. De una manera u otra, lo cierto es que Candelas tenía modos y porte de señorito cuando quería, sabido era, y Cusó lo imitaba en todo, creyendo el pobre que nadie se daba cuenta del remedo, de sus pretensiones un poco aparatosas, un poco risibles también. Y no porque le faltara planta, no. Era aquella suficiencia, coincidían ellos, aquel estado natural de Luis. Todo esto especulaban Mérida, Balseiro y Cuclillo antes de que llegara Paco Villena y después, sorpresivamente, Luis Candelas. Pero también hubieron de convenir, luego de solazarse en el escarnio del mozo al calor de unos vasos de vino, en que imitador y tal, Cusó poseía bravura, inteligencia y mejores

maneras y porte que cualquiera de ellos. De algún modo se sentían pues a su merced, y por eso andaban impacientes, esperando a que el menor de los Cusó les viniera con noticias frescas de Candelas.

—Más que nada, para saber a qué atenernos, ¿verdad? —había dicho Balseiro en aquella oportunidad, una vez que Antonio hubiese partido. Esa fue la última vez que lo vieron.

Y ahora Luis se había adelantado a las noticias del enigmáticamente desaparecido Cusó, presentándose súbitamente en la taberna. Y diez minutos después de llegar Candelas, Ramón, que ahora les venía con esto, con ese presentimiento de que algo malo le había sucedido a su hermano. Y a ellos les dio un brinco el pecho, porque esas corazonadas, cuando se trata de familiares, ya sabemos. De manera que todo era zozobra y confusión en ese momento, mientras Paco Villena se marchaba maldiciendo, con un pañuelo en la frente que sangraba, y Ramón pedía disculpas, nuevamente contrito, nuevamente apacible, callado.

Candelas se dio cuenta de que algo ocurría porque los miró de uno en uno, dos témpanos eran sus ojos, como si hubiera descubierto la traición —pero no era traición, joder...— y se dispusiera a revelarles que él sabía que había sido seguido todo este tiempo. Y si le preguntaba a cualquiera de ellos, nadie hubiera podido responder sin bajar la mirada, sin desmoronarse. Era tal el respeto que le tenían. Pero tampoco ninguno hubiera sabido explicar —quizá sólo Antonio— con claridad y sin faltar a la verdad, el porqué de esa actitud, la razón de sus pesquisas. Y seguro que Luis lo hubiera entendido. O no, pero nadie quedaba mal, ¿verdad?

Candelas puso los brazos en jarras y los miró con desafío, como un general decepcionado de sus tropas. Y por la Virgen de Atocha que intimidaba, pese a que ellos eran hombres bregados, fajados y con muy mala leche.

—Sé que todos estáis sorprendidos por mi largo alejamiento —empezó a decir con voz severa, aunque no muy firme, como si buscara las palabras exactas, Candelas—. Pero también sabéis que nadie aquí se debe nada: ni devoción ni exclusividad. Y yo no os pregunto a vosotros qué hacéis para conseguiros el sustento. Cada quien se busca la vida como mejor puede. Pero cuando trabajamos juntos, sin embargo, es cuando nos debemos los unos a los otros. Y eso precisamente es lo que he venido a proponeros: un buen palo,

dinero suficiente como para no preocuparnos de nada en unos buenos meses. Habrá que aprender algunas palabrejas en francés, eso sí.

Nada más decir esto todas las dudas desaparecieron de los rostros hasta ese momento ceñudos. O casi todas.

—Ya, Luis, pero después...

—Después nada, Mérida, joder. ¿Que no me oyes? Después ya veremos. Por ahora vamos tirando y cada golpe nos deja cuartos suficientes, ¿verdad? Pues eso. —Luego miró a Ramón Cusó—. Y ahora, cuéntame bien qué es eso de que tu hermano ha desaparecido, Ramón...

Gloucester Road, Londres, 1886

Los días siguientes a aquella fiesta en el palacio de Leganitos y a mi deplorable inicio de clases de esgrima con el maestro Peñuelas —vomité como un vulgar arriero en aquel impecable suelo del *Gymnasium*— fui de súbito emboscado por una agitación casi febril que sin duda alguna había causado mi escaramuza amorosa con Alicia de Cisneros y que, por todos los medios, trataba tan lamentable como inútilmente de disimular ante mis primos quienes, creo yo, seguían el asunto divertidos, como si se tratase de una de esas obrillas ligeras y llenas de enredo que colmaban por entonces los escasos teatros madrileños.

Yo andaba pues como alma en pena, incapaz de concentrarme en mis lecturas mañaneras —Peñuelas y yo convinimos razonablemente en posponer las sesiones de esgrima una semana—, desasosegado en mis paseos ecuestres y solitarios por los alrededores de la montaña del Príncipe Pío, desatento a las charlas sobre caballos y fiestas a las que eran tan inclinados mis primos, inmune a las chanzas y desafecto a las bromas de los de la Partida del Trueno cuando, a instancia de Mariano, recalamos en el Café del Príncipe una noche tibia y bajo una inusual llovizna que empañaba de melancolía las calles madrileñas. Ofuscado, pedí un clarete que bebí con apuro, enojosamente ajeno a la conversación desenfadada en la que estaban inmersos Ventura de la Vega, Escosura, Pepe Espronceda y el manchego Roca de Togores, y a la que al poco se unió también Mesonero Romanos, a quien empezaba detestar...

Mariano me miró de reojo, estudiando mi reacción, pero no hizo más que mover un poco su silla para hacerle espacio al engolado periodista. Sacudí la cabeza para liberarme de aquellos sombríos pensamientos y decidí prestar atención a lo que estaba contando Ventura de la Vega, tan arduosamente. Pero bien pronto me di cuenta de cuál era el motivo de su charla, por lo que lancé un resoplido de resignación, como también hacía el peruano Álvarez de Cobos cuando los contertulios de un sarao se lanzaban a hablar de aquel tema: los golpes del dichoso Candelas, que parecía haber saltado a otro nivel en el brutal escalafón del latrocinio, decían, con aquellas dos últimas —¡y magníficas!— puestas en escena.

—Realmente increíble —exclamó Pepe Espronceda y movió su noble cabeza con devoción, como el niño que asiste deslumbrado a un acto de magia.

Y todo ello porque se descubrió que la policía había difundido la especie de que por fin tenía en sus manos al famoso ladrón... sólo para soltarlo días después cuando varios vecinos dieron más que cumplidas cuentas de que se trataba de un inocente, un esportillero andaluz de apellido Zamudio al que la *pestañí* echó el lazo por la sencilla razón de que el dueño de la fonda que acababan de robar lo señaló como autor del delito. Si aquello fue un escándalo, más lo fue saber que, en el transcurso de los dos días siguientes, fueron víctimas de tremendos robos dos personajes de mucho poder y dinero. Uno, el marqués de Acosta, conocido carlista que todos los que se declaraban cristinos detestaban sin tapujos, y el otro, un banquero francés que tenía su residencia en el palacete de la calle del Turco, muy cerca del Salón del Prado. Del primer robo se alababa el increíble ingenio: Candelas se infiltró en el palacio del marqués de Acosta como lo hicieran los griegos en la esplendente Troya: agazapado en un presente de madera, sólo que en este caso no se trató de un caballo sino de un robusto mueble. ¡Toma!, exclamó Togores, y Ventura sonrió enigmático: Pues, sí. Un precioso armario. Y debidamente dispuesto para ser ocupado por un diríase más que flexible Candelas, pues nadie se dio cuenta de la superchería y el caco, aprovechando la noche, salió de su escondrijo. Pero algo falló porque esta vez estuvieron a un tris de atraparlo cuando dos lacayos, alertados por los ruidos, corrieron a avisar a su señor y entre los tres lo descubrieron *in flagranti delicto*, que se dice. Sin embargo, Candelas fue más rápido que ellos. Según el criado, cuando ya

estaban a punto de cogerlo del pescuezo, el ladrón efectuó una voltereta pasmosa antes de desaparecer por el ventanal más cercano, engullido por la negrura de la noche. Lo menos diez pies hasta el suelo. Cuando se asomaron a la ventana, pensando ver el cuerpo roto contra la dura piedra, el astuto se había esfumado. Aquello sólo podía ser cosa del diablo, juraba uno de los lacayos, muy pálido, a quien quisiera escucharlo. Quizá ya llevado por su propia especulación, el criado afirmaba que aquel hombre era altísimo y vestía completamente de negro, como un clérigo. O un demonio... como el que dicen que se llevó a sor Patrocinio en volandas hasta La Granja, depositándola después, sucia y desorientada, en el tejadillo de su convento.

—¡Ya estamos con esa monja fraudulenta! —exclamó Espronceda.

—Pero guapa...

—Se quedaron con un palmo de narices —remató su narración Veguita sin atender el comentario anterior—. Bueno, y con el maldito guante negro, que ya es marca personal.

—El robo en el palacete de la calle del Turco fue un poco más prosaico pero también tiene su mérito, esta vez de índole galante— intervino Escosura, tan pálido y afilado como un personaje del Greco, y se dispuso a contar.

En ese preciso momento entraron al café dos individuos de mala catadura, el uno huesudo y de cabellos ralos, el otro bajo, robusto y de corbatón sucio. «Tienen un aire como de contrabandistas o postillones de diligencia», murmuró Mesonero, despectivo. Todos en nuestra mesa se quedaron callados. Alguien, quizá el propio Vega, murmuró que el más bajo era «gancho» de la Ronda Secreta en la casa de juego de la Garduña, esa vieja asquerosa. Espronceda se puso lívido y Mariano le murmuró casi al oído: «Tranquilo, no pasa nada». En efecto, nada sucedió. Aquellos dos bebieron sendos vasos de vino y al cabo de unos veinte minutos se marcharon. Fue Patricio Escosura quien, encogiéndose de hombros, retomó la narración.

—Al parecer —afirmó captando nuevamente el interés de todos—, en esta oportunidad Candelas actuó compinchado.

¿Cómo así? Como solía hacer, el muy tunante, en tales casos: Sedujo a la criada del banquero con quien mantenía un amorío desde tiempo atrás y así fue que se hizo merecedor no sólo de sus favores sino también de su total confianza. De esta guisa, aprovechando los viajes frecuentes del señor, pudo entrar en la casa para retozar con ella mientras dos socios se presentaron de

improvisamente haciéndose pasar por hermanos del banquero llegados intempestivamente a Madrid. Chapurrearon algunas palabrejas en francés y dieron tantas y tan prolijas señas que la doncella decidió creerles, apurada por que pudieran descubrir a su amante metido en la cama... del señor.

—Lo más sorprendente —insistía Pepe Espronceda, encendiendo su cigarro y dándole lumbre a Ventura de la Vega— es que los golpes se han sucedido con apenas veinticuatro horas de diferencia. ¡Veinticuatro, rediós!

—Como siga a ese ritmo, el tunante nos va a desvalijar aquí mismo —exclamó Veguita llevándose una mano teatral a la bolsa—. Quizá debemos hacerle caso a tu amigo Borrow y admitir que se trata de dos ladrones, Henry...

—Pues sí, cada vez me inclino más a creer que en realidad son dos ladrones. ¡Y en plena competencia! —tronó Roca de Togores, muy ufano.

Todos se volvieron a mirarme. Yo quise sonreír, pero sólo alcancé a resoplar. Me encogí de hombros y no dije nada. La verdad, en ese momento me importaban un ardite las tropelías de Candelas, e incluso me sentía oscuramente deseoso de que por fin lo apresaran y lo colgaran, como si el infeliz rufo fuese culpable de mi desazón amorosa. Y es que Alicia, después de seducirme como a un inexperto colegial —cosa que ahora veo que en realidad era, pero en ese entonces me negaba a admitir— se esfumó de mi vida sin responder ni a los billetes y las flores que le envié al día siguiente de aquella fiesta en el palacio de Leganitos y durante una cumplida semana, ni a las misivas esmeradas en las que le confesaba la orfandad de mi corazón, que languidecía sin su presencia. Pero ya digo que no respondió a mis requerimientos ni contestó a ninguna de mis cartas, lo cual me hundió como un pecio en una amargura sin paliativos. Por todo ello, la guerra y la política española, es decir, los motivos por los que había dejado Inglaterra, me resultaban hechos enojosos y ajenos por completo al rumbo que había tomado inesperadamente mi vida, como si fueran tan solo estorbos en el camino de mi viacrucis sentimental. Si apenas prestaba atención a los golpes del famoso ladrón madrileño, menos me interesaban los acontecimientos que convulsionaban a la España entera, obnubilado como estaba de amor: los Gobiernos caían como frágiles castillos de naipes y al de Queipo de Llano le siguió el de Álava, que duró nada, apenas diez días, y a este el de Juan de Dios Álvarez Mendizábal, el celebre *Juan y medio* del que todo el mundo

esperaba que trajera los dineros necesarios para acabar con la guerra, pues sabido era que cuando estuvo exiliado en Londres trabajó para la casa de banca de Ardoin y consiguió un magnífico empréstito para lograr la restauración del Gobierno legítimo de Portugal, envuelto en una guerra sucesoria similar a la de los Borbones en ese momento. Pero nadie lo quería, porque era excesivamente personalista, arrogante y por si fuera poco algo anodino en el estrado de oradores. O «poco inteligente», como se decía en la prensa de aquel tiempo.

En realidad, el gobierno se lo dieron a Álava, me comentó George Borrow una tarde en que visitaba a mi amigo, a los pocos días del referido episodio del Café del Príncipe. Mi primo Pedro guardaba reposo por una fea torcedura de tobillo que sufrió al caer de su caballo, y Mariano había partido nuevamente al norte con Fernández de Córdoba. Me encontraba pues particularmente mustio y solitario. Don Jorgito pareció así advertirlo, dejó sus cuadernos y plumas y me propuso —como si fuera una novedad— dar un paseo para *estirar los remos*.

Él también se quejó de un dolor en la pierna, una torcedura en las malditas escaleras de esta casa, pero «nada comparado con lo sufrido por su primo de usted, claro está». Sin embargo también renqueaba un poco. ¡Parecía pues el principio de una epidemia! Salimos de la habitación que alquilaba en aquella posada y fuimos caminando hacia la calle Mayor mientras Borrow me iba poniendo al día del acontecer político español y poco a poco distrayendo de mis pesares. Fue gracias a mi amigo por quien me enteré de que el infeliz Espronceda vivía por esos días en semiclandestinidad, alojado donde unos amigos, luego de volver subrepticamente de su destierro en Badajoz. A tal confinamiento lo condenó Martínez de la Rosa cuando era presidente del Consejo de Ministros. Lo acusaba de pertenecer a la Isabelina, una sociedad secreta cuyo motivo último no era otro que el de derrocar a la reina Cristina. En este feo despropósito, se decía, estaban involucrados nada menos que el infante don Francisco y su mujer Luisa Carlota, el general Palafox, Eugenio Aviraneta, el periodista García de Villalta y, en fin, otros más que no vienen al caso. De ahí el temor de Espronceda aquella noche en el Café del Príncipe a que la secreta estuviera tras sus pasos...

—¡Ese Martínez de la Rosa! —exclamó Borrow—. Estaba empeñado en ser lo que la Providencia ha negado a los humanos, es decir, sobresaliente en

todo...

No mejores juicios merecían otros políticos para don Jorgito.

Entendí pues que mi paisano estaba absolutamente enterado no sólo de la bribia madrileña, sino «de la otra bribia», como decía sin ambages para referirse a los políticos españoles, de quienes únicamente hablaba pestes y lanzaba contra ellos toda suerte de venablos en diez idiomas: «Incompetentes e incorregibles ladrones», era lo más suave que le oí decir de ellos. El caso es que Álava decidió, harto de tanto pasteleo y componenda, marcharse a Londres, su segundo hogar, y otro político, Gil de la Cuadra, se negaba a aceptar ministerio alguno mientras no se restableciera la Constitución de Cádiz. «¡Hay que joderse!», exclamaba divertido Borrow que, como ya he dicho, tenía refranes y citas castizas para cualquier ocasión. Había que joderse, sí, pues al aceptar Mendizábal primero el Ministerio de Hacienda y después la presidencia interina del Gobierno se ganó la enemistad biliosa y mortal de quien fuera su gran amigo, Francisco Istúriz. Yo sabía que Mr. Villiers, mi mentor en Madrid y representante de su majestad en la capital del reino, había hecho grandes esfuerzos por persuadir a la reina Cristina de que aceptara a Mendizábal como ministro, y eso había enfurecido a sus muchos enemigos, pero especialmente a Paco Istúriz.

Según se decía en los mentideros de la Villa, explicó Borrow mientras alcanzábamos ya la Puerta del Sol, aquello ocurrió porque Mendizábal, motivado por un prurito de honradez, se negó a darle la intendencia de La Habana, que Istúriz quería para restaurar su maltrecha fortuna.

—Sí, sí, mi amigo. Ese es el interés de los políticos españoles: lucrarse a costa del erario nacional. No le extrañe pues que estén en bancarrota y ni *Juan y medio* los salvará. Tienen para cien años así. ¡O más!

Nos sentamos a una mesa en Lorencini y Borrow encargó dos horchatas, antes de seguir contando sobre el recién nombrado presidente del Consejo de Ministros.

Este Álvarez Mendizábal —yo lo había visto alguna vez— era un hombre de patillas cortas y cabello rizado. Elegantísimo, muy alto, de llameantes ojos negros y un pie singularmente pequeño, casi de señorita, que él calzaba con zapato de seda y cordón de raso. Mucho se temía Borrow que esperaban demasiado de él para arreglar los asuntos del país y acabar con la condenada guerra carlista. Pero a la larga fue él quien hubo de precipitar el exilio de

muchos nobles, entre ellos mis primos, al año siguiente de lo que cuento y que, como vengo diciendo, escuchaba yo con vaguísima y ofuscada atención, durante aquel paseo por las calles madrileñas. Nada lograba pues mitigar mi desasosiego y sólo Borrow parecía indiferente a mi visible estado de melancolía. Me miraba de arriba abajo, creo que divertido, y seguía contándome los asuntos de la Corte y sus avances en la traducción que estaba haciendo de su Biblia al caló, que ya tenía casi lista... En un momento dado calló bruscamente, se limpió los labios con un pañuelo y me miró con cierta sorna.

—Intuyo que mi cháchara no le resulta intelectualmente estimulante. Pero quizá le interese más lo que voy a referirle a continuación. Trata de una bella mujer. Una que usted conoce bien.

Adormecido por el curasao y la tibieza de la chimenea, recostado en el butacón de lectura, con el tobillo aún hinchado y dolorido —y por lo tanto vendado y sobre un escabel—, Osuna entrecerró los ojos para concentrarse mejor en darle orden a sus pensamientos. Y esta vez, se dijo, tiraría del recurso fácil de contar con Lobo, cuyos servicios tenía a disposición desde mucho tiempo atrás para cuestiones diversas, de preferencia discretas. Pero no cuando se interesó por Candelas. ¿Por qué no quiso contar en aquellos momentos con su informante habitual para encontrar al ladrón? Aún, a fecha de hoy, no consigue darse una explicación convincente para entender tal empeño. Quizá se trataba de una cuestión que tomaba casi como una ofensa, uno de esos agravios que de tan personales es menester resolver por uno mismo, sin ayuda, aliento ni testimonio de nadie. Bueno, sí, se corrigió de inmediato: el maestro Peñuelas estuvo al tanto de sus afanes, como lo está ahora de sus indagaciones sobre Álvarez de Cobos. Pero el caso es distinto, se enerva el duque, porque a este último sí que lo desprecia y sólo quiere desenmascararlo delante de Encarnación. Por eso lo ha hecho seguir por Lobo —como quien envía a un perdiguero para olfatear el rastro de una comadreja—, para averiguar lo que siempre intuyó, que el peruano es un don nadie, un aventurero de pacotilla cuyo único propósito consiste en vivir como un parásito de alguna mujer rica y de preferencia joven que caiga seducida por sus melifluos encantos de lechuguino americano. Todo lo averiguado por Lobo hasta ahora confirma esas sospechas que siempre latieron en lo más

profundo de su convicción, desde que lo vio entrar en su palacio por primera vez.

En cambio, tiene que admitir que lo que le impulsó a averiguar más de Luis Candelas fue algo parecido a la admiración, una intriga de lujo, una curiosidad que si en principio servía para distraerlo de su amor por Inés y sus inútiles afanes para conseguirlo, poco a poco se fue convirtiendo en un asunto primordial que desplazaba las otras preocupaciones a los extramuros de su vida. ¿De esto ya hace cuánto, Pedro?, ¿un año? Sí, apenas un año escaso. Cuando la matanza de los frailes, el año pasado.

Sí, así fue. Lo recuerda claramente pues hasta él, que estaba en las cuadras con Peñuelas, llegó un lacayo, muy pálido, con la noticia de que una turba enardecida estaba acabando con cuanto fraile se le pusiera a tiro, acusados estos de envenenar el agua de las fuentes. ¿El agua de las fuentes? Sí, excelencia, como lo oye. Aquello Osuna lo recuerda muy bien, pues fue una combinación tan desgraciada como explosiva de sinsentidos: La reina estaba en La Granja, refugiada a causa de la peste que diezmaba a la población. Aunque Martínez de la Rosa lo hubiese negado por activa y por pasiva, era un hecho por todos sabido. Por otro lado, llegaban inquietantes noticias de que Rodil no acababa de contener a los facciosos en el norte del país y, por si fuera poco, el infante Carlos había entrado al país por Zugarramurdi y lanzado al cabo un encendido y victorioso manifiesto desde Elizondo. Así pues, con la reina abandonando a sus súbditos a merced de la peste, los carlistas pulverizando a las tropas cristinas y su jefe el infante — ferviente católico y más conservador que el papa Gregorio— arengando al país para levantarse contra la reina, la población madrileña quiso creer que el envenenamiento de las fuentes era una maniobra conjunta de aristócratas y frailes carlistas para reducir a la población más precaria.

Sí, aquellas fueron quince horas espantosas y ahítas de una barbarie increíble. La policía, por su parte, no hizo nada para contener a la turba ni para defender a los clérigos, algunos de los cuales fueron perseguidos hasta las mismísimas puertas de las iglesias, según supo después. Habían asaltado con furia ciega el convento de San Francisco el Grande y allí pasaron a cuchillo a más de cuarenta franciscanos ante la pasividad vergonzosa del regimiento de la Princesa, que se quedó acantonado en sus dependencias. En el Colegio Imperial atacaron con palos y cuchillos a una veintena de jesuitas

y, si no hubo más muertes, fue porque el propio Osuna y su hermano Mariano, el duque de San Carlos, Santiago y Casasola, entre otros más, salieron a defender a los clérigos, recorriendo a caballo los monasterios cercanos, enfrentándose al populacho incontrolado. Y en medio de la convulsión y zozobra que significaba todo aquello, tú sólo pensabas en Candelas, Pedro. ¿Estaría entre esos malhechores? ¿Aprovecharía para robar, saquear, esquilmar? ¿Sería aquel que sucumbe bajo tu látigo entre ayes e imprecaciones? No, no podía ser. Candelas no estaría entre esos brutos enajenados, se decía el duque abriéndose paso al mando de una improvisada carga cerca del convento de Santo Tomás, ¡Venid, por aquí! Pepe Carvajal ha desenfundado la espada y su caballo se encabrita, ¡por mis cojones que vais a entrar allí!, Mariano se abre paso a mandobles, ¡chusma!, ¡impíos! y dispersa a un grupo, Casasola se bate con cuatro o cinco que lo acosan entre gruñidos feroces antes de que Osuna vaya en su ayuda. ¿Sería aquel que cae rugiendo, con la cabeza abierta? Imposible. La turba se disuelve y ellos regresan cansados, magullados, a palacio.

A los dos días Martínez de la Rosa pareció salir de su letargo y asumir tíbicamente el mando. Por algo es el presidente del Consejo de Ministros, se dicen todos. Responsabilizó de connivencia al corregidor, marqués de Falces, y al gobernador civil, ese disimulado carlista que es el duque de Gor, Dios lo confunda. La ciudad pareció volver a la calma, pero era aquella una calma siniestra y torva, como al acecho.

Y él, enardecido quizá por aquellos acontecimientos, volvió a zambullirse de lleno en la esquivia biografía del ladrón madrileño que traía desesperada a la policía del reino. Siguió preguntando, escuchando en tabernas, hablando con los mozos de palacio, con los petimetres que decían conocerlo en el Café de Lorencini y en el Parnasillo. Incluso con Ventura de la Vega, que juraba y perjuraba que se había batido en duelo con él. Aunque quién le creía a ese calavera...

Así, con retazos de charlas y comentarios, Osuna fue armando una liviana e inexacta biografía del rufo. Lo primero que averiguó fue que este, algunos años atrás, siendo todavía muy joven, había dado con sus huesos en la cárcel de Corte, pero de aquellos calabozos, fétidos y sucios, resultaba muy fácil escapar y para Candelas no supuso ningún problema. Decían que también volvió a la cárcel años más tarde, cuando Olózaga fue apresado y condenado

a la horca junto con el librero Miyar y el tendero Bringas. Y afirmaban quienes esto decían que Candelas lo ayudó a escapar a riesgo de su propia vida, razón por la cual Olózaga le tenía especial afecto y devoción. Que incluso lo había iniciado en la masonería. El abogado alavés, cuando alguien le preguntaba por ello, soltaba una carcajada campechana que estremecía todo su cuerpo, una risotada abierta, como la que se le dedica a la ocurrencia de un orate, algo tan divertido como absurdo. Y meneaba la cabeza, murmuraba unas disculpas y se iba sin dignarse siquiera a contestar, dejando al impertinente con la palabra en la boca. Se comentaba también que la propia Alicia de Cisneros, que según se rumoreaba estaba nuevamente de amores con Olózaga por aquel entonces, también había ayudado en esa fuga sonada y que desde entonces cobraba los dorados ribetes de la leyenda. Y que se hizo amante de Candelas desde ese episodio. Pero esto era ya poner un pie en el territorio de la fantasía, pensaba Osuna. No sin motivo, pues todo lo que se decía de Candelas era equívoco. Razón de más para intrigarlo.

Recordó: Ni Mariano ni Pepe Carvajal sabían bien en qué andaba pero, acostumbrados a sus repentinas deserciones de alguna fiesta o tertulia, atacado casi siempre por la melancolía del amor irresuelto de Inés, todos lo dejaban en paz y no hacían mayores preguntas, lo que le dio libertad para ir y venir, para seguir indagando aquí y preguntando allá. A sus anchas. No resultó en exceso difícil, habida cuenta de que prácticamente todo el mundo estaba al tanto de las fechorías de Candelas, de sus escapadas por los pelos de la inepta policía madrileña.

Así, Osuna se fue enterando de algunos detalles más, como si se tratase de los elementos de un retablo en el que él invertía tan largas como placenteras y laboriosas horas. Lo primero, que desde muy entrada la mañana y hasta que cae la tarde, en los corrillos que se forman en torno a la Fuente de las Arpías, allí en la Puerta del Sol, desocupados, intrigantes y covachuelistas especulan, fantasean y fardan sobre Candelas. Que es un don nadie, que son varios, que opera también fuera de Madrid, que en realidad son padre e hijo, un agente extranjero, que es una mujer. ¿Una mujer? ¡Ya te digo! Glosan sus hurtos, dibujan sus atracos, equivocan, usurpan, mienten, confunden, se desdicen y hacen crecer así, a punta de medias verdades, embustes y delirios, la figura del primer rufo del reino. O al menos así es como lo ve Osuna durante sus primeras pesquisas.

Pero una cosa empieza a quedarle cada vez más clara. En todos estos años Candelas ha ido depurando pacientemente sus técnicas, diríase que como otros la noble técnica de la equitación o el exquisito arte de la esgrima.

Por su parte, Peñuelas se entrega a «estudiar el caso», como se refiere al asunto Candelas. Y lee acerca de otros forajidos, no sólo en España sino del mundo entero. Bandoleros, ladrones y criminales que han sembrado el terror en su tiempo. Así pues, podría semejarse al Dick Turpin de los ingleses e incluso al tremendo Jean Cartouche parisino. O quizá más bien al discípulo de este, Jacques Mandrin, que frecuentó cafés, garitos e incluso teatros sustrayendo bolsos y relojes con habilidad excepcional, le explica en una ocasión el maestro, que no es en absoluto ajeno a la curiosidad y a la indagación. Sí, se le compara a Candelas con Turpin y Mandrin, pero, en realidad, se convence Osuna, el primero es solo un salteador de caminos, un vulgar ladrón de ganado. Curiosamente, entre los volúmenes encargados este mismo mes a su librero, M. Casimir Monnier, ha llegado a sus manos una novela aparecida en la Inglaterra el año pasado titulada *Rockwood*, y cuyo personaje principal es nada menos que Turpin. En cuanto al segundo, el francés Mandrin, aunque sinuoso, sodomita, escurridizo y maligno como un ofidio, no tiene la ambición sofisticada de Candelas en sus robos urbanos. Solo son toscos asaltos que en más de una ocasión han dejado a las puertas de la muerte a sus víctimas, sin importarles sexo o condición. Una mala bestia. Ahora bien, especula el duque bebiendo sorbitos del curasao que se hace llevar hasta la biblioteca en tales ocasiones, en campo abierto podría tener una cierta relación con Harry Poots, el bandolero que sembró el terror en su Baltimore natal. Pero —chasquea la lengua el duque, contrariado— a este le falta la visión y el donaire del madrileño. Y respecto a todos los nombrados, la ausencia de sangre, la elaborada maquinación para el engaño. Una cierta noción de nobleza patriótica. Sabido es por todos que Candelas entregó unos documentos al Gobierno al entender que eran importantes cuando la guerra con el francés. Desvalijó al embajador de ese país, pero se portó como un ferviente de la causa patriótica.

El duque contabilizó, en todo ese tiempo que duraron sus averiguaciones y hasta hace muy poco, veinticuatro delitos contra la propiedad —así además estaba registrado en los cuadernos de la policía—, amén de siete estafas, diez asaltos a mensajerías, cinco robos en despoblado y otros tantos en domicilio,

dos con escaló, dos sin él y todos sin violencia. Pero lo que le hizo fascinante a ojos del duque fue el progresivo refinamiento, la taimada forma en que sus robos resultan cada vez más elegantes, como si al rufo no le interesara sólo el hurto, sino la ejecución del mismo, la puesta en escena. Como si fuera un arte, piensa Osuna, subyugado. Y sabe que está a punto de descubrirlo. Si no fuera por el maldito tobillo, ya hubiera salido en su busca. Por eso ahora, mientras fuma y bebe en su biblioteca, se entrega a encajar pacientemente las piezas que componen este bello y enigmático retablo.

Gloucester Road, Londres, 1886

Borrow pues, como buen súbdito británico, nunca juzgó necesario indagar directamente por lo que me desazonaba, y sólo aquella tarde mientras saboreábamos una horchata en Lorencini —café al que don Jorgito se había aficionado— me habló, inesperadamente, de Alicia de Cisneros. *Sin venir a cuento*, que hubiera dicho él, que hasta el momento, después de despotricar de los políticos españoles, manifestó su contento por los robos que sufrían los carlistas a manos del misterioso ladrón del guante negro. No exagero si digo que casi me atoro con la deliciosa bebida cuando escuché de los labios de este amigo el nombre de mi amada de quien, tenía que reconocerlo, sabía más bien poco.

Esta era una mujer sin duda alguna adelantada a su época y me atrevería a decir aún más: adelantada a esta actual, en la que escribo mis notas pacientes. Hija de un aristócrata catalán del cual apenas hablaba —decía Borrow saboreando su horchata—, desde muy jovencilla demostró un carácter tan impetuoso como rebelde. Montaba a caballo con la destreza de cualquier varón, discutía de política sin medias tintas, con opinión bien formada y esclarecido juicio. Eso yo lo sabía, sí. Pero no que había viajado por media Europa e incluso a la América septentrional sin más compañía que la de su fiel doncella leridana. Y hablaba de París o de Londres, de Berlín o de Boston con una familiaridad pasmosa. Si alguien preguntaba dónde comprar buenos perfumes en París, ella indicaba de inmediato que en Damiani, en el boulevard Saint Denis; si otro indagaba por unas joyas, Alicia sugería alguna

de las muchas que se encontraban en la londinense Bond Street. Sabía también el nombre de la costurera más cotizada de Roma, conocía la sombrerería de moda en Berlín y las cuatro grandes chocolaterías de Bruselas. Y no escamoteaba su tiempo para acudir, ¡acompañada apenas por una doncella!, al Circo Olímpico de la plaza del Rey, sobre todo desde que lo tomaran los hermanos Paul y Bastien de Franconi y que ofrecía un espectáculo realmente encomiable... Era pues, decía Borrow con una sonrisa llena de admiración, una verdadera cosmopolita. Pero Alicia no sólo hablaba de afeites, modas y pantomimas circenses, sino también de literatura y ópera actual, pues conocía de memoria la trama de *II puritani de Scozia* de Bellini (quien, por cierto, moriría muy poco después) que se había estrenado a principios de año en el Théâtre italien de París, y había leído ya *Le Père Goriot* de Balzac, novela que se había publicado por entregas en la *Revue de Paris* apenas el año anterior...

¿Qué más decir de la hermosa Alicia de Cisneros, de la composición liviana de su rostro y sus ojos tan bellos como exaltados —pues en su pupila latía una llamita incombustible—, de sus cabellos maravillosamente negros y de rebelde rizado, de los hoyuelos que coronaban su sonrisa altiva y al mismo tiempo hirviente de prometedoras dulzuras, de su suficiencia que parecía bastarse sólo de sí misma? Ay, allí me equivocaba, meneó su cabeza de predicador anglicano Borrow cuando le describí el carácter fuerte, sensual e impositivo de aquella mujer que me sorbía los sesos y al mismo tiempo me intimidaba como a un indefenso mozalbete.

—Es mujer, al fin y al cabo —suspiró como si lamentara descubrir este hecho, don Jorgito—, y por lo tanto sucumbe al enajenamiento del amor con la misma pasión que sus congéneres... y algún que otro hombre.

Y al decir esto último me miró de reojo con cierta guasa. Pero yo estaba demasiado alerta a lo que, supe de inmediato, me iría a contar mi compatriota respecto a Alicia de Cisneros. Y Borrow me contó. A estas alturas, como es fácil de entender, yo ya no ponía en duda la certeza de sus palabras sobre ningún tema que se sacara a colación ni mucho menos me preguntaba por el manantial inagotable de sus inextinguibles conocimientos sobre cualquier cosa de lo que ocurría en la Villa y Corte. Simplemente esperaba, alerta e impaciente, a que me descubriera algo más de mi amada.

Así supe, reconcomido por la peor manifestación de los celos —es decir,

cuando estos son retrospectivos, pues resultan imposibles de aliviar—, supe, digo, que Alicia había vivido pocos años atrás un encendido romance con Salustiano Olózaga, a quien yo conocía de casa de mis primos y del propio Café del Príncipe, del que el abogado liberal era asiduo, y que incluso le acompañó en su intempestiva huida a San Juan de Luz, cuando el encarnizamiento de Fernando VII para con los liberales alcanzaba su punto álgido, luego de la llegada a España de los llamados Hijos de San Luis, enviados por el rey francés, y que vinieron en socorro del abyecto Borbón, a las órdenes del duque de Angulema. Así, pues, tres o cuatro años atrás, una jovencísima Alicia no dudó en viajar con su amado (¡qué amarga, que fea sonaba la palabra en ese momento para mis oídos!) y establecerse en Bayona. Y también en Burdeos, ciudades ambas que hervían de españoles exiliados. Obnubilada de amor, ciega de este sentimiento como hubiera querido que estuviera en algún momento por mí, fue Alicia quien asistió al abogado prófugo, al liberal de verbo florido, que no tuvo en reciprocidad para ella, según Borrow, más que eso: palabras respunteadas de amor pero hueras como cascarillas de alpiste, pues una mañana él marchó a París dejando a la pobre Alicia desconcertada en Burdeos.

—¿El pérfido la abandonó a su suerte? —pregunté apretando los puños y chirriando los dientes, tal que si el ultraje se hubiese cometido con una hermana mía.

—No a su suerte. Por otra. —Borrow se encogió de hombros, como si aquel episodio él lo hubiese sabido de antemano, como si de aquel abogado español no se hubiese esperado otra cosa—. ¿Pedimos más horchata? Paga la Sociedad Bíblica Británica, amigo mío...

Y es que yo sabía que Olózaga no era santo de su devoción, como me confió en alguna oportunidad don Jorgito, usando esas sentencias tan españolas que a veces me costaba seguir. Era un *pastelero*, afirmaba mi amigo, es decir, uno de esos políticos españoles que vivían de la conspiración y la componenda. Pero solapado. Gran amigo del campeón de estos maquiavélicos, un tal Eugenio Aviraneta. A este le salvaba el hecho de que, pese a ser vascongado, no era carlista, dijo Borrow limpiando la solapa de su levita. Y que escapó de la cárcel de Corte el año anterior sólo para volver a dormir bajo las alas del ángel hace muy poco. Alguien pues disfrutaba de las doscientas onzas de oro que habían puesto de precio a su cabeza. Pero antes

de que mi amigo se internara por esos meandros de actualidad que tanto le gustaban, púsele una mano en el brazo y lo conduje nuevamente a Olózaga, el abogado. Y eso que a mí me parecía, hasta ese momento, un brillante y honesto hombre capaz de luchar por sus ideales, aunque ello le acarrearía el exilio. Y así se lo había venido diciendo a Borrow cada vez que salía a colación el tema. Pero él hacía un gesto desdeñoso, borrando mis palabras como si fuese humo molesto que le obligara a arrugar la nariz. Tiempo al tiempo, amigo mío, decía Borrow, tiempo al tiempo. ¡Cuánta razón tenía mi paisano, pues años después Olózaga tomaría parte activa en la caída de la reina María Cristina, a quien, en el momento en que narro estos hechos, defendía con ardorosos florilegios! No contento con eso, cuando tiempo más tarde fue nombrada reina Isabel II, protagonizaría un episodio bastante turbio y que tuvo por finalidad la disolución de las Cortes mediante la violencia y el chantaje con la jovencísima reina...

Y creo además que Borrow, de natural austero y más bien frugal, detestaba la cada vez más oronda figura del abogado riojano, que se jactaba de pertenecer a los autodenominados «Caballeros de la cuchara» junto con otros amigos amantes de la buena mesa tanto como de los escarceos amorosos...

Pero me estoy distraendo de lo importante. En aquel momento, cuando nada de esto aún sucedía, yo era presa de un verdadero ataque de celos por la nítida escena que me describía Borrow respecto a la joven Alicia, que un día se encontró con las evasivas y laboriosas explicaciones de Olózaga anunciando que debía partir sin demora a París. «Marcharemos, pues», propuso sin vacilar ella. Quiso seguirle. Olózaga no dijo nada, no aceptó ni negó, *se fue por las ramas*, chasqueó la lengua Borrow, pero partió en una temprana diligencia al día siguiente de aquella conversación. Alicia, aturdida, apenas entendía nada, sólo que el baúl con las escasas pertenencias de Olózaga ya no estaba en la habitación que compartían en la Rue Corcelles. Y preguntando aquí y allá supo de las profundidades que alcanzaba la traición.

—¡Más le hubiera valido no enterarse, amigo mío, porque ya se sabe: ojos que no ven, corazón que no siente!

Y de lo que se enteró Alicia era de que el joven y apuesto Salustiano, el rumboso litigador, el político de sagaz conocimiento, se había marchado tan campanudamente a París con una francesita que había conocido en alguna de

aquellas numerosas citas conspiratorias en las que participaba en Burdeos. Alicia no entendía nada. O, más bien, se negaba a aceptarlo, con la tozudez proverbial de las mujeres enamoradas, a quienes Cupido ciega el entendimiento, acotó Borrow. Esperó un día y luego otro, sin saber qué hacer. Por fin se decidió y escribió al poco elegante tráfuga un aluvión de misivas encendidas, dolientes, amargas, escanciadas con el vinagre del reproche amoroso. Olózaga finalmente se dignó contestarle, al cabo de un tiempo, con uno de esos discursos floridos que tan célebre lo habían hecho. En esa carta se explayaba acerca de «los designios inescrutables de la Providencia», de «las fatales contradicciones del corazón humano» y de los «bálsamos de paz y de olvido que una amistad desinteresada puede verter en los corazones». Más o menos.

A Alicia aquella carta más bien terminó por inundarle de hiel el corazón y, gracias a esa marea amarguísima, pudo expulsar para siempre el amor que había sentido por Salustiano Olózaga. Cruzó los Pirineos con el escaso dinero que le quedaba y se instaló en Madrid para hacer, a expensas de su padre que todo le consentía, una vida frenética y provocadora, que tan pronto encantaba a los caballeros como alarmaba a las damas, ¡y viceversa!, pues eran a veces los caballeros quienes temían su afilada lengua, como las mujeres celebraban esa refinada manera de hacer escarnio de los varones sin que nada le preocupara lo que dirían de ella. Asistía a las tertulias más encendidas, a los cafés de moda, a las funciones de teatro, a los conciertos ideados para esquivar la prohibición de Cuaresma, a las salas de baile más populares y a los saraos de las mejores casas con sus vestidos audaces, sus maneras desenvueltas, sus carcajadas libérrimas, sus infalibles estoques; montaba a caballo vestida con pantalones y fumaba con un desparpajo reservado a los señores. En esto, todos coincidían, era muy parecida, casi como almas afines, a María Buschental, cuya tertulia en su casa de la carrera de San Jerónimo se empezaba a convertir en una de las más visitadas de Madrid...

Pero volviendo a Alicia, esta mantenía una dignidad, una manera tan femenina que la situaba más allá de cualquier maledicencia. La acompañaban caballeros que la galanteaban sin recibir más que las dádivas de un afecto benevolente y algo hastiado o bien la juguetona coquetería necesaria para mantener el entusiasmo de sus admiradores, el más reciente de ellos, Mesonero Romanos, que chisporroteaba a su alrededor como una brasa y la

acompañaba como un perrillo faldero a todos lados...

—Aunque algo me dice que ya se aburrió del tal escritor y ahora dedica sus juguetes a otro, de quien se ha encaprichado como un gato del ratón — dijo Borrow, mirándose las uñas como en busca de alguna inesperada suciedad.

Iba a replicar, confuso, pero el inglés continuó con renovado énfasis en aquel pormenorizado retrato. Y es que en todo ese tiempo, Alicia se había ganado la confianza de unos y otros, y era dueña de muchos secretos políticos y de alcoba... Incluso de uno que tenía que ver con mi familia, los Osuna, y sobre el que ya Borrow me ponía sobre la pista: el collar de los Balbases.

—¿El collar de los Balbases? —Me sobresalté al escuchar mencionar nuevamente esa joya supuestamente maldita.

—Sí. —Mi paisano palmoteó la mesa divertido de lo que me iba a sugerir —: Quizá sea una estupenda excusa para acercarse a doña Alicia de Cisneros. Dígale que quisiera saber más acerca de este collar.

—Pero ella...

Don Jorgito se abanicó con su sombrero. Todavía apretaba el calor en la ciudad.

—Ella se interesa mucho, amigo mío. Y además, ya le digo, es una estupenda excusa.

—Lo pensaré —dije, no muy convencido.

Pero Borrow volvió a cambiar de tema, como súbitamente desinteresado por mis amoríos.

—Por cierto —dijo y acercó su rostro al mío, como para escudriñar mi reacción—: ¿Cómo se encuentra su primo de usted, el duque de Osuna? Tengo entendido que cayó de su caballo.

—Nada importante —afirmé bebiendo mi horchata—. Un esguince de tobillo. Sólo espera estar del todo recuperado para no perderse la fiesta de sus amigos, los marqueses de Alcañices.

Los ojos de Borrow se esfumaron de su sonrosado rostro cuando esbozó una sonrisa extraña, como llena de sorna.

—Entiendo. Una caída del caballo es mal asunto. Hágame presente mis mejores deseos de una pronta mejoría.

Luego miró su reloj y suspiró. Se hacía tarde. Le debía una visita a su

buen amigo Benedicto Mol. No quería que el esmirriado suizo muriera de inanición. Y diciendo esto, recogió su sombrero picudo, dejó unas monedas y se levantó.

No hubo manera de decir que no, y Candelas remoloneó un momento con el vaso de vino en la mano, escupió por el colmillo el regusto avinagrado y finalmente dijo que sí, Lola, que se iban a comer a donde el tío Julián, coño. La Naranjera lo cogió de las mejillas y le plantó un beso en los morros que le hizo reír un poco, pese a que seguía preocupado por la misteriosa desaparición de Antonio Cusó, de quien hasta el momento nada se sabía.

—¡Así se habla, *salao*, que estás más guapo cuando te ríes!

La Lola tenía unos ojos vehementes y oscuros, lucía siempre medias nacaradas y ahora llevaba mantilla de tira, con guarniciones de pasamanería y terciopelo negro. Estaba realmente guapa, pensó Candelas, y se dijo que un día de fiesta no podía hacerle daño, incluso le sería distracción necesaria para planificar el robo, el golpe que lo llevaría muy lejos de Madrid, porque era evidente que después de un palo de tal envergadura no podría quedarse en la ciudad mucho más. Desde los tiempos de Viluma como jefe de la policía, luego con el cabrón de Martínez de San Martín tras sus pasos y ahora con la furia del nuevo corregidor sería una locura no abandonar la Villa y Corte con viento fresco y una buena bolsa de cuartos. Por eso, este último asunto tenía que prepararlo con mucha calma, que era lo que llevaba haciendo hasta el momento.

Se levantó detrás de Lola, que se acomodaba la trenza y escupía en la mano para limpiarse el raso del calzado. Candelas le puso una diestra ardiente en la grupa y le murmuró una obscenidad de aquellas que encendían a su antigua amante. Cuclillo dormitaba en el mostrador, los gruesos y morenos brazos parecían amenazantes incluso cuando el bigardo roncaba. Vaya si alguien intentara robarle, pensó Candelas que puso unas monedas junto al tabernero y este pareció despertar de su letargo al oír el tintineo metálico. Abrió un ojo inyectado en sangre, como un caimán de la América, y miró a Candelas.

—Seguro que pasan Postigo y Mérida por aquí —dijo este—. Que estamos en el bodegón del tío Julián.

Salió muy ufano del brazo con Lola, que se estrechaba contra él, como en

los viejos tiempos, fingiendo que tenía frío, cariño, y él sintió la plenitud de sus caderas. Hacía una noche estupenda, pese a que ya habían quedado atrás las fiestas de San Cayetano, San Lorenzo y la Paloma, y la ciudad que durante el caluroso estío de aquel año fue todo baile y bolero, copla y aguardiente, recogía sus farolillos y decorados de cartón, sus Neptunos de yeso y sus banderines de colores. Las plazas principales del barrio, la de la Cebada, la de la Paja e incluso la del Rastro, arriaban las velas de la barahúnda y el jolgorio. Por aquí y por allá quedaban aún restos como de naufragio: carteles rotos, peinetas, restos de basura donde hozaban los perros y zigzagueaban furtivas las ratas entre cántaros rotos. Hay un olor a putridéz y a excremento de caballo que colma y satura el ambiente. Harán bien en alejarse un poco, aunque los alrededores de la calle ancha de Los Peligros, que es a donde se dirigen, no son precisamente lugares recomendables para quienes buscan tranquilidad, sosiego y limpieza, que para aquello bastaba con darse un garbeo por los saraos y tertulias de los barbilindos, de los petimetres y las señoritas de buen tono. Sin embargo, al mesón del tío Julián, allí en la travesía de Peligros —justo frente al siniestro callejón de Gitanos—, se acerca una concurrencia variopinta y trasnochadora que incluye majos de Malasaña, chisperos de Barquillo y aristócratas con ganas de emociones fuertes, de busconas y de derroche impune, de manera que siempre resulta ameno pasarse por ahí, a disfrutar de un buen plato de judiones, pichones estofados o un buen *ajo pringue*, que ha hecho famoso al tío Julián en toda la Villa. Este es un manchego cejijunto y torvo, de grandes bigotes negros, que se cruza de brazos como para disuadir a quien quiera pasarse de rosca o se olvide apoquinar los cuartos de su consumo. El patrón vive allí mismo, y en su sótano bautiza sin mucha ceremonia los vinos que le traen de la tierra. Sobre todo para que la distinguida clientela no *píe el turco* y se vaya dando demasiados trapiés, contesta a quienes le reclaman que su vino está excesivamente aguado. Duerme allí mismo, detrás de una cortinilla, que es de donde aparece en el momento en que Lola y Candelas, después de un rato caminando, acababan de llegar.

—Luis —dice el tío Julián abriendo los brazos para recibir con grandes palmadas a su amigo—. Mucho tiempo que no te dejabas caer por aquí, mamoncete. ¿Qué pasa, que no extrañas los guisos del tío Julián?

—A eso he venido, precisamente —dijo Candelas encendiendo un cigarro

al que el patrón acercó eslabón y yesca.

Lola le plantó dos besos al tío Julián y se dio la vuelta para mirar el lugar con una expresión exaltada, como quien vuelve a casa después de mucho tiempo.

El bodegón está compuesto por varias habitaciones separadas, para dar cierta intimidad a los grupos que van llegando y que, sin embargo, a las tantas de la noche, cuando alguien saca la guitarra o la vihuela, se unen en torno al patio central, donde hay un tabladillo que se alza unos cuatro palmos del suelo terroso. De las paredes pintadas al temple penden viejos carteles anunciando corridas ya pasadas que el tío, aficionado a los toros y devoto del jovencísimo Cuchares, ha decidido dejar allí, atendiendo con más fidelidad a sus más íntimas nostalgias que a las veleidades de la decoración. Para quien le guste bien y para quien no, ¡con viento!, suele señalar la puerta con un gesto cuando alguien le ha comentado que los carteles son pasados.

—Está todo muy bonito, Julián—suspira Lola como dando el visto bueno.

En efecto, se dijo Candelas mirando en torno suyo. Hay en el centro del patio un cenador de recia piedra, pellejos de vino colgados de cada esquina, y en las ventanas revientan capullos, geranios, y la olorosa albahaca que sazona algunos guisos de los que allí se preparan con enjundia y abundancia.

Cuatro compadres tomaban vino a porrón en una mesa de la esquina y a un gesto de Candelas, Lucas, el hijo del patrón, les acercó una fuente de boquerones. Los tipos se volvieron a él, que recibió los agradecimientos con una sonrisa leve.

—Hoy tenemos fiesta —anunció el tío Julián y de dos ladridos hizo levantarse escopetado a Lucas para que pusiera una jarra grande de limonada en la mesa central.

Y que amontonara sillas, de esas repintadas que hay en el sótano porque los invitados seguro que no tardarían en llegar, holgazán, que se apurara. Candelas miró al tabernero y este se encogió de hombros: nada, un grupo de amigos con ganas de jolgorio que le habían encomendado preparar varios platos y mucho vino, al parecer festejaban el cumpleaños de uno de ellos. En verdad, había de todo en la mesa que atraía un enjambre de moscas, razón por la que Lucas empezó a cubrir las viandas con paños: bandejas de pan de anís, pepinillos encurtidos, boquerones en vinagre, para hacer boca, y no faltaba mosto, ni Valdepeñas, ni tampoco azucarillos. Después llegaría el cocido, los

jamones y los huevos fritos.

—Qué bien se lo montan algunos —dijo Lola y en su voz vibró un encono macerado y antiguo.

Pero no era tampoco para tanto, pensó Candelas llevándose la mano a la bolsa donde pesaban sus buenos duros. De manera que se sentaron a una mesa donde el tío Julián les puso una gran jarra de agua fría y vino, queso de cabra y aceitunas, mientras encargaba a voces un poco de pescado en escabeche y unas manitas de cerdo emborrizadas que estaban, dijo el patrón llevándose un tropel de dedos a la boca, para relamerse. El gesto hizo reír a Candelas.

Justo en ese momento llegó un grupo, compuesto en su mayoría por hombres, pero también por algunas mujeres. «Los del convite», se dijo Candelas. Venían alborotando y las mozas eran más bien bastas, pues daban grandes risotadas y palmas, como calentando el ambiente. Alguien llevaba una guitarra. Muchos vestían chaquetilla y clavel en la solapa, pantalones ajustados, gorra a cuadros y botín muy brillante. Vamos, chulos de Malasaña, con toda seguridad. Aunque otros iban un poco más elegantes y no olvidaban el pañuelo blanco o incluso el pantalón color perla y las polainas, observó distraído Candelas, que después de tiempo quería marcarse un bolero con Lola, beber unos buenos caldos y hartarse a comer, como si el hambre y la sed fueran el buen prelude para llevarse a la moza a la cama y olvidarse un poco de los detalles del palo que iba a dar. Todo tenía que salir a la perfección, porque además se trataba de uno de los palacios de más nota de Madrid, con un batallón de criados, patio de honor, infinidad de habitaciones, cámaras realmente regias, salones y recibidores. Tenía en su poder un plano lleno de minucia y aún así, casi por una suerte de miedo atávico, quizá por superstición, Candelas ni siquiera quería pensar nuevamente en los pasos a seguir. Tomaba lo que había que tomar y se iba por donde había venido. Eso era todo. Pero bueno, Luis, se dijo, ya estás pensando en el asunto otra vez, joder, olvídete un momento, y se volvió a Lola que movía los hombros y batía las palmas porque los majos bebían vino con mucha sed y con ganas de fiesta, además. Uno de estos, de cabellos y barbita renegrida como el tizón, alto y de buena planta alzó su jarra dedicándoles una sonrisa amable. Candelas observó que cojeaba un poco y se apoyaba en un bastón. Pero desvió la mirada, no fuera a ser que el otro se mosqueara.

—¡Salud, amigos! —les dijo.

Lola y Candelas alzaron sus vasos.

—¡Os veis contentos! ¿Qué festejáis? —preguntó la Naranjera entre el vocerío del grupo que conversaba, partía pan y palmoteaba cuando uno de ellos empezó a rasgar la guitarra.

El tío Julián sonreía desde el mostrador, entretenido en enjuagar unos vasos en el cubo que tenía dispuesto a un lado.

—El cumpleaños de este —dijo el majo señalando al de la guitarra: de cabellos largos, chaqueta y botines, el joven cantaba con buena entonación una coplilla.

—Pues felicidades —dijo Candelas y pidió al tío Julián que llevara más vino de su parte a aquella mesa.

Los demás lo saludaron con palmas y olés, y un griterío de jolgorio. Dos mozas se levantaron para bailar y dieron vueltas con garbo y con ganas, movían los brazos y las faldas en un colorido revuelo de vértigo que animaba a los demás.

—Venid aquí —dijo el del bastón palmoteando en una silla a su lado—. ¡Haced el honor de acompañarnos!

Lola miró con los ojos llenos de chispitas a Candelas, como preguntándole, y este se encogió de hombros. Alguien había sacado unas castañuelas y apareció de la nada una vihuela para acompañar al guitarreo y a las voces que entonaban con enjundia y sentimiento aquella vieja tonadilla que Candelas escuchaba tararear a su madre cuando la acompañaba a los lavaderos: *Hay tirana mía / no me martirices más / porque tu gracia y aseo / son cosquillas del deseo / que no me dejan parar...*

De manera que el mozo tan gentil les abrió un espacio entre ellos, que se pusieron a dar palmas con los demás, siguiendo las evoluciones de las majas, todo ritmo y salero, mientras los demás cantaban. El mozo del bastón parecía ser el más feliz de todos y llenaba los vasos y las jarras con el vino que el tío Julián y Lucas no paraban de acercar a la mesa. El propio Candelas vio como Lola, las mejillas arrebatadas, el cabello ahora suelto, salía a contonear brazos y caderas junto con las otras hembras. Algunos majos se animaron también a requebrarlas y a zapatear en torno a ellas.

El mozo del bastón, sin dejar de dar palmas, mirando con alegría hacia el tablado donde ahora muchos bailaban haciendo retumbar la madera,

preguntó:

—Qué, señor Candelas, ¿se divierte usted mucho?

Al escuchar ser interpelado por su nombre, Candelas entendió de inmediato dos cosas. Una, que había bebido de más cuando no debía, es decir, con desconocidos, por muy amables que parecieran. Y la segunda que aquel majo de cabellos renegridos y buena planta no sólo lo conocía, pues lo había llamado por su nombre allí donde nadie, salvo el tío Julián, sabía quién era. Y que la mezcla de aquellos dos entendimientos repentinos lo colocaba en una situación de evidente desventaja porque algo iba a suceder.

—Por qué me ha llamado usted Candelas —dijo con un siseo, apagando con aparente indiferencia el cigarro en su jarra ya vacía de vino.

El majo seguía sin mirarlo, batiendo palmas como si tal cosa, cuando contestó lo que jamás hubiera creído escuchar Candelas.

—Hombre, si prefiere lo llamo don Luis Álvarez de Cobos, como usted guste.

Y entonces volvió sus ojos azules hacia Luis, la sonrisa llena de sorna. Y este sintió que la respiración se le desacompasaba.

Gloucester Road, Londres, 1886

Por fin una tarde, entre la correspondencia que un criado trajo para mí, encontré la esquelita olorosa a lavanda, advertí la letra pulcra y bien perfilada, de esas altas como espigados cipreses. El corazón me dio un vuelco, como vulgarmente se dice, y confieso que tal era mi ansia que desdeñé momentáneamente la carta llegada de Londres y que no era otra que la de mi amado padre. Pero el cariño de los jóvenes es de ingrata veleidad y sólo se nutre de sus perentorias necesidades, de manera que aún cuando hubiera yo estado esperando con impaciencia unas letras de mi progenitor, que llevaba algún tiempo sin darme noticias, preferí abrir primero, con las manos húmedas de emoción, la carta de Alicia. ¡Que por fin se dignaba a contestar!

Y es que después de pensármelo un poco, decidí seguir el consejo que me

diera Borrow aquella última tarde en Lorencini, mientras saboreábamos sendas horchatas. No lo había vuelto a ver desde entonces y presumía que estaba entregado a su fatigosa búsqueda de imprenta para su Biblia protestante —que bastantes quebraderos de cabeza le ocasionaba— pero la verdad es que yo tampoco tuve ocasión de visitarlo. Mariano acababa de regresar de Aranda de Duero, donde estuvo un breve tiempo como ayudante de campo de Fernández de Córdoba, ahora que Nazario Eguía había asumido con brío el mando de las tropas enemigas en las Vascongadas y Navarra. Mi primo nos contó que este faccioso había aumentado el número de sus hombres en más de treinta y seis mil, de manera que la guerra, lejos de acabar, parecía acercarse a su punto máximo de ignición, según decía. Y más le valía a Mendizábal reunir los dineros suficientes para montar un ejército que sofocara de una vez por todas la rebelión, pues el descontento hacía brotar aquí y allá nuevos focos rebeldes. Al cabo de una semana, luego de asistir a la fiesta que ofrecía el marqués de Alcañices, Mariano volvió a partir a la guerra. Su bravura le valdría una condecoración en pleno campo de batalla al año siguiente, luego de perseguir y luchar contra los facciosos en las acciones de Munguía, Adana, Galarreta, Salinas de Guipúzcoa y otras más, de las que yo me enteraría por sus cartas, siempre llenas de generosa preocupación por mi persona.

Por su parte, Pedro parecía en aquellos días un león enjaulado a causa de su tobillo torcido. Había hecho mal en abandonar su reposo para asistir a la fiesta que ofrecieron los marqueses de Alcañices y Balbases y ahora guardaba cama con un humor de mil rayos porque el dolor volvió, después de lo que Peñuelas llamaba «aquella imprudencia», con más viveza. De manera que decidí hacerle compañía en su forzado reposo. Me acercaba por las mañanas a su habitación y le leía o charlaba con él de la guerra, pero también de teatro y de mis paseos con Borrow, personaje que le intrigaba sobremanera. Tanto como a don Jorgito mi primo, pues mi paisano en los últimos tiempos andaba preguntándome mucho por «su excelencia el duque» y quería averiguar más detalles de sus actividades. Pedro, por su parte, no dejaba de preguntarme por los afanes de «ese caballero inglés al que parece ser tan afecto». Sobre todo le llamaba poderosamente la atención sus idas y venidas por las fondas y tabernas del Madrid más rufianesco, sus muchas especulaciones sobre Candelas y los robos que asolaban la capital del reino. Pero ni uno ni otro

parecían inclinados a explicarme el motivo de su curioso, recíproco y evidente interés.

En ese tiempo en que estuve enclaustrado *motu proprio* en el palacio de Leganitos di vueltas y vueltas a la idea de Borrow («Ella sabe mucho, amigo mío. Y además, ya le digo, es una estupenda excusa»). Y con la intrépida confianza que confiere el ciego amor a las empresas más descabelladas, me decidí a escribirle a Alicia rogándole una cita. «No tema, señora mía, que nada oiría de mis labios que pueda incomodarla. Ni una palabra de amor ni una exigencia, ni mucho menos un reproche. Aunque mis sentimientos son ahora confusos y mi corazón ha salido maltrecho a causa de su inexplicable ausencia y abandono, ese no es el motivo de mi requerimiento», le decía con soltura, como si fuera el propio don Jorgito quien dictara mis palabras, pues así me había aconsejado hacer. En esa carta le explicaba que no había podido dejar de pensar en lo que me contara en su momento sobre el collar y su maldición —«¿Recuerda usted aquel grato paseo en El Capricho, del que yo guardo memoria imperecedera?»— y que sus palabras habían alanceado mi curiosidad, primero, y luego mi genuino interés, pues veía muy alicaído a mi primo Pedro, que no soltaba prenda y suspiraba frente a aquel cuadro de Velázquez casi tanto como frente a la propia Inés... Alicia sabría bien a qué me refería, pues también asistió a la referida fiesta que ofrecieron los marqueses de Alcañices en su espléndido palacio de la calle de Alcalá. Y mi primo lo hizo apoyado en un bastón, enfurecido por su escasa movilidad, incómodo, mirando a la marquesa de los Balbases con la avidez penetrante de un halcón hacia su presa, pero, ¡ay!, incapaz de lanzarse tras ella...

El caso es que esa noche de la fiesta, aprovechando un momento de soledad, en medio de los muchos remolinos de gente que bebía y charlaba despreocupada, me acerqué a Alicia. No puedo ocultar que sentía que me desgarraba por dentro al verla del brazo del tal Ramón Mesonero, que había vuelto a aparecer en su vida como solía hacer el peruano Álvarez de Cobos en la vida de Encarnación Camarasa: furtiva y poco elegantemente. Mesonero se mostraba muy orondo porque la imprenta de Rapullés —según Borrow, que andaba en tratos con este señor, ¡cómo no!— acababa de publicarle un libro titulado *Panorama matritense*. O algo así. Librito muy elogiado, que él firmaba como *Un curioso parlante* y que a Borrow le parecía divertido e ingenioso. A mí, los elogios de mi paisano hacia quien consideraba un

contrincante, me resultaban una suerte de vil traición y me escocían como la sal sobre una herida. Casi tanto como el contemplar a mi amada Alicia del brazo del pomposo plumífero. Pero hacia ellos me encaminé en derechura, haciendo acopio de toda mi flemática sangre inglesa. Intercambiamos saludos muy formales, Alicia, Mesonero y yo, con inclinaciones envaradas por mi parte y —debo reconocerlo— divertidas por parte del escritor que seguro vería en mí a un pobre *pollo* enamorado y ofendido, sin nada que hacer a su lado. Alicia me miraba entre risueña y expectante. Los lindos hoyuelos se le marcaron en la comisura de sus labios siempre frescos y apetecibles.

—Un gran placer volver a verlo, mi querido amigo —dijo Mesonero inclinándose con cierta sorna. *La misma sorna que gastan para con usted los de la Partida del Trueno, mi buen señor, que ríen a sus espaldas sus candideces y bobadas de escritor engréido*, pensé con injusta furia, pues Mesonero nunca fue soberbio y mucho menos tonto. Era mi corazón el que se hablaba, ultrajado. Estuve pues a punto de soltarle una frase fría y acerada, pero en ese momento fuimos interrumpidos por dos damas que se acercaron arreboladas al escritor, quien se dio la vuelta para recibir las felicitaciones y lisonjas de estas y otros invitados que ahora le palmoteaban la espalda con esa campechanía y tosca familiaridad propia de los españoles y que Borrow solía encontrar horrorosa. Alicia quedó momentáneamente desairada. Entonces aproveché para hacer aparecer frente a sus ojos mi esquila, cuidadosamente elaborada.

—Espero que no la tire a la basura sin dignarse antes a leerla— le dije con más gravedad de la que yo mismo hubiese deseado.

Alicia miró el sobre arqueando mucho sus hermosas cejas y luego de darle vueltas lo guardó junto a su carnet de baile.

—¿Qué es? —preguntó al fin, y nuevamente se le formaron los hoyuelos traviosos junto a la sonrisa—. ¿Una notificación para que nos batamos en duelo?

Sentí que un reflujo de sangre incendiaba hasta la punta de mis orejas.

—Es una carta, querida señora. No, no se preocupe. No hay en ella ningún reproche...

—Me alivia oírlo. —Alicia me miró de arriba abajo como si recién me descubriera.

«Usted léala, por favor», dije y luego de murmurar unas excusas me alejé

de allí, a quitarme el sabor amargo que tenía en la boca. Vi que en ese mismo momento mi primo Pedro recibía una nota de manos de un criado y que al abrirla miraba rápidamente hacia el fondo del salón, donde un caballero de levita azul gendarme levantaba su sombrero de alta copa como si lo saludara. Confieso que la escena me pareció extraña, casi irreal, pero en ese momento me reconocía incapaz de concentrarme en nada que no fuera Alicia y su fría displicencia para conmigo. Al cabo de unos minutos en que remoloneé abatido de aquí para allá, imposibilitado de sumergirme en las charlas de los corrillos donde recalaba, me fui de la fiesta alegando una indisposición.

Después de aquello estuve toda la semana rogando recibir respuesta de Alicia. Ya estaba realmente desanimado y pensando que jamás podría volver a verla cuando esta llegó a mis manos. Y por eso pospuse tan ligeramente la carta de mi amado padre que, por fortuna, no daba malas noticias y más bien manifestaba a partes iguales su contento de que estuviera bien con mis primos y su añoranza por tenerme de vuelta en casa.

De manera pues que Alicia me había contestado. En sus pliegos se explayaba sobre lo que el brujo Borrow había adivinado y sobre lo que me advirtió diría mi amada, a saber: disculpas y coqueterías. Que no había querido jugar con mis sentimientos y que yo era un distinguido señor que sabría interpretar correctamente «lo ocurrido entre su merced y esta, su servidora», y que «no deberíamos dar más importancia a lo que no la tenía y sí en cambio al puro sentimiento de la amistad» que ella deseaba entre nosotros. Seguramente había aprendido esas zalamerías con Olózaga, pensé con helado encono recordando cómo este la había dejado tirada en Francia. Y sin embargo pensarlo me afligió en grado sumo pues, pese a su desdén, yo la quería con sentimiento sincero y no podía imaginar que el Creador hubiese puesto en mi camino una criatura tan magnífica sólo para mortificarme con su indiferencia... Pero luego venía la parte interesante pues, siempre según Borrow, ella aceptaría mi invitación a vernos para hablar «del collar de los Balbases y de su horrible maldición, si es que en verdad es eso lo que os interesa». ¡Claro que sí!, esa era precisamente la excusa para volver a verla, pues únicamente quería tal cosa. La estratagema había funcionado.

Me citaba Alicia, muy mundanamente, en la tertulia de su amiga, la hija de la marquesa de Selva Alegre. Sería un buen momento «para charlar amistosamente de aquello que acicateaba mi curiosidad» y que ella con todo

gusto me explicaría hasta donde supiera. Y que en realidad no resultó mucho, pero sí me puso sobre la pista, además de concederme la posibilidad de que la puerta de su veleidoso corazón no se cerrara del todo a mis pretensiones románticas.

La cita fue un miércoles a las siete en punto de la noche. Lo recuerdo perfectamente, como si hubiera sucedido tan solo una semana atrás. Cuando llegué, nervioso y perfumado, un lacayo me abrió la puerta y me condujo a una cámara pequeña y coqueta, con muchas sillas contra la pared. Alicia ya estaba allí y se acercó a recibirme con una tan amable como inesperada calidez.

—¿Cómo estás, querido Henry? —dijo volviendo al tuteo.

Me tomó de ambas manos y Dios sabe que felizmente así fue, porque la sonrisa que me regaló hizo que flaquearan mis piernas de esa pura emoción que sólo puede experimentar un enamorado y de la que es inútil intentar explicar la euforia que produce. Pasamos a otra recámara tapizada con exquisitez donde departían animosamente ya varios invitados, que me fue presentando, Pepita Parsent, María Cimera, las «chicas» de Oñate, Juliana, Matilde y Carolina..., estas últimas muy jóvenes y con notables deseos de divertirse. También estaba el espigado Casasola, con quien nos dimos un abrazo, el duque de Arizmendi y un poeta y periodista malagueño y algo mayor, llamado Serafín Estévez, que había sido nombrado auditor de guerra el año pasado y a quien yo conocía de otras tertulias, del Café Nuevo y del Príncipe. Muy amigo de Mesonero. Al instante unos criados nos trajeron Valdepeñas, refrescos, uvas, hojaldres y deliciosas mantecadas de Astorga, pero como había yo llegado con la tertulia ya comenzada, Alicia pudo hacer un aparte conmigo y llevarme a otro lado. Para que hablásemos más cómodamente, deduje.

—¿De manera que está interesado por la maldición del collar de los Balbases?

No supe cómo interpretar su tono, si se burlaba o de verdad la sola mención de la joya la ensombrecía. Llevaba Alicia un turbante, como solía ser su costumbre, zapatitos de raso negro y finísimo vestido de seda aguamarina que dibujaba con nitidez sus formas apetecibles.

—Pues sí —afirmé—. Me interesa todo lo que pueda contarme sobre ello.

Alicia se mordió los labios y bajó la mirada. Estábamos sentados en una

otomana estrecha. Si me movía unas pulgadas, mis rodillas rozarían las suyas.

—Muy bien, le contaré lo poco que sé y que resulta de mucha intriga. Ojalá pueda usted averiguar más.

Y volvió a coger mis manos.

No había sido fácil ascender la escalinata de la puerta principal del palacio, pero Osuna apretó los dientes, apoyando con energía su bastón e intentado conversar con naturalidad con Encarna, que le quiso ofrecer el brazo al verlo llegar en su berlina color membrillo. El duque se zafó amablemente, tratando de ocultar su confusión cuando ella lo saludo con afecto, primo querido, regalándole una sonrisa llena de luz. De hecho, decidió acudir solo y que Henry y Mariano, recién regresado de Aranda de Duero, vinieran por su cuenta, pues no quería parecer un inválido con las muchas atenciones que seguramente le hubieran prodigado. Ya bastante tenía con Peñuelas, que se había opuesto, escandalizado, a que abandonara su reposo. El maestro estaba pues furioso y enfurruñado, pero para Osuna hubiera sido imposible no asistir a casa de su amada Inés.

Encarnación venía con su hermana Josefa, y esta con su marido, el conde de Brunetti, de rostro serio y encarnado. «Parece siempre a punto de declararle la guerra al sultán de Constantinopla», rió entre dientes el duque. Ambos se habían adelantado a saludar a la condesa de Ayuso y a su hijo José María, grandote, gordinflón y solemne, que saludaba aquí y allá con soporífera afectación. Había en la puerta del palacio de Alcañices, casi en la esquina de la calle Alcalá con el paseo del Prado, una confusión larga de carruajes que se perdía hasta llegar a la otra esquina, la que da a la calle del Turco, y como al parecer se había producido un pequeño y enojoso atasco a la entrada del patio de honor por culpa de un calesín al que se le había partido el eje, algunos prefirieron bajar de berlinas, birlochos y tílburis e ir andado. El duque de San Carlos y otros amigos se acercaron también a Encarna y a Pedro para comentar aquella fiesta inusual, ¿no lo creéis?, y además con un tiempo bastante desapacible, pero sobre todo porque no recuerdan cuándo fue la última vez que abrieron las puertas de esta casa para recibir a tantos y tantos invitados. Era pues todo un acontecimiento. Sí, claro que lo era. ¡A fe mía!

Pedro asentía sin aportar palabra a la charla ligera de sus amigos, que parloteaban del tiempo y de la fiesta, al parecer sin ganas de hablar de la guerra y las insurgencias que sacudían el país, de la economía en ruinas que Mendizábal no acababa de recomponer. Apoyó bien su bastón en la alfombra roja para seguir avanzando y se dijo que no, que no hubiese tolerado perderse esta fiesta que ofrecían los marqueses de Alcañices, y que era como la *reentré* de una temporada sacudida por las penurias y el desengaño tanto tiempo incubados en el alma melancólica de aquella casa. Dijo su prima Encarnación que fue Inés quien en esta oportunidad se empeñó en organizar la fiesta alentada, sorprendentemente, por la tía Isabel. Y que su marido, el marqués, nada había objetado, pues nada así se esperaba, más bien acostumbrado a que su mujer hiciera escasa vida social desde que se casaron. De todas formas, Alcañices solía viajar con frecuencia a sus tierras en Toledo para enfrascarse en ardorosas partidas de caza, de manera que lo que sabe de su mujer lo sabe por los numerosos criados de su casa.

—Más bien espías, diría yo —reclamó Encarnación al oído de Pedro, y con esta excusa se acercó para tomarlo con dulzura del brazo.

Osuna finalmente cedió, apoyándose ligeramente en ella para avanzar hasta la puerta. La miró de reojo. Su pobre prima sonreía ajena a la magnitud del descubrimiento de Pedro, que estaba seguro de que Álvarez de Cobos no iba a acudir a la fiesta, tal como pensaba Encarna, que le seguía parloteando acerca de esa suerte de red de espionaje en que se ha visto atrapada Inés en su propia casa.

Era cierto. Ella debía ser muy consciente de que los lacayos y los criados, desde el último mozo de cámara hasta el humilde trinchante, pasando por el maestresala y las muchas doncellas, eran los ojos y oídos de Nicolás. Por eso se aferraba a la tía Isabel y no daba un paso sin ella. La misma tía que en ese momento, desde la puerta, se cruzaba de brazos mirando con severidad a Pedro, porque era obvio que sabía que cortejaba a su sobrina, y en más de una ocasión Osuna se preguntó si algo le habría dicho al señor de la casa. Lo pensaba así porque la relación con el marqués de Alcañices y los Balbases se había enfriado en los últimos tiempos, quizá a raíz de unos intercambios de pareceres en el Estamento de Próceres, del que el duque de Osuna formaba parte desde meses atrás. Pero en el fondo no cree que se trate de eso, ¡bah!, algo tan trivial, sino de que a los oídos del desafecto marqués deben haber

llegado ya sin duda noticias de que su mujer ha asistido a una alegre reunión con escasos invitados, organizada por él en su palacio de Leganitos hacía muy poco. Algo desconcertantemente inusual en la rutina más bien sombría de la marquesa, que aceptaba apenas invitaciones a cuentagotas, todas de estricta intimidad y con pocas amigas.

—Pues sí —continúa el hilo de su propio argumento Encarnación, del brazo de su primo—. La pobre Inés es prisionera en una cárcel de oro...

—Me parece que exageras, querida prima.

Encarnación tenía las mejillas arboladas y alzaba el cuello para mirar aquí y allá, seguramente excitada por ese anticipo de felicidad que le producía pensar que vería a Álvarez de Cobos después de tanto tiempo como llevaba desaparecido. Y Osuna sintió un poco de lástima por ella, por la alegre y confiada inocencia de Encarnación. No dijo nada, pero también estaba tenso. Lo hubo conversado detenidamente con Peñuelas y aunque discutieron acerca de la forma en que debía conducirse, era perentorio que alejase a Álvarez de Cobos de su prima. Y ya no había excusa ni paliativo alguno. Pero no podía decirle cómo logró confirmar sus sospechas cuando — ¡era ciertamente tan increíble! — acudió a aquel bodegón de la travesía de Peligros, un lugar tan poco recomendable donde sin embargo la intuición, y algunos cuartos soltados aquí y allá, le llevaron finalmente hasta... Candelas.

Y es que investigando a Álvarez de Cobos por medio de Lobo se fue viendo arrastrado, como una frágil hoja en una corriente poderosa, a una conclusión que al principio le pareció absolutamente descabellada y por demás inverosímil. Cuando se lo comentó al maestro Peñuelas, este, que repasaba con un cepillo el frac del duque, se quedó absolutamente desconcertado, el utensilio detenido momentáneamente en el terciopelo, como si hubiese encontrado allí una mancha inexplicable. Pero era así, pues ellos venían investigando a Luis Candelas desde tiempo atrás. Y el fruto de ambas indagaciones eran dos meandros que confluían en esta inesperada, increíble y a todas luces asombrosa revelación. ¡Y pensar que lo habían tenido todo ese tiempo en su propia casa, pensando que era el pusilánime peruano! Sin embargo, Osuna no lo creyó hasta que no fue a aquella tabernota, luego de hacer que Lobo sobornara a una tal Lola, muy amiga del rufo, pidiéndole que llevara a Candelas a aquel lugar. Con zalamerías o engaños o como Dios le diera a entender, pero que lo llevara. El informante

tuvo que jurarle a la Naranjera —que tal era su oficio, al menos *formal*...— que nada le pasaría a su acompañante. Y así fue. Salvo que se quedó helado cuando Osuna, con un poco de tinte para ennegrecer la barba y los cabellos y otro poco de hábil maquillaje, se presentó para desenmascararlo... Ahora dos porteros de sala los reciben a la entrada del palacio y los hacen pasar a una antecámara donde el ujier, un viejo de porte aún hidalgo, da indicaciones a un par de lacayos de librea para que se ocupen de capas y mantones. Después Osuna, Pepe Carvajal, Encarna y los otros se dejan conducir mansamente, entre genuflexiones y reverencias, al espléndido salón cuyas puertas los marqueses han abierto de par en par, como quien ofrece un espectáculo de relumbre y decadente complacencia.

Curiosa la historia de este palacio, piensa livianamente Pedro, pues allí vivieron sus abuelos Pedro y Josefa, antes de vendérselo al padre del actual marqués de Alcañices y Balbases, quien al parecer lo reformó por completo. De esto lo menos veinte años. De sus paredes cuelgan cuadros admirables y tapices exquisitos. Y su amplio salón de baile está iluminado por tres arañas tan monumentales como aparatosas. De Baccarat, naturalmente, que se dice fueron regaladas al padre del marqués actual por el zar de todas las Rusias, Alejandro I, casi a principios de siglo. Los enormes y espesos cortinajes azules han sido corridos por completo para que entre un tibio chorro de luz invernal, casi dorada, y el suelo de madera espejea como si hubiese sido instalado ayer mismo.

De entre la multitud, Osuna distinguió el perfil melancólico, la fresca y apetecible sonrisa, los ojos pensativos de Inés, que se deshizo de la charla que sostenía con otras dos mujeres y se encaminó sin vacilar hacia ellos. Saludó a Encarnación a la francesa, con sendos besos en ambas mejillas, y se quedó mirándola con ternura, como si agradeciera sus muchas confianzas. Luego se volvió a Pedro.

—Supe de tu pequeño accidente —dijo al fin mirando la pierna vendada, el bastón en el que se apoyaba el duque, sin por ello perder marcialidad—. Me parece que no podremos bailar.

—No es nada —chasqueó la lengua Osuna—. Apenas me duele ya. Pero me conformaré con verte hacerlo a ti, querida Inés, aunque muera de celos y envidia.

Las mejillas de ella parecieron caldearse levemente.

—Pues entonces discúlpame un momento que he de hablar con Nicolás para que en breve abramos el baile.

—Te esperaré aquí, querida.

Y roza los dedos de Inés, que se alejaba.

Pedro de Osuna terminó de decir esto mirando hacia el fondo del salón donde Nicolás de Osorio, serio, más bien reconcentrado, una mano afinando la guía del bigote, conversaba con el marqués de Las Amarillas y otros dos señores: Joaquín Vizcaíno, el marqués viudo de Pontejos, guapo, de rizadas patillas y cabeza patricia, y otro que no reconoció. Nicolás de Osorio últimamente parecía mucho más sombrío y hosco de lo habitual, pensó Osuna. ¿Sabría, Pedro? Seguro. Pero ¿le importaría? A muchos les era obvio que su matrimonio languidecía...

—Querida Encarnación... —dijo Osuna aceptando una copa de champaña y cogiendo otra para su prima que estiraba su lindo cuello y miraba a un lado y a otro del salón, el fulgor inicial de sus pupilas cada vez más apagado.

«Está buscándolo», se afligió el duque bebiendo un largo sorbo de champaña. Pero Candelas-Álvarez de Cobos no vendrá. Él se lo dejó claro en aquella taberna, cuando el ladrón se volvió con unos ojos desorbitados por la sorpresa al oírse llamar no sólo por su nombre, sino como el falso hacendado peruano. Tardó en reconocerlo y Osuna jugó un poco más, envanecido con el azoro de Candelas. Luego fue expeditivo con él: le importaba un bledo que robara a quien le diera la gana, que cortejara a quien quisiera, pero que se alejara de Encarnación. Que le diera su palabra y a cambio Osuna jamás lo desenmascararía. Ni iría a por él.

El rostro de Candelas pareció relajarse y volvió a ser el tipo glacial que —ahora lo veía claro el duque— actuaba con imperturbable presencia de ánimo fingiéndose un petimetre americano. No pudo pues dejar de admirar semejante mutación. El sujeto que tenía frente a él, en medio de un jolgorio de pega que Osuna había organizado con unos mozos a cambio de un más que aceptable estipendio, con su vaso de vino en la mano, era un tipo de recios patillones oscuros, como los que él mismo se había teñido, claro, de mirada mucho más amenazante y sombría que la de Álvarez de Cobos. Sin aquellas gafitas doradas que le conferían un aire querubinesco y amansaban así sus facciones lobunas. Y sin embargo eran la misma persona, la misma

nariz grande, los mismos dientes muy blancos, pensó fascinado. Pero no por ello dejó de actuar, levantándose con dificultad de la mesa, a causa del maldito tobillo. Y eso le recordó cómo había cedido a la pequeña maldad con que remató sus frases: «Es usted muy buen ladrón, señor Candelas, lleno de ingenio y valentía. No lo dudo. Pero no es el del guante negro. Eso ya lo he averiguado también». Y se fue de allí intentando no renguear mucho. Entendió que Candelas no iría tras él y más bien lo dejaría que se esfumara. Y que cumpliría con su palabra de no ver más a Encarnación, pues sabía muy bien a qué se exponía de no cumplirla.

Por eso Osuna está seguro de que no vendrá. Pero lo que no advierte es que, mientras el semblante de Encarnación empieza a descomponerse porque no descubre a su amante entre el gentío que puebla el salón de los Alcañices, un lacayo se ha acercado hasta él con una bandeja. Lleva una esquelita para su excelencia, si hacía el favor.

Osuna la recoge perplejo y mira hacia donde señala el criado, es ese caballero quien se la envía. Este viste una levita azul gendarme, sombrero de copa, pañolón al cuello. Parece un hombre algo mayor cuando se vuelve y agita vigorosamente la mano a modo de saludo, antes de desaparecer entre el tumulto, rumbo a la puerta. Osuna ha tardado unos segundos en reconocerlo bajo el disfraz. Pero ahora sabe que siempre reconocerá la nariz ancha de aletas, de vértice sabueso, los dientes muy blancos, los ojos fríos, astutos, llenos de cálculo de Candelas.

Abre con manos impacientes la esquila.

CAPÍTULO IX

Gloucester Road, Londres, 1886

Desde aquella cita en la casa de la marquesa de Selva Alegre con mi amada Alicia, había dedicado pues muchas horas de insomnio a desentrañar la historia del collar de los Balbases y pasé embebido largas noches, a la luz tibia de una lámpara de Quinquet, en la biblioteca espléndida del palacio, consultando viejos volúmenes, tal como me indicara George Borrow, que aunque escéptico frente a la historia de la maldición —como yo mismo en esos momentos— sí se sentía en cambio tentado por resolver la trágica genealogía que desembocaba en la aciaga muerte de Joaquina Francisca, la hermana de la que en ese entonces era marquesa de los Balbases y poseedora no sólo del fabuloso collar, sino heredera de un sino atroz. El sino que continuaría mucho después con el hijo de Inés y Nicolás, Pepe Alcañices, duque de Sesto, quien ahora que escribo mis notas, en la actualidad de este siglo que ya se acaba, es gran personaje de la corte madrileña, como refería al principio de estas memorias, mayordomo del recientemente desaparecido Alfonso XII y cuya mujer heredó el collar que misteriosamente pasó a manos de la reina viuda de manera más que trágica, pues al poco murió el rey, como también ya he contado.

Volviendo a mi historia, Peñuelas nada me decía al verme pasar numerosas horas en aquel bien nutrido archivo, sintiendo el crepitar incandescente de los leños en la chimenea. Rápidamente los huesos se aterían allí, me había dicho Mariano en cierta ocasión, haciendo un gesto de desagrado al preguntarle yo por la biblioteca: él rara vez acudía a consultar un volumen y miraba con cierta escéptica sorna la devoción que profesaba su hermano mayor por los libros. Por eso, al poco tiempo de regresar del campo

de batalla —donde había combatido contra el feroz Bruno Villarreal, al mando de una de las tres divisiones del ejército carlista—, cuando le comuniqué una noche que no lo acompañaría a la tertulia del Café del Príncipe porque quería buscar, con ayuda del maestro Peñuelas, cierta información en la biblioteca, hizo una leve mueca de desagrado, se encogió de hombros y se marchó.

Tampoco le había dicho nada de mi búsqueda a Pedro, pero él asumía que mi interés por la lectura era más bien una inclinación natural, como la suya propia. Por eso nada objetaba ni preguntaba, menos aún en aquellos días en que daba torpes vueltas por el palacio, como una fiera enjaulada. ¡Si hubiera sabido que mis desvelos intelectuales tenían que ver con el collar y con su maldición! Pero nada decía yo de esto, amparándome en el hecho de que tampoco nada se me preguntaba. Había iniciado además mis clases de esgrima con el maestro y Pedro se acercaba al *Gymnasium* con evidente nostalgia de la actividad física, pero daba media vuelta y se iba, aún cojeando, malhumorado, apoyado en su bello bastón de empuñadura de plata. ¿Por qué pues me entregué con tanto ahínco a buscar todo cuanto podía sobre los Spínola y su historia, sobre el aciago collar de los Balbases? Quizá al principio pensaba que sería una manera sutil de acercarme a Alicia, que era quien de verdad mostraba interés por aquella historia de tintes macabros y que yo desconocía hasta entonces..., pero creo que, a la luz del tiempo transcurrido desde entonces y de lo mucho que sucedió en torno a esa joya, mi interés era otro, de mayor calado, y que habría de acompañarme todos estos años como una sombra y un malestar nefasto.

Al cabo de un par de semanas de pesquisas realmente sorprendentes en la biblioteca del palacio de Leganitos, por fin encontré un motivo de firme anclaje para convidar a Alicia, obligándola a aceptarme un chocolate o una horchata en Lorencini, pues había acicateado su curiosidad con la información que le prometí en una carta previa donde le daba cuenta de los jugosos frutos de mis indagaciones librescas. «Seguro a usted le interesará saber que lo de la maldición no parece un asunto baladí ni desencaminado como soberbiamente pensé en un primer momento», le confesaba en aquella misiva que le hice llegar a su casa de la plazuela de Matute. «Pero lo que he averiguado en estas semanas de arduas lecturas, esforzándome en no pensar más que en mis investigaciones y no en quien es objeto de la zozobra de mi

corazón, seguro le interesará. Cuestiones que confirman mucho de lo que usted tuvo a bien contarme en casa de su amiga de usted, la marquesa de Selva Alegre, el otro día. Aunque los datos que he descubierto arrojan mucha luz sobre la simple especulación a la que nos entregamos en aquella oportunidad.»

Debo insistir en este punto que pese a que mi interés digamos parabólico por el collar, esa manera elusiva que encontré para citarme con Alicia me había conducido a investigaciones sorprendentes que hicieron tambalear mi raciocinio y mi inclinación a la lógica y la exactitud. ¡Cómo extrañaba a don Jorgito, que se había esfumado de pronto, sin aviso alguno, al igual que Álvarez de Cobos lo hiciera de la vida de Encarnación! Bien era cierto, en el caso del primero, que mis semanas de casi forzosa reclusión acompañando a mi primo Pedro en su convalecencia y entregado a mis fatigosas investigaciones bibliotecarias me habían impedido visitar a Borrow, pero cuando por fin lo hice, nadie supo darme razón de su paradero. Recordé que la propia María Díaz, su hospedera, me confió una tarde que últimamente le parecía extraño el comportamiento de don Jorgito, con frecuentes salidas nocturnas. Y solo rogaba la buena mujer que su huésped no se metiera en líos. Pensé pues en acercarme a la casa de la calle Santiago, pero por uno u otro motivo no lo hice. Más tarde lo lamentaría, pero en ese momento yo sólo pensaba en mi encuentro con Alicia, a quien deslumbraría con mis investigaciones sobre el maldito collar.

Así pues, elegante y perfumado, aquel día de la Nochebuena, ataviado con mi elegante *surtout* color barquillo, acudí a mi cita en Lorencini con muchísima excitación, a una hora relativamente temprana, a fin de no encontrarme con los habituales y dar pie a murmuraciones, pues aunque esto parecía apenas no importarle a Alicia, a mí me creaba una cierta zozobra.

Al cabo de unos minutos, cuando estaba yo a punto de consultar mi reloj, apareció Alicia. Al instante me regaló con aquellos dos preciosos hoyuelos que le daban a su sonrisa un aire tierno y al mismo tiempo pícaro, de sincera alegría. Lástima que el gesto desaparecía casi de inmediato y entonces era menester fijarse en la negrura de sus ojos, de grave parpadeo, en sus manos blancas, en su imperiosa manera de moverse. Me incorporé para recibirla y puse un beso rápido y fervoroso en su diestra. ¿Quería ella también una horchata?, propuse con su mano de huesos finos aferrada aún entre las mías.

Más bien tomaría un burdeos, que allí los tenían de excelente calidad, dijo zafándose con delicadeza de mi caricia e invitándome a que la acompañara a una mesa más discreta, al fondo de aquel café de espejos elegantes y mesas de mármol. El patrón, un italiano muy moreno, de cabellera leonina, parecía conocerla bien pues se acercó de inmediato a nosotros, con solicitud y esmero, para atendernos, ¿qué íbamos a tomar?, y se secó las manos en el delantal, expectante. Debo decir en este punto que, aunque no era del todo infrecuente en aquellos años que las mujeres acudieran a los cafés, tampoco se veía con la naturalidad con que muchos hubiésemos querido. El Lorencini era uno de esos pocos cafés digamos familiares a los que a tempranas horas, antes de que se animaran allí las tertulias y se encendieran los humeantes puros con la brasa de la discusión política, recalaban familias o grupos de amigas que salían de una *misa ligera* y se acercaban a estos locales a disfrutar de un chocolate o una leche de almendras, de un quesillo helado o de la bien surtida bollería que se exhibía en sus mostradores a la usanza parisina.

—¿Y bien, querido Henry? ¿Qué ha averiguado usted sobre el collar?

Alicia volvía a abandonar el tuteo y eso me desconcertaba. Su antigua naturalidad para llamarme por mi nombre y sus manos impacientes, tan cerca de las mías, me traían recuerdos inflamados de aquella fiesta en que hubo besos llenos de pasión y caricias ardientes. Mas todo eso era agua pasada, pensé ensombrecido.

—Le sorprenderá saber que cada vez más empiezo a ceder a la idea suya —comencé al fin, intentando no mostrar mi desolación— y creo que sí, que el collar de los Balbases está maldito.

Alicia llevó una mano a su corazón, como para sofocar un sobresalto, y sus ojos brillaron fugazmente, como iluminados por la complacencia de haber ganado un punto de aquella subrepticia contienda entre mi racionalidad y su creencia. —Así pues —sonrió luego con picardía, como repuesta de ese inicial sobresalto—, el inglesito devoto de Hume y otros protestantes cerebrales se inclina a creer en una maldición.

Me repantigué en la silla, incómodo por aquellas palabras. Tampoco era cuestión de echarme a sus pies. Si caía rendido así, otros bien distintos serían los motivos.

—No lo diría de tal manera, querida mía. Lo digo en sentido figurado.

Ella se cruzó de brazos.

—Figúrese pues todo lo que quiera, pero le suplico que me diga algo más, que me tiene en ascuas.

—Y no le digo yo cómo me tiene...

—Por favor, Henry —se quejó y su mano buscó la mía como quien busca un refugio—. Dejémoslo estar...

Pero advertí coquetería en su voz, en los hoyuelos que coronaban su sonrisa llena sin embargo de promesas, y mi corazón volvió a latir. Como un reloj averiado que avanza a tropezones, a marchas y contramarchas, así pugnaba el mío, al antojo de lo que dijera o dejara de decir Alicia. Haciendo un esfuerzo mayúsculo por concentrarme en lo que le quería contar, extraje los folios en que llevaba mis apuntes, como un escolar aplicado. Y empecé a explicarle lo que básicamente había averiguado respecto a aquella joya desde que la echara a rodar Ambrosio Spínola, nacido en Génova en 1569 y primer marqués de los Balbases con grandeza de España —«concedida esta por Felipe IV en 1621», acoté mirando mis apuntes—, conquistador de Breda y gobernador de Milán.

Hice una pausa y carraspeé, antes de continuar: Este militar italiano que consagró su vida a servir a España y a quien Velázquez inmortalizara en el cuadro *La rendición de Breda* —aquel cuya copia mi primo Pedro tenía en una pared su comedor— quiso engarzar en una sólida hebra de plata una perla estupenda que dejó a sus sucesores para que cada uno de ellos añadiera otra más y formaran así, generación tras generación, un insuperable collar que fuera ornamento del cuello de las futuras marquesas de los Balbases...

—Eso ya lo sé. Lo sabe todo el mundo. Se lo conté yo misma, aunque a grandes rasgos. —Alicia se impacientó y bebió de la copa de vino que el patrón había dispuesto para nosotros con discretísima diligencia.

Yo había esperado ese comentario pero, como un buen jugador de naipes, me reservaba lo siguiente igual que un as bajo la manga. Y esto no era otra cosa que lo que había encontrado en un volumen de Gil y Saura, *Los Spínola: la maldición de una saga*, fechado en Madrid en 1798 y que el maestro Peñuelas puso en mis manos inesperadamente. Así que, haciendo caso omiso a su reproche impaciente, continué:

—Ha de saber, mi querida amiga, que este primer marqués de los Balbases casó con Giovanneta Bacciadonne y Doria, dando origen a una impetuosa saga de militares y nobles nativos de Italia que sirven en España y

que...

—No me va a contar usted toda la genealogía de la familia —volvió a impacientarse Alicia, resoplando como un lindo dragoncillo de juguete—. Ya habla usted como su paisano Borrow...

Esta vez fui yo quien se cruzó de brazos y la miró con severidad.

—Le ruego paciencia, Alicia. Porque es precisamente en la genealogía, en las ramas más débiles del árbol frondoso de aquella familia donde se ocultan los indicios más asombrosos de que usted y quienes piensan como usted, a saber, que el collar está maldito, tienen razón.

Alicia movió su linda cabecita como para enfocarme mejor, entrelazó los dedos y se dispuso a escuchar.

Recostado en el cómodo sillón que había dispuesto le trajeran a la biblioteca, los brazos tras la cabeza, las largas piernas apoyadas en un escabel, el duque fue ganado nuevamente por el recuerdo de aquel momento asombroso en el palacio de Alcañices. Al principio, cuando Candelas se escabulló de la fiesta, Osuna apenas si contuvo el impulso de seguirlo o gritar que lo atraparan, coño, pues aquel truhán había incumplido flagrantemente su palabra. Aún presentándose disfrazado en la fiesta de los marqueses de Alcañices, había incumplido su palabra. ¿Era acaso un desafío, una burla? Pensarlo lo llenó de furia y dio unos pasos de tullido hacia él, que inevitablemente se escabullía entre el gentío. Pero al leer la esquila —tenía una letra sorprendentemente educada el ladrón, limpia y de largos gavilanes— entendió que el disfraz era precisamente para que Encarnación no lo descubriese, y el motivo de aquella furtiva visita no era otro que alardear de que era capaz de ir a su antojo. «Para que su excelencia sepa que su prohibición no mengua mis posibilidades de asistir a donde me plazca y que únicamente mi respeto a Encarnación hace que no me acerque más a ella». Esto recordaba Osuna cuando el maestro entró a la biblioteca y se quedó ligeramente sorprendido de encontrarlo allí. Murmuró entonces unas excusas y se dispuso a retirarse.

—Vamos, Jacobo —propuso conciliador el duque chasqueando la lengua—. Creo que ya es tiempo de que me perdones.

Se acomodó mejor en el sillón. Ahora, gracias a las friegas y cuidados que había encargado el maestro, la hinchazón del tobillo era casi un recuerdo.

—No tengo nada que perdonarle, excelencia, yo...

—Caramba, Peñuelas —impacientó la voz Osuna y sus ojos reflejaron una peligrosa contrariedad. El maestro a veces era sutilmente duro y cabezota —: Me has tenido en brazos desde que era un crío y eres lo más cercano a un padre que tengo. No es necesario que te portes así conmigo.

Una nube delicada suavizó el rostro castellano del maestro, donde Osuna podía leer tan bien como el propio Peñuelas en el suyo. O quizá no tanto, pero casi.

—Está bien, excelencia. —Esta vez Peñuelas lo miró directo a los ojos y dejó de jugar con la pluma que tenía en una mano—. Me parece una temeridad lo que hizo. Y no me refiero, naturalmente, a acudir a la fiesta, que ello es una de esas muchas imprudencias que lamentablemente usted comete con cierta frecuencia —dijo mirando su pierna—. Me refiero más bien a lo otro.

Osuna se mordió los labios. Quería escuchar a Peñuelas y si para que este por fin se decidiera a hablar era necesario soportar aquellos regaños, pues así lo haría. No era la primera vez, y se temía que tampoco sería la última, en que Peñuelas encontraba la manera de reprenderlo con la dureza de un padre.

—Continúa.

El maestro se quitó las gafas y las contempló un buen rato, como si hubiese hallado un desperfecto irreparable en aquel simple mecanismo.

—Y la verdad —dijo al fin con una voz ronca—, no sé cómo yo mismo pude..., qué quiere que le diga...

En ese momento entró Henry y al verlos allí se quedó momentáneamente desconcertado.

—Primo querido —se apresuró a decir Osuna—. Acompáñanos, por favor.

Henry se acercó hasta ellos algo remolonamente.

—No sabía que estabais aquí, si lo deseáis, puedo volver en otro momento.

El duque dibujó un gesto afectuoso con la mano, que no dijera tonterías, la biblioteca estaba allí a su disposición. Pero Henry vaciló un poco, quizá azorado por haber interrumpido lo que parecía una conversación más bien de índole personal e íntima, pensó Osuna, e intercambiando una significativa mirada con Peñuelas decidió suspender el peligroso derrotero por donde

enfilaba la charla que él mismo había suscitado con el maestro. Quizá sería mejor dejar el tema para otro día.

—Veo que ya estás bastante mejor de la pierna —observó Henry.

Osuna miró la venda y gruñó que sí, no veía la ocasión de marchar unos días a montar a El Capricho. Tenía muy desatendidas las reformas que había emprendido en la finca, particularmente las exedras en memoria de la abuela Josefa. López Aguado era quizá tan buen arquitecto como lo fue su padre, pero también muy remolón. Y las obras llevaban retraso. Hizo una mueca de contrariedad: vamos, como él mismo posponía su propia cita con el joven Madrazo, a quien le había encargado un retrato para cuyo posado no encontraba nunca tiempo. Era realmente bueno y llegaría lejos, el hijo de José Madrazo.

El duque sirvió una copa de curasao a Henry y alzando la suya lo miró como al trasluz de la misma, un poco con sorna, ya dispuesto a cambiar el tercio de su charla.

—¿Has sabido algo de Alicia? ¿O de la bella María Buschental? Sí, bueno, ella está casada. Y créeme, querido primo, para el corazón puede que este resulte un detalle sin importancia, pero a fe mía que no es así...

—Ella es sólo una buena amiga —dijo Henry luego de que el maestro Peñuelas anunciara que si su excelencia no necesitaba nada más, él se retiraba a sus quehaceres.

—Claro, Jacobo. Ya retomaremos la conversación, puedes retirarte —dijo Osuna y una vez que el maestro hubo salido, volvió a la carga—: ¿Entonces es de Alicia de quien debemos hablar?

—En realidad hay poco que decir, pues me temo que no soy objeto de su interés.

En la voz del joven Beaufort vibró una nota de despecho. Luego se dirigió a una de las estanterías y encaramado en la escalera ramoneó allí un buen rato, fingiendo no encontrar un volumen, con el seguro propósito de que se disolviera el tema que le era espinoso y que Osuna había sacado algo toscamente a colación. Claro que sí, Pedro. ¿Acaso no lo era para ti siempre el tema de Inés? ¿Con quién lo compartías salvo con Encarnación y alguna vez con Pepe Carvajal? Pero si la primera le ofrecía a partes iguales la miel de su cariño y la hiel de la reconvención, el duque de San Carlos se abandonaba a una ruda camaradería de húsar que apenas encontraba fórmulas

casi marciales para aliviar la desazón de Osuna. Y entonces más bien proponía el desfogue de los duelos de sable a los que se entregaban con asiduidad en el *Gymnasium*, el alivio de los paseos a caballo o, si acaso, la más ligera caza de camaristas y doncellas, cuando las fiestas palaciegas llegaban a su fin. Incluso la visita esporádica a aquella casa de la calle de la Fresa donde siempre había grata compañía femenina... Aunque aquellos encuentros furtivos y libertinos más bien le dejaban al duque una melancólica sensación de vacío y orfandad. Así las cosas, su único y verdadero alivio, su momento sedante y calmo consistía en refugiarse por unos días en El Capricho. Por eso mismo, quizá lo mejor era dejar en paz a Henry con sus íntimos tormentos, Pedro. Ya hablaría cuando estuviese dispuesto a hacerlo. Aunque era cierto que lo quería como a un hermano menor, demasiado bien sabía Osuna que los amores rara vez podían surcar invulnerables por entre los escollos del sufrimiento.

El duque cogió nuevamente el libro que había estado leyendo con mucha distracción hasta la llegada de Peñuelas y volvió a la carga. Pero luego, como si lo hubiera pensado mejor, lo dejó abierto en su regazo y habló.

—¿Qué tal tu amigo George Borrow? —había empezado con liviandad y sin embargo su voz se crispó al añadir—: ¿Por qué es tan reticente en venir a visitarnos? Quizá no seamos dignos de su saludo...

—Sabes bien que no se trata de eso, mi querido Pedro —oyó la voz de Henry a sus espaldas—. Pero creo que no ha recibido invitación tuya.

—Pero sí de Mariano.

—La invitación de Mariano fue para que se quedara con nosotros y Borrow creyó que aceptarlo sería un grave abuso de su parte. Además, creo que él está muy bien en esa modesta pensión donde lo tratan magníficamente. No necesita mucho más. Es frugal y casi ascético, diría yo.

—Insisto: me gustaría que viniera a una de nuestras veladas. Creo que basta con que seas tú quien lo invite. O si prefieres le envío un tarjetón, algo más formal...

Henry apareció con un libro en la mano cuyo título el duque no pudo ver.

—Como gustes, se lo diré. Además siempre pregunta por ti.

—¿Por mí? —Osuna retrepó con una mueca de incredulidad en el sillón—. ¿Qué interés puede encontrar en mi persona un agente de la Sociedad Bíblica Británica?

Henry dejó el volumen sobre la mesa y pareció meditar un momento su respuesta, apoyando una mano en la barbilla. Al fin se encogió de hombros. No lo sabía, la verdad. Pero don Jorgito era un infatigable curioso de la sociedad española, como de la de todos los países que había visitado, en realidad, y que eran muchos. Y rápidamente se ponía al tanto de usos y costumbres, de la lengua —las aprendía endemoniadamente rápido y sabía más de treinta— y también de los personajes y de los principales de cada lugar.

—Dicen que anda con los gitanos todo el tiempo...

—Le fascinan los gitanos, sí. Aprende su idioma y está...

—... traduciendo un Nuevo Testamento a la lengua de esas gentes, lo sé —interrumpió el duque—. Debería tener cuidado.

Henry se sentó frente a él y se sirvió con cautela otro poco del curasao que bebía su primo. Levantó la vista, alerta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Madrid no es Londres, querido primo. Y aquí se sabe todo. De manera que *mister* Borrow debería andarse con cuidado respecto a lo que indaga y sobre todo acerca de lo que va diciendo con tanta soltura y desparpajo.

Los ojos de Beaufort se empequeñecieron contrariados, advirtió Osuna. Quizá no debías haber dicho eso último, Pedro. Sonaba bastante inquisitorial y, al fin y al cabo, Borrow no sólo era amigo de Henry sino también súbdito británico: almas protestantes.

—¿Te refieres a eso que anda comentando por ahí en relación a los robos? ¿Que en realidad son dos ladrones y no uno? ¡Pero si no es sólo él quien lo dice!

Pese a su reconvención anterior, Osuna no pudo resistir el impulso de replicar:

—No debería presumir de su supuesto conocimiento de Candelas, mi querido Henry —dijo—. La policía secreta ronda por tabernas, tertulias, mancebías, casas de juego y cafés. Están desesperados porque no logran atrapar a ese condenado ladrón. Y Borrow presume de conocerlo. Lo va diciendo por allí y anda además elaborando una tan descabellada como persuasiva teoría. Mal asunto.

—Pero si también lo hacen otros, primo —al decirlo, el índice de Henry

picoteó impaciente en la tapa de un libro—. Quizá porque Borrow es extranjero sus comentarios resultan más alarmantes u ofensivos que los de los nacionales..., pero, en todo caso, no es el único que anda hablando de Candelas y de esos robos donde deja un guante negro. Aunque él afirma e insiste en que no se trata del mismo ladrón, claro. Aquí mismo, en tu palacio, no hay tertulia o fiesta en que no se mencionen cientos de teorías y especulaciones sobre Candelas. Nadie ha ido preso por tal motivo.

Osuna hizo un gesto de fatiga y desaliento. Realmente no quería llevar la conversación por allí. No quería malquistarse con Henry.

—Quizá tengas razón. Lo admito. Es extranjero y levanta sospechas —dijo al fin—. Y es injusto. Pero si la policía recela alguna connivencia con Candelas, no tendrá piedad con él. No digas que no lo advertí.

Henry se quedó un momento pensativo. Luego movió su cabeza de rizos rubios como asimilando lo que le había dicho su primo.

—Tienes razón, querido Pedro. Ya me gustaría decírselo. Pero el caso es que hace muchos días que no sé nada de él. Parece como si se lo hubiese tragado la tierra.

El duque no supo qué contestar a aquella inesperada revelación.

Gloucester Road, Londres, 1886

Creo que lo he comentado ya: El Café de Lorencini, en la calle Cádiz, era el más elegante de cuantos por los alrededores de Sol abrían sus puertas desde muy temprano. Pero también por eso era el más frecuentado, me dije, arrepentido de haber citado allí a Alicia. A cada momento, mientras seguía con mi narración, levantaba la vista, temeroso —no sé la razón— de que alguien me sorprendiera conversando con ella. Quizá porque temía, algo tontamente, que se me notara mucho que era el torpe pretendiente de una mujer que parecía no hacer demasiado caso a mis solicitudes sentimentales. A Alicia en cambio no parecía interesarle ese aspecto y más bien me alentaba a continuar sin dilación ni interrupciones. ¡Cómo echaba en falta el aliento y el consejo de mi buen don Jorgito! Pero este andaba desaparecido, como le había comentado a mi primo Pedro días atrás, en su biblioteca, cuando me

recomendó que Borrow fuese más discreto con sus especulaciones sobre Candelas.

Yo había estado pues contándole todo lo que había averiguado a una cada vez más entregada Alicia, cuyos labios entreabiertos de atención o sorpresa, labios que se fruncían incrédulos o se distendían en una sonrisa que formaba sus hoyuelos preciosos, eran para mí el cántaro de agua inalcanzable que atormenta al sediento. Así, afiebrado y confuso, me costaba gran esfuerzo concentrarme en mis pliegos, en las notas diligentes que había tomado en la biblioteca de mis primos, ganado yo también para esa idea que figuré como absurda y trivial al principio, la de la maldición. Pero mientras leía embebido los volúmenes que mencionaban la genealogía de los Spínola, principalmente el libro de Gil y Saura, más me ofuscaba la idea de que aquel collar, que había pasado de mano en mano y de cuello en cuello hasta llegar a nuestra Inés de Silva Bazán, albergaba una especie de condena, una maldición que dejaba su terrible huella en la vida de sus poseedores como el hierro inquisitorial chamusca la carne del impío.

—... En efecto —continué leyendo y comentado mis notas—, porque de este enlace entre Ambrosio Spínola y Giovanneta Bacciadonne, enlace lleno de ambición y fortuna, nacen tres hijos: Filippo, Polissena y Agustín. El primero sigue la línea hereditaria y por consiguiente será el segundo marqués de los Balbases, el encargado de continuar colocando un perla en el engarce del collar que ya luciera su madre, la bella Giovanneta. Genovés malgeniado y orgulloso como su padre, Filippo pronto destaca por su arrojo en el campo de batalla y llega a general de los ejércitos españoles, pero encuentra a quien será su mujer en Italia, como parecerá ser sello familiar.

»Alto y bien parecido, Filippo enamora a la jovencísima Gironima Doria. Y fíjese bien, querida Alicia, lo que ocurre a partir de aquí, a partir de la segunda mujer que lleva el collar de esta singular familia. —Hice una nueva pausa llena de efecto y me aclaré la garganta con un sorbo de vino. Continué —: Como regalo de bodas Filippo encarga la mejor perla que pueda conseguir una expedición a las Américas y paga una verdadera fortuna por aquel hermoso ejemplar traído del conocido como el Mare Bermejo de Cortés, donde las perlas, a diferencia de las obtenidas en otros lugares, ofrecen un color profundo, ahíto de belleza y misterio. Dos días después del enlace, Cattarina, la dulce y amada hermana de Gironima, es encontrada

flotando en una laguna cercana a la propiedad familiar en Milán...

No pude disimular una sonrisa de satisfacción al ver tornarse en asombro la máscara de suspicacia con que Alicia había seguido hasta el momento mi narración. Pareció que iba a decir algo, vibraron las aletas de su fina nariz, pero yo continué recitando lo que había averiguado, mirando mis notas para apoyar con exactitud histórica mis conclusiones.

—Los Spínola pronto se trasladan a Madrid, como tenían pensado, y aunque llevan consigo al pequeño Paolo Vincenzo, quien será, andando el tiempo, el iii marqués de los Balbases, todo se ha ensombrecido entre ellos. La joven y sensible madre no resistirá el embate de la tristeza ni la nostalgia por su familia y morirá con apenas veintiséis años.

»Paolo Vincenzo, el primogénito y sucesor en la línea del marquesado, pronto destaca por sus habilidades diplomáticas y su gallardía. Es mayordomo mayor de la reina de España de aquel entonces, gobernador del Milanesado entre 1668 y 1670, embajador primero en Viena y después en la Francia. Luego de unos años de calavera y juerguista, con veinticinco cumplidos encuentra a quien será su mujer, la siciliana Ana Colonna, apenas un año menor que él e hija del príncipe de Paliano y de la princesa de Castiglione. La vida parece sonreírles y no hay sombra alguna en el horizonte... ¿Y qué cree usted, Alicia, que sucede después? —No la dejé contestar y me apresuré a darle un golpecito cariñoso en el envés de la mano —. Que la joven Ana Colonna, de natural juiciosa y más bien austera, queda deslumbrada por el collar que le regala su futuro marido pocos días antes de la boda. Tan deslumbrada, dicen las crónicas, que...

—¿Que qué? ¿Qué ocurrió?

Alicia aferró mi mano y yo sentí que mi juicio se nublaba repentinamente. ¡La hubiese estrechado entre mis brazos para sentir el aleteo de su corazón contra el mío, sin dudarle un instante! Pero hice un supremo esfuerzo para así mantener viva la fuente de su interés, es decir, mi prolija narración.

—¿Que qué pasó? Pues que, al parecer, su temperamento cambió de la noche a la mañana, nada más ser desposada; poco tiempo después la princesa empezará a sufrir continuos accesos de melancolía, ofuscación y locura que a lo largo de los años se acentuarán de manera notoria y que culminarán con su suicidio en el palacio familiar, ante la horrorizada presencia de sus hijos, Isabel, Lucas, Teresa (muerta también por su propia mano, años después) y

Filippo, quien al ser el mayor continúa la línea sucesoria...

—¡Un suicidio!

Más allá de mi interés por deslumbrar a Alicia (y hasta ese momento al menos había captado toda su atención), yo estaba realmente intrigado por mis investigaciones pues, como digo, era en verdad trágico y temible el destino de todos los que se acercaban al collar.

Alicia permanecía ahora en atento silencio, el rostro afilado por la concentración, sin decir palabra, su pecho elevándose con contenida agitación. Pero quería continuar con mi relato, lleno de prolijas anotaciones que aún conservo y que uso aquí con más minucia que mis informes ofrecidos a la bella, hace ya tantos años. Carraspeé un poco y proseguí:

—Este Filippo, iv marqués de los Balbases, duque de Sesto, caballero de la Orden de Santiago y gentilhombre de cámara del rey, ha crecido más bien huraño y hosco, extrañando a la madre, como se puede suponer, y al cuidado de ayas y profesores particulares, desatendido de su padre, quien no se recupera de la tristeza por la pérdida de su mujer pues al parecer estaban profundamente enamorados. Filippo se casa siendo muy joven con Isabel de la Cerda y Aragón, una agraciada joven gaditana, hija del poderoso duque de Medinaceli y la duquesa de Cardona.

—¡El duque de Medinaceli! —exclamó Alicia.

—... Caprichosa como lo fue su madre, un año mayor que su joven esposo (tenían apenas diecisiete y dieciocho, respectivamente), la flamante marquesa de los Balbases no cede ante las negativas de su marido de entregarle el collar, como vemos ya ensombrecido por una nube oscura de desgracias y muertes, y por fin consigue que este se lo muestre, poco antes de la boda. Como todas las mujeres que lo han llevado hasta ese momento, Isabel de la Cerda queda fascinada, absolutamente embrujada por la belleza del collar, al que su marido ha agregado la perla correspondiente, por sí sola una maravilla inusual. Días más tarde, Filippo parte a Madrid reclamado por sus obligaciones —pues a la sazón la pareja se hallaba en el palacio familiar del Puerto de Santa María— y deja a su futura mujer exultante, feliz con el collar aquel que la hace sentir, de pleno derecho, una marquesa de los Balbases. Filippo no ha avanzado ni diez leguas cuando le alcanza a todo galope un emisario para decirle que debe regresar, ¡Paula, su joven cuñada, ha sufrido un terrible accidente nada más él partir! En efecto, mientras

acompañaba a su hermana Isabel —quien lucía el collar pese a la prohibición de su prometido de llevarlo antes de desposarla— por las lujosas tiendas de aquella ciudad próspera a causa del comercio con las Indias, la joven Paula ha tropezado y caído bajo las ruedas de un carruaje que perdió inexplicablemente el control. El sufrimiento de Isabel es mayúsculo, pues asiste horrorizada a la muerte de su hermana pequeña, embarazada de tres meses. La boda se celebra de todas maneras, pero el joven matrimonio queda así tocado por el infortunio ya para siempre y la marquesa jamás volverá a lucir aquel collar maldito...

Eso no era todo, añadí repentinamente estremecido yo también, pues en la minuciosa recopilación de fúnebres datos una muerte más, acaso tangencial, se añadía a la aciaga lista: la hija de este iv marqués, María Teresa, casada con Francisco Pico de La Mirándola, perdió la vida a causa de una repentina riada, mientras festejaban el cumpleaños de este en su casa de campo, muy cerca del convento de Los Recoletos, un acontecimiento en verdad trágico que cubrió de luto aquel septiembre de 1723, pues también encontraron la muerte allí el príncipe Francisco Pio de Saboya y otros señores de alcurnia...

En efecto, pensé mientras le leía y comentaba mis notas a una cada vez más asombrada Alicia, ajena ya a la copa de vino que apenas había probado, era imposible no pensar que una maldición, un hechizo de nigromante, había caído sobre aquella joya. Sería el primogénito de esa desde ya infeliz pareja, Ambrosio Spínola y de la Cerda, el v marqués de los Balbases, el encargado de continuar con la aciaga genealogía marcada por el fuego de una maldición tan horrible como inexplicable, al casarse con su prima hermana, Ana Catalina de la Cueva y de la Cerda. Testarudo como al parecer lo han sido todos los varones de la saga de los Spínola, Ambrosio no parece hacer mucho caso de la maldición de la que, por lo demás, apenas sabe nada: su padre ha fallecido joven, víctima de hipopresía, su madre vive ausente desde la muerte de su hermana Paula, enflaquecida y mustia, desatendida de sus hijos. Su hermana ha muerto con poco más de treinta años. El joven Ambrosio sólo sabe que cada heredero del marquesado y del collar debe añadir una perla, al menos tan bella como las engarzadas por sus predecesores, para lo cual los Spínola invierten, contumaces y soberbios, no poca de su fortuna.

—Ciertamente —murmuró Alicia casi para sí misma—, todo es mucho más contundente de lo que pensé... Continúa, por favor, Henry.

Con no poca emoción advertí que Alicia me regalaba de nuevo con el tuteo, como si hubiese recuperado una categoría más íntima ante sus ojos. Ocultando mis sentimientos proseguí con el relato:

—Así pues, Ambrosio Spínola, v marqués de los Balbases y duque de Sesto, caballero del Toisón de oro y de San Genaro, gentilhombre de cámara de su majestad el rey, desposa a su prima, una muchacha pelirroja, calculadora y ambiciosa, acostumbrada al lujo y al boato de «La ciudad de los cien palacios», como es conocido el próspero Puerto de Santa María en aquellos años. Pronto tuvieron a Joaquín, a María Dominga y a Ángel, quien llegará a ser teniente general de los Reales Ejércitos. Parece pues que la maldición no ha surtido su efecto y que todo es, en cualquier caso, una serie de infelices coincidencias. Pero el destino vuelve a dar un inesperado giro de tuerca. Una tarde, la aya encuentra a la pequeña María, de tan sólo tres años, muerta en la cama de su madre: ha estado jugando con el collar y al parecer se ha atragantado con una perla, grande como una lágrima.

Hasta aquí mis apuntes encontrados en el volumen de Gil y Saura, que tan prolijamente había copiado para Alicia, rescatando los pasajes más importantes y comprimiendo otros para una mejor comprensión de lo ocurrido. Todo se hubiera interrumpido allí, dije, de no caer en mis manos unos manuscritos que daban cuenta de los últimos pormenores genealógicos, pormenores que...

—Henry, por favor —suplicó Alicia buscando otra vez mis manos, como si supiera que con solo tocarlas me dejaba carente de voluntad para con sus requerimientos.

—Sí, por supuesto —dije yo y me dispuse a contar—:

»Joaquín Spínola y de la Cueva, de quien no he averiguado la fecha de nacimiento, pero sí la de su muerte, 1798, fue el vi marqués de los Balbases y contrajo matrimonio con María Valcárcel y Córdova. Aunque nunca se supo con exactitud lo ocurrido, al poco tiempo de contraer nupcias, la joven María Valcárcel, de la que apenas se conoce nada, se extravió en un paseo por los alrededores de Toledo, acompañando a su esposo (algo inusual) en una cacería. Nunca la encontraron, pese a que batieron el bosque durante días, acompañados de perros y de los más expertos conocedores del lugar. Nada, como si la tierra hubiese abierto sus fauces para engullirla sin dejar rastro. De más está decir, querida amiga, que la marquesa había recibido de manos de su

esposo el collar apenas un par de días antes, con el rico engaste de su nueva perla, naturalmente.

Doblé cuidadosamente mis pliegos y los introduje en la cartera que a tal fin llevaba. Crucé modestamente las manos y me apoyé en la mesa. Lo último que iba a decir lo conocía casi de memoria.

—Y a partir de aquí, el marquesado de los Balbases pasa a manos de Manuel Osorio y Spínola, hijo del anterior marqués y casado en segundas nupcias con María de las Mercedes Zayas y Benavides, iii duquesa de Algete. Y fíjate en este dato, querida Alicia —bajé inconscientemente la voz—: Pese a que trataron por todos los medios de ocultarlo, la primera mujer, Joaquina María de los Desamparados de la Cerda y Cernesio, falleció de un repentino ataque de porfiria al poco de contraer matrimonio. La encontraron al pie de su cama, con la piel llena de erupciones y ampollas. Llevaba puesto el collar. Y así es como este pasa al heredero, Nicolás Osorio y Zayas, marido de nuestra querida Inés..., que llora el suicidio de su hermana pequeña.

—Calla, no digas más. —Alicia puso una mano alarmada en mi boca. Sus ojos brillaban con estupor y desasosiego.

Parecía en verdad asustada por mis revelaciones y yo tuve miedo de que quizá había llevado demasiado lejos mis pesquisas, hasta sembrar el temor en mi querida Alicia, a quien nunca había visto tan frágil y temerosa, como una niña. Besé sus dedos con devoción sin que ella me lo impidiera y hubiera seguido así por toda la eternidad de no ser porque fuimos interrumpidos por una chiquilla a quien tardé en reconocer como la hija de María Díaz, la dueña de la casa donde se alojaba Borrow.

La chicuela jadeaba tomada de la mano del patrón del café, que la había llevado hasta nosotros ante sus alarmados requerimientos.

—Don *Enrique* —me dijo castellanizando mi nombre—. Me envía mi madre. Se han llevado preso a don Jorgito. ¡Está en la cárcel de Corte!

Y me tendió una nota de puño y letra del propio Borrow.

Don Ricardo Oliveros se atusó el fino bigotillo y se colocó mejor los quevedos con aire docto, más bien flemático, como si todo lo que se contaba en el viejo mentidero, apenas le interesara. El mentidero estaba conformado por una serie de covachuelas que se alzaban a los pies del convento de San Felipe el Real, entre la calle Mayor y Esparteros, donde, en medio de la

barahúnda de comerciantes y pregoneros, se acercaban los desocupados para comentar noticias, intercambiar maledicencias y prodigarse en habladurías.

El caso es que a don Ricardo no parecía importarle realmente la charla de sus compañeros, como si se hubiese sentado entre ellos, allí en las gradas de San Felipe, por pura indolencia. De manera que desdobló pulcramente su *Eco del Comercio* y miró de reojo al zagal que lustraba con ahínco el botín de buena piel.

—Que me pueda peinar viéndome en él, Gacetilla —exigió al mozuelo.

Luego se volvió a Paquito Castro y a don Jerónimo Iturriaga. El primero era un zapatero remendón que alquilaba un cuarto en la travesía de la Comadre y el segundo un cesante del Ministerio de Fomento que había peleado en el año ocho contra los franceses. Desde entonces, decía encogiéndose de hombros, echaba en falta una pierna. Y al decirlo mostraba la pernera desarbolada como si hubiese despistado un objeto de poca importancia. Todos le reían aquella gracieta. Todos, menos el envarado Oliveros, que era funcionario de Patrimonio Nacional y solía dejarse caer por el mentidero aquel muy de vez en cuando y a media mañana. Completaban la improvisada tertulia Manuel Luna, un honrado y pacífico comerciante de encajes y Abelardo *el Manco*, quincallero asturiano avecindado en Madrid desde hacía años. Pero hoy no había aparecido aún ninguno de estos dos últimos, de manera que Oliveros aceptaba con estoicismo los gruñidos del zapatero y las pomposas disquisiciones del cesante de Fomento.

—Pues como le iba diciendo, don Ricardo —prosiguió Iturriaga al verse al fin objeto de atención de Oliveros—. Hay tal zarabanda en la Villa a causa de los robos de este Candelas que pagan justos por pecadores.

Luego soltó un escupitajo que por poco y no cayó en el zapato recién lustrado del otro, murmuró unas disculpas y continuó explicando que los alguaciles iban y venían por Madrid arresando a quien les daba la gana, sí señor, pidiendo pasaportes y documentos no sólo en las cercanías de las postas, sino también en la Cava Baja, donde los comerciantes que venían de El Pardo o San Martín de Valdeiglesias se veían en aprietos de no llevarlos consigo. Y en el portillo de Gilimón, ¡cuándo se había visto! E irrumpían en las tabernas a patadas y porrazos, y tiraban de los pelos a las majas, y partían los dientes de quien se atreviera a increparlos. Las cárceles hervían de inocentes. Hasta había caído ese inglés tan simpático que se tomaba su

horchata allí mismo, en Lorencini...

Iturriaga se abanicó con su ejemplar de *La Abeja*, ofuscado por el atropello que cometía la policía sin que a nadie pareciera importarle nada, no señor.

—Hijos de puta —dijo por lo bajo Paquito Castro.

La otra noche habían abusado de su hija menor, la Dolores, murmuró mirando al suelo. La cercaron cuando venía de casa de una amiga en Lavapiés. Eran cuatro. Alguaciles. Llegó llorando y con el vestido rasgado, la pobre. Oliveros e Iturriaga cambiaron rápidas miradas de inteligencia porque a la Dolores la conocía medio Madrid... y el otro medio se acostaba con ella por unos pocos duros. Lo más probable es que hubiera estado en uno de esos muchos saraos a los que le gustaba asistir o en la pradera, retozando con algún mozo de su gusto. Pero no dijeron nada. Oliveros volvió a su periódico e Iturriaga lanzó un bufido protocolar de condolencia por lo que decía el remendón. Luego volvió a lanzarse con entusiasmo en las turbulentas aguas de su relato: una pena que el país se vea en tal clima de desafección, sí señor. ¿Acaso no estaba la policía para defender a los súbditos del reino de los delincuentes y rufianes de toda laya? ¿Cómo era entonces posible que fueran aquellos y no estos quienes acabaran con las cabezas abiertas, estos y no aquellos quienes dieran con sus huesos en la cárcel o, como decía Paquito, con la honra de las madrileñas manchadas impunemente por la brutalidad policial? No, si al final uno terminaba por pensar que el carlismo sería la solución, porque si no, que se fijaran en este Gobierno improvisado de Mendizábal.

—Tiene usted toda la razón, don Jerónimo —apaciguó Ricardo Oliveros poniendo el otro botín bajo los trapos del Gacetilla—. Pero al final ese tal Candelas es más escurridizo que el demonio. Cómo no lo prenden y lo llevan a la horca de una buena vez...

—Tal se diría que se lo lleva en volandas la monja esa, sor Patrocinio, la de las llagas... —masculló este.

—Nadie entiende —terció el zapatero remendón encendiendo una tagarnina—. O está compinchado con la Secreta o es el propio Gobierno quien lo protege. Al fin y al cabo, roba a los que se manifiestan carlistas. ¡Y vaya golpes!

Ricardo Oliveros lo miró de reojo y consultó su reloj como si de pronto se

hubiese acordado de una cita urgente. Pero más bien dijo que no creía ni una cosa ni la otra, que la policía había caído en el descrédito total por su absoluta incapacidad para dar con el caco y era el hazmerreír de todo Madrid. Y en cuanto a la protección del Gobierno, no sabía él, pero le parecía algo descabellado. ¿Robar a los carlistas con tanto aparato en lugar de despojarlos de tierras y patrimonio, como se decía que iba a hacer Mendizábal en breve con las órdenes religiosas? Meneó la cabeza gravemente, como el maestro que se ve obligado a suspender a un alumno: no, aquello era pura incompetencia. ¿Cuál había sido el último golpe?, preguntó sin transición, llevándose dos dedos a la sien, arrugando el entrecejo en un esfuerzo de concentración. Luego volvió a menear la cabeza desalentado, incapaz de recordar. El funcionario de Patrimonio tenía una melena *byronianaque* cuidaba con esmero.

—La casa de doña Jacoba Zahón, la diamantista. —El que habló fue el lustrabotas, que volvió a agachar la cabeza como para ocultarla del pescozón con que amenazó Iturriaga.

—¡Pillastre del demonio, yo te voy a enseñar a meterte en conversaciones de mayores!

El cesante del ministerio casi pierde el equilibrio al hacer el gesto de furia y Oliveros medio atajó el golpe, medio lo contuvo para que no cayera.

—Don Jerónimo, deje que cuente el Gacetilla, que por algo le apodan así.

Y le guiñó un ojo al chico. Este tendría once o doce años, unos bracitos como de alambre y vestía unos harapos que parecían de su hermano mayor. Se ganaba unos pocos maravedíes dando lustre a los zapatos de quienes se acercaban a las covachuelas del mentidero cercano a Sol, hacía recados para quien lo necesitase y si no estaba acuclillado frente a un par de botines andaba siempre corriendo de un lado a otro. Por eso algunos, como Ricardo Oliveros, entendían que aquel apodo, Gacetilla, hacía honor a las muchas noticias que llevaba y traía para quienes sabían ser generosos y con quien intercambiaba miradas de inteligencia y complicidad. Como ahora.

—El robo fue hace un par de días pero la policía no ha querido que se sepa nada. Hasta han evitado que los periodistas escriban ni una línea, so pena de cerrarles la imprenta —recitó como de carrerilla el lustrabotas—. Dicen que Candelas debió de entrar por la chimenea, ya que doña Jacoba tiene tapiadas las ventanas exteriores, las que dan a la calle de los Milaneses,

y que nadie lo vio, que el criado maltés de la diamantista fue drogado con un filtro que este puso en el agua previamente porque amaneció profundamente dormido. Al parecer se ha llevado un buen puñado de esmeraldas, aljófara de primera, topacios, una docena de turquesas de roca vieja...

—¡Mirad el pillo! ¡Habla como un perista experimentado y con tanto detalle! — Paquito Castro acercó mucho su rostro cetrino al del chico—. No serás tú el ladrón, ¿eh? ¡Que te llevo ya mismo a donde los alguaciles!

La mandíbula del Gacetilla se desencajó, dejó caer el trapo inmundo, apenas pudo tartamudear que no, señor, mirando desesperado a Oliveros.

—¡Venga, ya Paquito! —Chasqueó la lengua Ricardo Oliveros—. Deja de molestar al chiquillo, que sólo nos está contando lo que ni tú ni yo sabemos, diantre.

Y diciendo esto le dejó una moneda al lustrabotas, luego de pasarle una mano por la cabeza de pelambreira como estopa, venga, que siguiera contando, dijo acomodándose mejor, como si fuese a escuchar un cuento divertido. Una vez que el mozuelo, mirando a unos y a otros, pareció tranquilizarse, prosiguió vacilante:

—No sé mucho más, don Ricardo —sonó débil la voz del Gacetilla—. Sólo que en esta ocasión no encontraron ningún guante negro.

—¡Toma! ¿Y por qué habría de haberlo? —Arqueó las cejas, Iturriaga.

Los ojos diminutos y alarmados del Gacetilla parecieron buscar la anuencia de Oliveros para contestar.

—Pues... porque doña Jacoba es conocida liberal. Dicen que tiene magnífico trato con Mendizábal y que le presta servicios más bien secretos.

—¿Pero no se supone que esos golpes de altos vuelos eran contra los carlistas?

Iturriaga se quedó mirando al chiquillo con una expresión bobalicona y absorta, incapaz de decir nada, lo mismo que Paquito Castro.

—¡Ya nadie entiende nada! —Se encogió de hombros este último y volvió a su periódico.

La Puerta del Sol hervía de gente y de carruajes cuyo paso apresurado levantaba una gran polvareda de la calle. Oliveros puso otra moneda en la mano sucia del Gacetilla y anunció, mientras doblaba su periódico con la misma pulcritud con la que lo había desdoblado una hora antes:

—Señores, me retiro. —Se miró el brillo de los zapatos—. Que pasen ustedes un buen día.

Y se marchó sorteando los tenderetes de baratijas instalados en donde los vendedores voceaban sus jabones, estropajos, juguetes, cestas de mimbre y cacharros de toda clase. Lacayos, vinateros, heladores, arrieros, cesantes, criadas..., todos intentaban esquivar a los caleseros valencianos, a los buhoneros andaluces que anunciaban a todo pulmón sus productos, a los aguadores asturianos vestidos con muletón y montera de piel, que se arracimaban en torno a las fuentes y hablaban con su fuerte acento, dándose libidinosos codazos cuando pasaba un elegante cardumen de jóvenes damas, riendo bajo la severidad de sus mantones. Ricardo Oliveros no es ajeno a esta eclosión femenina, pero apresura el paso y las observa calibrando que van de seguro camino a la *misa ligera* que se daba en Nuestra Señora de las Victorias, convento ya tan viejo y apollado que se decía que la famosa desamortización del ministro Mendizábal se lo cargaría como primera víctima. Qué se le iba a hacer, meneó la cabeza Oliveros caminando hacia Arenal donde también hormigueaba el gentío que parece no tener otro destino que Sol, pero luego, al girar por la plaza de Celenque todo parecía repentinamente abandonado. El agente de Patrimonio apuró el paso murmurando entre dientes, como para sí, rumiando pensativo lo que tenía que hacer, satisfecho de lo que había oído de aquel granuja del Gacetilla. Si por escuchar lo que el pillo sabía tenía que aguantarse a los mamones de Iturriaga y Paquito Castro, bien empleado el esfuerzo, se dijo. Rápidamente alcanzó la calle de la Misericordia: allí estaba la Mariblanca, recién trasladada desde la Puerta del Sol, húmeda y melancólica, inmune al paso del tiempo, rodeada de aguateros con sus cubos, adormecidos con el zumbar de quienes acudían al Monte de Piedad que tenía su sede enfrente del convento de las Descalzas. Por allí cruzó Oliveros a buen paso y se introdujo con sigilo en un decrepito edificio que hace esquina entre las calles de Capellanes y Misericordia, pegado al monasterio. Se trata de un edificio constelado de grandes desconchaduras y piso bajo de rejas. Arriba del principal y el segundo, con balconillos coquetos pero más pequeños que los del primero, se alzaban las buhardillas, de cristales entre sucios y verdosos. Hasta allí subió Oliveros procurando no hacer ruido alguno, sobre todo para no tener que saludar al dueño, Tomás Manso, que tenía el bajo dedicado a almacenes de sal y era

indigesto, florido y ripioso hasta en su conversación. Abrió la puertucha de su tabuco y contempló la techumbre madrileña como arrebatado por la nostalgia. No supo por qué pero de inmediato fue asaltado por una jauría de imágenes pretéritas. Recordó a Manuela, recordó su paso por la prisión de Málaga, la inmundicia de la cárcel de Corte: «Dormir bajo las alas del ángel», vaya eufemismo, se dijo con asco. Recordó el Saladero, la putrefacción de las heridas no curadas, los gritos de quienes enloquecían allí, los sodomitas violando a los chavales, el tormento de las pulgas y los chinches. Y se la estaba jugando nuevamente, porque el robo en casa de la diamantista había sido perfecto. La policía no encontró huellas, tan solo al pobre criado maltés todavía dormido pesadamente y a Jacoba Zahón —a esta le puso menos *carga* en la bebida— fuera de sí ante la caja de caudales reventada y sus bolsitas de perlas vacías. Saqueadas, más bien.

Se quitó aliviado la peluca que le daba calor e irritante comezón. Sentado en la cama empezó a despojarse de la levita de solapas altas y botones, de los pantalones verdes, de la camisa y la corbata. Se miró en el espejito que tenía colgado de la pared y terminó de desmaquillarse hasta reconocer nuevamente, y casi con alivio, su rostro de siempre, la nariz de aletas anchas, la mandíbula poderosa. Ahora habría que esperar. Todo estaba listo para el verdadero gran golpe.

Gloucester Road, Londres, 1886

Es necesario aquí hacer un alto en el orden cronológico de mi relato para explicar que mi primer y súbito sobresalto respecto a la encarcelación de don Jorgito tenía gran fundamento y estaba relacionado con su actividad como agente de la Sociedad Bíblica Británica, más concretamente con su interés en publicar una Biblia protestante en el territorio papista por excelencia. Sí, la España de ese momento convulso en que el Gobierno cristino peleaba cada vez con menos fuerza contras las huestes carlistas que pretendían arrojar al país al oscurantismo más profundo y al inmovilismo histórico. George Borrow —de quien a día de hoy no estoy seguro de si era verdaderamente un creyente protestante o simplemente utilizaba esa condición para viajar por el

ancho mundo— cumplía no obstante a cabalidad con su papel de difusor de la palabra del Señor, en los términos prácticos que su trabajo requería: promoviendo la lectura de dicha Biblia, sin comentarios ni notas de los *padres de la Iglesia*, que era como únicamente se conseguía en España el Sagrado Libro hasta ese momento. Y a esta labor se había entregado en cuerpo y alma desde que puso pie en tierras ibéricas, como refiere en su libro de gran éxito, *La Biblia en España*. Primero con su traducción del Nuevo Testamento al idioma de los gitanos, actividad que él mismo acometió, y después con la traducción al vascuence, para lo que se pondría en contacto con un tal señor Oteiza mucho más adelante. Algunos meses antes de que arrestaran por primera vez a mi amigo, yo había sido advertido por mi primo Pedro y por los contertulios del Café del Príncipe de que la insistencia de Borrow en buscar imprenta para su Nuevo Testamento empezaba a incomodar a ciertos canónigos, a cuyos oídos habían llegado las gestiones de Borrow en el propio seno del Gobierno, gracias a algunas amistades granjeadas aquí y allá. Pero no sería sino hasta mediados del año siguiente de lo que refiero en estos pliegos que se vería preso por este motivo. Concretamente, acusado de brujería y *gitanismo*. Es decir, de atentar contra la Santa Iglesia Católica, esparciendo el veneno protestante debidamente disimulado en la jerigonza caló.

Y me es imprescindible contar cómo ocurrió, asunto de lo que me enteraría por una carta suya, pues yo para entonces ya me aprestaba a salir de España y él acaba de entrar nuevamente al país, muy campante y dispuesto a seguir con sus actividades. Nada me dijo porque pese a que se presentara con su verdadero pasaporte, prefería «mantenerse en las sombras y no enredar en sus asuntos a quienes tan bien se habían portado con él». Los acontecimientos de la sargentada que puso en jaque al Gobierno de Cristina a mediados de 1836 y la severa desamortización que inició Mendizábal poco después hizo que mis primos y muchos otros partieran del país. Y yo con ellos, ¡sin tener idea de que don Jorgito había regresado!

Aunque ya mi querida María Buschental me había puesto al corriente, me enteré mucho después y con más detalle de todas estas peripecias que paso a referir, gracias a la hermosa y divertida carta que finalmente mi querido amigo Borrow me remitiera a mis señas en Londres, tiempo después. En ella me preguntaba por mis asuntos sentimentales con Alicia de Cisneros,

recordaba gratamente su apoyo y el de la propia María, cuando su primera «y animada visita a la cárcel», y pasaba a explicarme cómo era que había conseguido publicar su famosa Biblia en caló, que de inmediato empezó a vender en un despacho de la calle Carretas, sin sospechar —o quizá sí...— que ello haría que diera nuevamente con sus británicos y protestantes huesos en la cárcel. Pero vayamos en orden.

En la primavera de 1836, don Jorgito había logrado que el embajador Villiers le diera una carta de recomendación para el señor Álvarez Mendizábal, todavía por esos días presidente del Consejo de Ministros, y luego de innumerables visitas consiguió que este lo derivara a quien por entonces era el ministro de Asuntos Interiores, el duque de Rivas, que además tenía gran amistad con mis primos. Ninguno de los dos mostró particular suspicacia con respecto a la eventual publicación del libro y, gracias a la buenas gestiones del embajador Villiers y del escritor Alcalá Galiano, para quien don Jorgito no tenía más que buenas palabras, pudo entrar a lo que podríamos considerar la recta final de su empeño. El duque de Rivas lo atendió de inmediato en su despacho, nada pomposo aunque algo frío. Por ese entonces rasparía este duque los cuarenta años y, pese a su fama bien ganada de literato de éxito, era tímido pero muy dispuesto. Después de intercambiar amabilidades con Borrow y al enterarse de su propósito le dijo que no había problema, que su secretario «haría su gusto».

Lo que sigue, me contaba Borrow en aquella carta que guardo con enorme cariño, es un episodio tan profundamente español como aquel que escribió el malogrado Larra muchos años antes sobre la pereza y la procrastinación de las gentes de este país, titulado con mucho acierto *Vuelva usted mañana*.

Resultó pues que este secretario, un aragonés de nombre Oliván, opuso tan sutil como fiero obstáculo a permitir que saliera de imprenta el Nuevo Testamento alegando que el Concilio de Trento prohibía expresamente la publicación de la Biblia sin las respectivas e ineludibles notas de la Iglesia. Naturalmente no fue así de brusco, insistía mi amigo en su deliciosa carta, sino más bien *empeñosamente burocrático*. Borrow, acostumbrado a sortear dificultades mayores —o eso él creía hasta entonces—, no se desanimó y volvió a solicitar audiencia con el embajador Villiers y a reunirse con su buen amigo Alcalá Galiano para que a su vez estos insistieran en hablar con el

ministro de Asuntos Interiores a quien le remitieron con el propio don Jorgito sendas cartas de recomendación. Rivas estuvo aún más amable que la primera vez, me explicaba Borrow, y sin mayores dilaciones lo remitió nuevamente al inefable secretario Oliván. Este lo recibió con «frialdad glacial», tomó la carta del ministro Villiers, la estudió un buen rato, murmuró que evidentemente su excelencia había tomado «genuino interés en el asunto» y después de preguntarle por enésima vez su nombre, se sentó a redactar el permiso para Borrow, quien se frotaba las manos de contento. No era para menos, pues entre una charla y otra, entre una carta y la de más allá habían transcurrido algunos meses. «Seguramente usted recordará muy bien lo que le cuento, pues todavía se encontraba usted en Madrid, poco antes de los acontecimientos aciagos de La Granja, cuando aquellos miserables sargentos insurrectos arrojaron a una peligrosa crisis al Gobierno de su majestad, la reina gobernadora».

En efecto, el clima político de aquellos días estaba por demás enrarecido y no eran pocos los que pedían la cabeza de Mendizábal, entre ellos quienes habían sido sus más fervientes partidarios y amigos, como Paco Istúriz, quien le sucedió brevemente en la presidencia del Consejo de Ministros. Nadie pues parecía tener mucho tiempo para las excentricidades y empeños de un protestante inglés que quería imprimir una Biblia en el maldito idioma de los gitanos. De manera que cuando Borrow se disponía a recibir la anhelada autorización que Oliván empezaba —o eso parecía— a escribir para él, no se podía creer su suerte. «Hice bien en no creérmelo, amigo mío», me explicaba, no sin cierta sorna. Porque el secretario de pronto se detuvo, alzó la cabeza, pareció reflexionar un momento y poniéndose la pluma detrás de la oreja dijo: «Entre los decretos del Concilio de Trento se cuenta uno que no permite...». «¡Oh, no!», se dijo mi amigo, llevándose las manos a la cabeza.

Finalmente, sin la autorización oficial, negada por aquel tozudo aragonés, hubo de esperar Borrow a que situaciones más propicias lo pusieran nuevamente en capacidad de lograr el bendito permiso. Fue algunos meses después, con el flamante nuevo ministro de Gobierno, don Francisco Javier Istúriz, con quien por fin pudo lograr algo parecido a una licencia para que su Nuevo Testamento viera por fin la luz.

Al parecer, al revés de lo que le ocurrió en el despacho de Mendizábal, en esta ocasión Borrow no hubo de esperar por audiencia largas horas ni

explicar a varios ordenanzas y secretarios quién era y cuál el motivo de su visita. El portero lo hizo pasar de inmediato. El despacho de Istúriz también era muy distinto al de quien fuera su antecesor y ahora encarnizado enemigo: un remanso de tranquilidad y silencio, sin gente correteando de un lado para otro. Istúriz se mostró dúctil y razonable con Borrow, le explicó que no veía por qué no podía publicarse la Biblia sin notas, tal como ocurría en Inglaterra, país que conocía bastante bien, donde había vivido un tiempo y que admiraba sin reserva, como muchos otros españoles que tuvieron que pasar su exilio en Londres. Sin embargo todo se fue al traste, porque el referido motín de los sargentos en La Granja desestabilizó al Gobierno y dejó a Borrow nuevamente en la casilla de salida. Fue el embajador Villiers quien le aconsejó que publicara su Nuevo Testamento sin más dilaciones, puesto que había obtenido de Istúriz anuencia verbal, y que él era testigo de la promesa que le hicieron los ministros anteriores. Y que si alguien pretendía interrumpirle en sus loables afanes, no tenía más que dirigirse a él.

«Tres meses más tarde salía una tirada de cinco mil ejemplares del establecimiento del señor Borrego, mi querido amigo. Usted hacía un tiempo que ya no estaba en Madrid y yo había regresado con muchas prevenciones después de mi forzado *exilio*, exilio en el que usted tuvo mucho que ver», recordaba Borrow en su carta. Así pues, el propio don Jorgito se encargó de distribuirlo y llevarlo de provincia en provincia, pues apenas confiaba en la buena agencia de los distribuidores en España. A su vuelta a la capital recibió la desagradable noticia de que era acusado de brujería y de estar en connivencia con los gitanos para difundir la palabra del demonio.

Don Jorgito decidió no ponérselo fácil al alguacil y se instaló muy tranquilamente en la fonda de Genieys, a donde llegó su amiga y hasta ese momento hospedera —la proverbial María López— para decirle que el alcalde de barrio y gran número de alguaciles lo estaban buscando. Finalmente dieron con él, conduciéndolo de inmediato a la cárcel. Borrow puso de inmediato conocimiento de los hechos al embajador Villiers y este no cejó en dos empeños, a saber: sacarlo de la cárcel, primero, y después protestar enérgicamente por las condiciones absolutamente abusivas e ilegales en que había sido encarcelado mi amigo por segunda vez (aunque, como ya se verá, la primera vez con otro nombre). Para Villiers estaba claro que detrás de aquella orden dictada por el en ese entonces presidente del

Consejo de Ministros, Narciso Heredia, el conde de Ofalia, había un claro afán de hacerle daño a él, Villiers, por su supuesta connivencia con el defenestrado Mendizábal y los insurrectos de La Granja. A Borrow, aquella segunda estancia no le amilanó, según terminaba su carta: antes bien, le encantó. ¿Por qué? ¡Porque así podía estar nuevamente en contacto con el argot carcelario que tanto le intrigaba! Este era George Borrow, personaje sin igual de aquellos años que aún añoro y cuyos recuerdos guardo con celo y cariño.

Pero ya digo, todo esto aún no había ocurrido cuando la hija de la hospedera de la calle de Santiago fue a darme la noticia de que habían encarcelado al agente de la Sociedad Bíblica, encontrándome yo con Alicia de Cisneros en Lorencini. Las razones eran otras que las de su Biblia. Y quizá más preocupantes, como pronto averiguaría.

El duque contempló los lengüetazos azules y repentinamente rojizos del fuego, su sinuosa danza amenazante, el crepitar de los leños foscos, convertidos poco a poco en carbón. Sí, debía reconocerlo: el robo en casa de la diamantista había sido una impecablemente bien ejecutada pieza del latrocinio, bastante más osada que otras anteriores, se dijo Osuna mirando ahora el interior de su copa, antes de vaciarla de un trago. Luego se limpió una gota de licor que resbaló por su barbilla casi con un manotazo y miró de reojo. El maestro Peñuelas fingía revisar el lote de libros que había llegado esa semana de Londres y sus manos de orfebre colocaban los volúmenes sobre una mesa grande, en ordenados montículos donde esperaban para ser definitivamente depositados en sus estantes.

En aquel momento, refugiado en su biblioteca, contemplando el fuego ya sin rumor de la chimenea, Pedro Osuna empezó a barruntar que más bien Candelas quería jugar con la confusión de la aturullada policía y con la de todos quienes seguían esos audaces golpes que estremecían la Villa y Corte de tanto en tanto y que ahora cobraban un nuevo giro, como deslizándose sinuosamente hacia otro rumbo.

Ya nadie sabía qué opinar y las teorías que unos y otros esgrimían en salones, fiestas y tertulias, hasta convertirse en una batahola afiebrada de suposiciones e hipótesis más o menos descabelladas, terminaron por silenciarse frente a este nuevo robo, pues se alejaba por completo de la pauta

seguida escrupulosamente hasta entonces. La idea que se había abierto paso de manera natural hasta ese momento (y que ganó ingentes adeptos) era la de que se trataba de dos ladrones, uno más enigmático y complejo que el otro. Aquel dejaba un guante negro como orgullosa prueba de su robo y este no; el segundo se limitaba a desvalijar incautos y a cometer pillerías ingeniosas pero mucho menos arriesgadas y, sobre todo, sin connotación política alguna. Uno, pues, era un ladrón de clase, decían, decididamente liberal, ya que robaba a los carlistas y a quienes se sospechaba que eran aunque sea tibiamente favorables al infante Carlos, y el otro un ladrón de prima noche, un rufo de Lavapiés que comandaba una banda de toscos criminales. Este era Candelas y aquel un misterioso cristino. Así lo tenían más o menos claro todos... hasta este último robo.

Porque hasta el asalto a la «fortaleza» de la diamantista, pocos dudaron de este hecho y simplemente conjeturaban sobre la identidad del enigmático ladrón del guante negro. Pero ahora todos parecían recelar de tal convencimiento; antes bien, muchos se inclinaban a volver a la idea original que levantó las primeras especulaciones sobre los robos que asolaban Madrid con alarmante frecuencia y sin que la policía pudiera hacer nada para evitarlo: que Candelas era también el ladrón del guante negro. Simplemente jugaba a su antojo con la expectativa de quienes seguían sus intrepideces. Pero parecía que la destinataria principal de su juego y burla era la policía madrileña.

Nadie pues, cuando la noticia se esparció por la capital impregnándolo todo con la pólvora de la sorpresa, quiso creérselo. Jacoba Zahón, la vieja diamantista, la viuda del famoso Negretti, la que tenía su casa en la calle de los Milanese desde que llegara a Madrid hacía una ristra de años, la protegida de la reina Cristina y la que se rumoreaba en componendas con Mendizábal, la abiertamente liberal, había sido desplumada en su propia casa, sin trabuco, *chaira* o siquiera mínima amenaza. Ni un susto del que reponerse más que el de la consternación al abrir los cajones y armarios para encontrarlos vacíos..., al menos como dijo al principio. Porque en su declaración la comerciante había incurrido en alguna que otra contradicción que atizó las suspicacias de los alguaciles respecto a lo sucedido. Y tuvo que confesar, llena de azoro y humillación, que el robo ocurrió porque, vencida por el incómodo peso de su propia ambición, descuidó de manera imperdonable los principios más elementales que la cautela exigía, sobre todo

en una mujer como ella, que se jactaba de no haber sido víctima de un solo engaño o robo en todos sus años de comerciante. ¿Qué había pasado? A grandes rasgos, y tal como se enteró el duque, la diamantista permitió la entrada de un desconocido a su casa —donde la Zahón comercia con sus piedras y perlas desde que cerrara su despacho de la calle de la Reina— porque un chiquillo se le había acercado a media mañana con una nota de su colega Sánchez Pescador, el joyero de la calle Fuencarral, donde este le rogaba que por favor atendiera a un distinguido cliente suyo cuya demanda él no podía satisfacer en ese momento. El tal señor, un rico comerciante asturiano afincando mucho tiempo en París, quería ver algunas de las valiosas joyas que Sánchez Pescador sabía que la viuda de Zahón contaba entre su género. Aunque la mujer al principio desconfió del chiquillo, pues resultaba emisario extraño para Sánchez Pescador, aceptó, terminando por disolverse cualquier resistencia de su parte cuando el zagal agregó que traía además un encargo del diamantista, a saber: con el ruego de que su taller lo reparase, ponía en sus manos una joyita que ella conocía muy bien, pues había pertenecido a una buena clienta suya, la duquesa de Berry, según explicó la atribulada mujer a la policía. Se trataba de un joyel de los que se usaban antiguamente en los peinados *Pompadour* reconvertido en alfiler de pecho, confeccionado con una esmeralda hialina del Perú y un cerco de dieciocho brillantes finísimos. No le cabía pues duda en ese momento a la Zahón de que se trataba de un encargo cierto. Y aunque en otro momento hubiera hecho ir a su criado a hablar con Sánchez Pescador respecto a la veracidad de dicha encomienda, el tiempo al parecer apremiaba pues el tal señor requería con mucho énfasis que la cita fuera en menos de una hora, ya que él despachaba urgentes asuntos en la capital que le retendrían toda la tarde y gran parte de la noche. Y que si ella no podía atenderlo, él entendería, naturalmente, pero sería una pena no poder hacerle sus encargos pues marchaba de Madrid al día siguiente. ¡Había tomado habitaciones en Genieys, nada menos! No estaban los tiempos para desdeñar un posible negocio así como así, no señor. De manera que Jacoba Zahón encargó con el mismo chiquillo que fuera a indicarle al asturiano que sí, que gustosa lo recibiría después de la comida. El cliente, un hombre muy canoso, bigotillo a la moda y elegantemente vestido, apareció a la hora indicada y con una botella de un licor dulce, delicioso y azul, un obsequio por haber aceptado recibirlo a horas tan intempestivas. Así que la mujer, que apenas tenía costumbre de beber, y mucho menos mientras

trabajaba, se vio obligada —según explicó a la policía— no sólo a recibir el regalo, sino a servir un par de copitas como indicaban las buenas costumbres. Después de todo, no era un crimen tomar un bajativo para ayudar a la digestión del recién finalizado almuerzo, se dijo. Así lo hicieron mientras ella le mostraba el género: diamantes, perlas, joyas, ¡abanicos finísimos!, explicaba la buena señora entre lágrimas. Y no se acuerda de nada más. Todo a partir de allí es un pozo profundo y oscuro, un vacío absoluto, una ausencia espantosa de la que no guarda el más mínimo recuerdo. Amaneció aturdida, al igual que su criado, y con la casa esquilmada. Huelga decir que Sánchez Pescador no tenía ni idea de quién era el tal individuo...

Osuna se imaginó sin esfuerzo la expresión del diamantista de la calle Fuencarral, humillado nuevamente porque habían utilizado su buen nombre para perpetrar otro robo. A nadie le cabía la menor duda de que se trataba de Candelas. En todo caso, no habían dejado ningún guante negro ni nada parecido. Sin rastros, pistas o indicios, para ser más exactos, y para desesperación de la policía que descargaba su frustración con un exceso de brutalidad y atropello que ya empezaba a tocarle las narices al quisquilloso habitante de Madrid, se dijo Osuna, atendiendo distraídamente las explicaciones que empezó a darle Peñuelas sobre el banquete navideño que ofrecían aquella noche. Su pierna estaba sensiblemente mejor y podría desenvolverse con facilidad. Pensó en su prima Encarnación, a quien veía tan afligida en los últimos tiempos, desde la repentina y prolongada ausencia del peruano. Y se juró evitar por todos los medios que el tema Candelas brotara por enésima vez en su palacio ahora que tenía todo aclarado y resuelto. Pero aquello fue una empresa imposible.

—¿Entonces pues, es solo un ladrón y no se trata de dos, ha sido siempre Candelas? —preguntó parpadeando con inocencia Mesonero Romanos nada más dejar sus guantes y sombrero en manos de un mozo de guardarropía, esa misma noche. El escritor venía realmente contrariado porque a último momento Alicia de Cisneros se había excusado de acompañarlo a este tradicional y opíparo banquete de Navidad. Una pena. Y diciendo esto se frotó las manos mirando hacia la bandeja rebosante de copas que llevaba un criado.

La pequeña celebración acababa de empezar y los convidados se desperdigaban con indolencia por los salones. No serían más de treinta y el

duque se aliviaba así de tener que recibir y contestar los tarjetones de agradecimiento que le hubieran dirigido los invitados de una gran cena al día siguiente. Había advertido a su selecto grupo de amigos que quedaban todos excusados de tan tediosa costumbre. Pero aunque fueran de número así de escaso, igual resultaban muy poco manejables en el tema de Candelas.

—No hay manera de atrapar a ese pillo —exclamó el marqués de las Amarillas meneando gravemente su hidalga cabeza.

—Así parece —tronó Pepe Carvajal, con las manos cruzadas tras la espalda y antes de que el duque de Osuna pudiese aliviar la charla con un comentario más trivial.

San Carlos, como era su costumbre, enarcó sus tupidas cejas de ogro y miró a los demás, severamente, él creía que ya era hora de apretarle las clavijas a esa miserable, señores. Que si guante, que si no guante, que si carlistas —«¡el diablo los confunda!»— y ahora liberales. Y en su voz tembló el diapasón del disgusto.

Para el dramático Larra —recién vuelto de Burdeos, perfumado para la ocasión como un verdadero elegante— aquello sólo demostraba la absoluta ineficacia de la policía del reino. «Una vergüenza en toda Europa, ni en la mismísima tierra de los iroqueses funcionaría todo tan mal como aquí, país de ladrones y envidiosos». Ojeroso, malhumorado, Larra se bebió de un trago la copa de vino y alguien murmuró al oído del duque: Está así desde que se enteró de la obra que estrena su supuesto amigo Bretón. *Me voy de Madrid*, dicen que se titula, intervino otro, y en ella aparece un vil personaje que a todos recuerda a Mariano. Larra no se lo perdonará jamás...

La cena, y sus hablillas, ya daba pues inicio y los criados fueron apareciendo con humeantes bandejas y jarras de vino que dispusieron en la larga mesa, entre los arreglos florales y los velones azules con el emblema ducal. Osuna se dirigió decidido donde Encarnación, cuyo semblante envuelto en un delicado halo de tristeza desdecía la sonrisa con la que pretendía disimular su estado de ánimo.

—Primo querido —dijo ella con una frágil voz de convaleciente, alargando una mano hacia la del duque, que la besó con devoción.

Un lacayo se apresuró en acomodar a Osuna en el centro de la mesa y todos sus invitados se sentaron. Encarnación, a su diestra, desplegaba con delicadeza su servilleta de hilo. El duque advirtió que estaba bastante más

delgada desde la última ocasión en que la había visto. La marquesa de Selva Alegre, sentada enfrente de ella y al lado de San Carlos, sopló el velamen de una charla liviana hacia Encarnación que la aceptó sin entusiasmo, abandonado todo esfuerzo por parecer despreocupada. Pedro de Osuna no sabía cómo aliviar el dolor de su prima, dolor del que se consideraba directo responsable. Pero ¿cómo pues participarle siquiera un pellizco de la verdad a la dulce Encarnación?

Por si fuera poco, Osuna no pudo dejar de advertir que Henry había estado toda la tarde como reconcomido por una honda agitación de la que sin embargo no dijo palabra alguna. Esa misma noche se había excusado de bajar a compartir la mesa con todo ellos, alegando una repentina indisposición. ¿Qué le ocurriría? Con un esfuerzo tremendo, el duque volvió su sonrisa hacia donde Puñonrostro, que explicaba algo sobre el voto de confianza que al parecer acababa de solicitar el ministro Mendizábal en el parlamento, aunque ya casi no tenía amigos allí, según escuchaba Osuna que decían otras voces, como muy lejanas y que seguían el hilo de esa conversación o se distraían escuchando la descabellada historia de aquella monja, sor Patrocinio, cuyas llagas se abrían, ofreciendo así sus dolores a Dios. «Y a la causa carlista también», dijo Perico Santiago, pues la dichosa monjita del convento del Caballero de Gracia tenía alborotados a los madrileños con sus invectivas contra la reina Cristina. Esta era «una mala mujer, poco digna de dirigir los destinos de la católica España» según el último mensaje que recibió la susodicha religiosa de nuestro mismísimo Señor. Había ya quien se encomendaba a ella para que ayudara a atrapar a Candelas, decía Mesonero con el rostro cincelado en el granito de la estupefacción, ¡vaya país de ígnaros! ¿Sería cierto que Olózaga la había cortejado tiempo atrás? ¿A quién? ¿A la religiosa?, se volvió sorprendida la marquesa de Selva Alegre, el tenedor detenido en el aire. Bah, Madrid se llenaba de habladurías por cualquier cosa, se encogió de hombros Mariano y bebió un sorbo largo de vino antes de atacar su *Soufflé Pierre-le-Grand*. Como la misma historia de ese vulgar ladronzuelo, dijo alguien allí al fondo de la mesa, que ya no saben qué inventarle para que parezca un héroe. Pero Osuna había decidido no escuchar nada más sobre Candelas. Ese era asunto de la policía y ya no suyo. Bebió un poco de su copa, aliviado de pensar así: «Ya no es asunto mío. Y que Dios lo confunda».

Gloucester Road, Londres, 1886

Nada más avisarme la niña de la casa de la calle Santiago, me incorporé de un salto, al igual que Alicia. Queríamos entender qué había pasado, cómo y desde cuándo estaba preso nuestro amigo, pero era inútil, ya que la pobre chiquilla únicamente sabía lo que nos había contado y nada más. Las pocas líneas que traía la nota de Borrow sólo agravaban la intriga, pues en ella me rogaba que si tenía a bien «visitarlo en su nueva aunque menos cómoda posada» no preguntara por él sino por un tal Edward Prescott. «Es vital, querido Henry, que siga esta única instrucción al pie de la letra —continuaba ya en inglés, más enigmático aún—. Excúseme que no le diga cómo he podido hacerle llegar esta nota hasta usted, pero es menester que guarde celosamente la identidad de mi contacto en el exterior».

De manera que, sin perder más tiempo, me puse el elegante *surtout* dispuesto a encaminarme a toda prisa por donde tantas veces había cruzado yo sin fijarme mucho y cuyas puertas daban a la plaza de Santa Cruz: la cárcel de Corte. ¡Cómo olvidar su hermosa fachada de ladrillo y granito, puesto que en tiempos fue construido para ser un palacio que albergaría la Sala de Alcaldes de Casa y Corte! Ahora el edificio principal era el llamado Palacio de la Audiencia y la parte trasera se destinaba a la cárcel en sí. Mas si por fuera el edificio conservaba el severo esplendor renacentista con que había sido concebido, coronado por un frontón de aletones, por dentro estaba siniestramente arborecido por un laberinto de pasadizos y pasillos estrechos, mal ventilados y pestilentes, donde se pudrían los presos. Y es que la dicha cárcel había crecido absorbiendo la que fuera la hospedería de los Padres del Salvador, y el nuevo edificio, por llamarlo de alguna manera, daba por ese lado a la calle de la Concepción Jerónima, donde se levantaban con esfuerzo algunas casuchas y a cuyos pies se apostaban unos ciegos con sus guitarras, dato este que considero importante consignar por lo que sucedería después. Me dicen que hoy es Ministerio de Ultramar y sabe Dios que no quisiera poner un pie allí si tuviera que volver a Madrid, cosa que a estas alturas de mi vida juzgo ya una quimera. Pero es el caso que en ese momento, cuando me

levanté de la mesa enfebrecido y olvidado por completo de mis investigaciones sobre la maldición del collar de los Balbases, yo apenas sabía nada de aquella lóbrega cárcel.

—Voy de inmediato para allá —le anuncié a Alicia.

—Primero tendrá que solicitar permiso de visita al capitán general o al alcaide mismo —intervino gravemente el patrón del café, que había oído todo.

Me volví a mirarlo, atontado. No atinaba a dar un paso. Por un momento pensé que debía dirigirme a la embajada inglesa, en la cercana calle de Alcalá, pero recordé que Mr. Villiers se hallaba de viaje y Mr. Brandon, su agregado adjunto, no era un individuo del todo servicial. Me había cogido ojeriza, creo yo, porque nada más llegar a Madrid y siendo más joven que él había sido recibido en los mejores salones y me codeaba con la *crème de la crème*, como se dice ahora. Él, en cambio, pese a sus modales de *lyon* y sus vestidos a la moda, a su barba rubicunda y sus gestos altaneros vivía en el segundo cuarto de una relativamente modesta casa de la calle del Florín y alguna vez me había visto pasar, retrepado cómodamente en la berlina color membrillo de mis primos, rumbo al teatro, a cuyas puertas él hacía cola como cualquier hijo de vecino. Todo esto pensé yo vertiginosamente, diciéndome que sin embargo no había tiempo que perder. Busqué la mirada de Alicia y me encontré sus ojos encendidos por la angustia.

—Te acompaño. Hablaremos con el alcaide —dijo al fin, con una resolución sin paliativos, envolviéndose en el echarpe que había dejado en la silla.

Salimos pues de Lorencini y nos encaminamos sin dilación hasta aquella cárcel que, según decían, hervía de conspiradores, carlistas, liberales, masones y gente inocente que se encontraba allí junto con los peores delincuentes y estafadores de la Villa. La bribia, de la que tanto me había hablado don Jorgito sin saber que terminaría allí, *durmiendo bajo el ángel*, o *bajo las alas del ángel*, como se decía en el Madrid de ese entonces. En el corazón de la inocente y querubinesca frase se escondía una ramplona e infame alusión arquitectónica, pues el edificio estaba coronado en su fachada por un ángel. No sería la única ironía por descubrir esos días. Atravesamos toda la calle del Correo y en pocos minutos desembocamos en la plaza de la Provincia, con su bella fuente de Orfeo, donde se apostaban unos aguadores

esperando a las criadas que venían a darles charla y pagar unos maravedíes por un cubo de agua fresca.

—Pero... ¿qué habrá ocurrido? —atiné finalmente a decir, aunque en inglés, como me lo hizo notar Alicia.

—Será mejor que a esta gente le hables en tu mejor castellano, Henry.

Llegamos. Un portero que paseaba de un lado a otro de la puerta y que llevaba una casaca veteada de suciedad y caspa me calibró de arriba abajo. Luego se volvió y moviendo apreciativo la cabeza inspeccionó libidinosamente a Alicia. En otro momento y otras circunstancias no hubiera dudado en abofetear a aquel majadero pero contuve el reflujo de sangre que me subió a la cabeza. «El alcaide», dijo con decisión Alicia y el portero nos indicó la oficina: «Allí, en el primer piso», e hizo un gesto con el cigarrillo. Subimos por unas escaleras añosas y que parecían amenazar con venirse abajo en cualquier momento. Al llegar a aquella planta tuvimos que acostumbrar nuestros ojos a la oscuridad del pasillo de donde provenían voces ásperas y perdularias.

El edificio era oscuro, frío y pestilente. Costaba respirar. Por fin dimos con el despachito del alcaide, que era un individuo muy alto y flaco, de singular afeitado y ojos salaces. Pese a ello, tenía un aire decididamente bovino, pensé. Este era un gran bribón, según supimos después, que explotaba y hacía sufrir innecesariamente a los presos. Fue en tiempos lego en un convento y tambor en una partida realista. Nos estudió con abierto desdén, como preguntándose qué diantre hacía allí un rubicundo inglesito atildado y elegante, y una bella española que se notaba a cuatro leguas que era de clase por demás acomodada. Le explicamos con naturalidad y aplomo que veníamos a ver al súbdito británico Edward Prescott, apresado días atrás. Sin dejar de mirarnos hizo aparecer ante nuestra vista un cuaderno voluminoso que depositó sobre su mesa de manera indolente, levantando una nube de polvo. Pasó entonces un índice dubitativo por las páginas, muy despacio. Se demoró a conciencia y con evidente ánimo de provocar, pues dudo seriamente que hubiese muchos ingleses en aquella cárcel. Al fin volvió sus ojos inquisitivos hacia nosotros y preguntó:

—¿Quién lo busca?

—Henry Benedict FitzRoy Somerset, duque de Beaufort, secretario del ministro Villiers, embajador de su majestad el rey Guillermo IV en Madrid

—dije yo, avanzando un paso hacia el funcionario—. El embajador ha preferido que sea yo quien venga a ver al señor Prescott porque en este momento él debe de estar ya pidiéndole explicaciones al primer ministro, Álvarez Mendizábal.

Alicia me miró de reojo y pude sorprender la incredulidad en su mirada. Recuerdo que me temblaban las rodillas, no sé si de indignación por el atropello cometido contra mi amigo o por lo resuelto de mi improvisada mentira. En todo caso, pude advertir con satisfacción que el semblante del alcaide experimentó un sutil cambio, como si una nube hubiera oscurecido momentáneamente su insolente prepotencia.

—Imagino que desea usted visitarlo, señor secretario...

—Sobre todo saber de qué se le acusa. ¡Exijo saber de qué se le acusa!

Esta vez mi exabrupto apenas si causó efecto en el alcaide, que se tomó un momento para contestarme. Recién en ese momento advertí que mascaba con parsimonia una ramita de *palulú*, que es como en muchas partes de España se conoce a la planta de regaliz. De allí pues que me diera una primera impresión de rumiante. Pero ahora, toda esa molienda pacífica en la que se aplicaba, se detuvo. Escupió la ramita a un lado y dijo:

—Pues el embajador inglés, su jefe de usted, mucho tendrá que alegar para convencer de la inocencia del señor Prescott al señor Mendizábal y al Consejo de Ministros entero, empezando por el de Gracia y Justicia, que es el responsable último de nuestro sistema judicial. La policía madrileña —y aquí juntó los talones con gesto militar— ha hecho un trabajo por demás eficaz para demostrar que este señor es el ladrón del guante negro. Y está por lo tanto incomunicado a la espera de juicio. No se le puede visitar.

Hubiese jurado que en ese momento la podrida madera de aquel despachito maloliente se abría ante mis pies y casi tuve que apoyarme en Alicia para no precipitarme por allí, hasta el mismísimo Averno. Mas fue ella quien se aferró a mi brazo.

—Imagino que tendrán pruebas más que concluyentes y que el capitán general —dijo finalmente Alicia con voz suave—, encargado de los asuntos de los extranjeros en temas como este, estará al tanto. De lo contrario su encarcelación violaría gravemente el procedimiento judicial y lo que es peor: pondrá en muy mala situación las relaciones con la Inglaterra.

El alcaide parpadeó como si le hubiese entrado una arenilla en el ojo y me

miró a mí y luego a Alicia, como negándose a creer que aquella dama hubiese hablado con tal conocimiento y resolución.

—Así es —dije yo rebuscando en mi carpeta, donde tan solo guardaba los apuntes sobre el collar de los Balbases que menos de una hora antes me habían dado tanta satisfacción—. Aquí tengo unos documentos que...

—No quisiera estar ahora mismo en su pellejo, señor alcaide —dijo Alicia poniendo una mano sobre la mía como para evitar que sacara unos temibles papeles—. Porque según sabemos, el súbdito británico, señor Prescott, ha sido encarcelado sin prueba alguna, con absoluta prepotencia. Y además lo han golpeado y amenazado.

Esta vez fui yo quien miré a Alicia. ¡Aquello sí que era un farol en toda forma!

—No se crea que no estamos al tanto de varias irregularidades respecto a su detención —agregué, sin darle tiempo a aquel infeliz a rebatir nada, y que iba perdiendo la compostura segundo a segundo.

—Está bien —claudicó al fin este y volvió a meterse una astillita de regaliz en la boca—. No es mi intención crear un conflicto diplomático ni dejar a sus mercedes sin la oportunidad de visitar al señor Prescott. Esto es una excepción que hago como muestra de buena voluntad y...

—Segundo patio, pabellón de presos políticos, ¿verdad? —interrumpió Alicia encaminándose hacia la puerta y prácticamente tirando de mí—. Ya le pediremos de su parte al alguacil que nos conduzca hasta allí. No se moleste en acompañarnos, señor alcaide. Que tenga usted un buen día.

Bajamos a la planta inferior y nos encaminamos al alguacil que dormitaba en una silla de anea. Alicia lo despertó con brusquedad y dijo cuatro frases que pusieron en marcha al funcionario. Nuevamente nos internamos por un pasadizo inacabable y lleno de vericuetos que nos arrojó a un patio donde bullía un enjambre de hombres, algunos en harapos y otros vestidos como califas. Bebían estos, jugaban a los dados aquellos, cantaban acompañados por una guitarra los de más allá... Parecía aquello una verbena, pensé, de no ser por el olor nauseabundo y por el brillo criminal de las miradas que nos empezaron a seguir mientras caminábamos por ahí. Un individuo flaco y con la boca podrida le dijo una obscenidad a mi bella Alicia y el alguacil, sin detener su paso, hizo restallar el látigo con tal violencia que casi le saca un ojo al desgraciado, quien se retiró aullando hasta confinarse entre los demás.

Cruzamos por otro pasadizo hecho de tablas y llegamos así al segundo patio, tan sombrío y helado como el primero. Había tres calabozos oscuros y húmedos, en cuyo fondo se adivinaban unas sombras. Supe después los nombres inquietantes de aquellas mazmorras: el del Dragón, el de la Sed y el del Olvido. En aquella miserable cárcel los presidiarios pagaban un real, dos o cuatro por las piezas que ocupaban, según el grado de comodidad que estas ofrecieran. Y que muchos se hacían llevar la comida desde sus casas o compraban los alimentos en la cantina. Esto es, los afortunados que disponían de dinero para tales lujos. Los demás debían conformarse para dormir con el duro suelo de los calabozos comunes y para alimentarse con el pan reseco y el agua caliente con un hueso flotando en el fondo que llamaban sopa, pues en esto consistía el rancho de la cárcel. El alguacil aceptó de buena gana la moneda que puse en sus manos y se acercó solícito a una celda, ya al final de aquel patio, ligeramente más *civilizado* que el primero. Era, como bien dijo Alicia, el de los presos políticos. Llegamos hasta el calabozo del Olvido.

—¡Edward Prescott, con lo que tenga! —bramó el funcionario.

Al momento vimos aparecer a nuestro amigo. Su rostro reflejaba las fatigas y sobresaltos que había vivido hasta ese momento en la cárcel, pero sus ojos mantenían el brillo y la alerta de siempre cuando nos saludó.

—Por favor —dijo retirándose como avergonzado de su atuendo o de su olor—. Le ruego, mi querido Henry, que le pida a María que me traiga, además de la comida, una muda de ropa. Estoy hecho un asco.

Y se miró a sí mismo, como incapaz de admitir su aspecto.

—¿Por qué, don Jorgito, es que está aquí? —alcancé a balbucear—. ¿Qué insensatez es esa de que es usted el ladrón del guante negro? Dígame, por favor...

—¿Qué? ¿Que es mentira? —me interrumpió Borrow y se quedó un momento en silencio clavándome sus ojos de clérigo con fijeza.

Yo sentí que mi corazón se detenía.

CAPÍTULO X

Sí, en efecto, lo que más le gustaba de El Capricho era ese silencio casi irreal y al mismo tiempo cuajado de mínimos sonidos donde le placía pasear en soledad al despuntar el alba, como si se tratase de un recogimiento religioso, apenas pautado por el rumor furtivo de alguna liebre entre los arbustos, el croar sincopado de las ranas, los resoplidos de su caballo... Los álamos y los olmos del parque elevaban su ramaje estéril hacia el cielo límpido, de una claridad gélida, estremecida. Apenas si llegaba a él el piar quejumbroso de algún pájaro que se guarecía en el sotobosque, el murmullo de las aguas por donde se deslizaban, elegantes, sigilosos, unos cisnes. Después de levantarse muy temprano —pues había pernoctado allí—, el duque había enfilado por el sendero más alejado del palacete, musgoso aún por la llovizna de la noche anterior. Gastaba pantalón grueso y levita de alpaca negra. Arrebujado en su grueso *riding cote*, llevaba con desgaire las riendas, como si dejara que fuera *Capitán*, su hermoso caballo árabe —de un negro tan intenso que parece vetado de azules—, el que decidiera la ruta a elegir. En la umbría soledad de El Capricho, Osuna parece encontrarse a sí mismo y los tormentos y preocupaciones ceden, se aplacan. Muchas cosas en qué pensar, Pedro.

Después del famoso voto de confianza que solicitó Mendizábal en el Casón de los Procuradores, el duque decidió alejarse del bullicio de la Villa para refugiarse en El Capricho, mustio, solitario y recóndito en esa época del año, que era cuando más le gustaba. Aquella jugada del ministro había revuelto aún más la política del reino, que parecía una nave a punto de naufragar, como había dicho Argüelles en ese tono engolado que usaba para los debates. «Como si imaginara sus palabras ya esculpidas en bronce», decía Pepe Carvajal, que lo despreciaba. ¡Poder y autoridad para disponer de las rentas públicas!, exclamaban unos y otros, estupefactos, y hasta quienes hasta

ese momento habían estado con Mendizábal le volvían la espalda. Los discursos de los moderados se atufaban con el sahumero de un encono mal disimulado. Los llamados *santones* —aquellos que se solazaban en su pretendido escrúpulo constitucional— también negaban lo que el gabinete de Mendizábal pedía a gritos. Dineros para poner diez mil bayonetas en el norte y acabar de una buena vez con los que apoyaban al infante Carlos, señores; algunas pocas maniobras para resarcir el menguado erario... Osuna no se fiaba del todo de Mendizábal, porque lo encontraba en exceso personalista, pero le parecía deplorable el odio que despertaba en quienes hasta ese momento eran, o se hacían llamar, sus amigos: Istúriz y Alcalá Galiano le retiraron su apoyo y aún así el financista gaditano se empeñó en sacar adelante ese mecanismo que los ingleses usaban a cada rato —el voto de confianza— y que en esta vil España sólo sería excusa para ventilar rencores y agravios personales. Recordó: Aún en medio de las puñaladas arteras, mientras Madrid se preparaba para las celebraciones festivas del último día del diciembre pasado, Mendizábal, hombre de verbo más bien ramplón y arrogancia mal disimulada, pudo conseguir lo que con tanto empeño quería: una leva de cien mil hombres, requisa de caballos y doscientos millones de reales para la guerra; pero sobre todo la desamortización de las propiedades del clero. Desde ese mismo momento lo empezaron a llamar de todo, a *Juan y medio*: robacampanas, asesino de frailes, hereje judío... No le dijeron hijo del *moro Musa* de pura casualidad. Logró concentrar un gran poder, era cierto. Los Ministerios de Estado, Guerra, Marina y Hacienda quedaban en sus manos. Pero su suerte estaba echada y era cuestión de tiempo que la reina Cristina lo cambiara, porque parecía que la España entera iba a arder en esa pira de fuego sacrosanto en el que sus compatriotas se inmolaban, llenos de odio y sed de venganza. Como el agua desbocada de una acequia corrían los rumores de complots y conspiraciones, el descontento popular y gritón era igual en Oviedo que en Granada, en Cáceres que en Barcelona. En Madrid, sin ir más lejos, la ojeriza que el pueblo había demostrado apenas un año atrás hacia los frailes ahora se había convertido en un fervor por ellos igual de desmesurado y beodo. Nadie quería que se acabara con los conventos, y las noticias sobre asaltos a los mismos se encendían en las tertulias y los cafés con la velocidad mortífera de una mecha. No, Mendizábal no iba a durar mucho, pues la reina temía ser alcanzada por el hartazgo de los políticos contrarios al ministro tanto como por sus propios militares.

Pero si todo esto era de por sí un propicio caldo de cultivo para la *defenestración* de Álvarez Mendizábal —la curiosa palabreja que empleaba Peñuelas para referirse al asunto—, lo que terminó por condenarlo, por así decirlo, fue el robo que sufrió en su propia casa en los primeros días del nuevo año. Osuna detuvo su cabalgadura y *Capitán* se dedicó a rasmillar con la pezuña y resoplar entre la hierba mientras él apoyaba ambas manos en el cuello del animal, pensando en aquello. Si el robo a la diamantista de la calle de los Milanese había hecho brincar la liebre de la confusión —«¿no era acaso que Candelas sólo atacaba a carlistas?»—, el robo en casa del ministro Mendizábal era la gota que colmaba el vaso. El gaditano ocupaba el principal de un edificio de la calle de San Miguel y aunque era sabido que prácticamente vivía en su despacho, nadie jamás hubiera pensado que el ladrón se atrevería con golpe tan temerario. «E innecesario», se dijo el duque. No se trataba naturalmente de dinero ni de papeles importantes, como en un primer momento pensaron él y Peñuelas. Veinte mil reales y unas cuantas alhajas, afirmaba la policía que señaló el ministro como pérdida. Y ningún documento comprometedor. O al menos eso era lo que declaraba. Pero estaba claro que aquello había dañado profundamente su imagen personal. «¿Cómo? ¿Este es el que nos va a salvar de la catástrofe económica?», «¿Uno que no puede ni cuidar su propia casa?», «¡Vamos, hombre!», exclamaban desdeñosos los tertulianos de cuanto café encendía sus luces en la noche madrileña, agitada más, si cabía, por patrullas de alguaciles y policías de la Secreta que metían en la cárcel a cualquier sospechoso, con unos deseos mortales de pillar al escurridizo Candelas y llevarlo a la horca. El robo, por otra parte, había sido bastante simple, pero era innegable el temple del ladrón.

Al parecer, una mañana apareció por la finca donde vivía el ministro un cesante del bufete de quien fuera Manuel María Cambroner y, por lo tanto, buen amigo de Salustiano Olózaga, recién nombrado gobernador civil por el propio Mendizábal. ¿A qué iba tanto aquel cesante al edificio donde vivía el ministro? Pues a confortar a una anciana tía suya que ocupaba la buhardilla, la viuda de un sargento de la guerra del año ocho, que no tenía a nadie más que a ese sobrino. En el relato más o menos pormenorizado que el duque de Osuna fue reconstruyendo con los detalles que unos y otros aportaban en mentideros y tertulias, todo resultaba un poco confuso, excepto la sangre fría de aquel astuto. Eso había que reconocerle a Candelas, se dijo Osuna

contemplando las aguas quietas del estanque. Porque el golpe fue diseñado con mucha inteligencia, ya que el supuesto sobrino —canoso, barrigudo, narizotas— se dio maña para cruzarse con el ministro Mendizábal casi a diario, en las dos o tres semanas de visitas continuas que duró su actuación. Y así, el supuesto cesante poco a poco se convirtió en un rostro familiar para el ministro. Invariablemente enviaba saludos a don Salustiano Olózaga, nombre que para el distraído Mendizábal seguro reventaba como una pompa de jabón, nada más traspasar el umbral de la puerta de calle, con la cabeza siempre en asuntos de suma urgencia. Otras veces el buen hombre se lamentaba amargamente del mal estado en el que se encontraba su anciana tía, y el ministro, por un prurito de educación, siempre preguntaba por ella, aunque desapareciera rápidamente, intimidado por el recuento detallado de dolencias que hacía el sobrino de la mujer. Y en cierta ocasión el pobre señor no pudo contener las lágrimas, dejó las viandas que traía para la anciana y se fundió en un abrazo con el confundido ministro. «No somos nada, señor Álvarez Mendizábal», parece que le dijo mientras lo estrujaba. Esto lo supo el duque por su fiel Lobo, a quien le pidió que averiguara lo mucho que la policía callaba, para no entorpecer las investigaciones, aunque lo único que lograba era más bien convertir los robos en escenas casi épicas, ceñidas ya para siempre en el bastidor de la leyenda.

Pero lo que le contaba Lobo siempre era fiable, se dijo Osuna. Ese mismo día, cuando llegó el ministro a su casa —ya bien pasada la medianoche, como era su costumbre— tuvo que despertar a los criados porque había perdido sus llaves. No, no, parece que se dijo aliviado, pues allí seguían, en la mesa de su despacho. Estaban sobre un papel que rezaba: «No somos nada, señor Álvarez Mendizábal». Recién en ese momento el ministro entendió que había sido víctima no sólo de un engaño, sino también de un robo. En la buhardilla, a donde subió corriendo, no encontró más que a un viejo gruñón y de buena salud que alegaba no tener sobrinos. Ni hijos ni mujer. ¡Cuánto habría vacilado el ministro antes de avisar a la policía!

Descarado más que audaz, rabiosamente soberbio, jugándose la horca ya sin asomo de dudas, estaba claro pues que Candelas intentaba demostrarle a todo el mundo realmente hasta dónde podía llegar. Pero principalmente a él, a Osuna.

Aunque en realidad, se dijo el duque dando media vuelta para regresar al

palacete, todo esto le resultaba nimio, apenas significante, atormentado como estaba con la continua desazón de no poder verse con Inés. Ella no acudió al banquete navideño que reunía a los amigos más íntimos en el palacio de Leganitos. Ni siquiera al de los Buschental, que organizaron por fin de año, pues todos sabían que el financista, de origen judío, no celebraba la Navidad ni la Epifanía. Reparó con tristeza que, desde entonces, tampoco pudo ver a Encarnación en mucho tiempo, pues al parecer había partido a Caldas de Besaya, a tomar unos baños medicinales en compañía de una vieja tía suya.

La última vez que estuvieron juntos fue precisamente durante aquel banquete en Leganitos. Encarnación hizo un gran esfuerzo por no echarse a llorar cuando el duque, fingiendo que no sabía nada, le preguntó por Álvarez de Cobos. Osuna vio cómo enrojecían las pálidas mejillas de su querida prima y cómo sus ojos parecían hundirse en sus cuencas, dándole un aspecto alarmante y espectral, mientras él se maldecía por imprudente. ¿A santo de qué le preguntó aquello mientras un lacayo trinchaba un trozo de perdiz en escabeche? «No sé nada de él, primo querido. Confieso que debo darte la razón. Sólo ha jugado conmigo», y el duque se preguntó en ese momento si no había ido demasiado lejos prohibiéndole a Candelas siquiera el consuelo de una carta de disculpas por su desaparición. «Nada, ni una línea», le había ordenado tajante. Y el ladrón había cumplido escrupulosamente su palabra. Quizá por eso, Pedro, el rufo se vengaba con aquellos golpes que eran más alarde que otra cosa, una manera suicida pero valiente de demostrarles a todos que el ladrón del guante era él, que lo olvidaba o lo dejaba de olvidar a su antojo y cuando quisiera, que robaba a carlistas y cristinos, a comerciantes o señoras de alcurnia, que era él el gran único ladrón de la Villa y Corte, ¡bah!

Después de aquel golpe en casa de Mendizábal, todo había vuelto a quedar durante mucho tiempo en absoluto silencio, como si Candelas se hubiera evaporado por fin de la faz de la tierra. Había quien decía que estaba ya muy lejos, después de aquellos palos que seguro lo volvieron rico; otros aseguraban que estaba en la cárcel, pero con otro nombre, y otros más que andaba escondido en la casa de un inglés masón con quien estaba compinchado. Y quizá era cierto: Borrow se había esfumado al igual que Candelas, y Henry no sabía nada al parecer, aunque era cierto que se mostraba ciertamente esquivo con él desde un tiempo a esta parte —desde la

cena de Navidad pasada, para ser exactos—, apenas interesado en asuntos políticos como la inminente caída del ministro gaditano.

Sin embargo, la sentencia de muerte política de Mendizábal, y el tremendo lío entre exaltados y moderados, parecía ahora acaparar la atención de todos —olvidando momentáneamente a Candelas—, porque cada vez resultaba más ingobernable la nación y los debates amenazaban ya con adquirir un cariz mucho más agrio, a tenor de las duras palabras que reservaba Alcalá Galiano para el presidente del Consejo de Ministros. Galiano era un hombre pequeño y muy irritable, terriblemente rencoroso para con quien se cruzase en el camino de su prosperidad, y solía llamar «ese burro de Londres» a Mendizábal. Este le contestaba con el desprecio de su ignorancia. Pero a Paco Istúriz al parecer no le perdonaba que en plena sesión de Procuradores le espetara: «¡Usted no desempeña su destino con dignidad!». Y se habían batido en duelo, un asunto que todo Madrid comentaba. Vaya par de andaluces, pensó Osuna. La reina por su parte quería reconquistar algo del poder que los liberales le habían arrebatado; Córdoba no podía ni ver en pintura a Mendizábal, porque este no le enviaba los dineros necesarios para guerrear y todo en la Corte parecía a punto de estallar en una nueva guerra intestina. Esa sería ocasión propicia para que los carlistas por fin llegaran a Madrid...

Por la parte más alejada del sendero, cruzando el puente del arroyo y casi a la altura de la Plaza de los Emperadores, Osuna distinguió la silueta de un criado. Era el joven hijo de Centeno, su maestresala, un muchacho delgaducho y servicial, con el rostro averiado por la viruela.

—Traigo un mensaje para usted, excelencia —dijo el mozo cuando llegó hasta él sin recuperar del todo el resuello, una mano apoyándose en la cadera—. Le hemos estado buscando un buen rato. El mensajero está haciendo abreviar al caballo, que ha venido reventado...

Osuna le quitó el papel de las manos. Nada más abrir la carta y leer las escuetas líneas dirigidas a él, un reflujo de sangre lo mareó momentáneamente y tuvo que aferrarse a su cabalgadura para no caer. Dio dos palmadas en el recio cuello de *Capitán*, tiró de las bridas bruscamente para dar media vuelta, ¡vamos!, y partió a todo galope, sintiendo que su corazón también traqueteaba, como los cascos del caballo sobre el duro suelo invernal.

Gloucester Road, Londres, 1886

Esa noche llegué a palacio exhausto, febril, nervioso. Alegando una súbita indisposición me fui directamente a mis aposentos y le pedí a Celestino que anunciara a mi primo que no me uniría al banquete navideño, que le rogaba me disculparan él y sus invitados. Me afligía quedar tan descortésmente con Pedro, pero no tenía cabeza para nada que no fuera George Borrow y su plan de fuga de esa misma noche. No había tiempo que perder y yo debía buscar la manera de salir de Leganitos sin que nadie se percatara. No sería tan difícil, pues la cena reuniría a la treintena de invitados en el llamado «comedor formal azul», que rara vez usaban mis primos y que se situaba cruzando una amplia y aérea galería, al otro extremo del inmenso palacio.

Me tumbé en la cama, pero sólo di vueltas intranquilo, repasando los acontecimientos de las últimas horas y que me habían tenido en un sinvivir frenético y angustioso. Era imperativo seguir el plan trazado para sacar a don Jorgito de la cárcel pues, como él afirmaba, lo iban a colgar sin remedio. Alicia, al escucharlo decir tal cosa, asintió gravemente con la cabeza y aquello sí que me heló la sangre, pues no pensé que todo resultara tan cierto. ¡Y para colmo el embajador Villiers se encontraba fuera de Madrid! Borrow nos ofreció un despliegue de detalles que había maquinando y *guardaba en el magín*, dijo tocándose la sien. Y que debíamos cumplir con presteza y exactitud. Sólo contaba con nosotros.

Imposible decirle nada a mi primo Pedro pues demasiado cercana estaba su advertencia respecto a la imprudencia de Borrow. No me atrevía a pedirle ayuda precisamente a él, socolor de comprometerlo en un asunto por demás espinoso. De manera que sólo tenía la ayuda de mi queridísima Alicia y sus muchos conocimientos tanto de los entresijos judiciales —había sido amante de Olózaga, sin duda— como de las subrepticias conspiraciones que se urdían bajo la línea de flotación de toda aquella maquinaria siniestra que era el mundo de la cárcel. A retazos, apuntando una frase aquí y otra allá, mientras nos dirigíamos a casa de nuestra providencial María Buschental,

Alicia fue dejando aparecer ante mí la imagen más recóndita y desconocida de su persona. Sí, era cierto que ella había participado en la huida de Olózaga de esa misma cárcel, algunos años atrás, cuando lo acusaron de conspirar contra el rey Fernando. Y sí, tuvieron que idear un plan bien aceitado que incluía sobornos, disfraces y componendas al más alto nivel. ¿Tuvieron? ¿Quiénes *tuvieron*? Ellos. ¿Pero quiénes eran ellos, Alicia, por Dios? Ella y otros que no venían al caso, Henry. Y sí, Luis Candelas jugó un papel decisivo en aquella huida porque fue el encargado de organizar un motín para distraer a los alguaciles. En la cárcel se conocieron Salustiano y el ladrón de Lavapiés, allí trabaron amistad y este último les fue de gran ayuda para facilitar la huida del primero. Al parecer, cuando Olózaga ya alcanzaba la calle, fue sorprendido por dos centinelas. Yo había oído aquella historia muchas veces. Como todo el mundo sabía, el abogado alavés lanzó entonces un puñado de monedas al grito de «¡onzas y muerte llevo!», pues además del dinero empuñaba una espada que le consiguió Candelas. La llevaba escondida entre los ropajes de labrador que le proporcionaron. Al comentárselo, Alicia resopló fastidiada.

—«Onzas y muerte llevo», ¡bah! Nada de eso había dicho, simplemente puso una buena bolsa de monedas en las manos de aquellos centinelas y salió tan campante.

Y antes de que yo pudiera replicar, mientras casi trotábamos en el simón alquilado rumbo a la casa de María, agregó:

—Y no, tampoco huyó por pasadizos secretos que conducían hasta la Farmacia de la Reina Madre.

¡Eso era absurdo, folletinesco!, se exasperó Alicia, algo reticente a las reverberaciones legendarias de un hecho del que ella había sido protagonista, pues fue quien se encargó de esperarlo fuera y llevarlo a la casa de su amigo, el progresista Basualdo, en la cercana calle de la Ruda. Salustiano, acompañado de este y Alicia se dirigió a la Puerta de Toledo. Allí les esperaba el guarda de una dehesa de Illescas quien les condujo hasta Leganés. En este pueblo le presentaron a un viejo contrabandista apodado el Fraile. Gracias a él logró cruzar la frontera con Portugal. Pero había sido un plan bien tramado, con tiempo y calma, murmuró Alicia con una media sonrisa cuando alcanzábamos ya la carrera de San Jerónimo, rogando que nos recibiera María Buschental.

Y algo así como lo urdido con Olózaga tendríamos que llevar a cabo nosotros para sacar a Borrow de la cárcel. Una vez que don Jorgito nos contara los pormenores de su encarcelación, pasó a explicarnos en detalle su plan. Lo escuché con mucha atención y con cada vez mayor fascinación, porque era sencillo pero requería de los participantes mucho temple y sangre fría. Yo acepté con entusiasmo y tremendo alivio pues esa mañana, cuando le pregunté un poco a traición si él era el misterioso delincuente, mi amigo tardó en contestarme.

—¡Por supuesto que es mentira! —Don Jorgito me había mirado de arriba abajo, incrédulo al parecer, ante mi atrevimiento—. ¡Cómo se le ocurre a usted semejante delirio! ¿Acaso trabaja usted para la policía madrileña para hacer ese tipo de especulaciones tan fatuas e infantiles?

Luego miró a un lado y a otro y nos hizo pasar a su celda. Apenas había una mesita coja, una silla y un camastro amarillento e innoble, cuyas patas estaban sumergidas en sendos cacharros llenos de agua. «Para evitar que me devoren las chinches», dijo Borrow ofreciendo a Alicia la silla y el cojín, por si quería sentarse. A mí me brindó la cama o el duro suelo. Opté por el segundo. El asunto era grave, nos dijo Borrow cruzando las manos en la huesuda rodilla; era bastante grave aunque a todas luces se tratase de una acusación infundada. Teníamos que ayudarlo a escapar. O lo colgarían sin remedio. ¿Cómo había sido apresado con semejante cargo? Muy simple: tal y como había vaticinado mi primo Pedro, don Jorgito había seguido contando en cuanto café de lustre o de bribia recalaba sus teorías sobre los dos ladrones, Candelas y el cristino del guante negro. Ponía en la descripción de sus deducciones tal minucia argumental que pronto todo esto hizo sospechar a quienes le escuchaban, españoles de natural recelosos en extremo con los extranjeros. Y el rumor corrió sazonado por la maledicencia y la especulación gratuita, también afición muy española, de tal manera que no tardó en llegar a oídos de la policía. Pronto tuvo don Jorgito a la Secreta merodeando tras sus pasos, cada vez más convencida de que el misterioso ladrón del guante negro era ese extranjero alto y vestido como un clérigo que, para más inri, afirmaba conocer en persona al tal Candelas.

—Se fue pues usted de la lengua —interrumpí de pronto su relato con una frase tan castiza que Borrow no pudo dejar de levantar sus británicas cejas, admirativo.

Mi amigo no lo dijo así, pero al parecer, mientras yo me refugiaba en la biblioteca del palacio de Leganitos, consumido de amor por Alicia, sumergido en mis investigaciones sobre la saga de los Spínola, medio Madrid sabía o sospechaba que era cuestión de tiempo que el agente de la Sociedad Bíblica Británica cayera en manos de la policía acusado de ser el ladrón del guante negro o cuando menos el compinche de Candelas. Si no de ambas cosas. En efecto, medio Madrid así lo intuía, incluyendo a mi primo, quien me sugirió, como ya he referido, que advirtiera a Borrow de su imprudencia. Medio Madrid o quizá la Villa entera. Menos Borrow, que seguía por ahí, explicando a quien quisiera escucharlo, por qué se trataba de dos ladrones y no de uno, y contando muy ufano que conocía a Candelas. Cuando la policía cayó sobre él en el Café de la Alegría, lo molieron a palos. Pero Borrow, que llevaba consigo los documentos del agente de la Sociedad Bíblica que lo visitó fugazmente en Madrid, el señor Edward Prescott, quien venía a reemplazarlo en breve, decidió preservar su verdadera identidad y, gracias a esta estratagema, ganar tiempo para urdir un plan. Nadie pues en la cárcel sabía que él era George Borrow, don Jorgito el inglés, vecindado en la calle de Santiago. Edward Prescott estaba fuera de peligro, muy contento, en Barcelona. El pasaporte que olvidara donde Borrow había sido reemplazado por otro que le proporcionó la eficaz embajada inglesa en Madrid y dos noches más tarde, cuando cayó Borrow en las garras de la policía, mi amigo llevaba los documentos de Prescott por pura casualidad. Aquello le daría tiempo, nos dijo antes de pasar a contarnos su plan.

Así pues, yo iba repasando mentalmente la estratagema que nos propuso Borrow para ayudarlo a escapar.

—¿Usted se acuerda de mi amigo, el suizo don Benedicto Mol? —me preguntó de pronto.

Y a continuación nos contó todo su detallado plan. Como primer menester, ahora era imperativo encontrar a Mol, cosa que no tendría que resultar nada difícil, pues el suizo andaba siempre en el paseo que discurre cerca del Manzanares, ofreciendo en tan inusual enclave sus pastillas de jabón.

Salimos de allí a toda prisa y cuando nuestro simón llegaba a la carrera de San Jerónimo donde se alzaba el palacete de María Buschental y su marido, Alicia se llevó una mano a la frente, como asaltada por una repentina

contrariedad.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté.

—El banquete. ¿Recuerda usted el banquete que ofrece esta noche su primo el duque de Osuna?

—Sí, lo recuerdo —palidecí.

—Pues yo iba a asistir. Acompañando a Mesonero.

Nuevamente mi corazón se detuvo, justo en el momento en que se detenía el calesín con cierta brusquedad y el cochero anunciaba que habíamos llegado a nuestro destino. Me quedé aguardando a que siguiera, una mano aferrada con fuerza en la portezuela. Esperaba, como una vuelta de tuerca de la fatalidad, a que me dijera que le era imposible acompañarme en todo aquel embrollo y que me las tendría que arreglar solo a partir de allí. Después de todo, ya bastante había hecho por mí y seguro que apenas tendría tiempo ni para hacerse el peinado, ese complicado *bandós* tan de moda en aquel entonces, que obligaba a las mujeres a estar listas desde muchas horas antes de la fiesta. El alma se me vino a los pies, como se dice en estos casos.

Alicia bajó apresurada del simón.

—Tendré que escribirle una nota e inventarme una buena excusa —dijo resoplando—. Será mejor que me ayudes a encontrarla. ¿A qué esperas para bajar? No hay tiempo que perder, Henry.

Y, aunque preocupado por la suerte de mi amigo, no pude dejar de sentir un estremecimiento de felicidad mientras me sorprendía la sonrisa de hoyuelos de Alicia, ya desde la calle. Momentos después nos recibía la brasileña, sus bellas y espesas cejas arqueadas por la curiosidad. Y dejando a las dos mujeres, me volví al cochero para que me llevara sin pérdida de tiempo hasta el paseo cercano al Manzanares donde rogaba encontrar a Benedicto Mol. Sorteando el exasperante tráfico de tartanas, berlinas, landós y calesas que a esa hora se atascaba en Sol y sus alrededores, el simón encaró ligero la calle Arenal y serpenteando luego por allí, bajó hasta la calle de Segovia para descender a las inmediaciones arboladas por donde discurre, mezquino y laxo, el Manzanares. Como digo, yo sabía apenas dos cosas de aquel suizo estafalario: que vendía allí sus pastillas de jabón y del mutuo afecto que se tenía con Borrow. Pero no sabía dónde quedaba su casa, como tampoco lo sabía el propio don Jorgito, que dejaba que fuese el azar —y quizá la rutina— la que los juntase para pasar largas horas conversando de lo

divino y humano, pues a Borrow le interesaban sobremanera las historias del antiguo miembro de la guardia walona, varado en Madrid a la espera de reunir el dinero suficiente para ir en pos de ese tesoro cuyo emplazamiento él conocía de sobra (ahora decía que estaba enterrado en la iglesia de Santiago de Compostela y no cerca, como siempre insistió, sino dentro...) y cuyo hallazgo lo devolvería a un esplendor que, sospecho yo, sólo existía en su afiebrada imaginación. Cuando le insinué esto a Borrow, mi amigo se encogió de hombros y contestó que si aquello le daba fuerzas para vivir seguro que se trataba de un verdadero tesoro. No supe qué responder porque, efectivamente, los ojos azules del suizo parecían brillar con renovada juventud cada vez que mencionaba su tesoro —su *schatz*, decía él—, ese que le había confiado un compañero de la guardia antes de morir y cuyo plano detallado guardaba Mol con mucha precaución, esperando poder reunir el dinero suficiente para acudir en su búsqueda. Quizá ahora podría ir a desenterrarlo, pensé. Y nada más hacerlo pude divisar su figura esmirriada junto al puente de Segovia.

—¡Don Benedicto, don Benedicto Mol! —llamé cuando el simón estuvo a su altura.

El suizo se giró sorprendido. Llevaba un redingote pasado de moda y muy remendado.

—¿Quién me llama?

—Soy Henry Beaufort, amigo de George Borrow. Le necesita con urgencia y el tiempo apremia. ¡Suba, por favor!

Subió a grandes trancos los escalones de mármol que conducían a la puerta principal del palacio, después de haber dejado a *Capitán* al cuidado de unos mozos de cuadra y avanzó por entre los jardines franceses, esmeradamente trabajados y que se iban abriendo, como un laberinto recoleto e inofensivo, hasta la desembocadura del palacio. Ya estaba bien entrada la mañana cuando llegó, luego de tomar el camino de Alcalá sin descanso, exigiendo a su brioso caballo árabe todo cuanto pudo.

Un lacayo de ojos suspicaces, robusto como un pequeño armario y uniformado con los colores de la casa parecía esperarlo. Allí estaba ya Peñuelas, con las manos cruzadas tras la espalda, dando pasitos inquietos en la antecámara a donde Osuna fue rápidamente conducido por el secretario del

marqués de Alcañices, por aquí excelencia, pase, por favor, y se hacía a un lado. Mientras avanzaba hacia Peñuelas, Osuna pudo notar el gran nerviosismo que recorría la casa como una vibración magnética y subterránea. Los rostros de doncellas y criados eran máscaras de dolor y sorpresa, de aturdimiento y desconsuelo. No era para menos, se dijo el duque: ¡habían asesinado al marqués en su propio palacio! Le urgía hablar con Inés. Osuna era incapaz de imaginar el horror por el que estaría pasando su hermosa prima. Al leer en El Capricho la escueta misiva de Peñuelas, «Han matado al marqués de Alcañices, venga de inmediato», Osuna no quiso pensar más. Pero mientras cabalgaba por el árido y escarchado camino de Alcalá, un afluyente de emociones y confusión lo desbordaba. Se repitió varias veces aquello: «Osorio ha muerto. Lo han matado». No tenía ningún otro detalle y eso era porque la nota de Peñuelas había sido escrita a toda prisa para entregársela a un mensajero que partió con la nefasta noticia llevado por el viento hasta él. ¿Cómo, quién había asesinado a Alcañices? No encontraba el duque de Osuna intriga política o económica que pudiera desembocar en semejante y terrible asunto. Todo Madrid seguramente estaba ya al tanto, pues la agitación que vio al cruzar el Salón del Prado así se lo hizo notar. Un corrillo cada vez menos disimulado de curiosos se agolpaban frente al prado de San Fermín, desde la calle del Turco hasta Alcalá y desde allí hasta el propio Salón del Prado. Carruajes detenidos frente a la que fuera casa de los Alba y ahora museo de artillería, caballeros que paseaban con mal disimulado interés de aquí para allá, grupos de damas que, refugiadas tras abanicos y como si fueran a entrar a la iglesia de San Fermín, atisbaban intentando distinguir algo en cualquiera de los infinitos ventanales de la casa.

Al verlo, Peñuelas lo aferró de los hombros y luego lo abrazó como a un hijo, algo inusual en él. Luego le dijo al oído:

—Excelencia, tranquilícese, por favor. Ha sido una... estratagema.

—¿Cómo? ¡Explícate!

En ese momento Osuna advirtió que un hombre de escasa estatura, con un corbatón negro y algo anticuado, sin mucho aliño en sus vestimentas más bien gastadas, esperaba a ser presentado. Al cruzarse su mirada con la de Osuna, hizo una envarada reverencia.

—Soy el inspector de la policía Domingo Luna, excelencia. Me envía el propio superintendente, por encargo expreso del corregidor don Joaquín

Vizcaíno. Bueno, el alcalde. —El policía carraspeó luego de aclarar que ese era el cargo oficial desde el año anterior.

En ese momento Osuna se desentendió momentáneamente de lo que decía el policía porque apareció en el otro extremo de aquella antecámara tapizada de seda borgoña y plata la propia Inés, hacia donde el duque avanzó, lleno de confusión.

—Querida Inés —atinó a balbucear, abrazándola.

Inés se aferró a él y, tal como hiciera Peñuelas, puso su boca en el oído de su primo.

—Gracias por venir, querido mío, pero es necesario decírtelo de una vez: Nicolás no ha sido asesinado.

El duque volvió su rostro lleno de perplejidad hacia Peñuelas y luego a Inés.

—Pedro —dijo entonces ella llorosa y con la voz en alto—: ¡Ha sido terrible!

Y miró significativamente hacia el policía, que dibujó una tosca reverencia, presentó nuevamente sus respetos, y se quedó finalmente callado, como si fuese un autómeta al que se le hubiese acabado repentinamente la cuerda.

La marquesa le tendió una mano a su primo, que viniera, por favor, ella le contaría. Peñuelas y el inspector se quedaron conversando con gravedad en aquella discreta antecámara y el duque siguió a la marquesa hasta un despachito muy coqueto cuyos ventanales se abrían a los cuidados jardines por donde momentos antes había cruzado él. Más allá se divisaba el Salón del Prado, hirviente de carruajes, de gente que discurría sin tregua. Con una mesita de por medio tomaron asiento. Osuna estaba atónito y no entendía nada, le confesó con impaciencia.

—Explícame —empezó, buscando sus manos—. Explícame, por favor, qué está ocurriendo.

—Peñuelas dice la verdad. La nota que recibiste donde se te daba cuenta del asesinato de mi marido era lo que el maestro decidió que se te dijera. Todas las precauciones eran pocas y a saber en manos de quién podrían haber caído esas líneas antes de llegar a tu persona. A estas horas Madrid entero debe creerlo así. Incluido, como te habrás dado cuenta, el propio inspector. Hemos hecho que la noticia corra desde muy temprano.

—Pero, entonces...

—Han robado el collar.

—¿El collar? —articuló con dificultad el duque—. ¿Te refieres a...?

Inés bajó la cabeza.

—Si —suspiró—. El collar de los Balbases ha sido robado. Ayer por la noche. Y el ladrón se ensañó con un criado. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero Peñuelas piensa que en realidad a quien quiso matar fue a Nicolás. De lo contrario, nada tiene sentido, dice él. Pero yo no estoy tan segura. Creo que..., en fin.

Lo importante para ella era encontrar el collar y olvidar todo, dijo temblando. Se estrujaba las manos nerviosa, pálida, seguramente sobrepasada por los acontecimientos. Había sido en el baño árabe.

¡El baño árabe! Aquel capricho del marqués que, según se decía, era traído como una moda reciente, y que recordaba un harén, instalado en el ala oriental de su inmenso palacio, dos salones de por medio de su alcoba. Según explicaba la marquesa, allí le gustaba relajarse a sus anchas a Nicolás cuando regresaba de sus cacerías por Toledo. Inés apenas se acercaba a aquel espacio, pero sabía de la afición de su marido, de las horas que pasaba en aquel suntuoso ambiente propio de un sultán, de azulejos aguamarina y columnas que parecían transportadas de la mismísima Alhambra. De tales abluciones salía el marqués menos hosco, menos reconcentrado, dijo la marquesa casi en un murmullo, las manos ahora cruzadas en el regazo como para detener su temblor. Y muchas noches mandaba preparar un baño caliente para zambullirse con deleite a esas horas por completo inusuales. Más de una vez, ella había escuchado, proveniente de la soledad morisca de aquel lugar, el largo suspiro, el cloqueo dulce de esas aguas sedantes que a Inés se le antojaban un poco... libertinas. Dijo esto y enrojeció.

—Es cierto, muy pocos saben de tales gustos de Nicolás. —Su voz había sonado ahora agria y como cuarteada de despecho.

La marquesa volvió a mirar al duque. El caso era que la noche anterior, Nicolás mandó a preparar su baño, las sales que había encargado a Hamburgo, las ricas toallas, todo lo necesario para disfrutar de esa única y extravagante concesión a la sensualidad que se permitía, pues el marqués era de una sobriedad sin fisuras, austero como un monje cisterciense, apenas si amaba su cacería, sus caballos y sus perros.

En la voz de Inés, advirtió Pedro Osuna con sorpresa, se había instalado una golosa turbiedad. Pero no quiso interrumpir aquel relato que parecía casi una confesión. Ella continuó:

—Nicolás dispuso todo, pero demoró en volver al baño a causa de una disputa un poco agria...

—¿Contigo?

Los ojos de Inés se empequeñecieron despreciativos. Asintió en silencio. Sus manos ahora revolotearon nerviosas antes de volver a posarse en el regazo de la falda, donde al parecer encontraban sosiego.

Todo esto la marquesa se lo había contado ya a Peñuelas. Era verdad, ellos discutieron un poco ásperamente por... cuestiones más bien íntimas, dijo Inés volviendo a bajar la cabeza, asuntos de pareja, ya Pedro se podía imaginar. Aquella relación la hacía tremendamente infeliz, tremendamente desgraciada. Se llevó una mano a la boca, que temblaba levemente, como para acallar más reproches. Suspiró largamente y continuó. De manera que Nicolás se retiró airadamente de la recámara que compartían y se encaminó de nuevo a su baño árabe, murmurando y rezongando. Al cabo de unos minutos, ella escuchó el juramento, la voz aterrada de Nicolás —sería bastante pasada la medianoche—, los portazos de sus doncellas que corrían también con candelabros en las manos, ¿qué pasaba?, ¿qué ocurría, por Dios Santo? Y encontraron, en medio de un charco de sangre, al desventurado Higinio, el ayuda de cámara que atendía a Nicolás en aquellos menesteres. El marqués tenía los ojos desorbitados y el semblante blanco como la leche, estaba cubierto de sangre, pues había resbalado en la oscuridad sin percatarse de lo que sucedía salvo de que, como contaría después, sus pies se hubieron deslizado en un líquido cenagoso y fue a caer junto al cadáver. Este tenía la yugular seccionada limpiamente, según pudieron ver al acercar velas y candelabros.

—¡Fue un verdadero horror! —Inés se cubrió el rostro con ambas manos, como si una linterna mágica hubiese revelado frente a sus ojos aquella escena—. Por fortuna, Pepito y Joaquín están pasando unos días en la finca de mis padres..., no quiero ni imaginar cómo hubiesen reaccionado mis niños si hubiesen sido testigos de todo este horror.

Osuna se acercó para abrazarla y decirle palabras de consuelo, pero ya la marquesa buscaba un pañuelito y se limpiaba los ojos. Su tía Isabel apareció

al cabo, continuó su relato, el rostro congelado en una mueca de sorpresa y desesperación. ¡El collar! ¡Habían robado el collar! Parecía querer arañarse la cara, mesarse los cabellos. Estaba realmente fuera de sí. ¿Cómo supo lo del robo tan pronto? Había tenido un pálpito, le confesó después a ella, a Peñuelas y posteriormente a la policía, pues nada más ver el cadáver tendido en aquel charco de sangre oscura corrió al gabinete donde se guardaban las joyas de Inés. En efecto, el collar no estaba, repitió entre llantos la tía Isabel. El marqués tuvo que sentarse, como si fuera un anciano, con ayuda de Inés. ¡El collar!, exclamaba con voz de sonámbulo, ¡el collar! Serenándose un poco, no les fue difícil llegar a la conclusión de que, antes incluso de mandar por la policía, debían buscar a otra persona.

—¿A quién?

—A ti, Pedro. —Y en sus ojos saltó una chispa esperanzada—. Bueno, en realidad a Peñuelas, pues todo el mundo sabe de su sagacidad.

—Por supuesto.

—El maestro aceptó gentilmente venir para intentar ayudarnos a esclarecer lo ocurrido. Coincidió con nosotros en que era un asunto en extremo delicado y mejor intentar averiguar por nuestra cuenta antes de que interviniera la torpe policía.

Al decir esto, Inés bajó la voz y miró hacia la antecámara, donde esperaban el inspector y Peñuelas.

Lo primero que hizo este último, luego de ordenar que nadie saliera ni entrara en el palacio, fue convocar a todo el personal para preguntarle dónde estaban y qué hacían a la hora en que ocurrió el delito. Salvo las dos doncellas de Inés y un par de lacayos que se encontraban presentes en el momento de lo sucedido, a todos los demás se les ocultó la verdad. A todos se les dijo que el muerto era Alcañices, tal como sugirió sorprendentemente Peñuelas. Aunque exhaustiva, la pesquisa resultó insuflada por esa calma tan propia del maestro, que poco a poco tomó las riendas de la peculiar investigación que se alargó toda la noche. Se revisó habitación por habitación, salones, cámaras, buhardillas, patios y almacenes, pulgada a pulgada.

—Poco después de enviar a por ti, Peñuelas decidió mandar a buscar a la policía. Y ahora Nicolás está escondido en una habitación en la parte menos frecuentada del palacio —dijo Inés.

Al llegar el inspector, esa fue la versión que le ofrecieron. Que el marqués había sido hallado muerto, apuñalado en su cuarto de baño. Higinio era de su misma estatura y corpulencia, además de mantener un vago parecido físico, de manera que no hubo problema de que nadie sospechara la verdad. Y se informó también de la desaparición del collar. Para la policía madrileña, quizá el simple robo de una joya, por valiosa que fuera, era una cuestión menor, pero el asesinato del marqués de ninguna manera.

—Creemos que se trata de ese tal Candelas —concluyó Inés—. Deben encontrarlo cuanto antes.

—Imposible —afirmó el duque con vehemencia.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Candelas no comete crímenes de sangre.

El hermoso rostro de Inés se descompuso, contrariado.

—Pues esta vez sí. Y además hay una prueba irrefutable. Ha dejado esto.

Luego se acercó a un bargueño y extrajo de allí algo que el duque no pudo ver hasta que ella lo puso enfrente mismo de sus ojos: un guante negro.

Gloucester Road, Londres, 1886

El viejo Mol estrujó cohibido su sombrero y se negó a quitarse el redingote gastado para entregárselo al lacayo que se lo solicitaba, intimidado ante aquel salón lujoso de paredes tapizadas y muebles exquisitos, a donde nos hizo pasar María Buschental. Flotaba allí, dulzón y penetrante, el aroma del chocolate listo para servirse que un criado de manos enguantadas sostenía en un tazón de porcelana. Por un momento, Alicia y yo intercambiamos miradas de preocupación, pensando que quizá habíamos cometido un error en llevar hasta aquel suntuoso palacio al suizo Mol para proponerle un asunto cuando menos descabellado, casi un juego frívolo de nobles aburridos, una variante cruel de las muchas obras de teatro que se escenificaban en innumerables salones familiares por aquel tiempo y en los que, con encendido entusiasmo y liviana algazara, participaban damas, aristócratas, comerciantes ricos y dramaturgos. Por un segundo comprendí la peligrosa

futilidad de nuestra descabellada solicitud. Más bien la de Borrow, pues fue él quien la propuso.

Pero no lo pensé así al encontrar al exsoldado de la guardia walona poco antes de que se diera el momento que refiero.

Porque cuando lo localicé en el paseo cercano al Manzanares, y nada más escuchar el nombre de Borrow, el suizo Mol trepó con agilidad sorprendente al simón donde yo le conté en pocas palabras que necesitábamos su ayuda para rescatar a su amigo. El cochero partió raudo desandando el camino para regresar al palacete donde María Buschental y Alicia de Cisneros seguro esperaban llenas de impaciencia.

—¿En la cárcel? —Benedicto Mol parpadeó con incredulidad cuando le expliqué dónde se encontraba don Jorgito.

—Y lo colgarán. Le aseguro a usted que lo colgarán si no hacemos nada, don Benedicto.

—Explique usted qué puedo hacer por él —repuso con tranquilidad. Sus ojos eran dos estanques de pacífica agua azul.

Era muy simple, le dije sin atreverme a devolver su mirada, fingiendo que me distraía el bullicio de las calles madrileñas por donde discurría el simón a buen paso, intentando abrirse camino entre el gentío que aprontaba los preparativos navideños.

Luego lo miré a los ojos procurando que no se trasluciera mi preocupación. En primer lugar, debía hacerse pasar por un médico inglés enviado por el propio embajador Villiers para revisar el estado físico y anímico del encarcelado súbdito británico. Antes de que Mol pudiera replicar nada, añadí que me daba cuenta perfectamente de que la propuesta era una estrategia arriesgada cuyo éxito dependía de una buena actuación y de demostrar nervios de acero para ejecutarla, pero confiábamos que en la cárcel —y llevándose el plan del modo en que lo habíamos concebido— como muy pronto se darían cuenta de la superchería en uno o dos días, tiempo suficiente para que Borrow pudiese ponerse fuera del alcance de los alguaciles. Ya le contaría la manera. Mol sólo tenía que hacerse pasar por un médico británico. Al fin y al cabo, él podía pasar por inglés sin problema alguno.

Eso mismo fue lo que empezó a decir, de manera menos precipitada y sugestiva, Alicia de Cisneros cuando llegamos a la casa de María Buschental y el lacayo nos sirvió unas tazas de chocolate ante el intimidado y larguirucho

Benedicto Mol, que parecía preguntarse qué diablos hacía allí. Poco después Alicia me confesaría que por su cabeza habían cruzado idénticas preocupaciones que las que atormentaban la mía en esos momentos en que el suizo se debatía entre dejar su sombrero o tomar una taza de la deliciosa y aromática bebida, ganando evidentemente tiempo para pensar. Y me veía incapaz de recurrir a mi primo Pedro, como ya he dicho, porque era comprometerlo en una situación en extremo delicada. Por esos días, la policía, a cargo de un tal Marcelino Arribas, y que tenía como segundo a un feroz capitán de caballería retirado, de nombre Domingo Luna, entraba impunemente en tabernas, fondas, cafés y casas de huéspedes para llevarse de manera prepotente a quien les diera la gana, socolor de acabar con la delincuencia que asolaba Madrid y según decían siguiendo instrucciones precisas del alcalde, el marqués viudo de Pontejos. Y ahora era cuestión de días, ¡quizá de horas!, que dieran la noticia de que tenían en su poder al temible ladrón del guante negro. Nuestro temor era pues que colgaran a Borrow sin esperar que se interpusiera recurso alguno pues en rigor don Jorgito, al ser extranjero, no estaba bajo la jurisdicción del alcalde sino del capitán general, ante el que debía comparecer acompañado del cónsul. Pero era el caso, explicó Alicia ante un confuso Benedicto Mol que al fin se decidió por el chocolate y dejó su sombrero en manos del lacayo, que el capitán general estaba ausente de Madrid, al igual que el embajador Villiers y, aprovechando los revueltos tiempos políticos que corrían, la policía haría caso omiso de todo el ordenamiento legal para llevar a Borrow a la plazuela de la Cebada y colgarlo sin miramientos. ¿Cómo estaba tan seguro de todo esto don Jorgito? Porque en la cárcel había entrado en tratos con un tal Eugenio Aviraneta, personaje infaltable al parecer en mil conspiraciones, que había vuelto a caer, al poco de escapar, en manos de los alguaciles. Y que este conocía uno y mil entresijos de lo que se cocinaba en los bajos fondos de la ciudad. En tales bajos fondos incluía, naturalmente, a la turbia policía madrileña y a los no menos deshonestos funcionarios de cárceles.

—¿Entonces, señora, es necesario correr ese peligro? ¿Podrían colgarme a mí también?

María Buschental abrió unos ojos alarmados y soltó una exclamación en portugués.

—¡Por supuesto que no! Jamás le hubiésemos propuesto tan descabellado

plan si no tuviéramos la absoluta seguridad de que usted entrará, hará su papel y saldrá de la cárcel *en menos de lo que canta un gallo*.

Por lo visto la Buschental tenía idéntica inclinación que don Jorgito para usar frases y refranes castellanos. Miré sin comprender a Alicia y ella me instruyó: *As quick as a wink*.

—Don Benedicto —dijo Alicia con una voz sosegada y buscó las callosas manos del suizo—. No se nos ocurriría pedirle tal cosa si no fuera porque, como explica la señora de Buschental, tenemos la plena certeza de que todo saldrá bien. Y permitidme que le diga más. La idea ha salido del propio don Jorge Borrow, quien sugirió que acudiéramos a usted. Que sólo en usted confiaba. Y que no se lo pediría si no tuviera la absoluta seguridad de lo que acabamos de explicarle.

Al oír esto último, el suizo se mordió los labios, volvió sus ojos pacíficos hacia cada uno de nosotros, que esperábamos expectantes su reacción, y pareció tragar con dificultad el picatoste que había acompañado a su último sorbo de chocolate. Tenía una manchita marrón en la comisura del labio.

—¿Ha sido el propio don Jorge quien ha solicitado mi ayuda? —La nuez de su cuello subió y bajó velozmente. Su voz parecía real y profundamente conmovida—. Pues entonces no se habló más. Así lo haré.

Creo que ninguno de los tres pudimos reprimir un suspiro de alivio. Le propusimos pues a don Benedicto que se retirara a una habitación que la buena María había dispuesto para que él descansara, que tendría a su servicio un ayuda de cámara y que allí mismo le darían de comer lo que le apeteciera. Y que nosotros le explicaríamos con más detalle el plan que deberíamos cumplir sin pérdida de tiempo, lo más probablemente esa misma noche. La Nochebuena.

El suizo asentía sin decir palabra. Parecía cada vez más relajado y diríase que a gusto en aquel palacio de la carrera de San Jerónimo, desde cuyos ventanales se divisaba el convento del Espíritu Santo, donde tantas y calamitosas reuniones del Estamento de Procuradores estaban llevando al país hacia el abismo.

Escoltado por un lacayo de librea verde, solemne y casi altivo, subió por las escaleras alfombradas en azul zafiro hasta las habitaciones que se le habían destinado a la espera de nuestras noticias. Una vez se hubo marchado el suizo, María nos ofreció sentarnos nuevamente y sin más dilación Alicia

repassó el plan de Borrow y las enmiendas inevitables que la realidad imponía al mismo. Aquel par de aguerridas mujeres no había perdido el tiempo y mientras yo iba en busca de Benedicto Mol ellas enviaron mensajes a varias personas. La primera de las cuales resultó otra mujer, también valerosa e inteligente, la ya mencionada María López, la hospedera de don Jorgito, con el ruego de que, además de llevarle a la cárcel de Corte ropa y comida, enviara con el mismo cochero de María Buschental unas prendas del inglés. Pero con la comida iría bien escondida una nota con algunas instrucciones para don Jorgito, quien debía fingir un fuerte cólico esa misma noche. No perdió tiempo Alicia, quien una vez que hubo marchado el recadero, escribió una esquila para Salustiano Olózaga. Este contestó con el mismo lacayo que le llevó la carta unas líneas floridas poniendo «lo que sea necesario al servicio de mi bella amiga. Espera sus órdenes como el más fiel de los criados». Y una rúbrica llena de endiablados arabescos. Alicia no tuvo reparo en leer en voz alta, ante nosotros dos, que escuchábamos atentos, aquel florilegio del abogado alavés. Su linda boca se torció en un gesto mordaz y murmuró que esperaba que esta vez trabajara con agilidad. Aunque lo dudaba, porque en los últimos tiempos estaba subiendo de peso de manera significativa, agregó casi entre dientes. María soltó una risita traviesa y afirmó moviendo su cabeza con vehemencia. Y yo me limité a soltar un bufido.

De todas maneras, mientras escuchaba las voces de mis amigas, a mí me quedaba dando vueltas en la cabeza la idea de que, ¿cómo decirlo?, Borrow no estuviera contando toda la verdad. De que el agente de la Sociedad Bíblica sí fuera el ladrón del guante negro, para decirlo sin ambages. O que estuviera conchabado con Candelas. Un ramillete de detalles se desplegaba ante mis ojos para que así me inclinara a pensarlo, cuestión que me llenaba de zozobra y confusión. Para empezar, la descripción que había hecho el criado del marqués de Acosta, aquella vez que estuvieron en un tris de atraparlo, bien podía ser la de Borrow: «Altísimo y vestido completamente de negro, como un clérigo...». ¿Y qué decir de su torcedura de tobillo a los pocos días de cometerse aquella fechoría? ¡Vaya casualidad! Y no podía olvidar, claro, sus conocimientos de lo que sucedía en la intimidad de los palacios de Madrid, como cuando me dijo que mi primo pasaba horas frente al cuadro de Velázquez que tenía en su comedor. ¿Cómo diantre podía haberlo sabido si

nunca hubo pisado aquel palacio, ni yo se lo había dicho jamás? Era obvio que contaba con informadores, y que estos lo tenían al tanto de lo necesario para que pudiera cometer sus golpes. Había que sumar, a estos imperceptibles detalles, las razones de orden más bien ético que podían impulsarlo. Su mucha e indisimulada inquina contra los carlistas, ojeriza que parecía rebasar con amplitud el marco de lo normal incluso para un leal súbdito del rey Guillermo. Y también había un componente de índole personal. Borrow tenía un punto de vanidad, como cualquier ser humano. ¿Acaso no presumía de haber conocido a Candelas? Y había sido —recordaba muy bien— el primero en proponer que no se trataba de un ladrón, sino de dos, y lo hizo con tal insistencia que terminó en la cárcel. Uno de aquellos delincuentes era más bien vulgar y casi tosco, jefe de una cuadrilla de rufianes que tenía la sutileza de un retén de albañiles. En tanto el otro se mostraba inteligente, intrépido, de indudable sangre fría. ¿No era acaso una manera de reclamar atención a sus fechorías, mucho más ingeniosas y bien orquestadas que la del ladrón de Lavapiés, como todo el mundo reconocía? ¿No había escrito todo un libro sobre los más célebres casos ocurridos en la Inglaterra tiempo atrás?

—Parece pues que nuestro amigo está en otro mundo. —Oí a lo lejos la voz de Alicia, que reventó como si fuera una pompa de jabón mis elucubraciones.

Rogué disculpas a ambas mujeres y volví a interesarme en los preparativos para llevar a cabo el plan de rescate, como lo llamaba María. Durante más de dos horas repasamos lo que teníamos que hacer con extremo cuidado si no queríamos que todo nuestro empeño se fuera por la borda, pero yo me sentía como un jinete bruscamente desarzonado de su cabalgadura, mustio e inquieto. ¿Acaso estábamos prestando auxilio a un ladrón?, ¿uno en extremo taimado, que no tenía reparos a la hora de engañar a quienes le tendían una mano en cuestión tan delicada?

Para rematar aquel asunto, no podía dejar de pensar que esa noche mi primo ofrecía el banquete tradicional de Navidad y ni Alicia ni yo asistiríamos. Yo también tenía que encontrar una buena excusa para no asistir. ¿Cómo podría hacerlo? ¡A ver si a mí también me llevaba el demonio en volandas, muy lejos de allí!, pensé recordando la descabellada historia de sor Patrocinio, aquella monja delirante que entretenía a todo Madrid.

Así pues, mientras el reino se preparaba para celebrar el nacimiento de

Nuestro Señor y nosotros organizábamos la fuga de Borrow, yo vivía chapoteando como un náufrago en un mar de confusión, incapaz de entender qué era lo que en verdad ocurría, sin imaginar que sólo meses después, con el supuesto asesinato del marqués de Alcañices, algo de luz aclararía de manera sorprendente la situación. ¿Era George Borrow, mi querido don Jorgito, el colportor de la Sociedad Bíblica Británica, el ladrón del guante negro? ¿O lo era el rufián de Lavapiés, Luis Candelas, que así confundía, se burlaba y terminaba por intoxicar a todo Madrid con sus alardes de ilusionista?

El gabinete de lectura de *monsieur* Casimir Monnier ocupaba el principal de una casa en la carrera de San Jerónimo, en los altos de la Fontana de Oro. Tenía un grave lustre de ajada elegancia, pesados cortinajes color almagre, mullidos sillones damasquinados, una mesa grande que ocupaba el centro del salón principal, donde se disponían periódicos del día, y estanterías altas, colmadas de libros, muchos de ellos en francés e inglés. Aquel gabinete se distribuía en recogidos saloncitos con mesas pequeñas donde se servía té, chocolate o licores, y donde los socios podían disfrutar del sosiego necesario para la lectura. O, si lo preferían, pasar al salón de billar que había al fondo de la casa, desde donde el tronar de las bolas llegaba amortiguado y casi sedante. E incluso a otro ambiente más, una cámara discreta cuyo ventanal daba a la carrera de San Jerónimo por donde ahora ascendía hasta el duque el paso raudo de landós, calesas y tartanas, el griterío de los que pedían en la cercana botillería de Canosa una bebida sin apearse del carruaje.

Osuna miró con impaciencia su Vacheron Constantin casi al mismo tiempo en que el reloj de pared señalaba las tres de la tarde. «Es la hora», se dijo acomodando la leontina que unía su bello reloj de caja de oro rosa con el chaleco, como dándose tiempo. Pero no pasó nada. En el salón de lectura contiguo al suyo dos caballeros de levita conversaban entre graves murmullos, como impelidos a olvidar la gritonería a la que seguro se hubieran entregado de estar en el Lorencini o allí mismo, pero en los bajos, en la Fontana de Oro, que a esa hora todavía servía un cocido tardío a huéspedes y transeúntes hambrientos. Pero en el gabinete de don Casimiro Monnier todo se hacía con sigilo y discreción, con reposado sosiego.

Osuna jugueteó con la cadenilla de su reloj, impaciente, pensando si había sido víctima de una nueva burla. Aunque desechó rápidamente esta idea. Se

recogió un poco los elegantes pantalones gris perla dejando ver la punta de la bota impecable. ¿Por qué demonios había aceptado acudir a aquella cita? Si no se contenía era capaz de torcerle el pescuezo al maldito. Debió haber enviado a los alguaciles para que le echaran el guante y lo colgaran, como el propio rufo sugería con cierta chulería en su nota. Pero quizá entonces nunca apareciera el collar, se oscureció, pues tal posibilidad quedaba implícita en aquellas líneas algo prepotentes de la carta que recibió hace poco. Y eso sí que no se lo perdonaría Osuna, de manera que allí estaba, rechinando los dientes de impaciencia y temiendo ser víctima de una jugarreta más del ladrón.

Recordó. Dos días antes, y una vez que se hubo marchado el inspector Luna del palacio de Alcañices, el maestro y él decidieron varias cosas. Que los criados no tuvieran contacto alguno con nadie del exterior, lo primero; que Alcañices se quedara recluido en su casa, dejando correr por Madrid la especie de su muerte, aunque sin confirmarla, lo segundo; que Osuna abandonara el lugar con toda discreción por la salida que daba a la calle de la Greda, la que usaban para recibir el almacén, lo tercero. Nadie debía verlo por ahí. Y finalmente, que Peñuelas partiera poco después, porque aún quería investigar algunos detalles más, según dijo. Así lo convinieron pues, y el duque salió del palacio casi embozado en su capa, como un simple jinete resguardándose del frío. Cruzó por aquella calle que lo llevaba hasta Cedaceros, desde donde se divisaba la iglesia de San Pedro y San Pablo. De allí subió por Alcalá hasta Montera para, brujuleando por las callejuelas que se alzan detrás de Jacometrezo, alcanzar discretamente la plazuela de Leganitos y finalmente su palacio. Llegó exhausto, con los músculos entumecidos, sobrepasado por los acontecimientos. Pero esa misma mañana puso al corriente a Lobo para que le averiguara todo cuanto fuera posible.

Transcurrieron así unos días encendidos de discusiones, pues Peñuelas insistía en que no era Candelas el autor de aquella atrocidad, pero el duque se empecinaba en que por supuesto que sí: era Candelas, que daba un paso más, esta vez en exceso temerario, para incriminar al ladrón del guante negro. Su vil jugada resulta ahora clara, se dijo el duque pensándolo mejor. Que no apareciera el dichoso guante en los recientes golpes para hacerlo en este último sólo llevaría al empacho a policía y pueblo desquiciados ya de ver cómo les tomaban el pelo. Seguro que se trataba del mismo ladrón que ahora

asaltaba no sólo a carlistas sino a liberales. ¡E incluso asesinaba a un noble! Todos estaban tras sus huellas y en los cafés se mencionaba indistintamente al ladrón del guante y a Candelas. Ya había ganado, con la vehemencia ciega del hartazgo, la idea de que se trataba del mismo. Y además este era un asesino. De manera que Osuna no quería hacer otra cosa que ver cómo lo colgaban. Como todo el mundo.

—Por lo mismo que usted afirma, es imposible que el asesino sea Candelas —volvía a la carga pacientemente Peñuelas, intentando tranquilizar a un Osuna de rostro congestionado, mientras esperaban noticias.

—¿Que no es Candelas, dices? ¡El guante lo delata!

El maestro suspiró con resignación y cruzándose de brazos habló con una nota fría en la voz.

—Usted, como esta implicada la señora marquesa, no piensa con claridad. Le recuerdo, excelencia, que es del todo imposible que él lo haya hecho. Nunca ha cometido un sólo crimen de sangre y, como usted y yo bien sabemos, jamás ha dejado un guante en el, digámosle así, *escenario* de sus robos. Se trata de otro, otro que quiere implicar al ladrón del guante negro, sabe Dios con qué sinuoso propósito. Hay ahí algo raro...

Peñuelas cruzó de un extremo a otro la biblioteca como si estuviera calculando la distancia entre las paredes del amplio salón. Y de ahí volvió al punto de partida. Como le sucedía a muchos hombres flemáticos, aquellos súbitos paseos de gato enjaulado le resultaban al maestro la mejor manera de concentrarse. Para él todo resultaba confuso, dijo, pero aún así no creía que hubiese sido Candelas. Habían mandado encender el fuego a un lacayo y luego de servirse una copa de aguardiente, él, que casi nunca bebía, perseveró en tal elucubración. No, aquello no encajaba. Y se llevó el pañuelo a la barbilla, por donde resbalaba una gota de orujo. Alguien más sabía quién era el ladrón del guante y quién Candelas, alguien había entrado a robar usando los métodos del primero para confundir a la policía, pero también para incriminar a Candelas. ¿Acaso no se daba cuenta el duque de la tosca urdimbre de aquel asunto? ¿Para qué matar al infeliz ayuda de cámara si se encontraba a considerable distancia de donde se guardaba el collar? Era evidente que no quisieron acabar con la vida del pobre Higinio, sino con la del marqués, y que en la densa oscuridad de aquel recinto, mientras Osorio discutía agriamente en su habitación con la marquesa, el criminal degollaba

por error al criado que esperaba a su señor para prepararle aquellas abluciones nocturnas. Todo era una conspiración, insistía con vehemencia Peñuelas, para incriminar a Candelas. O al ladrón del guante, puesto que ya nadie en el reino sabía quién era quién. Salvo ellos dos, naturalmente. Y el propio Candelas. ¡Nadie podía tener tantas ganas de ser colgado como para incriminarse de esa manera tan burda!

Por eso era imprescindible que se esparciera la especie de que el marqués había sido asesinado, hacerle creer al criminal que, de haber sido este su propósito —tal como ellos sospechaban— lo había conseguido; para que se confiara y diera un próximo paso en falso.

Los alguaciles removían cielo y tierra infructuosamente, y en los cafés y tertulias no se hablaba de otra cosa, alimentado el equívoco y la murmuración por el hermetismo de la marquesa. Y las puertas del palacio cerradas a cal y canto no dejaban nada claro si aquello era cierto o no, como le dijo su primo Henry la otra noche. Estaba bastante pálido y preguntó con algo de vehemencia qué era lo que había ocurrido, si acaso el ladrón aquel, Candelas o el misterioso ladrón del guante negro habían sido ya atrapados.

—Debe ser ese maligno ladrón —dijo Henry, dando media vuelta antes de marcharse—. Ojalá lo atrapen y lo cuelguen pronto.

Osuna se mordió los labios. Después de aquella noche en que Henry se excusó de participar en el banquete de Navidad, empezó a comportarse de un modo extraño, lleno de suspicacia y cautela, inclinado a solitarias cabalgatas por la montaña del Príncipe Pío. En un principio, Osuna no quiso hacerlo seguir por Lobo porque lo hubiera considerado una grave ofensa, pero habría dado cualquier cosa por saber qué lo atormentaba, de manera que cuando ya estaba a punto de ceder a ese primer impulso, un inesperado cambio de rumbo en el humor de su primo lo contuvo. Quizá simplemente se trataba de algún lío de faldas, algo relacionado con Alicia de Cisneros. Osuna no quiso averiguar nada más.

El caso era que Candelas había llevado su juego demasiado lejos. Todo Madrid estaba revolucionado por los rumores de la muerte del marqués de Alcañices y el robo del collar y retenes de policías entraban a tabernas, figones, fondas, casas de huéspedes y a cuanto lugar pudiera servir de escondite al criminal. Sin resultados. Osuna nada podía hacer hasta ese momento más que especular, sin saber por dónde moverse.

Tres días después de ocurrido el robo y el crimen, al duque le esperaba una nota. La abrió con manos impacientes delante de Peñuelas y del lacayo que se la entregó. Sintió cómo se le tensaba el estómago al reconocer la letra de gavilanes elegantes que le urgía a citarse con él. Tal como era de suponer, Candelas juraba que no era un asesino y «aún poniendo mi cuello en sus manos» le rogaba que le diera una oportunidad de explicarse. Lo emplazaba en el gabinete de lectura de M. Monnier. Y si el duque quería, enviaba a los alguaciles a que le dieran caza, él lo aceptaría. Ponía pues su vida en las manos del duque. Pero reflexionaba que sería «una grande injusticia el que un hombre de honor» como Osuna no le diera la más mínima oportunidad de explicar y lavar su nombre. Él era un ladrón, pero no un asesino. Finalmente insinuaba que, si algo le sucedía, «el collar nunca iba a aparecer». La frase era como una fea mancha en la alfombra impecable de aquellas frases pretendidamente apaciguadoras.

De manera que allí estaba, impaciente y lleno de frío desprecio por aquel ladrón, con ganas de marcharse, arrepentido de haber acudido a aquella cita innoble.

A sus espaldas, un anciano caballero de barba gris y corbatón de varias vueltas leía parsimoniosamente *El Eco del Comercio*. Luego lo miró y le pidió fuego. Cuando encendió su cigarro y luego de chuparlo un poco, se arrellanó a su lado con placidez, desplegando su periódico frente a él. Sólo entonces Osuna sorprendió la nariz grande, las facciones ya conocidas, el chispazo peligroso en los ojos.

—Le agradezco que me haya dado la oportunidad —susurró el viejo, atajando el gesto de estupefacción que descompuso momentáneamente el rostro del duque.

—La verdad, sólo estoy aquí para advertirle, desalmado. —La voz de Osuna sonó cortante como una navaja, una vez se recompuso de la sorpresa inicial—: devuelva el collar a su dueña y cuando lo haga le daré un par de horas para que huya, si acaso puede, antes de que toda la policía le dé caza y lo lleve a la horca.

El semblante de Candelas se tornó violentamente rojo, como si estuviera a punto de sufrir una apoplejía. ¿Un par de horas? ¡Pero si ya tenía a la maldita policía detrás de sí!, rió con desgana. Había huido de su casa de milagro aquella misma madrugada del robo, dijo con una voz llena de

encono. Pero luego pareció sosegar y pensar mejor sus posibilidades:

—¿Qué garantías tengo de que si devuelvo el collar no me pasará nada?

—Ya se lo he dicho, y debería bastarle porque es la palabra de un hombre de honor: tendrá un par de horas antes de que yo personalmente le eche a mis galgos.

Candelas estudió el cigarrillo con calma y luego le dio una corta chupada, pareció meditar.

—Y yo le he dicho y le repito que no soy el asesino.

—Afirmo tener el collar en su poder. Luego usted lo robó.

—Y hay además un ayuda de cámara muerto. —El ladrón rió con suficiencia—. Vamos, duque, usted sabe que yo no cometo delitos de sangre.

—Eso afirmo usted, pero el guante negro lo delata.

Candelas lo miró con calculado desprecio, como quien se contiene de devolver un insulto.

—Excelencia, me parece que eso que dice usted es una salida bastante tosca. Sabe muy bien que no soy el tal ladrón. Me han tendido una trampa. ¿Acaso no lo ve? La policía estuvo tras mis pasos a las pocas horas de salir del palacio del marqués. ¿Cómo dieron tan rápido conmigo?

Dio otro par de chupadas ávidas a su cigarro. Él había robado el collar en connivencia con un compinche, sí, admitió. Pero le habían tendido una celada. Y quien lo hizo tenía que ser el asesino. Él simplemente se encargó de robar el collar, pero jamás mató a nadie.

—¿Y quién es ese compinche? ¿Por qué no lo delata y se salva así de la horca?

—No puedo hacerlo porque... yo no soy un delator. Además no tengo aún la seguridad de tamaña traición.

Osuna enarcó una ceja escéptica.

—¿Y pretende que me crea semejante absurdo? Vamos, Candelas, devuelva el collar y ruegue por su maldita alma. Le doy dos horas, eso es todo.

Candelas fingió interesarse en la lectura de su periódico.

—Ese trato que usted me propone es infamante —dijo al fin—. Sería admitir que soy un asesino. Y no lo soy. Veo que no tenemos nada más que hablar.

En ese momento, a un gesto imperioso de Candelas, se les acercó, solícito, un joven criado con una bandeja de plata donde refulgían varias botellas de licores para preguntar si los señores querían servirse algo y Osuna lo iba a despachar irritado cuando el ladrón extendió rápido una pierna e hizo tropezar a aquel infeliz. Las botellas volaron por los aires y se hicieron añicos contra el suelo. El estrépito hizo darse la vuelta a varios señores que leían en silencio sus periódicos. El duque se levantó de un salto maldiciendo mientras el chico, arrodillado, recogiendo el estropicio, se deshacía en disculpas y decía que en un momento le traía un poco de agua para limpiarse, excelencia, qué imperdonable error, mientras disponía el paño que llevaba consigo. Que le dejara ya, no era nada, dijo Osuna zafándose de las manos del muchacho que intentaba limpiar algunas gotas de licor de sus pantalones, de sus botines manchados feamente. Cuando el duque se dio la vuelta para encarar al ladrón sólo encontró el cigarro aún humeante en el cenicero.

CAPÍTULO XI

Gloucester Road, Londres, 1886

La elegante berlina que había puesto a nuestra disposición María Buschental se detuvo con brusquedad muy cerca de la plaza de Santa Cruz, casi frente a la cárcel de Corte. El cielo estaba limpio de nubes y gran cantidad de estrellas parecían iluminar los edificios colindantes de las calles Imperial, San Jacinto, Esparteros y el colegio de Atocha, enfrente. Según había sabido, hasta la guerra con el francés, aquel fue el principal enclave de vendedores de telas, la mayoría de ellos vocingleros pasiegos que ofrecían sus muselinas y sus brocados, a menudo de contrabando, entre requiebros y zalamerías que hacían reír a las señoras que por allí se acercaban a comprar tales géneros. Ahora, además del de los aguadores que se instalaban en la plaza contigua, la de la Provincia, y en torno a la Fuente de Orfeo durante el día, aquel se había convertido en el punto de reunión de mujeres que ofrecían sus servicios como nodrizas y quienes querían contratarlas para dicho fin. Y todos los años se instalaba un mercadillo navideño que por la tarde y hasta caer la noche hervía de gente. En todo caso, a esas horas ya por demás extemporáneas no se veía por allí ni un alma. No eran aún las diez, pero el frío al parecer ahuyentaba a los noctámbulos.

Apretujados en la berlina, Alicia, Benedicto Mol y yo esperábamos impacientes, algo ateridos, la señal convenida para acercarnos a la cárcel. Como creo que ya he referido en su momento, sucede que a la espalda de esta temible prisión, en la calle que se llama de la Concepción Jerónima, donde apenas se apiñan unas cuantas casuchas, suelen apostarse unos ciegos. Estos escuchan las coplas que cantan los presos que quieren comunicar disimuladamente algo al exterior y las repiten con su rasgueo de guitarra por

donde sea menester. Con tan ingenioso sistema nos darían aviso de que había abandonado ya su despacho el alcaide, aquel rumiante de *palulú* que por la mañana de ese mismo día aceptó a regañadientes que visitáramos a Borrow y que sabíamos muy bien nos había cogido ojeriza. No era aquel don Paco hombre de horarios fijos y de resultas que vivía en la cercana plazuela de la Leña, algunas veces se marchaba a su casa temprano y otras se quedaba hasta la madrugada. Incluso en alguna ocasión se mandaba traer la comida por una de sus hijas y se quedaba a dormir allí. En las ocasiones en que no pernoctaba, el alcaide era reemplazado por un vejete de nombre Hormigo quien, por lo flacucho y apocado que resultaba tanto de físico como de espíritu bien merecía aquel nombre, nos explicó con cierto regocijo Borrow, quien en los pocos días que llevaba como *huésped* de aquel horrible lugar no sólo había aprovechado para aprender germanías y argot de la *carda* —tema que lo fascinaba—, sino que hubo conocido el maquiavélico funcionamiento de la cárcel y tomado contacto con algunos de los principales de allí, de aquellos *que cortaban el bacalao*, según gráfica expresión que don Jorgito había rescatado, gozoso, de aquella su primera estancia carcelaria. Así pues, en aquel lugar había como personal fijo, además del alcaide, un llavero, un escribiente, seis demandaderos, un enfermero y tres porteros. Se agregaban a estos otros personajes cuya aparición resultaba más bien esporádica: el capellán, el médico y un cirujano, que eran mandados llamar cuando su presencia era necesaria o, como nos explicó Borrow refiriéndose a los dos últimos, más bien cuando ya no era útiles a nadie, en cuyo caso avisaban al capellán —«un inútil en cualquier caso»—, que resultó ser un cura engolado, amante de recitar latinajos incomprensibles y de quien se decía solicitaba ciertos favores a los zagales de la cárcel a cambio de un mendrugo de pan o un plato de sopa. Otras truculencias más nos contó Borrow aquella fría mañana en que Alicia y yo lo fuimos a visitar y nos reveló su plan de huida. Lo hizo como si no se percatase de la presencia de una dama entre nosotros y yo, sofocado y confuso, me deshice en señas para que don Jorgito advirtiera su poco tacto. Pero a Alicia no parecía sofocarle tanto como a mí lo que nuestro amigo nos narraba con cierto prolijo gusto por el detalle escabroso.

En la cárcel de Corte, cuyo mal olor obligaba a quemar incienso y otras plantas aromáticas cada vez que iban por allí los magistrados de audiencia, los presos se acomodaban según una estricta jerarquía que organizaba y daba

en algo sentido a aquella parcela del Averno, que era como yo la había visto, espantado de la miseria, el hambre, la enajenación y la violencia de sus habitantes. Era invierno y los más pobres corrían el riesgo de morir congelados, pues no poseían mantas ni cobija alguna, y dormían al relente, sobre la dura piedra. Muchos de ellos eran niños que apenas tenían fortaleza para defender un espacio más abrigado en alguno de los calabozos donde se amontonaban, en indeseable promiscuidad. Los Jueves Santos se les permitía a los presos asomarse a las rejas que daban a la plaza de la Provincia, haciendo sonar sus cadenas y gimoteando una limosna. Esta era una costumbre que lejos de ayudarlos solía provocar efectos nefastos, pues si por ventura caía allí una moneda, aquellos desgraciados eran capaces de lanzarse sobre ella y matarse a dentelladas por conseguirla. Felizmente, nos dijo don Jorgito, él había logrado, gracias a la intercesión de este Aviraneta, que lo ubicaran en el patio de los presos políticos donde había furibundos realistas y algún que otro liberal, sobre todo sospechosos de haber participado en la matanza de los frailes del año treinta cuatro. Pero los que en realidad disfrutaban de prebendas y privilegios eran sin duda los carlistas, como receptores naturales de las simpatías de don Paco. Precisamente un abogado carlista, de apellido Selva, era el que parecía mandar sobre ellos y tenía especial encono por *mister* Prescott, por el mero hecho de ser «un maldito perro inglés protestante». Y amigo del pérfido Aviraneta, el liberal. ¿Nos imaginábamos qué hubiera sido si además hubiese averiguado el tal Selva quién era él realmente?, nos susurró Borrow aquella mañana. Vaya si lo imaginábamos. Había pues que actuar sin demora. El tal Aviraneta le ayudó a urdir su plan y le confió lo de las coplas y el ciego, los horarios y los turnos de las rondas que se sucedían con detenida molicie, lo fácil que resultaba sobornar a cualquiera de los celadores, especialmente a uno de nombre Gaspar, que había pertenecido a la milicia urbana y era una especie de jefe de los demás celadores y de otros individuos que conformaban aquel espantoso personal. ¿Por qué pues no pagar un buen soborno y escapar de allí?, se preguntaba Borrow, sobre todo teniendo en cuenta lo especial de la fecha: la noche de Navidad. Pero era el caso, le explicó Aviraneta, que, siendo como era don Jorge Borrow —Edward Prescott, para el caso— el principal sospechoso de los robos más espectaculares de Madrid, don Paco no podía aceptar ni una alforja llena de oro para hacer la vista gorda. Y para conseguir medallas, promociones y sobre todo reconocimiento había puesto especial

empeño en que el inglés fuera colgado lo antes posible, aprovechando que el verdadero encargado de los asuntos judiciales de los extranjeros, el capitán general, estaba fuera de Madrid. En efecto, este capitán general, el conde de Ezpeleta, había marchado a Jaén, donde se rumoreaba que la reina lo destinaría pronto como gobernador político y militar.

De manera que allí estábamos, Alicia, el suizo Mol y yo, a la espera de que alguien pasara entonando una discreta copla cuya letra diría si efectivamente esa noche estaba a cargo de la cárcel don Paco o el tal Hormigo. Y si estaba éste último y no el primero, la letrilla haría referencia a alguna fruta. En caso contrario, era mejor esperar al día siguiente... y cruzar los dedos. Eso era todo, pero nos reconcomía la angustia, el frío y la impaciencia. En un momento dado, al notar que Alicia, su cuerpo muy junto al mío, tiritaba levemente, le puse mi *sourtout* por encima de los hombros. Ella me miró sin que pudiera yo descifrar el mensaje de sus ojos pero no dijo nada y más bien se arrebujó con inesperada familiaridad buscando mi calor. Yo me quedé quieto como una estatua de sal, temeroso de que cualquier otro avance por mi parte pudiera suscitar su repentino rechazo o fastidio. Simplemente cerré los ojos y disfruté de ese momento en que tenía a mi amada tan cerca de mí. Mol, sentado enfrente de nosotros, se mordisqueaba una uña y de tanto en tanto se tiraba enérgicamente de los faldones de la levita, como temeroso de arrugarla o quizá incómodo de vestirla. De vez en cuando se aliviaba con un par de dedos el alto cuello con *cravat* de seda oscura que le cubría casi hasta las patillas y que le habíamos comprado a toda prisa para darle un cierto empaque más elegante, pues debía fingir ser nada menos que el médico de la embajada inglesa. La ropa de don Jorgito resultaba por demás austera para el efecto que deseábamos conseguir, sentenció María Buschental al ver la que nos hizo llegar María López, esa misma tarde. Así que corrimos a una sastrería de la calle angosta de Majaderitos para adquirir camisa, chorrera, chaleco de fantasía, pantalón y botas Wellington hasta que dejamos a Benedicto Mol realmente ataviado como un alto dignatario, que era como ahora esperaba impaciente junto a nosotros, en aquella berlina.

Cuando ya empezábamos a desesperar aparecieron dos hombres, pero ninguno de ellos traía guitarra. Venían por la calle de Santo Tomás y parecían caminar con cierta prisa o nerviosismo. Contuvimos la respiración al ver que

se acercaban hacia nosotros, uno embozado en una capa azul y el otro tocado con un sombrero calañés. Alicia aferró mi mano con fuerza y se inclinó hacia el pescante donde el cochero dormitaba, como a punto de darle una orden perentoria de que saliéramos en estampida de allí, pues bien podía tratarse de una trampa. Quizá aquellos dos eran de la Secreta y, advertidos de nuestra estrategia, venían a apresarnos. Quizá eran los propios hombres de don Paco, con igual nefasto propósito. Pero aquellos dos se sentaron en los bordes de la fuente de Orfeo que corona la plaza de la Provincia, apenas a cincuenta pasos de distancia de nosotros y encendieron unos cigarros. Conversaron un rato con toda tranquilidad, rieron un poco, como dos pacíficos vecinos que venían de alguna celebración de la Navidad y decidieron marcharse. Al pasar junto a nosotros, uno de ellos sin embargo tarareó muy bajito lo siguiente, casi como para sí mismo:

*Reinará don Carlos
Cuando la inquisición
Reinará el infante
El santo, el Borbón
Cuando la naranja se vuelva limón*

¡Era la señal de que Hormigo estaba de guardia!, dijo Alicia volviendo hacia mí sus hermosos ojos llenos de un brillo casi salvaje. Pero yo estaba confuso: ¿no se suponía que debía mencionar una fruta? ¡La coplilla aquella mencionaba dos! Bien podía tratarse de una trampa... Alicia soltó uno de esos bufidos como de dragoncillo a los que ya me tenía acostumbrado y que parecía no podía evitar cada vez que algo la contrariaba, de manera que juzgué prudente sofocar mis objeciones y seguirla, pues Benedicto Mol ya había descendido de la berlina y ahora ayudaba a Alicia a bajar de la misma. Nos encaminamos muy decididamente a los portalones de la cárcel. Debo de confesar que tenía la boca reseca y me costaba respirar sin que se notara mi agitación. Suponía que el suizo y Alicia sentirían el mismo desasosiego, pero no tenía cómo comprobarlo, de manera que haciendo un gran esfuerzo de autocontrol me adelanté unos pasos y llamé con golpes enérgicos. Al minuto apareció por una suerte de mirilla el rostro legañoso de un portero. Por fortuna no era aquel que nos recibiera tan groseramente esa misma mañana.

—¿Quién llama a estas horas?

—¡Mr. Benedicto Williams, médico de la legación inglesa en Madrid y Henry Beaufort, cónsul de la misma! —dije yo con una voz llena de aplomo y autoridad—. Venimos a ver al súbdito de su majestad, Mr. Edward Prescott, que está encerrado ilegalmente aquí. Venimos con su mujer, que está desesperada y pide visitarlo. ¡Exigimos ser atendidos por el alcaide!

El portero, al ver la imponente presencia de Mol y quizá la mía propia, se quedó un momento en silencio, abrió la puerta de mala gana y cuando Alicia se echó a llorar no supo qué hacer. Mientras yo, en mi calidad de cónsul, seguía perorando sobre la injusticia de aquel encarcelamiento y mostraba papeles y documentos. Al cabo, alertado quizá por el vocerío, se acercó otro celador y al instante regresó con un viejo de ojos somnolientos, escasos cabellos que coronaban una cabeza moteada de pecas. Vestía una casaca y chupa negra, como de enterrador. Lucía bastante desastrado pero su sonrisa brillaba a medio camino entre la beatitud y la idiotez. Rogó a Alicia que por favor se calmara, se rascó furiosamente la cabeza cuando yo lo interpele alegando que el doctor Williams debía comprobar el estado del reo Prescott y que si veníamos a esas horas por demás tardías era porque en la Capitanía General nos habían hecho esperar mucho tiempo para finalmente decirnos que el capitán general estaba de viaje y que debíamos hablar con don Paco o, mejor aún, con el excelentísimo señor Hormigo, alcaide de la cárcel de Corte.

—Y a este señor exijo ver, no quiero hablar con nadie más —dije resueltamente mirando a un lado y a otro, como si esperase ver al funcionario materializarse en cualquier momento.

Hormigo, que además de en extremo delgado era muy bajito, pues no alzaría dos palmos del suelo, pareció crecer unas pulgadas, sonrió envanecido, carraspeó un poco y dijo que él era el señor a quien buscaba. Tal y como me habían aleccionado Alicia y María Buschental, mi tono y temperamento cambió, como si me apocase hallarme frente a semejante personaje y le pedí de muy buenos modos que, por favor, diese consentimiento para que el doctor Williams visitase al señor Prescott, acompañado de su mujer. Hormigo vaciló un momento pero al final cedió, envanecido de ser requerido para un asunto así, en el que estaba en juego la buena relación entre la Inglaterra y España, poco menos que en sus manos. Era consciente, además, de que en una fecha tan señalada y cristiana, mal

haría en no aliviar el dolor de una señora... De manera que Mol, que apenas había dicho palabra, y una sollozante Alicia fueron acompañados por el celador hasta una celda desocupada que dispuso Hormigo para la rápida revisión del estado de salud del caballero Prescott. Yo me quedé esperando con él, intentando que no se notara mi nerviosismo, que crecía por momentos. Al cabo de una interminable media hora apareció Alicia y el médico inglés, cubriéndose el rostro este último con un pañuelo a causa de una serie de alarmantes estornudos, quizá producto de las malas condiciones de salubridad de aquella cárcel. Nos deshicimos en agradecimientos para con Hormigo y los celadores y partimos hacia la berlina que nos esperaba junto a la fuente de Orfeo. Minutos después pude por fin abrazar a don Jorgito, que se quitó el embozo y los corbatones con fingido fastidio.

—¡A casa de doña María! —indicó Alicia.

Y hacia allí partimos rogando que tardaran en darse cuenta del audaz cambio de preso que habíamos hecho. Ahora todo dependía del tiempo. Del tiempo y de la templanza de don Benedicto Mol, aquel suizo proverbial que habíamos dejado en lugar de George Borrow. Sabíamos muy bien que no tardarían en descubrir la artimaña. Y para eso necesitábamos los buenos oficios de Salustiano Olózaga, o de lo contrario el suizo Mol no tendría oportunidad de ir a por su tesoro.

Despertó de un sobresalto y con un jadeo de sorpresa y furia, el corazón a punto de reventarle como una fruta madura en el pecho. La habitación seguía cercada por las tinieblas y desde la calle no subía el más mínimo ruido. La ciudad dormía sin sobresaltos. En el cuarto flotaba un olor denso a repollo, a perfume de lilas y suciedad. No tenía idea de cuánto había dormido, pero desde que Paquita le hubo abierto generosamente la puerta de su cuartucho, en una destartalada buhardilla de la calle Juanelo, se había visto tan derrotado por el cansancio y la tensión de los muchos días huido, que la primera noche cayó como un tronco, sin siquiera probar el trozo de carne y verduras que la cigarrera había dispuesto para él. Unos días más pasó así, intranquilo como un oso enjaulado, maldiciendo su suerte, la trampa en la que había caído. Y también a Osuna, que no le quiso creer ni una palabra cuando se entrevistó con él en el gabinete de M. Monnier. Aquella había sido su última carta. Y no había rendido más que el amargo fruto de la decepción.

Paquita dormía a su lado, y su respiración era tranquila como la de una niña. Los ojos parecieron salirse de las órbitas cuando unas noches atrás abrió la puerta y se encontró de bruces con el delincuente más buscado del reino entero.

—Tienes que ayudarme, Paca— jadeó Candelas. Tenía el rostro macilento y los ojos turbios de sueño y fatiga.

Ella miró a un lado y a otro, masculló una obscenidad y lo haló bruscamente dentro de la habitación. Se acomodó con manos nerviosas el corpiño y se arrebujó en un chal, con un gesto de pudor inexplicable. Pero qué habías hecho, desgraciado, dijo con su voz ronca, y quiso zarandearlo. Por un segundo Candelas temió haber cometido la peor de las imprudencias de todas cuantas llevaba cometidas en los últimos días pues le vino a la cabeza, en el momento en que la Paca lo increpaba con tal vehemencia, que no sólo habían sido amantes, sino que ella había gozado, algunos años atrás, de los favores del propio marqués de Alcañices. Ese mismo marqués cuyo asesinato era comentado en todos los cafés y comercios, en las calles y las plazas de Madrid, y cuya muerte achacaban precisamente a él.

—Tranquilízate, coño. —La contuvo aferrando sus muñecas con violencia y, al advertir el pánico en los ojos de la joven, bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Yo no he tenido nada que ver con esa muerte. Es un maldito infundio.

Todavía ella forcejó un buen rato, ¡mentiroso, truhán!, entre lágrimas y maldiciones, antes de que se dejara caer abatida en la cama a cuya vera él se sentó para acariciarle los cabellos y explicarle lo que había ocurrido. Le hizo bien contarle con tal pormenor, porque fue como si él mismo aún no hubiera tenido tiempo de asimilar la serie de acontecimientos que lo habían conducido hasta ese espantoso callejón sin salida en el que se encontraba...

Sintió unas acuciantes ganas de fumar pero no quiso despertar a la Paca. Cruzó las manos tras la cabeza y recordó, como si pasara sus ideas en un cuaderno limpio de colegial. Era una noche particularmente oscura cuando pudo entrar al palacio de Alcañices. Pese a lo bien urdido del plan y al compinchazgo de dentro de la casa, no pudo menos que admirarse de que todo hubiese resultado tan fácil desde el principio. Acomodado entre sacos de patatas y legumbres, en el carromato que llevaba todos los jueves las provisiones para la bien surtida despensa de la casa, Candelas se mantuvo sin

moverse hasta que vio la oportunidad de apearse y correr al escondrijo que ya estaba preparado en el almacén, entre costales de sal y algunos viejos aperos. Allí esperó a que oscureciera y que los lacayos hicieran su ronda rutinaria revisando las puertas y accesos de palacio. Los oyó conversar, reír, echarse un cigarrillo. Los vio desaparecer rumbo a las cuadras y salió de su escondite con todo el sigilo de que era capaz. Iba vestido íntegramente de negro. Con la respiración agitada cruzó aquel patio y ganó la puerta por donde sabía que debía entrar. Estaría entornada y en efecto, así la encontró. Esperó aún un momento para acostumbrar sus ojos a la oscuridad de aquel vestíbulo y avanzó por una, dos y hasta tres cámaras contiguas al salón de baile —*la sala de luces*, se dijo mentalmente— antes de alcanzar la escalera que lo llevaría a la planta noble del edificio, agigantada su silueta fugaz cada vez que cruzaba frente a los malditos ventanales. Se empozaba un silencio profundo y negro cuando alcanzó la galería por donde ahora debía cruzar. Era aquella, sí: ese era el mural, *El triunfo de Apolo*, que cubría la pared septentrional. La recámara de los marqueses estaba al otro lado de la estancia a donde él debía dirigirse, hacia el sur. Luego de atravesar la galería llegó al despacho del marqués, cuyas paredes estaban cubiertas de seda. Lo recordaba muy bien de la primera vez en que, convenientemente disfrazado, lo visitó, de manera que no le fue difícil ubicarse. Contigua, y hacia el oeste, otra cámara, más pequeña, «la cámara de ámbar», con una pianola en el centro; luego un tocador de señoras y finalmente la puerta discreta, al final de este, casi escondida. Estaba sin llave, como debía estar. Pese a ello, al entornarla, Candelas quedó deslumbrado. Se encontraba en una suerte de camarilla o depósito meticulosamente dispuesto, casi como el de la mejor joyería. Ni la Zahón. Allí había de todo: diamantes, esmeraldas grandes, aljófar, collares de perlas, alfileres, diademas... Pensó en el cofrecillo donde él guardaba su modesto botín y un mareo de fascinación, rencor y lujuria lo turbó momentáneamente, pero de inmediato se recompuso. En medio de aquel pedrerío fastuoso brillaba el collar de los Balbases. Era la única joya importante cuya urna estaba abierta...

Se movió ligeramente en la cama y sintió acomodarse a la Paca. Sus facciones estaban suavizadas por un aura de tranquilidad y sosiego, tan distinto a la crispación que enajenaba su rostro el otro día, cuando él se presentó para pedirle cobijo y resguardo, y le fue contando qué era lo que en

realidad había ocurrido...

Con el collar en el bolso dio media vuelta y deshizo con precisión milimétrica el camino que lo había llevado hasta allí. Cuando bajaba las lujosas escaleras de mármol una marea de voces apagadas le heló la sangre. Del fondo de aquella ala del palacio le llegaban, amortiguadas por la distancia, el sofoco de una discusión. Una voz femenina y quejumbrosa y la voz prepotente de un hombre. Una pelea conyugal. Tenía toda la pinta. Bajó a prisa las escaleras, cruzó como una exhalación las tres cámaras coquetas por donde había venido y alcanzó el patio helado que separaba el edificio principal de los almacenes y las caballerizas. No le fue difícil alcanzar el exterior y encaminarse a toda prisa hasta su piso de la calle de la Estrella. Allí se dejó caer en la cama después de beber un poco de agua fresca, rendido de cansancio y tensión, como se encuentra ahora mismo, en que presta oído atento a la tranquilidad que de tan inusual le resulta alarmante mientras a su lado ronca suavemente la Paca. Allí, en la mullida cama de su habitación, durmió con otro tipo de fatiga, bienhechora y voluptuosa... de la que fue despertado con porrazos, gritos y juramentos, que abriera, coño, la policía, y más golpes furiosos. La madera de la puerta crujía a punto de venirse abajo. Se frotó el rostro pensando por un instante si aún estaba soñando, pero rápidamente entendió que no, que allí, a escasos metros de donde él yacía, estaban los alguaciles. ¡Qué había sucedido! ¡Cómo habían dado con él, redios! No quiso entretenerse Candelas en estas elucubraciones, cogió apenas algo de dinero, el collar y unos documentos. De un salto se encaramó a la ventana abierta frente al jardincillo lleno de hierbajos que llevaba hasta la calle de la Justa. Como cuando vivía en la cercana calle de Tudescos, Candelas se había cuidado de tener otra salida, por si acaso. Y en ese momento, descendiendo por la soga que había dispuesto para tal propósito, daba gracias al cielo y a la Virgen de Atocha el haber tomado esta providencia pues en el instante en que él saltaba como un gamo hacia el jardín, la puerta era tirada abajo con un crujido de maderas reventadas, entre blasfemias e imprecaciones.

Corrió hasta la calleja del Perro y de allí enrumbó por la de Silva. Mientras caminaba ligero por Jacometrezo, tiritando de frío en ese amanecer empozado y sucio, Candelas entendió con rapidez que no estaría seguro en ningún sitio conocido. En la esquina de la calle de la Misericordia con

Capellanes, allí donde quedaba la buhardilla que había tomado en alquiler hacía poco tiempo, casi se dio de bruces con unos sujetos cejijuntos que preguntaban a los vecinos por Ricardo Oliveros. Escapó por los pelos, caminando con disimulo, bajándose el calañés todo lo que pudo.

Se dijo que no era buena idea acercarse aún a su tabuco cerca del Portillo de Embajadores, su secreto mejor guardado, donde mantenía a buen recaudo todo lo realmente valioso que poseía, aunque maldijo, ¡joder!, al pensar en la colección de facas que dejaba en la casa de la Estrella. Tendría que encontrar algún lugar donde pasar la noche. Descartó la Posada de la Aurora y todas las de la Cava Alta: allí podían conocerlo. Lo mismo en el mesón del Caballero o en el de San Antonio, de la calle Herradores. Finalmente encontró una posada en la calle del Lobo con la Carrera de San Jerónimo, oscura y lóbrega, donde la patrona, una vieja de aspecto tan sucio como la propia casa, parecía no quitarle el ojo de encima a aquel huésped sin equipaje que presentó pasaporte como Lucio Cagigal, de oficio mancebo de platero y que apenas salió de su habitación en todo el día. Allí tuvo tiempo de rumiar lo que había podido ocurrir. Pero por más que le daba vueltas, no conseguía Candelas entender qué había sucedido. O mejor dicho sí, pero le costaba creer que hubiese sido desde el principio víctima de un engaño ominoso, una traición que cortaba como un navajazo todo aquello en lo que hasta ese momento daba por cierto. Y él había caído como un inocente.

Cuando decidió esa misma noche acudir donde Cuclillo, encontró la taberna cerrada. Tocó los tres golpes largos y el corto que tenían convenidos y al cabo de un momento se abrió la puerta. Cuclillo lo miró con su ojo sano como si él fuera una maldita ánima escapada del purgatorio y se echó a temblar. Que se largara, Candelas, que se fuera de allí, por lo que más quisiera, lo iban a moler a palos y volverían a violar a la Manuelilla, ¡son unos hijos de puta!, aulló mientras se cubría el rostro antes de decirle que esos que lo seguían no era de la Secreta ni simples alguaciles. ¡Unos hijos de puta es lo que son! Igual allí que en La Paloma o donde el tío Macaco, incluso en Traganiños. Todos los de la banda habían sido golpeados hasta la extenuación, amenazados con la horca si lo ocultaban o si entraban en contacto con él, Luis, dijo Cuclillo, y miró con los ojos enloquecidos a un lado y a otro de la calle desierta: le juraba que lo iban a cumplir, agregó con un jadeo de terror, esta vez estaban todos arruinados, alguien se había ido de

la lengua.

—Quizá el hijo de puta del Sastre...

Cuclillo lo miró como si estuviera loco. ¿De qué hablaba? Cusó y Balseiro estaban desaparecidos. O muertos. El Sastre y Mérida habían caído y estaban ya en la cárcel. Y era cuestión de tiempo que los colgaran. En cuanto a Postigo, se destrozó el cráneo tratando de escapar de esos cabrones por los tejados de una casa. En vista de que Candelas, aturdido por todo aquello, sólo atinara a pasarse la lengua por la boca reseca, el Cuclillo agregó, fuera de sí:

—¡Vete! Si en algo estimas tu vida, vete, Candelas —gimió el tabernero y luego—: ¿Cómo has podido matar a aquel marqués, cabrón? ¿En qué pensabas, insensato?

Al escuchar esto, Candelas tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Y al pensarlo en este momento, mientras trata de tranquilizarse en el camastro incómodo de la Paca, vuelve a sentir el mismo vahído, el vértigo de la incredulidad atenazándole con sus garras. ¿Matar? ¿Matar a quién, decía?, graznó con la voz áspera de sed y miedo. Él suponía que estaba siendo perseguido por el robo del collar, no por ninguna muerte. Él jamás... Pero ya el Cuclillo había cerrado la puerta de su taberna no si antes ponerle atolondradamente una carta en la mano: «Toma. Esto dejaron para ti ayer mismo. No sé ni quiero saber de qué se trata. Ahora márchate, ¡márchate ya!».

Tenía aún algunos cuartos que quizá le alcanzarían para rebuscarse la vida, pero nada más. Buscando el amparo de las callejas más alejadas del centro, Candelas vagó sin saber dónde ir. Ya no quería ni volver a la posada de la calle del Lobo. ¿Si no era la policía, quién entonces lo perseguía? Se refugió en un café y luego en otro. En todos la conversación tenía un sólo tema: el robo del collar. Y el asesinato del marqués de Alcañices. Ya en la madrugada buscó abrigo entre los carros y carretelas que se apostan en la plazuela de la Cebada. Intentó dormir, arrebuado entre borrachos y menesterosos. Entonces, de pronto se acordó de la carta que le había puesto en las manos el Cuclillo. ¡Cómo diantre la había olvidado! La abrió con ofuscación e impaciencia. Y la incredulidad poco a poco se fue abriendo paso en la maraña de su confusión. Leyó y relejó varias veces las frías líneas de aquella misiva, atónito, incapaz de asimilar el mensaje, parco y brutal. «Has matado a un inocente ayuda de cámara con toda impunidad y sin necesidad

alguna de hacerlo. Te repudio. No esperes nada de mí, excepto mi alegría cuando te ahorquen».

¿Un ayuda de cámara? ¿Además del marqués también habían matado a un ayuda de cámara? Aturdido como si le hubiesen propinado un violento mazazo, sonámbulo, incapaz de entender lo ocurrido, esa noche buscó refugio donde la Paca. La cigarrera era la única que estaba alejada desde hacía mucho tiempo de su mundo y por lo tanto quizá también la única persona a la que podía acudir en aquellos momentos. Y eso fue lo que hizo. Así había llegado hasta aquí. Una vez que le explicara que él no había matado a nadie, la Paca, siempre tan de buen fondo, le ofreció su habitación, comida y algo de consuelo, enamorada como siempre había estado de él, entregada a sus disquisiciones, decidida a creer todo lo que Candelas le decía. Él no había matado a nadie, Paca, lo juraba por su madre y todos sus muertos. ¡Y mucho menos al marqués de Alcañices! Pero aquella carta... Al día siguiente entendió que debía jugársela y escribió a Osuna para hacerle saber que él no había tenido nada que ver con aquella muerte. Pero todo terminó en una decepción, porque aunque acudió a su cita en la discreta sala de lectura de Monnier, el duque no quiso creerle ni una palabra. Estaba liquidado. Dos días ya de esto y cada hora era un mal presagio, un descender sin tregua en el pozo sin fondo en que se había convertido su existencia.

Un crujido mínimo allí afuera activó el mecanismo de su cuerpo. Se quedó quieto, sin respirar, la mano cerca de la vieja espada ropera que había pertenecido al padre de la Paca. Se levantó con todo sigilo y abrió la puerta de la buhardilla con violencia. Allí, a cuatro palmos de distancia, dos hombres desenfundaban sendas espadas, ¡que se rindiera, Candelas!, ¡no tenía escapatoria! A partir de allí todo fueron rugidos, maldiciones y confusión. Candelas logró abalanzarse sobre aquel par que rodó por las escaleras entre ayes y juramentos. La Paca chillaba en la puerta de su cuchitril, ¡que lo dejaran en paz, que no le hicieran daño!, y él se escabulló a toda prisa, intentando alcanzar la calle, resbalando entre los meados y las basuras que inundaban el portal. Pero ya aquel par estaba tras él, maldiciendo y repartiendo mandobles que Candelas a duras penas podía rechazar. Con todo, no estaba dispuesto a dejarse rebanar el cuello así, sin más, como un miserable, qué cojones. Y pensarlo, mientras contenía el acero de los otros con su vieja espada, le sumía en una suerte de euforia, de vértigo y

exaltación. Sabía también lo que eso significaba, que pronto desfallecería, que sus fuerzas se disolverían tan repentinamente como la resaca que sobreviene a la exaltación de la borrachera. A tropezones, trastabillando, repartiendo espadas y procurando no ser alcanzado por alguno, había ganado la calle y el brazo le pesaba como un fardo. Pronto no sería capaz de levantarlo. Algunos vecinos habían salido a sus ventanas, alertados por la furia de aquel combate desigual y jaleaban indistintamente a unos y a otros. Y entonces Candelas se dijo que sí, que esa era una manera digna de morir, qué cojones.

Gloucester Road, Londres, 1886

A toda prisa, nuestro coche alcanzó la calle que conducía al palacete de María Buschental, donde pensábamos que sería difícil encontrar a George Borrow, razón por la cual mi amiga propuso sin vacilar que don Jorgito pasara la noche. Naturalmente, su marido estaba al corriente y había aceptado con entusiasmo. Este señor de origen francés, judío de Estrasburgo según supe, había conocido a la hermosa María en el lejano Brasil, donde arribó de muy joven con su familia. Cinco años llevaba casado con esta mujer, la segunda hija del poderoso barón de Sorocaba. Marcharon al Uruguay donde él, con la inmensa dote de su mujer, emprendió innumerables negocios. Algunos se demostraron fructíferos pero otros diéronse a quiebra de manera monumental y nadie se explicaba cómo pudo este joven Buschental salir indemne de tales descapitalizaciones. El caso es que llevaba dos años intentado rehacer su fortuna en Madrid, donde ya estaba en contacto con numerosos financistas y aristócratas. Sé que al año siguiente de lo que cuento aquí su suerte daría un vuelco, pues se pondría en contacto con un viejo amigo de mis primos, un peruano de nombre Osma, y con un tal Salamanca, joven diputado malagueño, ambicioso y temerario en las finanzas como él mismo, con el que congeniaría y haría pingües negocios, invirtiendo en bolsa y los ferrocarriles. Pero en el momento en que ocurría todo lo que ahora refiero, la frágil salud de la España dependía casi por entero de los esfuerzos del ministro Mendizábal y sus políticas desamortizadoras; José Buschental

todavía no lograba posicionarse y recuperar su fortuna y mi amigo Borrow escapaba por los pelos de la muerte gracias a la atención que concitaba en todo el reino el primero y la generosidad del segundo. De no haber sido por un curioso episodio que pone de manifiesto el carácter orgulloso y atrabiliario de los españoles, y que en esta ocasión tuvo por agentes a Álvarez Mendizábal y Francisco Istúriz, tal vez ni el mucho apoyo de los Buschental hubiese logrado salvar de las pesquisas policiales a don Jorgito en los meses siguientes. Pero no quiero perder la ilación de mi relato, de manera que volveré a ello más adelante.

Es el caso que Borrow era ya esperado en casa del matrimonio Buschental y fue atendido con toda suerte de galanuras, no obstante lo tardío de las horas en que nuestro carruaje se vio rodando por el patiecillo de entrada al palacete de la carrera de San Jerónimo. Buschental había tomado la causa de Borrow como propia y lanzaba toda clase de imprecaciones contra la corrupción política del país, la delincuencia, el estado de las cárceles y el carácter venal de la policía, mientras daba vueltas por su salón como si fuera un encendido orador en el Estamento de Procuradores, envuelto en su bata de seda, perorando primero en alemán y luego en un idioma extraño para mí que Borrow sin embargo reconoció al momento y en el que se puso a hablar con un encantadísimo José Buschental quien, si en algún momento había dudado de su proceder respecto al inglés, al escucharlo hablar tan bien el alsaciano — como supe después— seguro que toda vacilación quedaba abolida de su ánimo. Estaba realmente arrobado Buschental y, de no ser por María, que insistió en que Borrow debía descansar, seguro se hubiera quedado hasta el mismísimo amanecer con mi amigo.

Alicia y yo nos despedimos pero María se volvió al instante, su lindo semblante extraño.

—No podéis iros a estas horas —protestó con su delicioso acento americano—. Quedaos a pasar la noche aquí, que apenas tenemos unas horas antes de que parta don Jorge.

Era cierto. El plan que habíamos preparado exigía que Borrow partiera en unas pocas horas más rumbo a una finca propiedad del matrimonio, a caballo entre Canillas y Hortaleza, en la que ese mismo año encontraría horrible muerte el general Quesada, aquel amigo de mi padre y valiente militar que combatió a favor de la reina Cristina contra los carlistas. Borrow se

escondería allí, en esa quinta de recreo que ya era propiedad de los Buschental y que lo había sido, en tiempos, del rico duque de Alburquerque. Era este un lugar que, pese a las escasas dos leguas que lo separaban de Madrid, presentaba las mejores condiciones para que Borrow pasara allí unos días, escondido. Mientras tanto Buschental arreglaría papeles y dispondría coche para sacarlo rumbo a Vigo, donde mi amigo podría tomar un barco que lo regresase sin mayor dilación a Londres, donde estaría a salvo de la furia de la policía madrileña y de crear un conflicto entre los dos países, pues el embajador Villiers no se encontraba en el reino, como ya he dicho, y por lo tanto era imposible acusarlo a él de la fuga del apócrifo Prescott. En cuanto a Mol, tal como habíamos planeado, a los pocos días de descubierta la ausencia del inglés, el suizo alegó que lo habían capturado injustamente, que él no sabía nada del tal Prescott ni era ningún médico sino un súbdito helvético, excombatiente de la guardia walona y *Landammann* del cantón de Lucerna... Y aquí representó un papelillo lleno de histrionismo fingiéndose enajenado, orate sin remedio, asunto que gracias a Salustiano Olózaga fue suficiente para que lo soltaran de inmediato. A estas alturas, Hormigo obviamente entendía la magnitud del engaño del que había sido víctima, pero contábamos con que no dijera nada al respecto porque su perspicacia quedaba en entredicho, su honor malherido, su puesto en situación precaria y quizá su vida en peligro, de enterarse don Paco de la forma tan negligente como había permitido Hormigo que un par de extraños hubiesen entrado impunemente a la cárcel para sacar al inglés en sus narices. Según nuestras previsiones nada debía decir aquel esmirriado funcionario y, como supimos después, nada dijo. El ladrón del guante negro se había escapado de aquella cárcel de Corte sin que nadie pudiese ofrecer una explicación plausible de lo sucedido.

Pero en el momento en que don Jorgito descansaba en el palacete de los Buschental aún no ocurría nada de esto. Alicia y yo nos disponíamos a marcharnos cuando María nos hizo la amistosa propuesta de que nos quedáramos a pasar el resto de la noche allí, en su casa.

—A usted, querido Henry, le será más fácil ocultar su ausencia de palacio, si acaso sus primos la advirtieran, llegando temprano por la mañana, cuando todos duermen, puesto que ahora mismo la celebración debe estar en pleno apogeo. Y en cuanto a usted, Alicia, no veo necesario que parta a una casa donde nadie le espera ni le tomará cuentas, pudiendo descansar aquí.

Y sin esperar nuestra respuesta, María ordenó a dos lacayos que nos prepararan sendas habitaciones. Nunca he estado del todo seguro del verdadero motivo que tuvo María para proponernos que nos quedáramos a dormir ni tampoco jamás le he comentado nada en ninguna de nuestras posteriores cartas. Pero yo sentí mi corazón inflamado a tal punto que me costaba respirar cuando me dirigía, precedido por un criado de librea, a la cámara que habían dispuesto para mí, y que quedaba muy cerca de la destinada a Alicia. María nos acompañó la mitad del camino y allí se despidió de nosotros con inesperados besos en las mejillas, unos besos castos y dulces, como de hermana, que nos dejaron a ambos confundidos mientras la veíamos caminar gatunamente hacia su propia habitación, al fondo de aquellos salones. Quedamos pues solos en ese momento, apenas alumbrados por la lamparilla de Quinquet que yo sostenía en una mano, mirándonos a los ojos con tal intensidad que me sentí por un momento obnubilado, completamente fuera de mí. Alicia me sonrió, regalándome con la visión de sus hermosos hoyuelos. «¿Se siente usted mal, querido Henry?», oí a lo lejos su voz y por un momento pensé que era víctima de algún filtro hipnótico. Aún a día de hoy confieso que no sé qué le respondí en aquel momento. Sólo sé que tomé sin pensarlo su mano mientras ella abría la puerta de su habitación y que nos precipitamos dentro, cubriéndonos de abrazos y de besos encendidos sin que nos preocupara nada el mundo de allí afuera, solo nuestra afiebrada pasión, aquel amor hasta aquel momento no consumado y que a mí ya se me antojaba imposible.

Antes de que despuntara el alba, aún con el recuerdo tibio de la piel de Alicia en mi propia piel, incapaz de creer realmente que había sucedido lo que había sucedido, me fui a mi recámara. Allí dormité intranquilo, lleno de hermosos sobresaltos, hasta que un paje me indicó que me esperaban en el salón.

María y su esposo, Borrow y Alicia ya estaban tomando unos panecillos y el chocolate caliente que unos criados dispusieron en la mesa de una cámara coqueta y pequeña de la planta noble del palacete. Me sorprendió un poco esa novedosa costumbre de tomar el desayuno en una mesa todos juntos. Había bartolillos, hojaldres y otras frutas de sartén, además de manzanas y uvas que componían una suerte de festín improvisado. Incluso una botella de champaña de la que Borrow daba cuenta con verdadero entusiasmo, ajeno por

completo a su natural frugalidad, pues prácticamente comía a dos carrillos y conversaba animadamente, ahora en alemán, con José Buschental, olvidado al parecer de que era imprescindible sacarlo de allí cuanto antes para salvarle el pescuezo. María y Alicia sostenían una conversación liviana, de viejas amigas, y yo sentí que me ardía la cara cuando esta última arqueó sus hermosas cejas al preguntarme qué tal había dormido. ¡Ah!, cómo le gustaba jugar a ponerme en aprietos a Alicia. El caso es que, en ese momento, yo parecía ser el único que estaba enterado de la gravedad de la situación. Bebí un poco de chocolate y mordisqueé un panecillo, esperando alguna reacción por parte de aquellos cuatro, que parecían más bien en una agradable *soirée* que a punto de facilitar la huida de un prófugo de la justicia española. Cuando ya iba a reclamar atención sobre este hecho, María, luego que se le acercara una doncella, se volvió a Borrow y con estas rápidas palabras disolvió como por ensalmo la amable liviandad de la reunión:

—Me avisan de que ya está dispuesto el coche y el personal que lo acompañará, don Jorge. Son un par de leguas hasta la finca donde encontrará todo lo necesario y en dos días, tres a lo sumo, José le enviará los documentos —y aquí apoyó su mano en la de su marido—: el pasaporte y el dinero que hará falta para que usted continúe camino hasta Vigo. Cuando usted llegue allí, los de la legación británica estarán informados y le darán todas las facilidades e instrucciones para su viaje de regreso a Londres.

Y diciendo esto se levantó para darle un abrazo efusivo a don Jorgito, que apenas supo cómo reaccionar, visiblemente azorado. Pero así de espontánea era esta brasileña de hermosos ojos negros y suaves maneras. José Buschental se puso también de pie, algo solemnemente. No era muy alto pero sí muy viril y seguro de sí mismo. Tenía unos ojos casi amarillos y belicosos, como si hirvieran permanentemente en un caldero de furia, pero luego era extremadamente gentil y obsequioso, especialmente con su mujer, a la que según sé adoraba. Al menos por aquel entonces...

—Cuídese usted mucho, señor Borrow —atajó con una sonrisa las educadas frases de gratitud que empezaba a ensayar mi amigo.

Ambos se miraron como si fueran dueños de un profundo secreto que los hermanaba más allá de lo que los demás pudiéramos entender. Borrow saludó a María y a Alicia con un beso en la mano que ellas ofrecieron encantadas, les agradeció con escogidas palabras todo lo que habían hecho por él y ante

las protestas de las mujeres les hizo un gesto para que lo dejaran terminar. Yo creo que mi amigo, bajo su disfraz de temperancia y serenidad estaba realmente emocionado porque, como explicó con frases vibrantes, dejaba de aquella manera tan dolorosa un país que amaba, y porque se había encontrado con aquellas dos valerosas mujeres, una catalana y una brasileña, que no habían dudado en poner en juego algo más que su reputación para que él, un inglés protestante, prácticamente desconocido y ajeno a sus costumbres, pudiera salvar la vida. No, advirtió meneando un índice muy largo, nunca lo olvidaría. Ni tampoco al señor José Buschental, claro estaba. Los amigos eran inesperados y a veces circunstanciales, pero no por ello menos amigos. Así lo sentía su corazón —y se dio una palmadita en el pecho—, donde los llevaría para siempre.

Yo tenía un nudo en la garganta cuando lo acompañé hasta su carruaje, apostado en el patiecillo de entrada. Prácticamente no dijimos una palabra, pese a que los Buschental y Alicia habían preferido con delicadeza dejarnos solos para despedirnos, sabedores de nuestra amistad. Una berlina azul y más bien modesta, sin ningún escudo, ideal para no llamar la atención, lo esperaba. El conductor hizo una leve reverencia desde el pescante.

—Amigo mío— dijo Borrow ya con un pie en el estribo—. Seguramente antes de un año estaré de regreso por aquí. ¡Quién sabe si antes! —Se quedó luego un momento en silencio, como si no supiera por dónde seguir—. Ha sido muy bueno conocerlo. Le estoy muy agradecido por... todo.

—Querido don Jorge —le contesté en castellano—. Soy yo quien le agradece sus muchas enseñanzas y su amistad.

Pensé que me iba a echar a llorar y Borrow, quizá temiendo algo así, me hizo un guiño.

—Cuide usted muy bien de esa bella Alicia. —Sonrió con picardía. Luego se puso más serio—. Sin embargo, y pese a que este parece no ser el momento propicio pues el tiempo apremia, debo decirle algo que seguro que le interesará saber. —Hizo una pausa, como un caminante que no supiera bien qué sendero elegir—. Le confieso que tengo personal interés en que sepa lo que le voy a decir, pues mucho me temo que usted sigue pensando que yo estoy involucrado en todos estos robos, picardías y engaños. Yo no soy quien usted sospecha, amigo mío.

Iba a protestar pero don Jorgito alzó un dedo admonitorio ante mis

narices. Luego cogió mi rostro con ambas manos, como hubiera hecho mi padre antes de darme dos besos. Por un momento pensé que era lo que iba a hacer, llevado por la emoción. Pero no. Simplemente acercó su boca a mi oído y dejó caer un nombre. Luego me miró de arriba abajo, como si calculase mi estatura o más bien mi capacidad de comprensión, me dio un amistoso cachete como para despertarme y trepó con agilidad a la berlina.

—Adiós, amigo mío. Cuídese usted mucho y recuerde a este paisano cascarrabias que le ha tomado verdadero aprecio.

Y me dejó allí, sin dar crédito a lo que había oído, tan asombrado por aquella revelación como cuarenta años después me volvería a asombrar con otra que ahora no me atrevo a confesar.

Candelas levantó la espada con todas sus fuerzas dispuesto a vender muy cara su vida y en ese momento escuchó un chirriar de ballestas, el crujir de un carruaje que apareció, vengador e inexplicable, por la esquina del Mesón de Paredes. Sus atacantes también se dieron la vuelta, confusos o sorprendidos por aquella inesperada interrupción. Se trataba de una berlina lustrosa, flamante y negra. *Como salida del mismísimo infierno*, pensó fascinado Candelas. Pero casi no tuvo tiempo de nada más porque del carruaje, aún no detenido del todo, saltó un hombre que encaró a sus atacantes con un arrojo y una bravura que desconcertó aún más a aquel par de rufianes. Desde el pescante, el cochero repartía furiosos latigazos que restallaban amenazantes. Todo fue tan confuso y repentino que apenas pudo distinguir al providencial aliado hasta que este, notable con la espada, logró hacer huir a los otros antes de volver a la berlina y ayudar a Candelas a que hiciera lo propio, ¡a prisa! Partieron a galope tendido y la osamenta del coche crujió peligrosamente en el empedrado antes de cruzar como una sombra por Embajadores, doblar en Juanelo y tomar la angosta calle del Cuervo para alcanzar la plazuela del Rastro —que algunos seguían llamando del Duque de Alba—, solitaria a esa hora y florecida con el olor acre de las vísceras allí abandonadas por los carniceros que por la tarde terminaban sus ventas. Candelas tenía ambos brazos acalambrados y apenas podía respirar. Un golpe —por fortuna de canto— le había dado en el pecho y cada movimiento era un suplicio. A la altura de las mancebías de Toledo, pudo mirar a la cara a aquel hombre providencial que lo había salvado.

—¿Por qué ha tardado tanto, Osuna? —se permitió bromear pese al dolor y a la sorpresa inicial.

Candelas hubiese jurado que en el perfil rubio del duque aleteó una escaramuza de sonrisa. Pero nada dijo sino hasta cuando cruzaron la plaza de la Cebada, lúgubre como un cementerio y flanqueada de edificios apolillados. Diez años atrás allí habían ahorcado a Riego y Candelas, que asistió al oficio de pequeño junto a su padre, volvió a sentir un estremecimiento al pasar por donde se instalaba el cadalso. *Vaya lugar para morir*, pensó.

—Creo que lo han magullado un poco, Candelas —escuchó decir a Osuna—. Recupere el resuello para que podamos hablar.

Candelas no protestó. Más bien se dejó conducir mansamente por el carruaje que cruzaba, taciturno y apacible ahora, por la plaza de los carros y traqueteaba luego con decisión por la calle de la Alcantarilla, como la aguja de una brújula buscando su norte. El ladrón cerró los ojos, extrañamente apaciguado como un niño en brazos seguros, sabedor de a dónde se dirigían, aunque dieran esa vuelta precavida. Cuando los cascos de los caballos resonaron en la pulida piedra del patio de honor del palacio de Leganitos abrió los ojos. Aunque había estado algunas veces allí, verlo con la mirada de Candelas y no con la de Luis Álvarez de Cobos le produjo una extraña, ambigua sensación.

El maestro Peñuelas esperaba en la entrada, flemático e imperturbable, como si en realidad estuviera sonriendo para sus adentros, especuló Candelas. El cochero y unos mozos de cuadra se llevaron la berlina y los caballos y ellos tres se encaminaron a otra estancia de ladrillos tiznados, al lado mismo del edificio principal: la biblioteca. Candelas nunca había pisado aquel lugar. Y la verdad no sé parecía a otro que hubiera conocido, de manera que se quedó extasiado mirando los volúmenes que llegaban hasta el techo, acomodados en amplias estanterías de buena madera. En el centro, una mesa grande y añosa, con algunos libros apilados, unas plumas y otros artículos de escribir. Al fondo, una chimenea arrojaba calorcillo a aquel lugar que se antojaba de un frío castellano y áspero. Muy cerca, otra mesa más pequeña, unas sillas y una otomana grande y a todas luces mullida, casi voluptuosa.

—¿Henry? —preguntó el duque nada más entrar.

El maestro Peñuelas negó suavemente. No, no estaba. Luego ofreció licores y a Candelas le reconfortó ese repentino y ya casi olvidado

reencuentro con el desahogo y la seguridad que proporciona una buena posición. Paladeó la copa con los ojos cerrados. Osuna lo miraba con curiosidad, como si fuera un animal fabuloso o un ser venido de otro mundo, paseando en torno a él, que se había acomodado a instancias de Peñuelas en la otomana tibia y suave. El ladrón pensó de inmediato en Paquita y en la suerte que habría corrido. Pero no tuvo tiempo de especular más porque por fin Osuna habló. Su voz tenía la textura del pedernal y estaba tiznada de perplejidad.

—No piense que le debo unas disculpas, Candelas, y que ese ha sido el motivo de que me inclinara a ayudarlo. Pero debo admitir que la Providencia una vez más se ha puesto de su parte. Si yo no llego a tiempo...

—Ese par hubiera acabado conmigo. Lo sé. ¿Cómo supo que me encontraba allí?

Osuna lo midió con un parpadeo. Resultaba un poco insultante su escrutinio tanto como ese envaramiento soberbio y altivo, la verdad.

—¿Acaso cree usted que yo iba a revelarle mis recursos? —El duque cruzó los brazos con un enfado teatral y el maestro Peñuelas carraspeó.

Candelas pudo observar el esfuerzo que hacía el noble para contener su cólera. ¿Tanto era el amor a Encarnación, tanta su dignidad ofendida? ¿O era más bien el amor a la marquesa de los Balbases y al collar? Pero le había salvado la vida, pensó. Y un poco por agradecimiento y otro por curiosidad, contuvo las ganas de levantarse y darle un par de bofetadas. En cambio preguntó, con cierta mofa y la voz de falsete de la que tanto se había aprovechado:

—Pues bien, si no quiere su excelencia decirme cómo dio conmigo, entonces quizá quiera decirme qué motivó el honor de su visita.

El duque ladeó el rostro, sorprendido, realmente incrédulo: esa voz y ese engolamiento, a todas luces impostado, era de Álvarez de Cobos. El mequetrefe. No de este hombre de mirada glacial e inteligente que se acomodaba en su otomana con cierta elegancia de dueño y señor.

—Sé que usted no puede ser el asesino —dijo el duque al fin, más sosegado.

—¿Cómo llegó a esa conclusión? —Los ojos interesados de Candelas se volvieron momentáneamente hacia Peñuelas, reconociendo que él tenía que ver con ello.

El noble encendió un cigarro e invitó a Candelas. Parecía que su encono se iba disolviendo, erosionado por su propia puerilidad.

—Al principio no lo creí así —contestó detrás de una bocanada de humo—. Simplemente pensaba que todo era una estratagema de usted para robar el collar e inculpar de paso al ladrón del guante negro. Sí señor, una vil estratagema que no había tenido en cuenta ni siquiera la vida de un inocente.

Osuna se giró, bruscamente interesado en su biblioteca, pensativo. Desde allí continuó hablando pausadamente, como si le costara admitir su equívoco.

—Confieso que estaba indignado con usted, no sólo por la sustracción del collar de la marquesa, sino por el asesinato que había cometido azuzado por motivos tan canallas. Pero el día que me citó en el gabinete de Monnier usted dijo algunas cosas que me quedaron flotando en la cabeza. Habló de la muerte del ayuda de cámara. —Se volvió a Candelas y lo señaló con el cigarro—. Y eso nadie lo sabía. Ni nadie lo sabe aún. Todo el mundo habla del asesinato de Nicolás Osorio, pero no de la muerte del desdichado Higinio, el criado a quien el homicida evidentemente confundió con el marqués, quien en el momento del ataque no estaba donde debía estar sino en la habitación que comparte con su mujer. Y eso podía significar dos cosas: que usted, efectivamente, lo asesinó... o que alguien, luego de que usted cometiera el robo, lo quiso incriminar. Lo primero resultaba absurdo, pues no tenía sentido que me lo confesara aquel día, donde Monnier. Era más lógico pensar en lo segundo.

—Esperen, por favor —dijo Candelas mirando a uno y a otro, parpadeando confuso—. ¿Quieren decir que el marqués no está muerto?

Osuna miró de reojo a Peñuelas.

—Por supuesto que no. Nosotros hicimos correr esa especie. Era evidente —intervino Peñuelas acariciándose la barbilla— que alguien tenía mucho interés en incriminarlo a usted. O al ladrón del guante negro. Y por eso dejó uno allí.

Candelas se quedó en silencio un largo rato, mirándolos con fijeza.

—Pero los únicos en todo el reino que sabemos con certeza que no se trata de la misma persona somos los tres que estamos en esta habitación.

El ladrón dejó caer un poco de ceniza y continuó con una voz ahora didáctica y casi divertida al advertir que las facciones del duque y Peñuelas quedaban congeladas como por un encantamiento. Antes de que ninguno de

los dos dijese nada, continuó.

—Permítame que me explique, por favor, excelencia. Confieso que en un momento dado llegué a pensar que el ladrón aquel que dejaba un guante negro en casa de sus víctimas era el inglés ese que rondaba por cafés y fondas hablando con gente de toda ley, presumiendo de conocerme. El que fue a dar con sus huesos en la cárcel. ¿No lo sabía usted? Pregunte a su primo. Pero no me quiero desviar de lo que le estoy contando. Lo pensé por un momento, pero rápidamente deseché la idea y me incliné por otra que me rondó desde que usted me sorprendiera, pues debo confesarle que efectivamente lo hizo, en la tasca del tío Julián. Conozco algo de cojeras, señor mío. Y aquella que lo tuvo a usted convaleciente cuando la fiesta de la marquesa de Alcañices no la produjo una trivial caída de caballo. ¡Todo un jinete experimentado como usted! Más bien supuse yo que fueron los diez pies largos que hay desde el ventanal del palacio de Acosta hasta la calle los que le causaron tan desafortunada lesión. Veo que ya se encuentra mejor...

Osuna supo que había estado esperando mucho escuchar aquello. En el fondo intuía que sólo era cuestión de tiempo que Candelas lo descubriera. Pero aún así no pudo evitar una mueca de sorpresa. Igual que el maestro. Y debió reconocer que su apreciación respecto al ladrón madrileño iba cambiando por momentos.

Gloucester Road, Londres, 1886

La inesperada confesión de Borrow inculcó en mí el veneno de la tribulación y la duda. Si hasta ese momento, hasta aquel mismo instante en que mi amigo trepaba a la discreta berlina que lo sacaría de Madrid para salvar la vida, yo había albergado mis sospechas respecto a que la identidad del ladrón del guante negro correspondía con la suya, desde ese día no pude dejar de fantasear con la peregrina idea de que, efectivamente, el temerario delincuente aquel era mi primo. Y si al principio me negué obcecadamente a creerlo así, mi negativa fue cediendo como cede un dique frágil al poder de una marea embravecida. Empecé entonces a ser alanceado por una serie de ideas que iban iluminando cada vez con mayor nitidez aquel conocimiento

que en un inicio tomé como inverosímil, una fantasía motivada para desprestigiar a Pedro y desviar mi atención del propio Borrow, como supuse de primeras. Pero, ya digo, luego pensé que sí, que bien podía ser Pedro. Dejando de lado mi pronto enojo y lógico recelo con Borrow, mi cabeza comenzó a funcionar racionalmente, estableciendo las conclusiones necesarias a través de las premisas de que disponía. Sus súbitas escapadas de las fiestas que él mismo organizaba en el palacio de Leganitos y que lo devolvían furtivamente, de seguro embozado en su capa, procurando no ser sorprendido por la luz lechosa del amanecer. Escapadas que coincidían con los robos donde aparecía un guante negro, según mis cálculos; su extravagante *Gymnasium*, donde al menos una vez por semana no sólo se batía al florete con San Carlos, sino que también se entregaba a aquellos ejercicios gimnásticos, propios de volatineros y acróbatas de circo, que le sorprendí practicando alguna vez. Apoyaba todo esto también, y no era asunto baladí, la torcedura de pie con la que apareció la tarde en que, según afirmaba, cayó del caballo en El Capricho justo al día siguiente del robo en el palacio de Acosta. Sí, en aquella oportunidad el ladrón estuvo a punto de ser cazado, de no haber sido por el salto mortal con el que desapareció por la ventana, según juraba y rejuraba un criado del tal marqués... Pero por más que me afanaba, todas mis pesquisas y deducciones iban a morir a los pies de un hecho irresoluble para mí, ciego de juventud a la naturaleza profunda de las pasiones humanas: el motivo por el que mi primo, un Osuna, diez veces grande de España, poseedor de palacios, miles de hectáreas de tierras cultivables, una aparatosa treintena de títulos amén de una fortuna de magnitud legendaria, se arriesgaba a entrar de manera malévola en casa de ciertos aristócratas para robarles. Hasta a mí había llegado por ese entonces un rumor a todas luces absurdo respecto a una partida de bandoleros que tenía mi primo Pedro y que incendiaba de terror las comarcas andaluzas. Pero no era más que eso, un chisme, un cuento, una engañifa sin otro fin que entretener a crédulos de café y asustar doncellas impresionables. Pero lo sugerido por Borrow superaba con creces aquella inocente añagaza para almas simples. Aunque al respecto de esta, muchos años después, Dumas padre recogería en su libro *De Paris à Cadix* una serie de supuestas aventuras de los «siete bandidos del duque de Osuna». Felizmente, coincidiría en una comida con el buen duque de Frías, que según me dicen, le afeó aquella grotesca españolada al francés.

El caso es que no encontraba explicación para tal comportamiento y todo este asunto me mantenía en un estado de grave desasosiego que mi primo atribuía a mi evidente amor por Alicia de Cisneros, pues Pedro seguramente sabía que mis escapadas vespertinas tenían como único destino la casa de la plazuela de Matute. Contaba yo con su caballerosa discreción y no tuve que preocuparme demasiado, pues desde aquel apasionado encuentro en el palacete de los Buschental, Alicia y yo iniciamos un romance que tenía mucho de clandestino y bastante de zozobra. Así, en las fiestas a las que acudíamos, en las tertulias en las que nos encontrábamos, en el salón de una duquesa o en el Salón del Prado, Alicia y yo fingíamos una afectuosa indiferencia..., aunque yo ardiese en la pira de los celos más violentos al verla *abarloada* a algún petimetre que ella, me decía, usaba para despistar y evitar maledicencias. La última vez había ocurrido en el palco del Príncipe, cuando coincidí con ella en la función de una reciente obra mediocre de Bretón cuyo interés radicaba en haber creado un personaje que, según se decía, estaba inspirado en ese Larra satírico, prolífico y harto de Madrid. Y al articulista no le había gustado un pelo pues lo consideraba una ofensa y una traición a la amistad que hasta ese momento aquel par se prodigaba. Yo apenas pude atenderla, nublado mi entendimiento por el soniquete del ripio constante, pero sobre todo hipnotizado por lo que sucedía en el palco contiguo, donde Mesonero no dejaba de decir galanterías en la oreja de la coqueta que reía halagada, como si nuestras citas incendiadas de pasión hubiesen ocurrido solo en mi mente febril.

Siempre me ha rondado la idea de que aquel primer encuentro íntimo entre nosotros fue urdido por María Buschental, que estaba al tanto de mis sentimientos por Alicia. Mujer de aguda inteligencia y escasos prejuicios, como la propia Alicia de Cisneros, adelantada en mucho a su época, María seguramente entendió que no había más oportunidad que aquella para que nos encontráramos final y fatalmente Alicia y yo, en la libertad sin fisuras que proporcionaba su casa, para así saber si el amor que sentíamos era mutuo y lo suficientemente fuerte como para vencer la incomprensión de una sociedad como aquella. Y eso es algo que jamás podré asegurar con taxativa firmeza. Pero como digo, luego de esa primera cita no planeada, Alicia y yo convinimos más encuentros, esta vez en su coqueto cuarto principal de la plazuela de Matute, donde nuestra intimidad y nuestro gozo fueron puros y al

mismo tiempo intensamente carnales, como jamás hubiera imaginado que ocurriría entre hombre y mujer. Sé que ese escaso tiempo lo viví encaramado en una nube, incapaz de pensar en nada que no tuviera que ver con Alicia y su hermosa piel, sus manos llenas de lujuria e inocencia a la vez, el espectáculo conmovedor de su cuerpo desnudo y succulento, un fogonazo de luz en la penumbra vespertina de su alcoba, su entrega y devota disposición, sin que hubiera promesa, pacto o juramento de por medio entre nosotros. Desde aquel primer encuentro en el palacete de los Buschental, cuando despedimos a George Borrow luego de librarlo de una probable (e injusta) muerte, todas las tardes acudía a nuestra cita en su casa, donde a duras penas conteníamos la protocolar formalidad de la conversación trivial antes de correr a la recámara olorosa a su perfume y en la que la criada tenía dispuestas siempre sábanas suaves y frutas, vino y pastelillos que escasamente servían para mantener nuestra energía antes de un nuevo encuentro amoroso.

Creció así entre nosotros, y durante esos breves meses que guardo con fervor entre mis mejores recuerdos, una intimidad que no era solo producto del deseo o un mero trámite carnal, sino que para mí era también un hondo amor que apenas necesitaba de zalamerías ni promesas, ya digo, sino solo de nuestra atención y disfrute. Yo me había percatado muy pronto de que Alicia podía ser encantadora, femenina, dulce y llena de atenciones para conmigo, pero su semblante se afilaba y oscurecía si acaso me atrevía a preguntarle por Olózaga, Mesonero o simplemente por su pasado. «¿Por qué te empeñas en hablar de lo que ha sido, Henry? Nada bueno sacarás de ello, te lo aseguro, porque nada puedes cambiar al respecto. ¿Por qué más bien no disfrutas de este momento conmigo?». Y debía de reconocer que Alicia tenía razón. Otras veces, cuando le preguntaba por sus actividades diarias se volvía a mí con uno de esos resoplidos que tan bien le conocía y exclamaba: «No me celes, Henry, no me preguntes nada que yo a ti nada te pregunto». Aquello me dejaba en una situación bastante desairada, por decir lo menos, pues escalar la colina de su hermetismo era una tarea para la que no me sentía con fuerzas ni arrojo, temeroso de que me apartara para siempre de su lado. De manera que pronto entendí que si quería seguir disfrutando de su compañía y de su lecho, era necesario que encontrara temas y conversaciones que no rozaran ni siquiera tangencialmente lo que ella guardaba para sí con cautela y diligencia.

Sería pues mejor dejar que fuera Alicia quien contara. Quizá con el paso de los días y las semanas se fuese abriendo ante mí con naturalidad, sin sentirse acosada por mis preguntas que, he de reconocerlo ahora, no eran tan inocentes ni mundanas como yo creía o fingía creer.

Uno de esos temas, naturalmente, tenía que ver con el collar de los Balbases y su supuesta maldición, asunto que despertaba el más vivo interés en mi amante. Cada tarde que acudía a su casa —siempre tomando la mayor de las cautelas y discreciones—, Alicia me tenía dispuesta una verdadera batería de preguntas sobre este o aquel detalle, todavía impresionada por el aciago destino de los Spínola que le había referido tiempo atrás en el Café de Lorencini. Yo ya me veía en aprietos para sacar más información de la que le había proporcionado en su momento y ella entonces se dedicaba a elucubrar sobre las circunstancias de la muerte de la hermana de Inés, la joven Joaquina Francisca, cuyo suicidio estaba nimbado de los más oscuros rumores, uno de los cuales refería el romance de esta muchacha con un hombre mayor, un aristócrata poderoso que la sedujo sin remordimientos y que le prometió el lujo honesto de todo aquello que después no pudo o quiso cumplir. ¿Pero quién era este? Alicia me confesó que en más de una ocasión se había sorprendido ella misma tratando de deducir cuál de todos aquellos que colmaban los salones más elegantes de Madrid podría ser el que clavó el puñal del engaño en su joven corazón. ¿Aquel conde quintañón y zalamero que aún se acerca con requiebros románticos a las jóvenes en edad casadera? ¿Ese otro que pasea en su berlina cerrada por el Salón del Prado para atisbar, lujurioso y casi oculto, a las chiquillas que recorren del brazo la senda arbolada? ¿O será ese marqués, todavía de porte gallardo, que acude para oír *misa ligera* al convento de Nuestra Señora de las Victorias, donde es frecuente ver a las más bellas madrileñas entregadas a sus devociones aunque sin que por ello condenen a quienes las admiran a hurtadillas, entusiasmadas por alguna coquetería discreta?

Poco a poco, pues, Alicia se fue dando maña para llevarme a su particular huerto especulativo y fantasioso, donde a sus muchos conocimientos de filosofías e historia ella agregaba, sin preocupación alguna, esa inclinación trivial por lo mágico, por las leyendas y los misterios. Y para mí, que lentamente me iba enamorando más y más de ella, como el caminante que se interna en un bosque desconocido, pronto todo fue un extravío, pronto no

supe encontrar el sendero de regreso al orden de la razón y la lógica. Yo también me entregaba ahora a la especulación sobre la posible identidad de aquel misterioso amante de Joaquina Silva Bazán, dando por hecho que su trágica muerte tenía que ver con la maldición de aquel collar. Pero por mucho que todo aquello me proporcionara momentos de solaz y distracción, dentro de mí zumbaba molesta una idea de la que me era imposible deshacerme: si como afirmaba Borrow mi primo era el temido ladrón del guante negro, ¿cuáles podían ser sus motivos? Sólo el tiempo me permitiría averiguar que hay profundas vetas, resquebrajaduras y oquedades en lo más hondo del corazón más justo.

Dueño de sus pausas, consciente del efecto que había causado su inesperadísima revelación en el duque y Peñuelas, Candelas prosiguió:

—Sí, sí, excelencia. ¿Para qué continuar con esta engañifa? —Se encogió de hombros con indiferencia, como súbitamente cansado de fingir—. Ya sabemos que es usted el ladrón del guante negro. Y si he de serle sincero sus motivos no me importan nada. Pero por ello mismo usted y el maestro Peñuelas entienden que yo jamás hubiera puesto ese guante. ¿Atribuirle un robo al otro ladrón, es decir a usted? ¡Ni soñando!

—Ya lo sé —dijo Osuna todavía tocado por la perplejidad y el azoro—. No tenía sentido, por supuesto.

Candelas movió la cabeza como rendido ante la inevitabilidad del destino.

—Y quien puso el guante sigue allí, es la misma persona que me envió esta nota. —Candelas blandió de pronto la carta que le diera el Cuclillo la otra noche.

Osuna la cogió con rapidez y luego de leerla su semblante se oscureció como si una nube repentina cruzara por él. Luego se la mostró a Peñuelas. Ambos intercambiaron una rápida mirada de inteligencia. Después el duque se volvió a Candelas y dejó cuidadosamente el papel sobre la mesa.

—Esto confirma nuestra sospecha. De manera que esta carta salió del palacio antes de que prohibiéramos que nadie entrara o abandonara el lugar. La envió una de las pocas personas que estaba en conocimiento de que el muerto era el lacayo y no el marqués, y así se lo hizo saber a usted todo lo pronto que pudo..., pero no contaba con la falsa versión que difundimos nosotros. Que era Alcañices la víctima del crimen y no el lacayo.

—En efecto —dijo Candelas—. Esa persona, ahora lo veo clarísimo, desde el principio urdió el plan para incriminarme. Me ayudó a robar el collar y luego mató al marqués. O eso pensó.

—Y por eso dieron tan rápido con su casa, porque no eran de la policía— dijo Peñuelas, pensativo—. Porque eran simples esbirros contratados para acabar lo antes posible con usted. Y sabían con exactitud dónde acudir.

Los tres hombres quedaron en silencio, meditando sobre aquel descubrimiento y sus posibles implicaciones. El que más golpeado parecía era el duque, que buscó asiento con la mirada perdida. Volvió nuevamente a leer la nota que le diera Candelas.

—¿Y no quiere usted decir quién le escribió esto? —estalló de pronto, el rostro crispado por la exasperación—. ¿No quiere decirnos quién le ha tendido esta cobarde celada? ¿Una de las doncellas, quizá?

Candelas clavó sus ojos helados en él. De pronto su mirada, se dijo el duque, tenía la misma intensidad y acecho que la de los lobos. ¿Cómo nunca se dio cuenta de que Álvarez de Cobos era este mismo hombre? Pero ya Candelas había chasqueado la lengua con fastidio. Si su excelencia tenía tanto interés en averiguar quién era aquella persona, sugirió, que lo hiciera por su cuenta. Se incorporó y buscó su copa. La miró con desencanto. Estaba vacía. Él había dado su palabra de que jamás delataría a nadie y no veía ahora por qué debía faltar a la misma. Allá cada quien con su conciencia...

Le entregaría el collar, resopló al cabo de una nueva pausa, pero a cambio le pedía un último favor, ya que su vida realmente no valdría nada a causa de la traición sufrida. A estas alturas no solo la policía, sino también esos esbirros, andaban detrás de sus pasos y todos sus amigos estaban presos, habían sido capturados o acaso yacían sus cuerpos en cualquier fosa del cementerio de los ejecutados. Allí cerca de la Puerta de Toledo, donde los perros escarbaban en busca de huesos, ya sabían... De manera que no tenía pues a nadie que le ayudara.

—¿Qué favor? —pareció ponerse en guardia Osuna, todos los músculos en tensión.

Candelas se pasó la lengua por los labios resecaos. De vez en cuando se llevaba una mano cauta al pecho, donde había recibido el mandoblazo.

—Solo le pido que vaya a una casa que tengo cerca del Portillo de Embajadores. Nadie sabe de su existencia. Ni siquiera la... persona que me

ha traicionado. O eso espero. Pero como no quiero arriesgarme, le pido a usted que acuda allí y recoja unas cuantas joyas, dineros y unos mínimos efectos personales para que yo pueda partir rumbo a Zamora. Allí tengo a quien me ayudará a salir del país. Si me facilita un caballo rápido y me permite partir ahora mismo, yo le haré llegar al cabo de un tiempo las señas donde pueda enviarme dichas pertenencias.

—Si todo lo que necesita es un caballo y dinero para huir, yo se lo proporcionaré. —El duque se irguió levemente, como si quisiese parecer aún más alto.

Candelas deslizó la mirada por la botonadura dorada de la pechera ducal, luego por el negro plastrón de la corbata que ocultaba el cuello y finalmente la clavó en los ojos azules del noble:

—No necesito de su caridad, señor duque —dijo con la voz empapada en hiel. Acabó de un trago la nueva copa del licor que le puso en las manos el maestro Peñuelas. Le estaba ofreciendo un trato, agregó mirando también al maestro, como si necesitara de su traducción para que el aristócrata entendiese algo así de sencillo. Un caballo bien pertrechado y veloz y que le recogiera el modesto producto de su... trabajo de estos años. De sus hurtos, vaya. A cambio, él le devolvería el collar. Osuna se quedó un momento en silencio, con los brazos cruzados, cavilando.

—¿Cuándo me entregará el collar?

Candelas se llevó una mano veloz al fajín donde solía guardar la faca y la diestra de Osuna se movió instintivamente hacia la empuñadura de su espada.

—Ahora mismo —jadeó Candelas, el rostro retorcido por el dolor de aquel movimiento.

Y puso sobre la mesa una bolsa de terciopelo rojo.

Osuna miró la bolsa y luego a Candelas, como si le costase encontrar relación entre una y otro. Como si le repugnase la idea de que aquella joya hubiera estado indistintamente en el cuello de Inés y en las manos de aquel hombre. Luego se volvió a Peñuelas: Jacobo, por favor, que le ensillaran a *Capitán* y que le prepararan pertrechos y el mejor caballo que tuvieran disponible a Candelas. Luego se volvió a este. ¿Cuándo partiría?

—Como ya le he dicho, ahora mismo. —Candelas se incorporó con dificultad, el rostro crispado por el dolor, la ruda mano apoyada en el pecho, que parecía irradiar ahora oleadas de dolor.

Peñuelas salió a prisa de la biblioteca y, una vez que se quedaron solos, Osuna y el ladrón, se hizo un silencio frío que el duque rompió con un gesto de la barbilla, como señalando algo obvio.

—No puede viajar en ese estado —afirmó.

—Ya. Pero prefiero hacerlo así que atado y a lomos de una mula rumbo a la horca.

Luego, haciendo un notorio esfuerzo se acomodó frente a los avíos de escritura, ¿le permitía?, y durante unos minutos, mientras Osuna fumaba, escribió unas señas en un pliego. Al finalizar dobló el papel pulcramente y se lo entregó al duque junto con una llave oxidada que se arrancó de una cadenilla que llevaba al cuello. Luego lo miró con los ojos ya anegados por la fiebre.

—Escuche, Osuna. No puedo perder ni un minuto. Ni tampoco usted. Quien me ha traicionado sabe mucho más de mí y de mis rutinas de lo que jamás pensé que supiera nadie. Y es peligroso. Ojalá lo descubra. Pero ese ya ha dejado de ser asunto mío. Allí tiene el collar. Ahora le ruego que me permita partir. Vaya usted a mi encomienda y en breve tendrá noticias de mi persona.

Osuna quedó unos segundos en silencio, como si aún le quedara algún vestigio de duda o sopesara qué hacer con el ladrón ahora que tenía en sus manos el collar. Miró la bolsa de terciopelo que yacía en la mesa y se mordió los labios. Luego dio media vuelta y se dirigió hacia las caballerizas donde le estarían preparando una cabalgadura nueva, al igual que a Candelas para quien pidió un caballo ágil y poderoso. Las pisadas de este crujieron en la piedrecilla del patio, detrás de él. Era una noche fresca y limpia, cortada de cuando en cuando por un viento que en otro momento el duque hubiese considerado agradable, pero que ahora le erizaba la piel y lo hacía sentir enfermo. No podía quitarse de la cabeza aquellas líneas que leyera en la carta que Candelas le había mostrado hacía un momento. «Esa letra, se dijo, esa letra...».

El maestro Peñuelas y dos mozos de cuadra estaban terminando de enjaezar los animales. Ambos hombres montaron al mismo tiempo. El de Candelas era un bello ejemplar inglés, castaño e inquieto, de buena alzada. Los caballos se acercaron como si fueran a contrapecharse, contagiados quizá por el nerviosismo de sus jinetes, que taloneaban con brío. Se miraron

largamente y Candelas señaló por dónde iría, como si hacerlo fuese una cortesía a la que se sentía obligado. A esa hora improbable saldría por la Puerta de la Vega, dijo, y en poco tiempo cogería la carretera de La Coruña. Pasando Guadarrama y antes de Villacastín estaba la fonda de San Rafael. Seguro que descansaría allí. El rufo miró hacia la montaña del Príncipe Pío, como intentando adivinar la distancia. Hasta Tordesillas había lo menos treinta leguas, calculó. Allí el camino se bifurcaba y se hacía más rocoso. Valloter, Morales, Toro... Conocía bien ese trayecto, sonrió como recordando alguna maldad y volvió a sumirse en aquel inventario hosco que el duque escuchaba con atención. Luego unas nueve leguas largas hasta Zamora. Rogando que no lloviese mucho, claro. La ruta estaría plagada de bandoleros que no tendrían el menor miramiento en despellejarlo para robarle unos cuartos y este buen caballo —palmeó con afecto el cuello de la bestia—. El camino se presentaba peligroso. Pero siempre menos que quedarse en Madrid.

—Confiemos en que eso no suceda —dijo Osuna sin pestañear.

Candelas le sostuvo la mirada. Luego suspiró. De manera que debería darse prisa. En Zamora tiene un amigo. En la Posada de La Herradura. Dejaría el caballo en ese lugar y continuaría viaje en galera hasta Vigo. Sabe que hay un carromato que va y viene a Zamora una vez por semana. Sería más seguro hacer el trayecto desde allí de ese modo. Había que levantar las mínimas sospechas, agregó con el ceño fruncido.

Luego acercó su caballo al del duque. Y este vio que una mano áspera y resuelta se extendía hacia él. Al fin y al cabo no eres mejor que este hombre, Pedro. Unas vidas paralelas, como las que refiere Plutarco, pensó estrechando la diestra del rufo. Una mano sincera y poco dúctil. Discurrida en otros menesteres, menos amables.

—Cuídese, Candelas. —Peñuelas le dio unas palmadas al caballo inglés.

El ladrón hizo un gesto con la cabeza. Se irguió como un húsar.

—Usted también, maestro.

Nada más perderse Candelas a buen trote, Osuna partió a toda prisa rumbo a la casa cuyas señas el ladrón le había indicado. El duque no quería pensar en nada y simplemente llegar cuanto antes, cumplir con lo ofrecido y regresar a palacio. Le haría mucha falta hablar con Peñuelas, porque delante del ladrón no quisieron decir nada. Era necesaria aquella larga conversación

tantas veces pospuesta.

Madrid era una plaza tomada por el silencio. Hacía un frío cortante. Se embozó aún más en la capa encerada mientras se dirigía a aquel extremo desolado de la ciudad, más allá de cuyos derruidos muros se extendían los huertos modestos de La Llorosa. «Pasando la fuente de Cabestreros, muy cerca del colegio de la Paz», le había explicado Candelas. Luego de dejar la plaza Mayor y la calle Toledo, Osuna se internó por las callejuelas de Lavapiés. Cruzó frente al sencillo edificio de la fábrica de Tabacos, en la antigua calle del Amor de Dios Baja, que desde hacía poco llamaban de Provisiones. Allí se apostaban hasta hacía no muchos años los talleres clandestinos de tabaco. Era una zona de Madrid que él apenas había transitado, salvo para acudir a alguna fiesta en el elegante y recoleto Casino de la Reina, frente a cuyo portalón ahora trotaba muy despacio, admirando los jardines bien cuidados que se extienden detrás de las columnas y la verja del hierro. Casi al llegar a la esquina encontró la calle. Estrecha, sinuosa, de edificaciones chatas y modestas, asfixiadas de pobreza. La de Candelas estaba en una finca de cuatro plantas, apenas escondida entre otros edificios lúgubres y casi a punto de venirse abajo, cuyas ventanas parecían oquedades siniestras, abiertas como a puñetazos en las paredes. Al entrar se encontró con la más absoluta tiniebla y a tientas palpó en la pared hasta dar con la bujía de la que le había informado el ladrón. La encendió con esfuerzo, porque la mecha parecía demasiado sebosa, y al alumbrar se abrió ante él un salón amplio de muebles polvorientos y decrépitos, se asqueó Osuna recorriendo el lugar con la cautela de un explorador en tierras extrañas, pasando un dedo por aquellas recias sillas de hechura basta y apresurada. Una imagen de la Virgen del Carmen en yeso, un espejo pequeño con arco de pino pintado de rojo. Junto a la ventana, el duque divisó una cama de tijera, con el jergón hinchado de paja, confeccionado como para dormir intranquilo, a punto de salir al escape siempre. Más allá, la mesa precaria de nogal donde descansaba una fuente con fruta enmohecida y pan reseco, como en un bodegón flamenco; los tapices descoloridos, las cortinillas de percal blanco y tafetán azul..., todo lo miraba el duque fascinado, también con el apunte en el estómago de cierta turbación, la turbación de quien cede a un afán morboso e indiscreto. Por doquier se acumulaban baratijas de yeso, figurillas ínfimas, láminas antiguas, de la Virgen de Atocha, una; otra en que creyó adivinar *La*

caída de Ícaro; libros desmenuzados por la polilla y los años, carteles de corridas de toros... Era como si nadie hubiese visitado aquel lugar en décadas, abandonándolo a la indiferencia del tiempo y del olvido.

Pero Osuna sabía que no era así, simplemente que esta guarida —¿qué otro nombre podía emplear?— era el secreto más recóndito de Candelas, el nido donde el cuervo ocultaba sus hurtos dorados. Como ganado por aquella intempestiva imagen alumbró una jaula donde había dos pajarillos disecados que lo observaban con sus ojos inútiles y fijos. ¿Aquí escondía el producto de sus crímenes? ¿Aquí traería alguna vez a las mujeres con las que disfrutaba de un momento de placer?, ¿alguna de las mozas de fortuna que merodeaban cerca del Casino?, elucubró mirando todo con minucia y cierta repulsión, apartando con la punta de la bota un cachivache, una figurilla caída..., atrapado por un inexplicable deseo de abandonar aquel lugar cuanto antes porque era como haber violentado la recóndita intimidad de un extraño. La bujía pegaba manotazos de luz, iluminando aquí y allá. Por fin descubrió en la esquina de aquella habitación turbia y oscura el brasero antiguo del que le había hablado Candelas. Una suerte de artesón de cobre que con la badila y la reja pesaría su buen quintal, calculó el duque, dispuesto a moverla, cosa que consiguió no sin cierto esfuerzo. Allí debajo, y dentro de un costalillo de carbón que le tiznó desagradablemente los dedos, estaba la caja de hierro, casi enmohecida, como un oscuro artefacto extraído de una mazmorra medieval. Pesaba, la condenada, y cuando Osuna la colocó en la mesa, de donde apartó papeles y billetes de teatro, se levantó una acre nube de polvillo y óxido que le hizo estornudar. Metió la llave que le diera el rufo y la abrió. Entonces soltó un largo silbido al mirar lo que había dentro. Era como un pequeño cofre de las ilustraciones de los libros de piratas que había leído en su infancia. Brazaletes y alfileres, presillas, monedas de oro, napoleones, algún collar, billetes del Banco de San Fernando, un abanico de nácar de delicados dibujos y exquisito acabado. Costaría lo suyo. Camafeos y estuches de plata y, en fin, una variada colección de joyas que seguro le darían un seguro aunque modesto pasar a quien lo poseyera. Resultaba el esfuerzo de toda una vida dedicada al latrocinio, si se le podía llamar así: esfuerzo. Como si Candelas fuera un honrado palafrenero o un sufrido menestral que ha ganado honradamente sus cuartos para terminar sus días sin llorar la indigencia. El duque era asaeteado por sentimientos contradictorios mientras

descargaba con rapidez el contenido de aquel cofre en la bolsa que para tal fin había llevado. La vela chisporroteaba y daba una mala luz, de manera que Osuna decidió meter todo en la bolsa sin detenerse a mirar más su contenido. Tampoco era asunto que a él le importara, en verdad. Sólo quería volver pronto a palacio para recoger el collar que había dejado Candelas y llevárselo cuanto antes a Inés. Cuando acabó, apagó la bujía con dos dedos ensalivados, volvió sobre sus pasos y salió a la calle. El viento frío le resultó ahora un alivio y fue como darse un baño con el que desleír la suciedad innoble de aquella visita a las entrañas de un mundo que desconocía.

El camino de regreso se le hizo menos pesado. Estaba impaciente por hablar con Peñuelas respecto a aquella nota que les mostrara Candelas. Al llegar se encontró con Henry, que descendía, exhausto y callado, de su tálburi. Su primo había incorporado a sus gustos, y entre otras cosas, la inclinación por conducir él mismo sus vehículos y para ello Osuna le había cedido aquel coche elegante y veloz. ¿Qué tal lo había pasado?, preguntó el duque, disimulando su impaciencia. Peñuelas lo estaría esperando. Buscó los ojos de su primo. Era notorio que en los últimos tiempos algo intranquilizaba a Henry y no se atrevía a confesárselo a él. Y probablemente a nadie.

—Muy bien, querido Pedro —sonrió este quitándose los guantes despacio, los ojos esquivos—. Estuve en el Café de Sólito, seguro sabes que Mariano y otros quieren que sea la sede de ese casino que desean fundar...

—El casino, sí —dijo Osuna, olvidado por completo de aquel pueril entusiasmo de su hermano.

Pero no dijo nada más. Por fortuna, su joven primo, movido quizá por un elegante prurito de discreción, tampoco parecía demasiado entusiasta por explicar dónde había pasado su tiempo realmente, aunque era fácil de adivinar. Mejor así, pensó Osuna después de despedirse alegando algunas tareas impostergables, mejor que Henry se mantuviera al margen de aquel asunto tan enojoso.

—Buenas noches —dijo este, fingiendo reprimir un bostezo.

—Que descanses. —El duque le dio una afectuosa palmada en el hombro.

El maestro lo esperaba en la biblioteca, contemplando el fuego que crepitaba con alegría. Con el atizador empujó un leño que rodó fuera del hogar y se levantaron minúsculas chispas, como abejas o hadas que revolotearan enfurecidas. Tenía un aire ensimismado y cauto cuando Osuna

se quitó la capa gruesa y la dejó caer sobre la otomana. Se sirvió una copita de curasao y mandó al criado que esperaba en la puerta a que les trajera algo de comer. Pronto serían las dos de la mañana y ellos no habían probado bocado, le dijo a Peñuelas, que seguía muy tieso, sin decir nada. Osuna lo miró de reojo. ¿Qué ocurría, Jacobo? El maestro carraspeó llevándose una mano a la boca y por fin habló, como eligiendo con mucho cuidado las palabras que iba a pronunciar:

—Mucho me temo que nos han vuelto a engañar, excelencia.

Osuna tenía la botella de licor aferrada por el cuello y si la hubiese apretado un poco más la habría hecho estallar.

—¿Cómo dices? —Su rostro parecía de pronto el de un espectro.

—El collar. —Peñuelas señaló la bolsa de terciopelo que había quedado sobre la mesa y mostró la joya que llevaba en las manos—. Este no es el collar de los Balbases.

Osuna se dejó caer en la silla y llevó la mano con que aferraba la botella a la frente sin darse cuenta, derramándose un poco de licor. Miró enfurecido aquel frasco de delicado cristal y lo lanzó lleno de rabia contra la chimenea, donde estalló con un estruendo. De inmediato se levantó un chisporroteo azulado, como de gabinete alquímico.

—¡Maldito seas por los siglos de los siglos, Candelas! —rugió.

Peñuelas acercó despacio una silla y la puso frente al duque. En la mesa colocó el collar. Osuna lo levantó bruscamente y lo miró, lo palpó, se lo llevó hasta la nariz, como buscando de esta manera inverosímil desmentir la afirmación de Peñuelas: que la joya era falsa.

—No es que las perlas sean malas, naturalmente —carraspeó el maestro—, pero no tienen la calidad de las que componen el collar de los Balbases, que es un alarde de belleza y exquisitez como no hay otro igual.

¿Cómo se había dado cuenta Peñuelas? Nada más partir Osuna y también el ladrón, el maestro regresó a la biblioteca a paso rápido, con un extraño presagio, una incomodidad casi de orden físico. Una vez allí, sacó sin pérdida de tiempo el collar de la bolsa de terciopelo, dándose cuenta del error por demás absurdo que habían cometido, palideciendo al pensar que en medio de aquella reunión cruzada de reproches, acusaciones, desprecios, ruegos y pactos apresurados, ni él ni el duque tuvieron la elemental precaución de

mirar el contenido de la bolsa. Peñuelas introdujo allí una mano violenta, como si esperase encontrar una alimaña. Suspiró aliviado cuando sus dedos reconocieron de inmediato la plácida textura de las perlas. No sabía qué diantre había pensado que podría encontrar en su lugar, se recriminó. Cualquiera cosa.

La tranquilidad sin embargo duró poco: al observar con atención aquel hermoso collar sintió la misma helada, terrorífica parálisis que experimentó cuando en su ya remotísimo viaje a la selva del Amazonas fue alcanzado por una serpiente. Aquel no era el collar, se trataba de una imitación. Entendámonos, excelencia: Era lo suficientemente buena como para pasar desapercibida ante un lego en la materia, pero no para un conocedor, dijo. Y él se tenía por uno, si el duque le permitía aquella inmodestia. Las joyas eran de buena calidad y seguro se habían conseguido en el mejor perista de Madrid, Abraham Toledano, el del callejón del Infierno. Eso era casi seguro. De manera que habían sido víctimas del engaño más inocente. A estas horas quién sabía dónde se encontraría Candelas, se dijo Peñuelas cruzado de brazos, una mano sosteniendo la barbilla pensativa.

Osuna se levantó de un brinco. ¿Cómo habían sido tan ingenuos de no comprobar el contenido de la bolsa? ¿Cómo pudieron confiar así en aquel miserable, en un individuo de semejante catadura? ¡Qué sangre fría había demostrado al timarlos en sus propias narices! Una maldita afrenta más. Pero esta vez no quedaría impune. Seguramente ahora, con el verdadero collar en su poder, estaría ya bastante lejos de allí. Sabe Dios en qué dirección, pues tanto detalle había puesto en explicar la ruta que seguiría a Zamora, que resultaba obvio el fin: distraerlos, hacerles creer que hacia allí partiría. Era cuestión de llamar a Lobo y armar, ¡de inmediato!, una partida para que saliera a la caza y captura de ese condenado ladrón.

—¡Lo haré desollar vivo y exigiré que cuelguen su cadáver en la plaza Mayor, con autorización de Pontejos o sin ella! Por eso ahora era imprescindible que se enviaran de inmediato emisarios a los principales puertos del país para evitar que el caco saliera de España, había que recuperar la joya a como diera lugar...

Mientras el duque recorría de un extremo a otro la biblioteca, maldiciendo y jurando, elucubrando sus planes para atrapar al ladrón, recuperar el collar y vengarse, Peñuelas se había dedicado a mirar el contenido de la bolsa que

trajera Osuna de casa del traidor. Se puso los lentes y separó los billetes de banco y las monedas de oro con la diligente aplicación de un contable. Hizo con los primeros un par de montoncitos y con las segundas algunas torrecillas. Luego, con manos expertas de tasador, fue sacando las joyas, escudriñándolas y disponiéndolas pacientemente sobre la mesa, para lo que primero la dejó limpia de libros, avíos de escritura y otros objetos. Parecía así un inofensivo diamantista concentrado en su trabajo. Allí había quince diamantes pequeños, de desecho, ideales para Niños Jesús y Vírgenes, seguro que en la Morería daban buen precio por ellas, reflexionó como para sí. Además contabilizó veintiún brillantes. Cierta que algunos eran de bajo color y otros más bien con pelo..., pero entre ellos destacaba uno, precioso, seguramente talla de Amberes, sesenta y cuatro facetas, murmuró Peñuelas concentrado en su descubrimiento, y lo levantó ante sus ojos buscando llevarlo al trasluz, como si fuera un frágil y diminuto cáliz. Lo contempló un buen momento, los ojos atentos a cualquier imperfección. Aunque amarilleaba un poco, por aquella piedra daban unas buenas libras esterlinas en Halton Gardens, donde estimaban bien ciertas joyas. Lo depositó en la palma de su mano como si esta fuera el platillo de una balanza y concluyó:

—No tendrá menos de cinco quilates y un cuarto.

Y a continuación se dedicó a mirar unas arracadas primorosas, este Candelas tenía un gusto exquisito para elegir joyas, eso no podían dudarlo. Que mirara, excelencia, este alfiler cuya cabeza era una piedra translúcida tallada en cabujón, sujeta por una moldura de oro que remataba en punta en la parte superior: ¡inigualable! Ahora su atención se trasladaba con impaciencia a otros objetos. La peineta de carey ciertamente era fina, igual que el abanico, exquisitamente decorado, afirmó paseándolo ante sus ojos. Apoquinarían buen dinero por ellas, más de lo que se podría suponer si, como pensaba Peñuelas, aquel abanico había pertenecido a quien él creía. Pero que se fijara, por favor, excelencia, en la delicadeza de las varillas que parecen tejidas por arañas. Que se fijara en la miniatura del dibujo, dijo extasiado Peñuelas, cada vez más seguro de que el abanico era una pieza singular, y cuya dueña, estaba casi seguro, resultaba ser la esposa del infante don Luis... Era una historia larga que él conocía bien. La pieza, obra de Le Blanc y Lancret, los afamados artesanos, originalmente fue confeccionada para la reina María Leczinska, instruyó el anciano, por encargo de su majestad Luis XV, que la adoraba. Se

casaron un mes de septiembre y el monarca hizo que la luna de mil durase hasta diciembre...

Osuna miraba a Peñuelas con una expresión de asombro teñida de incredulidad y una inmensa tristeza, como si su fiel maestro y amigo hubiese perdido repentinamente el juicio a causa de la humillación que suponía para ambos haber sido timados de la manera miserable en que lo habían sido. Incapaz de articular una palabra, se sentó junto a él, que seguía espigando el material que había traído de la casa de Candelas, el fruto de años de hurto y engaño, de robos y atracos.

Había allí de todo, dijo Peñuelas, ajeno a las preocupaciones de Osuna respecto a su persona, pues siguió inventariando con delicadeza y esmero, acotando sus descubrimientos y glosando con regocijo: aquí un poco de aljófar más bien con poco precio, varias lindas venturinas, un alfiler precioso, un brazalete de confección italiana, ¡este lo conocía, claro que sí! Era de la princesa de Beira. ¿Cómo se habría dado maña para conseguirlo, Candelas? Sabido era el gran deseo que tenía la señora por ser reina, que no dudaba en vender sus joyas para conseguir hombres y cañones... En fin, que se fijara, excelencia, en esta media docena de esmeraldas, y en los antiguos dijes de oro, seguro del tiempo de Felipe II, ¡vaya! Y poco a poco compuso varios apartados en la mesa. Señaló con el índice: aquí colocó elencos y avemarías, más allá el aljófar y unos berruecos. Y por último género muerto, explicó. Que en realidad es muy poco. En el primer apartado se permitía Peñuelas colocar cuatro deliciosas perlas sin mácula, casi azules y de oriente superior. Juntas dan lo menos 27 quilates. Setecientos duros, tasó arrugando la frente y capturando la atención de Osuna que miraba al maestro, fascinado por aquel primoroso y enajenado conteo de joyas, piedras y bisutería. Antes de que despertara de aquel estado casi hipnótico, Peñuelas se volvió a él con la voz más dura:

—¿Ya se le pasó la perreta? ¿Sí? Bien. Ahora preste atención. Como verá, el botín de Candelas es bastante suculento y demuestra que el ladrón tiene muy aguzado su conocimiento sobre pedrería. Sabe diferenciar una buena joya de la que no lo es. Aquí hay una pequeña fortuna. Casi diría que en conjunto valen al menos la mitad de lo que vale el collar que ha sustraído de la casa del marqués. Si no más. Eso sin contar los napoleones y los billetes de banco.

Y mostró el género bien dispuesto en la mesa, como si fuera un avezado comerciante tentando a un posible cliente.

—No entiendo entonces...

—¿Por qué dejar un botín tan generoso por un collar? He de confesarle que yo tampoco, la verdad. Y es lo que estoy tratando de dilucidar. Pero ahora, por favor, mire.

Y alzándola hasta sus ojos mostró una perla de color extraño, blanco cenizo, como un soplo de humo congelado. Era una perla bellísima, perfecta como el duque no recordaba haber visto una. Y por sus manos habían pasado perlas en su vida, vaya que sí. Al lado de las otras, esta destacaba como una princesa entre sus doncellas hasta para un neófito en materia de joyas. Osuna lo miró parpadeando confuso, incapaz de comprender a dónde quería llegar el maestro. Peñuelas emitió un pequeño, casi imperceptible suspiro y cogió el collar fraudulento, que ahora se le antojaba al duque una tosca baratija, y lo puso con cuidado junto a la exquisita perla del botín de Candelas.

—¿No lo ve aún, verdad? —dijo—. Ese collar que nos ha dejado Candelas no es el collar de los Balbases, es cierto... Pero esta perla sí pertenece a dicho collar.

Osuna sintió que su voz era apenas un hilo.

—¿Estás seguro?

—Daría un brazo. Conozco ese collar quizá mejor que nadie.

—No lo entiendo, Jacobo. ¿Qué quieres decir? Explícate, por favor.

El maestro acariciaba la perla con suavidad y había algo de voluptuosa entrega en el gesto. Pero también era como si aquella acción lo ayudara a pensar, a organizar mejor sus ideas. Luego miró el collar otra vez y colocó la hermosa perla entre las otras, como intentando que encajara. Osuna no dijo una sola palabra porque entendía que el maestro estaba enfrascado en una ardua elucubración. Tenía una venita de la frente abultada y el entrecejo fruncido de quien se ha entregado a un cálculo complicado.

—Creo que sé qué es lo que ha ocurrido, excelencia —dijo al cabo de unos minutos—. Candelas no nos ha engañado. ¡El engañado ha sido él!

—No te entiendo.

—Pero por desgracia ese engaño tiene que ver con esto. —Peñuelas no perdió el hilo de su argumentación.

Y mostró entonces un guante que sacó de la bolsa que había traído Osuna. Era un delicado guante femenino, con las iniciales *I. S. B.* Uno exacto al que Osuna guardaba con celo en su tocador.

Gloucester Road, Londres, 1886

Mordisqueando golosa una uva, envuelta en las sábanas del lecho donde acabábamos de amarnos y a veces casi como si esto hubiese sido solo una simple introducción, un entremés liviano para la verdadera puesta en escena de sus intereses, Alicia —los cabellos negros sueltos sobre la almohada, el perfil embravecido y gozosamente exhausto— se afanaba en especular sobre la maldición del collar hasta que caía la noche. Yo, entregado devotamente a sus disquisiciones, aunque más concentrado en la tibieza de su cuerpo desnudo tan cerca del mío, proponía algunas preguntas procurando llevar algo de sensatez a aquel pasatiempo especulativo. Lo primero era indagar de dónde había salido aquella idea, cómo sabía Alicia que el motivo del horrible suicidio había sido alentado por un desengaño amoroso. Y por si fuera poco, a causa de un hombre mayor.

¿Que cómo sabía eso ella? No, se encogía de hombros, no lo sabía a ciencia cierta, tenía que admitirlo. Era uno de esos rumores o hablillas que de tanto en tanto recorrían palacios y cafés contaminándolo todo con su exquisita turbiedad. Otra uva era engullida con rapidez. Pero yo no podía negarle que como eventual explicación al suicidio de la joven Joaquina Francisca tal cosa era bastante plausible, ¿verdad?, y ponía una uva en mi boca, como quien premia a su falderillo.

En efecto, tenía que admitir que aquello era atendible pues ¿qué otra cosa que no fuera una insuperable pena de amor llevaría a tal extremo horrendo a una muchacha? A Joaquina Francisca no se le conocían amoríos dignos de mención pues no solo era bastante joven cuando decidió quitarse la vida, sino que, por aquel mismo motivo, apenas había asistido a dos o tres bailes y su vida social recién despuntaba. Ello sólo podía significar que el enamoramiento que la llevó a tomar tan dramática salida tenía grabado a fuego su carácter clandestino, prohibido y quizá sin posibilidades de

prosperar por las dos primeras razones. Ni sus padres ni Inés supieron de ningún romance, decía Alicia. Ni las hermanas Oñate, Juliana y Matilde que, siendo íntimas amigas de Joaquina, fueron requeridas —con toda la discreción del mundo— por los padres de la joven suicida. Ni la tía Isabel, ni la doncella ni su preceptor, iba enumerando mi amada con convicción con sus dedos largos y hermosos, ni en realidad nadie del pequeño mundo donde habitaba la chica, cuidada con mimo, celo y rigor a partes iguales, había oído hablar de alguien que la cortejara. Y entre sus pertenencias no se encontró ni un billete, ni una estampa de esas que regalan los enamorados —y aquí me miró de reojo—, pero sí un frasquito de un perfume de Farina, muy clásico y muy difícil de encontrar en Madrid y del que ni la tía Isabel ni la condesa de Osilo, su madre, conocían su origen. Y eso, ¡eso precisamente!, era lo que les hacía sospechar de un amante mayor, insistía Alicia convidándome a otra uva desollada, un sorbo de vino. Por eso mismo: aquel romance debía ser un cortejo prohibido, un amorío que Joaquina no se atrevía a confesar a nadie. ¿Y no podía ser que en lugar de un hombre mayor fuera un hombre joven pero casado, por ejemplo?, preguntaba entonces yo, como para meter una cuña en aquel hermético edificio argumental. Alicia me miraba con la benevolencia que se le concede a un loco y chasqueaba la lengua, fastidiada de tener que responder a tamaña tontería. Aquel perfume había salido casi treinta años atrás y sus notas de fondo eran almizcle, bergamota, sándalo... ¡uf! Algo que ya estaba absolutamente obsoleto, querido Henry. Regalo de hombre mayor y no muy puesto en cuestiones de moda. Y me ofrecía entonces para oler su lindo cuello o la sangradura de su brazo, sazonado por la cítrica liviandad creada por un perfumista joven y brillante, Pierre Guerlain, que pocos años atrás había abierto tienda en la parisina Rue de Rivoli, según me instruyó Alicia, conocedora de este arte como de muchos otros...

Sí, como aquella que ahora traigo a estos pliegos fueron muchas las tardes intensas en que nuestro encuentro terminaba de tal guisa. A veces, cuando ella advertía mi aburrimiento, pasaba a preguntarme si había recibido noticias de don Jorgito, si sabía algo de él. Pero no, no tenía aún noticias suyas, negaba yo ensimismado, sería imprudente que me escribiera si la policía del reino todavía estaba detrás de sus pasos. Según me enteré, el superintendente de policía, Marcelino Arribas, no había salido muy bien parado de aquel

episodio y había jurado mover todos sus contactos y sus hombres para dar captura del fugitivo. Por fortuna el revuelto escenario de la política española concitaba la atención de los madrileños como si de un ameno entremés de Isidoro Máiquez se tratase.

Luego de visitar a Alicia acudía al Café del Príncipe donde Ventura de la Vega, Patricio Escosura, el recién reintegrado a la vida madrileña Larra, Espronceda y los otros apuraban claretos y cafés mientras charlaban sobre lo que sucedía en el Estamento de Procuradores y la guerra que le estaban dando allí a Mendizábal. Y todos se entretenían contando el duelo entre *Juan y Medio* y Paco Istúriz, que había tenido lugar recientemente cerca del puente de Segovia. ¡Vaya par! ¡Sí, menudas se las gastan!

Mientras tanto, Mariano seguía en el norte, donde más o menos por las fechas que cuento sería condecorado con la cruz de primera clase de San Fernando por su valiente desempeño en la acción de Zubiri, cosa que llenó de orgullo a Pedro, aunque lo disimulara con cierta mundanal coquetería. Y aunque al principio todos me preguntaron por Borrow, nadie fue capaz de asociarlo con Candelas ni con el ladrón del guante negro, pues como colporteur de la Sociedad Bíblica Británica era lógico que estuviera haciendo lo que su puesto indicaba: vendiendo sus libros de manera ambulante, visitando pueblos y provincias. Además, el interés por este o aquel tampoco había podido remontar un periodo inusual de calma chicha en que los robos deslumbrantes como llamaradas de ingenio, los hurtos inverosímiles que todos les atribuían indistintamente a ambos rufianes, habían quedado convertidos en ceniza, en billetes usados de una función teatral ya extemporánea en exceso...

La temporada de bailes estaba en su apogeo y eran muchas las casas que competían por ofrecer el más suntuoso, aquel cuyas luces, dispuestas desde las calles colindantes al palacio de los anfitriones y hasta los aparatosos candelabros del salón principal, sumieran en la oscuridad a todos los demás. Aquel Madrid risueño y frívolo, galante y casquivano, vivía empeñado en olvidar la guerra contra los carlistas en el norte arisco y la pugna más encarnizada entre aquellos de sus políticos que debían llevar *la nave del Estado*, como se decía por entonces, a buen puerto. En esos días, mi primo Pedro, pese a que era Primera Voz del Estamento Noble, pasaba más tiempo en El Capricho, paseando por aquel bosquecillo de opereta a donde a veces lo

acompañaba yo, siempre incapaz de aliviar la melancolía que nuevamente nublabla su estampa solitaria. Al verlo así, desalentado y lueño, me preguntaba si tal vez aquella descabellada afirmación de don Jorgito no era una insensatez a la que yo le estaba haciendo demasiado caso, contagiado tal vez por el carácter fantasioso que me demostraba Alicia. Quizá todas mis deducciones no eran más que un castillo levantado con la piedra del entusiasmo y la argamasa de la puerilidad propia de la juventud. Pero para enredar aún más aquel panorama, cierta mañana Madrid despertó con una noticia que estremeció la Villa y Corte de un extremo a otro: ¡Habían asesinado al marqués de Alcañices y robado el collar de los Balbases! ¿Alicia ya lo sabría? Yo me enteré en la Fontana de Oro, a donde había acudido para tomar un chocolate con Federico Madrazo, que tenía el encargo de pintar a la marquesa de Alcañices con aquella joya sin igual. Lo encontré en una mesa del rincón más sombrío, muy pálido y con una expresión trágica en el rostro. Federico no era de los asiduos al Café del Príncipe, donde se dejaba ver muy de vez en cuando, ahora apremiado por los repentinos encargos que recibiera de mi primo y de dos o tres aristócratas más, deslumbrados por la desenvoltura y el trazo de aquel joven pintor que, con apenas dieciséis años, había ingresado a la Real Academia de Bellas Artes gracias a un cuadro realmente soberbio que tuve la fortuna de admirar en su *atelier* de la calle de la Greda: *La continencia de Escipión*.

Pese a que su padre había sido el pintor de cámara de Fernando VII y gozaba de buena posición y salud económica, el joven Federico vivía con algo de apuro, embrollado con algunas deudas y más aún porque llevaba unos meses de estrenado matrimonio con la encantadora y musical Luisa Garreta. Nada más enterarse de aquellos apremios, mi primo Pedro, que sentía verdadero afecto por Federico y valoraba mucho su trabajo, le encargó un retrato. Eso bastó para que otros también quisieran ser pintados por el brillante y bisoño artista. Y también para que mi primo le sugiriera pintar a la marquesa de Alcañices, acariciando la idea de poseer él su retrato, como años más tarde me confesaría Federico en una de sus cartas. Sin embargo, aquel proyecto no vería la luz hasta casi treinta años después debido a varias circunstancias, becas, viajes y asuntos así, pero en un primerísimo momento, debido al robo del collar, la joya que mi primo había exigido que luciera Inés en su retrato y por el que pagaría una fortuna.

Quizá por eso, aquella mañana en la Fontana de Oro encontré a Federico chapoteando en una inquieta melancolía, pensando que esa fortuna se le escapaba de las manos como el humo del cigarro que sostenía en una diestra indolente.

—Creo que adelantaré mi viaje a París, amigo mío —anunció Federico al verme llegar—. Sin collar no hay retrato, es un capricho de tu primo. Y además la marquesa ha perdido a su marido. ¡Mal rayo parta a ese Candelas y su guante negro!

Sentí como si me hubiesen dado una bofetada. Me derrumbé en la silla, frente a él.

—¿Dejó un guante negro, dices?

Federico lagrimeaba a causa del humo de su cigarrillo y aquello contribuía a darle un aspecto aún más hosco. Se encogió de hombros, ya sabía yo que el rufián ese dejaba un guante cada vez que robaba en casa de algún noble, dijo. Y la policía se había revelado incapaz de pillarlo. Hasta el momento. Pero habiendo un asesinato de por medio era probable que los esfuerzos resultasen mucho más serios. ¿No creía yo?, agregó esperanzado. No sabía que decirle, la verdad. Pero que hubiese asesinado al marqués era asunto por demás extraño. Pensé en don Jorgito. Candelas no había cometido ningún crimen de sangre, le dije a Federico, y bebí pensativo mi café. Conversamos un poco más pero yo estaba distraído y excitado por aquella noticia y Madrazo continuaba enfrascado en una letanía de lamentos y resoplidos, de manera que nos despedimos sin mayores cortesías.

Aunque era una hora extemporánea, me encaminé a casa de Alicia. Seguro que le interesaría saber que la maldición del collar parecía aún terriblemente vigente. Por todas partes había ya corrillos de personas que hablaban del asesinato, y una verdadera procesión de curiosos avanzaba por la carrera de San Jerónimo. No me resultaba difícil imaginar a dónde iban todos. Al palacio del marqués de Alcañices. Pensé en mi primo y apresuré el paso. No, era imposible que él hubiera cometido una atrocidad así. ¿O quizá sí, obnubilado por el amor que le profesaba a Inés? Pero aquello era imposible, pues Pedro en ese momento se encontraba en El Capricho, a donde había querido ir solo, para perderse en sus senderos coquetos, a rumiar seguramente su melancolía. ¿O solo era una excusa para fabricarse una coartada? ¿Coartada? ¡Qué tontería! ¿A quién iba a estar dirigida esta? Tenía

que hablar con Alicia, quizá confesarle mis temores, revelarle mis aprensiones. No sabía qué más hacer ni a quién más confiar mi tribulación. ¿A Peñuelas? No, aquello era una locura. Y hacia donde Alicia me encaminé, sin saber todavía muy bien qué le debía contar y qué debía ocultar, nervioso, irritado, lleno de una profunda agitación.

Osuna desmontó de *Capitán* y se lo entregó al paje, un chiquillo pálido y de ojos vivaces que tomó rápidamente las bridas del animal. Hacía un frío áspero y cortante que parecía adormecerle el rostro y le enrojecía manos y nariz. Su caballo levantó con nerviosismo la cabeza, envuelto en una nube de vapor y él le dio dos palmadas afectuosas. Su cabalgata por la cercana montaña del Príncipe Pío y más allá del río lo había relajado un poco, pero aún tenía los músculos tensos y, a qué negarlo, en las últimas noches no fue capaz de pegar ojo. Dos días ya desde que Candelas hubiera desaparecido de sus vidas, dejándoles sumidos en un extravío y atontamiento del que difícilmente pudieron salir, pensando qué era lo que debían hacer, cuál el siguiente paso. Si, como explicaba el maestro, el ladrón había sido víctima de un engaño, ahora les tocaba a ellos efectuar el siguiente movimiento y desentrañar aquel misterio que finalmente los conduciría al verdadero ladrón. Aquel guante femenino..., no, no podía ser.

Sintiendo bajo sus pies la grava menuda que alfombraba el patio de honor, se encaminó hacia su cita con el maestro. En el extremo del patio, al otro lado de las cuadras, se levantaba el perfil severo de la biblioteca, sus paredes de ladrillos rojizos, tiznados por el tiempo. Sobre la puerta se encontraba el escudo de la casa, y sobre este, casi exenta, aparecía la corona ducal. Allí lo esperaba Peñuelas para explicarle el plan que se le había ocurrido. Osuna dudaba aún de que Candelas hubiese sido víctima de un engaño, como insistía el maestro. Dudaba de que el falso collar que les dejó no fuese sólo otra estratagema para él quedarse con el auténtico. Pero nada de esto le dijo a Jacobo, quizá por no herirlo en su orgullo. Y aquello era un malestar y un insomnio, una fatiga casi física que lo mantuvo esquivo y apagado durante todo este tiempo. Pero a ese malestar de pantano se le añadía otro, como una capa de limo posada sobre el primero, se dijo el duque. Un malestar que tenía que ver con el progresivo enfado del maestro respecto a sus actividades, esas que Candelas, con desparpajo y brutalidad les había

revelado la otra noche que conocía muy bien, sorprendiéndoles hasta dejarles un mal sabor de boca. De manera que la conversación que el duque se había prometido con el maestro durante meses no podía posponerse más. Encallado en una niebla de silencio y gravedad, Peñuelas lo estaba esperando en la biblioteca. Nada más verlo entrar dejó sobre la mesa los volúmenes que tenía en las manos y se levantó. El duque le hizo un gesto para que por favor, se sentara, y él hizo lo propio en frente del anciano. Se miraron brevemente, con incomodidad.

—Ya sé que esta conversación la hemos venido aplazando hace mucho, Jacobo —empezó a decir el duque— y te ruego que me disculpes...

Sabía que el maestro estaba enfadado, sí. Y más aún desde que Candelas les soltará allí mismo que había descubierto que Osuna era el ladrón del guante negro. Pero lo que menos se hubiera imaginado fue el impaciente gesto de fastidio del maestro, las mil arruguitas que aparecieron en torno a sus ojos azules, su mano casi a punto de espantar las palabras ducales.

—Me parece una temeridad lo que hemos venido haciendo, excelencia. Candelas lo descubrió, ya lo ve usted, y otros podrían hacerlo. Es cuestión de tiempo.

—No creo que muchos...

—Y la verdad, no sé cómo me he dejado embarcar yo en esta estúpida y pueril aventura —continuó Peñuelas ajeno a lo que intentaba decir el duque—. Como si usted y yo no fuéramos más que dos mozalbetes jugando peligrosamente... Mis enseñanzas nunca estuvieron destinadas a algo tan frívolo, qué quiere que le diga.

Osuna iba a soltar un exabrupto pero se lo pensó mejor porque en el tono de Peñuelas había una nota de abatimiento íntima y sincera. Y también sabía que resultaba muy difícil encontrar argumentos para explicar o defender todo aquello que este calificaba de temeridad. ¿Cómo explicarlo? El mismo no hallaba una respuesta fiable a todo aquello, y si en un primer momento incluso pensó o se intentó convencer de que se trataba de una causa noble, el anciano siempre albergó dudas al respecto. Desde el principio puso reparos, objeciones, dudas bien fundamentadas. No obstante se dejó involucrar, quizá movido por el cariño que le tenía al duque, a quien en verdad trataba como a un hijo, tal vez porque algo de todo aquello encendía la llama atrevida del riesgo y la aventura que en algún momento también había alimentado su vida.

Pero sobre todo porque se dejó seducir por la idea de que en verdad era una manera noble de luchar contra ese carlismo abyecto, oscurantista y cerril que amenazaba con convertir a España en una furiosa hoguera fratricida. Y eso, intuía el duque, era lo que en el fondo más le molestaba. Haberse visto envuelto, haberse dejado contagiar por la fiebre que devoró a Osuna, alanceado por el reto, el riesgo, el sutil juego, sí, que tanto le faltaba a su vida. Pensó en el ladrón de Lavapiés y se dijo que aquella era una vida mucho más llena, ahíta de sentido y destino. Y la tuya, Pedro, una tosca emulación, apenas un endeble simulacro respuntado de fiestas y ligereza, de correrías y entretenimientos vanos.

—Nunca fue mi intención convertir todo esto en un juego. —Se encogió de hombros, impotente—. Sé que lo otro fue una tontería, una puerilidad inexcusable, como dices, pero no..., en fin —se rindió Osuna.

Peñuelas se levantó entonces con cierta brusquedad inusual en él y caminó hacia el extremo de la biblioteca, como si súbitamente hubiera echado en falta un volumen precioso. Desde allí se volvió al duque.

—*Lo otro*, como usted lo llama, excelencia —dijo al fin—, fue el remate de una aventura que desde el principio no tuvo más objetivo que alimentar su vanidad. —Se volvió repentinamente a él—. No, no me interrumpa, por favor, y escuche. Yo también soy culpable de todo este lamentable sainete que se nos ha ido de las manos; *lo otro*, como usted dice, sólo probaba lo que desde un principio sospeché. Que era nada más que pura soberbia. *Lo otro*: dejar ese guante como marca personal, era una burla no sólo a la policía del reino, que bien sabe usted que poco me interesa, sino también a todos los demás. ¿No se trataba acaso de desvalijar a los enemigos, a los facciosos carlistas, evitar contribuciones dinerarias y de toda índole a las huestes que pelean en el norte contra nuestro ejército cristino? —Peñuelas alzó ambos brazos al cielo, como si lo que hubiese dicho fuese tan solo una mala ocurrencia—. Pero qué puedo decir yo, si desde el principio acepté ayudarlo en esta loca y absurda empresa. ¡Convertirse usted en un ladrón! Qué hubiera dicho su querida abuela.

Osuna también se levantó y caminó hasta donde Peñuelas. Puso una mano amable y al mismo tiempo dura en el hombro del anciano.

—No nos engañemos, Jacobo, mi abuela habría estado encantada con todo este asunto. Ella también hubiera detestado a esa facción fanática que se

empeña en destrozarse el país más de lo que ya está.

Porque, al fin y al cabo, siguió razonando el duque con vehemencia, si tenía que confesar que el aburrimiento y la vanidad habían contaminado toda aquella «vana empresa», no era menos cierto que el fin último de la misma, desvalijar a los carlistas, golpearlos y humillarlos, aterrorizarlos y obligarles a replegarse en sus casas, había resultado efectiva. No era evidentemente la manera como se iba a ganar la guerra, por supuesto, por unos pocos cientos de miles de reales, pero algo era algo, dijo.

—¿Ese dinero? —Peñuelas lo miró con escepticismo—. Ese dinero arrebatado a los que apoyan al infante Carlos es apenas una migaja para lo que necesita nuestro ejército en el norte. Ya ve el dineral que reclama desesperadamente Mendizábal ante la reina y su Gobierno.

—Pero que sirva como contribución es algo, Jacobo. No lo negarás. No sólo es golpearlos y advertirles de que nunca estarán seguros en sus refugios madrileños, sino también arrebatarles ese dinero y revertirlo a nuestra causa.

El maestro negó con vehemencia.

—¡Pero si en todo este tiempo nunca ha decidido usted a quién entregárselo! A unos por exaltados, a otros por incompetentes, a los de más allá por ladrones y a los de acullá porque su prudencia es tal que más bien resulta inhibición y cobardía. Ni siquiera la propia reina merece su confianza, excelencia. Admito que yo también pienso lo mismo, es cierto. Una reina gobernadora veleidosa y poco firme, azuzada por camarillas de felones y aprovechados.

En la voz de Peñuelas latía una nota desesperanzada y agria como el duque no recordaba habérsela oído en mucho tiempo. Pero era verdad, admitió. España era una embarcación zarandeada en un mar revuelto de gritos, astucias y componendas. Un podrido navío que se hundía en las mismas costas de una Europa que la miraba con desdén y suspicacia, más ahora que el carlismo amenazaba con fracturarla para siempre. Como si Peñuelas le hubiese leído el pensamiento, continuó:

—Lo sabe bien, excelencia, esta España nuestra se pulverizará una y otra vez. Quizá en cien años acabe toda esta sinrazón. Quizá en un siglo nuestra nación encuentre una salida para este cenagal de odios, envidias e incompetencia.

—Ni tú ni yo lo veremos, Jacobo. —Meneó suavemente la cabeza, el

duque—. Pero quizá sea así.

—Dios lo quiera.

Osuna encendió un cigarrillo y se acercó a la mesita donde reposaba la cafetera de plata y las tazas. Se sirvió una que bebió de un trago y sirvió otra a Peñuelas, quien rechazó, cabizbajo. El caso, se dijo mientras dejaba la taza nuevamente sobre el platillo, es que debía de confesar que todo aquello, la hermosa planificación de los robos, los duros entrenamientos, la meticulosidad extrema con la que habían diseñado esos golpes también había supuesto una distracción, un alivio a su existencia tal como era.

Porque era cierto, Pedro. Ese agotador ejercicio que era vivir enamorado de Inés y no hallar solución alguna a un sentimiento que a veces creías correspondido y otras veces no, había encontrado en aquellos golpes llenos de ingenio y osadía, en aquella sinrazón sofisticada, una suerte de tibio bálsamo. Y de alguna manera también había sido así para Peñuelas, aunque esto último no se atreviera a decirlo en voz alta. Porque además, si lo que los había unido fue primero el cariño y la relación casi filial, y después el afecto de maestro y alumno, desde que urdieron aquellos robos al rebufo de los de Candelas, los unía un oscuro secreto y una complicidad que era como el desenlace de toda esa vida juntos, como si se hubiesen preparado largamente para aquello, para ese juego exquisito y sofisticado que los aliviaba de una existencia sin mayores ambiciones y que, maldita sea, se había visto enturbiada simplemente porque él había llevado las cosas más lejos de lo debido y cedió a la pueril debilidad de dejar el dichoso guante en sus visitas a casa de los carlistas. Semejante tontería fue como la alerta que despertó a Peñuelas de aquella suerte de ensueño que supuso para él dedicarse a un adiestramiento en el que había algo de astuto ajedrez. Y también de muchas de aquellas disciplinas físicas y mentales que tan bien conocía y que había aprendido a lo largo de su dilatada vida y en una infinidad de lugares. Porque así fue que empezó todo, como un reto, como un tanteo y una provocación del duque al maestro. Quizá, tuvo que admitir Osuna mientras escuchaba lejanamente las reconvenciones y arrepentimientos de Peñuelas, era una simple cuestión de soberbia; el guante que él dejaba no era otra cosa que una vicaria y torpe reparación de su orgullo, pues ni siquiera le podía llamar honor. Era un tosco reclamo de atención. Después de todo, aquellos golpes osados y no los modestos hurtos de pícaro de Candelas eran obra suya. Él

había demostrado que era capaz de desvalijar el palacio más hermético, el caserón más esquivo, a la familia más emperifollada. A cualquier vil carlista contra los que ahora mismo se batía su querido hermano y muchos de sus amigos. ¿Sí, Pedro, pero quién lo sabría?

—El daño ya está hecho —dijo el maestro, y Pedro se volvió confuso—. Ya no hay solución para aquello y si usted quiere seguir no cuente más conmigo. Ahora más bien debemos centrarnos en averiguar quién está detrás del robo del collar. Y sabemos que el ladrón sigue en el palacio de Alcañices. De manera que escuche con atención, por favor.

Gloucester Road, Londres, 1886

Aún hoy, tantos años después, aparece sin esfuerzo y con dolorosa nitidez el rostro de Alicia como uno de los recuerdos más dulces de cuantos me han acompañado durante toda esta vida. Incluso después de que apareciera en ella Clarice, mi amada esposa, ya fallecida. Aún hoy es el recuerdo de Alicia el que me persigue como un leve fantasma y me sosiega, al igual que antes era el recuerdo que me perturbaba en mis largas noches de insomnio, cuando en el duro conticinio me resultaba imposible olvidarla. Pues al poco tiempo de aquellos encuentros intensos que he referido, absolutamente colmados de pasión y de amor, ella cortó amarras de mi vida con la misma indiferencia con que un bergantín sin bandera lo hace de un puerto de paso, sin mayores explicaciones ni saludos, para remontar libremente por otros mares.

Como ya dije, la mañana aquella en que Madrazo me explicó que habían asesinado al marqués de Alcañices y de paso robado el maravilloso collar de los Balbases, yo tuve la repentina idea de acercarme a casa de Alicia para comentar aquella terrible noticia que además estaba relacionada con la historia que la tenía sumida en la más poderosa de las fascinaciones, la maldición del collar que poco a poco se fue adueñando también de mi espíritu y que, cuando ya creía olvidada ha reaparecido nuevamente en mi vida con la carta —¡precisamente de Federico!— donde este me da cuenta de la muerte de Alfonso XII. Otro más tocado por el infortunio de este collar que el hijo de Inés y Nicolás, el duque de Sesto, heredó y colocó en el cuello de su mujer,

antes de entregarle una copia al rey para que se lo diera a su mujer, encaprichada por la joya. A juzgar por la dramática muerte del monarca, me inclino a creer que no se trató de una copia, que el que entregó el duque, movido por su amor y respeto al monarca, era el verdadero collar de los Balbases.

Me urge ya ir terminando esta narración que espero clausure definitivamente mi relación con el dichoso collar, con mis primos, ambos ya muertos y sin descendencia, con el soterrado dolor que me produjo la partida de Alicia, de la que tardé en recuperarme, si es que acaso lo hice alguna vez, encharcada mi alma de despecho y dolor.

Ese día, lejanísimo ya en el tiempo, después de mi cita con Federico Madrazo en la Fontana, me encaminé hasta la plazuela de Matute. Una vieja que me pedía limosna con la prepotencia usual de los mendigos madrileños hizo que me detuviera justo en la esquina de la calle de las Huertas, por donde venía, buscando unas monedas con las que quitarme de encima a la inoportuna. Alcé entonces la vista y estuve a punto de frotarme los ojos, temeroso de que estos me estuvieran engañando. Mas por desgracia no eran mis ojos los que me engañaban. Orondo, de sombrero de copa y continente aristocrático, pagado de sí mismo, el abogado Olózaga encendía un cigarro en la puerta de la casa de Alicia, daba dos bocanadas placenteras que lo envolvieron en humo y se marchaba de allí, los faldones de su levita abierta aleteando alegremente. Apenas desapareció por la otra esquina, tuve que buscar apoyo en una farola, como si fuese un borracho cualquiera, incapaz de dar dos pasos sin tropezar. No sé cuánto tiempo estuve así, mirando la esquina por donde había desaparecido el abogado alavés, incapaz de saber cómo actuar, si marcharme o seguir con mi propósito inicial de visitar a mi amante. Al fin, como quien se lanza a una corriente turbulenta, me encaminé con el corazón desacompasado a donde Alicia, subí de dos trancos hasta el principal, aporreé con furia la puerta y me abrió la doncella, como siempre. Pero ahora su sonrisa era una mueca crispada. Sin esperar que me dejase pasar, la hice rudamente a un lado y entré. De pie en el salón, al lado de un baúl y algunas maletas, en medio de un revoltijo de mantillas y vestidos Alicia me miraba atónita, como si yo fuese un espectro.

Es bastante doloroso seguir por ahí, sobre todo porque se reabren heridas que hace tiempo estaban cerradas. Baste con decir que en un principio se

negó a darme ninguna explicación, simplemente se marchaba, que no le preguntara el motivo.

—¿Con Olózaga? —Sentí que mi voz temblaba, estrangulada—. Acabo de verlo en la puerta. ¡Responde!

Yo sabía que Olózaga, como gobernador civil, era uno de los pocos apoyos que le quedaban a Mendizábal. Y como era un hecho que el Gobierno de este caería de manera estrepitosa y sin siquiera ya el apoyo de la reina, lo más probable, decían, era que el gaditano se marchara al exilio. No era extraño pues pensar que Olózaga partiría con él. Y acompañándolo, Alicia. Nuevamente.

—Suéltame, Henry. —En la voz calma de mi amante, advertí sin embargo unas notas de pánico.

Recién me di cuenta de que, mientras la hartaba a reproches, la tenía aferrada con tal violencia de los hombros que sus pies levantaban unas pulgadas del suelo. La solté, asustado, confuso, incapaz de reconocermé en aquel manantial oscuro de violencia que emanaba de lo más profundo de mi ser. ¿Así le había ocurrido a mi primo?, recuerdo que pensé. Y tuve miedo.

—Lo siento, yo... —atiné a balbucear.

—Será mejor que te marches —dijo ella, congestionada—. Te dije que no me celaras. No te pertenezco. Pero si quieres saberlo no, no me voy con Salustiano. Me voy *de él*.

Y entonces, como si aquella confesión inesperada hubiese sido lo único que le hacía falta, se echó a llorar, el rostro cubierto por las manos. Comprendí entonces que Alicia era incapaz de vivir sin Olózaga, quien la había vuelto a buscar a raíz de aquellas gestiones que recientemente había hecho para permitir la excarcelación de don Benedicto Mol y de paso la huida de Borrow. Y ella se había entregado a mí intentando olvidar al abogado quien, a su vez, era incapaz de dejar a Felisa Camarasa, con quien terminaría casándose pocos años más tarde. A Alicia, pues, la quería impulsado por su frívolo *joie de vivre*, para pasar el rato, pese a que le juraba una y otra vez que la quería. Eso precisamente había ido a decirle aquella mañana en que yo tuve la desgracia —o quizá la suerte...— de sorprenderlo. Con mil zalamerías y promesas, el abogado insistió en su cruel ejercicio de seducción.

Olózaga era un hombre de considerable vanidad, como me había dicho Villiers, y pese a su temprana miopía y su cada vez más robusto continente,

gustaba a las mujeres y él a estas las prefería bellas, de ser posible inteligentes, a las que seducía con mayor entusiasmo, amparado por su porte y su soberbia, alimentada esta última por el verbo florido y el atildado corte de sus trajes. Era, como decía su gran enemigo, el extremeño Donoso Cortés, muy amante del relumbrón cortesano, la buena mesa y las citas galantes. (Pese a estar en el mismo gabinete de Mendizábal, Olózaga y Cortés se odiaban sin ningún descuento, cosa que divertía mucho a don Jorgito...).

Alicia vivía su relación con el primero de manera siempre clandestina y esquiva, como una enfermedad cuya intermitencia la dejaba en un estado de convalecencia perpetua. Lo único que podía hacer, me confesó con los ojos enrojecidos por el llanto y la desesperación, era escapar de su influjo. Pero lo que en realidad había colmado el vaso de la serenidad en Alicia era la reciente historia que atribuía a Salustiano un romance con aquella monja arrebatada del misticismo más delirante, sor Patrocinio, a quien se le había abierto ya un proceso judicial, porque sus visiones de naturaleza ultraterrena resultaban inequívocamente carlistas.

¿Quién era esta monja de la que yo había oído hablar en los cafés y en los mentideros sin hacer demasiado caso de lo que de ella decían? En pocas y atropelladas palabras, Alicia me contó. Al parecer, antes de que la joven tomara los hábitos, siendo casi una niña, huérfana reciente de padre y con una madre calculadora y resuelta a encontrar un buen partido para su hija, fue requerida por un jovencísimo Olózaga. Ella lo rechazó. Y ahora volvían a encontrarse, aunque en circunstancias bastante distintas, pues sor Patrocinio no sólo tenía visiones de éxtasis y llagas que se abrían para purificarla, sino que recibía mensajes sobre la poca idoneidad de la reina Cristina. Incluso afirmaba que en una ocasión el demonio la llevó en volandas desde su celda en el convento del Caballero de Gracia hasta la residencia veraniega de Cristina en Aranjuez para mostrarle lo «mala madre» que era esta. Recientemente se le había abierto pues una causa judicial para averiguar el origen de aquellos estigmas. Tres facultativos, entre ellos el más prestigioso cirujano del país y médico de cabecera de mis primos, el doctor Diego de Argumosa, fueron los encargados de verificar el origen sobrenatural de tales llagas. Y ello en presencia de Salustiano Olózaga quien, como abogado, había decidido entablar diálogo con la endemoniada —y decían que bellísima— monja. Aquella historia estaba ya en boca de todos. Fueron varias citas en

las que Olózaga aparentemente intentaba convencerla de que confesara que todo había sido un engaño urdido por un capuchino, Fermín de Alcaraz, quien la convenciera de que se prestara a aquel teatro. Que ella no era carlista. De lo contrario era muy probable que pasara el resto de sus días en la espantosa Casa de las Arrepentidas.

—Yo sé perfectamente qué es lo que busca Salustiano allí. Y no son precisamente llagas —dijo Alicia con la voz rota—. Por tu bien, Henry. Vete. Olvídate de mí.

No quise escuchar más, de manera que me marché de su casa, desorientado como un sonámbulo, con un asco y un temblor que jamás había experimentado y sin saber que nunca volvería a cruzarme con Alicia de Cisneros, que su última imagen era la de esa mujer confundida, extraviada de llanto entre baúles y maletas, en el salón de aquel principal donde fui, por un breve tiempo, realmente feliz.

Otra tristeza de índole más profunda, aunque en ese momento no me parecía que hubiese alguien más desgraciado que yo en la tierra, me esperaba en el palacio de Leganitos. ¡Cómo echaba de menos la presencia de Mariano! Nunca fui capaz de decirle a Pedro que yo sabía, o al menos albergaba grandes sospechas, de que él era el ladrón del guante negro. Que Borrow me había hecho partícipe de sus deducciones y que desde entonces no había podido quitarme de la cabeza la cantidad de detalles que me inclinaban a pensar que don Jorgito no andaba equivocado. En medio de aquel mi primer dolor amoroso, del desencanto inconsolable que yo vivía por Alicia, transcurría una peripecia más terrible y sinuosa sin que yo supiera mucho de ello. Sólo la correspondencia posterior con don Jorgito, con María Buschental y Federico lograrían que yo encajase poco a poco las piezas de aquel puzle. Ese año efectivamente cayó Mendizábal y fue sustituido por Paco Istúriz, la España entera se incendió de revueltas y pronunciamientos, hasta que durante el verano se alzó una rebelión en los Reales Sitios de La Granja, donde un grupo de sargentos de la guarnición y de la Guardia Real se amotinó contra la reina Cristina para exigirle que volviera a poner en vigor la Constitución del año 12 y que nombrara un Gobierno presidido por José María Calatrava. ¡Y con el mismísimo y redivivo Mendizábal en la cartera de Hacienda! No es de extrañar pues que muchos pensaran que el gaditano estaba detrás de aquel verdadero *coup d'état*. Ante tales circunstancias, mis primos decidieron partir

al exilio y yo con ellos, para marchar desde París ya de regreso a Londres. Y de pronto, en pocos meses, todo aquel mundo feliz pareció desleírse como una embarcación muy frágil en una tormenta, dejando apenas los restos de su naufragio flotando a la deriva, llevándose en esa misma corriente mi primera juventud. Pero en medio de aquello, una pregunta seguía rondándome insistente, como si el fantasma de Alicia me la susurrara al oído. ¿Qué había ocurrido con aquel collar que reapareció tan misteriosamente como había sido hurtado de casa de Alcañices? Porque a los pocos días de ser sustraído, y una vez disipada la confusión acerca del supuesto asesinato del marqués, Pedro y el maestro Peñuelas recuperaron la valiosa joya sin querer decir ni una palabra acerca de cómo ni dónde. Durante días quedé poco menos que postrado en una ciénaga de tristeza pensando que sí, que mi primo no sólo era el ladrón del guante negro sino también el asesino de aquel infortunado lacayo, a quien confundió en su locura con el marqués de Alcañices. ¿Acaso yo mismo, siendo nuestro romance reciente, no me había portado con incontrolable violencia con Alicia? ¿Cómo no pensar entonces en el helado rencor y el odio acumulado en todos esos años en el corazón dolido de mi primo, incapaz de poseer el amor de su Inés? Fueron días odiosos para mí y más de una vez dudé en encararlo, en exigirle que me dijera la verdad. Pero me resultaba imposible decidirme. Porque en el fondo de mi ser, todo se rebelaba contra aquella idea detestable. Por fortuna, poco después y cuando yo ya estaba dispuesto a marcharme de aquel palacio querido, el asunto quedó alumbrado por una luz tan inesperada como terrible. O eso creí por un tiempo.

—Las cosas no suelen ser como parecen, mi querido amigo —me diría Borrow cuando años después, ya de vuelta en Inglaterra, me decidí a visitarlo.

Bebió un sorbo de su té y me miró con sus ojos pequeños y perspicaces. Entonces la historia que yo di por buena se tambaleó de manera completamente inesperada.

El pequeño salón donde los había citado Nicolás Osorio estaba emplazado en la parte noble del edificio, muy cerca del «ala de las damas», y tenía las paredes decoradas con intrincados paneles de madera y tapices oscuros, muy del gusto de Alcañices, pensó el duque paseando de un extremo

a otro de aquel espacio. Se accedía a él por una galería cuya pared norte tenía un espléndido mural: *El triunfo de Apolo*. Inmediatamente después se encontraba el despacho del marqués y luego la llamada «cámara ámbar», cuyo piano alemán languidecía como un elegante prisionero en una mazmorra de lujo. La recámara de los marqueses quedaba en el ala opuesta. Osuna estaba algo desorientado, pues el palacio había sufrido numerosas reformas en los últimos años: la cocina fue trasladada al ala sur y el piso nuevo superior fue destinado a los dormitorios de servicio y a diversos despachos de intendencia, aunque estos fueran pocos. Pese al tamaño del palacio, Alcañices no era afecto a tener mucha gente deambulando por casa, como ocurría en el palacio de Leganitos, que a veces parecía más bien un edificio ministerial.

Cuando llegaron Peñuelas y él, muy temprano por la mañana, dos porteros de sala les hicieron pasar sin decir palabra. En la entrada del salón estaba Manuel de Caravedo, un individuo lánguido y desfallecidamente rubio aunque de ojos astutos, que se frotaba las manos como si tuviera mucho frío.

—Excelencia, maestro: el marqués los recibirá en un momento.

El secretario de Alcañices extendió una mano como si en lugar de mostrar el camino indicase la entrada a un recinto sagrado, se compuso el bigotillo de moco y marchando casi marcialmente delante de ellos los condujo hasta aquella pequeña cámara desde cuyas ventanas se podía observar el amplio patio, las despensas y más allá las cuadras. Hizo allí una inclinación y desapareció.

Peñuelas permanecía sentado en una silla, ajeno a los paseos nerviosos del duque, que ora miraba la puerta, ora miraba por la ventana, corriendo apenas con un dedo el pesado cortinaje. En una mano aferraba la bolsa de terciopelo rojo.

—Esperemos que el plan dé resultado —dijo.

Y es que desde que Osuna escuchara en su biblioteca las elucubraciones de Peñuelas, convino con él en que lo mejor era acercarse al palacio de la calle Alcalá para entregarle al propio marqués el collar. Luego, claro, de hacer la pequeña modificación que ideó el maestro. Con un mensajero, el duque de Osuna solicitó a Alcañices la entrevista. Le entregaría el collar, pero requería que se encontrara todo el personal de la casa. «Al menos quienes estuvieron aquel aciago día en que Candelas le diera muerte al desventurado

ayuda de cámara, la misma noche en que desapareció el collar». Era una sugerencia del maestro Peñuelas que rogaba tuvieran los marqueses en cuenta, remataba la esquila el duque.

De manera que allí estaban, esperando a que aparecieran el aristócrata e Inés. Al cabo escucharon un rumor de pisadas y voces y Osuna se pasó una mano por el pantalón gris e irguió con marcialidad la barbilla. La primera en aparecer fue Inés. Pedro advirtió que tenía una mirada aturdida, llena de desamparo y perplejidad. Se acercó a recibirlos y no pudo contener su emoción, pues se arrojó a los brazos de su primo. Su marido se quitó el sombrero de copa y pareció medir con un dedo la circunferencia de aquel cuello rígido, blanco e impoluto que le cubría casi hasta las mejillas. Esperaba en la puerta. Carraspeó con visible incomodidad a que acabara aquella efusión —que seguro consideraba fuera de lugar— y dio unos pasos para estrecharle la mano al duque y ofrecerle unas secas palabras de gratitud a él y a Peñuelas.

—Han sido proverbiales, amigos queridos. Proverbiales y por demás rápidos para encontrar el collar —concluyó como si en realidad le molestara dar tan enfáticamente las gracias.

A Osuna, que volvía a sentir que su corazón se sosegaba no se le escaparon las miradas de ave rapaz que echaba Osorio a la bolsa de terciopelo que llevaba en la mano.

—Como le dije, Alcañices, sería importante que estuviera el personal que la otra noche..., en fin, ya sabe usted.

El marqués hizo una mueca de contrariedad y asintió con un vago desagrado, claro, claro. De botas altas y vestido con frac entallado, chaleco de rayas y condecoraciones en el pecho, Nicolás Osorio tenía la marcialidad de un oficial prusiano. Llevaba un alfiler cuya cabeza era un diamante de talla rosa. Cada vez que Alcañices se movía, la joya lanzada destellos molestos. O quizá era la leontina de finas cadenillas que quedaba unida al frac por un elegante gancho que atravesaba el ojal, se dijo Osuna. Era evidente que el marqués cuidaba de su prestancia aunque fuera hora tan temprana y circunstancias tan poco sociales, por decirlo así. No era el caso de Inés que llevaba un vestido sencillo de muselina azul y una chaquetilla *Spencer* que resultaba insuficiente para contrarrestar el frío de la habitación. Nadie había encendido la chimenea aún.

—Por supuesto —dijo el marqués—. Ahora mismo convocaremos al servicio, tal como habéis solicitado.

Dio dos palmadas y al instante apareció su secretario. Osuna tuvo la desagradable sensación de que este hubiera estado espiando detrás de la puerta.

—Que suban —gruñó Alcañices sin mirarlo, haciendo aletear una mano desdeñosa.

El secretario desapareció nuevamente y ellos quedaron varados en un silencio espeso y perturbador, mirando todos la bolsa de terciopelo que Peñuelas había dejado como al descuido sobre la mesa.

Resultaba notorio que el marqués estaba intrigado con aquella estrategia pero resultaba fácil suponer que tanto Peñuelas como el duque habían solicitado la presencia de los criados para intentar averiguar quién era el culpable... o los culpables.

De puertas para afuera, el caso dormía ya sepultado bajo otros legajos en el despacho del superintendente de la policía: Luis Candelas había robado el collar y dejado un guante negro, como era habitual en él. Las numerosas batidas por plazas, mancebías, cafés y portillos que se realizaron bajo las órdenes estrictas del jefe de policía Arribas dieron al fin sus frutos. La versión oficial explicaba que el delincuente había sido sorprendido en una taberna de la calle del Desengaño y al querer huir por los tejados de las casas vecinas resbaló, precipitándose al vacío y rompiéndose el cuello. Así lo afirman varios testigos. Sus compinches —pues los había, evidentemente— estaban ya todos pudriéndose en la cárcel. Y se había esparcido oportunamente la noticia por Madrid de que no era Alcañices quien había muerto; con la celeridad con la que arde la paja, la buena nueva se regó por la Villa y Corte provocando alivio y chismorreo a partes iguales. Todo pues había sido producto de una espantosa confusión que el propio marqués se había encargado de resolver una vez que estuvo de vuelta de una de sus tantas excursiones a su coto de caza toledano. ¡No, no había muerto! Había sido un desdichado ayuda de cámara quien probablemente tuvo la desgracia de sorprender al ladrón en faena. Y este lo mató. La policía se hizo valer de la confusión inicial como una brillante artimaña para atrapar al asesino y ladrón, como explicaba a quien quisiera escucharlo el corregidor Pontejes. Todo era producto de la esmerada inteligencia del superintendente de policía y sus

hombres, anunciaba el ministro de lo Interior, don Martín de los Heros, y al menos por unos días, mientras Mendizábal batallaba cada vez más en solitario para sacar adelante el Gobierno, la atención volvió a centrarse en el maldito Candelas, perdido ya su halo romántico de ladrón sin mácula, autor de un detestable crimen por el que debería haber sido colgado. Quiso la Providencia, decían unos y otros, que se rompiera el cuello al tratar de escapar. Y en el infierno ardería por toda la eternidad. Aunque otros sospechaban que aquello era una mentira más de la policía y que Candelas disfrutaba ahora de su botín muy lejos de Madrid...

Pero allí, en el ajetreado palacio de Alcañices, las cosas eran muy distintas y discurrían bajo el orden y control que sutil pero implacablemente había dispuesto el maestro Peñuelas. Por eso mismo, Nicolás Osorio no vio motivo para objetar la petición de este. Y en ese preciso momento iban entrando mohínos, asustados, pálidos o desafiantes, con expresión alelada o suspicaz, los zapatonos con barro o los borceguíes limpios, dos ayudas de cámara, cuatro doncellas, el despensero, tres lacayos, el maestresala, dos porteros bastante jóvenes y el cocinero, un hombretón macizo y patilludo que permanecía impaciente, de brazos cruzados y casi casi ofendido.

—¿Están todos? —preguntó entonces Peñuelas, con mucha suavidad.

Los criados se miraron como contabilizándose unos a otros. Osuna y los marqueses se habían situado contra el ventanal y frente a ellos, agolpado en la puerta de aquel pequeño salón, el servicio no se atrevía a decir palabra. Peñuelas, en medio de ambos grupos, sentado a la mesita como un paciente escribano, esperaba respuesta.

—Sí —dijo finalmente una doncella de ojos saltones.

—No —contradijo una voz femenina, vagamente imperiosa.

Todos se volvieron.

La tía Isabel llevaba un mantón oscuro y los cabellos retintos y esforzadamente aplastados contra el cráneo. Tenía unas ojeras violáceas y el semblante más adusto que de costumbre. Inés le hizo una seña para que se acercara a ellos pero la tía meneó con energía la cabeza, como afirmando que su posición estaba con el servicio.

El silencio que se hizo entonces fue denso como una asfixia, roto apenas por el relincho de algún caballo o la voz de algún mozo en las cuadras.

Tuvo que carraspear Peñuelas un poco antes de empezar.

—Supongo que sabéis o imagináis el motivo por el que estáis citados aquí.

Como nadie dijo nada, el maestro continuó: todos los presentes habían vivido un episodio dramático y doloroso en el que había muerto un buen hombre, un criado fiel que fue asesinado por una evidente y horrible equivocación, pues a nadie se le ocultaba que el destinatario de esa puñalada era el señor marqués. Se levantó un leve murmullo y los criados se removieron inquietos pues la voz de Peñuelas, una voz bien timbrada y amable al principio, se fue volviendo poco a poco sorda y amenazante. Y estaban convocados allí con un único motivo, continuó sacando con escasa ceremonia el collar de su bolsa de terciopelo: ¡Que alguien dijera si estaba involucrado en ese execrable robo y asesinato!

—¡Si confesáis ahora, el marqués promete que la justicia será benevolente! —agregó Peñuelas con voz tronante.

No sólo en los ojos del marqués había decepción y perplejidad sino también en los de Inés. ¿Aquella era la hábil estrategia del maestro Peñuelas? ¿Para eso había convocado con tal ceremonia y expectativa a la servidumbre? ¿Para amedrentarlos y ponerlos sobre aviso? Alcañices estaba cruzado de brazos y bajó la vista, como concediendo la gracia póstuma de no humillar con el desprecio de sus ojos a Peñuelas. Osuna pudo advertirlo en el bufido que soltó por lo bajo, en la manera en que meneó la cabeza, como si hubiese encontrado una fea mancha en la brillante puntera de su zapato.

—¡Confesad! —insistió aún Peñuelas, con la bolsa en la mano, mostrándolo como un predicador muestra la Biblia que redime al pecador. Sólo consiguió que el murmullo fuera un poco más intenso y que asomaran las lágrimas en los ojos de las doncellas más jovencitas y el desprecio en el gesto de los criados más viejos. La mayoría de ellos con muchos años de servicio fiel en aquella casa, ¡qué barbaridad!, se escandalizó una de las doncellas mayores, pestañeando incrédula.

Peñuelas quedó en silencio, como intimidado por sus propias palabras. Luego se limitó a entregarle el collar a los marqueses. Inés lo tomó en sus manos devotas y cuando lo hizo, un bisbiseo de admiración recorrió aquella cámara donde estaban reunidos. Era ciertamente una joya magnífica, balbuceó la vieja doncella sonriendo con emoción, como si ella fuese la dueña de la alhaja recuperada. La tía Isabel se acercó a Inés y lo cogió de sus

manos con frialdad. Luego lo miró de arriba abajo, como si por un momento no se creyera que aquel fuese el collar, según tomó nota Osuna. «Qué bien, querida, ya acabó este asunto tan desagradable», dijo y abrazó a su sobrina antes de volver a replegarse en su hosco silencio. Finalmente el marqués pareció olvidarse de los criados, se pellizcó la punta del bigote con impaciencia y sujetó la joya con delicadeza. La miró con atención, el ceño fruncido. Palideció momentáneamente, como víctima de un liviano vahído. En un momento pareció que iba a decir algo pero se limitó a abrir la boca vagamente confuso. Más bien se limitó a dar las gracias a Peñuelas y a Osuna, que nada había dicho en aquel momento casi litúrgico.

—¿Eso es todo? ¿Puedo ordenar que se marchen? —dijo al fin, con una voz demolida. Osuna afirmó con la cabeza y el marqués se volvió a sus criados. Eso era todo, ya lo habían oído. Ahora podían volver a sus obligaciones. En su voz quedaban todavía rastros de cierta decepción, quizá provocada por aquel patético exordio a la confesión que había protagonizado Peñuelas.

—No sabe cómo se lo agradezco, Osuna, no sabe cuánto Peñuelas —decía el marqués casi protocolariamente. Tenía el rostro encarnado, la voz reseca, como si necesitara con urgencia beber un sorbo de agua.

Luego abrazó a Inés y también a la tía Isabel. Volvió sus ojos llenos de perplejidad hacia ellos y repitió en un murmullo:

—No saben cómo les agradezco, amigos queridos. El collar ha vuelto a casa.

Y se quedó allí, ofreciendo su perfil afilado hacia la ventana.

Hay hombres que son su propio remedo e impostura, le había dicho muchas veces el maestro: El secretario Caravedo en persona lo esperaba en la entrada del palacio. Se inclinó algo exageradamente, como parecía ser costumbre en él, y luego guió al duque por el amplio vestíbulo que desembocaba en las escaleras de pulido mármol y alcanzaron la antesala, con cúpula y linterna, de manera que Osuna recibió un momentáneo chorro de luz que lo deslumbró. Cruzaron por una galería cubierta de tapices con escenas de caza y llegaron al despacho de Alcañices. Este era bastante sobrio, con techos altos y zócalos de jaspe. Junto al ventanal que daba al patio, dos pequeños sofás granates, separados por una mesita de café. Las paredes

cubiertas de seda clara y una mesa amplia y robusta llena de papeles, un tintero de bronce y otros avíos de escritura, hacia la izquierda; una librería de pulida madera hasta el techo, llena de viejos volúmenes forrados en rica piel de becerro, por donde Osuna pasó un dedo ensimismado. La chimenea del extremo permanecía apagada, pese al frío de la habitación.

—El señor marqués no tardará. Le ruega a su excelencia que le espere unos minutos.

Caravedo hizo una genuflexión anticuada, casi un requiebro de sainete, y desapareció. Osuna dejó el sombrero de copa sobre una mesita contigua a la librería y deslizó una mano nerviosa por la botonadura de su frac. En el bolsillo aún llevaba la nota que le hiciera llegar el marqués, ayer por la mañana. Sin que pudiera explicarse muy bien el porqué, cuando el criado le puso aquel billete en la mano con el sello lacre de la casa de Alcañices, Osuna entendió que todo aquel asunto empezaba a resbalar un poco lodosamente por un cauce que ellos no habían previsto. En realidad pues, le extrañó que fuera Alcañices quien lo citara y no quien ellos pensaban que lo haría. Le extrañó y le produjo un sobresalto porque tal como había vaticinado Peñuelas, desde que entregaran el collar falso, algo tenía que ocurrir, como si ellos hubiesen movido una pieza en aquel sutil combate de ajedrez y ahora esperaran con cautela y paciencia el movimiento contrario. Pero no era el adversario con quien creían vérselas.

—Esto parece complicarse un poco, excelencia —le dijo Peñuelas al verlo partir en su tálburi color membrillo.

Y ahora estaba allí, sin saber muy bien qué ocurriría. Escuchó un rumor de pasos y al instante apareció el marqués de Alcañices. Entró fingiendo desenvoltura, como si le fuera urgente despachar un asunto enojoso pero de jaez burocrática, un malentendido liviano que se solucionaría tan perentoriamente como su saludo cordial.

—Cómo estás, Pedro. Gracias por venir. —Y le extendió una diestra enérgica, de amistosa campechanía.

Había pasado al tuteo, cosa extraña en él. Una manera elíptica de decirle que en esas circunstancias, estando ellos dos solos, un tratamiento excesivamente protocolar entorpecería la buena marcha de la charla. El duque tomó nota.

—Muy bien, Nicolás. Aquí me tienes para lo que se te ofrezca.

—¿Un café o un poco de vino? Espera. Tengo una bebida excelente que seguro te gustará.

Antes de esperar respuesta, Alcañices llamó a Caravedo que, como la otra vez, se materializó tan de inmediato que Osuna tuvo nuevamente la desagradable sensación de que el melifluo secretario se quedaba en la puerta como un guardia suizo. O más bien como un espía. Osorio le encargó café y una botella de jerez seco.

El marqués se pellizcaba de vez en cuando los pantalones grises, como si le incomodara someterse a la moda actual de llevarlos excesivamente entallados. Se limpió una invisible mota de polvo del chaleco de punto y pidió al duque que por favor tomara asiento. Él hizo lo propio y ambos se quedaron mirando incómodos, como procurando vadear aquel espeso río de silencio.

—¿Cómo se encuentra Inés? —sondeó el duque.

—Muy bien, muy contenta con la recuperación del collar. Está de visita en la casa de los Buschental. Ya sabes que ella y la mujer han hecho muy buenas migas.

—No, no lo sabía.

Nuevamente quedaron en silencio. Alcañices se compuso el plastrón con dedos impacientes. Parpadeaba como cegado por una luz molesta. Osuna tenía una carta y decidió apostar por ella: dejar que fuera el marqués quien se ocupara de llevar la conversación hasta donde él quisiese. De manera que cuando el secretario entró con pasos aterciopelados hasta el salón, procurando no derramar una gota de la cafetera, Osuna esperó la larga y ceremoniosa tarea de servir la bebida en unas tacitas de porcelana realmente delicada.

—Gracias Caravedo, puede retirarse —dijo Alcañices con un punto desabrido en la voz, como si también le incomodase la demorada presencia del secretario.

Una vez que este se marchó, Alcañices apuró de dos sorbos el café aún caliente, sirvió él mismo el jerez, chasqueó la lengua y se alisó la cabellera con cierta vehemencia.

—Bien, Pedro, creo que será mejor que entremos en materia.

—Como quieras. —Osuna dejó la tacita con todo cuidado sobre el platillo y se quedó un momento mirándola. Luego levantó sus ojos azules hacia los negros de Osorio.

—Tú y Peñuelas sabéis perfectamente que el collar que me habéis entregado es falso. Ese no es el collar de los Balbases. —Al terminar la frase se coaguló un rictus de desdén en sus labios.

Osuna encajó la brutal confesión sin mover un músculo. Esperaba que el otro continuara. Que dijera lo que tenía que decir.

—Es una buena imitación, sí. —Los dedos del marqués estiraron un collar invisible y fugaz frente a Osuna—: un hilo de treinta perlas intermediado con golillas de rosas de esfera. Dos tulipanes en los remates, con un brillante cada uno. Todo guarnecido con ciento cincuenta y un brillantes y trescientas diecinueve rosas de esfera. Lo conozco perfectamente y he de confesarte que cuando vi aquella imitación estuve a punto de deciros que os habían engañado de la manera más absurda, que aquella *baratija* no era el collar de los Balbases.

—¿Qué te detuvo?

El marqués se inclinó para volver a llenar su copa, pareció darse cuenta de un error imperdonable e hizo una rápida contramarcha, volviéndose al duque con la botella en la mano: que lo perdonara, qué descuidado era, ¿quería otro sorbo? ¿No? De acuerdo. Él, con su permiso, se serviría un poco más. Lo hizo y alzó la copa para ver el líquido como al trasluz.

—Me hace falta para lo que voy a decirte. —Señaló el jerez, hizo una mueca que pretendió ser una sonrisa, lo bebió de un trago—. ¿Que por qué no lo dije en ese mismo momento? Porque en aquel collar falso había sin embargo una perla gris, hermosa, perfecta. Es la perla que yo coloqué en el collar. En el verdadero, se entiende. ¡Cómo no la iba a reconocer! Así pues, eso quería decir que vosotros o uno de vosotros la habíais puesto allí.

—Podría ser que lo recuperáramos así, que nosotros no supiéramos...

El marqués extendió los brazos en un gesto de impostada incredulidad.

—Vamos, Pedro. Te ruego que no me humilles con esa burda explicación. Vosotros sabíais muy bien que el collar era falso. Tuvisteis tiempo de mirarlo con atención y, por lo que sé, Peñuelas es un experto conocedor de joyas. No tardaríais en advertir el engaño. Y pusisteis la perla que pertenece al collar auténtico como un reclamo para que el que estuviese implicado se diera cuenta de que vosotros estabais al tanto del engaño.

Alcañices soltó una risita desencantada y meneó dulcemente la cabeza. La ridícula *extravaganza* de juez vengador y amenazante que ejecutó Peñuelas el

otro día no había sido más que una distracción, ¿verdad? ¡Claro que sí!

Osuna decidió no romper su silencio y se llevó la taza de café a los labios.

—Él, vosotros en realidad, nos estudiabais a todos. —Alcañices se levantó y fue a acercarse al ventanal, donde permaneció unos segundos, como a la espera de una repentina visita. Luego volvió a sentarse frente al duque—. Queríais ver la reacción de cada uno de los presentes porque sabíais que allí se encontraba él o los implicados. Pero me parece que estás a punto de sacar una conclusión equivocada. Yo no tengo nada que ver con el robo del collar. Sólo soy una víctima. Ahora bien: ¿de dónde sacasteis la perla? No sabes lo importante que es para mí. No puedes imaginarlo.

Osuna decidió que ahora sí merecía un sorbo de jerez. Se sirvió sin mayor protocolo y aceptó un cigarro que el marqués de Alcañices extrajo de una elegante pitillera de plata. El duque observó que las manos de Osorio temblaban. Fumaron ambos hombres como en el intermedio de una obra, sin decir palabra.

—Explícamelo —pidió al fin, el duque.

Alcañices dio dos chupadas rápidas a su cigarro antes de aplastarlo en un cenicero.

—Muy bien, Pedro. Tú seguro entenderás lo que te voy a contar. —El marqués volvió el rostro hacia el ventanal, como si algo allí hubiese llamado su atención—. Entenderás lo que es amar a una mujer que no nos corresponde. Déjame acabar, por favor, no digas nada. No te estoy juzgando..., aunque podría hacerlo. Y espero que al oír lo que te voy a contar no lo hagas tú conmigo.

»Tiempo atrás yo estuve enamorado de una mujer deliciosa, sincera y llena de esa pasión juvenil que a los hombres de cierta edad nos hace reverdecer. Nunca estuvo en mis cálculos enamorarme de ella porque por entonces empezaba a cortejar a otra mujer, a quien quería con un amor más... reposado. Los padres de esta última veían con buenos ojos aquel cortejo y posterior noviazgo. Pero yo me fui enamorando de la otra de esa manera irrefutable y funesta que trae consigo el enajenamiento amoroso. Era fuego lo que corría por mis venas. Y creo —no creo, estoy seguro— que a ella le ocurría lo mismo. Nos veíamos a escondidas, tomando las precauciones más inverosímiles. Los días que no podía verla, el mundo era un lugar desolado, insufrible y yermo. Nuestro amor sin embargo no tenía futuro. Ninguno.

—No veo la razón... si ni ella ni tú estabais casados...

Nicolás Osorio bebió un sorbo de jerez y chasqueó la lengua. Osuna no supo si lo hizo por el licor o por censurar su comentario.

—¿Deshacer mi compromiso con la otra mujer? Hubiera sido relativamente sencillo. De no ser porque se trataba de su hermana mayor.

El duque sintió que un reflujo de sangre le subía a la cabeza, mareándolo momentáneamente.

—¿Entonces la joven de la que hablas...?

—Sí, Pedro. Así es. —Alcañices enarcó una ceja llena de ironía, su sonrisa se cargó de hiel—. Se trata de Joaquina. Yo me iba a casar con su hermana. Pero me enamoré profunda, devota, inevitablemente de ella. Tanto llegué a ofuscarme que por un momento pensé que sí, que dejaría a Inés para casarme con Joaquina. Una tarde le prometí que desharía mi compromiso con su hermana, le explicaría todo a sus padres, nos casaríamos. Arrebatado de pasión le entregué una perla del collar como prueba de mi sinceridad. Aunque más bien debería decir de mi locura. El collar de los Balbases sería suyo cuando fuera mi esposa. Y ella me creyó. ¡Si hubieras visto sus ojos al recibir aquella perla! Paseábamos en el simón de alquiler que tomábamos para refugiarnos de miradas indiscretas. Nadie sabía lo nuestro, ni siquiera la tía Isabel cuya vigilancia Joaquina tuvo que burlar con mil mentiras, falsas visitas a casas de amigas o al convento. El caso es que esa tarde ella marchó feliz. Desde la esquina donde la dejé me hizo un gesto, me envió un beso que sopló desde su manita enguantada. Aún la estoy viendo. Aquella misma noche yo comprendí la insensatez que había cometido, enajenado por un ardor amoroso que me sobrepasaba. No, sus padres jamás permitirían que nos casáramos, que despreciara así a Inés. Hubiese sido un escándalo mayúsculo.

Nicolás Osorio se llevó una mano afiebrada a los ojos, como si quisiese borrar las imágenes que lo asediaban. No, respondió a la pregunta que el duque no había formulado: ni siquiera tuvo la gallardía de enviarle una nota, una disculpa, darle una explicación. Atemorizado de sus propias promesas, simplemente dejó de verla, esperando que, al dejar de mencionarse, toda aquella locura se esfumase de su vida, al fin y al cabo sus citas clandestinas nunca fueron tantas... pero para ella no fue así. Cuando supo que el noviazgo de su hermana seguía en marcha, Joaquina no pudo soportarlo.

—Lo demás ya lo sabes —finalizó su confesión el marqués.

—No, creo que no lo sé todo —dijo el duque—. El collar que tu guardabas...

Alcañices cerró los ojos, como conteniendo un fugaz ataque de impaciencia.

—Al collar que yo guardaba le faltaba una perla, claro. Por eso no quería que Inés se lo pusiera. Primero le dije que lo había enviado a que le arreglaran una pequeña imperfección. Luego conseguí otra perla para maquillar la impostura, mientras buscaba alguna que se pareciera a la que yo le entregara a Joaquina. Y no era fácil, habida cuenta de las características singulares de esta. Y me pasé todo este tiempo ideando cómo rescatar la verdadera, sin tener idea de cómo lograrlo ni en manos de quién estaba. Años viviendo esa mentira. Hasta que vosotros aparecisteis con aquel collar falso donde brillaba la perla desaparecida. La que le entregué a Joaquina.

Se quedaron un momento en silencio y Alcañices dio unos golpecitos de pañuelo por su frente, carraspeó como para aclararse la voz. Cuando levantó nuevamente el rostro parecía más calmado. Ahora, la cuestión era que apareciera el verdadero collar.

—¿Cómo cayó en vuestras manos la perla?

—Apareció entre otras joyas robadas —dijo Osuna al fin, llevándose una mano al bolsillo—. Junto con esto.

Y puso sobre la mesa el guante verde con las iniciales *I. S. B.*

—¡Vaya! —La voz de Alcañices vibró fríamente, como el acero de una espada—. Las cosas están entonces más claras.

Y cogió el guante como si fuera una pieza abatida, el cuerpo exangüe de una alimaña peligrosa.

—Creo que ambos sabemos de quién se trata —afirmó Osuna—. Peñuelas y yo sospechamos ya algo. Lo que me has contado sólo agrega el motivo. Ella lo sabía, Nicolás. No me pidas que te explique, por favor, cómo llegó el collar a nuestras manos, pero créeme si te digo que tanto Peñuelas como yo pensamos que el verdadero collar nunca salió del palacio.

—Entonces... está aquí. —El rostro del marqués se oscureció—. En poder de la única culpable.

—Sí. Está aquí —le respondió una voz de mujer.

La tía Isabel apareció en el umbral de la puerta, las manos juntas sobre el regazo, la piel muy pálida.

—Pero... ¿entonces tú sabías? —Se incorporó el marqués con rapidez, llevándose una mano al pecho, como si temiera un súbito ataque. De su rostro parecía haberse esfumado el color.

Osuna entendió que la pregunta de Alcañices tenía una respuesta obvia y agradeció que no estuviera allí Inés.

—Ella murió por tu culpa. ¡Tú la mataste! Con tu despreciable engaño la llevaste hasta el suicidio. Maldito seas por toda la eternidad, Nicolás.

La tía Isabel tenía los ojos iluminados como si reflejaran el fuego de la chimenea que, sin embargo, permanecía apagada. Osuna se dio cuenta entonces de que contemplaba la hoguera de un rencor que jamás había imaginado. No quiso escuchar más y salió de allí.

EPÍLOGO

Gloucester Road, Londres, 1886

Oulton Cottage queda muy cerca del pueblecito costero de Lowestoft, en el condado de Suffolk. Es una casa de augusta planta, espaciosa y sólida, con apenas el apunte coqueto de una enredadera trepando por su muro de piedra, colindante a un lago bastante grande y rodeada por una vegetación umbría y de frondosos abetos. Sin embargo, Borrow usa una cabaña separada de la casa, más bien pequeña, octogonal y austera, que él llama «La Mezquita». Allí suele escribir, traducir o pintar antes o después de entregarse a esos paseos que desconciertan a sus vecinos porque cuando lo hace, cuando pasea por su bucólica vecindad, se pone a cantar con una voz áspera y estentórea. Tiene una voz rocallosa, como el graznido de un pájaro grande. Canta en *caló*, en croata, en alemán, y eso quizá es lo que desconcierta a sus paisanos, gentes simples que probablemente ven demasiado excéntrico a aquel hombre alto, canoso, de piel sonrosada como la de una doncella.

Borrow estaba realmente contento de verme y luego de mostrarme su rincón, su «última Thule» —como también la llamaba—, e invitarme a tomar el té allí mismo, conversamos del inusitado éxito que había tenido su *Biblia en España*, pues se había vendido mucho en estos últimos años. Se encogió de hombros, como si no le importaran mis halagos. Estaba escribiendo ahora una novela contando sus andanzas con los gitanos de Inglaterra, me confesó. Luego, como aburrido de hablar de sí mismo, me propuso que diéramos un paseo.

—Para estirar los remos —me dijo en español, guiñándome un ojo.

Y yo sentí que, pese a que habían transcurrido casi diez años desde la última vez que nos viéramos, otra vez estaba en Madrid.

—Con tal de que no sean las veinticinco millas que nos separan de Norwich... —le contesté, quizá algo imprudentemente.

Lo hice porque como él mismo me contara en una carta, sus frecuentes ataques de depresión nerviosa le conducen al insomnio y entonces nada le calma y renueva, excepto esa caminata que derrotaría a cualquier otro que no fuera él. Borrow me miró de reojo, pero no dijo nada, quizá arrepentido de aquella confesión tan personal.

Desde que volví a Londres mantuvimos una esporádica y grata correspondencia, pero nunca nos vimos. Como ya he referido, él había regresado a España de manera más o menos clandestina al poco de los acontecimientos que he venido contado hasta ahora, y luego de aquella peripecia que lo llevó nuevamente a la cárcel acusado de *gitanismo* en el 36, zarpó de regreso y definitivamente a la Inglaterra, en 1840. Sus buenas razones tenía para afincarse tan rotundamente, pues no regresó solo: venía con Mrs. Mary Clarke, viuda de un oficial de la Marina inglesa, algo mayor que él y con quien contraería matrimonio en Londres, poco después. También venía con ellos Henrietta, la joven hija de la viuda, un criado judío que se trajo de la Berbería y su hermoso corcel *Sidi Habismilk*. Todo esto lo supe más adelante, porque aquello ocurrió cuando yo andaba de viaje por Italia y Suiza, pues mi padre pudo inexplicablemente conseguir el dinero para pagarme aquel *grand tour*. En Lugano yo también conocí a una linda inglesita, hija del cónsul en esa ciudad, con quien al cabo de un año contraí matrimonio: mi amada Clarice. Por ello mismo, los recuerdos madrileños se fueron instalando lentamente en ese territorio vagamente favorecido a partes iguales por la nostalgia y el olvido.

Solo la inesperada y terrible muerte de Pedro —cuyos detalles pasaré a contar oportunamente, no porque me mueva un ánimo morboso de recrearme en ese dolor sino porque tiene mucho, muchísimo que ver con la historia de que son objeto estos pliegos— me inclinó a aceptarle una visita largamente pospuesta a mi viejo compañero de correrías por tierras españolas, a ese falso cascarrabias que tampoco está ya más entre los vivos.

Desde aquel día en Oulton hasta hoy han transcurrido cuarenta años, y pesan todos y cada uno de ellos como una losa sobre mi ánimo.

Detengo la pluma que escribe apresurada y mi espíritu se agita pues puedo volver a vivirlo: Estoy en casa de Borrow luego de casi una larga

década sin vernos y hace una tarde inusualmente buena. Casi calurosa. Hemos tomado el té, nos hemos puesto al día de nuestras vidas —se ha afligido sinceramente cuando le he dicho que Clarice y yo no podemos tener hijos— y hemos salido *a estirar los remos*.

Yo le había contado en nuestra nutrida correspondencia previa todas mis peripecias de esos últimos meses en que él se había fugado de España para poner a salvo su cuello y poco antes de que mis primos, al igual que otros aristócratas que se vieron afectados por la famosa desamortización de Mendizábal, se marcharan a un breve, indignado y lujoso exilio. Yo partí con ellos, naturalmente, pues ya nada me ataba a Madrid. Languidecí de amor durante esa temporada sombría e inconsolable en el palacio de mis primos en París y de allí marché a Londres, luego de una despedida llena de emoción, calor y alguna lágrima, sin sospechar que jamás volvería a ver ya a ninguno de los tres: Ni a Pedro, ni a Mariano ni al maestro Peñuelas. Todo esto le conté yo a don Jorgito en muchas cartas y en sus respuestas, ingeniosas, aceradas y también amables, Borrow despachó con rapidez y algunas fórmulas de cortesía el pormenor de mis avatares amorosos con Alicia como un asunto de intendencia realmente menuda y más bien me pidió todos los detalles posibles del «caso del collar», como a partir de mi primera mención a este hecho empezó a referirse, visiblemente intrigado.

Ese día de mi visita, paseando cerca del lago, Borrow volvió a retomar el asunto que había nutrido nuestra correspondencia de todos estos años. Ya estaba enterado de las dramáticas circunstancias de la muerte de mi primo en El Capricho. La propia María Buschental se lo había contado en una carta reciente. Una desgracia, por supuesto, dijo dándome una palmadita afectuosa en el hombro. Mariano heredaba la totalidad de títulos, propiedades, tierras, palacios, señoríos. Una fortuna mareante, de proporciones inverosímiles. Y responsabilidades, advirtió Borrow. Jamás un Osuna había concentrado tal poder. Se quedó un momento callado para luego continuar:

—Debo confesarle que siempre me intrigó aquel asunto —dijo haciendo visera con una mano, como si «aquel asunto» se divisase a lo lejos, entre la arboleda que se extendía más allá del lago.

En un primer momento no supe a qué se refería, pues don Jorgito era tan dueño de su hilo argumental como de sus divagaciones, y cambiaba inesperadamente de tema, dejando desairado y a contrapié a su interlocutor.

Antes de que yo preguntara, me pidió recapitular sobre los hechos, porque, según me dijo, había algunos aspectos que no le quedaban del todo claros.

—O mejor dicho, sí. Pero las cosas nunca son exactamente como las vemos, ya le digo.

Y le volví a contar, a grandes rasgos, lo que supe respecto al hurto y posterior recuperación de aquel collar. Entre el sagaz Peñuelas y mi primo descubrieron que el robo había sido más bien una simulación, pues el collar jamás salió del palacio. Eso, lo primero.

—Suenan lógico —observó Borrow, interesadísimo en el horizonte.

Luego Candelas robó una copia. Un falso collar, expliqué. Pero nada supo de su naturaleza, claro. Del verdadero collar de los Balbases él sólo tuvo una perla, una perla que la tía Isabel puso en sus manos, seguramente para mantenerla a buen recaudo, porque era la que Alcañices había entregado a la malograda Joaquina. Aquella perla era la prueba de su desafección y su innoble conducta. Sí. Y al parecer la tía Isabel había seducido a Candelas para convencerlo de que robara el collar. Tenía sus propios planes, por supuesto.

—Seguro le prometió que luego huirían juntos. —Borrow me miró de reojo.

—Eso supongo —dudé. Y continué con el detalle de mi narración.

Por lo que se deducía de lo ocurrido, el verdadero propósito de la tía era quedarse con el collar y matar a Alcañices en venganza por haber sido el culpable de la muerte de la infeliz Joaquina Francisca. Candelas sería inculcado una vez que la policía encontrara el collar en su poder. Porque Isabel conocía todos sus escondrijos, sus casas, los lugares que frecuentaba y la gente a la que trataba.

—Para eso lo había seducido. Ese era el objetivo. Despojar a un hombre de todos sus secretos. —Borrow miró hacia su casa—. Permítame usted que continúe yo, a fin de que podamos contrastar nuestras versiones, pues como seguro no se le oculta, tengo alguna, fruto del arduo análisis que hice de la situación en su momento.

—Faltaría más, don Jorgito.

Y Borrow pareció bruscamente desinteresado del paisaje, del horizonte todo e incluso de mí mismo. Se puso a andar y a hablar. Y esto, más o menos, fue lo que contó:

Luego del robo y del asesinato, era pues cuestión de horas que atraparan a Candelas. Y de días que lo colgaran. La policía recuperaría la falsa joya. ¿Quién se daría cuenta de que aquel no era el verdadero collar, una vez muerto Alcañices? ¿El propio Candelas? ¡Bah! Para lo que le serviría. ¿La atribulada Inés? Y de darse cuenta, la tía Isabel ya estaría lejos. En América, quizá. Pero se equivocó de hombre, ¿verdad, querido amigo? La asesina, aquel ángel vengador, mató a un criado en lugar de a quien era su objetivo: el marqués de Alcañices.

Aún así, demostrando un temple que llenaba de escalofríos, cuando la tía Isabel se dio cuenta del error, siguió con su plan de poner a unos rufianes sobre la pista de Candelas. A este le envió una nota: lo repudiaba. Ya no quedaba vínculo alguno entre ellos, pues había matado a un inocente ayuda de cámara, algo que no formaba parte de la idea original. Ese fue un primer desliz que apresuraría su caída: precipitarse en hacer enviar la nota a Candelas. Porque nadie sabría, gracias al inesperado plan urdido por Peñuelas, que la víctima era el criado de Alcañices.

—En efecto —coincidió—. La noticia del asesinato del marqués ya corría convenientemente esparcida por Madrid. Y ni una palabra sobre la verdadera víctima.

—Muy astuto este Peñuelas. Me hubiera gustado conocerlo.

Borrow se quedó un momento pensativo, ensimismado en arrancar un poco de hierba que se quedó contemplando con la fascinación de un botánico. Y cuando yo, que aguardaba cauteloso, empecé a pensar que ya no tenía más interés en la historia, él continuó:

—Así pues, todo Madrid se tragó el cuento de que el asesinado había sido el marqués.

—Menos Candelas, como pudo comprobar mi primo el día de su cita con el rufo. Candelas, escondido en alguna casa o posada, sólo tenía como información la que le había dado la tía Isabel en aquella nota que hizo salir del palacio antes de que Peñuelas hiciera correr el rumor de que Alcañices había sido asesinado.

—El segundo error que cometió la tía Isabel —prosiguió Borrow, levantando un poco la voz, como para que mi interrupción no cortara el hilo de sus ideas— fue olvidar un guante con sus iniciales donde Candelas. O quizá no se lo olvidó sino que se lo dio. Una de esas actitudes cursis a las que

son proclives las mujeres, ya sabe.

—Y a partir de allí —dije yo— mi primo y el maestro fueron deshaciendo con calma la madeja de todas aquellas pistas.

—¡Pero no estaban seguros de nada! ¡No sabían a quién les conduciría ese hilo!

Borrow y yo continuamos nuestro paseo, reconstruyendo la escena, elucubrando sobre lo ocurrido. Peñuelas y Pedro, una vez que entendieron que Candelas había sido víctima de un engaño, colocaron la perla real en el collar falso que devolvieron al marqués. Parecía evidente que el ladrón se encontraba entre las personas que ellos convocaron aquel día. Y si era así, se daría cuenta de la superchería, pensaron. Perdería los nervios, algo lo delataría.

A Borrow se le iluminó una sonrisa algo torva.

—Pero entonces se encontraron con la otra parte de esta historia: la relación de Alcañices con Joaquina Francisca, la perla que este le regaló y que seguramente encontró la tía Isabel cuando entró en su habitación y la halló ya sin vida, la que guardaría donde Candelas y que finalmente conduciría a su primo de usted y a Peñuelas hasta ella.

Sí, claro, era lógico pensarlo: la tía Isabel supo de aquel romance clandestino desde el principio, y después de la muerte de Joaquina urdió el plan que ahora, muy toscamente, recompongo para el lector, como hicimos don Jorgito y yo, aquella tarde de hace cuarenta años, con la desaparición de mi primo tan cercana.

—¿Qué ocurrió con Isabel? ¿Y con Candelas? ¿Qué pasó después? —preguntó don Jorgito luego de un momento de silencio.

Candelas llegó, después de mil peripecias, a Zamora. Tenía una mujer allí, una tal Manuela Sánchez, a quien años atrás y después de casarse en Madrid, había abandonado en aquella ciudad. Con ella pensaba escapar a América o la Francia. Pero la mujer se arrepintió en el último momento y le rogó que la dejara volver a la capital. El ladrón, en un postrer acceso de caballerosidad, la acompañó parte del camino. Esa fue su perdición. Lo apresaron llegando al cruce de Tordesillas. Lo llevaron a Madrid sin dilación ni miramientos y lo colgaron. Sus últimas y enigmáticas palabras antes de que lo ahorcaran fueron: «Sé feliz, patria mía».

Borrow arqueó una ceja incrédula, más bien burlona. En cuanto a la tía

Isabel, ocurrió lo inevitable. Que pese a los ruegos desesperados de Inés y a las muchas solicitudes de clemencia del propio Pedro, Alcañices no cedió un ápice en su terrible decisión. La entregó a la justicia. La ejecutaron en la misma plazuela de la Cebada donde casi un año después colgarían a Candelas. Desde aquel momento y hasta el día de su muerte, Pedro no se pudo o no se quiso perdonar, atribuyéndose una culpa que no le pertenecía. Y nunca más vio a Inés, según me contó en sus últimas cartas... Ella, por su parte, se había encerrado una buena temporada en el convento de las Salesas. Cuando salió, era otra, una mujer ensimismada y envejecida. Pero siguió con Alcañices.

—En fin, todo bastante dramático, don Jorgito, qué le voy a decir —concluí.

Este pareció que iba a replicar algo, pero en ese momento una joven criada nos dio alcance y nos anunció que la cena estaría lista en breve, que mejor regresáramos. Así lo hicimos, en silencio, cada uno perdido en el laberinto de sus pensamientos. Por mi parte, agradecido además de que don Jorgito hubiera tenido la delicadeza de no mencionar que mi primo era el ladrón del guante negro, ni ufanarse de su perspicacia para descubrirlo.

Al terminar la cena, que transcurrió apuntalada por una charla amable con la madre y su hija, Borrow pidió que nos sirvieran café y un licor en su cabaña. Y hacia allí nos encaminamos.

Yo notaba que mi buen amigo estaba distraído, impaciente, como ganado por una idea que no se atrevía a revelarme. Durante la frugal cena, tamborileaba disimuladamente, sonreía con excesivo esfuerzo a las frases de su mujer y miraba su sopa sin tomar un sorbo, removiendo distraído con la cuchara. Y ya en su cabaña, recién después de dar dos tragos a su bebida, como envalentonado por el licor que enrojecía levemente sus mejillas de natural tan pálidas, me dijo:

—Sabrá que su primo de usted sí vio por última vez a Inés. Y, en parte, podemos suponer que esto fue el motivo de su muerte. Porque la cita fue ese mismo día.

—¿Cómo? —balbuceé sorprendido.

Borrow dibujó una sonrisa un poco triste, un poco burlona.

—Nadie se lo ha contado todo, ¿verdad?

—No, ¿a qué se refiere? ¿Qué debían contarme? Le ruego se explique.

George Borrow nunca fue un hombre que se anduviera con medias tintas, como le hubiese gustado definirse a él. Y, como sabía yo por experiencia, sus confesiones podían ser brutales trabucazos de honestidad. Y eso precisamente me temía. Quizá debí escapar de allí, cambiar de tema, no saber. O mejor dicho: no dejarme contaminar por la sospecha de lo que en verdad ocurrió, siempre según mi amigo. Porque a mí me faltaba una pieza. A lo largo de todo ese tiempo transcurrido desde entonces, yo solo sabía lo que he narrado ahora. El descubrimiento del robo y del asesinato, el motivo y su autoría. También la tristeza y la culpa que experimentó mi primo, su melancolía acentuada hasta casi convertirlo en poco menos que un anacoreta que languidecía de amor y pena, alejado cada vez más de la sociedad, de sus fuegos fatuos y su vano prestigio. Su repentina muerte en El Capricho. Pero me faltaba un dato. El que Borrow me dio esa tarde:

—Como sabe, el día de la muerte de su primo, este se encontraba en su finca...

—Paseando solitario, como casi siempre, sí, lo podía imaginar, claro. Alejado de Madrid, de la Corte, de todo lo que le traía, con probabilidad, recuerdos dolorosos. ¿Inés... había ido a visitarlo allí, entonces?

—Sí. Lo que no sé es de lo que conversaron. —Aquí Borrow abandonó el tono algo ligero con el que solía hablar, incluso cuando pontificaba—. No lo sé, pero puedo suponerlo. Con todo lo que me ha dicho usted en sus muchas cartas y con esta conversación que hemos tenido, puedo sacar mis conclusiones. Pero sobre todo con el detalle de lo que me ha referido nuestra querida y común amiga, María Buschental. Ella e Inés forjaron una relación de gran complicidad y camaradería, sabrá usted.

—Sí, eso he oído. Pero le ruego que continúe, por favor.

Borrow sacó una carta de un cajón de su escritorio y pareció leerla fugazmente. Mientras lo hacía, yo pude reconocer el lacre que usaba María Buschental. Después la volvió a guardar con cuidado.

—Bien. —Don Jorgito cruzó las piernas y enlazó ambas manos en las rodillas como era su costumbre cuando se disponía a explicar algo—. Inés abandonó su retiro en el convento y lo primero que hizo fue buscar a su primo. Hasta El Capricho, nada menos. Y sola. «Ya no puedo más con todo esto, ya no puedo con la culpa. Ni el tiempo que he destinado a la oración alivia ni aliviará mi alma», le confesó a nuestra querida María en una carta

que le remitiera pocos días antes. ¿Qué era «todo esto», a qué «culpa» se refería? ¿Y por qué, cuando ella se marchó en la berlina que la condujo hasta allí, él murió de un derrame cerebral? ¿No lo sabía? Pues se lo digo yo ahora, tal como me lo refirió María en su carta: Osuna cayó fulminado después de correr a todo lo que daban sus fuerzas detrás del coche, según explicó el paje que fue testigo de aquella escena y a quien Peñuelas pidió que guardara silencio. Mariano recibió la noticia estando en París. ¿Qué causó tal desesperación en su primo? ¿Qué cosa terrible le confesó la marquesa luego de tanto tiempo? Cualquiera que esta fuese, sólo terminó por convertirse en un castigo para ella, ¿verdad? Porque al confesarlo no esperaba que ello motivara la muerte de su primo. Tan trágicamente, además.

Ya había empezado a caer el día, y la tarde, hasta ese momento radiante, era lentamente tomada por las sombras y del prado cercano se levantaba una niebla ínfima pero persistente. Pese a la chimenea encendida, yo tiritaba. Los rescoldos se reflejaban en las pupilas oscuras de don Jorgito, cuya expresión de predicador me parecía en ese momento verdaderamente terrible.

—Entonces afirma usted que...

—No, mi querido amigo. —Borrow meneó desolado su blanca cabeza de clérigo—. No estoy asegurando nada. Pero me parece que Inés también supo del romance clandestino entre su prometido y su hermana. Lo descubrió seguramente al suicidio de esta. Quizá la propia tía Isabel le hizo saber de la infidelidad, le mostraría la perla como prueba irrefutable. Probablemente Inés decidió casarse incluso sabiendo todo esto. ¿Para urdir su venganza? Quién lo sabe. El alma humana es un pozo oscuro, anegado de contradicciones. En toda esta historia siempre hemos dado por hecho que las iniciales del guante encontrado entre las pertenencias de Candelas correspondían con las de la tía Isabel. *I. S. B.*, Isabel de Silva Bazán.

—Pero también podrían ser...

Borrow me miró significativamente.

—A veces nos negamos a ver lo que la evidencia pone frente a nuestros ojos, mi querido señor Beaufort.

Ya era tarde cuando decidí marcharme, acongojado, intentando disimular mi incomodidad y agravio, pues nuevamente Borrow me revelaba una verdad dolorosa. Aunque esta vez sólo era una suposición, estaría alojada en mí ya para siempre. Mucho he pensado en el asunto desde entonces. En el dolor que

nos lleva a cometer los peores actos y también las mayores abnegaciones, porque de ser cierta la suposición de mi amigo, la tía Isabel cargó con la culpa para evitar que fuese el cuello de Inés el que acabara en la horca. Pensé también en la espantosa muerte de mi primo y en esa última visita de Inés, en esa conversación —o confesión, según Borrow— de la que jamás sabremos una palabra, sólo el trágico resultado.

Y desde entonces, hasta el mismo instante en que termino de escribir esto, pienso que sí, que Borrow tiene razón: El alma humana es un pozo oscuro, anegado de contradicciones.

Fin

Madrid, octubre de 2012 - noviembre de 2015

ALGUNOS ESCENARIOS DE LA NOVELA

Las siguiente es una lista de algunas de las muchas calles, plazas y palacios, conventos y distintos lugares que figuran en la novela y que actualmente han cambiado de nombre o han desaparecido. Se mencionan aquí para una mejor comprensión espacial de lo narrado.

El Palacio de los Osuna, hoy inexistente, abarcaba una amplia extensión de terreno. Al término de la cuesta de Leganitos, y sobre la Montaña del Príncipe Pío, en que había innumerables huertas, está ya señalado gran parte de este dominio, cuyo extremo llegaba a la plaza de Afligidos, hoy plaza de Cristino Martos, y una parte de lo que actualmente es la plaza de España y la plaza de los Cubos.

El convento de los Capuchinos de la Paciencia estaba situado en lo que hoy es la plaza de Pedro Zerolo hasta 1837 cuando fue demolido, después de la desamortización de 1836. En su lugar se edificó la plaza de Bilbao y otros edificios de viviendas.

La plaza de San Marcial ocupaba buena parte de lo que ahora es la plaza de España, muy cerca de la cuesta de San Vicente.

Plazuela de los Afligidos. Hoy lleva el nombre de Cristino Martos, quien fuera presidente de las Cortes durante el Gobierno de Amadeo de Saboya. Y fue allí que se situaba el convento de San Joaquín, en cuyo interior se encontraba una imagen de la Virgen de los Afligidos. El edificio fue

parcialmente derribado durante la Guerra de Independencia.

Platerías estaba comprendida por la parte de la calle Mayor que se extiende desde la plaza de San Miguel hasta la plaza de la Villa.

La de Los Leones fue una de las cuarenta y dos calles que fueron demolidas para construir la Gran Vía. Tenía esquina con la del Desengaño y sus primeros cinco números estarían en la Gran Vía. Lo restante corresponde a la calle Valverde.

La calle de Barrionuevo lo fue hasta 1899. Es la actual calle del Conde de Romanones.

El callejón del Infierno es uno de los accesos de la plaza Mayor, el que actualmente se llama del Arco del Triunfo. Aquí vivió el cura Merino, el que quiso asesinar a Isabel II.

La plazuela de la Caza, muy cerca de la puerta de Guadalajara, se situaba en lo que hoy conocemos como plaza del Comandante Las Morenas.

Calle Ancha de los Peligros: Actual calle Sevilla.

Calle de La Cueva: Actual calle del Marqués de Leganés, de la de Ceres a San Bernardo.

Calle de la Justa. De San Bernardo a la de La Estrella. Un tramo de esta se llamaba del Pozo. Se llamó después calle de Ceres y actualmente es la calle de los Libreros.

Cementerio de la Buena Dicha. Hasta fines del XIX aquí estaba el cementerio y hospital de este mismo nombre, en lo que es hoy la calle de los Libreros.

Portillo de San Bernardino. También llamado de San Joaquín, estaba

situado en lo que actualmente es la calle Princesa, a la altura de Quintana. Se derribó en 1898.

Calle de la Zarza. Situada en la Puerta del Sol, que presentaba una forma más bien elíptica antes de su gran reforma de 1857 y 1862. Esta calle era paralela a la de Preciados y desembocaba a la calle Arenal. Estaba cruzada por otras dos calles también estrechas y también desaparecidas: Cofreros y Peregrinos.

Calle de la Greda. Esta calle es la que actualmente se denomina de Los Madrazo y desembocaba en el Hospital de los Italianos, hoy desaparecido, justo en la esquina de la calle ancha de los Peligros, actualmente Sevilla.

Calle del Turco. Actual calle del Marqués de Cubas. Se llamó así porque en ella estuvo situada la casa del embajador de Turquía. Aquí se atentó contra el general Prim.

El convento de los Agustinos Recoletos o de Copacabana estaba en el terreno que actualmente ocupa la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico. Se desamortizó en 1837 y el propio Mendizábal se hizo con él en subasta pública.

El convento de San Felipe el Real estaba situado entre la calle Mayor, la de Esparteros y la de Correos. Sus gradas eran un lugar muy frecuentado por quienes querían noticias frescas de lo que ocurría en el reino, de allí que se conociera como el mentidero de la Villa.

El portillo de Gilimón estaba emplazado al final de la calle de San Bernabé.

La calle de Capellanes es la actual calle del Maestro Victoria. En esta calle estaba la panadería que heredara la madre de Pío Baroja, Carmen Nessi. Su fundador la llamó Viena Capellanes porque tenía pan de Viena y estaba en la calle de este nombre.

La calle de San Miguel corría paralela a la calle de Caballero de Gracia y la calle de la Reina, entre la de Hortaleza y la del Clavel. Una de las muchas que desapareció cuando el ensanche que dio origen a la Gran Vía. En la esquina con Hortaleza estaba el palacio del Conde de Santa Coloma. Y en esta vía sitúa Pérez Galdós la casa donde vivía el ministro Álvarez Mendizábal cuando fue objeto de un robo (no de Candelas). No confundir con la pequeña calle de San Miguel que, paralela a la de la Chamberga (ambas desaparecidas), se situaban entre lo que ahora es la calle Mayor y el mercado de San Miguel.

La Farmacia de la Reina Madre es la farmacia más antigua de Madrid y debe su nombre a los servicios prestados a Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V.

La plazuela de la Leña estaba comprendida en lo que actualmente es la calle de la Bolsa. Era un callejón estrecho que se abría a la llamada plaza de la Aduana Vieja y que ocupaba parte de lo que hoy es la plaza de Jacinto Benavente.

La calle Angosta de Majaderitos es la calle actual de Espoz y Mina.

La calle del Lobo es la que ahora se denomina Echegaray.

Junto con la de San Dámaso, al este, la de la travesía del Rastro, al sur, la calle del Cuervo formaba una manzana estrecha y triangular que se conocía como el tapón del Rastro. Este fue derribado en 1905 para dar lugar a la plaza de Cascorro.

La plaza del Duque de Alba es lo que actualmente se conoce como plaza del Rastro o de Cascorro. No confundir con la actual plaza del duque de Alba, en cuyo número 2 de la calle del mismo nombre está el antiguo palacio de la duquesa de Sueca.

La Llorosa. Cerca del Portillo de Embajadores, salida meridional de Madrid, se encontraban los huertos y el poblado de este nombre. El Portillo se demolió en 1868.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Esta es una bibliografía básica que no incluye infinidad de páginas de internet, planos, guías y grabados de la época, además de algunos volúmenes someramente consultados, pues su anotación resultaría por demás fatigosa. Aparte de los consignados aquí abajo, que han sido frecuentados con bastante detenimiento, son dos los libros que me han resultado imprescindibles para el desarrollo de esta novela. *My memoirs. Visit to the Court of Madrid. 1835-1836*, editado por John Murray en Londres, 1886, de Henry Beaufort y el libro que el propio Beaufort menciona sobre *Los Spínola, la maldición de una saga*, de Arístides Gil y Saura, editado en Madrid por Nazario Sarmiento en 1798. Ambos actualmente inencontrables...

Prensa y blogs

Estornes, César, *Sobre cafés revolucionarios en Madrid*, en Cafés de Madrid, <http://cafesdemadrid.blogspot.com/>. [Publicado el 26/11/2011.]

Pieltain, Ricardo, *El collar de los Balbases*, en ABC, Sevilla, 8 de diciembre de 1956, página 7.

Torrijos, Paloma, <http://palomatorrijos.blogspot.com.es>. [Sobre la casa de Osuna y Alba.]

—<http://historias-matritenses.blogspot.com.es>

Vila San-Juan, Pablo, *El destino de un collar*, *La Vanguardia*, Barcelona, 5 de julio de 1972, página 43.

Sobre Luis Candelas

- Castillo, Rafael del, *Luis Candelas*, Barcelona, Maucci, 1898.
- Castresana, Luis de, *Vida del bandido español Luis Candelas*, Madrid, Rialp, 1992.
- Espina, Antonio de, *Amores y aventuras de Luis Candelas*, Barcelona, El Gato Negro, ca 1900.
- Luis Candelas. El bandido de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
- García Ricote, Luis, *La hija de Luis Candelas*, Madrid, Editorial Castro, 1957.
- Gea Ortigas, María Isabel, *Luis Candelas*, Madrid, La Librería, 2000.
- González Ruiz, Nicolás, *Dos bandoleros. Dick Turpin. Luis Candelas*, Barcelona, Cervantes, 1949.
- Martínez Laínez, Fernando, *Candelas: Crónica de un bandido*, Barcelona, Clip, 1991.
- Minuesa, Manuel (editor), *Historia del famoso y célebre ladrón Luis Candelas Cagigal y de los principales bandidos que constituyeron su cuadrilla*, Madrid, M. Minuesa, 1880.
- Montilla, Mario, *Biografías de hombres célebres*, Madrid, E.C.A., 1944.
- Olmo, Lauro, *Luis Candelas. El ladrón de Madrid*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la U.A.H., 1997.
- Pérez Hernández, Virgilio, *Luis Candelas*, Barcelona, Cedro, 1959.
- Rich, F. G., *Luis Candelas*. Madrid, Dólar, ca. 1953.
- San José, Diego, *La última hazaña de Candelas*, Madrid, Los Contemporáneos, 1913.
- Silva Aramburu, José, *Luis Candelas*, Madrid, Siglo XX, 1927.
- Tudela, Mariano, *Luis Candelas: Un bandido y su leyenda*, Madrid, Organización Sala, 1973.

Sobre Madrid y sociedad en general

- Adame de Heu, Wladimiro, *Sobre los orígenes del liberalismo histórico*, Universidad de Sevilla, 1997.
- Aguinaga, Enrique de, *La capitalidad en Mesonero Romanos*, Madrid, Imprenta Municipal, 2004.
- Alarcón, Pedro Antonio de, *De Madrid a Nápoles* [E-book], Nausícaa,

2014.

Anónimo, *El degüello de los frailes: Romance sobre el suceso triste ocurrido el día 17 de julio de este año de 1834 en Madrid*, Madrid, Vergara, Imp. de El Santísimo Rosario, 1891.

Baroja, Pío, *El sabor de la venganza*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.

—*El aprendiz de conspirador*, Barcelona, Planeta, 1967.

Boix Jovaní, Alfonso (editor), *Costumbristas románticos: Mariano José de Larra, Ramón de Mesonero Romanos*, Valencia, Tilde, 2009.

Carr, Raymond, *España 1808-1939*, Barcelona, 1970, Ariel.

Cepeda Adán, José, *Madrid de Villa a Corte. Un paseo sentimental por su historia*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2001.

Corral, José del, *El Madrid de los Borbones*, Madrid, El Avapiés, 1985.

—*Curiosidades de Madrid*, Madrid, El País - Aguilar, 1990.

—*La vida cotidiana en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, La Librería, 2001.

—*Casas madrileñas desaparecidas: misterios, amores e intrigas*, Madrid, Sílex, 2004.

—*Noticias del Madrid de Mesonero Romanos*, Madrid, Imprenta Municipal, 2004.

—*El Madrid de los Austrias*, Madrid, La Librería, 2005.

Cotarelo y Mori, Emilio, *Isidoro Máiquez y el teatro de su tiempo*, Publicaciones de la Asociación de Directores de Escena de España, Madrid, 2009.

Estébanez Calderón, Serafín, *Los costumbristas*, Madrid, Cocusa, 1981.

Fernández de los Ríos, Ángel, *Guía de Madrid: manual del forastero y madrileño*, Madrid, La Librería, 2002.

Gaspar, Fernando (editor), *Anales dramáticos del crimen o Causas célebres españolas y extranjeras / extractadas de los originales y traducidas bajo la dirección de José Vicente y Caravantes*, Madrid, 1859-1861.

Ferrer Hortet, Eusebio y María Teresa Puga García, *Se busca rey consorte (biografía de Isabel II, madre de Alfonso XII)* [E-book], 1992.

Ferrer, José María, *La monarquía isabelina. 1833-1868*, Madrid, La Librería, 2012.

Ford, Richard, *Manual para viajeros por España y lectores en casa* [E-

book], Biblioteca Turner, 2008.

Gea, María Isabel, *Casas, casos y cosas de Madrid*, Madrid, M. E. Gea, 1987.

—*El Madrid desaparecido*. Madrid, La Librería, 1992.

—*Cercas, puertas y portillos de Madrid*, Madrid, La Librería, 1999.

—*Diccionario enciclopédico de Madrid*, Madrid, La Librería, 2002.

Guerra de la Vega, Ramón, *Madrid de los Austrias. Guía de arquitectura*, Madrid, Impresión Monterreina, 1984.

Gómez Bravo, Gutamaro, *Crimen y castigo: cárceles, delito y violencia en la España del siglo xix*, Madrid, Los libros de la Catarata, 2005.

Larra, Mariano José de, *Artículos de costumbres* [E-book], dominio público.

—*Artículos literarios*, Madrid, Libertarias, edición de Juan José Ortiz de Mendivil, 1998.

Llorens, Vicente, *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, Castalia, Biblioteca Valenciana, 2006.

Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones de ultramar*, Madrid, 1848.

Martín Muñoz, Joaquín, *La política local en el Madrid de Pontejos (1834-1836)*, Madrid, Caja de Madrid, 1995.

Mesonero Romanos, Ramón de, *Tipos y caracteres: bocetos de cuadros de costumbres (1843 a 1862)* [E-book], dominio público.

—*Escenas y tipos matritenses*, Madrid. Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, 1851.

—*Artículos escogidos de las Escenas Matritenses*, Madrid, Hernando y Compañía, 1901-1903.

—*Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1961.

—*Don Ramón de Mesonero Romanos y su círculo*, Madrid, Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1975.

—*El antiguo Madrid, paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*, San Fernando de Henares, Madrid, Trigo, 2000.

Navas Ruiz, Ricardo, *El Romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1982.

Pérez Galdós, Benito, *Episodios Nacionales*, Las Palmas de Gran

Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2010.

Pérez Ledesma, Manuel e Isabel Burdiel, *Liberales eminentes*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2008.

Ramírez, Pedro J., *La desventura de la libertad*, Madrid, La esfera de los libros, 2014.

Répide, Pedro, *Las calles de Madrid*, Madrid, La librería, 1995.

Sánchez de Palacios, Mariano, *Madrid, 1830-1870*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1966.

Sampelayo, Juan H., *Un cronista municipal por el Madrid del siglo xix*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1982.

Saralegui y Medina, Manuel de, *El corregidor Pontejos y el Madrid de su tiempo*, Madrid, Imp. de los Hijos de M. G. Hernández, 1909.

Sierra, Juan Carlos, *El Madrid de Larra*, Madrid, Sílex, 2006.

Thomas, Hugh (selección e introducción), *Madrid: a traveller's companion*, Londres, Constable, 1988.

Sobre George Borrow

Arnold, Guy, *In the footsteps of George Borrow. A journey through Spain and Portugal*, Oxford, Signal books, 2007.

Borrow, George Henry, *The Pocket George Borrow* [E-book], dominio público.

—*The Bible in Spain or the journeys, adventures, and imprisonments of and Englishman in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula*, Londres, John Murray, 1843.

—*The Zincalli. An account of the Gypsies of Spain*, Londres, John Murray, 1893.

—*Letters of George Borrow to the British and Foreign Bible Society*, Londres, Hodder and Stoughton, dirección y edición de T. H. Darlow, 1911.

—*La Biblia en España o Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de propagar por la península las Sagradas Escrituras*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2011.

Fernández de Castro, David, *Crónicas ibéricas: tras los pasos de George Borrow, vendedor de biblias en el siglo xix*, Badalona, Altaïr, 2008.

Giménez Cruz, Antonio, *¡Cosas de los ingleses! La España vivida y soñada en la correspondencia entre George Borrow y Richard Ford*, Madrid, Complutense, 1997.

Gutiérrez Llerena, Felipe, *Viajes de Borrow*, Badajoz, F. Gutiérrez, 2009.

McCleary, Walter, *George Borrow, agente bíblico en España*, Moral de Calatrava, Ciudad Real, Peregrino, 2012.

Memorias, biografías, personajes

Alcalá Galiano, Antonio, *Memorias* [E-book], domino público.

Fernández de Córdoba, Fernando, marqués de Mendigorría, *Mis memorias íntimas*. Madrid, Estab. Tip. de «El Liberal», 1899-1903.

Miranda de Larra, Jesús, *Larra. Biografía de un hombre desesperado*, Madrid, Aguilar, 2008.

Montero Alonso, José, *Ventura de la Vega*, Madrid, Nacional, 1951.

Valera, Juan, *Correspondencia I y II*, Madrid, edición de Carmen Valera de Serrat, 1913.

Villa-Urrutia, Wenceslao Ramírez de Villa-Urrutia, *El Palacio Barberini. Recuerdos de España y Roma*, Madrid, Librería Española y Extranjera, edición de Francisco Beltrán, 1919.

—*La Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón*, Madrid, Librería Española y Extranjera, 1925.

Zorrilla, José, *Recuerdos del tiempo viejo* [versión kindle], Espasa, 2012.

Sobre los duques de Osuna

Atienza Hernández, Ignacio, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna: la casa de Osuna, siglos xv-xix*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

Cortés Cabanillas, Julián, *Alfonso XIII, el Rey romántico*. Madrid, Aspas, 1943.

Marichalar, Antonio, *Riesgo y ventura del duque de Osuna*, Madrid, Palabra, 1999.

Rivera de la Cruz, Marta, www.mcnbiografías.com, 2006.

Torrione, Margarita, «Isabel Farnesio en el “Palacio viejo” del duque de

Osuna: 1746-1747», en *Archivo español de arte*, LXXII, julio-septiembre, Madrid, 1999.

Valera, Juan, *Cartas desde Rusia*, Madrid, Miraguano, 2005.

Sobre el carlismo

Badiola, Ascensión, *La bala que mató al general* [versión kindle], Madrid, De Librum Tremens, 2012.

Berrocal Rangel, Jesús y Antonio Castro Sánchez, *Tierra y destino* [versión kindle], Carisma.

Clemente, Josep Carles, *Las guerras carlistas* [e-book], Madrid, Nowtilus, 2011.

Ford, Richard, *Los españoles y la guerra: análisis histórico sobre la Primera Guerra Carlista y acerca del invariable carácter de las guerras en España*, Madrid, Tayo, 1990.

Oyarzún, Román, *Historia del carlismo*, Madrid, Alianza, 1969.

Rújula López, Pedro, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008.